











COMPENDIO

DE LA

Historia Universal,

ó

PINTURA HISTORICA

*de todas las Naciones,
su origen, vicisitudes y progresos hasta
nuestros días.*

Obra escrita en francés por MR. ANQUETIL,
miembro de varias sociedades literarias; y tradu-
cida por el P. D. FRANCISCO VAZQUEZ, Clérigo
Reglar de San Cayetano.

Segunda Edicion,

*corregida y aumentada con los sucesos ocurridos
en Europa de veinte años á esta parte.*

TOMO CUARTO.

CON LICENCIA : MADRID

Imprenta que fue de Fuentenebro. 1829.

DONATIVO

DE

FLORENTINO ZAMORA LIRAS



COMPENDIO

DE LA

Historia Universal,

ROMA Y CONSTANTINOPLA.

Esta division, hecha mas bien por contentar ^{Años} á mas príncipes que por el bien de los pueblos, pu- ^{de J. C.} diera tener consecuencias contrarias á la pública ^{337.} tranquilidad. Con pretexto de atender á esta tomó la soldadesca las armas, y en un mismo dia, Julio Constancio, hermano del emperador difunto, Dalmacio César, Anibaliano, rey del Ponto, fueron asesinados, y con estos los ministros del gran Constantino, porque pudieran vengar este delito. Publicaron los soldados que así lo habian egecutado para prevenir disturbios. No quedaron mas de la familia del emperador que sus tres hijos, y sus dos sobrinos Galo y Juliano. El primero debió la vida á una enfermedad, de la que creyeron moriria, y el segundo á su poca edad. A Constantino y á Cons-

;

DONATIVO

tante se les hace la justicia de que no intervinieron en esta barbaridad; pero no se dejó de sospechar de Constancio que pudo haber sido testigo por haber llegado á tiempo de asistir á los funerales de su padre, que fueron magníficos, y acompañados con el luto de todo el imperio. La misma Roma, que tenía tantos motivos de queja, no le negó el sentimiento; pero aunque quisiera haber tenido su cadáver, le llevaron á Constantinopla, segun la voluntad del difunto.

Repartieron entre sí los tres hermanos los despojos de sus dos primos, y se retiraron cada uno á su departamento. Constantino no estuvo por mucho tiempo contento con el suyo: quiso tomar parte de lo perteneciente á Constante, se le frustró la empresa, y con la pérdida de una batalla, que le costó la vida, tuvieron fin sus ambiciosos proyectos. Se apoderó Constante de los estados del vencido sin que su hermano Constancio reclamase ninguno.

Le dieron que hacer á Constante las Galias, que por muerte de Constantino cayeron en su poder, porque los francos hacian repetidas irrupciones, y así le tenían en continua guerra, mientras los persas daban inquietud á Constancio. En diez años no se halla sino espediciones militares, muchos reglamentos, principalmente de comercio, en favor del cristianismo, y señalada predileccion á los arrianos. Estas guerras en los confines del imperio, ya bien desastradas, recibieron nueva fuerza con la intestina, que desde el principio fue funesta para el emperador Constante. Vivía este príncipe en la mayor indolencia, y no se hacia estimar de los soldados, por lo que Magencio, aleman de origen, y gefe de una parte del ejército, advirtiendo el des-

precio general, creyó poder aprovecharse de la ocasión, y ganó á muchos oficiales. Uno de ellos convidó á una grande cena á los cómplices con otros muchos, y retirándose al fin de ella Magencio, volvió á entrar con ropas imperiales y todos los adornos de la soberanía. Los que estaban instruidos en el caso le saludaron con el título de Augusto, imitándolos como por juguete los que lo ignoraban: y hubiera pasado por chanza si el intento no se hubiese conseguido: pero estaban ya bien tomadas las medidas. Al punto envió Magencio á embestir el palacio, contando con sorprender al emperador: pero por fortuna habia tenido aviso, y se huyó. Mandó el usurpador cerrar las puertas de Autun, en donde se representaba la escena, creyendo que Constante estaria oculto en la ciudad: y al mismo tiempo tomó la doble precaucion de despachar asesinos por el camino que se creyó habria tomado. Uno de ellos le alcanzó, y le quitó la vida. Constante, á diferencia de su hermano, siempre se mostró contrario á los arrianos, y á todos los sectarios generalmente, y así en los escritos de los obispos católicos jamas se halla su nombre sin la compañía de algun epíteto honorífico.

Magencio distribuyó generosamente á los soldados el dinero que halló en el palacio: estos le proclamaron, y de usurpador se vió dueño de los estados de Constante; pero bien pudiera haber previsto que su posesion no sería tranquila; y con efecto, así que supo Constancio la catástrofe de su hermano, se preparó para vengarla. Tentó Magencio los medios de avenirse con él y propuso reconocerle por su superior, conservando el título de emperador, y reduciendose despues al de César. Constancio decla-

Años
de J. C.
347.

ró altamente que en punto de la sangre de su hermano jamas transigiria , por lo que se determinó el usurpador á defenderse. Al mismo tiempo parecieron otros dos emperadores , Nepociano , sobrino del gran Constantino por una hermana , y Veteranion , general de las tropas de Panonia , que tomó allí el manto imperial. El primero fue muerto al querer apoderarse de Roma que estaba por Magencio. El segundo escribió al emperador que no pretendia mas que ser su general , y ayudarle á castigar al asesino de su hermano : condiciones que se le admitieron.

Constancio , viendose sin sus hermanos , adoptó y declaró César á Galo su primo hermano , y le dió en matrimonio á su hermana Constantina , viuda de Anibaliano. Una circunstancia que tuvo mucho de casualidad le desembarazó de Veteranion. Habia recibido bien á este cólega , y estaban para marchar juntos contra el usurpador : Constancio , habiendo exhortado á sus soldados á portarse bien en una guerra emprendida para castigar el asesinato del hijo del gran Constantino , á quien habia prestado juramento de fidelidad , concluyó su arenga con estas palabras : “Lo que yo os pido es conforme á la exacta equidad : al hermano le pertenece suceder á su hermano , y no á un estrangero.” Que la dijese esta palabra *estrangera* de propósito ó por casualidad , ella movió á los soldados , que esplicandola á Veteranion , exclamaron que no reconocian mas emperador que Constancio , arrojaron del tribunal al cólega , y le despojaron de la púrpura. El infeliz se echó á los pies del emperador , el cual levantandole con mucha bondad , le abrazó , le admitió á su mesa , y le señaló en Bitinia bienes para vivir con honor. Pasó allí Veteranion una vida pa-



Batalla de Mursa.

La indolencia de Constante dió lugar á que Maxencio, alzándose con el imperio, le hiciese asesinar; pero deseoso Constancio de vengar la muerte de su hermano, juntó sus tropas, y marchó contra el usurpador. Cerca de Mursa se encontraron los dos exércitos, y Maxencio despues de una batalla muy sangrienta se vió precisado á huir. Pero traidor y regicida; cómo pudo esperar substraerse á la cólera del cielo?

cífica sin mezclarse en cosa alguna, y se dice que escribió muchas veces á Constancio dándole gracias por haberle librado de los cuidados del gobierno, y puesto en la tranquilidad de que gozaba.

La guerra se hacia vivamente entre los dos rivales. Magencio, envanecido por algunas ventajas, despreció tambien las proposiciones que él mismo habia hecho en otro tiempo, y desafió al emperador cerca de Mursa en Panonia. Esta batalla es de las mas célebres, y una de aquellas que deciden la suerte de los reinos. La carnicería que allí hicieron dos egércitos compuestos de soldados igualmente numerosos, valientes y disciplinados, debilitó el imperio, y abrió la puerta á la inundacion de todos los bárbaros. El temor hizo huir á Magencio mas allá de la Italia, hasta las Galias, primer teatro de su usurpacion. Aunque la Africa, la Sicilia y la España se le separaron, le quedaron no obstante suficientes fuerzas para tentar de nuevo la fortuna en el alto Delfinado, en donde tambien le fue contraria. Se refugió á Leon, y le abandonaron sus soldados, con cuya perfidia enfurecido, mató con su propia mano á su madre, á su hermano Desiderio, á quien habia creado César, á los parientes y amigos que le acompañaban, y él se atravesó por último con su espada. Su hermano Decencio, que iba á socorrerle, sabiendo su muerte se ahorcó.

El resto del reinado de Constancio, aunque bastante largo, ya no presenta mas que intrigas de corte con algunas expediciones militares. Era este príncipe humano, pero débil, esclavo de sus costumbres, y no veia ni oia sino por los ojos y oidos de los que le rodeaban, y así sus eunucos, sus lisonjeros y sus ministros dominaban á este emperador. *No obs-*

Años
de J. C.
357.

tante, añade con chiste un escritor, *le dejaban alguna autoridad*. Constancio enviudó muchas veces: la muger que mas quiso y estimó se llamaba Eusebia, natural de Macedonia, hermosa, atractiva, y que se preciaba de científica: los autores dicen *virtuosa*. Era estéril, y tenía una cuñada muy fecunda; pero siempre que se hallaba en cinta, la *virtuosa* Eusebia la hacia tomar una bebida que no la dejaba ser madre. Gustaba mucho Eusebia de mezclarse en asuntos de religion, y los obispos arrianos la hacian continua corte aprovechandose del imperio que egercia sobre el entendimiento de su esposo. Debemos reconocer que muchas veces le dió buenos consejos, y que algunas con su influencia le impidió la egecucion de las injustas resoluciones que le dictaban sus pérfidos ministros. No se sabe si tuvo parte en la catástrofe del César Galo, ó bien porque le introdujo en el lazo, ó bien porque no le sacó de él.

Aunque este príncipe se manifestó libertino, infatuado con su autoridad y cruel; tal vez no hubiera sido imposible hacerle mudar con vivas y patéticas representaciones, ó acaso con amenazas de parte del emperador su primo; pero los enemigos que Galo tenia en la corte querian mas perderle que corregirle. Los desórdenes de jóven, como recorrer de noche las calles de Antioquía, insultar, apalear á los que pasaban, su vanidad pueril en complacerse con los ornamentos imperiales, su facilidad en dejar que irritasen su carácter irascible contra los que querian que aborreciese, algunos de los cuales fueron ajusticiados con falsos pretextos: todo esto se lo representaban al emperador como efectos de una perversidad irremediable. Los mismos á quienes enviaba su primo para suavizarle, tenían órdenes secre-

tas de los ministros para agriarle mas.

Entre todas las faltas de Galo la mas sensible para Constancio era la ambicion. Le persuadió su consejo, que el mejor medio para contenerla era sacar al César de Antioquía, teatro de su dominacion, y traerle consigo. Le escribió el emperador una carta invitatoria, la que encargó á Domiciano, á quien hacia prefecto del Oriente. Cuando le envió la carta que habia de entregar, le decia tambien á él: "Yo sé que Galo se propone venir á verme en Italia, y si te parece puedes acompañarle; pero esto sea con todo el respeto debido á su nacimiento y á su clase." No podia darse una órden violenta con mas circunspeccion; pero Domiciano siguió con preferencia las instrucciones secretas de los ministros. Querian estos que Galo concibiese desconfianza y la mostrase, para que esta se tuviese por sentimiento de ver sus intenciones descubiertas, y por una pesadumbre de que le estorbasen sus fines.

Llegó Domiciano á Antioquía, fue derecho á la casa del prefecto, sin dignarse de cumplir con el César, aunque pasó por delante de su palacio; y con pretexto de una indisposicion se hizo esperar muchos dias, y no fue hasta que ya no lo podia dilatar mas. Presentandose á Galo, le dijo: "Es preciso que vayais á Italia, pues así lo quiere el emperador; y si no quereis obedecer, os detendré la paga que se da para sostener el gasto de vuestra casa." Aunque este modo de convidarle no le animase mucho, obedeció Galo á instancias de Constantina su muger, á quien el emperador habia escrito cartas muy urgentes: se puso en camino contando con su esposa como con una salvaguardia; pero esta murió cuando

ya estaba tan adelante que no podia retroceder.

Le dejaron ir hasta Constantinopla sin muestra de desconfianza; pero cuando hubo pasado de esta ciudad todo le anunciaba siniestros proyectos. Se vió rodeado de guardias que impedian llegarse á él: retiraron las guarniciones de las ciudades por donde habia de atravesar para que no le hiciesen los honores militares, y no pudiese ganarlas. Los diputados de un ejército, tan vecino que pasaba á su lado, no pudieron saludarle: apresuraban su marcha y en todas partes hallaba carruage pronto para él y los de su comitiva: y aun le aconsejaron que dejase parte de su escolta para satisfacer mas presto las ansias de su pariente. Cuando ya le tuvieron cerca de Milan, en donde Constancio estaba, se introdujeron soldados en la casa de su alojamiento: y Apodemo, que se le presentó enviado del emperador, le despojó de la púrpura, prometiendole que no se le haria mal alguno, y le llevó á Fione en Dalmacia, lugar de mal agüero, porque en él habian quitado la vida á Crispo veinte y ocho años antes. Allí encontró dos de sus mas mortales enemigos encargados de interrogarle, aunque algunos autores aseguran que fue condenado sin oírle. "El hecho es cierto, dicen, porque todo príncipe que solo oye por los oídos de sus favoritos, nada oye absolutamente." A Galo le cortaron la cabeza: y á su muerte se siguió la de muchos, á quienes llamaron cómplices, pues era preciso sentenciar á tantos para persuadir al emperador que habia delito. No podia ser implicado en este el jóven Juliano, hermano suyo, porque se criaba á la vista de Constancio; y con todo eso le tuvieron siete meses con guardia muy severa.

Un buen oficial, llamado Silvano, que era franco de origen, tambien fue víctima de una horrible traicion. Estaba muy de sobra en la corte para algunos ambiciosos que le envidiaban la estimacion del príncipe, y estos le procuraron un destierro honrado, dandole un mando en las Galias. Aunque distante le temian; y uno de ellos, abusando de una carta de Silvano, que cayó en sus manos, dejando la firma rasgó todo lo escrito, y substituyó frases que indicaban un proyecto dispuesto por Silvano para ganar á los soldados, y hacerse proclamar emperador: bien pudiera, por ser generalmente estimado, pero ni lo soñaba. No obstante, sin caer del todo en el lazo, creyó Constancio que el punto merecia examinarse: y por un efecto de su ciega confianza encargó este examen al mas mortal enemigo del que suponian culpado.

Llegó el juez, y en lugar de ir derecho á Silvano, como se le mandaba, y entregarle una carta del emperador, en que le llamaba á la corte para justificarse, embargó todos sus bienes, y trató á sus parientes y amigos como cómplices del delincuente. Con esta noticia, no creyendo Silvano que habia el recurso de la equidad del príncipe, porque conocian su obstinacion en las impresiones que le inspiraban, y dudando si retirarse á los francos; sus compatriotas, ó si hacerse declarar emperador: le aconsejaron este último partido, y le tomó; pero mientras deliberaba estaba ya reconocida su inocencia. Envió Constancio á Ursicino con cartas muy espresivas, y partió muy gustoso, esperando llegar antes que Silvano supiese que ya en la corte era conocida su conspiracion, para que de este modo se resolviese á presentarse. No obstante que fue

con la mayor diligencia, supo Ursicino llegando á Colonia, estar ya informado Silvano de que el emperador tenia noticia de su rebelion. Entonces tomó otras medidas, y fingió que habia dejado el partido del emperador por agregarse á la fortuna de Silvano. Pasaba Ursicino por hombre honrado; ¡mas quién no se corrompe con el aire infestado de las cortes! Al fin tambien él fue desgraciado, y le castigó aquella misma corte, á la cual habia sacrificado su honor.

Perpetuamente se veian los buenos oficiales espuestos á semejantes vejaciones; bien que no siempre de tan trágicos efectos, porque se retiraban, y los ministros los reemplazaban, con los que eran amigos ó criaturas suyas, por la mayor parte hombres incapaces; pero lo padecia el imperio. Los bárbaros le asaltaron por todas partes: el estado de decadencia que le iba insensiblemente arruinando, y la imposibilidad de proveer á todo por sí mismo, determinó á Constancio á crear un cólega. Esta resolucion tuvo muchas dificultades de parte de los ministros, que temian perder con esto parte de su poder, y fueron mas fuertes sabiendo que el emperador ponia los ojos en el jóven Juliano, hermano de Galo, de cuyo espíritu y venganza se recelaban; pero Eusebia sostuvo á su marido en su opinion. Envió una mañana á decir á Juliano que dejase la capa de filósofo, con la cual manifestaban que no aspiraban al gobierno, y le declaró César.

Si los ministros no pudieron evitar este golpe, se proponian por lo menos hacerle resistencia política mas desagradable que su inaccion, y separaron de él á cuantos trataba con alguna confianza. Con pretexto de honor le pusieron guardias á la puerta,

mas para observarle que para defenderle. Le abrian las cartas antes de entregarselas, y así se vió reducido á advertir á sus amigos que no le escribiesen ni fuesen á verle para no esponerse, ó esponerle á él á alguna pesadumbre. Partió de Milan á las Galias, en donde peligraba mas el imperio; pero rodeado de observadores, espías y contradictores, encargados de examinar sus acciones, y acortarle las facultades. A pesar de tantas trabas no fue infeliz su primera campaña, antes sus victorias hicieron que el emperador estendiese su gobierno: bien que al mismo tiempo, con pretexto de ayudarle, le dieron un oficial bastante bueno, que en otro tiempo, sirviendo á Galo, le habia hecho traicion, y le tuvieron por el mas propio para desgraciar las empresas de Juliano.

Necesitó este de toda su destreza y la confianza de las tropas para sostenerse al mismo tiempo contra las maniobras secretas, y las irrupciones de los enemigos que algunas veces le embestian por todas partes. Entre tanto que Juliano apenas pasaba dia sin pelear, paseaba Constancio su indolencia por la Italia. Se presentó en Roma, y admiró la magnificencia, el templo de Júpiter, los baños públicos, anfiteatro, el mausoleo de Adriano, el teatro de Pompeyo, la plaza de Trajano, y los demas edificios, diciendo: "La fama, que siempre pondera, no llega á la verdad en lo que cuenta de Roma." No quiso entrar en el senado hasta que quitaron el altar de la victoria, resto de la idolatría, contra la cual acababa de dar muy severos edictos, declarando indignos de todo empleo á los que la practicaban, y condenando á la tortura á los mágicos y adivinos, como á los que los consultaban, siempre que se hallasen en su corte ó en la de Juliano. Continuaba este príncipe en adquirir

gloria; pero siempre la cedia toda á Constancio, y este no se detenía en coronarse de los laureles de su primo. En la relacion que publicó de la victoria importante de Juliano delante de Strasburg, se atribuyó á sí toda la honra sin hablar palabra del vencedor: á los prisioneros príncipes, y otros que le envió su primo, los miraba y trataba como trofeos de su propio valor. ¡Jactancia pueril! y mucho mas reprehensible cuando él no carecia de propia gloria militar, y pudiera haberse contentado con ella. Venió en persona á los cuados y á los sármatas, pueblos belicosos, que precisó á pedir la paz. Puede decirse que entendia bien la guerra, y mostraba valor; pero gustaba de la paz, y aun hizo cuanto pudo por mantenerla con los persas, y solamente en el mayor extremo determinó marchar contra ellos.

Esta guerra proporcionó el desenlace de las intrigas formadas contra Juliano. A Constancio, que tenia excelentes y numerosas tropas, le aconsejaron que pidiese al César un refuerzo de lo mas escogido de las suyas. Llegó esta orden en las circunstancias mas difíciles, cuando los pictos y escoceses salieron de entre sus rocas, y assolaban la Inglaterra, dando mucho cuidado al jóven general. Por otra parte no dudaba que viendole sin sus mejores tropas, los alemanes, contenidos hasta entonces por el temor, volverian á entrar en las Galias: por lo que puede decirse que Juliano se hallaba entre dos fuegos, es-puesto al resentimiento del emperador si no obedecia, y á una invasion inevitable con su obediencia. En este conflicto tomó la resolucion de obedecer, renunciando al mismo tiempo la dignidad de César. Llamó pues á Decencio encargado de las órdenes del emperador, y le advirtió que los auxiliares se ha-

bian reclutado en la Alemania y en las Galias, que se habian obligado á servir con la condicion de no precisarlos á pasar los Alpes, y que pudiera ser arriesgado violarles la capitulacion.

Con efecto, así que Decencio escogió las tropas, y fue preciso partir, se vió la desolacion en todo el egército, quejandose los soldados de que los llevaban al cabo del mundo cuando dejaban á sus hijos, mugeres y amigos para que los bárbaros los cautivasen. Para quitar este motivo de resistencia les permitió Juliano que fuesen con ellos sus familias, y les ofreció carruage á costa del público. A mas se estendió su cuidado; pues conociendo el afecto de sus tropas aconsejó á Decencio que no las dejase acercar á Paris, en donde él estaba, temiendo que al verle se arrojasen á algun esceso. El comandante no creyó que debia negarlas la satisfaccion de saludar á su general, que era lo que pedian con instancias: Juliano las recibió con agrado, y las exhortó á sujetarse con gusto á las órdenes del emperador, que sin duda premiaria su valor; pero el pueblo las decia que no abandonasen un pais que con tanta gloria habian defendido, y los soldados por su parte estaban muy dispuestos á quedarse allí. El jóven general arengó de nuevo á los soldados, y estos le escucharon con atencion, pero se retiraron con el mas profundo silencio. Convidó á los oficiales á una magnífica cena: se ofreció á servirles, y les aseguró de su estimacion y amistad; pero ellos, afligidos con la idea de separarse de tal gefe, y de dejar su patria, se retiraron tristes á sus cuarteles.

Fue fermentando el descontento, y por la noche los soldados, escitados, segun se dice, por los oficiales, tomaron las armas: se presentaron tumultua-

riamente hácia el palacio, y proclamaron á Juliano por emperador ; pero él desechó con indignacion el honor que pretendian hacerle , y mandó cerrar las puertas, de suerte que los soldados, que deseaban con ansia verle, tuvieron que esperar hasta el siguiente dia. En aquella noche dijo que habia tenido la vision de un espectro, como pintaban entonces al genio del emperador ; y que le dijo : “ Yo vengo para estar contigo ; pero esto será por poco tiempo. ” Así que amaneció forzó el palacio la soldadesca : obligó á Juliano á presentarse, le saludó emperador ; y porque rehusaba aceptar la dignidad, le amenazaron con la muerte. El se rindió, permitió que le levantasen sobre un escudo, coronado con un collar de oro en forma de diadema, é hizo á los soldados las liberalidades ordinarias.

Las consecuencias de este suceso son fáciles de adivinar. El nuevo emperador escribió al antiguo para escusarse: este no quiso reconocer en su primo mas título que el de César , y le envió mandamiento de contentarse con él. Juliano recibió al diputado en su tribunal, y declaró que estaba pronto á renunciar si sus soldados se lo permitian. Todos exclamaron que jamas lo consentirian: entonces haciendo que le prestasen juramento de fidelidad, consumó la rebelion. Muchos han dudado que tuviese jamas la menor repugnancia, y aseguran bastantes autores que su resistencia fue fingimiento y escena ya dispuesta antes de representarla; pero cuando fuese verdad sería escusable, despues del mal que le habian hecho y el que podia temer. En cuanto á Constancio no merece excusa de no haber cedido á las circunstancias, y contentado á un pariente digno de su atencion; bien que si no lo hizo, se puede echar la

culpa principalmente á sus malos consejeros, pues le faltaba ya la prudente Eusebia que los contenia. Habia muerto, y para ahogar su sentimiento tomó otra. Tambien Juliano habia perdido su esposa; mas no se divertia en celebrar bodas, ocupado en tener sus tropas siempre en accion con nuevas victorias contra los alemanes, hasta que le fue preciso llevarlas contra el emperador.

Escribió primero varios manifiestos, y en los que envió á las ciudades de Grecia, Atenas, Corinto y otras aficionadas al culto de los dioses, insinuaba que obraba solamente por su inspiracion; pero en su palacio asistia públicamente á las ceremonias cristianas, aunque en secreto hacia los sacrificios y ritos paganos. No se apoderó fácilmente Juliano de la Italia y la Silicia; y ya habia pasado la Iliria, cuando supo la muerte casi repentina del emperador, el cual, desembarazado de los persas con una paz apresurada, le iba á buscar precipitadamente. Su enfermedad fue muy corta: una violenta fiebre se le llevó en un lugar de Cilicia al pie del monte Tauro, á los cuarenta y cinco años de edad, y veinte y cinco de reinado, viviendo su esposa Eudoxia, Eumenes, Eusebio, Serapion, y otros cortesanos ministros y libertos. Recibió el bautismo de un arriano inmediatamente antes de morir: era de pequeña estatura, hecho á la fatiga, sóbrio, y de poco dormir: no amó mas que á su muger: no tenia ingenio, conocimiento, ni magestad.

La muerte de Constancio no causó el menor movimiento en el imperio. El ejército que llevaba ^{Años de J. C. 350.} contra Juliano reconoció á su primo, y los otros ejércitos, las dos capitales, Roma y Constantinopla, con todas las provincias, le dieron á porfia el

título de emperador , con lo que se halló de repente en el trono con unánime consentimiento , y una tranquilidad que ningun otro emperador habia conocido. Este Juliano , de quien vamos hablando, es el que llaman el *Apóstata* , y este epíteto parece que pone en obligacion á un historiador cristiano de presentar á este príncipe , y pintarle por el lado que le hace abominable ; pero algunos autores han intentado buscarle un perfil menos odioso. La idea que yo concibo es la de un hombre singular , de aquellos que ni aun por los mismos que los aprecian serian propuestos para modelo. Perdió á su madre al nacer : á su padre le asesinaron cuando él tenia poca edad : su pariente Constancio le dejó con descuido en manos de ciertos ayos , que contentos con tener bajo de su férula un descendiente de la familia imperial , le dejaban hacer cuanto queria. El ingenio del niño y la facilidad con que aprendia los deslumbró , y mas parecian discípulos suyos que maestros. "Ya no tenemos , decian , que enseñarle."

Entonces se tuvo Juliano por un prodigio: abundó en su sentido , y no detenida su curiosidad con el freno del respeto á los que le enseñaban , le precipitó á querer penetrarlo todo. Su nacimiento y sus luces le dieron derecho de frecuentar , así que salió de la adolescencia , los filósofos conocidos en Grecia , y principalmente en Atenas , en donde vivió. Cuando le contradecian lo hacian con grande tiento , y estas atenciones y respetos le dejaban en sus opiniones , preciandose él de sostenerlas. Semejante carácter debia revelarse contra toda especie de sumision en punto de doctrina ; y así por mas que Constancio queria que fuese cristiano , y le mortificó y persiguió ; Juliano , á pesar de su entendimien-

to, se obstinó en el absurdo del politeísmo. La costumbre de hacer en todo su voluntad, contraída en la juventud en compañía de gentes inferiores á él, le hizo familiar en sus modales, descuidado en el vestido, desaseado y burlesco, que es defecto capital en un príncipe. Esta compendiosa pintura de sus primeros años basta para explicar la mezcla de malas y buenas calidades, y lastimarse de sus extravíos.

Era de pequeña estatura, y sobre no tener su rostro facion agradable, estaba mas desfigurado con su larga barba. Pero en todos sus ejercicios era activo y diestro. Tenia excelente memoria, mucha penetracion y presencia de espíritu, y al verle naturalmente afable, pasmarian sus vejaciones y persecuciones contra los cristianos, si no supieramos á qué términos puede precipitar á ciertos espíritus la voluntad determinada á hacerse obedecer. Debiera Juliano haber tomado para sí los consejos que dió á un padre que habia desheredado á su hijo, en castigo de haber dejado el cristianismo por el paganismo. Les hizo el emperador venir á su presencia, y dijo al padre: "Supuesto que yo, aunque profeso el politeísmo, te permito que seas cristiano, tú tambien debes dejar á tu hijo seguir diferente religion." Es claro que si de buena fe se hubiese Juliano gobernado por este su discurso no hubiera perseguido á los cristianos. Replicando el padre: "que el emperador defendia á un impío aborrecido de los cielos, que prefiere la mentira á la verdad, y ha renunciado al culto del verdadero Dios para arrojarse á los ídolos:" al oír esto Juliano, dijo al jóven: "Que lo tomaba bajo su proteccion ya que su padre no respetaba sus recomendaciones."

Tuvieron fin las empresas de Juliano cuando

en otros príncipes empiezan las hazañas, lo que regularmente se verifica desde que suben al trono. Sus victorias no pueden menos de sorprender si se considera su juventud, y que su educacion le empleó siempre en los estudios: tanto que tuvo que aprender los elementos de la guerra cuando ya conducía su ejército al frente del enemigo. Es verdad que tenía las mejores disposiciones para la vida militar: una grande sobriedad, "el que piensa mucho en su mesa, decia, piensa poco en la virtud:" no era delicado: dormia sobre una piel tendida en el suelo: se levantaba luego que despertaba, que era por lo comun á media noche: empleaba el resto de ella en leer, escribir, visitar los apostaderos, por mal tiempo que hiciese: pocos convites, ningunos espectáculos: no sufría en su corte bailarines, comediantes, músicos ni bufones; y prohibió el teatro á los pontífices paganos, declarando sus diversiones por infames.

Desde el punto en que Juliano se vió con la suprema autoridad hizo abrir los templos, y empezaron de nuevo los sacrificios á los ídolos: cercenó los privilegios que Constancio habia concedido al clero, y se aplicó á destruir la religion cristiana con las armas de la ridiculez y el desprecio: medios con que procuraba desacreditar los dogmas y á los ministros de ella. Este género de persecucion es mas peligroso que el de los tormentos y las cuchillas; bien que tambien con estas persiguió mucho á la Iglesia. Disminuyó los impuestos; y para remedar las costumbres de los cristianos dispuso establecimientos en utilidad de los pobres. La sencillez de su porte, despues de haber suprimido muchos oficiales de palacio, no permitia lujo en los que con-

servó. Entró un dia su barbero á cumplir su obligacion en un traje muy sobresaliente para su calidad : el emperador, aparentando admiracion, dijo: "Yo no he llamado á un senador ni á un gobernador de provincia, sino á un barbero."

Uno de los primeros cuidados de este emperador fue limpiar el ministerio. Castigó á algunos de los que habian abusado de la confianza de su antecesor : buena accion si la venganza de los males que le habian hecho no juntó entonces su espada con la de la justicia; y debe advertirse tambien que perdonaba fácilmente. Un hombre que en su juventud le habia ofendido, temiendo su resentimiento cuando le vió emperador, se postró á sus pies, y le suplicó que olvidase su injuria; y él abrazandole en buena amistad, le respondió: "No advierto en que me ofendiste, ni procuro saberlo. Cualquiera que haya sido tu conducta para conmigo, nada tienes que temer de un príncipe cuya ambicion consiste en aumentar el número de sus amigos." Pasó esta escena en Antioquía, en donde habia vivido por algun tiempo siendo el blanco de las burlas del pueblo: primero se vengó con una sátira como hombre que daba á los habitantes un asalto de ingenio; pero cuando emperador no hizo escrúpulo de abusar de su poder dandoles un gobernador cruel é injusto; y haciendole representacion de estos defectos, respondió: "No merecen otro." Ejemplar muy útil para los que no reparan en burlarse de los poderosos y grandes.

Esta ciudad, donde hizo sus preparativos para la guerra contra los persas, y otras por donde pasó, fueron el teatro de las supersticiones que practicaba para descubrir el éxito de esta guerra, y tener

á los dioses propicios. Se habla en la historia de tiernas doncellas , á quienes sacrificó barbaramente para consultar sus palpitantes entrañas ; y solo este delito , si le cometió , debe hacer execrable su memoria. Lo cierto es que ofrecia inciensós y holocaustos á la luna , al sol , á todos los astros , á las divinidades de todos los lugares y de los elementos, y á todos los dioses del Olimpo y del infierno.

Al mismo tiempo que Juliano confiaba en estos auxilios sobrenaturales, debiera haber tenido la prudencia de no despreciar los que las circunstancias le presentaban ; pero hizo todo lo contrario, recibiendo con altanería intempestiva la oferta que le hicieron los sarracenos de marchar con él contra los persas , y dijo : " Los romanos son los que han de socorrer á sus aliados : no tienen ellos necesidad de que estos les den auxilio. " Y á esta negativa añadió la de una gratificacion que sus antecesores les pagaban , diciendo : " Un príncipe guerrero tiene hierro , no tiene oro. " Estos pueblos irritados ayudaron á los persas , y les sirvieron de mucho. Todavía fue mas irritante lo que dijo á Arsaces , rey de Armenia , que era cristiano , y á quien habia mandado juntarse con sus generales para empezar la guerra ; pero como se retardase por no haberle llegado las órdenes , escribió á este príncipe con amenazas , y concluia así : " El mismo dios á quien adorais no podrá libraros de los efectos de mi indignacion. "

Comparando las sabias medidas que tomó Juliano en otras guerras con la imprudencia con que se condujo en esta ; no es fácil adivinar la causa ; y así nada tiene de extraño que los historiadores cristianos presuman que Dios le cegó porque se proponia destruir la religion cristiana si salia vencedor.



Idolatria de Juliano.

Quando la religion christiana era ya la de casi todo el imperio romano, Juliano, el sabio Juliano su emperador, miserable apóstata, hacia pública profesión del politeismo. Sorprehende ciertamente que hombre á quien el mundo creia ilustrado incurriese en la debilidad de ofrecer incienso á los idolos; pero presu- mia de sabio al mismo tiempo que abandonaba el único principio de la sabiduria.

Este infeliz príncipe así que puso el pie en las tierras de los persas mandó romper el puente de un río que las separaba de sus estados para quitar toda desercion en su ejército ; pero tambien quedó con esto sin recurso para retirarse en caso de perder la batalla. Despues de combates , asaltos y marchas penosas que le costaron mucha gente , dejó , contra la opinion de sus mejores oficiales , las orillas del Tigris , en donde estaban las embarcaciones que llevaban las provisiones ; y aunque reclamó todo el ejército , las hizo quemar , temiendo que se apoderase de ellas el enemigo en viendole distante. Todo esto lo egecutó creyendo á las guias del pais que le prometian un camino mas fácil y mas corto.

Pero apenas pusieron fuego á la armada se descubrió que las guias habian hecho traicion , y por mas que quisieron cortar el incendio , estendiéndose las llamas se consumió toda la armada. Avanzó el emperador , acometió á los persas , que vinieron á hacerle frente : huyeron estos , y los romanos los persiguieron , con lo que se hallaron sin víveres en paisés desiertos y arruinados. Avanzaron mas , creyendo que era el medio de salir del peligro , y se entraron mas en él : los apresuró el enemigo , y perecieron á millares de hambre y de sed. Se hallaba Juliano en la mas cruel perplejidad ; y en él no debe admirarse que entregado á sus tristes reflexiones creyese , como Bruto en los campos de Filipis , que volvía á ver el genio del imperio que se le habia aparecido cuando heredó la púrpura. Mientras esta terrible ilusion ocupaba su espíritu , gritaron : *A las armas* : fue corriendo sin coraza adonde le llamaba el peligro : le hirió una flecha , y cayó bañado en su sangre. Se dice que tomando un puñado

de ella la arrojó contra el cielo , diciendo : *Venciste , Galileo*. Este movimiento de despecho pudiera indicar una especie de desafio con que al verdadero Dios provocaba el adorador de los ídolos , y la intencion que tenia de destruir la religion cristiana si hubiera vuelto vencedor.

Le llevaron á su tienda , y despues del primer aparato de su curacion quiso volver al combate , mas no lo permitió su debilidad : la segunda vez que le curaron se declaró ser la herida mortal : dió á entender que se resignaba con fortaleza á la suerte , “por estar convencido, dijo , de que aquel que tiene apego á la vida cuando es preciso morir , es tan cobarde como el que quisiera morir cuando se debe vivir.” No quiso nombrar sucesor , “temiendo dar á los romanos , decia , un señor incapaz de gobernarlos ; ó esponer á un hombre de distinguido mérito á los riesgos que pudiera rezelar si mi eleccion no fuera aprobada.” Murió Juliano á los treinta y dos años , habiendo reinado tres como emperador. No puede negarse que era una mezcla de vicios y virtudes , y es problema si tuvo mas de aquellos que de estas , ó si en el mismo género habia en él virtudes y vicios. Por egeemplo dicen unos que su lecho era tan casto como el de una vírgen vestal , y otros que hasta en los campos le seguia una tropa de prostitutas ; y asi es y será siempre problemática su reputacion. Héroe para los paganos , á quienes favorecia : monstruo para los cristianos , á quienes persiguió ; y ahora en nuestros últimos tiempos es el santo de los incrédulos. Escribió en estilo satírico la vida de los emperadores que le precedieron , y como otros autores , cayó muchas veces en las faltas que reprende en ellos.



Despecho de Juliano.

Un imprevisto ataque de los Persas distrae á Juliano de las tristes reflexiones sobre su mala direccion en esta guerra. Sale desarmado por acudir pronto al riesgo, y le derriba mortal una flecha enemiga; pero tomando con rabia un puñado de su sangre, la arrojó contra el cielo, exclamando: Venciste Galileo. Infeliz; que ni al reconocer humilladas por el cielo sus fuerzas, supo humillar su coraxon!

Se hallaba el ejército en tal estado que no podía dilatarse la elección de emperador. Cayó esta en Joviano, de familia consular, de edad de treinta y tres años, conocido por uno de los mejores oficiales, y estimado por las prendas de su espíritu. Si solamente se tratara de defenderse contra los persas, se hallaban los romanos, á pesar de sus pérdidas, con fuerzas y valor para resistir; pero era preciso combatir con el hambre, enemigo el mas terrible, y el extremo á que esta habia reducido al ejército precisó á Joviano á tratar, con las condiciones que quisiesen, teniendose por dichoso si con el sacrificio de algunas provincias salvaba sus tropas. La retirada de los romanos fue difícil aunque no se la interrumpieron los persas. Despues de una penosa marcha, se vió por último Joviano en las tierras del imperio; y deteniendose poco en las fronteras, se puso en camino para Constantinopla. Durante la ruta se ocupaba en el gobierno, y aun tenemos reglamentos suyos que manifiestan lo que debiera esperarse de un príncipe jóven, lleno de luces y de buena voluntad. Los mismos paganos no pudieron menos de elogiar la firmeza con que profesó el cristianismo, á pesar de la desgracia con que le amenazaba el apóstata Juliano; y así uno de sus primeros cuidados fue restablecer el Lábaro y otras señales de la religion en las banderas del ejército, y restituir á la Iglesia los bienes y libertad que la habia quitado el apóstata.

Llegó con toda prisa Joviano á Constantinopla: le salia su muger al encuentro con una comitiva digna de la emperatriz, y le llevaba á su hijo Veroniano casi en la cuna: estaba ya cerca el momento de abrazar á su esposo; pero ¡qué golpe de rayo!

la dijeron que habia muerto, sin que hasta ahora haya podido saberse si la causa de muerte tan repentina fue veneno, si fue vapor del carbon, si apoplejía ó asesinato. Parece que en este punto se hicieron pocas pesquisas, por lo que puede creerse que habia personas interesadas en que nada se descubriese. Llevaron el cadáver á Constantinopla; y la pomposa entrada que le preparaban se cambió en lutos y funerales. Reinó solamente siete meses y veinte dias.

Años
de J. C.
365.

Por acuerdo de los oficiales del ejército y de los magistrados, salió electo Valentiniano, hijo de Graciano, natural de Panonia, de familia obscura. Artífice de su fortuna debida á la guerra, su hijo siguió la misma carrera, y logró las mismas felicidades. Apenas le eligieron se le ofreció la ocasion de dar una prueba de fortaleza digna de ser citada. Estaba sentado en su tribunal, y estendiendo la mano para empezar una arenga de gracias á las tropas, le interrumpieron los soldados con sus gritos, pidiendo, sin mas ceremonias, que nombrase cólega para que si acaecia algun accidente no se viesen sin cabeza como con la muerte de Joviano. Esta especie de precepto sorprendió por un instante á Valentiniano; mas recogiendo sus espíritus, les dijo en tono de autoridad: "Pocos dias ha estaba en vuestra mano elegir por emperador al que os pareciese á propósito; pero habiendome elegido, ya no teneis el poder que entonces, ni os pertenece prescribir leyes á vuestro soberano: á mí me pertenece mandar, y á vosotros obedecer: yo debo decidir, y no vosotros, lo que es útil y conveniente al estado. No digo que no tomaré cólega; pero un punto de tanta importancia se debe resolver con la mayor

precaucion, no sea que vosotros y yo tengamos que arrepentirnos de una accion inconsiderada." No salieron sus reflexiones del círculo de su familia, pues cayó su eleccion, que no aprobaron todos, en su hermano Valente. Los dos hermanos se repartieron el imperio: el Oriente, que contenia toda el Asia, Tracia y Egipto, fue de Valente: Valentiniano se reservó el Occidente, y comprendia la Iliria, la Italia, las Galias, España y Africa. El primero fijó su corte en Constantinopla, y el segundo en Milan.

En esta época entraron los bárbaros en el imperio por todas partes: los germanos en las Galias y en la Recia; los sármatas y los cuados en la Pannonia; los pictos, sajones y los escoceses en la Bretaña; los astures en la España, y los moros en Africa. Valentiniano, sobre ser valiente, y saber hacer la guerra por sí mismo, tuvo buenos capitanes que oponer á esta especie de liga: contandose entre los mas distinguidos los dos Teodosios, hijo y padre, y Sobiano, azote de los germanos, como Teodosio el padre lo fue de los pictos. Hicieron estos capitanes la guerra legalmente sin crueldad ni barbarie cuando vencian á los enemigos; y sin astucia ni engaño cuando habia que tratar con ellos; pero los otros generales, y aun el mismo Valentiniano, no siempre manifestaron tanta buena fe. Se advierte demasiado en los pactos que hicieron con ellos el sentimiento de abandonar ó dejar disminuir el imperio que los romanos habian usurpado sobre estas naciones, y la destreza en insertar aquellas cláusulas equívocas que pueden interpretarse segun lo dicte el interes. Algunos de los bárbaros supieron evitar estos lazos, y otros cayeron en ellos.

Un rey aleman se libró con la fuga de las emboscadas que le armaba Valentiniano en persona; mas no tuvieron esta felicidad los sajones, los cuales, despues de haber vencido á un general del emperador, se hallaron acometidos por otro, el cual les propuso que incorporaria en sus tropas los mejores soldados sajones, prometiendo que dejaria volver á los otros á su país; y despues de haberles privado de los guerreros escogidos, los sorprendió quando se retiraban sin sospecha, y los hizo pedazos. No se castigó esta horrible traicion; pero observan los autores que semejantes violaciones de la fe pública y del derecho de las gentes, que se hicieron comunes entre los romanos, los espusieron por último á los azotes de la ira del cielo, que los entregó á aquellos mismos bárbaros que ellos pretendieron destruir con sus perfidias.

De Valentiniano se debe notar que ningun príncipe castigó mas severamente á los ministros que abusaron de su confianza, y que jamas hubo hombre á quien tantas veces engañasen. En este siglo infeliz habia llegado la corrupcion á su colmo: no sabia el emperador de quien fiarse. Le llegaron tantas quejas, y tan graves contra *Romano*, gobernador de Africa, que á pesar de la proteccion que tenia en la corte, resolvió el príncipe profundizar este punto. El comisionado que envió, llamado Paladio, pasaba por hombre muy íntegro; pero el gobernador supo el modo si no de hacersele favorable, á lo menos de cerrarle la boca en cuanto á sus desórdenes. Ofrecerle por sí mismo dinero sería arriesgar que lo mirase como insulto, y hacerse mas bien un enemigo que un protector; y así pensó en empeñar á los oficiales, á quicnes Paladio pagaba, á que hi-

tiesen á este un presente como á hombre muy poderoso con el emperador, y cuyo crédito pudiera serles muy útil. Aceptó Paladio, cumplió despues con su comision, lo examinó todo atentamente, oyó las quejas, y vió que la provincia se hallaba en el estado mas triste.

No pudo menos de reprender al gobernador, y decirle que daria cuenta. "Haced lo que quisieseis, dijo Romano con insolencia; pero yo no ocultaré al emperador vuestra facilidad en recibir regalos, y el abuso que haceis de su confianza para vuestra utilidad." Romano, que conocia y temia la severidad de Valentiniano, entró en composicion, y prometió que haria una relacion ventajosa y favorable; y de este modo quedaron sacrificados los infelices africanos. Mas hizo el gobernador: consiguió con amenazas ó promesas que se retractasen los que estaban quejosos: estos lo egecutaron sin advertir las consecuencias; y Valentiniano, engañado con el testimonio de Paladio, en quien confiaba, hizo cortar á unos la lengua, y á otros la cabeza, como á convencidos de falsedad.

Mas verdad halló Valentiniano en Ificles, á quien enviaron los epirotas á dar las gracias del buen gobierno de Probo, comandante de la provincia. Dudaba el emperador, y rezelaba que esta accion de gracias era mendigada, ó tal vez conseguida con amenazas. "¿Es verdad, dijo al enviado, que tus compatriotas te encargaron que me diceses las gracias?" Respondió Ificles: "Es muy cierto que me encargaron que viniese á dar testimonio de su reconocimiento; pero cuando me daban esta comision les caian de los ojos las lágrimas."

Aun á su muger Severa castigó este emperador

por haber adquirido con poco justas condiciones, que no se dicen, una tierra que deseaba: la hizo volver la tierra al vendedor: la repudió, y se casó con otra. Admira mucho que no produjesen mejor efecto sus castigos, siendo así que no eran suaves. La tortura, la muerte, y quemar vivos á los administradores infieles, son penas de que Valentiniano dió muchos egemplares, y así pasa en la historia por muy cruel. Bien merecia ser engañado, porque tenia la mas alta idea de su capacidad y de sus talentos; y si alguno los mostraba mejores no estaba seguro, por lo cual nadie se atrevia á aconsejarle temiendo hacer sombra á su discrecion. Era fácil en irritarse, y su cólera era un verdadero furor: por lo que cuando sus ministros le veian en este estado, fingian haber recibido noticias de que los bárbaros amenazaban á alguna provincia del imperio, y entonces se aplacaba al punto, y como dice el historiador, se hacia con ellos afable, *y mas benigno que Antonio Pio*. Murió á los cincuenta y cinco años: dejó el trono á Graciano su hijo, á quien siendo muchacho habia revestido de la púrpura. Era bien formado, de agradable conversacion, de mucha memoria, y permaneció toda su vida con la mayor fidelidad afecto á la religion católica.

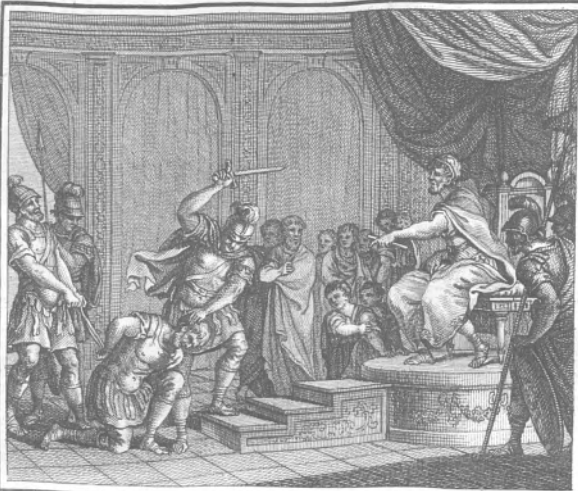
Siempre tuvo Valentiniano motivos de complacerse con las atenciones y docilidad de su hermano Valente, á quien habia colocado en el trono de Oriente. Se cuenta que deliberando el emperador sobre á quien elegiria por cólega, le dijo uno de sus oficiales: "Si sois parcial con vuestra familia, nombrareis á vuestro hermano: si teneis amor al pueblo, nombrareis á otro." Pero no desmereció Valente la dignidad que su hermano le confirió, ni el

pueblo fue infeliz en su reinado. Al segundo año le inquietó un competidor llamado Procopio, pariente de Juliano, á quien este apóstata, aunque no quiso nombrar sucesor, dió antes de morir el manto de púrpura que él deseaba como prenda del imperio. Viéndose Valente elegido, encargó á Procopio para alejarle de sí la conduccion del cadáver de Juliano á Tarso, y la celebracion de los funerales en aquella ciudad. Concluida esta ceremonia no volvió Procopio á ser visto por mas que le buscaron. Se estuvo oculto en casa de un amigo cerca de Constantinopla; pero iba á menudo á esta ciudad disfrazado para estudiar la disposicion de los corazones.

Valente, ocupado en sus preparativos de guerra contra los godos, se habia retirado á Cesarea para estar mas á la vista, y dejó la capital entregada á la autoridad de Petronio su suegro, hombre que no se hacia querer: y advirtiendo Procopio en sus viages el descontento, procuró dirigirle á su provecho, ganando para esto á alguno oficiales y soldados de recluta, que le proclamaron emperador, y le llevaron en triunfo al palacio. Al principio solo el populacho le seguia; pero bien presto se vió toda la ciudad en precision de reconocerle. A las primeras tropas se juntaron los desertores, vagos y esclavos fugitivos, y con estos tuvo valor para ponerse en campaña; pero viendo á su frente la tropa reglada que el emperador envió contra él, y teniendo poca seguridad de la suya, se adelantó al momento de la accion fuera de las filas, y fue derecho al comandante enemigo como si quisiera desafiarle. Sin duda conocia á este comandante, llamado Viteliano; le ofreció la mano, y le reprendió amistosamente de que prefiriese un bandido de Pa-

nonia á un hombre que tenia parentesco con la familia del gran Constantino. Convencido Viteliano, hizo reconocerle por sus soldados, y se pasó con ellos á su partido. Con este y otros refuerzos se vió Procopio en estado de aventurar una batalla; pero esta fue decisiva contra él á pesar del valor que mostró. Precicado á huir, anduvo errante toda una noche con solos dos compañeros de su desastre; pero estos al amanecer, temiendo que los sorprendiesen, y con la esperanza del premio, se arrojaron sobre él traidoramente, le ataron, y le llevaron al emperador, el cual mandó cortarle la cabeza. Tambien los que le entregaron perdieron la vida en pago de su traicion.

Si no se culpaba á Valente sino por este suplicio, por mas que algunos historiadores le reprenden, injustamente le acusarian de crueldad. Lo que mancha su fama en los fastos de los príncipes es que por ser arriano persiguió á los ortodoxos con furor. Las desgracias, la exclusion de los empleos, el despojo de los bienes y el destierro no le parecieron suficientes; tambien se valió de la tortura y de la muerte. Debe mirarse como una mancha indeleble de su reputacion la horrorosa suerte de ochenta eclesiásticos diputados por el clero de Constantinopla para quejarse de que les habian introducido un obispo arriano, á quien el emperador sostenia. A todos mandó matarlos; pero temiendo el prefecto que la egecucion causase alborotos, los puso á todos en una embarcacion; y cuando ya estaban á alguna distancia, los asesinos, segun las órdenes que tenian, la pusieron fuego, y salvándose ellos en la chalupa, consumieron las llamas la nave con cuantos en ella habian quedado.



Castigo de Procopio.

Engruesada la facción de este rebelde con las tropas descontentas que supo ganar á Valente, se arrojó á darle una batalla; pero derrotado á pesar de su valor, se vió precisado á huir con solos dos compañeros, que por temor, ó por una vil esperanza de premio le entregaron al Emperador, el qual le hizo cortar la cabeza. ¿Cómo habian de ser fieles los mismos á quienes con su exemplo hizo desteales.º



Adivinos, hechiceros, astrólogos, y cuantos pretendian pronosticar lo por venir; los que tenian alguna relacion con los dioses y los demonios; los que hacian de oráculos, ó decian la buena ventura; los crédulos tímidos, y los sicofantas descarados; así los engañadores como los engañados: todos llevaban la atencion á Valente para destruirlos. Todo libro en que habia círculos, lineas, figuras de animales, todos para él encubrian una ciencia diabólica, y eran instrumentos de sortilegio dignos del fuego.

Cuanto parecia que decia relacion á la magia, era un crimen; ¿pero qué es lo que no hacian que tuviese relacion con ella? Festo, procónsul de Asia, se mostró uno de los mas hábiles en esto. Quitó la vida en el tormento á Ceranio filósofo porque en una carta á su muger se sirvió de una espresion que olia á sortilegio. Una muger que dijo algunas palabras para sanar á la hija del procónsul, que padecia grande calentura, fue condenada á muerte, llamándola vieja infernal, mágica infame. Un jóven que en el baño tocó el mármol con los dedos de ambas manos sucesivamente, y se los aplicó al pecho, haciendo esto para aliviarse del dolor de estómago, pronunciando las cinco vocales, ya pasó por brujo y mágico, y al momento le quitaron la vida. Tales eran los bárbaros ministros del supersticioso Valente. "Si tenia á la magia por ciencia vana, dicen juiciosamente los historiadores, no debia asustarle; y si por verdadera, debia considerar que no estaba en su mano evitar lo que ella anunciaba." Dijeron esto especialmente con motivo de un pronóstico que hablaba de él. Le informaron de que consultado un oráculo para saber quien habia de sucederle, respondió: "Que en la primera parte de

su nombre tendria esta media palabra Teod." Los Teodatos, los Teodoros, los Teodotos, los Teodociales, y todos aquellos cuyos nombres por desgracia empezaban con Teod fueron asesinados. Esta persecucion alcanzó sobre todo á los filósofos, que con el favor de Juliano apóstata se habian multiplicado mucho, y llevaban un traje cuya señal característica era la capa: tenian sus escuelas, y entre ellos se formaban los doctores del paganismo. Bien pudiera Valente haber disminuido la especie sin maltratar á los individuos.

Las leyes severas sobre otros puntos, costumbres y policia, mas crueles aun por el modo de egecutarlas, hicieron á Valente odioso. La última vez que salió de Constantinopla juraron los habitantes que la dejarian sola si volvia á entrar en ella. En Antioquia decian contra él esta imprecacion: *Ojalá que Valente muera abrasado vivo*: y al fin se convirtió en profecía. Durante su reinado habia tenido guerra contra los godos, y estos pueblos, muchas veces vencidos, se habian desquitado terriblemente. El último desquite fue el mas sangriento, cuando en los campos de Nicea, no lejos de Adrianópolis, quedó Valente enteramente derrotado; y esterminados los dos tercios de su ejército, él se retiró herido á una aldea. La cercó un cuerpo de godos que perseguia á los fugitivos; y hallando resistencia, la pusieron fuego sin saber quien estaba allí, y el emperador murió quemado vivo. Esto se supo por un jóven, que fue el único que se libró, y llevó á los romanos la noticia del trágico fin del emperador. Vivió Valente cincuenta y cuatro años, y reinó diez y seis. No puede dudarse que tendria algunas buenas calidades, porque ninguno es tan

malvado que le falten todas; ¿pero que puede pensarse de un hombre que solo supo hacerse aborrecer?

Valente, contra el parecer de sus mejores oficiales, dió la funesta batalla en que pereció, despreciando el consejo de esperar á Graciano su sobrino, que victorioso de los germanos iba á socorrerle con un numeroso ejército. Este príncipe no se halló presente cuando murió el emperador Valentiniano; y el ejército, por motivos de política, ó porque la púrpura no se diese á otro pretendiente, determinó darla á Valentiniano II, que no pasaba de cuatro á cinco años; y su hermano Graciano, de edad de diez y siete años, oídas las razones del ejército, aunque al principio le desagradó este paso, le aprobó despues, y trató siempre á su hermano menor como si fuera hijo. Los grandes repartieron el imperio de Occidente entre los dos, dando la Italia, la Iliria y el Africa á Valentiniano, y las Galias, la Bretaña y la España á Graciano.

Con la muerte de Valente se halló Graciano, además de su parte en el Occidente, con todo el imperio Oriental. Le pareció mucha carga para poder llevarla solo; y con efecto, la descripcion que los autores hacen del triste estado á que se hallaba reducido el imperio, nos dice, "que necesitaba gefes de mas esperiencia que un jóven de veinte años, y un muchacho que no llegaba á diez." "Todo el país, refieren, desde Constantinopla hasta los Alpes Julianos está regado de sangre romana. La Escitia, la Tracia, la Macedonia, la Dardania, la Dacia, la Tesalia, la Acaya, los dos Epiros, la Dalmacia, las dos Panonias y las Galias hormiguan en godos, sármatas, cuados, hunos, vándalos, francos, ger-

Años
de J. C.
378.

manos y marcomanos. Nada se ha librado de su avaricia: personas de todas clases y edades han experimentado sus furoros. ¡Cuántos personajes eminentes de ambos sexos, cuántas sagradas vírgenes pasaron por crueles ultrajes, y despues por un duro cautiverio! Los obispos han sido muertos con sus clérigos, las iglesias destruidas, y los mas bellos países reducidos á cenizas." A estas calamidades se añadió la herida terrible que hizo al egército la pérdida de muchos de los mas valientes oficiales y de los mejores soldados en la derrota de Valente. Recogió Graciano las reliquias, y reforzando con ellas su egército, opuso un dique á los primeros esfuerzos de los bárbaros: primero los detuvo, despues los rechazó, y por último los arrojó mas allá de las fronteras.

Años
de J. C.
379.

En estas hazañas le ayudó Teodosio, general muy hábil, á quien habia llamado consigo, y creyendo el peligro le asoció Graciano al imperio. Puede creerse que quiso reparar en la persona del hijo la injusticia que se hizo al conde Teodosio tres años antes. Este grande hombre, despues de haber sujetado la Bretaña, y de las victorias con que acababa de pacificar el Africa, murió en Cartago en un cadalso, víctima de los envidiosos, que sobre falsas acusaciones arrancaron de la poca esperiencia de Graciano tan cruel orden. Se habia retirado su hijo á España, en donde pasaba una vida obscura, cuando le llamó el jóven emperador para colocarle en el trono de Oriente. Se le hace la honra de que resistió, aunque no por mucho tiempo; y dejándose vencer, tomó las riendas del imperio. Graciano, muy contento de haberlas puesto en tan buenas manos, se volvió al Occidente, y se concentró en la

parte que le habia tocado: envió á su hermano Valentiniano á Milan á gobernar la suya bajo la conducta de su madre Justina.

Reinando estos tres emperadores tuvieron los ministros de la religion gran parte en los negocios de estado: se introdujeron en las cortes, y consiguieron en ellas mucha influencia: mas por desgracia estaban divididos en opiniones diversas, siendo numerosa la secta de los arrianos. En la parte que Graciano mandaba era superior el catolicismo; pero en la de Valentiniano reinaba el arrianismo. En el Oriente, en donde imperaba Teodosio, se habian multiplicado infinitamente varias sectas que se combatian unas á otras; pero la verdadera creencia, que era la que el emperador profesaba, las absorbió todas durante su reinado. Merece aquí su lugar un punto que se ha hecho artículo importante en la historia, y es que por este tiempo empezaron á verse los solitarios.

Fácilmente se entiende cuáles eran los solitarios propiamente tales, como los de la Tebaida. Eran unos hombres que penetrados del deseo de la perfeccion cristiana, se retiraban á lugares distantes de la engañosa corrupcion de las ciudades. Allí se confinaban algunos en parages aislados, sin mas comunicacion con los vivientes que la que exigian las mas estrechas necesidades. Las cavernas, que en el alto Egipto hay en las orillas del Nilo, contenian muchos solitarios de esta especie. Otros elegian lugares menos selváticos, en donde reunidos en grande número, se alentaban á la virtud con recíprocos ejemplos, y vivian bajo la conducta de un superior elegido por ellos mismos.

De estos parece haber sido los solitarios que ha-

bia al rededor de Constantinopla, Antioquía y otras grandes ciudades. Separados de la sociedad por su reclusion voluntaria, la obligacion de asistir á los santos misterios, que entonces aun no se celebraban en sus propias iglesias, los llevaba todos los domingos á la ciudad, en donde se juntaban con el pueblo. Estos hombres de vida egemplar, naturalmente debian ser consultados del pueblo cuando se trataba de decidir en puntos de religion, por ser objetos que la multitud apenas entiende, y en que al mismo tiempo se interesa mucho, por lo cual para hacer valer una opinion solo se pensaba en ganar al que hacia de superior, porque este persuadia á sus solitarios, les inspiraba su modo de pensar, y mas de una vez sucedió que inculcada la obstinacion de los espíritus con estas ardientes persuasiones, hizo que los mismos emperadores abrazasen en punto de religion partidos contrarios á sus propios sentimientos. A los solitarios se les debe hacer justicia, y confesar que sirvieron mucho para que el pueblo abriese los ojos, y quedase destruido el paganismo.

Mientras los obispos y ministros de la religion hacian con sus persuasiones y escritos guerra á los idólatras, los emperadores y gobernadores hacian otra de prohibicion con repetidas órdenes. Por todas partes se derribaban los templos de los ídolos, y los que no se tuvo por bien destruir, se cerraron. Se prohibió con muchas penas que los sacerdotes de los dioses, ni aun en particular, ofreciesen sacrificios. Los mismos ídolos quedaron degradados y deshonorados. Entonces perecieron, ó fueron mutiladas muchas piezas maestras del arte, que para los ojos del fervoroso zelo perdieron toda su estimacion. Las princesas y grandes señoras quitaron á las diosas sus

joyas y collares, y se adornaron con ellos. Quiso enojarse por esto una vestal anciana que guardaba estas alhajas, y á ella y á su fuego sagrado los ridiculizaron. La ridiculizacion es una arma poderosa de que se valieron felizmente contra los augures, arúspices, oráculos y sus ceremonias; pero no obstante la Iglesia conservó algunas de las que pudieron juntarse con la pureza y magestad de la religion cristiana. Consultando solamente á la política podemos decir, que lo que mas contribuyó á desarraigar el paganismo, fueron las leyes en favor de las buenas costumbres, porque sus preámbulos eran no solo vivas censuras, aunque sin amargura, sino preservativos contra las depravaciones autorizadas con el ejemplo de los falsos dioses. Jamas fueron estas leyes mas frecuentes ni mejor motivadas que en el tiempo de estos tres emperadores; aunque los dos mas jóvenes, Graciano y Valentiniano, no lograron la satisfaccion de recoger el fruto de sus cuidados.

Graciano en la flor de la edad, benigno, modelo de la prudencia, aplicado á su obligacion, adornado de todas las virtudes, por triste efecto de una bondad sin energía, no encontró en un momento peligroso sino traidores y cobardes. Máximo, hombre revolvedor, de quien se dice haberse criado en el palacio de Oriente, y que fue desterrado á Inglaterra por su genio turbulento; consiguió que en ella le declarasen emperador, y pasó á las Galias mientras Graciano estaba ocupado contra los germanos. Acudió el jóven emperador: se dice que no agradaba á las legiones por la predileccion que mostraba á las tropas auxiliares; pero fuese ó no este el motivo, es cierto que le abandonaron las tropas en el momento de una accion cerca de París. Huyó escolta-

do de solos trescientos hombres, y con la desgracia de que todas las ciudades por donde pasaba le cerraron las puertas; pues si le recibió la de Leon, fue para degollarle á la edad de veinte y cuatro años, y siete de reinado. Era un jóven de las mas grandes esperanzas, cuyas virtudes fueron personales, y cuyos defectos, si los tuvo, deben atribuirse á sus ministros.

Se creyó que iba el usurpador á ver sobre sí las fuerzas de dos emperadores para vengar el uno á su hermano, y el otro á su bienhechor; pero como á Valentiniano le gobernaba una madre que atendia mas á los negocios de la Iglesia que á los del reino, pidió la paz al usurpador, y este se la propuso á Teodosio, no como gracia que le pedia, sino con la condicion de que le reconociese emperador, ó se preparase á la guerra. El emperador de Oriente, que tenia bien que hacer en rechazar los asaltos continuos de los bárbaros, le declaró su cólega, y creó á un mismo tiempo otro en la persona de su hijo Arcadio.

Máximo pudiera haber gozado con tranquilidad de su usurpacion, si la facilidad con que se apoderó de los estados de Graciano no hubiese despertado en él deseos de hacerse tambien con los de Valentiniano. El jóven príncipe, viendose desde la primera campaña en la precision de abandonar su capital, recurrió á Teodosio, y este salió á socorrerle. La suerte de los dos imperios la decidió una batalla. Se salvó Máximo en Aquilea, pero allí le prendieron y le cortaron la cabeza: lo mismo hicieron con su hijo Victor, á quien habia declarado César: su hermano Marcelino habia muerto en la batalla. Trató Teodosio benignamente á la muger y á las hijas de Máximo, las dió tierras en donde vi-

viesen con honor, y no hizo pesquisas de los que habian seguido su partido; antes bien se dice que cuando se le presentaron preso advirtieron en el rostro de Teodosio cierto aire de compasion, por lo cual determinaron sus ministros quitar de su presencia al usurpador, rezelosos de qué le hiciese gracia. Añadió Teodosio á los estados de Valentiniano los que Graciano habia poseido.

Pero era el destino de Valentiniano que su trono siempre vacilase, hasta que por último cayese. Le dominaba Arbogasto, franco de origen, y tan estimado de los soldados, que ellos le elevaron al puesto de general sin el consentimiento de Valentiniano, de quien por su corta edad no hacian caso. Se habia portado bien Arbogasto en el asunto de Máximo; pero cuando ya Teodosio estaba distante, su arrogancia, hasta entonces contenida, creció tanto que ya Valentiniano no la pudo sufrir; y no teniendo valor para decirle cara á cara su desgracia, le escribió intimandole que dejase su empleo y se retirase. El general rompió soberbio el papel con mucho desprecio; y añadiendo la crueldad al ultraje, hizo ahogar con un cordel á su propio señor, á quien colgaron de un árbol con su mismo pañuelo, y publicaron que él se habia ahorcado. Solos tenia veinte años, y habia reinado diez y seis. Era benigno y amable como su hermano, y fue tan llorado como él, no tanto por el bien que habia hecho, cuanto por el que esperaban haria.

No tuvo Arbogasto por conveniente tomar el cetro, y se le dió á Eugenio, de quien se cree fue el alma de la intriga. Este hombre habia enseñado antes gramática y despues retórica: ganó mucha estimacion por su elocuencia, y se introdujo en Cons-

Constantinopla con los ministros por la recomendacion de uno de ellos: le llevó Arbogasto á las Galias, y le dió su confianza. Bien fuese que le tomó por escalon para subir al trono, ó que le consideró mas á propósito para el gobierno, le hizo tomar la púrpura. Envió el nuevo emperador embajadores á Teodosio, y este los tuvo divertidos con buenas palabras mientras se preparaba á la guerra, bien que Eugenio no se disponia menos. Parece que tenia á su favor un poderoso y declarado partido contra Teodosio: tal vez no tanto por afecto al que habia sido profesor de gramática, cuanto por odio al destructor de los ídolos.

La religion pagana ya espirante todavía se resistia bajo los auspicios de Eugenio, á quien suplicó el senado de Roma que restituyese sus rentas á los templos, que volviese á colocar en su sitio el altar de la victoria, y permitiese los sacrificios: y despues de algunas aparentes dificultades todo lo concedió. Los cristianos, viendose amenazados del descrédito, y acaso de las persecuciones, hicieron oraciones fervorosas por Teodosio cuando marchó contra los usurpadores: y aun él se preparó para la guerra con acciones de piedad y devocion, á las cuales atribuyeron los fieles sus victorias. Al principio sufrieron sus tropas una pérdida, pero volvieron con mayor valor á la carga. Las de Eugenio, por el contrario, desmayaron y dejaron las armas en medio de la accion. Se pasaron tan de repente á Teodosio, que Eugenio, que estaba presenciando el combate á alguna distancia, no lo advirtió; y viendo que se iban acercando á él muchos soldados, les preguntó: "si en egecucion de sus órdenes le traian el emperador;" pero la respuesta que le dieron fue atarle bien, y

llevarle arrastrando á los pies de Teodosio. Este , á las reconvenciones por el asesinato de Valentiniano, y las calamidades que habia acarreado al imperio, añadió la de la loca confianza de Eugenio en *Hércules*, cuya figura llevó pintada en el estandarte principal. Pidió Eugenio la vida ; pero sin dar tiempo al emperador para responder , le cortaron sus propios soldados la cabeza. Arbogasto , que no habia encontrado con la muerte por mas que se arrojó entre los batallones enemigos, se quitó á sí mismo la vida.

No hizo Teodosio castigar á los paganos que pretendieron aprovecharse de la ocasion de restablecer el culto de las falsas deidades ; pero los exhortó con discursos llenos de bondad á que abriesen los ojos, y volviesen en sí de sus errores : y destruyó tambien sin reparar en nada todos los monumentos que pudiesen influir para la supersticion. Declaró guerra implacable á los falsos dioses , y los persiguió en todos los asilos : en Egipto, en donde tuvieron la cuna : en Grecia, que fue su imperio : y en Roma, su templo universal , en donde se juntaban todos. A los edictos fulminantes contra el culto idolátrico añadió el emperador ejemplos de virtudes que el paganismo no conocia , como el perdon de las injurias y la humildad.

La injuria , cuyo perdon hace honor á la clemencia de Teodosio , no quedó del todo sin castigo. La cometieron los habitantes de Antioquía, ciudad á la cual el emperador habia dado señales de particular predileccion , y entre estas las estatuas que habia dejado levantar á su padre , á su muger y á sus hijos ; pero no llegó su favor á tanto que le esceptuase de todo impuesto ; y con motivo de uno,

comun á todo el imperio, se sublevaron. Sin duda fue el populacho el que se atrevió á los excesivos ultrajes, derribando estas estatuas, apaleandolas, arastrandolas por las calles, y arrojandolas en las cloacas con las mas groseras injurias. El gobernador se hizo fuerte con un cuerpo de tropas que le llegó á tiempo, y no dejó de castigar esta afrenta degollando á muchos, y arrojando á otros á las bestias, sin perdonar ni aun á los niños, ni á aquellos ciudadanos que pudiendo sosegar el motin estuvieron viendole tranquilos.

Estas terribles egecuciones aterraron al populacho; pero el espanto fue general cuando se supo que un ejército entero iba contra Antioquía: porque el emperador en su furor habia jurado quitar la vida á todos los habitantes, y no dejar piedra sobre piedra: y así cada uno solo atendió á salvarse. La vista de una ciudad tomada por asalto no presenta espectáculo mas espantoso que la infeliz Antioquía esperando su juicio. Llegó por último un formidable cuerpo de tropas con comisionados que llevaban un poder terrible. Empezaron rigurosas informaciones, en que se hallaron implicadas muchas personas distinguidas. Los que confesaron eran enviados á morir, y puestos á tormento los que negaban. El miedo y la desolacion habian llegado á su colmo. Los sacerdotes y otros ministros de la religion se esparcieron por las calles: los anacoretas dejaron sus retiros, procurando todos á aquellos afligidos el consuelo que podian. Flaviano, su obispo, solicitaba entre tanto el perdon en Constantinopla, y le consiguió fácilmente luego que pudo hablar al emperador, de quien le apartaban sus crueles ministros, rezelandó que aquel santo prelado contuviese el egem-



Humildad de Teodosio.

Irritado Teodosio con los Tesalonicenses, envió tropas que hicieron horrible carnicería en el pueblo; pero queriendo luego entrar el Emperador en la catedral de Milan se lo estorbó con energía el Santo Obispo Ambrosio, sin permitirselo, hasta que con pública penitencia expió aquella culpa. Mas que su exceso pudo hacerle odioso, le hará célebre siempre este ejemplo de humildad religiosa.

plar de severidad que ellos tenían por necesario.

Tambien hicieron valer este motivo para lograr de Teodosio una órden no menos cruel contra los habitantes de Tesalónica. Estos mas culpados que los de Antioquia, habian muerto á su gobernador, porque se negó á poner en libertad á un cochero, preso porque quiso violentar á una muger de calidad. “Vuestra clemencia contra los de Antioquia, dijeron á Teodosio, ha dado atrevimiento á los de Tesalónica; y si dejais este delito sin castigo, ¿qué seguridad tendrán en adelante vuestros oficiales?” Irritado con esto el emperador, envió colérico soldados, con órdenes ó sin ellas, porque todo es uno para una soldadesca desenfrenada, los cuales entrando en la ciudad, embistieron con el pueblo, que se habia juntado para ver los juegos del circo: cargaron con espada en mano sobre la multitud, sin respetar edad, sexo ni condicion, y aun sin distinguir á los inocentes de los culpados: y en menos de tres horas degollaron á mas de siete mil, que muchos de ellos habian ido á Tesalónica solo á ver los juegos.

San Ambrosio, obispo de Milan, supo esta horrible egecucion, y escribió al emperador para empeñarle en espisar con una sincera penitencia esta culpa. Sin duda se lisonjó Teodosio de alguna composicion con el prelado; y habiendó vuelto á Milan, fue como siempre á la catedral para asistir á la celebracion de los sagrados misterios; pero el santo obispo se presentó á la puerta, le detuvo, y le declaró que estaba separado de la comunion de la Iglesia hasta que espiese un delito público con una pública penitencia: Se sujetó el emperador, volvió llorando al palacio, y cumplió con humildad la penitencia pública prescripta por los cánones. ¡O qué

recursos tienen los pueblos en la piedad de los príncipes y de los obispos religiosos! Murió Teodosio de hidropesía en Milan: aun no tenia cincuenta años de edad, y habia reinado diez y seis.

Años
de J. C.
294.

Al morir repartió el imperio entre sus dos hijos, Arcadio y Honorio, el primero de edad de diez y ocho años, y el segundo de once. Arcadio gobernó el Oriente bajo el cuidado de Rufino, y Honorio el Occidente, siendo su ministro Estilicon. Si estos dos hombres no fueron entre sí enemigos por la rivalidad del crédito para con Teodosio, llegaron á serlo con los dos pupilos por los zelos del poder. Estilicon, vándalo de origen, habia llegado á mandar los egércitos por su valor, y otras prendas que elevan á semejante dignidad. Rufino, que habia nacido en Gascuña, ganó la confianza del emperador por su capacidad en los negocios.

Años
de J. C.
305.

Arcadio fijó su corte en Constantinopla, y Honorio en Milan. Procedian al principio muy acordes los dos ministros, y profesaban y mostraban perfecta igualdad en el objeto de apoderarse de las provincias; pero Estilicon manifestó deseo de superioridad en el gobierno, diciendo que se la habia dado Teodosio. Rufino, para ponerse en salvo formó el proyecto de casar á su hija con Arcadio, persuadido á que el suegro del emperador no tendria á quien temer, y tal vez pudiera conseguir que su yerno le asociase al imperio. Mientras fomentaba este desig- nio hizo un viage á Antioquía, para que á su presencia matasen á golpes á un infeliz que habia incurrido en su desgracia: y á su regreso halló al emperador casado ya con Eudoxia, hija de un general franco, princesa altiva y discreta, que logró tener grande imperio en su jóven esposo. Debió ella

esta fortuna á un eunuco llamado Eutropio, que despues de mudar de esclavitud muchas veces en su mocedad, y de haber pasado por los servicios mas bajos de palacio, se vió en su vejez elevado por Teodosio al cargo de mayordomo mayor.

Perdida la esperanza de sostenerse con el casamiento de su hija, resolvió Rufino hacerse hombre necesario por medio de los alborotos que suscitaría en el imperio: y así animó secretamente á los hunos y á los godos á una invasion que favoreció con igual disimulo. Horribles fueron las crueldades que cometieron estos bárbaros, gobernados por Alarico. Pasaron á la Grecia, y la asolaron, sin que nadie les resistiese. Fue Estilicon á socorrerla; pero Arcadio, por consejo de Rufino, le envió orden de retirarse á su imperio de Occidente, y de que le enviase las tropas de Oriente que este general habia mezclado con las suyas. Dió Estilicon el mando de estas tropas que remitía, á Gaynas, oficial godo, su íntimo amigo. Cuando llegaron cerca de Constantinopla, salió á recibirlas Arcadio con Rufino, y todas aclamaron al jóven emperador; pero á una señal de Gaynas se arrojaron sus soldados sobre Rufino, que se habia fiado de ellos con imprudencia, y le mataron. Todo, al parecer, estaba bien preparado en la corte de Arcadio, porque el eunuco Eutropio tomó al punto las riendas del gobierno, lo que sin duda hizo con autoridad de Eudoxia. Muchos historiadores afean la avaricia de esta princesa, y no estan conformes en cuanto á la pureza de sus costumbres; pero todos convienen en que su exterior era bueno, en que favorecía á los católicos, y en que respetaba mucho al clero.

El pueblo, que se habia alegrado notablemente

con la muerte de Rufino, nada ganó en el cambio porque Eutropio, con todos los vicios de su predecesor, carecia de sus amables prendas, como la magestad de la talla, las ventajas de la figura, la afabilidad, y las gracias de la conversacion. El viejo eunuco era avaro, cruel, falso, ingrato y envidioso; y retratandole un escritor con los mas negros colores, añade que aun le hacia gracia. Se deshizo de cuantos le hacian sombra en la corte, empezando por sus bienhechores. Pretendió Estilicon inspeccionar los negocios del Oriente, y volvió á Grecia contra Alarico que seguia desolandola: y Eutropio le envió orden de que cesase en sus buenos oficios, y se retirase; pero persuadido él á que en buena política no debia quedarse á medio ofender, hizo que el senado de Constantinopla declarase al ministro de Honorio por traidor al imperio, y que se le vendiesen las tierras, el palacio, y otros bienes que tenia en Oriente.

Este injurioso decreto determinó á Estilicon para llevar á efecto lo que ya de antemano pensaba, y entrar con mano armada en los estados de Arcadio. El viejo ministro de este, deseoso de romper toda comunicacion entre los dos imperios, recibió con los brazos abiertos á Gildon, comandante de las tropas de Honorio en Africa, que se rebeló contra su soberano, y se entregó á Arcadio con toda la provincia: y aun dicen que Eutropio fue quien le exhortó á rebelarse. Al infiel gobernador, mas que sospechoso de paganismo, opuso Estilicon á Malcezel, su hermano, y cristiano zeloso. Los dos hermanos, animados con la doble tenacidad del odio y de la contraria religion, se hicieron la guerra mas cruel; fue vencido Gildon, y se quitó la vida por no dar

en manos de su hermano. En recompensa de la victoria de Malcezel, que restituyó la Africa á Honorio, le hizo Estilicon arrojar á un rio, en que se ahogó.

Cuanto mas crédito perdía Estilicon en la corte de Oriente con las maniobras de Eutropio, mas adquirió en Occidente con el casamiento de su hija María con Honorio. A este apoyo añadió el esplendor de muchas expediciones militares; al mismo tiempo que el viejo eunuco no tenia mas apoyo que sus astucias, que le defendieron mal. Su poca esperiencia en la guerra le precisó á dar el mando de las tropas á Gaynas, el que mató á Rufino. Gaynas miraba como cosa indigna de su persona depender en nada de semejante ministro, y así muy presto se creyó á propósito para reemplazarle, y que contra un falaz podía servirse de la falacia. Dispuso que un capitán suyo, llamado Tribigildo, hombre intrépido, levantase en Frigia el estandarte de la rebelion; y muy lejos de reprimirle como pudiera, le dejó hacer progresos hasta que teniendo ya un grado de fuerza mas que suficiente para hacer que le oyesen, resolvió Gaynas que el rebelde pidiese la desgracia y separacion de Eutropio, como condicion para que él dejase las armas. Despues de muchas negociaciones se vió Arcadio precisado á abandonar á su ministro: este buscó asilo en una iglesia, de donde le sacaron para enviarle al destierro; y á pretexto de haber hallado en su casa los ornamentos imperiales, como indicio de que sin duda el viejo eunuco aspiraba al trono, le cortaron la cabeza.

Por entonces impuso Gaynas la ley á Arcadio, hasta el estremo de obligarle á tratar con él en persona y estrecharle á que se le entregasen tres de los

principales miembros del estado que creía podrian destruir sus ambiciosos designios. Arcadio se resistia; pero los tres ilustres desgraciados le pidieron que los sacrificase al bien público, y fueron libremente á presentarse á Gaynas, el cual mandó que sobre la marcha les cortasen la cabeza; pero en el momento en que el verdugo tenia levantado el brazo, les hizo gracia de la vida á súplicas de san Juan Crisóstomo. Despues de esta condescendencia con el prelado, se lisonjeó de que no le negaria el establecimiento de una iglesia arriana en Constantinopla; pero el obispo se opuso á esto con toda fortaleza.

Meditaba este general godo otra empresa mas importante, que era apoderarse, no de un parage de la ciudad para edificar su iglesia, sino de toda, de los tesoros del palacio, y hacerse emperador. Como tenia á su disposicion todas las tropas del imperio, introdujo en Constantinopla muchos godos, que á una señal le habian de favorecer cuando intentase entrar en la ciudad á la cabeza de un cuerpo considerable; pero fue rechazado de las puertas por los habitantes, los cuales quitaron la vida á los godos que estaban dentro. Se retiró Gaynas á la Tracia, llevandolo todo á sangre y fuego, hasta que un general, llamado Fravito, enviado contra él, derrotó su ejército. Murió el godo en la batalla, menos afortunado que Alarico, príncipe de la misma nacion, cuyas victorias hicieron temblar al imperio de Occidente.

Ya se ha visto que llamado por Rufino habia saqueado la Grecia, ya otra vez le habia espulsado de ella Estilicon, y por tercera vez hizo el ministro de Honorio que saliesen de Italia, mas por negociacion que por fuerza, Alarico y Radagaso, rey de los

hunnos, que se habia juntado con él. Cuarta vez asustó Alarico á Honorio, el cual se retiró de Milan á Ravena: y aun queria abandonar la Italia con toda su familia, si Estilicon no se hubiera opuesto. Ganó este contra el rey godo la célebre batalla de Polencia, haciendo prisionera á toda su familia. Por esta pérdida se resolvió Alarico á ofrecer por condición de paz salir de Italia, y jamas volver á ella; pero poco habia que contar sobre esta promesa, porque le oian decir muchas veces que no moriria contento hasta haber quemado y saqueado á Roma. No tranquilizó su retirada á la Italia: Radagaso entró en ella con sus hunnos; pero Estilicon le hizo prisionero, y le quitó la vida. Los bandidos de Isauria asolaron el Oriente: los alanos hicieron una irrupcion en las Galias: y se les juntaron á los hombres las plagas, porque nubes de langostas arrasaron la Palestina, y temblores de tierra arruinaron al Asia: á las Galias las sujetó Constantino, simple soldado, á quien su nombre hizo colocar en el trono en Bretaña, desde donde estendió su imperio mas allá del mar. Entre tanto murió Arcadio á los treinta y un años, y trece de reinado, dejando un hijo llamado Teodosio, que aun no habia salido de la infancia.

Parece que estas circunstancias de un usurpador que invadia las Galias, y adelantaba hasta España sus conquistas, de un Alarico que amenazaba de muy cerca á la Italia, y de un niño en el gobierno del Oriente, parece digo que estas circunstancias debieran ser favorables á Estilicon, suegro de Honorio, marido de su tia, gran ministro, excelente capitán, padre de un hijo llamado Euquerio, capaz ya de ayudarle, y que por todas estas razones debiera Honorio haberle asociado al impe-

rio , dandole el cargo de perseguir al usurpador Constantino ; mas fuese con verdades ó mentiras, consiguieron persuadir al emperador á que su suegro tenia inteligencia con Alarico , y le habia llamado á Italia. Desde Pavia , en donde estaba , envió Honorio á Ravena , en donde se hallaba Estilicon , la órden de quitarle la vida , lo que se ejecutó sin dificultad. Al mismo tiempo repudió á su muger , que era hija de Estilicon , y mandó degollar á su hijo Euquerio.

La facilidad de estas egecuciones da motivo para dudar si Estilicon era delincuente ; pero Honorio se privó de un gran general , y tuvo ocasion de echar menos su talento cuando se vió estrechado de cerca por Alarico que volvió á entrar en Italia. El ministro del emperador era Olimpico , de quien se cree haber sido autor de la desgracia de Estilicon. Este Olimpico señaló los principios de su ministerio mandando matar , ó sufriendo que los soldados romanos , con la noticia de la muerte de Estilicon , matasen en todas las ciudades de Italia á las mugeres é hijos de los bárbaros que este general habia llamado al servicio del imperio , los cuales irritados con esta perfidia se entregaron á Alarico , quien como buen político se aprovechó de este refuerzo para proponer la paz al emperador con la condicion de que este le pagase cierta cantidad ; y para apresurar la deliberacion fue á poner sitio á Roma , y la redujo al extremo mas cruel. Le concedieron lo que pedia , y levantó el sitio ; mas dilatandole la paga , volvió á sitiarse la ciudad , y presentó proposiciones que Honorio no quiso admitir. No creyendo los romanos que debian sacrificarse á la obstinacion de un hombre , recibieron por su em-

perador á Atalo, prefecto de la ciudad, propuesto por Alarico, el cual trató con el nuevo soberano, y levantó el sitio.

Cuando Atalo vió libre á Roma, no se consideró como emperador momentáneo, pretendió imponer leyes á Honorio, y ya estaba este príncipe para reducirse á sufrirlas, cuando le llegó un socorro de su sobrino Teodosio, á quien Arcadio cuando murió habia dado por ministro á Antemio, hombre honrado y grande estadista. Con este socorro se vió en estado de negar la oferta que habia hecho á Atalo de tomarle por cólega, no obstante que la habia despreciado de Alarico. Tambien Atalo cayó en la imprudencia de desavenirse con su bienhechor y protector, el cual le depuso, pero sin entregarle á Honorio que le pedia.

Siempre era Roma como el precio de una venta entre Alarico y Honorio. Parecia decir el primero: "si no me concedes lo que pido, saquearé y destruiré tu capital." Concedia el segundo, por necesidad, lo menos que podia, y no se apresuraba por cumplir. Con estas dilaciones hacia el hambre en Roma crueles estragos, porque las guerras civiles no permitieron cultivar las tierras, y estaban bloqueados los puertos por donde habian de entrar los víveres. Se vió el pueblo reducido á sustentarse con los mas viles alimentos, y se vendia públicamente la carne humana: se asegura que hubo madres que comieron á sus hijos. Todo esto no era mas que los preludios del sitio, ó por mejor decir, de los escesos de la toma de la ciudad; porque el sitio no fue muy largo. Se dice que una señora romana, compadecida del miserable estado del pueblo, viendose en la precision de recurrir á los mas

Años
de J. C.
409.

funestos medios , abrió una puerta á los enemigos.

Cuando los soldados iban entrando en la ciudad , les dijo Alarico : "Todas las riquezas del mundo estan aquí concentradas : yo os las dejo ; pero mando que no derrameis sangre , como no sea de los que halleis armados , y que perdoneis á los que se refugien en los templos de los cristianos." Unos dicen que duró el saqueo tres dias , otros que seis. Pusieron los godos fuego en muchas partes , y no obstante la órden dada no se pudo remediar que pereciesen muchas personas. Aquella soberbia y altiva ciudad , llamada la *capital del universo* , despues de haber triunfado de todos los pueblos , y dilatado su imperio de un cabo á otro por todo el mundo conocido , fue conquistada por un bárbaro que no tenia un palmo de tierra que pudiese llamar suya. Por el espacio de mil ciento sesenta y tres años habia saqueado toda la tierra , enriqueciendose con los despojos de los pueblos vencidos ; mas al fin pasó por la misma suerte , y padeció las calamidades que habia hecho sufrir á tantos reinos. Poco sobrevivió Alarico á esta conquista ; porque habiendo llevado sus cautivos y riquezas á Campania , aumentandolas con el saqueo de Apulia , Lucania y Calabria ; cuando iba á pasar á la Africa para subyugarla , murió de enfermedad en las cercanías de Regio. Sus soldados , para que no profanasen las cenizas del general , las enterraron con ricos despojos en la madre de un rio que estraviaron á este fin , haciendole despues volver á su curso ordinario. Le dieron los godos por sucesor á Ataulfo , marido de su hermana.

Despues que hemos contemplado á Roma arrojando volcanes de llamas , inundada de sangre , y

vomitando por todas sus puertas inmensa multitud de hombres desgraciados, cargados de sus mas precisos efectos que todavía les disputaba el soldado codicioso, convendrá dar una rápida ojeada por todo el imperio para ver como se destruyó aquel coloso, como se dividió en partes truncadas y mutiladas sin enlace ni conexión, que apenas fueron dignas de figurar despues en el mundo político. Todo lo hicieron la audacia de los ambiciosos, y la paciencia y locura de los pueblos.

Tengamos presente que Constantino, soldado raso, revestido de la púrpura en Bretaña, habia estendido su imperio hasta por las Galias; que sacó de un monasterio á su hijo Constante, y le declaró César; y que cuando reunió la España bajo el cetro de su padre, se llamó Augusto. Honorio los reconoció cuando se vió estrechado por Alarico: Constantino entró en Italia con el pretesto de dar auxilio al emperador, pero á la verdad para apropiarse algunas reliquias del imperio. En este proyecto le ayudó Alarico, general del emperador, cuya traicion fue descubierta y castigada, por lo cual tuvo Constantino que retroceder. Colocó en Viena á su hijo Constante, que habia sido echado de España, y aun Geroncio, gefe de los españoles, le habia perseguido hasta las Galias. Este cogió en Viena al Augusto, le mandó cortar la cabeza, y bloqueó al mismo Constantino en Arlés. Mientras estaba ocupado en el sitio envió Honorio un hábil general, llamado Constancio, que sedujo á sus soldados, y solo le quedaron á Geroncio trescientos hombres, con los cuales volvía á España; pero le mataron porque los trataba con dureza. Constancio hizo prisionero á Máximo, un fantasma de empe-

rador que habia levantado Geroncio , y le dejó la vida ; y á pesar del socorro de los alemanes que llegó á Constantino , Constancio precisó á Arlés á rendirse. El principal artículo de la capitulacion fue, que se les dejase la vida á Constantino y á su hermano Juliano , los cuales para no hacer sombra al emperador tomaron los sagrados órdenes ; pero Honorio les quitó la vida contra la fe del tratado.

Bajo la proteccion de Ataulfo , sucesor de Alarico , y con el auxilio de un rey de los alanos , y de un príncipe de los borgoñones , Jovino , que era de una buena familia de las Galias , se hizo proclamar emperador , y tomó por compañero á su hermano Sebastian ; pero tuvo la imprudencia de desavenirse con Ataulfo , y este mandó matar á Sebastian , y vendió á Jovino al emperador por trigo que hacia falta en su egército. No le perdonó Honorio , como tampoco á Heracliano , otro usurpador , que desde Africa , en donde habia tomado la púrpura , habia ido á hacerle frente en Italia. Fue rechazado en Africa , y degollado por los soldados codiciosos del precio puesto á su cabeza.

Ataulfo , que figuraba por su mucha influencia en todas estas catástrofes , se casó con Placidia , hermana de Honorio , y prisionera de Alarico en el saco de Roma. Asistió á la ceremonia del casamiento Atalo , á quien Alarico habia hecho en otro tiempo emperador. Queriendo Ataulfo intimidar á Honorio su cuñado , y precisarle á un tratado de paz durable , dió la púrpura otra vez á Atalo. Despues de la muerte de Ataulfo , á quien quitaron en España la vida , Atalo , juguete de la fortuna , fue hecho prisionero por dos veces , y por último le confinaron en la isla de Lipari , despues de cortarle la

mano derecha, segun unos, y segun otros los dedos, para que no pudiese escribir. Allí vivió pacíficamente, como que era un hombre mas para los placeres que para los negocios. Sin embargo de haber sido emperador, no tuvo vergüenza de cantar públicamente un epitalamio de composicion suya á las bodas de Placidia. Esta princesa, ya viuda, fue casada contra su voluntad por su hermano Honorio con su general Constancio, y de este matrimonio, aunque forzado, tuvo un hijo, á quien llamaron Valentiniano. Honorio, en consecuencia de esto, asoció al imperio á su cuñado, mas solamente vivió siete meses, y Teodosio, emperador de Oriente, no le quiso reconocer.

Reinaba este príncipe bajo la tutela de su hermana Pulqueria, que tomó las riendas del gobierno con la aprobacion del ministro Antemio. Aunque solo tenia diez y seis años, mostraba excelentes prendas para gobernar, y se hizo señora de los corazones en palacio y en el estado. Consiguió de su hermano, sobre el cual tenia el mayor ascendiente, que separase al eunuco Antioco que la hacia sombra; y para asegurarse en el poder buscó á su hermano una esposa, que por deberla obligaciones sostuviese el crédito de su bienhechora; y una casualidad la presentó la persona que deseaba.

Atenais, hija de un filósofo ateniense, habiendo perdido á su padre que la habia criado con grande esmero, se vió privada por sus dos hermanos Gesio y Aureliano de la porcion de hacienda que la pertenecia. Por la fama de la equidad de Pulqueria, que corria por todo el imperio, fue Atenais á Constantinopla á reclamar la proteccion de la princesa. Agradaron mucho á Pulqueria su entendi-

miento y sus gracias , y despues de haberla oido muchas veces , juzgó que una esposa igual pudiera hacer la felicidad de su hermano. La hizo instruir y bautizar con el nombre de Eudoxia , y se celebró el casamiento ; mas este no fue tan feliz como se esperaba.

De este modo se halló el imperio de Oriente dominado por mugeres , y no menos el de Occidente por el ascendente que habia tomado Placidia sobre Honorio. La amistad de los dos hermanos era tal , que los cortesanos muchas veces tan infames calumniadores , como viles lisonjeros , publicaron que escedia los límites del afecto fraternal , y con las sospechas que malignamente sembraron , rompieron aquella unión. Persuadieron al hermano que la viuda de Ataúlfo , acordandose de haber sido reina de los godos , les descubria los secretos del imperio ; y la tibieza en el amor de los hermanos que ocasionó esta calumnia , obligó á Placidia á retirarse á Constantinopla. Allí se hallaba con Valentiniano su hijo cuando Honorio murió de hidropesía antes de cumplir los sesenta años , y habiendo reinado veinte y dos , príncipe mejor servido de sus generales y de los sucesos , que lo que merecia su indolencia.

Años
de J. C.
4. 3.

Juan , su secretario , se hizo proclamar emperador de inteligencia con Aecio , general muy hábil , que se encargó de hacer obrar á los hunnos contra Teodosio , si este príncipe no queria reconocerle. El emperador de Oriente previno los esfuerzos de Aecio , y envió al Occidente á su tia Placidia con Valentiniano su hijo , á quien revistió de la suprema autoridad bajo la regencia de su madre. Los acompañó un ejército mandado por Ar-

daburio y su hijo Aspar. El padre envió al hijo por tierra con la caballería, y embarcó la infantería. Padeció la armada una horrible tempestad, en que el navío en donde iba Ardaburio dió sobre la costa. Le prendieron, y le llevaron á Ravena á la presencia de Juan, que le recibió muy afectuoso, y le dejó enteramente libre en la ciudad. Abusó el prisionero del favor; y advirtiéndole que los soldados no eran muy afectos á Juan, envió á decir á su hijo Aspar que habia caminado felizmente por tierra, que llegase á Ravena con toda prontitud. Llegó pues, halló las puertas abiertas, se apoderó de Juan, le envió á Placidia, y esta mandó cortarle la cabeza. Accio fue ya tarde con una fuerte vanguardia de godos, y vió que le convenia menos continuar la guerra que hacer la paz. Fue recibido en la Grecia, y nombrado general de gran parte de las tropas del imperio.

Pero la comandancia repartida no era suficiente para contentarle. Miraba con envidia la estimacion que gozaba el conde Bonifacio, oficial recomendable por su virtud y capacidad, de que habia dado pruebas en Africa, defendiendola con mucho valor y habilidad contra los ataques de Juan el usurpador, y restableció de tal modo el orden y la policia, que se ha merecido los elogios de los historiadores. Apreciaba sobre todo la emperatriz Placidia la fidelidad del conde Bonifacio. “¿Creeis, la dijo el pérfido Accio, que ha conservado el Africa para vos? Vivid, señora, persuadida á que ha trabajado para sí, y que su intento es aprovecharse de la primera ocasion para mantenerse en ella con independenciam; y si le quereis ver arrojar la mascarilla, mandadle venir á Roma, vereis como

no obedece." Al mismo tiempo que Aecio inspiraba estas sospechas injustas á la princesa , escribia á Bonifacio que la emperatriz tenia intencion de perderle , y que para conseguir su fin le llamaria presto á la corte. Engañado de este modo el desgraciado conde no quiso obedecer ; y no dudando ya Placidia de que era verdad lo que Aecio la habia dicho , declaró á Bonifacio enemigo del estado , con lo que Aecio consiguió que le nombrasen , como deseaba , generalísimo de las tropas del imperio.

Derrotó el conde el primer ejército que enviaron contra él ; mas no creyendose capaz de resistir solo á las fuerzas que trataban de oponerle , acudió al auxilio de Genserico , rey de los vándalos , y fue la primera condicion de su tratado que se repartirian el Africa. Genserico con esta seguridad dejó la España con todos los de su nacion , hombres , mugeres y niños. Mientras esta colonia se apoderaba de las ciudades y los campos , algunos amigos de Bonifacio , admirados de esta asociacion con los vándalos , que sabian bien que no eran de su gusto , consiguieron de Placidia permiso para ir á informarse de él mismo sobre los motivos de aquella mutacion. Les mostró el conde la carta de Aecio , y les aseguró que si habia llegado á tal estremo era por liberrar su vida. Llevaron la misma carta , y la pusieron en manos de la emperatriz. Estaba entonces Aecio en las Galias , en donde ganaba victorias , y no era tiempo de castigar su perfidia , ni tal vez de darle á entender que se sabia. Disimuló Placidia , y escribió á Bonifacio la carta mas fina , pidiendole que procurase hacer que los vándalos saliesen de Africa. Entró el conde de buena fe en las miras de la emperatriz , y ofreció su-

mas considerables á los vándalos si quisiesen retirarse ; pero ya habian invadido toda la provincia menos tres ciudades , de las cuales Cartago era capital. Genserico respondió á Bonifacio insultandole: hizo piezas á los pocos soldados que tenia , y le obligó á encerrarse en Cartago, en donde se sostuvo por un año ; mas al fin se rindió con el dolor de ver el Africa assolada del modo mas cruel por los mismos bárbaros á quienes él habia llamado.

Llegando á Ravena , en donde estaba la corte, fue recibido con señales de afectuosa distincion , y honrado con el mando de un ejército. Por este favor conoció Aecio que estaba descubierta su traicion , y miró el mando dado á Bonifacio como una injusta disminucion del suyo. Se pusieron los dos generales en campaña para sostener cada uno su pretension; y en la batalla que dió recibió Bonifacio una herida , de que murió algunos dias despues. Se dice que exhortó á Pelagia su muger , á que si queria volver á casarse no fuese con otro que con Aecio , si este enviudaba. ¿Quién sabe si fue este consejo señal del afecto que la tenia , ó del desprecio con que la miraba? Se retiró el vencedor con los hunnos , y volvió desde allí á la cabeza de un ejército. Fortuna fue de Placidia poder hacer con él las paces , recibiendo en la corte, y restituyendole los empleos.

Tuvo la emperatriz la satisfaccion de casar á su hijo Valentiniano con Eudoxia , hija de Teodosio ; pero tuvo al mismo tiempo una pesadumbre bien penetrante para una madre. Honoria , su hija , contrajo una conexión mas que sospechosa con uno de sus domésticos , y aun no pasaba de diez y seis años. Se descubrió tambien que tan intrigante como enamorada mantenía secreto comercio con Ati-

la , rey de los hunnos, á quien habia enviado un anillo , instandole fuertemente á entrar en Italia con egército para casarse con ella. Fue preciso alejarla de la corte de Occidente, que era el teatro de su deshonra , y enviarla á la de Oriente , la cual se vió tambien alborotada con un ruido no menos escandaloso , cuya causa fue una manzana , verdadera manzana de discordia.

Es muy posible que Atenais, aunque llegó á ser Eudoxia , no abjuró bien la libertad de su condicion de particular , y que de esto viniesen las imprudencias que dieron inquietudes á su esposo Teodosio ; pero una inadvertencia , tal vez inocente, consumó su desgracia. Habian regalado al emperador una manzana singular por su tamaño y hermosura ; y teniendola por digna de ser ofrecida á la emperatriz se la envió. Eudoxia gustaba mucho de la conversacion de Paulino , oficial del palacio, cortésano sabio y amable, al cual dió la manzana, y él sin saber de donde habia venido se la presentó al emperador. Cuando este la recibió , entraron ó se aumentaron los zelos en su corazon : llamó á su esposa , la preguntó qué habia hecho de la fruta que la habia enviado ; y no atreviendose ella á confesar que la habia dado á Paulino , respondió que se la habia comido ; pero mostrandosele el emperador, mandó al momento que quitasen á Paulino la vida. Ocupó la indiferencia el lugar del amor que Teodosio habia tenido á la emperatriz ; y viendose esta mas que despreciada , pidió que la permitiesen retirarse á Jerusalem , en donde vivió esplendidamente , aunque sin autoridad, con los bienes que el emperador la habia dado , y no murió hasta mas de veinte años despues de su desgracia.



Manzana fatal.

Por la singularidad, y hermosura de una que Eudoxia habia dado á Paulino, la creyo este digna de ser presentada al Emperador, quien reconociendo ser aquella la misma que él habia dado á su esposa, la preguntó por ella; y respondiendo Eudoxia habersela comido: esta mentira excitando en Teodosio los mas rabiosos zelos, le costó su tranquilidad, su honor á Eudoxia, y á Paulino la vida.

Así no se logró la intencion que habia tenido Pulqueria de dar á su hermano una esposa que le hiciese feliz; y aun á las pesadumbres domésticas se añadió en todo el tiempo de su reinado la de ver sus pueblos asaltados continuamente y atormentados de los bárbaros. Un autor contemporáneo caracterizó en una obra estimada la mayor parte de las naciones que aspiraban entonces á la destruccion del imperio. "Los godos, dice, son engañosos, mas no de costumbres torpes: los alanos son menos castos, mas no tan engañosos: los francos son astutos, embusteros, y tan pérfidos que entre ellos pasan los juramentos por menudencias; pero muy atentos con los estrangeros. Los sajones son escesivamente duros; pero miran con horror á la embriaguez: los gepidas son crueles; los hunnos disolutos y disimulados: los alemanes ébrios, y los alanos codiciosos del botin. Estos vicios, añade el autor, no son tan abominables entre estos bárbaros como entre los romanos, que saben las leyes de la moral cristiana. No obstante, observa, no pueden contenerse de ir á los lugares en donde se cometen las torpezas; y los godos, á quienes no es permitido frecuentarlos, sienten mucho ver en los romanos el vicio, habiendo estos establecido entre ellos la religion." Debiéramos desear que los descendientes de aquellos pueblos, que aun existen, no hubiesen conservado las malas costumbres y vicios reprendidos en sus antepasados. Al freno de la religion que dice nuestro autor servia de poco á los romanos de aquel tiempo, añadió Teodosio el de las leyes en una coleccion llamada *el Código Teodosiano*. Este duró menos en el Oriente, en donde nació, que en el Occidente; pues fue casi generalmente adoptado por los godos, visi-

godos, francos, germanos, y otros bárbaros que conquistaron la Italia, la España y las Galias.

Los antiguos habitantes de los países occidentales, y los romanos que se mezclaron con ellos, iban insensiblemente desapareciendo en aquellas infelices regiones, pues ó fueron despojados ó arrojados de ellas: ó se vieron en sus mismos dominios casi por todas partes reducidos á siervos de sus opresores. Temblaban al oír el nombre de la multitud sin disciplina, y sobre todo el del terrible Atila. Ya los emperadores no se defendían con el hierro, sino con el oro; y para mayor deshonra con el veneno y el asesinato. Al menor descontento que advertían en el rey de los hunnos, enviaban embajadas á suplicarle; y por el contrario, cuando este rey quería hacer ricos á sus cortesanos, les daba comisiones para las cortes tímidas, convencido por esperiencia de que volverían sin grandes regalos.

En medio de estas aflicciones murió Teodosio de una caída del caballo á los cincuenta años de edad, y cuarenta y dos de reinado. Solamente le alaban de haber sido muy pio: bello elogio para un particular, pero no suficiente para un príncipe. Disfrutaba el imperio con él su hermana Pulqueria, á la cual además del título dejaba todo el poder; por lo que tuvo en su mano abusar de él, como lo hacían los ministros, por tener Teodosio en ellos una confianza ciega, que muchas veces perjudicó á los vasallos, los cuales á pesar de su bondad no fueron felices en su tiempo. Queriendo su hermana que conociese el peligro de semejante abandono, le hizo presentar cierto día una escritura en la cual él mismo la constituía esclava de la emperatriz Eudoxia, su esposa. Habiéndola firmado, le dijo Pulqueria que

la leyese ; y quedando avergonzado , prometió que desde entonces viviria con mas atencion y cuidado ; pero ¿quién ha corregido á un indolente?

Por la muerte de Teodosio quedó Pulqueria única señora del imperio , y hubiera sido difícil hallar quien fuese mas capaz de gobernarle. No obstante , por no haber egemplar de que muger alguna reinase sola en ambos imperios , resolvió casarse. Puso los ojos en Marciano , hombre distinguido por su virtud y prendas estimables : le dijo que su intencion era revestirle del poder supremo casándose con él , con la condicion de que la permitiría vivir y morir virgen. El aceptó , y le proclamó emperador. Todos aplaudieron su eleccion , y se celebró este matrimonio con la mayor magnificencia. Tenia ella entonces cincuenta y un años. Valentiniano , que pudiera reclamar el imperio de Oriente á título de su muger , hija de Teodosio , aprobó lo hecho , y reconoció á Marciano. Este príncipe subió por su mérito de grado en grado desde simple soldado al poder supremo.

Años
de J. C.
450.

Al mismo tiempo que el trono de Oriente se aseguraba con el apoyo de un hombre , temblaba el de Occidente por la muerte de una muger. Murió Placidia , madre de Valentiniano , y á quien su hijo , adelantado ya en la edad , habia conservado con la autoridad de que gozaba en sus menores años. Esperimentada en la adversidad , en el tiempo de sus matrimonios , gobernó Placidia con la prudencia y con la felicidad que las circunstancias permitian. Apenas cerró los ojos cuando recibió Valentiniano una embajada de Atila , que le pedia su hermana Honoria por esposa , para lo que alegaba derecho por el anillo que le habia enviado la princesa ; y

no pretendia menos dote que la mitad del imperio de Occidente. Salió Valentiniano de esta dificultad con el oro que pródigamente envió al rey de los hunnos, y por el mismo medio apartó de la Italia aquel azote, que fue á caer sobre las Galias, en donde le puso el emperador por dique á Accio su general. Setecientos mil combatientes que llevaba Atila consigo fueron vencidos en los campos catalaunicos. Mas aun derrotado el rey de los hunnos, se quedó con un ejército suficiente para hacerse temible en Italia, adonde volvió saqueando ciudades y campiñas. Le siguió Accio, y parte con vigor, parte con el ardid, consiguió con bellas promesas que de nuevo fuese á asolar las Galias, en donde tambien le venció Torismundo, rey de los visigodos. Una muerte, ocasionada por sus mismos excesos, libró al mundo de este guerrero, que jamas habia podido estar, ni dejar á nadie tranquilo.

Parece que Valentiniano en su desolacion habia prometido á Accio mas de lo que quiso cumplir cuando se vió libre del riesgo; esto es, dar su hija Eudoxia por esposa á Gaudencio, hijo del general. Las instancias del padre por conseguir este honor para su hijo, proporcionaron á los envidiosos el medio de hacer creer que Accio aspiraba al imperio. Envió pues Valentiniano á llamar al general, le hizo entrar solo en su cuarto, y le atravesó por su mano con la espada: llamaron sucesivamente á todos sus amigos, y les quitaron la vida en el mismo lugar. Así murió, dice un historiador, el mayor general de su siglo á manos del hombre mas cobarde del imperio; pero si escita nuestra compasion, bueno será acordarnos de la muerte del conde Bonifacio. Triunfante el emperador con esta traicion, pre-

guntó á un romano, deseando que le diese respuesta favorable, si era cierto que habia hecho bien en deshacerse de Aecio. "No sé, respondió el romano, si habeis hecho bien ó mal: lo que me parece es que con vuestra mano izquierda os habeis cortado la derecha."

Dicen que quien alentó al emperador para esta infamia fue Maximino, uno de sus cortesanos, á quien el mismo Valentiniano habia hecho una terrible afrenta, y sabia el ofendido que ó no podria vengarse del emperador, ó viviendo Aecio sería castigada su venganza. Por esto se juntó con los calumniadores del general, y escitó al príncipe débil á la accion odiosa que cometió. Cuando le vió sin este apoyo, pensó en castigar el atentado infame de Valentiniano contra su esposa, muger tan admirable por su hermosura, como estimable por su prudencia. Se habia enamorado de ella el emperador, y no pudiendo esperar engañarla, se sirvió del ardid mas pérfido, y de la violencia. Llamó á su esposo, y le empeñó en el juego, hasta ganarle su mismo sello; y viéndose dueño de esta alhaja, la envió á la muger de Máximo como una señal de que su marido la llamaba á palacio. Fue sin sospechar, y la hicieron entrar en un aposento retirado, en donde el pérfido emperador sació su pasion con ella, á pesar de sus súplicas y lágrimas. Volviendo esta señora á su casa, hizo las mas vivas reconvencciones á su marido, creyendo que era cómplice en la traicion. Este vil artificio provocó el odio de Máximo, naturalmente benigno y enemigo de intrigas: fácilmente halló gentes que tomaron parte en su descontento contra un príncipe despreciado y poco temido desde que le faltó la defensa de Aecio. No

hay egemplar de otro emperador asesinado con tanto sosiego y á vista del pueblo , cuando paseaba en el campo de Marte, y rodeado de su corte , sin que ninguno se presentase á defenderle: cobarde , afeminado, nada guerrero, ni aun viages habia hecho. Iba , dicen , *de Roma á Ravena, y de Ravena á Roma.* Y en estas dos ciudades se estaba en su palacio con una tropa de eunucos , á quienes tenia mas afecto que á la emperatriz Eudoxia , con ser una de las mas hermosas mugeres de su tiempo. Tenia treinta y cuatro años, y reinó veinte y nueve.

Años
de J. C.
453.

Bien fuese por represalias ó por política, hizo Máximo que Eudoxia se casase con él. Esta princesa, que amaba á su marido á pesar de sus defectos , no pudo verse en los brazos del que le habia asesinado sin desear salir de un estado que tanto la humillaba. No esperando auxilios de Marciano que habia perdido á Pulqueria , y tenia sus fuerzas ocupadas en el Oriente , escribió á Gensérico , rey de los vándalos, para que fuese á vengar la muerte de Valentiniano su aliado y amigo, y á arrancarla de los brazos del que le habia quitado la vida. Vino pues desde el Africa con una numerosa armada, y llegó á la embocadura del Tiber. Los romanos asustados se huyeron en tropel de la ciudad, haciendo Máximo la guia; pero el pueblo, indignado de verle tan cobarde, le fue persiguiendo á pedradas, y mataron á él y á hijo Paladio , á quien habia hecho casar con la mayor de las hijas de Eudoxia. Los vándalos estuvieron saqueando la ciudad á su gusto por quince dias, cargaron sus navíos de lo mas precioso que hallaron, y llevaron esclava á Eudoxia y á sus dos hijas. Justo premio de la confianza que puso en un príncipe mas codicioso del botin , que zeloso

de la gloria de proteger á una familia desgraciada. Por entonces la fuerza era el único derecho supremo, y se apoderaba del imperio el que sabia juntar bastantes soldados para dar la ley. En este punto nadie escedió á Ricimero, príncipe de la familia real de los suevos, estimado desde que era jóven en los egércitos romanos, y llamado por sus panegiristas el mejor capitan de su siglo, el invencible, mas alentado que Sila, mas prudente que Fabio, mas amable que Metelo, mas elocuente que Apio, mas determinado que Fulvio, y mas diestro que Camilo. Su ambicion era de hacer emperadores, no de serlo. En los tres meses de reinado habia dado Máximo el mando de sus tropas á Avito, que ya era general en las Galias; y este sabiendo la muerte de Máximo, tomó por sí mismo la púrpura; pero Ricimero le quitó la púrpura y el mando, y le hizo dejar el cetro por el báculo pastoral de Plasencia, en donde fue obispo.

Ricimero colocó en su lugar en el trono de Occidente á Mayoriano. Al de Occidente subió Leon por muerte de Marciano, que nos dejó la reputacion de haber sido muy pio y sencillo en sus costumbres, sin que estas virtudes suaves se opusiesen al valor y magestad que convienen á un emperador. Se alaba y con razon su reconocimiento á Pulqueria, cuyas últimas disposiciones, que consistian en dádivas á las iglesias y al pueblo, respetó y cumplió con exactitud. Leon, por sobrenombre el grande, ó Leon de Tracia, por ser de este pais, debió su elevacion á la renuncia de Aspar y de su hijo Ardaburio, dos poderosos señores que por ser arrianos no se atrevieron á tomar la diadema; pero hicieron caer la eleccion en Leon, con la esperanza de go-

Años
de J. C.
457.

bernarle. El mismo objeto se propuso Ricimero para declararse en favor de Mayoriano, en quien halló mas talento para la guerra, y mas prendas estimables que las que él quisiera; por lo que se deshizo de él, y puso en su lugar á Severo.

Años
de J. C.
467.

Se cree que no hallando tampoco en este la docilidad que deseaba, le hizo Antemio envenenar. Con su anuencia vistieron los romanos de la púrpura, con general aprobacion, á Antemio, conde de Oriente, que habia sido cónsul y patricio. Tenia todas las prendas que podian dar las mas bellas esperanzas de su gobierno. Para aliarse con Ricimero le dió su hija por esposa, mas no podia este favor ser suficiente para sujetar el carácter imperioso de Ricimero. Siempre iba cobrando nuevas fuerzas su pasion de dominar con las felicidades en sus militares expediciones. Siempre armado, siempre á la cabeza de sus tropas, teniéndolas continuamente en accion, no se contentaba con tener en el centro del imperio un numeroso ejército, sino que le paseaba por las estremidades, ya en tierra, ya en mar, por ser igualmente hábil en ambos elementos.

Años
de J. C.
472.

Antemio y Ricimero vivieron cerca de cinco años en buena inteligencia: union difícil de conservar entre un emperador que debia ser zeloso de su autoridad, y de un general tan poderoso. Llegó el punto en que creyeron que era imposible subsistir juntos, y no es fácil decir cual de los dos fue el primero que tuvo intencion de deshacerse del otro: tal vez la formaron á un mismo tiempo; pero era Ricimero el mas fuerte. Este acometió en Roma á Antemio: los habitantes le amaban, y le defendieron hasta sufrir por él las últimas miserias del hambre. La tomó por asalto Ricimero, y renovó

en ella los horrores de Alarico y Gensérico: quitó la vida á Antemio, y en su lugar proclamó á Olibrio, que vivió poco. Tambien Ricimero rindió la vida á una enfermedad en las entrañas, que se le llevó dos meses despues del saqueo de Roma.

A Leon le pareció mal que muerto Olibrio, Glicerio, con el apoyo de Gundibaldo, sobrino de Ricimero, se hiciese nombrar en Ravena emperador de Occidente; y le dió por rival á Julio Nepos: este hizo prisionero á Glicerio, y le despojó de los ornamentos imperiales despues de haberlos traído por un año. Este mismo Glicerio recibió los sagrados órdenes, y fue obispo de Salone en Dalmacia. Nepos hizo general de sus tropas á Orestes, el cual le quitó el imperio; y en esta desgracia tuvo á grande dicha hallar asilo en Salone con Glicerio, á quien habia privado del trono. ¡Qué de reflexiones harían los dos sobre las mudanzas de la fortuna! No quiso Orestes tomar el titulo de emperador; pero se le dió á su hijo Augusto, que aun era niño, y á quien por esto llamaron *Augústulo*.

Siendo emperador este, cuya diminutiva apelacion indica su poquísimo poder, los bárbaros que servian á título de aliados en los egércitos romanos, pidieron la tercera parte de las tierras de Italia como recompensa de sus trabajos y servicios. Se la negó Orestes: ellos se rebelaron, y eligieron por gefe á Odoacer, cuya patria y origen se ignora. Fuese godo Rugiano ó de cualquiera otro pais, se mostró Odoacer capaz de mandar un egército, igualmente que de gobernar un reino. Su procer estatura le facilitó la admision en las tropas del emperador, y esta fue su primera fortuna. Viendose á la cabeza de un grande egército, propuso á Orestes que

Años
de J. C.
476.

concediese la distribucion de las tierras ; y perseverando en negarla , le fue á sitiarse en Pavia , que era la plaza mas fuerte de Italia. Allí se apoderó de él y le quitó la vida. Pasó inmediatamente á Ravena , en donde halló á Paulo , hermano de Orestes , con quien hizo lo mismo. A Augústulo le perdonó la vida en atencion á su corta edad , contentandose con despojarle de los ornamentos imperiales , y con hacerse proclamar rey de Italia.

Así tuvo fin el imperio de Occidente. La Bretaña estaba mucho tiempo habia abandonada de los romanos. España estaba en poder de los godos , suevos y vándalos : estos ya se hallaban dueños de Africa. Las Galias estaban repartidas entre borgoñones , godos , francos y alanos. La misma Italia y la soberbia Roma , que por tanto tiempo habia dado leyes al resto de la tierra , llegó á verse esclava de un bárbaro cuya familia y patria se ignoraban. La caída de este estado , que fue el mas grande que ha tenido el mundo , procedió sin duda principalmente de la corrupcion de los vasallos , de su lujo y regalo , y de la ambicion de los que aspiraban á ser príncipes ; pero la causa mas inmediata fue la imprudencia de admitir grandes enjambres de bárbaros en las tierras del imperio , y de tener en los ejércitos romanos cuerpos de tropas muy considerables mandados por gefes de sus propias naciones. Estos pueblos llegaron á ser mas poderosos que los mismos romanos , hasta el extremo de resistir á los emperadores y disponer del imperio , por lo que al fin se hallaron dueños de los mismos que los habian admitido para servirse de ellos.

Esta grande revolucion sucedió quinientos y siete años despues que se dió la batalla de Accium ,

con la cual se habia fundado la monarquía romana, y mil doscientos veinte y nueve años contados desde la fundacion de Roma. No se ha dejado de observar que empezó el imperio por Augusto, y acabó por un príncipe del mismo nombre, pero en diminutivo, que fue Augústulo.

IMPERIO GRIEGO.

Gobernaba Leon el Oriente, y fue mas feliz que Antemio, que habia sido víctima de los zelos de Ricimero, á quien debia el trono. Leon, que subió al suyo con el favor de Aspar y Ardaburio, supo mantenerse en él á pesar de estos dos hombres que quisieron quitarsele, y aun consiguió deshacerse de tan importunos protectores. Tenia una hija menor llamada Ariadne, y la casó con Zenon, de una ilustre familia de Isuria. Le hizo patricio, capitan de sus guardias, y comandante en gefe de todas las tropas del Oriente, con esperanza del imperio; pero no era del gusto del senado ni del pueblo de Constantinopla. Para que el cetro imperial no saliese de su familia, viendose Leon anciano y enfermo, creó César á su nieto Leon, de edad de cinco ó seis años, hijo de Zenon y de Ariadne. Murió este emperador de un flujo de sangre á los diez y siete años de reinado. Su viuda, la emperatriz Verina, consiguió lo que no habia podido su esposo; esto es, que su yerno fuese reconocido cólega de su hijo; por lo que muriendo el niño á los seis meses, se halló Zenon único emperador.

No se corrigió en el trono de aquellos vicios que dilataron su proclamacion; y así la emperatriz Verina, á vista de que deshonoraba la púrpura, hizo

despojarle de ella. Basilisco, su hermano, de quien se sirvió para quitar la diadema á su yerno, la tomó para sí con sentimiento de Verina, que pensaba darla á Patricio, su amante. Como Basilisco no se portó mejor que Zenon, el pueblo, que apenas tenia eleccion sino entre príncipes malos, volvió á este al trono; y Basilisco fue muerto, abandonándole Armacio, á quien habia hecho comandante de sus tropas. Este infiel capitán recibió de Zenon la recompensa que le habia prometido de hacerle gefe de su casa; y cuando le vió colocado, le hizo quitar la vida en el palacio por mano de Onoulo, á quien el mismo Armacio habia elevado. Si no contentos con los grandes egemplos de catástrofes del imperio de Oriente, quisieramos recoger las particularidades, en cada reinado hallariamos de estas traiciones entre padres, hijos y mugeres, parientes y amigos, protegidos y protectores. Tambien se advertiria que los sistemas en punto de religion, las heregías, sostenidas con ardor por los griegos, naturalmente querellosos y sofistas, fueron casi siempre causa ó pretexto de los alborotos de la corte, en donde se desafiaban sobre las opiniones, tomando en ellas el pueblo una parte muy activa: pues los ambiciosos encendiendo su falso zelo le inspiraban un ciego furor, tanto mas peligroso porque los motivos parecian sagrados.

La indolencia de Zenon y su tranquilidad en las torpezas, fueron interrumpidas por dos sediciones: una la de Marciano su cuñado, que reclamaba los derechos de su esposa Leoncia, hija mayor de Leon; otra de Leoncio comandante de las tropas de Siria: pero una y otra se acabaron con la muerte de sus autores, y no tardó mucho en seguirles Zenon al

sepulcro, al cual, segun algunos, le llevaron vivo: pues Ariadne, que no le queria bien, y tenia afecto á un oficial del palacio llamado Anastasio, aprovechandose de un ataque de epilepsia, accidente que Zenon padecia, hizo enterrarle precipitadamente. Se oyó ruido en la caja, pero no permitió que la abriesen, y vieron algunos dias despues que se habia comido la carne de los brazos: digno fin de un monstruo de lascivia y crueldad. Tenia sesenta y cinco años, y habia reinado diez y siete.

Anastasio habia envejecido en los empleos del palacio, y egercia el de silenciario, esto es, tenia á su cargo hacer guardar silencio, como todavía se practica en los palacios de Oriente, en los cuales no se permite el tumulto de los nuestros. La idea que de él tenían era la de un hombre íntegro y bueno, bastando para prueba el voto del pueblo. Luego que le proclamaron en el circo esclamaron todos: *Reina, Anastasio, como has vivido*. Tenia sesenta años, y así que tomó la púrpura le dió la mano la emperatriz Ariadne. La esperanza del bien que podia hacer, y el que hizo suprimiendo impuestos odiosos, le sostuvieron por seis años contra una poderosa conspiración que presentó combates, y se concluyó con la muerte de las cabezas y los cómplices, como ordinariamente sucede cuando no logran prontamente sus proyectos.

Siempre vivió el emperador, por decirlo así, entre dos fuegos, los ortodoxos y los eutoquianos. Le acusan de haber favorecido á estos con exceso; y su inclinacion decidida fue causa de una conmocion en favor de los católicos, que costó de una vez mas de diez mil hombres. En otra ocasion Vitaliano, simple gobernador de Tracia, se presentó delante de

Años
de J. C.
491.

Constantinopla con un ejército considerable, amenazando que depondría al emperador si no llamaba al obispo católico que había desterrado; y Anastasio se rindió dócilmente á la voluntad de su vasallo. Hicieron los persas conquistas en el imperio, y le atormentaron muchos enjambres de bárbaros. Creyó que debía poner su capital en seguro contra las irrupciones cercandó á Constantinopla y sus alrededores con un atrincheramiento, que se llamó la muralla de Anastasio; pero algunas veces estas fortificaciones mas bien denotan la debilidad, que sirven para la defensa. Para no contradecirse los autores en el carácter de este príncipe, dividen los tiempos, y dicen: "Que al principio de su reinado dió grandes muestras de generosidad, benignidad y de tanta aplicación, que parecia no tener en su corazón sino la felicidad de sus vasallos; pero que al fin vendía los empleos, y se interesaba con los gobernadores de las provincias; repartiendo los despojos del pueblo que abandonaba á su rapacidad;" es decir, que fue bueno y fue malo, como se verifica en otros. Le hallaron muerto en su cuarto á los ochenta y ocho años de edad, y veinte y siete de su reinado.

Años
de J. C.
518.

Como la edad del emperador no dejaba duda de que presto se necesitaria sucesor, dicen que Evagrio, gefe del palacio, dió á Justino, prefecto del pretorio, grandes cantidades para comprar los votos de los soldados en favor de un amigo suyo: Justino las distribuyó en su propio nombre; y habiendo engañado así á las tropas, le proclamaron al punto que murió Anastasio. Justino limpió la corte de conspiradores; y entre otros de Vitaliano que ya no podia tomar por pretexto de su rebelion la defensa de los católicos; porque Justino los protegió en todo

su reinado con distincion, y reprimió á los eutiquianos, arrianos y otros hereges. No sabia leer ni escribir, porque hasta que se alistó en las tropas pasó su vida en guardar ganados; y sin embargo no le faltaba penetracion y destreza en el gobierno de los negocios. Murió á la edad de setenta y siete años, y reinó nueve.

Ya habia asociado al imperio á su sobrino Justiniano, que le sucedió sin oposicion. No obstante, hubo en su reinado la mas terrible conmocion que se vió en Constantinopla, habiendo empezado por una bagatela, esto es, por los partidos sobre el mérito de los actores en el circo; pero el verdadero motivo era estar malcontentos con los ministros; y aunque Justiniano despidió á los dos mas notados, no consiguió con esta condescendencia sino hacer mas insolente al populacho. Este proclamó emperador, dicen que contra su voluntad, á Hipacio, sobrino del emperador Anastasio: siguieron la mayor parte de los senadores el partido de los rebeldes; y ya Justiniano, asustado y acobardado, estaba para dejar la ciudad y embarcarse, cuando su muger, la emperatriz Teodora, le detuvo con estas palabras: *No hay sepulcro mas glorioso que un reino*; con lo que se puso á la cabeza de sus guardias, y se defendió en su palacio. Al ver que no se abandonaba á sí mismo, le llegó un socorro. Belisario, á quien hicieron tan famoso sus victorias en este reinado, llevó un cuerpo de tropas estrangeras que libraron el palacio; y cayendo impetuosamente en el circo, mataron, sin distinguir sexo ni edad, é hicieron una grande carnicería. A esto se siguieron las egecuciones: cortaron la cabeza á Hipacio y á Pompeyo, que era otro sobrino de Anastasio. Los senadores, facto-

res de la rebelion , fueron castigados , y confiscados sus bienes ; pero el emperador restituyó á sus hijos las dignidades y hacienda de sus padres.

Pasada esta tempestad , gozó Justiniano de una calma , no alterada con alboroto alguno durante un largo reinado. Verdad es que tuvo perpetuas guerras ; pero descargaba este cuidado sobre los hábiles generales que le hicieron glorioso : Belisario , azote de los persas ; y el eunuco Narsetes , vencedor de la Italia , cuyos sucesos nos ocuparán despues. Estos dos hombres grandes , ya separados y ya unidos , aunque rara vez vivian entre sí en buena inteligencia , siempre estuvieron acordes en el servicio de su comun soberano , que les pagó con ingratitud ; y aunque no debe creerse la fábula de que Belisario , llegando á cegar al fin de sus dias , se vió reducido á pedir limosna en Constantinopla , es positivo que cayó en desgracia , y pasó una vejez obscura. Narsetes temió ser víctima de las intrigas de la corte , y si se libró de ser vergonzosamente llamado por la emperatriz para las humildes funciones del servicio de las mugeres , fue porque su valor y habilidad eran necesarias para el emperador.

Se hizo célebre Justiniano por su aplicacion á corregir la jurisprudencia : y la nueva forma que dió al derecho romano le mereció el nombre de grande , habiendo llegado el código de Justiniano á ser el de todas las naciones. Gustaba tanto de la arquitectura , que casi todas las ciudades de importancia en sus vastos estados le debieron magníficos edificios. Por medio de sus generales recobró y reunió al imperio la Africa y la Italia. Era Justiniano mas clemente que severo , y murió á los sesenta y cuatro años , habiendo reinado treinta

y nueve. La magestad del imperio, que pareció haber renacido en su tiempo, se desvaneció en su muerte para siempre. A la verdad la historia de esta época solo presenta desgraciados sucesos que sería penoso describir. Los escritores que se empeñan en este punto, y los que los siguen, siempre caminan entre asesinos y verdugos, sin hallar apenas la vista otros objetos menos afflictivos para descansar. Recorramos rápidamente estas escenas: y si pintamos las catástrofes de los príncipes sin hablar de las desgracias de los pueblos, tenga presente el lector que cuando un huracan derriba los grandes árboles, siempre se resienten las espigas.

Nombró Justiniano al morir por sucesor suyo á Justino, hijo de su hermana Vigilancia. Le proclamó el senado, y le coronó el patriarca de Constantinopla, porque esta ceremonia se habia introducido algun tiempo antes. Pasaba Justino por bueno; pero en el segundo año de su reinado mandó matar á otro Justino su pariente; porque era muy querido del pueblo; bien que de este delito culpan á la emperatriz Sofia, cruel, activa y desconfiada. Fuese frenesí ó imbecilidad, Justino, despues de algunas desgracias, no estaba para gobernar, y fue preciso señalar quien le supliese, recayendo por voto de Sofia la eleccion en Tiberio, hombre estimado, nacido en Tracia, y que habia desempeñado con honor los primeros empleos del estado.

Muerto Justino á los diez y seis años de su reinado, Tiberio, que ya estaba en posesion de toda la autoridad, tomó el titulo de emperador, y declaró Augusta á Anastasia, que era su muger, aunque no se la habia conocido por tal. Esto sorprendió á la emperatriz Sofia, que con la esperanza de verse

Años
de J. C.
562.

Años
de J. C.
581.

asociada al imperio, habia contribuido extraordinariamente á la exaltacion de Tiberio. No hay duda que los dos esposos ocultaron con mucha destreza su casamiento á Sofia, y así llegó á ser tan mortal enemiga de Tiberio, que emprendió colocar en su lugar á un tal Justiniano que mandaba el ejército contra los persas. Se descubrió el concierto; pero Tiberio se contentó con quitar á Sofia los tesoros de que abusaba, y á Justiniano el mando, substituyendo en su lugar á Mauricio, natural de Capadocia, de una antigua familia romana, y buen general, al cual en premio de sus buenos servicios le dió su hija Constancia por esposa, y le declaró César.

Solos cuatro años vivió Tiberio en el trono, y se le dejó á Mauricio. Pocos emperadores tuvieron un reinado de tanta agitacion. Sediciones en los ejércitos, sediciones en la capital, y por último la catástrofe mas terrible, causada por la obstinacion de Mauricio en no querer pagar el rescate de doce mil soldados romanos que los enemigos ofrecian por una suma moderada. Viendo que no admitian el partido, pasaron á cuchillo á todos los prisioneros; y con esta noticia levantó el grito el pueblo de Constantinopla: rebelandose abiertamente contra el emperador el ejército irritado, nombró á Focas, que era un simple tribuno. No pudo Mauricio ponerse en salvo, y con cinco hijos suyos le presentaron cargado de cadenas al usurpador, y el bárbaro hizo degollar sucesivamente los cinco hijos á vista de su padre. Estuvo Mauricio contemplando la muerte de sus hijos con una resignacion heróyca, y á cada asesinato repetia con los ojos bañados en lágrimas las palabras del profeta David: *Justo sois, Señor, en todos vuestros juicios.* Quiso el aya ocultar uno de



Mauricio y sus hijos.

Irritado contra Mauricio el ejército, saludó Emperador á Focas, y puso en sus manos á Mauricio. Este despues de verse obligado á presenciar la muerte de sus cinco hijos, dando exemplo de la mas heroyca resignacion, fué la postrera víctima. Quiso acabar Focas con toda la familia imperial para quedar sin sobresaltos: ¿pero como pudo lisonjearse de vivir sin ellos tan inhumano usurpador?

aquellos infelices sustituyendo su propio hijo, y no permitió el muchacho esta especie de fraude, antes bien avisó á los verdugos. Por último, sacrificaron á Mauricio sobre aquellos sangrientos cadáveres á la edad de sesenta años, y diez y seis de reinado.

No se sabe cual fue la familia de Focas, ni la de Leoncia su muger. El era de mediana estatura, deforme, y de un mirar terrible: tenia el cabello rojo, y se le juntaban las dos cejas: estaba señalado en una megilla con una cicatriz que se le ponía negra cuando se encolerizaba. Era dado al vino y á las mugeres, sanguinario é inexorable: de su muger se dice que no era mejor que él. Esta es la pintura que de estos consortes hacen los griegos; pero san Gregorio el Grande, que por vivir en Roma los conocia solo por sus cartas atentas y por sus presentes, hace por el contrario un elogio particular. Aunque no hubiera habido mas que la muerte de Mauricio y la de sus hijos, sería lo suficiente para mirar á Focas como un monstruo de crueldad. Continuó sus barbaridades en esta infeliz familia, pretestando correspondencias con los conspiradores, y mandó cortar la cabeza á la emperatriz Constantina y á tres hijas de esta en el mismo sitio en donde se habia ejecutado la muerte de Mauricio y la de sus hijos tres años antes.

No faltaron conjuraciones contra un hombre para quien nada habia sagrado. ¿Quién podría fiarse de él? Uno de sus generales, cuyo mérito temia Focas, tuvo la imprudencia de ponerse en sus manos bajo las mas solemnes promesas; pero Focas luego que le tuvo en su poder, le hizo quemar á fuego lento. Ni aun se podia hacerle algun servicio sin exponerse al peligro. Le reveló una conspiracion un

Años
de J. C.
603.

tal Anastasio: mandó quitar la vida á los cómplices, y antes de todos al mismo Anastasio.

Si en el circo no era el pueblo de su parecer sobre la habilidad de un actor, mandaba que entrasen los soldados á matar á todos indistintamente; y llegó á tal punto la indignacion que escitó con sus maldades, que se sublevaron sus mismos parientes, y de todas partes aparecieron tropas que le cercaron; pero quien mas le estrechó fue Heraclio, hijo de un gobernador de Africa del mismo nombre. Dispersó este su egército; y como el tirano huyese, Petronio, á cuya muger habia en otro tiempo violentado, le persiguió con soldados, le despojó de la púrpura, y le llevó cargado de prisiones á los pies de Heraclio. Quiso este reconvenirle sobre la conducta tiránica que habia tenido con sus vasallos, y Focas le respondió muy tranquilo: *Procura tú gobernar mejor.* A los siete años de reinado le cortaron los pies, las manos, los brazos, las piernas, las partes vergonzosas y la cabeza.

Años
de J. C.
610.

Reconocieron á Heraclio por emperador: descendia de una familia noble de Capadocia: tenia un aire magestuoso, y entendia muy bien la guerra. Bien necesitó de este conocimiento en un tiempo en que se veia el imperio acometido por todas partes; principalmente por los persas que hacian grandes progresos, y no querian acceder á ninguna composicion; pero Heraclio hizo con sus victorias que se viniesen á partido. Recuperó muchas provincias que aquella nacion altiva habia quitado al imperio, y se llevaba por delante á su monarca á pesar de sus numerosos egércitos. Restituyó á Jerusalem una grande parte de la verdadera cruz de Jesucristo que tenian en su poder los persas. Por este mismo tiempo

tomaba Mahoma á Medina y la Meca, y empezaba á estender su religion en el Asia, en donde dominaba entonces el cristianismo. Los apóstoles de este profeta eran numerosos egércitos; y aunque no faltaban á Heraclio habilidad ni valor para hacer frente á este nuevo enemigo; perdia tanto tiempo en disputas de religion, festines y fiestas públicas, que no le quedaba lugar de reflexionar los peligros que amenazaban al imperio. Murió de hidropesía á los treinta años de reinado: le sucedió su hijo Constantino, y se cree que á los siete meses le dió veneno su suegra Martina para colocar en el trono á su hijo Heraclonas; y sin duda hubo pruebas del delito, pues el senado mandó cortar al hijo las narices, y á la madre la lengua, los envió al destierro, y dió la púrpura á Constante, hijo de Constantino, y nieto de Heraclio.

Constante II se pareció en algo á Cain por la envidia que tuvo á su hermano Teodosio, cuya virtud le hacia las delicias del pueblo, y así le hizo ordenar de diácono; pero no cesando sus temores, le hizo matar algun tiempo despues. Este delito produjo tan horribles remordimientos, que le parecia ver continuamente á su hermano, que le presentaba un cáliz lleno de sangre para apagar la cruel sed que le atormentaba. Para huir de objeto tan espantoso, fue á Sicilia resuelto á transferir á Siracusa la silla del imperio. Los habitantes de Constantinopla, sabiendo su intencion, le detuvieron la muger y los hijos; pero los remordimientos vengadores le acompañaban por todas partes, y anduvo siempre errante como otro Cain, sin que las guerras con los sarracenos y lombardos, aunque perpetuas y muy animadas, pudiesen distraerle de los terrores que le asus-

Años
de J. C.
642.

taban. Por último, se retiró como lo había pensado á Siracusa desde donde gobernaba tiránicamente el imperio, detestando principalmente por su estrema avaricia, con la que llegó al extremo de despojar las iglesias. Uno de sus criados le asesinó estando en el baño con el jarro destinado para echarle el agua sobre la cabeza. Esto sucedió en el año veinte y siete de su reinado.

Años
de J. C.
665.

Cuando Constante llevó de Constantinopla á su hijo Constantino, era este muy jóven, y á la vuelta ya tenia barba. Los vasallos le llamaron *Pogonato ó el Barbudo*: ya se habia portado como hombre en la victoria que ganó contra un usurpador, á quien quitó la vida. Durante su reinado llegaron los sarracenos hasta las murallas de Constantinopla; pero él los derrotó, y vivió despues con bastante tranquilidad, ocupandose mucho en los asuntos de la Iglesia. Fue pio y justo, y murió de consuncion á los diez y siete años de reinado.

Años
de J. C.
685.

Su hijo, Justiniano II, llegó á poseer el trono á la edad de diez y siete años, le arrojaron de él, volvió de nuevo á subir, y experimentó todas las mudanzas de la fortuna. Marchó contra los búlgaros, y le pusieron en fuga; despues él hizo tambien huir á los esclavones: libertó su vida hallandose al frente de los sarracenos: gobernó con altivez y crueldad; y detestandole el pueblo, ordenó para vengarse una matanza general de los habitantes de Constantinopla durante la noche. Un comandante anciano de las tropas de Oriente, llamado Leoncio, que habia estado tres años en la cárcel, acababa de ser puesto en libertad, y con el gobierno de Grecia quedó reintegrado de los daños de su prision. Estaba ya de partida cuando dos amigos suyos, superiores de



Muerte de Constante II.

Despedaxado de remordimientos Constante II, y errante de pueblo en pueblo por disipar los terrores de su criminosa conducta, se fixó al fin en Siracusa; pero sus tiranías le hicieron tan aborrecido que en el baño, y con un jarro de su servidumbre le asesinó un criado. La justicia del cielo no ha menester puñales ni venenos para castigar al malvado; ni hay asilo donde esté á cubierto de su cólera.

monasterios, fueron á exhortarle á que librase la ciudad de la desgracia que la amenazaba. Leoncio se puso á la frente de las tropas que le habian dado para establecerse en su gobierno: fue derecho al palacio, prendió al emperador, mandó cortarle las narices, y le envió desterrado á Quersona. Proclamó el patriarca á Leoncio, y le hizo sentar en el trono.

Pero no le duró mucho tiempo, porque uno de sus generales, que despues tomó el nombre de Tiberio, le trató del mismo modo que él habia tratado á Justiniano: le depuso, mandó cortarle las narices, y le desterró á un monasterio de Dalmacia. Este Tiberio logró felices y muy importantes sucesos contra los sarracenos, causandoles grandes pérdidas, y hubiera podido reinar tranquilo, á no haber atentado á la vida de Justiniano desterrado en Quersona. Supo este príncipe la intencion de Tiberio, y se salvó en la corte del rey de los búlgaros, el cual le recibió bien, y le llevó á Constantinopla, apoderandose de aquella capital por sorpresa. El primer cuidado de Justiniano, restablecido en el trono, fue vengarse, de lo cual nunca habia perdido el deseo ni la esperanza. Cuando salvó la vida acogiendo el rey de los búlgaros, habia padecido su navío una tempestad que le puso á los umbrales de la muerte, y en esta estremidad le suplicó uno de sus criados que prometiese perdonar á sus enemigos si recobraba el imperio. Respondió con frialdad: "que me ahogue yo al instante si perdono á alguno de ellos." Tiberio y Leoncio experimentaron los efectos de su resentimiento, pues á los dos mandó quitarles la vida.

Los habitantes de Quersona no le habían guardado las atenciones que debían, cuando estaba entre ellos desterrado: sospechó también que pensaban en entregarle á Tiberio; y el vengativo Justiniano los hizo asesinar. Los ejecutores de sus órdenes habían perdonado á las mugeres y los niños, y el emperador los volvió á enviar, mandando que no dejasen en Quersona ni un niño con la vida. Viéndose ellos en la dificultad de cumplir tan inhumano mandato, y temiendo que los castigase el emperador si no ejecutaban sus órdenes, proclamaron á su general llamado Filípico, el cual halló el medio y el modo de matar á Justiniano á los veinte y un años de un reinado que fue bien trabajoso. Nos falta el último rasgo para pintar su carácter, y es que por razones muy frívolas declaró la guerra á Trévelis, rey de Bulgaria y el mismo que le había restablecido en su trono.

Años
de J. C.
706.

En tiempo de Filípico no fueron afortunadas las armas del imperio. Hicieron los búlgaros una irrupción en Tracia, llegaron hasta Constantinopla; y porqué la indolencia del emperador, demasiado ocupado en los asuntos de religion, le había hecho odioso, no dió el pueblo la menor señal de sentimiento, ni hizo movimiento alguno cuando supo que á Filípico le habían sacado los ojos en su palacio, sorprendiéndole cuando dormía la siesta. Se revistió de la púrpura su primer secretario llamado Anastasio; y como sabía mas del estado que de la guerra, puso á la cabeza de los egércitos un general muy hábil llamado Leon, natural de Isauria. La marina no quiso reconocer á Anastasio, y proclamó á Teodosio, hombre de baja condicion, y

simple cobrador de los impuestos. Fue Leon á socorrer á su bienhechor Anastasio, y sin dar un golpe consiguió que Teodosio renunciase, y recibiese con su hijo los sagrados órdenes. Tambien negoció felizmente con Anastasio, á quien persuadieron que viviria mas dichoso como simple particular, que como dueño de una corona demasiado pesada para él. Le aseguró Leon suficientes riquezas para haber tenido una vida tranquila, si no se hubiese atravesado la ambicion; pero quiso subir de nuevo al trono que por su renuncia ocupaba Leon, y esto le trajo la muerte.

Durante el reinado de Leon perdió el imperio de Oriente toda autoridad en Italia, y pasó esta á la dominacion de los lombardos. Roma, como veremos, se entregó al pontífice. Estas mutaciones tuvieron por causa la disputa sobre las imágenes. Leon y sus sucesores las destruyeron en su imperio, y persiguieron á los que las daban culto de veneracion. El clero y los pueblos se dividieron en el modo de pensar; y Leon, que era iconoelasta ó perseguidor de las imágenes, se valió de toda especie de violencia para establecer su secta, hasta intentar quitar la vida á san Gregorio papa que se oponia. El Occidente quedó como antes con el culto de las imágenes, y en el Oriente se dividieron entre sí las ciudades sobre este dogma, y aun en su propio seno se dividia cada una, siendo un punto que en adelante entró en los asuntos de estado con grande influjo. Mientras el emperador apenas tenia otra ocupacion que estas disputas, iban los sarracenos asolando las regiones orientales del imperio. Pensó Leon en asegurar la diadema á su hijo Constantino, y reinó veinte y cinco años.

Años
de J. C.
716.

Años
de J. C.
747.

La precaucion que Leon habia tomado de asociarse su hijo y hacerle coronar, no impidió que se hallase con un competidor á la frente sostenido por el patriarca Anastasio. Se apoderó Constantino de su rival y de su hijo, y les hizo sacar los ojos. En cuanto al patriarca le mandó pasear por las principales calles de la ciudad sobre un asno, vuelto el rostro hácia la cola, y azotarle con varas, y despues de esto le restituyó su dignidad por no hallar otro mas malo, segun dice un historiador. Como Constantinopla, en donde estaba el usurpador, no quiso rendirse hasta que la forzó el hambre, castigó el emperador á los habitadores con impuestos y estorsiones. Contra los sarracenos y los búlgaros fue mas feliz que su padre, y persiguió del mismo modo que Leon á los católicos, porque daban culto de veneracion á las imágenes. Murió á los veinte y cuatro años de su reinado.

Años
de J. C.
775.

Su hijo Leon le imitó en el furor contra las imágenes; pero tuvo la pesadumbre de hallar hasta en su mismo palacio personas opuestas á su modo de sentir, y entre otras la emperatriz Irene su esposa; pero sin embargo que antes la habia tenido grande amor, la separó de su lecho, y quitó la vida con tormentos á los que la habian proporcionado la adquisicion de algunas imágenes.

Años
de J. C.
780.

Se colocó Irene en el trono al lado de su hijo Constantino Porfirogénito, y los envidiosos de su poder persuadieron al jóven príncipe, que no pasaba de diez años, que separase á su madre. Supo esta la conspiracion por Saturacio su ministro, é Irene mandó azotar públicamente con varas á los conspiradores, tomando á su cargo castigar á su mismo hijo dentro del palacio. Despues se hizo pro-

clamar única soberana por los egércitos. Tambien le llegó su tiempo á Constantino , porque el pueblo se indignó con la tiranía de la madre respecto de su hijo, á quien tenia preso en las piezas de su habitacion , y la obligó á darle libertad. Saturacio, que habia hecho azotar á sus enemigos , pasó por el mismo tratamiento. El hijo llevó con gran respeto á su madre á una casa que ella se habia hecho construir , y en la que tenia encerrados sus tesoros ; y como Constantino continuaba en visitarla , volvió á tomar imperio sobre él.

Sin duda , para llegar á esto , se prestó á los escesos del hijo , ó no se le opuso en nada. Esta condescendencia en una madre ya era grande falta; pero pasó á gran delito , si con la intencion de hacer á su mismo hijo odioso y despreciable, le aconsejó el divorcio injusto con la emperatriz María , y que sacase los ojos á sus tres tios que le eran sospechosos. Algunos historiadores la creen culpada en esta horrible perfidia : otros la escusan ; mas no se duda que influyó mas que indirectamente en la muerte del desgraciado Constantino. La habia dejado sola con el egército en Prusa de Bulgaria , y de este mismo egército partieron oficiales que con ella se habian empeñado en deponer á su hijo. Llegaron á Constantinopla , sin que allí se tuviese la menor sospecha , le sorprendieron , y le sacaron los ojos ; pero de modo tan bárbaro , que murió algunos dias despues entre los mas crueles dolores. Habia reinado diez y seis años , ya solo , ya con su madre.

Cuando este príncipe subió al trono debia casarse con Rotruda , hija de *Carlo Magno* ; pero este casamiento tratado por Irene se deshizo por

ella misma, rezelosa de que daria demasiada autoridad á su hijo. El deseo de conservar la que acababa de adquirir, la hizo gustar, si ella no la procuró, de la proposicion que la hizo Carlo Magno, de casarse con ella para juntar los dos imperios. La malicia del eunuco Aecio impidió la conclusion de este proyecto, porque viéndose incapaz por su defecto de poseer el imperio, queria disponer de él á favor de su hermano Leon, gobernador de Tracia, para lo que era un obstáculo invencible el matrimonio propuesto si se lograba. Hizo pública la intencion de Carlo Magno, y esparció la fama de que así se trasladaria la silla del imperio fuera de Constantinopla. Los habitantes de esta ciudad temieron esto, y lo que no habia previsto Aecio, eligieron por emperador á Nicéforo, y este nuevo emperador trató á Irene con mucha atencion hasta saber en donde estaban sus tesoros. Cuando ya los tuvo en su poder, la desterró á un convento de la isla de Lesbos, en donde murió de pena, despues de haber reinado seis años muerto su hijo. ¡Cuánto trabajó esta muger por poseer sola algunos años un imperio que pudiera haber conservado en compañía de su hijo por medios mas suaves y dignos de una madre! Por mas elogios que la den los historiadores católicos, agradecidos á la justa proteccion en cuanto á la veneracion de las imágenes, siempre fue Irene una ambiciosa, y si hubiera sido una particular, sería una intrigante despreciable.

Años
de J. C.
805.

Hizo Nicéforo un tratado con los embajadores de Carlo Magno que se hallaban en Constantinopla, y le reconoció por emperador de Occidente. Le inquietó Bardanes que fue electo emperador;

bien que al punto renunció, y se hizo monge; pero Nicéforo no contento con este sacrificio, le hizo sacar los ojos, y al mismo tiempo se asoció su hijo Saturneyo, y dió su hija Procopia á un oficial del palacio llamado Miguel. A Nicéforo le mataron los búlgaros en una batalla á los nueve años de reinado. Dos meses despues murió su hijo que habia salido herido mortalmente, y eligieron á Miguel en ochocientos y once. Este, no sintiendose capaz de gobernar el imperio en tan crítico estado, le cedió á los nueve meses á Leon, oficial distinguido, y se retiró él con su muger Procopia buscando asilo en donde vivir con tranquilidad.

Años
de J. C.
811.

Leon separó á los dos esposos; y á Teofilacto, hijo de estos, le dejó incapaz de tener hijos. Se declaró furiosamente contra el culto de las imágenes. Miguel, el Tartamudo, á quien habia dado los primeros empleos, se declaró contra él, y formó una conspiracion; pero le condenaron á ser quemado vivo, y ya le llevaban al suplicio, cuando por ser aquel dia víspera de la Natividad, la emperatriz Teodosia hizo presente á su marido que sería respetar poco tan grande solemnidad, cuando por ella habian de recibir el Sacramento de la santa Eucaristia, y pidió que se dilatase el castigo. Concedió el emperador la peticion; pero mandó cargar de prisiones al reo, y para que no se huyese hizo que le llevasen las llaves. Aprovechandose el Tartamudo de la dilacion, logró que se llegasen los conjurados á la cárcel, y los amenazó con que los descubriría si no le ponian en salvo. Con el miedo se determinaron á todo riesgo, y acometiendo al emperador por la mañana en la capilla del palacio, le quitaron la vida. Mas hicieron: llevaron á Miguel agar-

rotado con cadenas como estaba , por no haber hallado las llaves , y le sentaron así en el trono. La emperatriz Teodosia fue desterrada á una isla con sus cuatro hijos ; y á estos los hicieron la misma operacion que Leon habia hecho sufrir á Teofilacto. A lo que parece , ayudaron los católicos á Miguel en tan singular aventura , como que eran enemigos de Leon perseguidor de las imágenes , el cual reinó siete años y medio.

Años
de J. C.
822.

Este emperador Miguel favoreció á los ortodoxos , aunque en el fondo se interesaba muy poco en sus disputas. De buena gana se hubiera inclinado al judaismo , porque observaba el sábado , negaba la resurreccion de los muertos , y se mostraba poco escrupuloso en punto de la moral , supuesto que sacó á Eufrosina , hija de Constantino Porfirogénito , del monasterio en que estaba religiosa , y á pesar de la misma se casó con ella. Eufemio , uno de los principales oficiales del ejército , creyó que á egemplo del emperador podria egecutar otro tanto ; pero mandó Miguel que se hiciese justicia , y que le cortasen las narices , y él para evitar este castigo se hizo proclamar emperador , que era el recurso contra toda especie de pena. Otro , llamado Tomas , se valió del mismo medio para librarse del suplicio por haber violentado á la muger de un caballero constituido en dignidad ; y aun dió bien que hacer al emperador con algunas batallas que ganó , y con sitiar por dos veces á Constantinopla ; pero al fin sufrió la pena de los que siguen estas empresas aventuradas : á él y á Eufemio les quitaron la vida. Reinó Miguel casi nueve años , y murió de enfermedad.

Años
de J. C.
826.

Teofilo hizo punto de honor reparar el escándalo que habia dado su padre restituyendo á Eufro-

ña al monasterio. ¿Quién sabe si fue política ó justicia lo que le movió á castigar á los asesinos del emperador Leon, cuando á estos debió Miguel la corona? Dos cosas se vieron en él, que deben admirarse en un príncipe: perdonó con sinceridad á un capitán excelente que retirándose de su servicio por temor de malos tratamientos, habia vuelto sus armas contra él; pero el emperador le llamó, y le dió toda su confianza. Muy lejos de rezelarse de otro á quien por sus buenas prendas habian los soldados nombrado emperador, si no confirmó la elección por tener hijos, le restableció en sus empleos, y le dió las mas grandes señales de amistad. Sus mayores enemigos, los ortodoxos, aunque los atormentó por el culto de las imágenes, todavía conocen que en otros puntos observaba la justicia, era amigo del pueblo y desinteresado. Se cuenta que viendo en el puerto una nave ricamente cargada, y preguntando de quién era, le respondieron que era de la emperatriz, y exclamó muy irritado: "¿Cómo podré yo sufrir que comercie la muger de un emperador? Si los príncipes se dedican al comercio, será preciso que los vasallos mueran de hambre;" y mandó abrasar la nave. Ruidosa fue esta resolución; y hubiera sido mas útil repartir aquellas riquezas. Era Teofilo enemigo de los excesos y torpezas: por lo que echó de Constantinopla las prostitutas: fue muy templado, y renovó las leyes excelentes. Duró su reinado doce años.

Como su hijo Miguel tenia solos seis años, tomó su madre Teodora las riendas del gobierno, y persiguió á los iconoclastas, á quienes habia protegido su esposo. En catorce años que duró su regencia limpió de esta secta el imperio, y aun de la de

AÑOS
de J. C.
841.

los maniqueos , que era muy poderosa. Tenia un hermano , llamado *Bardas* , tan vicioso como ella virtuosa. Este halló en el jóven Miguel un sobrino que recibia con gusto los malos consejos ; y como la emperatriz los refrenaba en sus desórdenes , resolvieron deshacerse de ella : llegó Teodora á saberlo , y por ahorrarles este delito dejó el gobierno ; pero antes dió públicamente cuenta al senado de su administracion , y le hizo ver las grandes cantidades que dejaba en el tesoro para prevenir , si fuese posible , los dispendios locos de su hijo. Se retiró esta emperatriz con sus tres hijas ; y Miguel la encerró con ellas en un monasterio , en donde murió de pesadumbre algun tiempo despues.

No teniendo ya quien le refrenase , se abandonó Miguel III á las torpezas mas infames , gloriandose de imitar á Neron , á quien se habia propuesto por modelo. En poco tiempo gastó los inmensos tesoros que le habia dejado su madre. Siempre estaba rodeado de una cuadrilla de bufones , y de miserables sin honra ni virtud , que para ridiculizar lo mas santo se ponian las sagradas vestiduras que los sacerdotes llevaban en los actos solemnes , é imitaban con este aparato las ceremonias de la Iglesia. Mientras el emperador pasaba su vida en estos desórdenes escandalosos , gobernaba Bardas con autoridad absoluta : le nombró su sobrino por César ; pero sospechando luego que queria ser mas , le hizo asesinar. Como necesitaba de alguno en quien descargar los cuidados del gobierno , eligió á Basilio por gefe del palacio. Era este de bajo nacimiento , pero bien formado , alto , de figura amable , y diestro en los egercicios.

Por su habilidad en domar caballos reparó Bar-

das en él , le hizo entrar en la casa del emperador , y fue adelantando hasta los primeros puestos. Este fue el que inspiró las sospechas que costaron la vida á Bardas , y el emperador en recompensa no solo le hizo César , sino su cólega. Se ocupó en reformar los abusos que se habian introducido en el gobierno , y aun procuró corregir las costumbres viciosas del emperador ; pero advertido de que este no esperaba sino ocasion favorable para deshacerse de censor tan incómodo , entró mientras estaba dormido en su cuarto , y en su presencia le hizo quitar la vida á los veinte años de su reinado.

Si semejante delito pudiera tener excusa , merecia Basilio la gracia por haber librado al imperio de un mal soberano , y haberle dado otro bueno. Gobernó Basilio con mucha justicia y moderacion : solamente adelantó á los hombres de mérito , y todos sus vasallos le hablaban libremente , por lo que le quisieron tanto , que mas le miraban como á padre , que como á príncipe. Quiso sacar los ojos á su hijo , calumniosamente acusado de haber querido asesinarle ; pero como todos sabian la inocencia de este , no cesaban de suplicar al padre que le pusiese en libertad. Importunado de sus solicitudes mandó el emperador que ninguno pronunciase en su presencia el nombre de Leon su hijo ; y un dia que estaba en conversacion con los principales del imperio , un papagayo , que desde su jaula colgada en la sala en que se hallaban habia oido muchas veces deplorar la desgraciada suerte del príncipe , pronunció repentinamente estas palabras : ¡ Ay pobre Leon ! Se aprovecharon sus amigos de esta casualidad , renovaron las instancias acostumbradas , y de este modo consiguieron el per-

Años
de J. C.
851.

don deseado. Murió algun tiempo despues á los diez y nueve años de un prudente reinado, al que no faltó la gloria militar. Dió á su hijo esclentes reglas de gobierno repartidas en sesenta capítulos, cada uno de los cuales empieza por una letra, que junta con las de los demas forman las iniciales, de que resulta este sentido: *Basilio emperador de romanos en Cristo, á Leon su amado hijo y cólega*. Si este Basilio no fue el inventor de los acrósticos, á lo menos le agradaban.

Años
de J. C.
885.

No le duraban á Leon las mugeres, pues perdió sucesivamente tres. Su cuarto matrimonio ocasionó un cisma en la Iglesia griega, en donde las cuartas nupcias estaban prohibidas: y así las desaprobó el patriarca Místico. Puso Leon á otro llamado Eutimio para conseguir la absolucion; tomó partido el clero y aun el pueblo, pues un fanático le dió con el baston en la cabeza de modo que allí mismo le derribó al suelo. Se arreglaron las diferencias, y conservó Leon á Zoe su cuarta muger, de la que tuvo un hijo llamado Constantino. Casi en todo su reinado sostuvo la guerra contra los sarracenos, haciéndola por medio de sus generales, ya feliz, ya desgraciadamente. Dedicó sus principales cuidados al gobierno interior: sus acciones y sus escritos le merecieron el nombre de filósofo: revisó por sí mismo las leyes de Justiniano, y escribió tambien sobre la disciplina militar y la caza: nos dejó algunos tratados teológicos y históricos, y su reinado, que duró veinte y cinco años, á escepcion de algunas pérdidas, fue ventajoso para sus pueblos, felicidad que en un soberano vale por todos los elogios.

Años
de J. C.
911.

Leon al tiempo de morir encargó á su herma-

no, á quien dejó la corona, que la conservase como en depósito para ponerla en manos de Constantino; pero el hermano pensó en quitársela por medio de la mutilacion; y si el jóven príncipe se libró de este peligro, fue porque todos se le representaban como niño de tan débil constitucion, que no podia vivir mucho tiempo. Fue fortuna que las torpezas abreviasen la vida del tio, pues en un año se adquirió la reputacion de príncipe tan odioso como despreciable.

Seis años de edad tenia Constantino, y así estuvo por mucho tiempo mas bien que como actor, como testigo de lo que pasó en su reinado. Le había dejado su tio en manos de tutores, mas capaces de corromperle que de formarle para la virtud. Como al mismo tiempo eran regentes, tuvo el senado que despedirlos, y volvió Zoe, madre del príncipe jóven, á quien habian retirado los tutores, y se apoderó de la autoridad. Los búlgaros, perpetuos enemigos de los griegos, hicieron acometidas que obligaron á Zoe á levantar tropas, cuyo mando entregó á dos generales, Romano y Leon. Apenas se vieron estos dos hombres á la cabeza de los egércitos formaron el designio, que les pareció fácil con un muchacho, de apoderarse del imperio, ó entrar á la parte con Constantino. Los dos ambiciosos, en vez de entenderse se cruzaron y opusieron entre sí. Venció la faccion de Romano, sacó los ojos á su rival, casó su hija con Constantino, é hizo nombrar á su hijo Cristóforo gefe de los aliados, que eran entonces la fuerza principal del imperio. Tomó por sí mismo el título de César, y despues el de emperador: desterró á la emperatriz Zoe, se apoderó de toda la autoridad, hizo paçes con los búl-

Años
de J. C.
912.

garos; y para mejor cimentar su poder, empeñó al rey de esta nacion en tomar por esposa á Julia, hija de Cristóforo.

El jóven emperador parecia que no se mezclaba en estos sucesos; pero su designio era perder á sus enemigos por medio de ellos mismos. Romano, en defecto de Cristóforo, su hijo mayor, asoció al imperio á otro llamado Constantino, dél que tuvo envidia otro llamado Esteban, y no fue difícil al jóven emperador conseguir de él que se levantase contra su padre: á ambos los sorprendió el legitimo emperador Constantino, é hizo ordenarlos de sacerdotes para que no pudiesen volver al trono. El delito que Constantino habia provocado contra Romano el usurpador por parte de Esteban, fue pensado y casi consumado contra su misma persona por Romano su hijo, que quiso dar veneno á su padre; y cuando ya este tenia la copa en la mano, tropezó, y derramó parte del veneno; pero habia bebido lo suficiente para quedar muy enfermo. Dejó la corona casi á los cuarenta años de reinado al mismo Romano que le dió el veneno.

Años
de J. C.
962.

No desmintió sobre el trono la opinion que le mereció su parricidio, y así pasa Romano en la historia por un príncipe de los mas torpes. Para emplearse mas libremente en los placeres dió toda la autoridad á José, gefe de palacio, hombre sencillo y crédulo. Si los sarracenos fueron vencidos en su reinado, se debió al valor de sus generales. No vivió sino tres años en el trono, y murió á los veinte y cuatro de edad, envenenado por su muger Teofana, dejando dos hijos, Basilio y Constantino, en la primera infancia.

966.

El buen José gobernaba siempre, y se tenia

por amigo de Teofana , que habia tomado la tutela de sus niños. Mandaba las tropas un hábil general, llamado Nicéforo Focas, á quien José queria separar, porque sospechaba en él pretensiones á la corona; pero Nicéforo, que era diestro, fue un dia á verse con el ministro, y le dijo que cansado de las grandezas humanas, habia mucho tiempo suspiraba por la vida monástica; que hasta entonces le habia detenido el favor de sus dueños, y la necesidad de cumplir con los importunos empleos que le daban; que así le suplicaba le dejasen por último la libertad de retirarse á un claustro: y al mismo tiempo mostró el hipócrita á José un silencio que decia llevar siempre. José, conmovido, se arrojó con lágrimas en los ojos á los pies del supuesto santo: le confesó que habia tenido sospechas, le pidió perdon, y le suplicó continuase en mandar el ejército. Nicéforo se dejó ganar del ejército del emperador, y este le eligió para el trono. Crea el que quisiere que por simple conveniencia le dió la mano la emperatriz Teofana, aunque era casado; pero desde el principio le habia mostrado una aficion, de la cual el prudente José no sabia que pensar, y así estaba pasmado con lo que veia. Le suplicaron que fuese á encerrar su admiracion y pasmo en un monasterio, en donde murió dos años despues. Nicéforo logró grandes ventajas contra los sarracenos, y ya empezaba un reinado glorioso quando se suscitó el odio en Teofana, porque almas tales no se miran, por lo comun, quando esposos, como se miraban quando amantes. Sospechó ella que queria hacer eunucos á los dos niños que tenia de Romano, Basilio y Constantino. Una injusticia que hizo el emperador á un general suyo llamado Juan Zimisce, dió lugar á

una conjuración en que entró la emperatriz, y abrió por sí misma el cuarto de su marido á los conjuradores, que le asesinaron en el año octavo de su reinado.

Años
de J. C.
969.

No se vió el menor movimiento por la muerte de Nicéforo. Tomó Juan Zimisces el cetro: quiso el patriarca sujetarle á la penitencia pública por haber quitado la vida á su predecesor, y él echó la culpa á la viuda. Se cree que iban de concierto el patriarca y el emperador para poner á este en la aparente necesidad de retirar á Teofana, y así la desterró á un monasterio de Armenia, y se asoció los dos hijos de aquella muger, Basilio y Constantino. Se levantó un competidor llamado Bardas Focas, sobrino del último emperador, y envió Juan contra él á Bardas Esclero, general muy hábil; mas no tuvo necesidad de implorar la fuerza, porque los partidarios de Focas le abandonaron, y Esclero le prometió procurar la paz con el emperador, el cual con efecto le concedió la vida, confinándole á la isla de Quio. Juan Zimisces durante su reinado peleó contra los rosis, que se cree ser los antiguos rusos, y los venció en muchos encuentros. Volviendo de una de estas victorias reparó por el camino en los bellos palacios y tierras bien cultivadas, que le dijeron ser del eunuco Basilio, que durante los dos últimos reinados se habia enriquecido mucho. Se le oyó al emperador decir: "¡Es posible que el imperio romano esté abandonado á la rapacidad de un eunuco insolente!" Estas palabras le valieron una copa de veneno, cuyos efectos sintió, mas no quiso se hiciesen pesquisas. El poco tiempo que vivió despues de la funesta bebida, le empleó en ejercicios de piedad y disposiciones políticas. Nombró por sus



Muerte de Nicéforo Focas.

Solo una sospecha infundió tal odio á la Emperatriz Teofana contra su esposo Nicéforo Focas, que tomando parte en la conjuración á que dió pretexto una injusticia del Monarca, introduxo en la habitación de este á los conjurados. Le habia amado quando no debia, y quando debia amarle, facilitó su muerte. ;Muger execrable, que no supo concebir un afecto sin cometer un delito!

sucesores á Basilio y Constantino, y murió con sentimiento universal, despues de haber reinado nueve años.

¿Si tendria tambien parte en esta muerte la emponzoñadora Teofana? Esto no se sabe; pero la tuvo en el provecho, porque el eunuco Basilio la llamó para reinar con ella bajo el nombre de los dos príncipes, el mayor de los cuales era de diez y nueve años, y el segundo de diez y siete. Ya hemos visto andar en competencia á Bardas Focas, sobrino de Nicéforo, y Bardas Esclero, empleado por Zimisce: ahora los veremos de nuevo provocarse en el campo que los dejó libre la juventud de los dos emperadores.

Esclero usurpó la autoridad suprema, derrotó por dos veces el ejército imperial, tomó á Nicea, y venció á Focas enviado contra él. Focas se desquitó haciendo huir á Esclero hasta Babilonia, cuyo sultan le puso en la cárcel. Viéndose Focas libre de Esclero, tomó la púrpura. Dió libertad el sultan á Esclero, y este se concertó con Focas, repartiendo entre sí el mando para resistir mejor á Basilio y Constantino, los cuales no obstante su juventud tomaron las armas y perseguian á los usurpadores. Empezó la discordia entre los dos Bardas. Hizo Focas aprisionar á Esclero, y murió él en una batalla que dió á los dos emperadores. Esclero, á favor de la derrota de su cólega, salió de sus prisiones, se sostuvo por algun tiempo en su rebelion; mas al fin se sometió, y le trataron con bastante consideracion.

En los intervalos de tiempo que dejaban á los dos emperadores las sublevaciones, Basilio, á quien como á mayor se atribuye el trabajo y el honor, hacia la guerra á todo trance contra los búlgaros, y

Años
de J. C.
976.

logró ventajas considerables. Se cuenta que habiendo hecho grande número de prisioneros, mandó sacar los ojos á todos, y los repartió en compañías de cien hombres: siendo la guía de cada una otro á quien solo habian quitado un ojo, y así los llevaron á Samuel su rey. No pudiendo este príncipe resistir á la impresion que le hizo un espectáculo tan compasivo y tan horrible al mismo tiempo, se desmayó, y murió á los dos dias. A la verdad no habrá lector que no quiera mas bien parecerse á Samuel vencido que á Basilio vencedor. Por mas elogios que se den á su valor en la guerra, y á su habilidad en el gobierno, esta horrible crueldad marchitó para siempre su memoria; y así se nota que fue mas temido que amado. Murió á los setenta años de edad, y cincuenta y uno de reinado.

A Constantino, su hermano y su cólega, no le faltaba valor, y entendia bien la guerra; en cuanto á lo demas no parecia que era emperador, porque solo pensaba en sus placeres. Aunque se vió solo, no mudó de conducta, sino en procurar, por decirlo así, destruir cuanto bueno habia hecho antes su hermano. Despició los ministros, sustituyendo á estos los compañeros en sus torpezas, y fueron muy dichosos los generales y magistrados de estimación que fueron desterrados, y no perdieron los ojos ó la vida. Ya se abria el sepulcro para este viejo lascivo cuando empezó á tomar alguna inquietud por su familia. Tenia tres hijas, y deseaba que una de ellas se casase con su sucesor. Pensó en darla por esposa á Romano, pero era casado. Le llamó el emperador á su presencia, y le dijo: "Escoge ó repudiar á tu muger para casarte con una hija mia y ser declarado emperador, ó que te saquen los ojos."

¡Terrible alternativa para un hombre que estimaba á su muger! Mas esta se sacrificó entrando en un monasterio, y se casó Romano con Zoe, la segunda hija de Constantino. A los tres dias murió este emperador á los setenta y dos años de su edad; habiendo reinado tres sin la compañía de Basilio.

Romano se señaló por laudables generosidades con los pobres cautivos, los cuales por las guerras pasadas eran muchos, y á todos los rescató, les dió dinero, y los envió á sus respectivos países. También le elogian en gran manera por su liberalidad para con los monasterios que enriqueció con magníficas decoraciones. En todo se manifestó príncipe muy piadoso, circunstancias que con la de tener sesenta y seis años no le hacia del gusto de la emperatriz Zoe su esposa, la cual estaba violentamente apasionada á un tal Miguel, de nacimiento bajo, y hermano de Juan, eunuco favorito del emperador. Dieron veneno al devoto marido, y porque no murió presto, fue un malvado á tiempo que estaba en el baño, y metiéndole la cabeza en el agua, le tuvo allí hasta que se ahogó. Mientras espiraba envió Zoe á llamar al patriarca de parte del emperador, y cuando llegó le dijo: Ya murió mi esposo; y así, para que no haya alborotos, cásame con Miguel, que es el que veis aquí. Se detenía el patriarca; pero al fin deponiendo el escrúpulo los casó, y Zoe pasó recien viuda á las segundas nupcias. Reinó Romano cinco años y medio.

Todo el gobierno se mudó entonces, porque los que habian tenido con Romano la mayor parte en él, cayeron y fueron desterrados, cedieron sus puestos á las hechuras del eunuco Juan, que se apoderó de toda la autoridad, y aun la misma Zoe no

Años
de J. C.
1028.

Años
de J. C.
1034.

se libró, pues para sostenerse Juan separó de esta princesa todas las mugeres y eunucos que tenían su confianza, y los reemplazó con gentes de quienes tenía seguridad, y de este modo se veía la emperatriz como prisionera en su palacio. Lo que mas la disgustaba era, que no habia hecho mas que elegir un marido devoto en lugar del otro; porque Miguel lleno de escrúpulos solo pensaba en espiar con actos de piedad el delito que le habia servido para subir al trono. Advirtiéndolo su hermano Juan que iba decayendo su espíritu como su cuerpo, le empuñó en nombrar César á Miguel Calafate, hijo de su hermano: consintió Zoe, y le adoptó. Su piadoso predecesor le dejó con su muerte la diadema, que habia ceñido casi por ocho años.

Años
de J. C.
1041.

El eunuco Juan hizo en este Miguel una elección muy perniciosa para sí y para Constantino, otro hermano suyo. Se dejó Miguel ganar por Zoe, y esta le hizo que desterrase á Juan su tio; pero á ella, por imputarla que habia empleado operaciones mágicas para deshacerse del emperador, la recluyeron en un monasterio. Esta ingratitud con su bienhechora sublevó al pueblo, el cual llamó á Teodora, hermana de Zoe, encerrada como ella en un convento, y puso á las dos princesas en el trono. Miguel se salvó en un claustro, y en él tomó con su tio Constantino el hábito religioso, habiendo llevado la púrpura cuatro meses. Parece que esta caída era pena suficiente; pero Teodora exigió que le sacasen los ojos. A Zoe reemplazada sobre el trono, la obligaron sus vasallos á que les diese un emperador, y entre los concurrentes que se presentaron puso los ojos en Constantino, por sobrenombre *Monómaco*, personage ilustre por su nacimiento, y de

amable figura, circunstancia nada indiferente para esta princesa. Se casó con él, y el eunuco Juan fue desterrado á Lesbos, y privado de la vista. Monómaco gobernó con sabiduría y prudencia, y con aquella felicidad que permitian las irrupciones de los bárbaros que tenían atormentado al imperio. Se ignora qué parte dejó para Teodora en el gobierno: lo que se sabe es que siempre la trató con mucha atención y respeto. Pero habiendo perdido á Zoe su muger, y sintiendo él que iba desfalleciendo, no eligió á su cuñada Teodora para sucederla: esta lo supo, salió del monasterio, y se declaró emperatriz: atrevimiento que asustó tanto á Monómaco, que se desmayó con la noticia, y murió en el año trece de su reinado.

Teodora ocupó dignamente el trono de que acababa de apoderarse. La discrecion en elegir generales y ministros, su modo imparcial de hacer justicia, oyendo ella misma las defensas de las causas, y la moderacion con que usaba de su autoridad, la ganaron el afecto y estimacion de los pueblos vecinos. No hizo Teodora, por decirlo así, mas que estrenar la corona que tanto merecia: pues habiendola tenido un año y algunos meses, por consejo de su ministro, que queria continuar gobernando, la dejó al morir á Miguel Estratiótico, hombre avanzado en edad, y que no tenia idea alguna de los negocios.

Si la ley de heredar hubiera dado algun derecho al trono, habria sido este para Teodoro, primo hermano del difunto emperador. Hizo sus esfuerzos para lograrle, y esperaba le favoreciesen el patriarca y el clero. Estos, aunque sordos á sus súplicas, le dieron asilo en la iglesia, de la cual salió voluntariamente á un destierro, en donde murió poco

Años
de J. C.
1055.

Años
de J. C.
1056.

despues. Estratiótico se suscitó por su poca destreza un rival muy peligroso, porque cuando debiera atraerse los generales de las tropas, como su apoyo principal, los descontentó, y juntándose estos eligieron entre sí otro que debiera ser colocado en el trono á la primera ocasion favorable. Estuvo este secreto por muchos meses entre los cómplices sin ser descubierto: tal era la negligencia del gobierno; mas al fin rompió, y se supo con admiracion que junta en un dilatado campo la mayor parte de las tropas del imperio, habia nombrado emperador. Estratiótico, ó por mejor decir los que gobernaban en su nombre, hallaron soldados suficientes para tentar una batalla, mas no les favoreció la suerte. Entonces Isaac Comneno, general electo, se adelantó á Constantinopla, y por decreto del senado fue declarado emperador. Llegó una diputacion de obispos á exhortar á Estratiótico que renunciase la dignidad imperial, y él les dijo: "¿Qué es lo que me dareis en cambio?" A lo que ellos respondieron: *El reino de los cielos*. Y sin duda, si le hubieran tenido en su mano valia mucho mas que el otro; pero Estratiótico fue á buscar el camino en un monasterio, adonde se retiró, habiendo reinado un año.

Años
de J. C.
1057.

El primer cuidado de Comneno fue recompensar á los que le habian elevado, y el segundo llenar el tesoro público. Fue amontonado el producto de los impuestos, haciéndolos tan onerosos que se murmuró altamente. A esto añadió cuanto pudo tomar de los bienes del clero. El patriarca, que hablaba por todos, fue desterrado, é Isaac, habiendo reinado dos años y tres meses, renunció voluntariamente, y retirándose á un monasterio, empleó

el resto de sus dias en egercicios de piedad. Aunque tuvo hijos, y muchos parientes cercanos, nombró por sucesor á Constantino Ducas, estimado por todos como el hombre mas digno de reemplazarle.

Siempre eran los impuestos la causa del descontento y de las quejas. Crecieron estas en tiempo de Ducas, porque no se advertia que el dinero que sacaba contribuyese para hacer al pueblo mas feliz; pues estaba continuamente atormentado con las irrupciones. Los turcos, ya conocidos algun tiempo antes, eran por entonces los mas temibles enemigos del imperio; y en lugar de rechazarlos con buenos egércitos, viendo Ducas que estos exigian mucho gasto para levantarlos y mantenerlos, procuraba retirar los enemigos regalando á los generales; pero estos recibian los regalos, y volvian con nuevas asolaciones para que les diesen otros. Así reinó Ducas cinco años y medio; y reducido al estremo por una enfermedad mortal, dejó el imperio á sus tres hijos, Miguel, Andrónico y Constantino; y durante la menor edad de estos nombró por regente á la emperatriz Eudoxia su madre, despues de exigirla el juramento de que no volveria á casarse.

Años
de J. C.
1059.

Dos motivos que el moribando pudiera haber previsto, la necesidad y el amor, rompieron el juramento de la emperatriz. Con motivo de algunas pérdidas ocasionadas por los turcos, publicaron los descontentos y ambiciosos que el estado actual del imperio pedia un hombre valeroso, y no una muger flaca y tímida. Entre estos marmuradores del gobierno era uno de ellos Romano Diógenes, hombre de gallarda presencia, y de ilustre nacimiento. Este acompañó sus palabras con algunas acciones

Años
de J. C.
1067.

que hicieron acusarle de que aspiraba al imperio. Le llevaron á la presencia de Eudoxia, para que esta le sentenciase á muerte; pero compadecida de un hombre tan amable á sus ojos para tenerle por delincuente, le perdonó, le colocó á la cabeza de sus tropas, y concibió el proyecto de casarse con él. ¿Y el juramento? Ya ella misma se habia facilitado la dispensa en el fondo de su corazon, y solo faltaba que la pronunciase el patriarca Juan Gifilino, para no hallar al pueblo contrario á sus deseos.

Despachó al patriarca un eunuco fiel que le dijese en confianza que la emperatriz, enamorada de Bardas, sobrino del mismo patriarca, estaba determinada á casarse con él, y darle parte en su autoridad si el tio la relevaba del juramento que habia hecho, y persuadia al senado á que podia casarse. El patriarca Juan, deslumbrado con la esperanza de ver emperador á su sobrino, consiguió el consentimiento de los senadores, representándoles la dolorosa situacion del imperio, y que los zelos del difunto emperador habian hecho la estorsion de exigir aquel juramento temerario. Dió públicamente á Eudoxia su escrito que tenia en depósito, y la exhortó á casarse con algun hombre capaz de proteger á ella y á sus hijos. Le escuchó con docilidad; pero algunos dias despues, con la mayor admiracion del patriarca, dió la mano de esposa á Romano Diógenes, haciéndole proclamar emperador. La desgracia de la guerra puso á este príncipe en manos de Axan, sultan de los turcos, que le trató con toda la atencion que pudiera suavizar su infeliz estado. Entre tanto que Romano concertaba con su generoso vencedor una paz tan ventajosa como si estuviera libre, Juan Duças, cuñado de Eudoxia,

con la noticia del cautiverio del marido, la arrojó del trono, la encerró en un monasterio, é hizo proclamar emperador á Miguel Ducas, que era el mayor de los tres hijos. Se opuso Romano á la usurpacion con mano armada: le prendieron, le dió veneno Juan; y como el veneno obrase con demasiada lentitud, le hizo sacar los ojos con modo tan cruel, que murió en pocos dias á los cuatro años de su reinado.

Como Miguel Ducas era un príncipe indolente, toda la potestad estaba en manos de Juan su tío, y la aseguró mas con la caída ó el destierro de cuantos le podian ser contrarios. Este modo arbitrario de obrar le suscitó muchos enemigos. Los turcos, que no se contentaban ya con inquietar las fronteras, sino que se hallaban fortificados en el reino con varios puntos de apoyo, veian que los reclamaban las facciones, y se iban adelantando á favor de las turbulencias que ellos procuraban fomentar. Un tal Ruselio, natural de las Galias, logró contra ellos ventajas que le animaron á hacerse declarar emperador. Enviaron contra él á Alejo Comneno, capitán jóven, aunque famoso por muchas victorias. Este sofocó la rebelion cautivando á Ruselio y no se habló ya de él; pero á este rebelde sucedieron otros dos, Nicéforo Briene, y Nicéforo Botoniate, que dieron tanto que sentir al indolente Miguel, que quiso mas dejar la corona, que pasar continuamente la fatiga de defenderla; y así depuso la púrpura imperial, recibió los órdenes sagrados, y llegó á ser obispo de Efeso, despues de haber reinado seis años y medio.

Años
de J. C.
1069.

Botoniate fue el que de los dos concurrentes quedó por dueño con el valor de Alejo, que ven-

Años
de J. C.
1077.

ció á su rival, y se le entregó en sus manos. También le libró de otro llamado Basilacio. Durante estas hazañas en que Alejo tenía el auxilio de Isaac su hermano, pasaba una intriga de corte que le sirvió mas que sus victorias. La emperatriz María, muger de Miguel, á la que sin duda reputaban por viuda, por haberse él ordenado obispo de Efeso, se habia casado con Botoniate; y con la hija de este casó un hijo que tenia de su primer marido Miguel. Descubrió esta emperatriz que á pesar del doble derecho de este príncipe á la corona, estaba pronto su esposo, aconsejado de dos favoritos, á ponerla en la cabeza de un pariente joven, llamado Sinadeno. Recurrió ella á los dos Comnenos, Alejo é Isaac, para sostener el derecho de su hijo. Descubrieron los favoritos esta inteligencia, y procuraban deshacerse de aquellos protectores de la emperatriz; pero advertidos á tiempo para cortar todas las maniobras, Alejo, que se hallaba á la cabeza de un ejército, se hizo proclamar emperador. No estaba Botoniate sin recurso; pero quiso mas deferir á los consejos del patriarca Cosme, famoso por su piedad, el cual le exhortó á que se sometiese á las órdenes de la Providencia, y antes dejase el imperio que permitir se manchase su capital con sangre cristiana. No esperó á muchas instancias, y fue á la iglesia mayor á dejar el vestido imperial, y desde allí á tomar en un claustro el hábito de monge, á los dos años y diez meses de reinado. De este modo se halló María viuda de un obispo y de un monge que aun estaban vivos.

Se notará que la decadencia del imperio griego de Constantinopla es muy semejante en sus causas á la disolucion del imperio de los seleucidas, con sola

aquella diferencia que añaden las costumbres y la religion. Entre los seleucidas las intrigas de la corte provenian de los casamientos contraidos entre hermanos y hermanas, cuyos hijos apoyados de iguales derechos se disputaban el poder supremo, y le iban debilitando. Entre los griegos, de la confusion de los matrimonios, en los cuales se verificaban los mismos resultados, esto es, las pretensiones mezcladas entre sí, se siguieron los mismos desórdenes. La revolucion de uno y otro imperio se fue preparando con la menor edad, la influencia de las mugeres, la poca esperiencia de los príncipes jóvenes, la corta duracion de los reinados, y los continuos golpes que recibia el cuerpo del estado, asi con los asaltos de las tropas de bárbaros confinantes, como con sus pérfidas alianzas. Se vieron no obstante de tiempo en tiempo algunos príncipes que con mano poderosa sostuvieron el edificio conmovido, y retardaron su caida.

De este caos, como del de los seleucidas, se levantaron soberanías y aun imperios; pero aun fueron mucho menos considerables que los de los sucesores de Alejandro. Citaremos como por digresion los imperios de Trebisonda y de Nicea.

Trebisonda fue la silla del imperio de Comneno. Sus parientes, que se habian librado del hierro de los tiranos de Constantinopla, se formaron un estado de las provincias orientales del Ponto; Galacia y Capadocia; pero este estado no merecia mas el nombre de imperio que el de Nicea: sino que se tomaron este título los dos príncipes por emulacion, y se quedaron con él. El de Trebisonda fue asaltado por los griegos, los latinos, turcos, sarracenos y persas, y sobre todo por los emperadores de Nicea.

Luchó con estas potencias ya juntas, ya separadas, en términos que es muy sensible que solamente nos hayan quedado indicaciones, y no relaciones circunstanciadas de sus hazañas, por lo que no hay cosa que sea notable sino la catástrofe. Mahomet II, llamado el *Grande*, se apoderó la capital en el siglo decimoquinto, cargó de prisiones á Miguel Comneno, faltando á su palabra: llevó á la emperatriz y sus hijas con toda la nobleza á Constantinopla en triunfo: incorporó en sus genízaros ochocientos trebisantinos de los mas bien formados: y distribuyó á sus capitanes las mugeres y doncellas mas agraciadas. Tomada la capital se sometió en el año mil cuatrocientos sesenta y dos todo el imperio, que habia durado doscientos sesenta y ocho años.

El imperio de Nicea fue fundado por Teodoro Lascaris, yerno del tirano Alejo Angelo. Huyó de la espada de su suegro, y se salvó en Bitinia, cuyos habitantes le recibieron con grande gozo, y de la Frigia, la Media, la Lidia y la Jonia, desde el Meandro hasta el Ponto Euxino formó un imperio, y le sostuvo con su valor contra los ataques de su suegro y del sultan de Iconio. Al morir se le dejó al valiente Juan Ducas, cuyo valor y habilidad dilataron este mismo imperio casi hasta las puertas de Constantinopla. El reinado de su sucesor, que solo duró tres años, la menor edad que se le siguió, alborotos y traiciones, abreviaron la duracion de este pequeño imperio, y al cabo de cuarenta años le sumergieron en la nada.

Alejo Comneno retardó en cuanto pudo la desmembracion del imperio, y sus acciones muestran que era tan prudente administrador como profundo político y gran guerrero. Sin embargo de la

pronta docilidad de Botoniate, habian cometido las tropas de Alejo en Constantinopla desórdenes que tenian muy ofendidos al clero y al pueblo. Alejo movido de sus remordimientos, ó fingiendo que lo estaba, compareció ante el patriarca en hábito de penitente, y reconociéndose culpado en los desórdenes cometidos por sus tropas, pidió penitencia proporcionada á la enormidad de sus pecados. El patriarca le impuso á él y á todos sus cómplices ayunar, dormir en el suelo, y practicar otras austeridades por cuarenta dias. Esta penitencia la cumplieron puntualmente, y sobre todos el emperador; mas despues de este obsequio hecho á la religion, no tuvo por culpa tomar los bienes de la Iglesia cuando los necesitó, y esto no sin experimentar resistencias que causaron alborotos.

Continuamente estuvo en guerra este príncipe, no solo contra los turcos, sarracenos, y otros enemigos naturales del imperio, sino contra el Occidente, que entonces cayó con todo su peso sobre los orientales en las famosas Cruzadas, cuya primera irrupcion sostuvo Alejo. Las precedieron las de Roberto Guiscard, hijo de Tancredo, señor de Hauteville. No hallándose este normando bien acomodado en su pais por su numerosa familia, envió á sus hijos á buscar lo necesario en otra parte: el mas jóven, aunque bien establecido en la Pulla y la Calabria, vió como su padre, que no tenia lo suficiente, y fue á buscarlo entre sus vecinos. Se cree que no aspiraba á menos que al imperio de Constantinopla, contando con quitarsele á Alejo; pero murió despues de una guerra muy ruinosa para ambas partes, en la que el mismo Alejo procuró sacar ventajas con la diestra política de suscitar disensiones á su enemigo,

Apenas se vió Alejo desembarazado de este, le atacaron los escitas invadiendo la Tracia: al principio los rechazó con las armas, y despues con un tratado de paz, cuyas condiciones dictó él imperiosamente. No fue menos feliz en muchas batallas contra los turcos; mas para sostenerse contra los cruzados necesitó de toda su habilidad. Se ha mirado como una perfidia su conducta para con ellos. Desconfió de estos, y á la verdad retractó las promesas que les habia hecho, pensando que así morirían de hambre y desolacion; pero tampoco iban á socorrerle. Por otra parte, además de que la multitud cometia infinitos desórdenes, saqueaba, destruía, introducía el hambre, dando lugar á que los echasen de todas partes, y los persiguiesen como á ladrones, mandaban el ejército unos señores y príncipes codiciosos. Tenia noticias de que la mayor parte de estos habian dejado sus hogares con el deseo de conquistar, y que iban dispuestos á invadir cuanto les acomodase. Tenia razon Alejo para temer, que si no hallaba por otra parte, le despojarían á él, y tal vez irían con la intencion de arrojarle de su capital, como se vió por la esperiencia en sus sucesores. Además de las disensiones ordinarias entre personas de diferentes opiniones é intereses, tuvo Alejo una guerra muy seria con Boemundo, príncipe cruzado, la cual se concluyó con el último tratado que hizo este emperador. Murió de enfermedad, habiendo reinado treinta y siete años. Era reconocido, generoso, liberal, y á los autores de muchas conspiraciones que en su tiempo rompieron jamas los castigó sino con destierro y confiscacion de bienes.

Años
de J. C.
1118.

Inquietaron los últimos momentos de Alejo Comeno aquellas importunidades, que tal vez no per-

donan á los moribundos. Ana, su hija, unida con la emperatriz su madre, pretendia que nombráse á Briene su esposo; pero el emperador siempre se mantuvo por su hijo Juan: y este príncipe para subir al trono tuvo que sufrir los asaltos de esta cábala; pero la disipó, y no se sirvió de otro castigo que retirar de la corte á aquellos de cuya fidelidad sospechaba. Rechazó de sus fronteras á los turcos, escitas, servianos y hunnos, haciendose dueño del reino de Armenia; mas cuando se preparaba para otras conquistas, murió por haberse picado con una flecha envenenada que tenia en su misma aljaba. A ninguno mandó quitar la vida en todo su reinado, lo que le hizo tan amable á sus vasallos por la humanidad, quanto fue temible para sus enemigos, por su valor, habilidad y ventura en todas las expediciones. Esta ventura le acompañó constantemente en los veinte años de su reinado.

Prefirió para sucederle á Manuel, su hijo menor, y este arrestó inmediatamente á Isaac que era el mayor; pero le puso luego en libertad, exigiéndole la promesa de no entrar jamas en conspiracion alguna contra él. Tuvo Isaac que sufrir esta ley, porque era el blanco del pueblo, cuyo amor habia despreciado mientras su padre vivió. Contra este emperador formaron los cruzados las mismas quejas que contra Alejo su abuelo; pero se les puede oponer la misma justificacion. Era de genio activo, y cuando no tenia guerras, se ocupaba en disputas de religion, teniendo especial gusto en refinar acerca de esta, y de aquí provino que inventase algunas heregías. Antes de morir tomó el hábito monástico, mirandole como espacion de la vida disoluta que habia tenido en los treinta y ocho años de su reinado.

Años
de J. C.
1153.

Años
de J. C.
1180.

A su hijo y sucesor Alejo Comneno que tenía solos doce años, le dejó bajo la tutela de su madre, la cual le crió en el amor á los placeres y separacion de los negocios para tener sola ella la autoridad, haciendo depositario de esta á Alejo, presidente del consejo, que estaba en gracia de la emperatriz mas de lo que su honor la permitia, y así la mala conducta de la madre ocasionó la desgracia del hijo. El desprecio que ella inspiraba hizo que el pueblo favoreciese para la usurpacion á Andrónico, primo hermano del difunto emperador, el cual apenas halló obstáculo para apoderarse del presidente Alejo, de la emperatriz y de su hijo. Al primero le hizo sacar los ojos: saludó con mucha frialdad á la madre: se postró delante del jóven emperador con mucho respeto, mezclando en el cumplimiento pasages de los santos libros acomodandolos á las circunstancias. El tirano era un hipócrita, cruel á sangre fria: asistia con devocion aparente á los divinos misterios, y participaba de ellos con veneracion; pero dejando el altar, prescribia tormentos y asesinatos. No contento con ser tutor, se hizo declarar cólega del jóven príncipe, y á los mismos que habian contribuido á su elevacion no los perdonó mas que á los otros. Desterró á los que no pudo envenenar: hizo ahorcar á la emperatriz con pretextos absolutamente destituidos de fundamento, y quitó la vida con el mismo suplicio al desgraciado Alejo á los quince años de su edad, y tres de su reinado.

El usurpador hizo sin distincion perecer á cuantos le parecieron afectos á la familia de Alejo, ó capaces de vengar su muerte. Casi no se pasaba dia que no fuese señalado con alguna cruel ejecución. En poco tiempo quedó esterminada la flor de la no-

bleza , y entre tanto se quejaba el cruel tirano de que la severidad de la ley no le permitia perdonar á todos los hombres de mérito. Ya se cansó el pueblo de sangrientos espectáculos, y escitó la compasion de la multitud el peligro de Isaac Angelo, personaje distinguido , á quien Andrónico queria asesinar. Se juntó pues en la iglesia adonde se habia refugiado, y le proclamó emperador. Quiso el tirano salvarse por mar, y siempre le rechazaron los vientos contrarios. Le prendieron pues, le llevaron á Isaac, y le abandonaron al populacho, que le estuvo atormentando cruelmente por tres dias. Si no obstante su hipocresía conservaba en el fondo sentimientos de religion, esta fue la que le sirvió por entonces, porque sostuvo los tormentos con admirable valor, repitiendo de cuando en cuando estas palabras: *Señor, tened misericordia de mí.* No dijo injuria ni palabra de impaciencia á sus verdugos, antes bien decia sin aspereza estas palabras: *¿Por qué rompeis una caña cascada?* La ambicion es de todas edades, pues Andrónico á los setenta y tres años escaló, por decirlo así, el trono, y pasados dos años le precipitaron de él con esta cruel muerte.

Ganó Isaac Angelo el afecto del pueblo con su benignidad y moderacion, y mereció el de los grandes, llamando á los desterrados, y restableciendo muchas ilustres familias que habian decaido de su antiguo esplendor; pero halló la recompensa de sus beneficios en el afecto de sus vasallos contra Branás, general suyo que se le habia rebelado, y fue á sitiar á Constantinopla. El emperador, que no era guerrero, sino muy devoto, se encomendaba á las oraciones de los monges, y mandó colocar con grande solemnidad la imágen de María San-

Años
de J. C.
1184.

tísima en lo mas alto de los muros. Lleno de confianza en estas precauciones se estaba muy tranquilo en su palacio ; pero Conrado , marques de Monferrato , uno de los capitanes de las Cruzadas , le hizo ver que estas medidas no bastaban : se puso pues á la cabeza de los habitantes , rechazó á Branas , y le mató con su propia mano. Tenia Isaac el vicio de las almas débiles , que es el de creer desembarazarse con subterfugios. Se lisonjeó que con ellos divertiria á Federico Barbaroja , emperador de Alemania , que iba con un poderoso ejército á socorrer á los cruzados ; pero Barbaroja tomó por fuerza los víveres , y otras cosas necesarias que los griegos le habian prometido. Sufrió tambien Isaac otras pérdidas por parte de los enemigos del imperio , y sobre todo de los escitas. Sus desgracias dieron ocasion á su hermano Alejo Angelo para que le representase como incapaz , y para destronarle á los diez años de su reinado. Le puso en una cárcel , y á esta injusticia añadió la crueldad de privarle de la vista. Esta barbaridad fue mucho mas horrible , porque siempre le habia tratado Isaac con amistad ; y sin duda se arrepintió Alejo , pues sacó al ciego de la cárcel , y llamó á la corte á su hijo Alejo , de edad de doce años. El anciano emperador , aunque privado de la vista , encontró medio para mantener correspondencia con su hija Irene , muger del emperador de Alemania. Tomadas las medidas huyó el jóven Alejo de la corte de su tio : fue á ver á su hermana , y sublevó los príncipes de Occidente. Los venecianos , que en aquel tiempo eran muy poderosos , se empeñaron en transportar tropas , cuya mayor parte eran franceses , y en contribuir á restablecer en el tronó al ciego , mediante cierta su-

ma que habia de pagarseles despues de haberlo conseguido. Fueron derechos á Constantinopla , la sitiaron ; y viendose el tirano en el momento de ser preso , se salvó en Tracia con los ornamentos imperiales y sus tesoros , y llegó hasta el pie del monte Hemo. Así que partió abrieron las puertas los habitantes de Constantinopla , y restituyeron el cetro al ciego á los tres años de haberle perdido ; pero sobrevivió poco á su restablecimiento.

Aun le gozó menos Alejo su hijo , pues para pagar las cantidades que debia entregar á los franceses y á los venecianos tuvo precision de oprimir á sus vasallos con impuestos ; y esto junto con la amistad y singular estimacion que profesaba á sus libertadores , escitó un descontento general en su pueblo , que era enemigo jurado de los latinos. Esta disposicion de los ánimos alentó á Juan Ducas , por sobrenombre Murtzulfo , así llamado por lo poblado de sus cejas , á intentar la usurpacion de la autoridad suprema : el artificioso Murtzulfo para conseguir su fin previno al jóven emperador contra los latinos , á los que hasta entonces habia querido. De los pequeños resentimientos , fomentados con cuidado , nacieron hostilidades : manejó Murtzulfo una composicion , y llegó á suplicar á los latinos que entrasen en Constantinopla para sacar á Alejo del furor del pueblo , diciendo que se habia rebelado. Por otra parte publicó que el emperador habia vendido la ciudad á los latinos , los cuales se adelantaban á tomarla. Durante el tumulto que esta noticia escitó , entró Murtzulfo en el cuarto del desgraciado Alejo , y le ahogó con sus propias manos : hizo alarde de esta accion delante del pueblo , como de

Años
de J. C.
1204.

un servicio á la pública libertad, y consiguió que le proclamasen emperador.

Indignados los latinos sitiaron al usurpador en la ciudad; y como no le faltaba espíritu ni esperiencia, se defendió con valor sufriendo muchos asaltos. Los franceses fueron los primeros que enarbolaron su estandarte en una torre: se presentaron los venecianos tambien en las murallas: cayeron tres puertas á esfuerzos de los arietes y máquinas de guerra, y al anocheecer entró todo el ejército en forma de batalla: se apoderó de los puertos mas cercanos, y se mantuvo con centinelas, contando con que á la mañana tendrian que dar un gran combate; pero se admiraron los latinos al amanecer cuando vieron que iban llegando procesiones de suplicantes de diferentes cuarteles de la ciudad, con cruces, banderas, imágenes de santos y reliquias, pidiendo á gritos misericordia, y los vencedores les concedieron la vida. Permitieron los capitanes un dia de saqueo sin violencia ni efusion de sangre, con la condicion de juntar todos los bienes para repartirlos segun la clase y el mérito. No fue muy considerable esta masa comun, porque habian tenido tiempo de ocultar y salvar muchas cosas por la noche, y los soldados, no obstante la prohibicion, separaron para sí muchos efectos preciosos. Subió el botin en general á una suma increíble, sin contar las estátuas y pinturas. Murtzulfo se salvó con Eufrosina, muger de Alejo Angelo, y con Eudoxia hija de este, por quien habia dejado su legítima muger, entrando todos en una pequeña embarcacion. Contaba con la alianza de Alejo para tener derecho al imperio por las pretensiones de su suegro refu-

giado en el monte Hemo. Sucedió esta grande revolución ochocientos setenta y cuatro años despues que se trasladó el trono imperial de Roma á Constantinopla.

CONSTANTINOPLA LATINA.

Debe considerarse el imperio latino de Constantinopla como fijado en la ciudad, y reducido á mas ó menos estension, segun los sucesos y reveses de los príncipes griegos, turcos, búlgaros y aun latinos, que le estrechaban por todas partes. Hicieron emperador á Balduino, conde de Flandes, y le dieron la Tracia con una autoridad absoluta sobre las provincias griegas ya tomadas, y las que en adelante se conquistasen. Erigieron en reino la Tesalia para Bonifacio, marques de Monferrato: ganaron los venecianos las islas del Archipiélago, una parte del Peloponeso, y muchas ciudades sobre el Helesponto. Teodoro Lascaris, yerno del tirano Angelo, recibido en Bitinia, despues que su suegro fue arrojado del trono, entró en posesion de toda la tierra que hay desde el Meandro hasta el Ponto Euxino: tomó el título de emperador, y fijó su residencia en Nicca. Por último David y Alejo Comneno, nietos del tirano Andrónico, se apoderaron de los países orientales del Ponto, de la Galacia y la Capadocia, y formaron el imperio de Trebisonda. No bien se habian establecido estos soberanos cuando empezaron á inquietarse y á chocar entre sí. Atacó Balduino á los fugitivos de Constantinopla refugiados en Tracia: llamaron en su auxilio á Juan, rey de Bulgaria, el cual derrotó las tropas del emperador, y le hizo prisionero. Se puede formar juicio

Años
de J. C.
1204

de las crueldades que egercieron los búlgaros en Tracia por la barbaridad con que trató Juan al desgraciado Balduino, pues le llevó cargado de cadenas á su capital: le mandó cortar los pies y las manos: le espuso en un desierto á las fieras y aves de rapiña, y vivió tres dias en este cruel tormento.

Años
de J. C.
1208.

Le sucedió su hermano Henrique, el cual tuvo que pelear con Teodoro Lascaris, que habia estado para ser vencido de su suegro Alejo Angelo: le venció su yerno, y le encerró en un monasterio, en donde murió. Despues de una sangrienta guerra reconoció Teodoro al emperador Henrique, el cual satisfecho con esta sumision volvió sus armas contra los búlgaros, y contra Miguel y Teodoro Angelo, que tomaron la denominacion de déspotas de la Etoлия y del Epiro, donde egercian un poder absoluto. No pudo Henrique añadir á su imperio estos paises, porque murió á los once años de su reinado.

Años
de J. C.
1217.

Le sucedió Pedro su cuñado, conde de Auxerre, que fue asesinado por órden de Teodoro, príncipe de Epiro, cuando estaba en sus paises, donde el déspota le habia permitido el paso. No quiso Filipo, su hijo mayor, un trono espuesto á tantas tormentas; pero le admitió Roberto, su hijo menor, y en su tiempo murió Teodoro Lascaris, emperador de Nicea, el cual porque su hijo era de corta edad, dejó sus estados á Juan Ducas, por sobrenombre Vatacio, marido de Irene, su hija mayor. El emperador latino Roberto tomó ocasion de inquietarle, ayudando á dos tios de este príncipe que aspiraban al imperio; pero Vatacio, despues de haber rechazado á Roberto, le puso sobre la defensiva. El emperador de Constantinopla reinó solamente nueve años; pero tuvo la satisfaccion de prender



Muerte de Balduino.

La suerte de las armas puso á este infelix Principe en manos de Juan, Rey de Bulgaria, quien abusando de la humillacion de su miserable prisionero, mandó exponerle mutilado y en un desierto á la voracidad de las fieras y aves de rapiña. Tres dias de tan cruel suplicio libraron de su rigor á Balduino; pero no tendrá el tiempo siglos bastantes para borrar la horrible memoria de la barbaridad del Bulgaro.

al déspota Teodoro, enemigo de su padre, y le hizo sacar los ojos.

No se sabe si Balduino que le sucedió era su hermano ó su hijo; pero no tenia mas que ocho años, y así le dieron por tutor al célebre Juan de Briena, que habia sido rey de Jerusalem. Por desgracia era un anciano de ochenta años; pero vivió todavía otros nueve, y fueron los suficientes para asegurar el estado de su pupilo. No supo el príncipe jóven aprovecharse de los aciertos de su tutor, y fue perdiendo pieza por pieza el imperio, hasta que por último le quitó la capital un general de Miguel Paleólogo, el que de gefe de las tropas del imperio de Nicea, habia llegado á tomar la corona. Cuando sorprendieron la ciudad se despojó el emperador Balduino de las insignias de su dignidad, y llegó al mar con el patriarca latino, y un corto número de amigos. Se retiró á Venecia, dejando á los griegos dueños de Constantinopla, despues que los latinos la habian poseido por sesenta años, y así el imperio latino empezó por un emperador llamado Balduino, y acabó por otro del mismo nombre.

Años
de J. C.
2281.

IMPERIO GRIEGO.

Miguel Paleólogo, despues de muchas vicisitudes, obligado á huir de la corte de Vatacio, llamado de nuevo, elevado á los primeros puestos del imperio de Nicea, y nombrado por tutor de un príncipe de nueve años, obró al principio bajo el nombre del jóven emperador; pero cuando se vió bien establecido hizo privar de la vista inhumanamente á su pupilo, con el pretexto de no dejar en este competidor causa de alborotos en una ciudad

Años
de J. C.
1251.

que decia pertenecerle á título de conquista. Se portó con mucha política con los latinos, y en los privilegios que les concedió para retenerlos miraba principalmente al comercio, queriendo que este floreciese en su capital, en donde los genoveses, venecianos y pisanos eran muy poderosos. Dió á los primeros uno de los mejores cuarteles con derecho de gobernarse por sus propias leyes, y no favoreció menos á los venecianos y á los pisanos. Para poner el sello á la concordia, que deseaba establecer entre todos sus vasallos, intentó la reunion de la Iglesia griega con la latina; pero el patriarca y el clero de Constantinopla no llevaron á bien que el emperador reconociese la primacía del papa; y Miguel, irritado por esta resistencia, los castigó con deposiciones y destierros. La pesadumbre que le dieron estos alborotos le causó una enfermedad, de que murió á los cuarenta y ocho años, habiendo reinado veinte y cuatro.

Años
de J. C.
1283.

El primer cuidado de Andrónico, su hijo, fue conciliarse el clero, anulando todo lo hecho en punto de la union de las Iglesias griega y latina. Como era muy asustadizo, entró en sospechas contra Constantino su hermano y los mejores capitanes, separandolos del mando de sus egércitos, en lo que ganaron mucho los turcos, que eran los que le estrechaban. La primera vez que estos pusieron el pie en la Europa fue en tiempo de este príncipe; pero sin formar establecimiento. Andrónico, no fiandose en sus vasallos, habia introducido en sus egércitos grandes cuerpos de tropas auxiliares: estas eran su mayor fuerza. Aquellos extranjeros hicieron muchas veces en las provincias mas estragos que los enemigos. Murmuraban los pueblos, y viendose sa-

queados, se juntaron con los saqueadores, por lo que el infeliz imperio que empezaba á restablecerse en tiempo de Miguel Paleólogo, volvió á caer en la confusion en el de Andrónico.

En los últimos años de su reinado le dió grandes pesadumbres uno de sus nietos llamado como él Andrónico: era hijo de Miguel, príncipe benigno, á quien su padre habia asociado á sí. Tuvo Miguel dos hijos, este Andrónico de que hablamos, y Manuel. El primero parece que tenia talento y amables modales, que agradaban mucho á su abuelo; pero era libertino, y andaba mal acompañado. Entregado á la pasion de las mugeres, sospechó que su dama favorita tenia un amante á quien queria mas que á él, y encargó una noche á ciertos asesinos que velasen á vista de su habitacion, y matasen al que fuese á verla. Quiso la desgracia que en aquella noche fuese Manuel con poca compañía á visitar á su hermano, y no conociendole las gentes apostadas, se arrojaron sobre él, y le dieron muchos golpes, de los cuales murió. Esta casualidad causó á Miguel, su padre, una pena que le abrevió sus dias, mas no disminuyó la estimacion y el amor del abuelo para con Andrónico.

Las malas compañías pervirtieron enteramente á este jóven príncipe, ya por sí mal inclinado, y los cómplices de sus torpezas, con la esperanza de aprovecharse de su autoridad cuando la poseyese entera, le inspiraron el deseo de sacudirse de la de su abuelo. Llegó el anciano á saberlo, y habló con tanta bondad á su nieto, que el culpado deshecho en lágrimas se arrojó á sus brazos, y prometió enmendarse: no duró mucho su arrepentimiento, y fue mas peligrosa la recaida. Para evitar mayores inconvenien-

tes determinó el emperador repartir el imperio; mas al jóven ambicioso le pareció poco, y lograda una parte quiso levantarse con todo. El abuelo le aumentó la porcion, pero inútilmente. La guerra que hasta entonces se habia hecho entre ellos con bastante moderacion, se animó con mas viveza: cayó Constantinopla por sorpresa en manos del jóven Andrónico, y con ella Andrónico el anciano. Trató á su abuelo con mucha atencion, le dejó su cuarto y los honores del imperio, pero sin autoridad; y esta sombra de poder le ofuscó mas, y así de grado ó por fuerza se retiró el anciano á un cláustro, y en él llevó por dos años el hábito monástico, hasta que murió á los setenta y dos años de su edad, habiendo reinado cuarenta y nueve.

Años
de J. C.
1332.

En el tiempo de las diferencias entre el abuelo y el nieto hicieron los turcos grandes progresos en Asia, se apoderaron de sus plazas, se mantuvieron en ellas, y se dispusieron de modo que solo les faltaba pasar el Bósforo para afligir á Constantinopla. En vano les resistió Andrónico: ellos le impusieron duras leyes, en virtud de las cuales conservaron quanto habian tomado, y prometieron dejarle gozar en paz de lo que no le quitaban; pero no fueron fieles á su palabra, y no cesaron de inquietarle en los nueve años que reinó solo. Murió á los cuarenta y cinco años de su edad.

Años
de J. C.
1341.

Dejó Andrónico dos hijos, Juan y Manuel. Tenia el mayor nueve años, le dieron los estados tutor, y nombraron por protector del imperio, durante su menor edad, á Juan Cantacuceno su pariente, que habia gozado la confianza de Andrónico. Esta eleccion desagradó al patriarca, porque pretendia para sí la tutela, y aun buscó el apoyo

de la emperatriz , persuadiendola que Cantacuceno intentaba hacerse declarar emperador. Esta calumnia fue justamente la que le llevó al trono , aunque no pensaba en él , porque declarandole enemigo de la patria y proscribiendole , se vió precisado á tomar la púrpura para defenderse. Este príncipe , á quien nunca podrá elogiarse con exceso , se halló forzado á hacer la guerra. Despreciaron cuantos esfuerzos hizo por la paz , maltrataron bárbaramente á su madre y á toda su parentela , é intentaron darle veneno ; pero despues de las victorias con que sujetó quanto los griegos poseian mas allá de Constantinopla , tambien esta ciudad cayó en sus manos. Fue depuesto y desterrado el patriarca ; y en el tratado que concluyeron quedó establecido que Cantacuceno , reconocido cólega del jóven emperador , tuviese la administracion de los negocios por sí solo diez años ; y pasados estos , cuando Juan llegase á los veinte y cinco años , se repartiese la autoridad. Cimentó estas condiciones el protector casando á su pupilo con Irene su hija , y coronandola emperatriz.

A Cantacuceno le habian asistido poderosamente los turcos , y en consecuencia no pudo menos de vivir con ellos en buena inteligencia. De esto se escandalizaron el clero , que se mezclaba demasiado en los negocios de estado , y algunas gentes que se tenian por devotas , por lo que desacreditaron esta conexion con los turcos , y fueron poco á poco retirando de Cantacuceno el afecto de la multitud. No obstante , gobernaba con tanta equidad y moderacion , que sus mas declarados enemigos no han podido producir el menor cargo contra él. Llegando el tiempo de dejar al jóven emperador su parte de

autoridad, se la entregó de buena fe; pero algunos enredadores persuadieron á Juan Paleólogo que Cantacuceno le queria encerrar en un monasterio, y esta calumnia escitó entre los dos príncipes una desconfianza que vino á parar en guerra declarada. En esta siempre llevó la ventaja Cantacuceno; mas para que se viese la injusticia de las sospechas, y para cortar del todo una guerra civil, se retiró voluntariamente á un convento, y tomó el hábito monástico.

Es verdad que pierde este sacrificio de su mérito cuando se considera que los turcos habian invadido casi todo el imperio, ya se habian establecido en Europa, y se sostenian en ella en fortalezas poco distantes de Constantinopla, á la que visiblemente amenazaban. Grande union se necesitaba entre los principales griegos para resistir á enemigos tan poderosos; pero reinaba la discordia por todas partes, principalmente en la familia imperial. Andrónico, hijo mayor de Juan Paleólogo, se sublevó contra él; pero fue preso, y privado de la vista con su hijo de corta edad, y el emperador se asoció con Manuel su segundo hijo. Andrónico, aunque ciego, con una traza de la que en otro emperador del mismo nombre, tambien ciego, vimos egemplar, usurpó el trono contra su padre y su hermano, se le volvió á entregar, y se contentó con un pequeño principado, adonde fue á vivir tranquilo. Por este tiempo su padre, tratado como vasallo por Bayaceto, emperador de los turcos, se sujetó á un tributo bastante indecoroso, y dió en rehenes á Manuel, único hijo que le quedaba. Murió á los treinta y seis años de un reinado, que solamente fue feliz mientras tuvo repartido el poder con Cantacuceno.



Retiro de Manuel.

*Irritado Bayaceto por la huida de Manuel á quien tenia en rehenes, sitió á Constantino-
pla; pero Manuel sabiendo que la libreria
de los horrores del sitio abdicando la coro-
na en favor de Juan, hizo este generoso sacri-
ficio, retirándose con su familia á Venecia.
Si grande es el Príncipe que renuncia al so-
siego por la felicidad de sus pueblos, ; quanto lo
es mas el que por asegurarsela renuncia un trono!*

En la corte del sultan estaba Manuel cuando recibió la noticia de la muerte de su padre. Tomó sus medidas con el mayor secreto, engañó á las guardias, y llegó á las tierras del imperio antes que le diesen alcance las tropas enviadas á seguirle. Irritado Bayaceto, fue talando la Tracia, y embistió la ciudad imperial por mar y tierra. Recurrió Manuel al auxilio de los señores de Occidente, y aunque estos fueron contra Bayaceto con un ejército de ciento y treinta mil hombres, le derrotó completamente el sultan, y volvió sobre Constantinopla. Al mismo tiempo que la sitiaba estaba haciendo un tratado secreto con Juan, hijo de Andrónico el ciego, que reclamaba el imperio por pertenecer á su padre, como hijo mayor de Juan Paleólogo. En virtud de este tratado se obligaba Bayaceto á dar el imperio á Juan con la condicion de trasladar la corte al Peloponeso, cuya posesion le dejaba el sultan para si y sus descendientes, saliendo por garante ó fiador. En consecuencia de este convenio declaró Bayaceto á los habitantes que levantaria el sitio si querian reconocer á Juan por emperador. Se sacrificó Manuel por sus vasallos, y consintió en renunciar, con la sola condicion de que le dejasen llevar su muger y sus hijos adonde él quisiese. Todo lo concedió Juan, y el destronado emperador se retiró á Venecia. Cuando se trató de cumplir con la última condicion, que era poner en manos de Juan á Constantinopla, se negaron absolutamente los habitantes; pero tuvieron la fortuna de que Tamerlan acometió á Bayaceto, y le hizo prisionero. Con esta novedad volvió Manuel, y le recibieron con aclamacion. A Juan, que se habia hecho odioso por su condescendencia con los turcos, le des-

terraron á la isla de Lesbos ; y aprovechandose Manuel del desórden que habia causado entre los turcos la victoria de Tamerlan y la prision de Bayaceto , reconquistó muchas provincias , y las poseyó con tranquilidad hasta que murió en el año setenta y cinco de su edad , y treinta y siete de su reinado.

Años
de J. C.
1424.

Dejó dos hijos , Juan y Constantino. En el reinado del primero volvieron los turcos á tomar todas las provincias que habian perdido despues de las desgracias de Bayaceto. Amurates , su emperador, sitió á Constantinopla ; pero así como Bayaceto precisado por Tamerlan tuvo que abandonar una conquista que contaba por segura , tambien Amurates la perdió forzado por un húngaro valiente llamado Juan Huinado , cuyas hazañas han hecho célebre su nombre. A pesar de las ventajosas diversiones que hizo este célebre guerrero , se vió precisado el emperador griego á admitir del turco un tratado poco honroso , sujetandose á vergonzosas condiciones. La pesadumbre que recibió : las penas que le ocasionaron los alborotos de su Iglesia , porque quiso unirla con la romana con el fin de que le socorriesen los latinos : la muerte de la emperatriz , á quien estimaba mucho : la insolencia de Amurates , que siempre formaba nuevas pretensiones y le trataba con altivez : todas estas causas le fueron debilitando la salud ; y se rindió al peso de tantas desgracias á los veinte y siete años de su reinado , dejando á su hermano Constantino el imperio cuando ya estaba casi reducido á los muros de Constantinopla.

Años
de J. C.
1448.

Sucedió Mahomet á Amurates dos años despues que Constantino subió al trono. Al principio afectó benevolencia al emperador griego , y á otros prin-

cipes cristianos vecinos de sus estados. Por haber nacido de una madre cristiana se creyó que sus demostraciones fuesen sinceras; pero ya habia mucho tiempo que habian resuelto en el consejo de los sultanes tomar á Constantinopla. Entre otros preparativos habia edificado Mahomet sobre el Bósforo, en Europa y en Asia, dos fuertes que dominaban este estrecho, y bloqueaban la capital del emperador griego. Viendo Constantino que eran inútiles sus representaciones sobre estas empresas de hostilidad, empezó á proveer de víveres la ciudad y á llenar los almacenes, solicitando por sus embajadores el auxilio de los príncipes de Occidente para conjurar la tempestad que amenazaba á su corte; pero los príncipes cristianos, muy ocupados con las disensiones domésticas, no le dieron socorro alguno. Solo un aventurero genovés, llamado Juan Justiniano, le llevó un número muy considerable de voluntarios, y en atencion á su habilidad y valor le dió Constantino el mando de todas sus fuerzas. Las de Mahomet cuando se presentó delante de Constantinopla llegaban á trescientos mil hombres mandados por él mismo, y todavía las aumentó durante el sitio, el cual despues de muchos ataques particulares se concluyó con un asalto general. No pudo evitarle Constantino por mas ofertas que hizo al sultan, ni aun con la proposicion de reconocerse por su vasallo y de pagarle tributo. Pedia Mahomet la ciudad, y respondia Constantino: *Yo debo salvar mi capital, ó caer con ella.* Mantuvo su palabra el desgraciado príncipe, porque se preparó para el asalto con la participacion de los santos misterios, arengó al pueblo y á la nobleza, exhortandolos á señalar su valor en defensa de la religion y del im-

perio. Desde la iglesia se restituyó al palacio, se despidió de sus ministros, como quien no los habia de ver mas, señaló su puesto á cada uno, y él marchó al suyo, que era el mas peligroso.

El ataque fue terrible, y la defensa sostenida con intrepidez. Cuando aun balanceaba la fortuna hirieron á Justiniano, y dicen que desmayó su valor al ver su sangre: lo cierto es que dejó su puesto, y se hizo llevar á Gálata, en donde murió de vergüenza segun se asegura. El emperador, firme en su puesto, vió caer al rededor de sí los Paleólogos, los Comnenos y los Cantacucenos; ya no veia en torno sino enemigos, y exclamó con dolor: "¿Es posible que no ha perdonado la muerte ni á un cristiano que pueda quitarme la vida?" Diciendo estas palabras un turco que no le conocia le dió un golpe en el rostro, y otro le dió segundo, con lo que cayó y espiró á los cuarenta y nueve años de su edad, y diez de su gobierno. Digno modelo para proponerle á los príncipes desgraciados, á los cuales hace mas honor morir á la frente de los que los defienden, que sobrevivirles. Mahomet, admirando su valor, ordenó que se le hiciesen los honores fúnebres debidos á un emperador. Abandonó la ciudad al saqueo, como lo habia prometido á sus soldados. De este modo acabó bajo el dominio de un Constantino, en el año mil cuatrocientos cincuenta y tres, el imperio establecido en Constantinopla por otro Constantino, mil ciento veinte y tres años antes.

CARTAGINESES.

Despues de haber seguido á los romanos sin interrupcion hasta el último período de su grandeza,

será bien decir en qué pararon los cartagineses sus famosos antagonistas. Cartago, émula y rival de Roma, tan célebre por solo este título, tambien fue recomendable por sus leyes, gobierno, comercio, instituciones políticas, militares, civiles y religiosas. Estaba situada esta ciudad en el fondo de un golfo, y en una península cerca del sitio en donde hoy está Tunez. Era mas antigua que Roma, unos dicen que treinta, otros que cien años, ó mas. Dicen que la fundó Dido por haberse visto en la precision de dejar á Tiro para huir de la avaricia de Pigmaleon; bien que parece haber hallado habitantes, aunque en corto número, que por la posicion ventajosa se habian allí fijado. A esta reina y á sus fenicios debió Cartago los principios que anunciaban su futura grandeza.

Los aumentos sucesivos la hicieron una de las mas bellas y fuertes ciudades del mundo. En el estado de su esplendor estaba guarnecida de triple muralla, flanqueada á trechos de fuertes torres. Entre uno y otro muro habia debajo de arcos caballerizas, capaces de contener trescientos elefantes y cuatro mil caballos, con todo lo necesario para su conservacion, ademas de las casernas para veinte mil infantes. Sus dos puertos separados estaban destinados, uno al comercio, y otro á los buques de guerra, pudiendo abrigarse en él hasta doscientos y veinte. Uno y otro puerto estaban cercados de bellos parapetos, y de arsenales llenos de cuanto se necesitaba para el equipage. Habian edificado la ciudad sobre cuatro montecillos, y en el mas alto habia una ciudadela muy fuerte por su situacion y por las obras que la cercaban. Ya se puede presumir cuales debian ser los templos y otros edificios

públicos en una ciudad poblada de setecientos mil habitantes, que tuvo el imperio del mar, y por consiguiente el comercio del universo casi sin interrupcion por seis siglos. Al presente no es mas que un terreno allanado que cubre los escombros sepultados en su seno, con corta diferencia como el Océano oculta algunas veces con una superficie en calma las riquezas que encierra en sus abismos. Solo se puede conocer su situacion y grandeza por las cisternas y desagüaderos que todavía se ven.

Los cartagineses fueron dueños de la mejor parte de España, de la Sicilia, y otras islas del Mediterráneo, sin contar los establecimientos que tuvieron en otros países, como puntos de apoyo para su comercio; pero sus estados propiamente tales eran los que al rededor de ellos componian lo que hoy es el reino de Tunez. Esta última ciudad correspondia á la dominacion cartaginesa; pero Utica fue la primera despues de la capital, y á esta se seguia Hipona, sin hablar de otras que habia por la costa, ó se levantaban en grande número por aquella tierra. La mayor parte estaban situadas á la orilla de los lagos, los cuales son frecuentes en esta parte del Africa. Los habitantes en sus establecimientos se aprovechaban de los terrenos que hallaban cultivables entre los abrasados arenales que los rodeaban; aunque su industria solo pudo aspirar á una fertilidad reducida á las orillas de estos lagos, ó de algunos pequeños rios que desaguan en ellos; pero el término mismo de Cartago era muy fértil.

Se cree que el primer gobierno de Cartago fue monárquico, y no se sabe la época en que se hizo republicano: se componia del pueblo, de un senado muy numeroso, y dos sufetas ó magistra-



Niños cartagineses.

La superstición introduxo en Cartago la horrible costumbre de que en los casos de aflicción se abrasase en obsequio de Saturno á los niños de las principales familias. Debían presenciárselo sus madres mismas, y perdía el comun aprecio la que se manifestaba sensible. ;Hasta que punto nos precipita el extravío de la razón humana, quando era allí virtud ensordecer al grito justo de la naturaleza!

dos que le presidian, y eran como los dos cónsules de Roma, ó los dos reyes de Lacedemonia, aunque mas se parecian á los primeros por no ser sus empleos de por vida. Los elegian entre los mas ricos para que sostuviesen el esplendor de su clase. Se llegaba á la dignidad de senador por eleccion del pueblo ó del colegio de los mismos senadores, aunque no se sabe el modo de elegir. Cuando los votos del senado eran unánimes tenian fuerza de ley, y no se podia apelar. Cuando los pareceres se dividian, ó los sufetas eran de una opinion particular, se llevaba el asunto al pueblo, y este pronunciaba la última decision. De aquí, dice Polibio, vinieron las desgracias de Cartago, porque en la última guerra púnica, el populacho, arrastrado por sus oradores, venció contra el senado. Tambien habia dos especies de tribunales, de cuyo destino y autoridad no hay mas que conjeturas. Los centunviros, ó consejo de los ciento, era sacado de los senadores: y los quinqueviros, ó consejo de cinco, sacados del centunvirato. Hay apariencias de que este examinaba los negocios, y los proponia al senado, y los quinqueviros invigilaban sobre todos, aun los sufetas, y eran poco mas ó menos como los inquisidores de estado en Venecia. De cualquiera modo parece que estas potestades se crearon y proporcionaron con inteligencia, pues por largo tiempo la historia de esta república no hace mencion de movientos sediciosos y desenfrenados de parte del pueblo, ni de opresion de parte de algunos tiranos.

Por mucho tiempo mantuvo Cartago en su vigor la horrible costumbre de ofrecer los niños á un dios, que se cree fuese Saturno, abrasandolos

en su obsequio, y aun estos niños debían ser de las primeras familias. Tenían las madres obligación de asistir al horrendo sacrificio, y no eran estimadas sino en cuanto no manifestaban señal alguna de sensibilidad. En cierta ocasión de grande desconsuelo abrasaron los supersticiosos cartagineses hasta doscientos niños de una vez. A pocos dioses egipcios, griegos, romanos y fenicios dejaron de adorar los cartagineses con las supersticiones más absurdas que usaban las otras naciones. En este número pueden entrar las prostituciones recomendadas como acto religioso que se practicaban en los templos, sirviendo de dote el precio; pero se observará en este punto, como respecto de todos los usos que repugnan á las buenas costumbres, que no se puede creer haya sido general.

Los fragmentos que hoy tenemos de la lengua púnica prueban que en su origen era la misma que la fenicia, aunque después se aumentó con palabras de los idiomas de otras naciones con quienes tenían comercio los cartagineses: y los malteses conservan todavía muchas expresiones. Los caracteres de sus escrituras tenían del fenicio y del hebreo; y aunque las ciencias fueron poco cultivadas entre los cartagineses, se les haría injusticia en decir que absolutamente las despreciaban. No solamente destruyeron los romanos sus archivos, sino casi todas las producciones relativas á las bellas letras y á la historia, lo cual, fuerza es decirlo aunque de paso, debe colocar á estos señores del mundo en la clase de los pueblos bárbaros.

Sus costumbres, como las de todos los pueblos, tenían de bueno y de malo. Castigaban sin excepción de personas: y los condenados á muerte eran

los únicos que podían dar á otro noticia del fallecimiento de algun pariente cercano, pues creían que los anunciadores de nuevas aflictivas debían morir presto. ¿Pero conservaban de propósito á los delincuentes? Cuando en la ciudad habia alguna calamidad grande, se pintaban de negro todos los muros. Mientras los soldados estaban en campaña, y los magistrados empleados en su cargo, no podían beber vino. Cada oficial ó soldado llevaba tantas sortijas como campañas habia hecho. Al volver de una expedicion desgraciada quitaban la vida al general, aunque no tuviese culpa alguna. ¡Y todavía hallaban generales! El modo de ejercer la hospitalidad era romper algunas señales que se daban recíprocamente, y presentarselas cuando se encontraban, y estas pasan en las familias por herencia. Fueron los cartagineses muy supersticiosos y no menos crédulos en cuanto á los oráculos y á los adivinos. Su carácter era duro y aun feroz; y se dice que solo estaban poseidos del deseo de acumular riquezas, sin que hubiese cosa tan baja ni tan vergonzosa que no estuviesen dispuestos á emprender por adquirirlas. Pero debe observarse que esta reputacion se la dieron los romanos, como tambien la nota de mala fe, *fides punica*, con la que estos enemigos les daban en rostro. La preocupacion de los romanos fue tanta, que dijo Ciceron de un filósofo púnico "que para ser cartagines tenia bastante entendimiento." No gustaban de la chanza: y sus grandes eran de una arrogancia insoportable; pero hubo entre estos almas generosas y heróicas.

A diferencia de los romanos, que de los pueblos que los rodeaban hicieron soldados, tan romanos como ellos; los cartagineses, encerrados en un territo-

rio estrecho, se vieron precisados á buscar lejos tropas asalariadas, que no podian tener el entusiasmo patriótico de los habitantes del pais latino. Sin embargo sus generales y principales gefes, que siempre eran de Cartago, inspiraron muchas veces á sus egércitos una energía que los hizo temibles; mas como eran gentes diversas, no llegaron á la disciplina de los romanos. Sus marinos, formados en largos viages, eran tan experimentados como intrépidos; pero el mismo inconveniente habia en las armadas que en los egércitos, pues en comparacion de los marineros auxiliares eran muy pocos los cartagineses, y por esta falta algunos almirantes muy hábiles sufrieron considerables derrotas. Por los viages de larga navegacion, y por sus descubrimientos y comercio se puede juzgar de su táctica marítima. Himilcon descubrió las costas occidentales de la Europa. Hannon dió la vuelta al Africa: entró en el Océano, y vió las islas Británicas. Otros muchos, cuyos nombres no se conservan en la historia, hicieron salidas mas ó menos largas, y fundaron el inmenso comercio con que fue Cartago tan rica y formidable.

Los géneros de que los cartagineses proveian de su propio fondo á las otras naciones, parece haber sido trigo, frutas de toda especie, cera, miel, aceite y pieles. Sus manufacturas consistian principalmente en todo lo necesario para equipar navíos. Se les atribuye la invencion de galeras con cuatro órdenes de remos, y la de los gruesos cables. Sacaban de Egipto lino fino, papel y granos; de las costas del mar Rojo especería, aromas, oro, perlas y piedras preciosas; de Tiro y de la Fenicia púrpura, escarlata, ricas estofas y tapicerías. Cuando volvian de

las costas occidentales, adonde llevaban estas mercancías, venian con el hierro, estaño, plomo y cobre, y lo trasportaban á las orientales. Su comercio mas lucrativo era, á lo que parece, con los persas, garamantas y etiopes, y le hacian por caravanas. El comercio era la profesion mas estimada, y aun las primeras personas le egercian con honor.

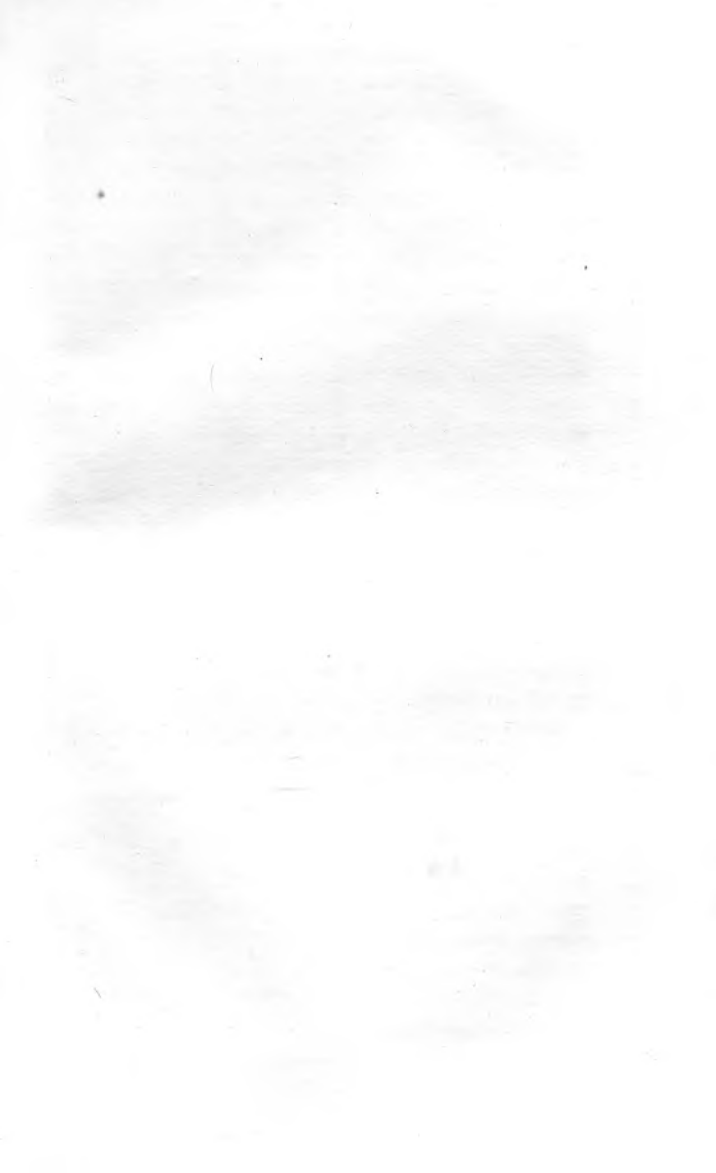
Merece particular atencion el modo de comerciar con la Libia. Cuando los cartagineses desembarcaban, llegando á alguna bahía, esponian sus géneros en algun sitio elevado, y se volvian á las naves, advirtiendo su llegada por medio de una grande humareda. Iban los de Libia al sitio donde estaban las mercancías, y dejaban allí cierta cantidad de oro; y hecho esto, se retiraban á mucha distancia. Saltaban los cartagineses en tierra; y si la cantidad de oro les parecia suficiente, se la llevaban y se hacian á la vela; pero si no, se volvian á las embarcaciones sin tomar nada: conociendo por esto los libios que no estaba concluida la venta, aumentaban el oro hasta que se le llevaban los cartagineses. Ninguno de estos dos pueblos hizo jamas injusticia al otro; lo cual, aunque tuviese al interes por móvil, es un ejemplo de buena fe.

Dido, la fundadora de Cartago, era jóven hermosa, discreta y de gran resolucion, como se ve en el modo de evadirse de la codicia de Pigmaleon. Las historias la suponen mucha prudencia. Cuando Virgilio la introduce en su poema la representa de corazon escesivamente tierno respecto de lo que convenia á una muger que debiera ocuparse mas en la política que en los amores. Se dice que á su llegada al Africa pidió á los habitantes solo aquella estension de terreno que podria ocupar una piel de

D. del D.
2108.
A. de J. C.
890.

buey; y concedida su pretension, fue cortando de la piel tiras sumamente delgadas, por cuyo medio logró un término espacioso, y en él edificó una ciudadela. Por mucho tiempo estuvieron los cartagineses pagando á los propietarios un tributo en recompensa de lo que los habian cedido: así aumentaron su estado por un modo que no tendria imitacion. Se quejaban los de Cirene de que tenian mas tierra que ellos, y se conformaron en que saliesen de Cirene y de Cartago en un mismo punto y hora dos comisionados, y que el sitio en donde se encontrasen fuese el límite entre los dos pueblos. Cartago diputó para esto á dos hermanos llamados Filenos, los cuales hicieron extraordinaria diligencia, y hallaron á los de Cirene mas cerca de su ciudad que de Cartago; por lo cual formaron querella los de Cirene sobre que los cartagineses habian partido antes del tiempo señalado, pretendiendo con este pretesto que no valiese el tratado. "Proponed pues otro expediente, les dijeron los Filenos, y á ese nos someteremos;" á lo que respondieron los de Cirene: "Volved pues atras; ó dejaos enterrar vivos aquí, y vuestro sepulcro será el hito de los límites." No esperaban los dos hermanos que á tanta costa les hubiesen tomado la palabra; pero no dudaron en sacrificar sus vidas por adquirir para su patria mas estension de pais. Este sacrificio se puede poner en paralelo con el que hizo Curcio cuando se precipitó en el sumidero que amenazaba de inundacion á Roma.

Se edificó Cartago rápidamente, y se pobló con prontitud con las mugeres que los tirios, por haber llevado pocas, tomaron de paso en la isla de Chi-





Muerte de Dido.

Resuelta Dido á guardar fidelidad á su difunto esposo, estrechada por el fiero Yarbas á darle la mano, ó ver destruida su ciudad; y temiendo que sus vasallos por su propia seguridad intentasen obligarla á este segundo laxo, fungió un sacrificio, y abrazada con la urna de las cenizas de su llorado Sicheo se quitó la vida, prefiriendo ser victima de la fidelidad conyugal, y de la tranquilidad de sus súbditos.

pre. Esto se ejecutó sin violencia, porque las de esta isla, cuando llegaban extranjeros, tenían la costumbre de ir á la costa del mar y ganar con ellos su dote. Presto envidió Yarbas á Cartago el comercio y la hermosura de Dido, objeto de sus deseos, y para adquirir la ciudad pidió á la reina su mano, amenazando con la guerra si no la conseguia. Bien fuese repugnancia á un amante tan grosero, ó bien fidelidad á su difunto esposo, se negó Dido á esta pretension; y dicen algunos autores que se quitó la vida para que sus vasallos deseosos de vivir en paz no la obligasen.

Desde la muerte de Dido se halla un vacío de muchos siglos, y en estos se ignora lo que pasó así en Cartago como en sus colonias. Solamente sabemos que estas se formaron prontamente á favor del comercio, y que llegó la ciudad á un grado de opulencia y poblacion, que debieron sin duda hacerla teatro de muchos sucesos que serian preciosos materiales para la historia; "si, dicen con ironía los autores, la virtud, generosidad, grandeza de alma y el amor á la verdad, tan propias de los romanos, no hubiesen creido que debian privar de su noticia á la posteridad, temiendo que esta se llenase de ideas falsas con perjuicio del honor y la justicia."

Despues de algunas espediciones marítimas, en que se hicieron temer los cartagineses aun de los foccos, á quienes desafiaron en el elemento del agua, tan conocido de los unos como de los otros; y despues de las victorias que consiguieron en Sicilia, cuyas ventajas se suspendieron por las disensiones domésticas, fueron con sus armas á Cerdeña. Esta empresa, aunque dirigida por Maqueo, general muy

hábil, no fue feliz; pues perdieron en ella la mitad de su ejército: é irritados con esta derrota desterraron á la otra mitad con su gefe. Maqueo, que les habia conquistado una parte de la Sicilia y adelantado en Africa las fronteras, indignado al ver esta ingratitude, se acercó á la ciudad, y con los soldados que tenia la sitió. Sin duda habia por entonces en Cartago alguna de aquellas divisiones que suelen armar á unos parientes contra otros: pues no fue oido Maqueo cuando pidió con las mas vivas instancias, que así él como sus soldados fuesen reintegrados en los derechos de ciudadanos. Viendose estrechados los cartagineses enviaron á Maqueo su propio hijo Cartalon con proposiciones de paz.

Puede muy bien conjeturarse que padre é hijo eran de partidos opuestos. Habian dado al hijo la comision de llevar á Hércules Tirio el diezmo de los despojos ganados en Sicilia, que era un reconocimiento por respeto á sus mayores. Esta funcion era sacerdotal: y cuando Cartalon pasaba cerca del campo de su padre le convidó este á una conferencia; pero respondió que antes de obedecer á su padre iba á cumplir con los dioses. Cuando volvió como diputado de la ciudad, adornado todavía con las vestiduras sacerdotales, su padre, que no se dejaba deslumbrar por aquel aparato, le dijo: "¿Cómo te atreves, miserable, á presentarte á tu padre y á tantos desgraciados ciudadanos con vestiduras tan magníficas? ¿Para qué será insultarnos con esas insignias de fausto y prosperidad? ¿No tenias para hacer ostentacion de tu insolencia otro lugar sino este, que es la escena de la miseria de tu padre? ¿Por ventura no son el fruto de mis victorias esos vestidos que llevas? Pero ya que tú me consi-

deras como desterrado, y no como padre, no te miraré yo con ojos de padre, sino de general." Diciendo estas palabras hizo levantar una cruz y poner en ella á su hijo. Se rindió la ciudad, y Maqueo condenó á muerte á los senadores mas culpados en su destierro y el del ejército, reformando el gobierno republicano, como le convenia para usurpar el poder supremo, á que aspiraba; pero antes que le consiguiese le quitaron la vida.

Bomílcar, distinguido por sus hazañas contra otros pueblos de Africa, introdujo en la ciudad las tropas estrangeras, que eran la fuerza principal de su ejército, y procuró sujetar á la república; pero los habitantes subiéndose á los tejados mataron á sus opresores y al gefe. No se sabe si antes de esta tentativa desterraron á Hannon, ciudadano principal, por haber sido el primero que tuvo arte para domesticar un leon. "El que tiene talento, decian, para amansar las bestias feroces, tambien tendrá habilidad para conseguir tal ascendiente sobre el espíritu de los conciudadanos, que los despoje de su libertad:" pero á pesar de la semejanza entre estas bestias feroces habrá quien tenga habilidad para domar la una, y no podrá lisonjearse de domesticar á la otra.

Lo que ha llegado hasta nosotros de los anales de Cartago no nos presenta aquellas sediciones terribles que ensangrentaron á Roma, y tantas veces hicieron vacilar á la república: en Cartago habia siete ú ocho familias poderosas: los Amílcares, los Asdrúbales, Hannones, Bomílcares, Magones, Imilcos y Anibales, cuya rivalidad era la salvaguardia de la libertad comun, porque se observaban unas á otras estas familias, y se contrabalanceaban, en

términos que ninguna podia aspirar á dominar sin que las otras se opusiesen. Mientras ellas se combatian, las autoridades, esto es, sufetes, centunviro y quinqueviro, siempre existian y sostenian el equilibrio; y si este faltaba, le restablecian prontamente, por quanto no habia mutacion en el gobierno: á diferencia de Roma en donde combatian aquellos mismos que tenian en sus manos el poder del gobierno. El pueblo queria subyugar al senado, los tribunos á los cónsules; y de este modo, si se hacia la paz, siempre en las pretensiones de estos cuerpos permanecia la semilla de la guerra; pero en Cartago solo se trataba de reprimir á los que por su ascendiente se consideraban peligrosos, y esto lo observaban rigurosamente desterrando familias enteras. Con una poderosa faccion proscribian á la faccion opuesta, por lo cual cuando esta volvia á su patria pasado algun tiempo de su caida, llevaba consigo el odio contra sus rivales. Un general, que por el crédito de sus partidarios era puesto á la cabeza de un ejército, si padecia alguna pérdida, no osaba volver á Cartago, ó si volvia era para ser víctima de la venganza del partido contrario. Por esto son en la historia de este pueblo frecuentes los egemplares de generales vencidos que se mataron á sí mismos; ó si entraron en la ciudad sufrieron por castigo de sus desgracias las muertes mas crueles; mas no se ve que estas catástrofes causasen como en Roma sagrientas conmociones, por quanto en Cartago el gobierno era inmutable.

Tambien las guerras de los cartagineses eran de diferente carácter que las de los romanos. Estos en los hermosos dias de la república solo peleaban por la gloria y grandeza: en sometándose los pue-

bles á sus banderas, ya estaban seguros de que los protegerian y mantendrian en sus posesiones; pero los cartagineses, codiciosos negociantes, solo miraban á la ganancia, y á esta aspiraban en donde podian hallarla, apoderándose de cuanto les convenia, sin atender á los poseedores. Esta es la reputacion en que han puesto los historiadores romanos á los republicanos de Cartago; pero si no se hubieran perdido los anales púnicos, sería de mucho interes seguir y comparar los pasos de estas dos repúblicas.

Desde el punto en que se conocieron desconfiaron entre sí; y el primer tratado, cuya data y tenor aun se sabe, limitaba recíprocamente su navegacion á ciertos promontorios y costas, sin que pudiesen abordar mas allá ni establecerse. Otros dos tratados anteriores á las guerras púnicas no son mas que estensiones del primero. Se debe notar en honor de los cartagineses, que estos previnieron á los romanos ofreciéndose á servirlos cuando Pirro desembarcó en Italia. La república italiana dió gracias á la de Africa por su buena voluntad con la fria urbanidad de un orgullo zeloso. A pesar de las disensiones algunas veces escitadas por la oposicion de intereses, se trataron largo tiempo las dos naciones con atencion, y no empezaron á encarnizarse una con otra hasta que los cartagineses hicieron en Sicilia conquistas, por las cuales creyeron los romanos que debian entrar en cuidado.

Antes de introducir sus armas en esta grande isla, se ensayaron los cartagineses en las mas pequeñas, y así sujetaron en las costas de España la de Ibiza: se establecieron en las de Gozo, Malta, Córcega y Cerdeña. Una guerra entre los tiranos de Agrigento y de Himera fue la que los llevó á

Sicilia, y el inmenso armamento que allá condujeron iba en gran parte al suelo de Darío, rey de los persas. Les hizo frente Gelon, tirano de Siracusa, general tan astuto como valiente, que no despreciaba medio alguno de inspirar confianza á sus soldados. Este, habiendo hecho muchos prisioneros, eligió los mas mal formados, y los espuso desnudos á la vista de su ejército para infundírle desprecio de los que tenían que vencer; pero habiéndolo conseguido, trató con humanidad á los vencidos, y entre las condiciones que les impuso se nota la de haberles prohibido que en adelante ofreciesen sacrificios humanos. Imputaron los cartagineses su derrota á su general Amílcar, y no pudiendo castigarle por haber ya muerto, desterraron á su hijo Giscon, y le privaron de todos sus bienes, de suerte que pereció de miseria.

Su posteridad se fue levantando de esta humillacion, y aun puso Cartago á Aníbal, hijo de Giscon, en ocasion de vengar la de su abuelo. La república le confió otra expedicion contra Sicilia, y él marchitó sus laureles con horribles crueldades: se alentó con la toma por asalto de Selinunta é Himera. Los ricos despojos que llevó á Cartago animaron á una nueva empresa; y aunque al principio se escusó por su mucha edad, al fin se encargó de ella por haberle dado por teniente á su pariente Himilcon; el nombre solo de este Aníbal aterró toda la costa, y facilitó los aproches de Agrigento cuando la sitió. Murió de peste en sus murallas; y esto no obstante tomó Himilcon la desgraciada ciudad, y despues de saqueada la incendió. Se apoderaron tambien los cartagineses de Gela y Camarina, ciudades fuertes, que sufrieron la suerte misma de

Agrigento, y pasó á sitiarse á Siracusa. Se dieron muchos combates al pie de sus murallas y en su puerto. Una peste mas horrible que la de Agrigento echó de allí á Himilcon, que siguió una derrota, despues de la cual contó por mucha fortuna que el tirano de Siracusa Dionisio le permitiese volver á Africa con las reliquias del ejército mas floreciente que habia tenido Cartago, reducido ya al estado mas infeliz. Cuando llegó Himilcon á Cartago, declaró que solamente habia conservado la vida por restituir á la patria sus soldados, y elogiándolos mucho, dijo á sus compatriotas: "No nos vencieron los siracusanos, sino el contagio, y así el bagage que hallaron en nuestro campo no es tanto despojos del enemigo, quanto una herencia que la muerte accidental del propietario deja á los que le sobreviven. Lo que mas me penetra en este desastre es verme vivo habiendo visto morir con las armas en la mano á tantos valerosos guerreros." Despues de este discurso se retiró á su casa, cerró las puertas, y sin querer hablar á sus conciudadanos ni á sus mismos hijos, se quitó la vida.

Himilcon habia salvado solamente á sus conciudadanos, abandonando al enemigo los africanos auxiliares, por lo que los parientes de aquellos confederados que sacrificó, irritados hasta términos de furor, asaltaron á Cartago, y los cartagineses, estremadamente supersticiosos en las calamidades públicas, invocaron á todos los dioses, principalmente á los griegos, y en particular á Proserpina y á Ceres, cuyos templos habian profanado en Siracusa; pero la armada que equiparon, las tropas que levantaron en España, y entre los amigos de Africa, les sirvieron mas que el favor de los dioses estrangeros

y el de sus propias divinidades, á las cuales sacrificaron víctimas humanas. Desembarazados de esta guerra, casi doméstica, pensaron volver á la de Sicilia, en donde habian dejado algunas ciudades afectas á su pais. Los alborotos de esta isla favorecieron sus primeros esfuerzos, y aun se hallaron autorizados para invadirla por haber contraido alianza con Dionisio. Recurrió este príncipe á su auxilio contra los siracusanos sublevados por su tiranía; pero de poco le sirvió este auxilio, supuesto que renunció, y murió en Corinto desterrado.

Corinto, ciudad de la cual creian los siracusanos haber salido sus mayores, les envió á Timoleon, el cual arrojó á los cartagineses de Siracusa, en donde ya los habian recibido, y en una batalla los hizo sufrir la mayor derrota que jamas habian experimentado, pues en ella quedó destruida la cohorte sagrada, compuesta de dos mil y quinientos ciudadanos, murieron en el campo de batalla diez mil hombres, tres mil de los cuales eran de las mejores familias; y Cartago, que con los reveses desalentó con demasiada facilidad, pidió la paz y la consiguió; bien diferente en esto de Roma, que jamas trataba de paz, hasta despues de haber vencido.

D. del D.
2661.
A. de J. C.
337.

Por el tiempo de esta desgracia pensó Hannon, uno de los mas ricos ciudadanos, en trastornar la constitucion creyendo que la república estaba debilitada con sus pérdidas, y para conseguir el fin se propuso dar veneno á todos los senadores, convidándolos á un gran festin con motivo de casar á su hija. Haciéndole traicion alguno de sus domésticos, vió desgraciarse el horrible proyecto, y no se atrevieron á castigar un delito tan enorme: ¡tan grande era su crédito! y se contentaron con hacer un

decreto que prohibia la demasiada magnificencia en las bodas. No habiéndole salido bien este pensamiento, recurrió á la fuerza, y armó á todos sus esclavos: tambien le descubrieron, y precisado á dejar la ciudad, le sorprendieron en la fuga, y le llevaron á Cartago. Despues de haberle azotado con varas, le arrancaron los ojos, le rompieron los huesos de los muslos y los brazos, y en esta disposicion le ataron á un poste para que allí aguardase la muerte. Sus hijos y todos sus parientes, aunque no tuvieron parte en la conjuracion, la tuvieron en su suplicio: precaucion horrenda, que mas fue efecto de la rabia popular que de la prudencia.

En sus mayores desastres no habian sido arrojados totalmente de Sicilia los cartagineses: siempre se habian reservado algun territorio y puertos, desde los cuales entraban de nuevo en la isla, y renovaban la guerra cuando la ocasion les parecia favorable. La guerra civil, escitada en Siracusa por Agatocles, fue una de aquellas causas que los cartagineses creyeron no debian despreciar. Ya se aliaron con el tirano y ya con los nobles, á quienes él habia echado de la ciudad, para establecer la pura democracia, apoyo del trono que iba erigiendo para sí. La proteccion de los cartagineses dió la ventaja á los nobles: Agatocles se vió encerrado en los muros de Siracusa; y cuando los cartagineses creian tenerle en términos que no podria evadirse, proveyó él á la seguridad de la ciudad prudentemente, cargando su armada de tropas de desembarco, engañando al almirante enemigo, y llevando la guerra á la Africa.

Desde luego ganó Agatocles una gran victoria contra las tropas, levantadas apresuradamente, que

los cartagineses le opusieron en la grande sorpresa que les causó su llegada. Habian creido destruidas ya sus fuerzas por tenerle encerrado en Siracusa, y no podian entender como á pesar de la poderosa armada que le bloqueaba hubiese podido desembarcar en Africa, y vencer con el resto de tropas vencidas un egército mas fuerte que el suyo. Creyeron pues que semejante desgracia no podia menos de ser efecto de la ira de los dioses, y llenos de esta idea, lo primero que pensaron fue aplacar á Hércules y Saturno, dioses tutelares de su país. Antiguamente sacrificaban á Saturno los niños de las mejores casas de Cartago, y estos ciegos supersticiosos se arrepintieron de no haber procedido en este punto de buena fe, pues habian ofrecido en lugar de los niños nobles otros de pobres familias que compraban á este fin; y para espiar tan estraña impiedad sacrificaron al sanguinario dios doscientos niños de los mas nobles de la ciudad; y mas de trescientas personas que hacian escrúpulo de haber faltado á esta obligacion, se ofrecieron en sacrificio para apagar con su sangre el fuego de la cólera de Saturno. Contaré otro rasgo de su horrible supersticion. Despues de una victoria ganada contra Agatocles, para dar á los dioses gracias sacrificaron á todos los prisioneros de distincion. Se concluyó esta guerra como todas las otras, pues despues de muchos estrangeros así en Sicilia como en Africa, hicieron la paz con unas condiciones que variaron poco la posicion de los cartagineses en aquella isla, dejándolos en estado de poderse sostener contra los nuevos enemigos que en ella se presentaron.

D. del D.

2740.

A. de J. C.

258.

Si se buscar el pretesto de la primera guerra púnica, se le hallará en los auxilios que los carta-

gineses y romanos, reclamados por aquellas ciudades que tenían opuestos intereses, daban á las unas ó á las otras. De este modo se acostumbraron las dos naciones á mirarse como enemigas, y á perseguirse. El verdadero motivo de parte de los cartagineses fue el deseo de asegurar y dilatar sus conquistas en Sicilia, la necesidad de humillar una rival orgullosa, y la resolución de conservar el imperio del mar y del comercio. De este mismo género eran los motivos que animaban á los romanos: el furor de mandar, el rezelo de ver un amigo falso que ya los habia ofrecido un auxilio engañoso contra Pirro, poner el pie en Italia, y añaden que el horror que tenían al carácter cartagines; pero este motivo pudiera ser recíproco, pues veremos que la *probidad romana* no era mas apreciable que la *buenafe cartaginesa*. Es preciso reconocer que la verdadera causa del rompimiento fue la oposicion que tenían en sus miras políticas; y es probable tambien que la posesion de la Sicilia y la Cerdeña, que naturalmente habian de ser recompensa del vencedor, influyó mucho en la resolución que tomó el senado romano de hacer la guerra á Cartago.

El primero que la rompió fue un tribuno romano llamado Cayo Claudio, que atravesó en una simple barca el estrecho de Mesina, guardado por barca cartaginesa, y llegó á esta ciudad á vista de la guarnicion, tambien cartaginesa, á solicitar que los habitantes se entregasen á los romanos. Hanon, general de Cartago, respondió á Claudio: "Jamás sufrirán los cartagineses que los romanos sean dueños del estrecho que separa la Sicilia de la Italia, ni aun permitirán que en él se laven las manos." A esta declaración se siguieron las hostilida-

des en que los cartagineses vencieron por mar; pero esto no impidió que los romanos entrasen en Sicilia, y lograsen desde luego una gran ventaja en la alianza que hicieron con Hieron, tirano de Siracusa, la cual les valió la posesion de muchas ciudades; bien que sus rivales conservaron la superioridad en el mar, que era como su natural elemento. La buena construccion de sus naves y su habilidad en la maniobra desconcertaron muchas veces las prudentes medidas de los romanos, ó hicieron inútil su valor; pero estos sin embargo no retrocedieron, y antes bien suplieron la falta de esperiencia con la invencion del *cuervo*, especie de máquina que colocada en las naves romanas levantaba ó echaba á fondo con su peso las cartaginesas. Rara vez sucede, que lo que admira no asuste. A estas máquinas destructivas debieron los romanos la victoria en una ocasion que era decisiva, y pudieron fácilmente llevar la guerra á Africa y al pie de los muros de Cartago.

Los mandaba Régulo, aquel célebre Régulo á quien los cartagineses, segun algunos autores, hicieron sufrir grandes tormentos. Ganó la primera victoria, y trató con dureza á los prisioneros: se quejaron estos, y él respondió con desden: "Es preciso saber vencer, ó saber sujetarse al vencedor." Si esta fue su conducta, ¿qué mucho que habiéndole vencido y hecho prisionero castigasen tambien su arrogancia con escesiva severidad? Pero se nota que usaron de benignidad con los otros prisioneros. Esta derrota alejó de Africa á los romanos, mas no por esto permanecieron menos poderosos en Sicilia, en la cual solamente la ciudad de Lilibeá estaba por los cartagineses. El sitio que pusieron los romanos á esta plaza dió lugar á muchos combates por

mar y tierra, de que resultó la paz en detrimento de la república cartaginesa. Amilcar Barcas, encargado de la negociacion, no firmó sino á falta de otro recurso las condiciones que la angustia de su república le obligaba á conceder: por lo que concibió gran despecho contra los romanos, acusándolos de que abusaban de su estado ventajoso; pero cuando su odio llegó á lo sumo, fue al ver que el senado no contento con las cláusulas del tratado, ya muy onerosas, se negó á ratificarlas hasta que se añadiesen otras aun mas duras. Amilcar consintió en ellas; pero el resentimiento que le quedó debe mirarse como una de las causas principales de la segunda guerra púnica.

A la segunda guerra precedió otra en que se vieron los excesos de la mas horrible crueldad. La república en virtud de la paz tenia precision de des-
 pedir á los auxiliares, que por desgracia eran la fuerza principal de su ejército; pero era necesario pagarlos, y se hallaba el tesoro exhausto con los gastos de la guerra. Creyó el senado que esponiendo á estas tropas su pobreza, perdonarian alguna parte de lo que las debia. Los soldados extranjeros, que eran setenta y dos mil hombres aguerridos, creyeron que nada debian dejar á favor de una ciudad rica, la cual en efecto no podia tomar otro partido en buena política, sino el de gravarse á sí misma en semejantes circunstancias. Hizo el senado algunas ofertas medianas, y para proponerlas á las tropas, se valió de Giscon, su antiguo general, creyendo que le respetarian; pero lejos de escucharle, le pusieron en prisiones, y teniendo á Cartago como bloqueada, fueron á atacar á Utica y Hipacra, dos

D. del D.
 2763.
 A. de J. C.
 235.

ciudades cuyo saqueo pudiera contribuir á que soportasen la esperanza de su sueldo.

Eligieron dos gefes, á Esendio y á Matos: el primero, que era de Campania, habia sido esclavo; tenia gran talla, y era sumamente atrevido: el segundo africano, y muy interesado en sostener la rebelion por haber contribuido poderosamente á ella. Tuvieron estos la precaucion de hacer á sus cómplices irreconciliables con los cartagineses por medio de delitos cometidos contra ellos: á los cartagineses que caian en sus manos los mataban sin piedad; y ni el mismo Giscon, su antiguo general, se libró de su furor. Disputaron entre ellos sin embargo sobre si habia de morir con tormentos ó no; pero venció el parecer de Esendio, y á Giscon con otros setecientos compatriotas les quitaron la vida como á los mas infames malhechores: les cortaron las manos, les rasgaron las carnes á fuerza de golpes, y los enterraron vivos en un hoyo. Los habitantes de Utica, cansados ya de verse sitiados, trataron con Esendio, mataron á quinientos cartagineses que les servian de guarnicion, y arrojaron los cadáveres por encima de los muros.

No obstante, algunos reveses de fortuna pusieron á los sublevados en precision de acceder á algun tratado, y obligaron á Esendio á ir á verse en el campo con Amilcar y Anibal, que eran los que Cartago opuso contra ellos: entre otras condiciones pidieron los generales que les fuesen entregados diez de los rebeldes para tratarlos como les pareciese. Firmada la convencion, hicieron al punto prender á los mismos comisionados, y embistieron á Túnez, en donde Matos se habia refugiado. Apenas se

acamparon las tropas, hizo Amilcar crucificar á Esendio á la vista de los sitiados. Hizo Matos una salida contra Aníbal que mandaba un cuartel separado, le hizo prisionero; y mandando desátar de la cruz á Esendio, hizo clavar en ella á Aníbal. Ya se vió Matos empeñado en una accion decisiva; pero en ella le cargaron de prisiones, y dentro de Cartago espació sus atrocidades con el mas cruel suplicio. Se dispó su egército; y Amilcar se atrajo una parte de los soldados que se veian sin gefes, y los llevó consigo á España, así para quitar esta carga al Africa, como para que le sirviesen en la empresa que meditaba contra los romanos.

Estos rivales fingieron durante la guerra que sentian mucho la desgracia de Cartago, y con pretesto de conservarles la Cerdeña, adonde habian penetrado los sublevados, se introdujeron ellos mismos, y se quedaron con las ciudades de donde habian echado á los rebeldes, reteniéndolas como en prenda por los gastos de guerra hasta verse reembolsados. Esta conducta, demasiado astuta, despertó el resentimiento que en Amilcar habian causado las cláusulas onerosas añadidas á su tratado de Sicilia. Reflexionando atentamente sobre los medios de que se valian los romanos para dilatar y asegurar su poder, advirtió que esto lo habian conseguido tomando soldados de los pueblos sometidos que estaban al rededor de su pais; y como los cartagineses, por hallarse encerrados entre inhabitables arenales, no tenian este recurso, pensó Amilcar en ir á buscarlos á España, tierra fecunda en hombres, fácil de conquistar por estar sus poblaciones muy divididas, verdadero seminario de guerreros en acostumbrándolos á las armas; pero no encontró la conquista

tan fácil. Despues de nueve años de guerras le mataron en una batalla; cuando estaba ya rodeado de soldados que por su mérito se le habian aficionado para ir con él á hacer guerra á los romanos. No estaba entonces en su compañía Aníbal su hijo, que aun era muy jóven; pero ya su padre le habia inspirado aquel odio á los romanos, que le tenia ulcerado el corazon.

A Amilcar le reemplazó su yerno Asdrubal. Este dejó que los romanos continuasen sus conquistas; pero hizo otras que les eran mas peligrosas, ganando las voluntades de los régulos del pais. Llamó á su cuñado Aníbal, que ya tenia veinte y dos años. Su juventud, sus gracias, sus talentos, y la memoria de su padre le hicieron muy querido de la tropa, y esta le elevó al mando por haber muerto Asdrubal, á quien mató un esclavo á cuyo dueño habia él quitado la vida. No tardó el jóven general en realizar las esperanzas que el ejército habia concebido de su persona. Se hizo aguerrido llevando sus tropas contra naciones que ninguno habia inquietado hasta entonces; y de aquellos paises vírgenes todavia, por decirlo así, sacó hombres y riquezas: de los hombres hizo escelentes reclutas, y de las riquezas enviaba una parte á Cartago para ganar los corazones del pueblo, y disminuir el crédito de la faccion contraria á su familia: pues no habia otro medio de conquistarla, ó por lo menos de imponerle silencio para que le dejase egecutar libremente sus proyectos contra los romanos.

D. del D. Apuran su talento los autores para decidir de
 2780. parte de quien estaba en esta guerra la justicia,
 A. de J. C. como si esta virtud jamas hubiera sido guia de los
 218. ambiciosos. Verdad es que Aníbal empezó las hos-

tilidades, pero habia mucho tiempo que los romanos tenian tan provocados á su padre y á su cuñado, que esto autorizaba á los cartagineses para el rompimiento. El pretesto fue Sagunto, ciudad muy fuerte, que los romanos se habian reservado en un tratado, aunque estaba en medio de las posesiones cartaginesas, para tener siempre en ella un punto de apoyo. No quiso Anibal sufrir aquella ciudadela, que no tenia otro fin que el de imponerle la ley, y así tomándola despues de un largo sitio muy sangriento, la arruinó. No pueden imaginarse precauciones mas acertadas que las que tomó para su grande expedicion. Las tropas que envió al Africa para preservar á Cartago de alguna impensada invasion, eran españolas: aquellas con que se lisonjaba de reprimir los movimientos que pudiesen los romanos fomentar en España, eran africanas: se hizo alia-do de los príncipes del pais con buenos tratados, incorporando en su egército muchos de los soldados de estos, y aun de los gefes como en prenda, y enviando delante siempre quien negociase con los príncipes por cuyos estados habia de pasar, para tenerlos propicios: á los que le negaban el paso les presentaba combate.

Con el ramo de oliva en una mano, y la espada en la otra, se abrió Anibal el paso á traves de los Pirineos desde las orillas del Ebro hasta las del Ródano. Aquí empezaron las grandes dificultades: pues tuvo muchas para trasportar á la opuesta ribera de este rio los elefantes en barcos chatos. No obstante ninguno pereció; pero se salvaron pocos en los precipicios de los Alpes. Perdió el general cartagines grande número de soldados en las estrechas sendas de aquellas resbaladizas rocas, y entre los

huelos de que estaban erizadas : de suerte que constando su egército , cuando partió , de noventa mil infantes y doce mil caballos , ya cuando llegó á Italia no pasaba toda la tropa de sesenta mil hombres.

Pero la victoria sustenta á la victoria : á los soldados que Aníbal perdía en las batallas los reemplazaban presto los que la reputacion de sus aciertos le atraía , por lo que despues de la tan ventajosa jornada de Trebia , se halló en estado de pelear gloriosamente en Trasimene , y de triunfar en Cannas. Sin embargo los romanos , instruidos con sus propias desgracias , se redujeron á hacerle una guerra toda de ardides : le cortaron los víveres , interceptaron las contribuciones , y suspendieron el zelo de los que reclutaban para su egército , de suerte que empezó á sentirse un vacío horrible en la caja militar y en los batallones : por lo que al mismo tiempo que daba noticia á Cartago de sus victorias , enviaba á pedir hombres y dinero ; y la faccion de Hannon , que era la dominante en Cartago , hizo que se le negase lo uno y lo otro.

Aníbal reducido á sí solo , y sin mas recursos que sus talentos y su ingenio , se sostuvo por diez y seis años en un pais en donde todo le era contrario ; pero intrépido en el peligro , fecundo en espedientes , y no perdiendo jamas la esperanza , desconcertó muchas veces los proyectos mas bien combinados de sus enemigos. Vió arrancar á su república la España , la Sicilia y la Cerdeña : echaron á sus pies rodando la cabeza de su hermano , que era su última esperanza , y todavía se mantenía firme. Fueron necesarias órdenes y el riesgo inminente de Cartago para hacerle restituirse al Africa. Allí la fortuna de Escipion escedió á la suya en los campos de



Constancia de Anibal.

La astucia de la envidiosa Roma consiguió debilitar al guerrero, que no pudo vencer: pero Anibal sin gente, sin dinero, desamparado de su misma patria, y arrostrando los mayores peligros, supo mantenerse diez y seis años en medio de sus enemigos, desconcertando sus mejores proyectos. Vió á sus pies la cabeza de su hermano, único apoyo de sus esperanzas; pero supo llorarle, y redoblar su constancia.

Zama ; y Cartago vencida recibió la ley de un vencedor muy diestro en aprovecharse de todas sus ventajas. No solamente desarmaron los romanos á su rival , y la quitaron su principal fuerza haciendo quemar sus naves , sino que la pidieron considerables cantidades que la exigieron con el mayor rigor.

Cuando fue preciso proceder á la primera paga, entristeció mucho al senado la dificultad de juntar tanto dinero , y muchos no pudieron contener las lágrimas. Aníbal , cuyo corazon era muy grande para conmovirse por el sórdido interes , se sonrió ; y reconviniendole por ello , respondió : “ Esta amarga risa que se me nota , ¿ es por ventura mas intempestiva que esas lágrimas que os veo derramar ? Cuando nos quitaron las armas , nos quemaron las naves , y nos impidieron toda guerra con los extranjeros : entonces venia bien ese llanto , porque aquel fue el golpe mortal que nos derribó ; pero solamente sentimos los males públicos cuando nos interesan personalmente , y lo que nos parece mas doloroso es perder nuestro dinero. Cuando sacaban de Cartago vencida los despojos , y la dejaban sin armas , indefensa entre tantos pueblos de Africa poderosamente armados , ninguno de vosotros dió un suspiro ; y porque ahora es preciso que cada uno contribuya á tanto por cabeza , os veo desolados como si estuviera ya todo perdido. Mucho temo que lo que hoy os arranca lágrimas , presto os ha de parecer el menor de vuestros males.”

Desde que Aníbal volvió á su patria se mostró tan buen ciudadano como habia parecido escelente general. A pesar de la faccion contraria le pusieron en calidad de *sufete* á la cabeza de la república , y

en este empleo descubrió todo el talento que se necesita para el buen gobierno. Los objetos que mas necesitaban de una gran reforma eran la administracion de la hacienda y la de la justicia: en lo primero invigilaba con una integridad é inteligencia desagradables á los que hasta entonces habian disfrutado en aquel ramo grandes utilidades: en la administracion de justicia le suscitó su severidad enemigos. A nada se negaba de cuanto pudiera ser útil á su patria; y Anibal, que se habia visto general de grandes egércitos, no se desdeñó de ir con algunos batallones á rechazar á los pequeños príncipes africanos que hacian correrías en el territorio de su república.

Al punto que los romanos le vieron sobre las armas, se renovaron sus inquietudes temiendo el ascendiente que en Cartago le daba su mismo mérito, y se aplicaron á dar fuerza á la faccion que le era contraria. Le acusaron de que tenia correspondencia con Antíoco y otros monarcas para suscitar á Roma enemigos; y todavía es problemático si le persiguieron porque él los atacaba, ó si él los atacó porque le perseguian; pero cuando hubiera hecho esfuerzos por librar á su patria del yugo que la oprimia, aunque esto pareciese delito á los romanos, jamas lo será para los ojos de la posteridad; y aun verlos tan encarnizados en perderle, podrá ser su mayor elogio. Le obligaron á huir de su ciudad, y á buscar de gente en gente asilos en que le tenian siempre sobresaltado por las amenazas contra todos los que le recibiesen. Por último, bebió veneno á los setenta años de su edad, por no caer en sus manos.

Mucho rebaja esta porfiada persecucion de los

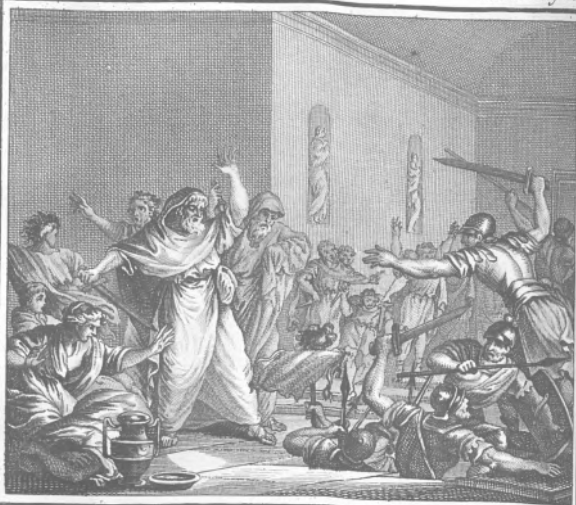
romanos la reputacion de magnánimos que afectaban ; porque si Aníbal era gran político y capaz de sublevar contra ellos los imperios , debieran atacarle con las mismas armas , y no con intrigas dirigidas contra su libertad y su vida ; y mas cuando á escepcion de las barbaridades inevitables de la guerra , jamas fue cruel con ellos. En cuanto á las costumbres de Aníbal las pintan algunos historiadores con los colores mas negros ; pero otros dan el mas honorífico testimonio sobre este mismo artículo , y ensalzan su humanidad , su respeto á sus dioses , su prudencia no comun , su particular continencia , su desprecio de las riquezas , y su extraordinaria templanza en medio de una abundancia exorbitante. Tuvo amor á las bellas letras , y las favoreció en cuanto lo permitia el tumulto de las campañas. En su mismo campo halló con que satisfacer á esta afición por la grande variedad de conocimientos que precisamente debian llevar á él las muchas naciones de que se componia su ejército. Se dice que hablaba ó por lo menos entendia las lenguas de todas.

La tercera guerra púnica no debe mirarse como una verdadera guerra , sino como las últimas convulsiones de una víctima , que mientras corre la sangre está haciendo muchos movimientos debajo del cuchillo hasta que espira. No será inútil repetir en pocas palabras la última catástrofe de una ciudad tan famosa. Zeloso el senado romano de ver que el cuerpo exangüe de Cartago iba tomando nuevo vigor , determinó destruirla enteramente ; y para este fin empleó todos los grados de perfidia que una política astuta pudo sugerir. Primeramente hizo muestra de dos ejércitos inmensos de mar y tierra. Cuando ya tenian á los cartagineses asustados y en la ne-

D. del D.
2850.
A. de J. C.
148.

cesidad de negociacion, pidieron los generales en rehenes trescientos jóvenes de las primeras familias de la república. Ya parten estos infelices; y las madres, penetradas de dolor, hacen resonar la ciudad con los ecos de sus gemidos, se golpean en los pechos, arrojan lamentables gritos capaces de enternecer los mas duros corazones. Ya fue preciso arrancarlas de los brazos de sus hijos, y algunas arrojandose al mar siguieron nadando las naves que se los llevaban. Cuando llegaron á Lilibea, felicitó el general romano á los conductores sobre su confianza en la indulgencia de la república; y para conseguirla, les dijo que hiciesen cuanto los cónsules ordenasen. Esta condicion de egecutar cuanto les mandasen los cónsules era muy vaga y arriesgada: al fin tuvieron que someterse los comisionados.

Aquellos cónsules, que mandaban por sí mismos los egércitos, fueron pidiendo sucesivamente, dejando pasar por intervalos muchos dias, por temor de que la atrocidad de las órdenes, conocida si las diesen juntas, sublevase á aquellos infelices, y frustrase su egecucion. Exigieron pues 1.^o una cantidad de trigo suficiente para la subsistencia de sus tropas. *Concedida sin dificultad.* 2.^o Que les entregasen todas las galeras de tres órdenes de remos. *Abandonadas con dolor.* 3.^o Que entregasen todas las máquinas de guerra. *Las dieron aunque con la mayor repugnancia y sentimiento.* Ya tenemos á los infelices despojados, y en la imposibilidad de defenderse y sostener un sitio. Ahora, dijeron los imperiosos cónsules, dejad la ciudad, porque vamos á destruirla: sacad de ella lo que se pueda: se os permite edificar otra con la condicion que esté muchas leguas del mar, sin murallas ni fortificaciones. Esta



Destrucion de Cartago.

Resueltos los Cartagineses á no admitir las duras condiciones con que la envidiosa Roma intentaba subyugarlos, sostuvieron con los esfuerzos de su desesperacion dos años de guerra; y despues de defender á palmos la ciudad, incendiaron su castillo, arrojandose en las llamas. ; Suerte fatal! pero la prefirieron á la de ver su patria hecha juguete de rival tan injusta, perfida, y ambiciosa.

es la justicia , clemencia y magnanimidad romana manifestada con toda claridad.

Se apoderó de toda la ciudad la mas horrible desolacion cuando llevaron los diputados noticias tan funestas , y á la desesperacion sucedieron la rabia y el despecho. El pueblo en el primer movimiento mató á cuantos senadores y sugetos colocados en el ministerio se le pusieron delante , por haber concedido á los romanos lo que pidieron , y haberse dejado quitar todos los medios de defensa. Renació, no obstante, el valor del mismo esceso de la desgracia , jurando todos morir antes que sujetarse á tan inicuas condiciones ; y de esta resolucion nació una guerra que duró como dos años , pero al fin los estrecharon. Hicieron los cartagineses quanto es posible á los hombres puestos en tanto desamparo , hasta construir de madera vieja y de los hierros que por inútiles tenian abandonados una armada que pasmó á los romanos. Defendieron de calle en calle su ciudad hasta llegar al castillo , cuyos defensores le entregaron á las llamas , precipitandose ellos en el fuego.

Así pereció Cartago á cosa de setecientos y siete años despues de su fundacion. Los romanos , en espacion de la injusticia de sus mayores , edificaron otra en una parte del mismo solar que antes ocupaba ; pero esta no tuvo algun lustre hasta el reinado de Augusto , en el cual pasó por la segunda ciudad del imperio. Magencio la redujo á cenizas , y volvió con el tiempo á merecer lugar muy respetable entre las ciudades de Africa bajo de Gensérico , rey de los vándalos : la agregó Belisario de nuevo al imperio romano ; y por último , á fines del siglo sétimo la destruyeron los sarracenos en términos que no ha quedado el menor vestigio.

NUMIDAS.

Las alianzas y conexiones con los cartagineses nos han dado algun conocimiento de los pueblos que les eran vecinos.

Colocandose en Argel á la abertura poco mas ó menos de los países que componian la Numidia, se hallan territorios de suelo fértil y de hermosa vista al lado de unas llanuras arenosas y estériles: se ven territorios poblados y se ven desiertos; por lo que un antiguo geógrafo la comparaba á una piel de leopardo. Los valles que se forman en las montañas brindan con delicioso retiro contra los calores de los llanos, con vistas risueñas y variadas, y con vergeles fecundos en escelentes frutas: de las pendientes de sus montes bajan frescas y claras aguas, tal vez las mejores del mundo. Volcanes antiguos en lo interior de las tierras y cercanos á manantiales de agua fria suministran aguas calientes, por cuya mezcla feliz forman saludables baños. Estaba la Numidia bien cultivada, y daba con abundancia trigo. Los restos de ciudades que cubren sus campos muestran que estuvo muy poblada. Habian introducido en ella los romanos el gusto de las artes, y aun hoy se ven los vestigios de algunos monumentos: tambien se acuñaron medallas. Sus leyendas, que ni son griegas ni romanas, prueban que los numidas tuvieron su lengua particular, y puede ser fuese compuesta de las de aquellos diferentes pueblos de que se les tiene por descendientes.

Si por su religion hemos de formar juicio de su origen, salieron de los fenicios, egipcios y griegos, pues tenian los dioses y el culto de estas distiintas

naciones. Se pudieron distinguir en otro tiempo y aun en este sus sucesores como dos pueblos, el de las ciudades y el de los campos. Los primeros eran comerciantes, industriosos, amigos de lujo, y dados á los vicios que este trae consigo: los segundos buenos cultivadores, y sencillos en sus costumbres. Siempre se han visto entre ellos y en el dia se ven aduantes que van llevando sus familias y ganados á los terrenos que carecen de habitantes, y se los toman como propios. Así los de las ciudades como los de las campiñas todos son igualmente aficionados á la poligamia. Siempre fue muy estimada la caballería numida, y se hizo famosa porque tanto los romanos como los cartagineses la buscaban en sus guerras. No conocian sus caballos el freno ni la silla; porque el jinete los gobernaba con vara aun en las batallas. Aunque su costumbre era llegar impetuosamente al enemigo y retirarse, por decirlo así, desordenadamente; no obstante, algunas veces cargaban, y se retiraban con orden.

No ha llegado á nuestra noticia otro gobierno entre los numidas que el de sus reyes; pero tinieblas espesas nos encubren la historia de estos príncipes, hasta el momento en que los dan á conocer las conexiones de interes con los cartagineses. Es verisimil que hacian felices á sus pueblos por la paz, y abriendo sus puertos al comercio. Hemos visto que acogieron en tiempo de Yarbas á Dido con sus tirios, y que tambien recibieron á los fenicios, y aun permitieron que estableciesen colonias; pero los numidas por sí eran poco comerciantes: ni aun se les ve marina propia. En los últimos tiempos no tuvieron mas tráfico que el de su valor, transportando sus escuadrones adonde los llamaba el suel-

do: ya iban á España, á Italia, á Sicilia: ya se embarcaban con los cartagineses ó con los romanos.

D. del D.
2804.
A. de J. C.
194.

Estas dos repúblicas rivales se servian á un mismo tiempo de los numidas; porque estando estos divididos en reinos diferentes, oponian con arte á los unos contra los otros, y sucedia tal vez que los numidas que al principio de una guerra eran romanos, se hallaban al fin de ella cartagineses, y al contrario. Esta alternativa se vió claramente entre Masinisa y Sifax: al primero, que era un rey sacrificado á Cartago, le ganó despues Escipion para Roma. El segundo, que en el principio era romano, se volvió cartagines por las diligencias de su muger Sofonisba, y le llevaron cautivo á Roma, en donde acabó sus días. Sus hazañas guerreras se confunden con las de las repúblicas en donde servian como auxiliares; pero su vida, en especial la de Masinisa, considerada sin estos sucesos, todavía merece que se egercite en representarla el pincel de la historia.

Gala, rey de una parte de la Numidia, murió mientras su hijo Micipsa estaba aprendiendo el arte de la guerra en España bajo las banderas de Cartago. Con arreglo á las leyes de su pais Desalces, hermano de Gala, tomó la corona, y la traspasó á Capusa su hijo. Quitó á este la corona y la vida Metetula su pariente, el cual creyó asegurar su usurpacion casandose con la viuda de Desalces, sobrina del primer Aníbal. Al mismo tiempo por medio de una alianza se apoyó con las fuerzas de Sifax, rey que era de otra parte de la Numidia. Supo Micipsa la usurpacion, partió de España y fue á recobrar la corona que por derecho le pertenecia. Boco, rey de Mauritania, le dió tropas; pero estas solamente



Masinisa profugo.

Deseosa Cartago de mantener la division entre los Numidas, y de atraerse el afecto de Sifax, le auxilió para destronar á Masinisa. Defendióse este con valor, mas cediendo á la fuerza, prófugo y mal herido fue conducido á una caverna por dos de los suyos, á cuya lealtad debió la vida. Amigo era de Cartago; pero esta, lejos de respetar relaciones tan sagradas, le vendió á los reuelos que la infundia su poder.

le acompañaron hasta las fronteras, y se volvieron. El mérito solo de Micipsa, su valor y su fama, que ya estaba estendida aun en los principios, llamaron á los veteranos de su padre para que les siguiesen, y con un corto número de tropas venció á Mecetulla, y se abrió el camino al trono; en el cual hubiera vivido tranquilo á no haberle inquietado los cartagineses, á quienes su capacidad ponía en cuidado. Inspiraron zelos á Sifax, y tal vez entonces fueron causa de la desgracia de Masinisa quitandole la bella Sofonisba, á quien tratada de casarse con él, pusieron en los brazos del anciano Sifax. Ayudaron al mismo tiempo á su esposo para que arrojase de su reino al amante. Se acantonó este en un fuerte, en el cual se mantuvo largo tiempo; mas al fin tuvo que huir por mas que se defendió con valor. De cuatro caballeros que le acompañaban se ahogaron dos á su vista al pasar un rio, y los otros dos le llevaron herido y casi muerto á una caverna, en la que estuvieron sustentandole con lo que robaban.

Ya le contaban por ahogado cuando se presentó, juntó nuevo ejército, y volvió á tomar el cetro de Numidia; pero todavía volvió Sifax á quitarsele. Masinisa, que no desesperaba de su fortuna, andaba errante en los confines de su reino, pronto siempre á valerse de la primera ocasion de entrar en él. No despreció la que le ofreció la llegada de Lelio al Africa; y desde este punto fue invariablemente afecto á los romanos. Estos le restituyeron á su reino, ó por mejor decir, le reconquistó con sus auxilios, recobrando con sus estados á la hermosa Sofonisba. Continuó el laurel de la gloria haciendo sombra á su cabeza; pero ya vimos que él mismo marchitó el mirto del amor,

y le reemplazó suspirando con el fúnebre ciprés cuando presentó á su amada la copa de veneno.

Fue Masinisa uno de los príncipes mas poderosos y de los mas felices de Africa: pues habiendo tenido una juventud con mil reveses, hasta el fin de su vida, que fue muy dilatada, conservó una salud robusta, que debió sin duda al ejercicio y sobriedad. Al dia siguiente de una grande victoria le vieron delante de su tienda comiendo un pedazo de pan moreno: á los noventa años de su edad todavía hacia lo mismo que los jóvenes, montando á caballo sin que nadie le ayudase, y manteniéndose en la silla dias enteros. Cuando murió entre los noventa y noventa y cinco años de edad, no pasaba de la de cinco el menor de sus hijos. Dejó cincuenta y cuatro; pero solos tres eran de legitimo matrimonio, y estos le sucedieron cada uno en una porcion de sus derechos y autoridad. A Micipsa le tocó la representacion con la posesion esclusiva de la capital; á Gulusa la guerra, y á Mastanabal la justicia; pero todos tenian el título de rey. Hizo esta distribucion Escipion Emiliano, á quien Masinisa habia encomendado su reino cuando estaba para morir; y sin duda vió el romano en los tres hijos los genios propios para estos empleos. Murieron el guerrero y el administrador de la justicia: este dejó un hijo llamado Yugurta, á quien crió Micipsa en su palacio con Adherbal y Hiempsal hijos suyos.

Micipsa, que pasaba en la historia por príncipe benigno y prudente, descubrió sin duda en su sobriño disposiciones aviesas, pues se cree que buscó medios de deshacerse de él. Le dió comisiones arriesgadas, y le espuso en la guerra á peligros de que salió bien por su habilidad y valor. Sus aciertos le

D. del D.
2882.
A. de J. C.
116.

merecieron la estimacion general: era de unas facciones regulares, bien formado, y tenia todos los talentos del espíritu. No era dedicado al lujo ni á los placeres: se ejercitaba con los de su edad en la carrera, en arrojar el venablo, en montar á caballo, y aunque á todos era superior en la destreza, todos le querian. Su única diversion era la caza, persiguiendo fieras y leones; y para concluir su elogio, en todo era excelente, y hablaba poco de sí. Tal era Yugurta; y al mismo tiempo era un monstruo de crueldad, de ingratitud y de perfidia.

Bien fuese que Micipsa hubiese reflexionado mejor acerca de su sobrino, ó bien que esperase ganarle con sus beneficios y su confianza, le adoptó, y en su testamento le declaró heredero de la corona juntamente con sus dos hijos, encomendandoseles al morir. Todo lo prometió Yugurta: mas apenas espiró su tío, cuando hizo asesinar á su primo Hiempsal. La misma suerte hubiera tenido Adherbal si no se hubiera salvado en Roma, en donde imploró del senado la venganza contra el homicida de su hermano, y la proteccion para sí. Se habia apoderado el asesino Yugurta de los tesoros de la corona, y los empleó en Roma para justificarse, y aun para que la acusacion recayese en Adherbal como cómplice en una conspiracion tramada contra él entre los dos hermanos.

Esto le dió atrevimiento para el intento de quitar á su primo la pequeña parte del reino que le habia quedado. Le encerró en su capital, le sitió en ella; y aunque Roma envió primera y segunda diputacion, ambas las hizo inútiles el oro de Yugurta. Se rindió Adherbal con la condicion de dejarle la vida: Yugurta juró no matarle; pero despues le

mandó degollar. Sabia por los mismos romanos que los montones de oro eran un dique seguro contra los clamores del pueblo, contra los decretos del senado, y contra las empresas de los generales. Defendido con esta trinchera desafió todos sus esfuerzos. Fueron al Africa dos cuerpos de tropas, mandados por un príncipe del senado, y por un cónsul, armados de rayos vengadores de la república. Estos amenazaron; pero Yugurta los aplacó con oro, y se retiraron sin disparar. Se determinó Yugurta á ir á Roma, y en ella tuvo la osadía de hacer asesinar á Masiva, hijo de Hiempsal, que pedia el castigo de la muerte de su padre, y reclamaba su reino. Esta vez tambien le sirvieron sus tesoros, si no para hacer que le declarasen inocente, para huir del merecido castigo, pues solamente se dió orden para que saliese al punto de Italia. Cuando ya iba á perder de vista á Roma, volvió la cabeza á mirarla con indignacion, y dijo: “¡Ah, ciudad venal, ciudad venal! solo falta quien te compre!”

Si con los hombres colocados en dignidad sucede lo que en los particulares, no hay que admirar en que el numida y el romano, sobornador el uno, y sobornado el otro, despues de haberse manifestado el fondo de sus corazones, se despreciasen y aborreciesen mutuamente. Venció Yugurta un ejército romano, y le hizo pasar por debajo del yugo. Le vencieron á él los romanos, y le fueron persiguiendo de asilo en asilo encarnizadamente. En sus desgracias padecia los síntomas de un malvado que se ve con deseos de hacer mal, y no puede egecutar su mal deseo. Vió levantados ya contra sí los puñales de los que él empleaba en sus delitos; pero esta misma traicion fue para él un recurso, porque



Sila triunfante de Yugurta.

Declarada Roma protectora de los hijos de Micipsa, despachó contra Yugurta algunas tropas; mas el perverso malogró siempre con el oro y sus astucias los esfuerzos de esta república venal, hasta que perseguido con ardor, y vendido por los suyos, dió en manos de Sila, quien le conduxo atado al carro de su triunfo. Su ignominia fué justa pena de sus delitos, y satisfaccion á Roma de sus agravios.

en el castigo de los culpados comprendió á los inocentes ricos, y se valió de sus bienes para corromper el consejo y la corte de Boco su suegro, rey de Mauritania, que le habia dado asilo; y con esta perfidia estuvo para empeñarle en una guerra contra los romanos que hubiera sido su ruina; pero Boco sintió el lazo, se desenredó prontamente, y para no volver á caer en él hizo entrega de su yerno á Sila, y fue Yugurta atado al carro del triunfador á dar el espectáculo de su ignominia en la misma Roma, á la cual tantas veces habia hecho cómplice de sus bajezas.

Tomó la Numidia partido en las querellas de Mario y Sila, y en las de César y Pompeyo, arrastrada de los reyes que la daban las facciones. Cada uno tenia en sus egércitos caballería numida. Juba, uno de los últimos monarcas, y afecto sinceramente á Pompeyo, se perdió por socorrerle, y temiendo dar en manos de César, perdida la batalla, hizo que un esclavo suyo le atravesase el pecho. En los reinados de Augusto y sus sucesores sujetaron los romanos á los numidas en cuanto pueden sujetarse semejantes pueblos impacientes del yugo y del dominio, tan sin freno como sus caballos, y no menos feroces que estos cuando les presentan la brida y el bocado. No obstante, la Numidia aun antes de confundirse con la Mauritania se contaba entre las provincias romanas.

MAURITANIA.

Fez, Marruecos, Tánger y Salé nos indican la posicion de la Mauritania, que es perfectamente semejante á la Numidia en las producciones, el ter-

reno y los habitantes. Abraza el estrecho que separa la Africa de España: se ignora su estension tierra adentro, porque se pierde como la Numidia en los desiertos del Africa. Si antes tuvo bellas ciudades, aun ahora las tiene: los moros á diferencia de los numidas han sido marinos, y se han aventurado en la navegacion del Océano: es verdad que para esto les ofrecian términos de navegacion y puntos en donde descansar las islas que hoy llaman Canarias, que no están muy lejos de sus costas. Debe observarse que el monte Atlas ha dado ocasion para que algunas veces hayan llamado Atlántide, aunque impropriamente, á esta parte de Africa.

Se la supone poblada de fenicios, árabes, egipcios, etiopes y persas, que acompañaron á Hércules en su expedicion de Lidia, y llegaron con él hasta el estrecho, cuyos dos promontorios elevados se llaman las columnas de Hércules. A estos se añaden los cartagineses; y aun es probable que estos la dieron el nombre de Mauritania por la palabra *maur*, que significa occidente, como si dijéramos el occidente de Cartago. Pero se tiene por cierto que de todas estas naciones que concurrieron á poblar este pais, los primeros habitantes fueron árabes: su division por tribus y la vida errante que muchos hacen, es casi seguro indicio de su origen. Su gobierno, á lo que parece, fue monárquico. Son muy semejantes los antiguos moros y los numidas en language y religion, á escepcion de que los moros rendian culto particular á Neptuno, en lo cual se conoce que se esponian á los riesgos del mar, y procuraban tenerle propicio. A uno de sus antiguos reyes se atribuye la invencion de las velas,

El lujo, que regularmente va con el comercio, era ya conocido de los moros; pues los principales de la nacion llevaban vestidos de oro y plata, cuidando de sus personas no solo con aseo, sino con regalo. La infantería, que primero iba armada de mazas y despues con espadas, tenia arneses, de que hacia muy buen uso: la caballería se servia de lanzas, y una y otra de flechas, que algunas veces envenenaban. Los moros cultivaban poco, y solo para la necesidad estrema; por consiguiente vivian con sobriedad. El pueblo se vestia de pieles: dormia en la dura tierra poniendo debajo sus vestiduras, como todavía lo hacen las tribus errantes: sus artes y oficios estaban reducidos á lo mas necesario. No obstante, si creemos á tradiciones antiguas, de Atlas, que fue el que dió su nombre á sus mas altas montañas, viene la ciencia de la astronomía ó el conocimiento de los astros, y aun por eso le representan llevando en hombros el cielo.

La historia fabulosa de Mauritania se reduce al combate de Hércules y Anteo. Este era invencible como hijo de la tierra, porque cuando le derribaban en ella, le daba su madre nuevas fuerzas; pero Hércules le mató levantandole en el aire. Nació esta fábula de que Anteo en una guerra que tuvo contra Hércules se sostuvo largo tiempo con los poderosos refuerzos que sacaba del pais de su nacimiento; y Hércules no triunfó de él hasta que le quitó este recurso. A escepcion de algunos nombres no es mas estensa la historia verdadera. Empieza esta por Boco, suegro de Yugurta, y se sabe que entregó su yerno á Sila; pero merece observarse que habia prometido al numida entregarle el romano, y á este que le entregaria el

numida; y si este suegro, digno de tal yerno, dudaba entre dos traiciones, pero con resolucion de cometer una.

Atlas, el primer rey de Mauritania, pasa por cultivador de las ciencias. Juba el jóven, penúltimo monarca de los moros, se aplicó á ellas con progresos. Habiendose criado en Roma, adquirió tantos conocimientos, que le contaban con los griegos mas sabios. Poseia la historia así general como particular, y compuso la de Arabia: escribió sobre las antigüedades romanas y egipcias, de los teatros, la pintura y la gramática: no se ocultaron á sus observaciones los animales ni las plantas: trabajó tambien sobre la geografia, y buscó las fuentes del Nilo. Solo han quedado algunos fragmentos de estas estimables obras; pero lo que debe consagrar su nombre á la inmortalidad es que la suavidad de su gobierno le ganó tanto los corazones de sus vasallos que le erigieron altares.

GETULOS, MELANO-GETULOS, NIGRITAS

X GARAMANTAS.

Es mucho que se ha conservado el nombre de estos pueblos, y aun demasiado, pues nada hay que decir de ellos. Desde la Numidia y la Mauritania se estendian hácia los desiertos en aduares errantes, ya dispersos y ya unidos: si tuvieron artes, fueron por lo menos muy limitadas: si religion, no pudo ser muy uniforme ni magestuosa: si gobierno, sin duda tuvieron el preciso con sus gefes para defenderse y atacar; pero se ignora que tuviesen alguna autoridad civil. La mezcla de usos y costumbres debia ser igual á la de sus colores: la graduacion de estos iba

Libia Marmárica, la Cirenaica y la Sirtica. 175
subiendo á mas negro, segun se iban retirando desde las costas hácia los desiertos. En Cartago se vieron los primeros negros por los tiempos de la segunda guerra púnica. Siempre se viajaba, y aun hoy se viaja, en caravanas en estos países infestados de leones, tigres, ladrones armados, y bestias feroces.

LIBIA MARMARICA, LA CIRENAICA Y LA SIRTICA.

La Libia Marmárica es la mas próxima á Egipto. En ella estaba la Amónide, ó el templo de Júpiter Amon, á diez jornadas en los arenales: formaba una especie de isla de un buen terreno con muchas arboledas, y regado de frescas fuentes. Unos dicen que no habia otra poblacion que el templo y sus dependencias: otros que habia una ciudad de bastante consideracion con un fuerte y algunos lugares; ¿pero quién sabe cómo pudo encontrarse y habitarse un punto de terreno que está en un mar de arena?

La Cirenaica estaba entre Egipto y la Sirtica. En ella se cogia el silfio, planta de que solo ha llegado á nuestra noticia la figura en las medallas: de esta planta fluia cierta goma, que era la basa principal de un precioso bálsamo. Los psilos, pueblo de estos países, impacientes de ver que el viento sur abrasaba y secaba sus estanques, entraron armados por el desierto de Barca para hacerle la guerra, y los sepultaron las arenas que se levantaron con el mismo viento. Hace mencion la historia de otras guerras mas racionales entre los pueblos de estos mismos países; pero en todo semejantes á las otras, asolar, robar, y hacer las paces.

La Sírtrica llegaba al Mediterráneo. Sus habitantes mas famosos eran los lotófagos, así llamados porque se sustentaban de la planta *loto*, especie de caña que se cree ser la misma del azúcar. Los pueblos de la Sírtrica tan necios como los psilos, porque los rayos del sol los incomodaban, iban echando maldiciones á este astro á medida que iba subiendo hácia ellos. Los historiadores antiguos colocan en las orillas del rio Negro unas poblaciones de enanos, y entre las costumbres de estos pueblos, cuyos usos no es fácil que fuesen conocidos, nos dan como ciertas las siguientes. Los de Marmárica antes de casar sus hijas las presentaban á su rey no para que las tomase por esposas, sino para que viese si las desposadas merecian su favor. Entre los nasamones de la Cirenáica no podia la recién casada desechar á ninguno de los convidados, y recibia un regalo de cada uno. Por último, las mugeres lotófagas ostentaban por los pliegues de las vestiduras el número de sus amantes favorecidos, y eran las mas estimadas las que llevaban mas pliegues.

ETIOPÍA.

La descripción y la historia de Etiopia, país aun no bien conocido, no pueden menos de ser muy imperfectas. A Etiopia se va desde la Libia por los desiertos, y se pasa por ellos entre rocas de una forma que no se ve en otras partes, entre horribles precipicios, entre rios que en tiempos señalados se convierten en dilatados mares, y entre pueblos que son unos enteramente salvages, y otros medio civilizados. Esta confusión no nos promete ni

mucha regularidad en el órden de los hechos, ni una pintura muy exacta de sus costumbres y lugares; pero lo singular podrá suplir por el órden, y hacer un cuadro interesante.

Los primeros etiopes ó abisinios que se vieron en Roma parecieron horribles figuras por su color mas que moreno, el cuello corto, los hombros elevados y como sumergida en ellos la cabeza, los ojos muy separados, el mirar feroz, la nariz aplastada, la boca grande, los dientes ralos y agudos, cuerpos musculosos, pequeños y gruesos sin gracia alguna. Así son generalmente los hombres que habitan la vasta region de la Etiopia; y las mugeres de una configuracion que no puede parecer agradable á otros hombres que á sus negros.

Los trogloditas, metidos en sus cavernas, se sustentaban de serpientes, lagartos y otros insectos. Entre los nubianos habia pigmeos: los avestruces, grandes como ciervos, eran la caza de los abatilitas. Langostas, tortugas, elefantes, pescado, leche de las perras, eran la comida de otros que tomaban el nombre del modo de sustentarse: los elefantófagos dormian en las ramas de los árboles, y de allí bajaban á cazar leones, leopardos y elefantes. Dichosos los que encontraban frutas, raices, cañas jugosas, y otros manjares que la naturaleza ofrecia en los terrenos menos ingratos. Hasta antropófagos ó comederos de carne humana tenia la Etiopia. Su bebida es una especie de cerveza.

Ha habido ciudades, y aun algunas cuyas ruinas dan todavía testimonio de magnificencia. En medio de sus inmensas llanuras se ven montañas y rocas mas altas y escarpadas que los Alpes y los Pirineos; unas son como torres, otras como pirá-

mides: estan por los lados tan unidas que parecen obras del arte. En sus cimas, no obstante, estan cubiertas de bosques y prados, en los cuales saltan manantiales, y se hallan tambien estanques. Una de estas rocas tiene la figura de un castillo edificado de piedras labradas, y la plataforma en que remata es de cuatro leguas de circunferencia: es preciso subir con cordeles las provisiones y aun los animales. Ahora es una prision de estado, en donde ponian en otro tiempo á los principes de la sangre, sin darles mas que lo necesario para no morir de hambre: ¡triste existencia! La misma naturaleza ha pulido uno de los riscos que á distancia hace el mismo efecto que un espejo. Hay tambien montañas semejantes á las que se encuentran por todas partes, y con frecuencia se hallan en ellas abismos espantosos.

El temple varía mucho; pero el aire por lo general es sano, el frio mucho en las montañas, los calores en las llanuras escesivos, con tempestades de granizo, vientos impetuosos, y truenos que por el eco de los montes son terribles. El viento *sendo*, que todo lo derriba por donde pasa, es muy comun, y parece un *tifon* terrestre: á los cultivadores les luce su trabajo, porque tienen á lo menos dos cosechas, y los árboles dan dos veces la fruta: no se necesita hacer provision de heno para las bestias, pues en este pais cálido y regado con aguas frecuentes y abundantes siempre está la tierra cubierta de yerba. Los dias y las noches son de igual duracion. El Nilo, que hace fecundo á Egipto, atraviesa una parte de Etiopia, y va recibiendo las aguas de los rios grandes que crecen con las lluvias que refrescan la zona tórrida, y la hacen habitable cuando parece que el sol debiera abrasarla.

Se sabe que de cuando en cuando han ido grandes destacamentos de árabes á reforzar la poblacion de Etiopia ya existente; pero no han mudado con su mezcla la raza indígena ó propia del pais, cuyo origen se ignora. El gobierno parece haber sido siempre monárquico, y algunas veces estaba en manos de mugeres con el nombre de *Candaces*, así como á los reyes de Egipto los llamaban *Faraones*. Por lo demas unas veces habia muchos reinos, y otras uno por la reunion de estos. En algunos fue la monarquía hereditaria, en otros electiva, y estaba afectada al órden sacerdotal, ó templada con leyes, ó despótica. En cuanto al fondo de religion nada se puede decir de cierto: parece haber penetrado á Etiopia los dioses de Egipto, y aun los de Grecia; pero es probable que no era allí universal la idolatría; y que los grandes y la corte profesaban el teismo, y se observaban las prácticas y ceremonias judáicas. Tuvieron los etiopes su lengua propia, y una escritura que aun se conserva: esta era la de los diplomas y libros sagrados: sus dialectos eran muchos.

En un pais tan dilatado y por tan larga sucesion de siglos no han podido ser las costumbres uniformes; y así presentaremos las mas singulares, sin fijar el tiempo ni el territorio á que pertenecen. Los condenados á muerte debían ser ellos sus propios verdugos, y no podian huir so pena de deshonorar su familia, y hubo madre que por esto quitó la vida á su hijo. El que sucedia en el trono era el hijo de la hermana. Si el rey estaba estropeado, tenian obligacion á estropearse tambien sus domésticos. Tenia que matarse cuando le decian los sacerdotes que así lo ordenaban los dioses por el bien de sus vasallos.

Cuando moria se daban sus criados la muerte, ó para manifestar su afecto, ó para ir á servirle en la otra vida. Algunos, faltando la familia real, fueron á elegir soberano entre los pastores.

Los ictiófagos componian de pescado podrido una pasta que se hacia agradable al gusto: supongo que lo sería solo para el suyo. Vivian largo tiempo: esponian sus muertos en la ribera del mar, de modo que se los llevaba el reflujo, y de este modo los peces comian á su vez á los que se habian sustentado con pescado. Los habitadores de cierto territorio, atormentados de moscardones crueles, no sabian otro remedio que pasar los dias sumergidos en el agua hasta el cuello. Parece que hablan los autores de una república de monos cuando nos dicen que hay pais en que los hombres se suben á los árboles, que saltan de rama en rama, que poseen las mugeres en comun, y se las disputan á golpes: habia algunos que solo bebian de cinco en cinco dias, y otros que nunca: estos sin duda serian buenos para marineros. Algunos tenian á las mugeres ancianas un respeto que casi llegaba á la adoracion. Cuando cualquiera llegaba á viejo, y por enfermedad ú otro motivo era inútil á la sociedad, le iban á rogar que se matase; y si no admitia el partido con resignacion, le ataban á pesar suyo, como debiera él hacerlo por sí mismo, á la cola de un toro que le llevaba arrastrando hasta dar el último suspiro. Entre estos etíopes el dia de funeral era dia de contento. Practicaban generalmente la circuncision entre otras prácticas tomadas de los judíos.

No usaban otra aljaba que su cabello: introduciendo por entre él las flechas, cuyas puntas envenenaban: sus arcos tenian cuatro codos de largo.

era necesaria mucha fuerza para templarlos, y así solo ellos podían manejarlos. Tiraban huyendo como los partos. Su precioso metal era el cobre: el oro les servía de hierro. Cubrían con yeso los cadáveres de sus padres, y grababan encima su figura: así los colocaban en cajas preciosas, y aun dicen que de cristal, para ver los lineamentos del difunto, cuyo cadáver conservaban en casa á lo menos por un año.

Después de tantas extravagancias, fijemos el juicio en un pueblo que parece se empeñaron en degradar los autores griegos. No se puede dudar que entre los etíopes haya habido hombres recomendables por su ciencia y prudencia. Tenían colegios de sacerdotes, y por consiguiente hombres que cumpliendo con las ceremonias del culto, hallaban tiempo para aplicarse á adquirir conocimientos y perfeccionarse en ellos, pues siempre de esta especie de juntas han salido los primeros rayos de luz que han disipado las tinieblas que regularmente cubren la cuna de las naciones. Eran naturalmente los etíopes intrépidos y atrevidos, pero violentos: eran generosos, francos, humanos, y zelosos partidarios de la justicia; y no se debe formar juicio de toda la nación por los monstruos etíopes, cuyo retrato hicimos diciendo: que Roma se pasmó al verlos; pues son hombres de buena estatura, bien hechos, y las mugeres tienen cierta gracia. Los niños nacen muy encarnados, y como á los demás negros se les va estendiendo aquel color de ébano reluciente que les cubre todo el cuerpo.

Más de dos mil años no nos pueden dar sino algunas líneas de historia, en la cual colocaremos la pretendida conquista de la Etiopía por Moisés á

la cabeza de los egipcios, y el verdadero viage de aquella reina que fue á visitar á Salomon en su gloria. Se cree que era etiopisa, y una tradicion constante la hace madre, por un hijo que tuvo de Salomon, de una dinastía, que duró por mucho tiempo, y tal vez aun reina. Las principales familias se glorían de descender de los hebreos. Estas dos naciones estuvieron por mucho tiempo en guerra, y se ha creido que salieron de Etiopia formidables egércitos contra la Judea. Fueron los etíopes de los primeros que abrazaron la religion cristiana, que profesan todavía en nuestros dias con mucha mezcla del judaismo. Por último, es tan estéril su historia antigua que apenas se sabe el nombre de algunos de sus reyes; pero estamos mas bien instruidos en lo que ha pasado en los tiempos mas modernos hasta el nuestro como despues veremos.

Tampoco se deben esperar relaciones muy interesantes acerca de otros muchos pueblos, cuyos principios solo nos ofrecen nociones muy reducidas é inciertas; pero es preciso conocer su existencia y sus primitivas costumbres, con el fin de familiarizarnos, por decirlo así, con su fisonomía, para que cuando lleguen á ser de importancia, se nos presenten con esplendor en el gran teatro del mundo. Vamos pues á recorrer la tierra, colocando cada uno de estos pueblos en el sitio que los vió nacer, y luego volveremos á hablar de ellos sucesivamente á medida que sus incrementos les han dado clase distinguida en la historia.

A R A B E S.

La Arabia se considera como península, y ha mucho tiempo que los geógrafos distinguen en ella tres partes, cuyos nombres no deben tomarse á la letra, porque en la Petrea hay parages de un suelo dulce: en la Desierta no faltan del todo habitantes; y la Feliz, aunque merece este nombre, se resiente en algunas partes de las imperfecciones de las dos vecinas. La Petrea contiene muchos desiertos, y entre otros el de Sinaí; pero la mayor parte es de buenos terrenos, y los desiertos estan como porciones sembradas; al paso que en la Arabia Desierta hay llanuras sin pozos ni fuentes que forman una especie de mar de arena, en el que esta se levanta con los vientos como las olas; y los parages fértiles en corto número vienen á ser como las islas. La Arabia Feliz goza del aire más puro, da frutas deliciosas, y produce el mejor café del mundo. Siempre ha sido la Arabia centro de un comercio activo, así de sus producciones, como de las de otros países con que se cargan las caravanas: v. gr. incienso, mirra, piedras preciosas, gomas, perfumes, especias, y todo género de mercaderías preciosas.

Los árabes se dividian en antiguos y modernos. Los primeros se contaban descendientes de No, nieto de Noé por Sem. Los segundos no llegaban mas que á Ismael, hijo de Abraham, y las tribus mas distinguidas no pasan de aquí en su pretendida antigüedad. Supuesto que se ha conocido á ciertos nobles poseidos de la manía genealógica, soñando siempre en escudos, y hablando solo de sus alianzas, no debe admirarnos ver á los arabes ocupados con tan-

to cuidado en todo lo que puede contestar la antigüedad y pureza de su raza. En estas tradiciones hay milagros y cosas inverosímiles cuya memoria han conservado; y aunque en esto hallan los árabes con que sustentar su vanidad, no merece que la comuniquemos á otros.

Los usos, costumbres y genio de los árabes, si exceptuamos la religion, no han variado en tres ó cuatro mil años. Los que fueron errantes, aun lo son, bien que sujetos como de tiempo inmemorial á los emires, que son cabezas de una tribu, ó de un conjunto de tribus. Se les llama beduinos ó vagabundos. Del mismo modo se gobernaban los de las ciudades en cuanto lo permitia la policía. La igualdad entre las familias se notaba en la sucesion al trono: el heredero presuntivo de la corona era el hijo que nacia inmediatamente despues de la inauguracion del rey; y para no engañarse, todas las mugeres de este, que se hallaban en cinta, eran guardadas y servidas con atencion hasta que alguna de ellas paria. Al rey se le instalaba en una junta general; y en tomando las riendas del gobierno era ley que no saliese de su palacio: y si la quebrantaba, no solo era permitido, sino que estaba mandado apedrearle; pero en lo demas se le debia obedecer absolutamente.

La religion de los sabeos, que era la mas comun entre los árabes, consistia en el culto de las estrellas, de los planetas y de los angeles, á los que honraban como á divinidades subalternas; pero solo conocian un Dios supremo, criador y conservador del universo. A este deismo, ya muy mezclado, añadieron algunas tribus otras supersticiones, haciendo ídolos, ó tomándolos de sus vecinos, has-

ta dar honores á algunos animales. La religion de los magos fue entre ellos muy estimada, y aun no carecian de alguna idea de la inmortalidad del alma, y de los castigos y premios en la otra vida. Por último, algunas tribus abrazaron la religion judáica ó la cristiana desde sus principios. Su lengua es armoniosa, espresiva, y tal vez la mas abundante del universo: no ha padecido mutacion, ni se ha variado su carácter. Eran buenos oradores y excelentes poetas, y tenian la suficiente astronomia para repartir regularmente el año. Creian estos pueblos en los sueños, y los interpretaban: no carecian absolutamente de conocimientos en mecánica y medicina: se egercitaban mucho en el manejo de las armas y del caballo, como medio de conservar su independencia. Tenian entre ellos muchas querellas, y las decidian ordinariamente con batallas. Era su comun proverbio, que Dios habia dado cuatro cosas á los árabes en particular: turbantes en lugar de diademas: tiendas en lugar de casas: espadas en lugar de trincheras; y poemas en lugar de leyes escritas.

Los árabes concilian con el robo la hospitalidad. Reciben con mucha cordialidad á los que el acaso ó la necesidad lleva á sus tiendas, y aun encienden por la noche fuegos en las alturas para que sirva de guia á los pasajeros, y los llaman *fuegos de la hospitalidad*; pero al mismo tiempo que tienen por obligacion esta generosidad de unos con otros, roban sin reparo á los que pasan por su territorio. Dicen que su padre Ismael, arrojado de la casa paterna, recibió de Dios los desiertos por patrimonio, con el permiso de tomar cuanto en ellos se encontrase, y que siendo sus herederos entran en todos sus de-

rechos, y se creen autorizados para desquitarse no solo con la posteridad de Isaac, sino tambien con todos los demas hombres, suponiendo tener con ellos el mismo parentesco que con los judíos. Cuando vuelven á su casa con los despojos, dicen: *He ganado tal cosa*; no dicen *la he robado*. Por otra parte no les falta cierta probidad entre sí, ni la hombría de bien con aquellos á quienes reciben como amigos. Aunque en su campo nada se cierra, no se ve en él el menor robo, y hasta los mismos á quienes han despojado experimentan por otra parte todos los cuidados de la humanidad cuando estan heridos, y aun consiguen socorro para continuar su camino.

Siempre han sido frecuentes las peregrinaciones entre los árabes. Tenian agüeros y reglas de adivinar: practicaban mucho las abluciones; pero no habian unido á estas todavía ideas religiosas. Cortaban inmediatamente la mano derecha al que sorprendian cometiendo algun hurto, y daban castigo público á los disipadores; pero á los que hacian valer su hacienda les manifestaban mucho respeto. Los gefes ó cabezas tenian un poder muy limitado. Los sarracenos, tribu de árabes, tenian mugeres que alquilaban por cierto tiempo: uso que, como notan los autores, se diferenciaba poco del divorcio.

Ismael y su madre Agar se retiraron al desierto, habiendolos precisado á dejar la casa de Abraham. Ya antes que naciese el hijo habia tenido la madre promesa de que sería padre de una nacion poderosa: que él y sus descendientes vivirian en una especie de enemistad con el género humano; y esto no obstante, jamas estarian sujetos á alguna potencia estrangera. La verdad de

esta pasmosa prediccion parece demostrada en el modo de vivir, poder y gobierno de los árabes del desierto desde el tiempo de Ismael hasta ahora; pues han vivido y continuan viviendo del botin: jamas han estado en total sujecion, y al presente aun viven en estado de independenciam, en lo cual se verifica la segunda parte de la profecía, así como el prodigioso poder de los sarracenos, descendientes de Ismael, verifica la primera.

Se han formado en Arabia muchos reinos, y han subsistido por largo tiempo: los principales son los de Yaman, Hiz, Glesan, y el de Hejac. Ninguno puede lisonjearse de que sabe ni aun los nombres de los reyes de aquellos países, y por mas fuerte razon se ignoran sus acciones. Uno que se llamó el rey Seba reunió en un estanque todas las aguas, que bajando de los montes regaban aquellas tierras de su país, y las vendia á sus vasallos, negandolas á los que no le tenian contento: de este modo los hacia perecer de sed y de hambre con todos sus ganados: primer egemplo de monopolio. Los nombres de algunos príncipes tenian sobrenombre que indicaba algunas acciones ó calidades: Hul-Adhahar, *el monarca de los monstruos*, por haber sido el primero que hizo ver á sus vasallos sátiros y monos: Naserol Neham, *el generoso y magnífico*: Amru Tabai, *señor de la madera*, por ser tan débil que era necesario llevarle en una silla de madera. Salban, *poseedor de la famosa cimitarra*. Semsama, *que partia en dos trozos sin hacerse daño las hojas de las espadas*: Jucef, *señor de los pozos*; porque se deshacia de los que no le gustaban echandolos en el pozo: Dhusadan, *la persona de bella voz*.

En tiempo de Al-Ahrran, el mismo año que

nació Mahoma, dicen que sucedió un milagro que consagró el falso profeta en su Alcoran. Empezó este príncipe la destruccion de la Meca, y se presentó con un formidable ejército; pero llegó de la costa del mar una numerosa bandada de aves que no eran mayores que golondrinas, y tenían tres piedrecitas, una en cada pata, y otra en el pico, del tamaño de una lenteja, pero tan pesadas que al caer pasaban de parte á parte no solo á los hombres, sino á los caballos, camellos y elefantes, y muy presto quedó destruido el ejército. Para aumentar la maravilla añaden los comentadores, que en cada piedrecita estaba escrito el nombre del que habia de traspasar. En tiempo de Amrú se renovó la pasmosa condescendencia ó fidelidad de aquellos cortesanos que se hicieron mutilar, desfigurar y herir con el fin de procurar victorias á sus amos. Kasair se hizo cortar las orejas y azotar con varas para introducirse con la reina de Seba, á quien Amrú hacia la guerra. Le recibió ella en su palacio; y abusando de su confianza, hizo que le llevasen cajas llenas de hombres armados que la asesinaron.

Al-Nooman renunció la suprema potestad, habiendo reinado treinta años, y se retiró al desierto, porque no pudiendo reinar eternamente, le importaba poco dejar el reino mas tarde ó mas temprano. "¿Qué es un reino, decia, que no puede dejar de tener fin?" Una accion sucedida en tiempo de Al-Nooman renueva la memoria de la generosa disputa de Pilades y Orestes cuando desearon morir el uno por el otro. El príncipe árabe en un acceso de embriaguez habia hecho quemar vivos á dos amigos suyos, que hallandose como él se habian dor-

mido á su mesa. Volviendo en sí se impuso la ley de celebrar todos los años dos dias , uno feliz , y otro infeliz. En el primero debia llenar de beneficios al hombre que antes que otro alguno se presentase: en el segundo debia derramar la sangre del primero que viese sobre el sepulcro de sus amigos. Desgraciado en sus espiaçiones como en sus delitos , encontró á un árabe que le habia recibido en su casa , viendole extraviado en la caza , y casi muerto de fatiga. Se halló el rey muy dudoso entre su juramento y la obligacion de la hospitalidad inviolable entre los árabes. Pactó pues con su huesped , permitiendole regresar á su casa colmado de regalos con la condicion de que volveria para ser sacrificado , y que se obligase algun fiador á morir por él si no se presentaba. El último dia del término prescrito se ofrece el fiador resignado á morir por su amigo ; pero no se hizo esperar el árabe por mucho tiempo , y fue á cumplir su palabra. Preguntado sobre el motivo de aquella generosidad , respondió que la debia á la religion cristiana que profesaba , y Al-Nooman se hizo instruir en ella , y se bautizó. Ya antes que él habia habido monarcas árabes afectos al cristianismo.

Por mas esfuerzos que hicieron muchos pueblos , y entre otros el romano , jamas han podido sujetar á los árabes. El gran Sesostris , rey de Egipto , lo emprendió en vano : los monarcas asirios , medos y persas tampoco lo consiguieron : se contentaron estos últimos con su amistad , y los árabes la sostenian con regalos , pero nunca con tributos. Cambises pidió permiso para pasar por sus tierras con el objeto de conquistar á Egipto. Alejandro murió antes de efectuar la intencion de atacarlos , no para

subyugarlos, sino solo por vencerlos, y hacerse estimar y adorar. Antígono los sorprendió, y tomó la ciudad de Petra; pero le persiguieron, le derrotaron, y le quitaron el botín que se llevaba. Demetrio, su hijo, volvió sobre esta ciudad; y un árabe le dijo desde lo alto de las murallas: "Príncipe, ¿qué es lo que quieres? ¿Qué motivos te empeñan en introducir la guerra en un desierto, en donde no hay agua, trigo, vino, ni alguna de las cosas necesarias á la vida? El amor de la libertad nos hace habitar estas áridas llanuras, estamos resueltos á conservarla y á sufrir incomodidades que parecerán insoportables á otros pueblos. No mudarás jamas nuestro modo de pensar, ni podrás permanecer aquí por falta de medios de subsistencia; y así te suplicamos, que pues nunca te hemos ofendido, salgas de nuestro pais. Acepta de nuestra parte algunos presentes, y haz que tu padre Antígono nos cuente en el número de sus amigos." Por entonces tuvo la arenga el deseado efecto; pero creyendo Antígono que los habia amedrentado, volvió á enviar otro ejército, que arrojado por los árabes se retiró avergonzado.

Los romanos del tiempo de Pompeyo se llamaron vencedores de los árabes por solo haber prescrito un impuesto á dos ó tres tribus. En el de Augusto hizo un general romano irrupcion en Arabia, recorriendo una parte, cuya sequedad, torbellinos de las arenas y otras incomodidades le ahuyentaron no menos que las armas. De algunas expediciones como estas pretendieron los romanos sacar la conclusion de que habian subyugado la Arabia, y aun hicieron medallas que formalmente lo dicen; pero una retirada á que se vió precisado Tra-

jano y otra de Severo publican altamente lo contrario. Mejor se puede decir que el imperio romano en su decadencia se vió en la necesidad de comprar la alianza y el auxilio de los árabes. Un príncipe de esta nacion, llamado Mondar, estuvo por espacio de cincuenta años asolando las fronteras romanas, pasando con la rapidez de un relámpago de Egipto á Mesopotamia; y cuando los romanos empezaban á ponerse en movimiento, ya él habia puesto en seguridad las riquezas del botin. Los abisini-
nios son los que parecè tomaron mas imperio sobre los árabes; pero este no fue de mucha estension, ni duró por largo tiempo, pues los arrojaron de su pais en el año del nacimiento de Mahoma, que hizo de la Arabia el centro de su religion y sus conquistas, y como veremos despues desde este momento viene á ser importante la historia de los árabes.

TARTAROS, TURCOS, MOGOLES &c.

Despues de los árabes, que son como una nacion aislada, se presentan los pueblos que cubrieron los terrenos ocupados por los primeros habitantes del Asia: tártaros, turcos, mogoles, indios, y por último los chinos, no conocidos de nuestros mayores.

A la Tartaria la llamaron laboratorio de hombres, *officina hominum*. De aquella parte mas elevada del globo, en el fondo del norte, entre el Asia y la Europa bajaron los hombres, que por un lado poblaron el Mogol y la China, y por otro la Rusia y la Sarmacia. No queriendo entrar en disputas geográficas, cronológicas y genealógicas, nos con-

tentaremos con saber que una gran parte de las naciones asiáticas y europeas deben su origen á los tártaros , que al principio fueron los escitas descendientes de Jafet , hijo de Noé. En cuanto sea posible notaremos la relacion de todos estos pueblos con el tronco principal , al paso que vayamos separando las ramas.

Ya hemos hablado de los escitas , y sería inútil repetir la division de esta nacion primitiva en escitas ambulantes y escitas sedentarios , distincion que aun existe entre los tártaros. Tambien hemos dado á conocer algunas de sus costumbres , cuya variedad es inagotable. Los reyes tenian obligacion de conservar con respeto un arado , un yugo , una hacha y una copa de oro , que habian caido del cielo en Escitia. Todos los años presidian á los sacrificios ofrecidos en honor de estos instrumentos tan útiles al género humano. Miraban como sagrada á una tribu que juzgaba de las causas de los otros , no llevaba armas , y tenia derecho de asilo. Reconocian por su legislador á Zamolxis , mucho mas antiguo que Pitágoras , y prometia la eterna felicidad en la otra vida á los observantes de sus instituciones. La influencia de estas leyes en los escitas los hizo templados , de arregladas costumbres , y del mas religioso respeto á las obligaciones que impone la amistad. Los escitas ambulantes transportaban sus familias en carros de dos , cuatro ó seis ruedas , y para sus correrías en el desierto mas querian yeguas que caballos , porque con su leche apagaban la sed. La lengua de estos , como que estaba reducida á espresar las cosas usuales , no era muy abundante : su escritura parece haber sido en su origen geoglífica.

Una tradicion conservada por los escritores tártaros , hace padre de los turcos á Tursa, hijo de Jafet , y descendientes de este patriarca á los de la familia otomana. Este primer turco fue el legislador, é inventor de muchas artes. Entre sus descendientes se hallan los gefes ó cabezas de diferentes poblaciones , principalmente las de los tártaros mogoles. Estos fueron esterminados todos en una guerra desgraciada ; y del pueblo entero no quedaron mas que dos príncipes y sus familias. Huyendo de los vencedores llegaron al pie de un monte, á cuya cumbre solo se podia subir por un estrecho sendero ; pero se empeñaron en subir , y lo consiguieron. La misma dificultad habia para bajar , mas al fin llegaron á una llanura deliciosa cortada con arroyuelos, cubierta de prados y de árboles frutales , rodeada por todos lados de inaccesibles montañas. Por cuatrocientos años habitaron aquellas dos familias este asilo, y renovaron en él la nacion mogola.*

Llegando á cierto grado el aumento de su poblacion se hallaron los mogoles estrechos , y les vino el deseo de volver á su pais natural ; ¿mas cómo podrian salir de un sitio tan cerrado, principalmente habiendose ya borrado la senda que los condujo? A fuerza de diligencias advirtieron que aquella montaña, que toda era mina de hierro , no era en la cumbre muy ancha, y así juntando mucha leña y carbon , con el auxilio de setenta fuelles de cuero, derritieron parte del monte suficiente para hacer pasar un camello cargado. Hizo en el pais grande novedad ver esta tropa desconocida, y se reunieron las naciones para oponerse á sus progresos ; pero vencieron los mogoles , y se establecieron de nuevo en la patria de sus padres , en donde han conserva-

do una costumbre alusiva al suceso. Todos los años los mogoles en la estension de sus dominios, en memoria de su salida del hermoso valle, hacen ascua un hierro, y el kan es el que da en él la primera martillada, y á su egemplo siguen los gefes de todas las tribus. Los que examinan estos recuerdos con la severidad de la crítica, hallan en ellos apariencias de verdad que no les permiten despreciar aun las fábulas. Vamos á ver otras con respecto á la India.

LA INDIA.

Es el mas bello, mas fértil y mas rico pais del mundo: en él se hallan todos los aspectos agradables que pueden alabarse en otra parte. Nada falta de lo necesario á la vida, porque es abundante de arroz, y de deliciosas frutas de variedad admirable. Sus mares dan perlas, sus minas diamantes, y sus montañas metales. Sus campos se ven cubiertos de animales tan diferentes como las frutas, y tienen poblados los bosques. Algunos que nacen para ser independientes estan acostumbrados á vivir mansos y domésticos, como sucede á los elefantes, que no solo son mas grandes y fuertes que los de Africa, sino estremadamente alentados, y de mucho instinto. Frescas montañas con muchos árboles y bien regadas, cortan por varias partes las llanuras, ademas de los rios abundantes en pesca, y casi todos navegables: los dos que cierran sus lados y fijan sus límites son el Ganges y el Indo.

Tan bello pais desde luego estaba llamando habitadores, y así concurrieron de Persia y de la Tartaria á establecer poblaciones entre sí cercanas, cu-

Los nombres y situación nos han conservado los historiadores antiguos. Como reuniéndose los arroyuelos forman los ríos, y estos hacen después otros mayores, así las colonias de la India se confundieron formando reinos, y estos se unieron en imperios. Los estragos de los conquistadores concurrieron para que los pueblos, aun contra su voluntad, se juntasen, así como los arroyos arrastran consigo las aguas tranquilas, y se sirven de ellas para entender su inundación. No se sabe si al temor de estas plagas se debe la única singularidad de que una vasta extensión de país que contiene muchas ciudades y un millar de pueblos que los habitantes abandonaron, conserve subsistentes sus casas. Los historiadores modernos no hablan de este destierro, y los antiguos no fijan su posición.

Entre las fábulas de su país cuentan con seriedad, que una multitud de monos de un bosque por donde había de pasar Alejandro, no solo no huyó al ver el ejército, sino que se pusieron todos en orden de batalla, de suerte que los soldados creyeron que iban á pelear con tropas arregladas; y que un indio que los desengañó les dijo el modo de cogerlos, el cual consistía en echar agua en los platos y lavarse los ojos, dejando después en aquellos platos un licor viscoso, con lo que los monos remedadores bajando de los árboles á frotarse los ojos, se pegaban los párpados y no podían huir.

Tenían los indios la manía de todos los pueblos, que es la de la antigüedad. Tuvieron excelentes leyes de policía y muy laudables costumbres, de las cuales pueden sacarse estas generalidades: al empezarse el año, los filósofos, que hacían clase aparte, tenían obligación de ir á palacio á presen-

tar al rey sus observaciones , pronósticos y conjeturas sobre cuanto podia ser útil á la patria ; y si alguno era convencido de ignorancia , se le imponia eterno silencio. En tiempo de paz tenían los soldados residencias fijas y rentas asignadas. Los labradores estaban dispensados del servicio militar : la cuarta del producto de las tierras era para el rey y el estado. Los magistrados encargados de hacer justicia no podian casarse con familia superior á la suya : sin duda lo determinaron así para quitar la ambicion , que es la causa ordinaria del soborno : practicaban la pena del talion : la muger que mataba á un rey embriagado , se casaba con su sucesor : al rey le estaba prohibido dormir durante el dia : en muchos paises no sobrevivian las mugeres á sus maridos , porque se quemaban sobre sus cadáveres. Las doncellas que mejor reñian á puñadas se casaban antes que las otras. Siempre respetaba la guerra á los labradores.

Mucho se ha hablado de los gimnosofistas , filósofos indios , y de los bracmanes. Parece que estos últimos eran una misma familia , que se tenia por descendiente de Abraham. Hasta ahora no se sabe bien cual fue su sistema teológico , y tal vez habrá variado con el largo tiempo ; pero siempre se fundó en la unidad de un Dios. Eran al mismo tiempo sacerdotes y consejeros del rey : tenían á su cargo el ceremonial del culto , la instruccion pública , y la interpretacion de las leyes. Su ciencia era famosa , pues griegos muy ilustres fueron á aprender de ellos los conocimientos con que enriquecieron su pais. Se aplicaron felizmente á las matemáticas , á la medicina y á la astronomía ; pero á esta la mancharon , como otras muchas naciones , con la mez-

cla de la astrología judiciaria. También se introdujeron entre los indios los dioses de los egipcios y de los griegos, y muchos de sus filósofos adoptaron la metempsícosis tomada de estos últimos. Algunos creían que el mundo estaba sujeto á una suprema inteligencia, presente en todos los puntos del espacio. Señalaban otras inteligencias subalternas que presidían al movimiento de los planetas; y por último creían la inmortalidad del alma, y el futuro estado de premios y castigos. No nos han quedado rasgos ciertos de la antigua lengua india, ni de su modo antiguo de escribir; pero los caracteres que actualmente usan los brahmanes tienen algo del hebreo y del asirio. La reputación de sus filósofos antiguos ha caído mucho, no obstante que para con el pueblo todavía conservan algun crédito. Los indios eran muy mañosos, y propios para las artes mecánicas: su joyería está trabajada con grande esmero. Eran muy sóbrios, y rara vez se daban á los licores que embriagan.

Dicen no obstante que el primer conquistador que penetró por la India fue Baco, y que les enseñó á hacer el vino; mas aquí debe observarse que en la India apenas se conocen las uvas, y que estas son la única producción útil que allí falta. Otros dicen que el Baco de la India es diferente del dios del vino; pero sea el que fuere, él los civilizó, les enseñó el arte militar, y se hizo adorar en el país. Cyanaro y Ciro llegaron hasta el principio de la India; Darío I. puso en ella el pie: Gerges, Artagerges y Darío Codomano dieron por ella algunos pasos: Alejandro pasó mas adelante, y tuvo el gusto de vencer á Poro, y de recibir por medio de los diputados de muchos reinos distantes los honores que

pocas veces se niegan á la fuerza triunfante. Sus sucesores no se mantuvieron en la India, y conservaron tan poca relacion que nunca sacaron socorros unos contra otros, ni en sus guerras contra los romanos. Augusto, en el esplendor de su gloria, vió presentarse en su corte embajadores indios: tambien los recibieron Trajano y Justiniano. Estas embajadas prueban que habia gobiernos en la India. A esta rica tierra debemos la seda, cuya venta se apropiaron los persas largo tiempo, lo cual fue causa de que por siglos enteros se vendiese á peso de oro. Justiniano envió dos monges á Sérica, parte de la India en donde se hallaba el gusano que la da, los cuales si no pudieron traer vivos estos preciosos insectos, conservaron su semilla ó huevecitos, y de estos vienen todos los gusanos de la Europa.

Las sombras que nos encubren los primeros indios se estienden todavía mas espesas sobre los primeros chinos.

LA CHINA.

En la China hay dos grandes objetos de controversia entre los sabios, y son su cronología, y la palabra *Tien*. Se precian de muy remota antigüedad, y en prueba de esta citan el cálculo de un eclipse que sucedió dos mil ciento cincuenta y seis años antes de nuestra era; pero si cuando los jesuitas llegaron á la China vivian en la mas profunda ignorancia acerca de la astronomía, ¿cómo pudieron calcular un eclipse mas de tres mil y ochocientos años antes? A no ser que digamos que despues la olvidaron prodigiosamente, lo que no es

presumible de una nacion en extremo zelosa de cuanto puede ilustrarla.

En cuanto á la palabra *Tien* unos la entienden del espíritu que preside á los cielos, y otros de los mismos cielos materiales. De estas controversias solo han resultado algunas esplicaciones sobre el origen de la nacion, que no es tan remoto, y sobre sus leyes.

El gobierno siempre ha sido en la China monárquico, y en esto convienen unánimes sus autores, de los cuales ha pasado hasta nosotros una lista de reyes, cuya serie no interrumpida hace opinion mas que probable. Por otra parte, como entre ellos no sufrían estrangeros, debieron conservar por largo tiempo sus leyes primitivas sin mezcla. Su religion era el deismo contenido en los libros antiguos, que llamaban por escelencia *los cinco volúmenes*, de los que solo nos han quedado fragmentos que contienen su ciencia y su moral. Las espresiones no son tan claras por el deismo esclusivo, que no se pueda inferir que permiten verdadero culto á ciertos espíritus que suponen haber establecido el Ser supremo sobre las ciudades, rios, montes &c.

Los libros chinos decoran al *Tien* con todos los atributos de la Divinidad; porque dicen que preside á todos los sucesos, sondea lo mas retirado del corazon humano, recompensa la virtud, castiga los vicios aun en los reyes, envia plagas sobre las naciones, y añaden que las anuncia con prodigios para escitar á los culpados á que se prevengan con la enmienda. Dicen tambien que los buenos pensamientos son inspirados por el *Tien*, y que se sirve de su poder absoluto sobre la voluntad de los hombres para inclinarlos á la virtud por el ministerio

de sus semejantes , para recompensarlos ó castigarlos sin perjudicar á su libertad , y que no hay hombre tan vicioso que no pueda llegar á la virtud si se aprovecha de los auxilios que el *Tien* le ofrece.

Todo obsequio es vano, segun los cinco volúmenes , si no es inspirado por el corazon. Solo el emperador tenia poder para observar los ritos primitivos, y rendir públicamente solemne homenaje á la Divinidad: sacrificar al primer Ser era una ceremonia tan sublime que solamente la primera persona del imperio era digna de practicarla ; pero era necesario que este príncipe se preparase primero espiando sus pecados con un austero ayuno y lágrimas de penitencia. Sus libros , aunque colocan las almas de los virtuosos en la morada de la felicidad, no nos hablan claramente de los castigos reservados en la otra vida para los delinquentes. Creen la existencia del alma despues de la muerte, y tienen ideas bastantes sanas sobre la creacion ; pero esta religion que se nos presenta tan bella , se ha corrompido con la idolatría , que se ha esparcido por la China en diversas épocas. No obstante que su religion primitiva ha vuelto tantas veces sobre sí, en algun modo reina hoy entre los discípulos de Confucio.

Tienen una ley muy antigua que aun existe, cuyo objeto y motivo apenas se puede adivinar : esta prohíbe que el hombre se case con muger que tenga el mismo nombre que él , aunque se pruebe que no es su parienta. Cuando el emperador llega al trono echa algunos surcos para honrar la agricultura, y todos los años renueva esta ceremonia acompañada de sacrificios. Por todo el tiempo fijado para su duracion cesa el comercio , vacan los tribunales, y



Honor de la agricultura en la China.

Al subir al trono, y anualmente á cierta época rompe la tierra el Emperador de la China con el mayor aparato y solemnidad. Los labradores de los contornos corren de tropel á ser testigos del honor que el Príncipe tributa á la primera de las artes: miran con placer asociado á sus fatigas al Padre de sus pueblos: ¿ como no han de redoblar sus esfuerzos para aumentar la riqueza del Estado?



los viages se interrumpen. Desde muy antiguo se permite la poligamia en la China; y su lengua tiene algo del hebreo. Su escritura pinta las cosas y no las palabras: es enigmática, emblemática y simbólica. Es tanto lo que se han multiplicado los caracteres, que su conocimiento pide algunas veces toda la vida del hombre: esto detiene entre ellos el progreso de las ciencias.

Ninguna ciencia hay que no pretendan los chinos haberla poseído de tiempo inmemorial: agricultura, medicina, música, astronomía, filosofía, la moral, y aun la magia. Si se les oye, no ha habido pueblo que haya sabido las artes mecánicas, ni la navegacion y el comercio como sus mayores. Esto se entiende entre ellos mismos, porque como siempre han prohibido que vayan allá los extranjeros, no se han extendido por tierra fuera de sus límites, ni por mar, sino por las costas. Su carácter en general es dulce, humano, modesto. Son muy ceremoniosos, y observadores exactos de sus leyes, sobre cuya práctica se invigila con mucha severidad.

Los antiguos historiadores de la China hablan de un diluvio sucedido como tres mil años antes de nuestra era, y no dicen si antes ó despues de aquel diluvio pareció Tien Hoang, á quien suponen su primer legislador. En su reinado, dicen, se esparció el espíritu celeste en el mundo, é inspiró á los hombres sus sentimientos de humanidad despues de haber destruido al gran dragon, que habia introducido el desórden en el cielo y en la tierra. Es muy notable esta tradicion por parecer que alude á la caída de los ángeles malos. Uno de los sucesores de este primer legislador creó la astronomía, y dividió los meses en treinta dias; otro hizo inventar la geo-

metría, introduciendo el repartimiento de las tierras: otro edificó las primeras cabañas, enseñó á sacar fuego de los pedernales, y á cocer la comida: el cuarto fue el que á falta de escritura imaginó ciertas cuerdecillas para conservar la memoria de los hechos, y establecer las ferias para la comunicacion del comercio. Admira que este establecimiento de las ferias preceda á los tiempos conocidos de la historia china.

Empieza esta á ser menos oscura en el reinado Fo-Hi, y aun no tiene data cierta. Rodeada su madre de un arco iris quedó en cinta, y por respeto á su origen le hicieron rey. Era profundo matemático, edificó ciudades, y las cercó de murallas. Puso diferentes nombres á las familias, y fue el inventor de los caracteres que hoy existen. Instituyó los mandarines, la historia, el calendario, los edificios, los socorros para el pueblo, el cuidado de las tierras, dar salida á las aguas, y tomó por armas del imperio un dragon: instituyó tambien el matrimonio, las leyes relativas á este, y arregló el culto religioso. Su sucesor, Shin-Nong, favoreció á la agricultura: estudió las virtudes de las plantas: las aplicó en la medicina, y estableció los mercados. Pasa por príncipe muy religioso. Habló Vang-Ti al instante que le destetaron; y desde su mas tierna niñez dió á entender que tenia ingenio: en su juventud era muy amable, y en la edad madura de gran juicio. Este fue el mas famoso inventor que se ha visto, si es el autor de todos los descubrimientos que le atribuyen, como el arte de hacer sal, ó sacarla de las aguas del mar: formar cartas geográficas: nivelar los caminos, allanando ó rompiendo las montañas, El perfeccionó la ciencia del

cálculo: arregló los pesos y medidas: fabricó la primera moneda: construyó barcas con remos, y los carros no conocidos hasta él. Vang-Ti armó los guerreros de arcos y flechas: les inspiró marcialidad con el ruido de trompetas y tambores: inventó la flauta y el órgano. Fue el primero que observó las variaciones del pulso, y las aplicó á la medicina. Con los colores de las flores y los de las aves imaginó la pintura. Repartió el honor con la emperatriz su esposa; y mientras él iba á las labores del campo con los cortesanos, iba ella con sus damas al bosque de moreras á recoger la seda, y con su ejemplo las animaba á obras de bordados, que consagraba á usos religiosos.

No tuvieron que hacer los sucesores de Vang-Ti sino perfeccionar sus invenciones; pero debe advertirse que el arte de la guerra, en que se funda la reputacion de otros monarcas, para nada sirve en los elogios de los de la China: solamente cuenta la historia por carácter estimable el de haber sido útiles á sus pueblos. Nada se ocultaba á la atencion de los príncipes; porque en su gobierno todo estaba sujeto á leyes prudentes. El beneficiar las minas, la instruccion pública, la administracion de justicia, las obligaciones respectivas entre los casados, ó entre padres é hijos, y entre los hermanos menores con el mayor, y aun entre amigos. El que arregló las obligaciones entre el rey y los vasallos fue un monarca que subió de la clase de los labradores, á quien el emperador dejó en su testamento la corona con exclusion de los príncipes de su familia. No se puede creer que faltasen malos príncipes; pero los historiadores hacen de ellos muy ligera mencion: como si les diera vergüenza escribir

sus maldades, ó como si temieran poner en su nacion esta mancha. Esta época, cuya duracion es tan incierta como los hechos que contiene, se concluye como á los mil ochocientos años despues del diluvio.

De los chinos, aunque tan cerrados en su casa con leyes prohibitivas, se sospecha haber poblado la América. Pudieron, se dice, y lo hicieron. Pudieron, porque á su oriente hay un pais que se va adelantando hácia la América septentrional, y se halla entre estas dos partes del mundo una comunicacion por medio de una cadena de muchas islas. Tambien puede ser que Asia y América estuviesen juntas por el mismo lado con un estrecho de tierra, y que le destruyese algun terremoto. Aunque este estrecho paso haria la transmigracion mas fácil, sola la cadena de islas que al presente se conoce basta para la posibilidad.

La prueba del hecho se funda en que en las lenguas americanas hay muchas palabras chinas y japonesas; en que la parte de América mas vecina al Asia se encontró mas poblada; en que en ella se advierten los usos y costumbres de los tártaros; en que era tradicion entre los americanos meridionales que sus antepasados habian bajado del septentrion. No quiere decir esto que no pudieron ir de otra parte; pues hay fuertes conjeturas de que los fenicios, los egipcios y los cartagineses tocaron en la América en sus expediciones comerciantes. Hasta los gaulas ó naturales de las Gaulas y los normandos, se dice que llegaron allá arrojados de las tempestades, de lo que puede haber provenido la mezcla en los varios usos de los americanos; bien que estas casualidades que cuando mas darian fuerza á alguna poblacion,

no se debe creer que la formaron, comparadas con el medio natural y fácil de la emigracion de los chinos desde un continente á otro por las islas que aun existen, ó por algun istmo que existió. Es pues mas que probable que el nuevo mundo fue poblado por el antiguo; y sobre ser impiedad, es inútil buscar para los actuales habitantes distinto padre que el nuestro.

Hemos hablado de los padres de los principales pueblos de Asia, suficientemente conocidos para que la curiosidad del lector espere sin impaciencia el conocimiento que daremos con alguna estension de las mudanzas y vicisitudes civiles y militares de sus descendientes. Asimismo daremos una idea general de nuestros padres en Europa, por haber salido muchos de ellos directamente de Asia, y los otros han venido por intermediarios. Algunos de sus nombres aun subsisten, como españoles, francos, borgoñones, alemanes, bretones: los de hunos, getas, godos, celtas, alanos, ostrogodos, solamente se hallan en la historia. Se verá que de la mezcla de todas estas naciones se han formado los diversos gobiernos que rigen en Europa.

ESPAÑOLES.

Sin mas que mirar el mapa se advertirá que España está dividida por las montañas como en diferentes cajas ó valles grandes, muy á propósito para contener cada uno su poblacion con independencia de sus vecinos; y con efecto así estaba habitada la España cuando entraron en ella los cartagineses, y hay todavía noticia de los nombres de muchas de aquellas pequeñas naciones. Se cree que

debieron su origen á dos hijos de Jafet. El uno fue Tubal , que introdujo algunos de sus hijos ; y Gomer su hermano mayor , padre de los celtas , que los llevó allá por las Galias. Aquellos pueblos , que estaban muy distantes del contagio de los romanos y cartagineses , conservaron por mucho tiempo el valor céltico , las costumbres , la lengua , y aun la ferocidad y la religion de los celtas , que era la de los patriarcas : adoraban un solo supremo Ser , y no en templos como los griegos y romanos á sus ídolos , sino en bosques que le consagraban. Creian que en la otra vida hay premios y castigos , y ofrecian sacrificios al Ser divino. Conservaron por mucho tiempo grande sencillez en sus cultos religiosos , hasta que por haberse mezclado con otras naciones se hicieron supersticiosos en tanto grado que llegaron á sacrificar víctimas humanas.

El gobierno de los españoles , mientras la nacion no fue muy numerosa , era de uno solo ; pero ya multiplicada , se dividió en reinos pequeños , y parte en repúblicas. En este estado la hallaron los cartagineses y los romanos , por lo que les fue fácil sujetarla. Se ignoran sus leyes ; mas parece que las querellas entre hombre y hombre , ciudad y ciudad , distrito y distrito , se juzgaban en un gran consejo ; y el que no queria someterse á él , tenia el recurso de pelear con su contrario : lo mismo sucedia entre las ciudades , fundandose los celtas en el principio recibido entre ellos , de que la Providencia siempre da la victoria al partido mas justo.

Los españoles contaban demasiado con su valor , y las armas defensivas les parecian indignas del verdadero valor , aunque por otra parte conocian bien el arte de la guerra. Sabian templar el acero de

modo que no habia capacete que resistiese á sus golpes: se alaba su destreza á pie y á caballo; y el tiempo que tardaron los romanos en subyugarlos denota su habilidad y constancia, pues se defendieron casi por doscientos años antes de sujetarse enteramente; y ya vencidos, fue preciso desarmarlos. Esta precaucion los afligió tanto que de vergüenza y desesperacion se quitaron la vida millares de ellos.

Conocieron el comercio, las artes y la industria. Su lengua, que tenia algo de la hebrea, acordaba que su origen era céltico; pero era grave y sonora. Se dice que no escribian historias, ni ciencias, ni sus costumbres religiosas, sino que conservaban la memoria de ellas en poemas que sus poetas, llamados druidas, aprendian de memoria, transmitiendolos á sus discípulos. La educacion que daban á sus hijos consistia en acostumbrarlos al alimento y ejercicios propios para hacerlos activos y robustos. Una de las mas grandes bendiciones era morir por la patria, y en esto hasta las mugeres daban egemplo de intrepidez.

No solo tenia la España rios que daban oro, sino tambien minas de plata muy abundantes en los Pirineos. Habiendo encendido inocentemente la maleza algunos pastores, se estendió el fuego por estas montañas, y se derritió con las llamas la plata de algunas minas, corriendo en arroyuelos. Cuando los cartagineses entraron en España hallaron de plata los utensilios domésticos, y lo que es mas notable los pesebres de los caballos. Ademas de las riquezas que estos pueblos estrajeron mientras las poseian, causan admiracion las cantidades que se llevaron los romanos en nueve años: á saber, once mil quinientas cuarenta y dos libras de plata, y

cuatro mil noventa y cinco de oro. ¿Qué se han hecho estas minas? ¿Pudiera ninguno esperar ni prever que los descendientes de aquellos ricos españoles se viesen precisados á buscar el oro y la plata en el nuevo mundo?

G A U L A S.

Los únicos vecinos que los españoles tenían por tierra eran los gaulas. La antigua Gaula, despues Galias, y hoy Francia, en quanto á la fertilidad era muy diferente de la nueva, fuese por culpa de los habitantes, que poco curiosos del cultivo, únicamente se ocupaban en la caza y la guerra: ó fuese por vicio natural inherente al suelo, no tenían viñas, olivares, ni otros granos que el trigo. Los historiadores lo han atribuido al excesivo frio que allí reinaba; y en efecto, es preciso conceder que la destruccion de las selvas, el haber cegado las tierras pantanosas debieron á largo tiempo mudar, por decirlo así, el clima, y traer un temple mas dulce y favorable á los bienes de la tierra que hoy tenemos. Lo que ha sucedido es que aquí los inviernos son menos largos que los de otros países situados en el mismo paralelo. Es verdad que algunas veces se siente un frio rigoroso; pero rara vez sucede que hiele tanto las aguas, que puedan los rios servir de puente á los egércitos, como sucedia con frecuencia en otros tiempos.

Los celtas viniendo, como hemos dicho, por la Germania, fueron poco á poco poblando este país, y por consiguiente reconocemos á Gomer, hijo de Jafet, por nuestro padre: la religion de este patriarca debió ser la primera de nuestros mayores,

y se conservó por largo tiempo en su sencillez; porque admira la extrema semejanza que se halla entre los usos domésticos y religiosos de los judíos y los de los antiguos gaulas, las fiestas, los anatemas, la gerarquía de los sacerdotes y los sacrificios; bien que con los cultos estrangeros infestaron como los judíos la religion; y sus dioses, aunque con diferente nombre, tenían los mismos atributos que los de los romanos. Cuando estos conquistadores llevaron sus armas á las Galias, ya los hallaron con el uso del incienso y los sacrificios; pero no tenían templos. Servian de tales los bosquetes sagrados; y entre los árboles de que constaban, la encina tenía la preferencia en la veneracion. No obstante nos han quedado monumentos gigantescos, y se cree haber sido destinados al culto religioso. El mas bien conservado está en Inglaterra, en donde se presume que estuvo por largo tiempo establecida la religion de los gaulas: y consiste en un edificio circular, compuesto de enormes piedras, juntas con fuertes grapas, y coronado de un arquitrabe. No parece haber estado cubierto, y en medio hay una piedra mayor que las otras, la cual servia de altar; pero aun conservan todas restos de escultura. Quanto mas se las mira, menos se entiende por qué medios llevaron estas grandes piedras á un parage en donde no se hallan otras semejantes, ni cómo pudieron levantarlas y colocarlas. A distancias desiguales del monumento se ven montecillos mas ó menos altos: los restos de huesos, armas, utensilios domésticos, y aun adornos de las mugeres, que se han hallado en las escavaciones, nos hacen conjeturar que fueron sepulcros.

Los gefes de la religion de los gaulas eran los

druidas, que formaban orden distinto; y en todos los asuntos, así generales como particulares, tenían sus decisiones influjo. En punto de antigüedad tienen la misma data que los bracmanes de la India, los magos de Persia, los caldeos de Babilonia y Asiria, y en una palabra, la de las sectas mas antiguas de filosofía. Tenian el derecho de elegir los magistrados anuales de cada ciudad, y sin su permiso no podian estos juntar el consejo: de suerte, que los druidas eran realmente dueños del gobierno. Su gefe se llamaba el gran druida, cuya resistencia han señalado los modernos en los bosques de Chartrain, cerca de Dreux. Ya se conoce lo soberano y estenso que debía ser su poder, pues era un orden que tenia colegios y escuelas, presidia á la educacion de la juventud, y la enseñaba en todo, á escepcion del egercicio de las armas. Los druidas y sus discípulos estaban esentos de ir á la guerra y de toda especie de tributo. No era un orden reducido á tal ó á tal familia, ni aun á la nacion, porque todo hombre podia entrar en él una vez que le aprobase la sociedad. El gran druida se elegia á pluralidad de votos; y cuando en este punto se suscitaba alguna disputa, se resolvia con la espada.

Nada escribian, pero aprendian de memoria las piezas de poesía, en que estaba contenida toda su ciencia y sus misterios. Con el tiempo crecieron tanto estas poesías que se necesitaban veinte años para aprenderlas: bien que podian hacer otra cosa, pues no los embarazaban cuidados domésticos, tenían bienes comunes, y profesaban el celibato. Los puntos fundamentales de su religion eran el culto de los dioses, la abstinencia de todo mal, y una intrepidez imperturbable en la egecucion de cuanto em-

prendian. Con este último principio podía adelantar mucho un orden compuesto de gentes hábiles. Creían una vida futura; y este dogma tan útil se le enseñaban al pueblo con cuidado. Los antiguos historiadores les dan todas las ciencias, principalmente la de pronosticar y la medicina; y para hacer mas respetables á los que se entregaban á esta, la adornaban con algunas prácticas supersticiosas, como la de consultar la situacion de los planetas para administrar los remedios y coger las yerbas, teniendo por preciso coger algunas con una mano, y no con la otra: estar vestido de blanco: ir descalzo: y otras ceremonias pueriles; pero los que así tenían sujetos á los otros, conocían cuan útil les era esto.

Tenían religioso respeto á cierta planta parásita que está pegada á muchos árboles; á la cual, como á otras, se da este nombre, porque nutriendose del jugo de los troncos, se alimenta de sustancia agena; pero solo á la que cogían pegada á la encina honraban con una especie de culto; y este acto era una de sus mayores solemnidades, esparciendose los druidas á buscarla por los bosques, habiendose preparado con ayunos y ceremonias espiatorias, y la separaban del árbol con un cuchillito de oro. La separaba el jefe de los druidas, y para esto iba descalzo y vestido de blanco, y las druidas jóvenes la recibían debajo del árbol en un lienzo. Atribuían á esta planta las mas grandes virtudes, y la miraban como remedio universal.

Las druidas se dividían en tres clases: la primera de las que guardaban perpetua virginidad; las de la segunda eran casadas, pero obligadas á las leyes de la continencia, sola una vez al año iban á ver á sus esposos para tener hijos; y las de la úl-

tima clase estaban libres de la sujecion de las otras, pero destinadas á servir las. Estas sacerdotisas gozaban de un gran poder en la nacion , asistian á los consejos , y aun los presidian. Dicen que hacian el papel principal en el acto mas solemne y mas horrendo de la religion de los gaulas, que era el de los sacrificios humanos.

En estas ocasiones se vestian de blanco las druidas , estaban descalzas , y con un cinturon de metal : acudian á apoderarse del infeliz que las entregaban, le arrojaban en el suelo, y le llevaban arrastrando hasta el pie de una grande encina, en donde habia una especie de tarima , sobre la cual estaba en pie la sacerdotisa que habia de hacer el sacrificio. Introducia un largo cuchillo en el pecho de la víctima, y del modo de correr la sangre deducia sus pronósticos. Las otras druidas que la asistian abrian los cadáveres, examinaban las entrañas, cuya inspeccion las servia tambien para prever lo por venir , y hacer sus profecías , que comunicadas al consejo ó al ejército, eran recibidas con reverente credulidad. Comunmente destinaban los prisioneros de guerra á este rito abominable ; pero á falta de estos , tomaban otras víctimas indicadas por la suerte ó la inspiracion. Los druidas tenian su parte con ellas en estas horribles funciones , y aun los acusan de haber prolongado esta espantosa supersticion para hacerse temibles.

Otro órden muy estimado entre los gaulas era el de los *bardos*. Estos se ocupaban en cantar las alabanzas de los guerreros, acompañando sus himnos con el son de los instrumentos. Sus poemas pasaban por admirables, los héroes que ellos celebraban podian contar con la inmortalidad de la fama,

y ellos iban con el ejército para ver de cerca las hazañas que debían celebrar. Animaban con sus gritos á los que peleaban; y en las inflexiones de la voz daban á entender que la victoria se declaraba por ellos, ó que parecía inclinarse á los enemigos, y era preciso redoblar el ánimo y valor. También tenían los gaulas *vates*, que era una clase de poetas, ó cantores inferiores á los bardos. Los gaulas no honraban menos á la elocuencia que á la poesía, y así representaban su poder con el emblema de un Hércules armado, pero cuya fuerza no consistía en las armas, y de cuya boca abierta, como de un hombre que está hablando, salían unas cadenillas que terminaban en los oídos de los que las escuchaban, y estas cadenillas no estaban tirantes, sino flojas, para dar á entender que le seguían con libertad los oyentes.

Llegando los gaulas á la época anterior á la invasión de los romanos, aunque por largo tiempo habían tenido reyes, se dividieron en repúblicas, y en esta división los halló César cuando entró en las Galias. Las repúblicas unas eran aristocráticas, otras democráticas, y otras mistas. Cada una formaba una región ó distrito, y cada año elegían el magistrado para los negocios públicos y el jefe para la guerra. Estos distritos formaban anualmente una junta general, en donde se arreglaban los puntos que pertenecían á las regiones aliadas. Aun los territorios gobernados por reyes se sometían á esta regla; y se hubiera salvado la Galia si en estas juntas hubiese presidido siempre el amor del bien público; pero los romanos hallaron modo de introducir la ambición, y fomentar los odios y los partidos, según aquella máxima de Tácito: "Si no quieren ser

nuestros amigos , esten por lo menos desunidos entre sí , pues la fortuna no nos puede hacer mayor servicio que el de dividirlos." Habia establecida en esta especie de gobiernos republicanos una ley muy prudente : esta era que cualquier particular que supiese alguna cosa concerniente al público interes, debiese hacerla saber á los magistrados sin dar noticia al pueblo , á cuya noticia solo debia llegar lo que los magistrados juzgasen conveniente comunicarle ; y de este modo se evitan las decisiones imprudentes y precipitadas á que muchas veces da lugar la impetuosidad poco reflexiva del pueblo.

El duelo ó desafio no era solamente costumbre , sino una ley superior á todas ; pues un gaula condenado en un tribunal podia siempre apelar á su espada , y precisar á su contrario á que descendiese á la palestra , donde se batian en desafio por un simple pundonor , ó por fijar la suerte en las decisiones y materias obscuras : esta en ambos sexos era una manía que provino del desprecio de la muerte. Cuando por la vejez , las heridas ó la enfermedad se veian reducidos á pasar una vida sin honor , se daban la muerte , ó la imploraban de sus amigos como un favor. En las retiradas que les era forzoso hacer , si no podian llevarse los heridos , los mataban , y aquellos á quienes mataban les daban las gracias. El segundo *Brenno* , habiendo recibido una peligrosa herida , juntó su egército , le nombró gefe , y dió orden á este de quitarle la vida á él y á todos los enfermos y heridos , para llevar mas fácilmente los otros á su pais. Veinte mil de estos infelices recibieron la muerte.

Mas admira todavia en las mugeres el desprecio de la muerte. Estas peleaban con sus maridos , y



Horror de las gaulas al cautiverio.

Llegaba á tal extremo el horror de las mugeres gaulas al cautiverio, que perseguidas por el ejército de Cesar, y creyendo inevitable el caer en su poder, se arrojaron á un rio todas las fugitivas; y como si el muerto disfrutára los bienes de la libertad, y la muerte no fuese un mal sin remedio, la prefirieron á la desgracia reparable del cautiverio. ;Tanto ciegan las preocupaciones!

muchas veces contra ellos , si huian , para hacerlos volver al combate. Persiguiendo Mario en su campo á los gaulas á quienes acababa de vencer, le hicieron frente las gaulas armadas de hacha y espada, y vió que igualmente descargaban sobre los vencedores y los vencidos. Reducidas á no poder ya defenderse , pidieron tres cosas al general romano : que no las hiciese esclavas , que se respetasen para con ellas las leyes de la castidad , y que las emplease en servir á las vírgenes vestales. Negandolas Mario estas condiciones , las halló al siguiente dia colgadas de los árboles , y bañadas de sangre de sus hijos á quienes habian quitado la vida. César fue testigo en dos ocasiones de los mismos efectos de desesperacion : en la primera se hicieron degollar por mano de los jóvenes que habian quedado en el campo , y estos se mataron despues unos á otros : en la segunda las mugeres , no hallando modo de evitar el cautiverio , se precipitaron todas juntas en el rio. Por último , unas mugeres de las Gaulas , proponiendolas que eligiesen ser públicamente vendidas ó muertas , escogieron sin detenerse este último partido ; y como á pesar de su eleccion las pusiesen en venta , todas se dieron la muerte despues de haber hecho á sus hijos el mismo funesto servicio.

A la verdad la esclavitud , que contribuia mucho en los gaulas y en sus mugeres para que tomasen estas resoluciones desesperadas , era un estado horrible que traia consigo la privacion de la patria y de los bienes , la separacion de los esposos , de los hijos y de todo lo que mas amaban. La libertad , por la cual no reparaban en sacrificar sus vidas , no era en ellos una palabra vaga , escogitada para recalentar sus imaginaciones : pues para ellos signi-

ficaba un amparo contra todos estos males. El único modo de fijar la significacion y el valor de la palabra libertad es conocer primero qué cadenas son las que se intenta romper , y qué género de opresion es aquel de que nos queremos librar; porque en virtud de esta comparacion preferian los gaulas á la pérdida de su libertad la muerte.

Entre los gaulas estaba la disciplina militar en un estado muy imperfecto. Contaban con el número y el valor , y dejaban para los enemigos todas las demas ventajas. El arte de poner sitio les era desconocido , con ser la guerra su pasion favorita. Bien fuese por aficion á sus antiguos usos , ó por desprecio de las demas naciones , no se ve que por estar habituados á las armas fuesen mas hábiles en la defensa ; pero eran temibles en el ataque , y sobre todo en las invasiones. En este punto habian adquirido tanta reputacion , que todos los que en el imperio romano estaban dispensados de ir á la guerra, por sacerdotes, por ancianos ó por inválidos, apreciaban mas este privilegio siempre que amenazaba alguna irrupcion de los gaulas. Tenian sus canciones de guerra, y se las hacian aprender á los niños para inspirarles desde luego el gusto de las armas.

Su lengua , que es el antiguo céltico , aun dura al norte del pais de Gales, en la Bretaña baja, en Irlanda , en las islas de Man y Anglesei , y en Vizcaya. A los estrangeros les parece dura ; pero dicen que es concisa y enérgica. Debe admirarse que haya quedado señal de ella , habiendo hecho los romanos tantos esfuerzos para aniquilarla y substituir la suya , con el fin de destruir la antipatía que contra ellos sostenian los druidas , y el de estinguir los sacrificios sangrientos que tanto poder daban á estos

mismos druidas. Con esta intencion establecieron los conquistadores academias en las ciudades principales, Leon, Burdeos, Tolosa, Narbona y Marsella, haciendolas tan florecientes, que se contaban en tiempo de Tiberio cuarenta mil estudiantes en Autun, si no hay exageracion en el número. Los gaulas escribieron muy tarde, y muy poco: no se sabe cuales eran sus propios caractères: pero quando empezaron á familiarizarse con sus vencedores, escribieron su lengua en caracteres griegos y romanos.

Las inscripciones que se han hallado en París prueban que habia entre los gaulas compañías de comercio, y por consiguiente que se hacia por mayor. La caza era su ocupacion favorita, principalmente entre los grandes y primeras personas de la nacion. Todos los años celebraban los cazadores en honor de Diana una fiesta con muchas ofrendas y convites: la honra que vincularon á este egercicio les hacia despreciar la agricultura, y á los que tenian precision de aplicarse á ella. La clase de cazadores era la de guerreros, y por esto se acostumbraban desde luego á las carreras á pie y á caballo, á arrojar el venablo, y hacer en caso de necesidad una vida dura y frugal. Los jóvenes debian llevar un cinto de longitud determinada; y si engordaban de modo que fuese preciso alargarle, los condenaban á una multa. La caza traia consigo el disgusto de todo otro egercicio, una ociosidad orgullosa, ferocidad, y amor al regalo y los festines. Usaban con esceso los gaulas en la vianda de licores que embriagan, y así rara vez faltaban en sus grandes comidas riñas y efusion de sangre.

Se alaba su hospitalidad, y aun se disputaban

el honor de recibir á los extranjeros; y el homicidio de uno de estos se castigaba con mayor rigor que el de un gaula. Fuera de la guerra eran humanos y compasivos, y tan fieles que los emperadores romanos siempre tenian una guardia de gaulas. Sus vestidos eran, como corresponden á militares, fáciles de quitar y poner, una simple chupa y un calzon. Llevaban el cabello largo, con su collar, y brazaletes en las muñecas, y mas arriba del codo, bien de oro, ó bien de cobre, segun sus facultades. El hábito de los druidas era largo y blanco, mas no se sabe cual era el de las mugeres. No se permitia entre ellos la poligamia; y una nacion que despues se ha hecho tan condescendiente con las mugeres, tenia sobre ellas el derecho de vida y muerte.

La fecundidad de las gaulas es admirable si formamos juicio por las emigraciones. La Gaula deramó por sola Italia oleadas de guerreros, que amontonados unos sobre otros, la inundaron casi toda. Torrentes que salieron de este vasto estanque recorrieron y asolaron muchos paises del Asia; y otros arroyos menores, aunque muy considerables, se extendieron por España, y llegaron al Africa. Así como la profundidad del cieno que va quedando en las tierras puede servir para juzgar de la masa de aguas que le llevaron allí: podrá valuarse la inmensa poblacion de los gaulas por las colonias que formaron, y el número casi increíble de hombres que componian los egércitos.

D. del D. La primera colonia salió bajo la conducta de
 2377. Bellovero en 2377, y estableció á los habitantes
 A. de J. C. de Langüedoc y el Delfinado en los llanos de Pia-
 621. monte y la Lombardia. Crionis llevó á los que ha-
 bitaban entre el Sena y el Loira al pais de Man-

tua, á la Carniola, y á los territorios de la república de Venecia. El pais de Navarra, las orillas del Po, la tierra de Plasencia, Ravena y Bolonia fueron ocupadas por los langreses y otros vecinos asociados á sus conquistas. En 2614 se apoderó de Roma Brenno á la cabeza de los meldeses y senoneses. Los gálatas, cuya situacion se ignora, obligaron despues á toda Italia á coligarse contra su invasion, y esta liga produjo un egército de ochocientos mil combatientes. Los romanos hallaron ya contra sí á los gaulas en los egércitos de Anibal. Otro Brenno, Belgio y Celetrio llevaron consigo á Macedonia, Tracia, Dalmacia, y hasta la Propóntide y la Grecia millares de gaulas, que combatieron, perecieron ó se mezclaron con los habitantes, y algunas veces en tanto número que conservaron su nombre en los paises estrangeros, como sucedió con los galo-griegos.

El primer medio de que se valieron los romanos para subyugar á los gaulas fue trazar un camino á propósito para que pasasen sus egércitos rápidamente en caso de necesidad. Se tuvo por tan importante esta obra que honraron con el triunfo á Mario que la empezó, y á Escauro que la concluyó; pero esta precaucion no impidió las sangrientas derrotas que sufrieron los romanos en las Gaulas. Lo que tuvo de notable la de Cepion y Manlio fue que despues de la victoria, los gaulas que habian votado sacrificar los despojos á sus dioses, mataron á todos los prisioneros, ahogaron todos los caballos, y echaron en el Ródano el oro y la plata, no obstante ser un tesoro que les pertenecia. Le habia robado Cepion en la ciudad de Tolosa, en donde le tenian depositado los gaulas como en un sagrado asi-

lo. Este tesoro era de la confederacion de los gaulas, y consistia por lo menos en cien mil libras de peso de oro, y otras tantas de plata.

Los esclavos rebelados, que hicieron temblar á Roma, gobernados por Espartaco, eran en gran parte gaulas, y la antigua preocupacion de deshonor en volver á su patria como esclavos, habiendo salido como guerreros, no les permitió seguir el consejo de aquel gefe, que los queria llevar á su pais, y así perecieron con Espartaco hasta cuarenta mil gaulas, lo que fue el preludio de las horribles carnicerías que hizo César en las Gaulas. Recorreremos rápidamente las escenas de horror con que se honran los conquistadores. Cerca del monte Jura derrotó César á Orgetorix, cautivó á su muger y á su hija, y mató ciento treinta mil hombres: en las orillas del Sena venció á Ariovisto: en las del Aisno á Galba rey de Soisons: el primero dejó su hija y sus dos mugeres en manos de César con un inmenso botin comprado á costa de mucha sangre: en el egército del segundo fueron tantos los muertos, que si no exageran los historiadores, los cadáveres sirvieron de puente á los fugitivos. Los del Vermandes se defendieron y rindieron: lo mismo sucedió á una multitud de pequeñas repúblicas, cuyas divisiones ayudaron al general romano á subyugarlas, mezclando la suavidad y exhortaciones con el rigor, sobre que se refiere el terrible egemplo que muchas veces dió; cortando la mano derecha á los prisioneros de los pueblos que temia se levantasen.

Por estos atroces medios vino á ser la Gaula provincia romana *sujeta á los hachos*, como se quejaban sus diputados en Roma, y *privada de sus costumbres y leyes*. Estos escesos justifican el horror de

los gaulas á la esclavitud, y los esfuerzos que hicieron contra los romanos por conservar su libertad. De cuando en cuando se volvian á levantar de este estado de abatimiento, y se vieron guerreros que los sacaron de la opresion en que los tenian los vencedores. Dieron tambien gefes al imperio; pero sus victorias los debilitaron tanto como los reveses de la fortuna, con lo cual se facilitó la conquista que hicieron los francos de la Gaula cuando la invadieron.

GERMANOS.

Lo que se ha dicho de la Gaula puede repetirse de la Germania; la misma distribución en pequeños reinos y repúblicas, que algunas veces bajo un solo gefe hacian un todo respetable: el mismo temple contrario á la fertilidad del suelo por la abundancia de bosques, tierras pantanosas, estanques y lagos: el mismo origen de los celtas, descendientes de Gomer, hijo de Jafet, la misma religion y costumbres, á escepcion de que las de los germanos, por menos suavizadas, presentan mas ferocidad y barbarie; pero ofrecen tambien propiedades mas francas y menos artificiosas. Se saben los nombres de aquellos diferentes pueblos, se conoce con corta diferencia su situacion, y no es difícil conjeturar por qué motivo se adelantaron hácia las Gaulas, pues sin duda fue el que tuvieron los gaulas para avanzar á Italia; esto es, buscar un clima mas benigno. Se hicieron en la Gaula poderosos; y Ariovisto, que peleó contra César casi en el centro de las Gaulas, era un capitan germano.

La selva de Hericina, la mayor de la Europa, tenia de largo sesenta jornadas de camino, y nueve

de ancho, de la que todavía hay restos en lo que llamamos *Selva negra*. Los parages mas sombríos eran los santuarios, en donde sacrificaban las víctimas humanas. Los árboles teñidos de sangre, su funesta obscuridad, la tierra húmeda y roja, y los huesos esparcidos por ella, formaban lugares de horror. Los mismos sacerdotes penetraban por ellos con pálido terror, temiendo encontrar allí al dios cruel que se habian imaginado, cuya sola vista creian que mataba á los que juzgaba merecer su desgracia. Los ministros del sangriento culto eran como entre los gaulas los druidas de ambos sexos. Las druidas eran los oráculos de la nacion, que presidian en todos los consejos, y sin ellas no se tomaban resoluciones importantes en paz ni en guerra. Ademas de la madurez del juicio y la prudencia las atribuian los germanos el don de profecía, y se cree que el origen de este gran respeto fue la utilidad de estas mugeres, aplicadas á conocer las virtudes de las plantas, con las cuales componian remedios internos, ó algunos tópicos que empleaban con buen éxito. Curaban las heridas, y por esto tenian en los egércitos grande estimacion. Aquí se puede notar que el conocimiento de la medicina, aun solamente presumido, sirvió muchas veces para propagar los dogmas.

— Todos los años se celebraban juntas generales, á que ninguno debia faltar, y al que llegaba el último le mataban. Los reyes, si algunos habia, vivian de sus propios bienes, y la magestad del trono se mantenia con donativos y multas: bien que estas eran muy abundantes, pues hasta el homicidio se valuaba y se multaba. Para confusion de los germanos era menor la multa por haber muerto á una

muger, que por haber quitado á un hombre la vida. Las mugeres estaban sujetas á todos los cuidados domésticos; y en los viages, ademas de sus niños, llevaban los utensilios del menage, sin que los hombres, cargados únicamente con las armas, se dignasen de aliviarlas. Todavía se ve reinar este descuido en la parte de la Alemania sujeta al vasallage; y tan poderoso es el yugo de las costumbres, que las mugeres no se quejan. Siempre fueron muy nombradas por la fidelidad conyugal, y en este artículo en nada las ceden los hombres. Los estímulos del amor se sienten mas tarde, y menos vivos en un pais, en donde las nubes embotan hasta los rayos del sol. En las familias vivian mezclados los dos sexos de dia y de noche, y la costumbre desde la niñez los hacia menos escrupulosos en cuanto al verse desnudos, pues por la misma costumbre no ponian en esto atencion.

No tenian los germanos ciudades ni fortalezas, y miraban las murallas como recurso de cobardes: cerraban sus campos con los carros y los bagages: las mugeres tenian á su cargo defenderlos. Las pruebas de valor citadas hablando de las gaulas deben aplicarse á las germanas. Los guerreros, fiandose únicamente en su valor, no buscaban ardidés, estratagemas ni máquinas: iban al combate cantando las canciones que les enseñaban desde niños; y desde su tierna edad les enseñaban á respetar las armas: el primer dia en que se las ponian en la mano era un dia de fiesta, cuya memoria jamas se les borraba: su espada era la fiel compañera de dia y de noche: no la dejaban jamas, y juraban por ella: á la cabeza del campo ponian una espada levantada y una pica, y no pasaba un germano por

delante de aquellos augustos títulos del valor sin saludarlos.

En un pueblo en que el duelo ó desafío era superior á las leyes, se debe conjeturar que ni estas fueron muchas ni muy poderosas. La costumbre, la natural probidad hacian á los germanos amantes de la justicia con los otros, de la hospitalidad con los estrangeros, de exactitud en su palabra, de fidelidad en el poco comercio que hacian. Por mucho tiempo no conocieron mas que el cambio, y con dificultad se acostumbraron á la moneda, porque los mercaderes romanos abusando de su simplicidad se la daban falsa en piezas cubiertas de plata en lugar de plata pura. Apenas se les conocian producciones raras mas que el ámbar, especie de goma balsámica que arrojaba el mar, y que aun la arroja, aunque con menos abundancia, en algunas costas de Alemania.

Si puede llamarse música á las canciones militares ó agrestes, la que tenian era de instrumentos ruidosos sin concordancia. Tambien tenian medicina, si se toma por tal la práctica de algunas recetas; pero sin conocimiento del cuerpo humano, ni de los líquidos y sólidos que le componen. En cuanto á sus juegos, no conocian otros que el ejercicio de saltar, correr, nadar, montar á caballo, encorvar el arco, restallar la honda, y arrojar el venablo. No obstante, ya conocieron los dardos, y aun les sucedió apostar sobre su manejo cuanto poseian, y aun su libertad.

Antes de los tegidos les sirvieron de vestidura las pieles de bestias, y los guerreros se ponian en la cabeza una especie de cofia, con la cual, acompañada de dientes, cuernos y otras cosas, se pre-

sentaban mas terribles. Sin duda fueron las mugeres las primeras que se disgustaron de este traje pestífero; y como el cáñamo prosperaba bastante en sus tierras húmedas, formaron el hilo con que hacian telas, y este fue su primer adorno. Eran altas y bien formadas, de una fisonomía bastante animada para ser rubias, que este era el color de la nacion. Las mugeres dejaban sin cuidado vagar sus ojos azules y sus amorosas miradas; pero los hombres procuraban mirar de un modo áspero y amenazador.

La ferocidad nacional se advertía en los funerales. Empeñaban como los gaulas á los ancianos, enfermos y gente inútil á que se muriesen ó se dejasen matar; y si no lo hacian con gusto, lo hacian por fuerza. La única diferencia era, que la comida que se seguia despues de los funerales de estas víctimas involuntarias, no iba acompañada de los escesos de alegría con que celebraban el valor de los otros. Quemaban ó enterraban con el muerto sus armas, y de ordinario el caballo que mas habia querido, y algunas veces sus esclavos: costumbre horrible, pero que indica la opinion en que estaban de otra vida, adonde enviaban á estos infelices para servir al difunto. Los convites no eran solamente para las ceremonias fúnebres; porque casamientos, nacimientos, alianzas, enhorabuenas, todo era entre los germanos ocasion de convidarse. Tenian licores fermentados que embriagaban mucho, y á estos tenian grande aficion, por no haber conocido el vino hasta muy tarde. El emperador Probo fue el que llevó las vides, y las hizo plantar en las orillas del Rin y del Mosela: presente muy malo si se le cree origen del vicio de la embriaguez que se

ha reprendido en los germanos; pero ya se embriagaban antes, y con licores menos agradables.

Si no fuera por los sangrientos anales de los romanos, ignoraríamos la existencia política de los germanos. Ellos fueron los que con la ocasion de sus guerras nos han dado noticia del gobierno de estos pueblos, y la idea de sus costumbres y modo de pelear. De sus relaciones resulta que si por falta de disciplina no conseguian la victoria, su valor siempre permanecia indomable, y aun tal vez superó á la disciplina. Los cimbro, pueblo germano, derrotaron á cuatro cónsules. Si creemos á los historiadores romanos, perdian estos muy poca gente en las batallas que ganaban, al mismo tiempo que naciones germanas enteras quedaban destruidas; pero convienen en que los germanos se defendian con gran valor, y en que las mugeres peleaban con furia: hasta los perros estaban adiestrados á defender el bagage de sus amos, y arrojandose sobre los que se le querian quitar, no dejaban de estorbar á los vencedores. Al fin los germanos, bajo los nombres de francos, alemanes, gépidas y borgoñones, se vengaron despues muy bien de los daños que habian hecho los romanos en sus paises.

BRETONES.

La gran Bretaña, que contiene la Inglaterra y la Escocia, se llama tambien Albion, ó por la blancura de sus costas, ó por la de sus habitantes. Su figura es un triángulo irregular: sus mares son de mucha pesca, pero tempestuosos: estuvo cubierta de selvas, que hoy se ven convertidas en campos tan bien cultivados, que se alaba la abundancia de

sus granos: ya conocian la *marga*, y hacian grande uso de ella. Hay opinion de que esta isla tuvo una salida que la unia con el continente, y debió quitarsela algun terremoto. La parte occidental fue poblada por los gaulas, y la oriental por los pictos, los cuales fueron allá desde la Alemania; y no se sabe si los bretones que ocupaban el centro eran mezcla de estas dos gentes, que se fueron acercando, si eran indígenas, ó colonias que habian ido de otras partes.

No es posible decir cosa que satisfaga acerca de su historia antes de los tiempos de César. Esto es lo que él nos dice: su pais está muy bien poblado así de hombres como de ganados: solo tienen cabañas dispersas: su moneda es de hierro ó de cobre: llaman ciudades ó fuertes unas cercas defendidas de cortas de árboles con su foso: tienen como los de las gaulas monarquías y repúblicas, y sus juntas generales: en una palabra, el mismo gobierno: son muy sóbrios, y van á los combates con intrepidez: la leche y la caza son su ordinario alimento; y á falta de este disponen en caso de necesidad otro de cortezas y raices de árboles. Se cubren con pieles de animales; y si no las tienen, pasan bien sin ellas, porque la desnudez ya ni les da pena ni les repugna. Otros hacian el comercio por ellos, esto es, iban á buscar sus producciones, principalmente el estaño. Por largo tiempo no pensaron en aprovecharse de sus mares como de un manantial de riquezas. Su ignorancia en este particular, dice un autor romano, es proporcionada á su separacion del continente, y añade: "Son sencillos y de recititud en su conducta, porque ignoran las engañosas sutilezas de nuestros compatriotas." La religion

de los bretones es absolutamente la de los gaulas con sus druidas de ambos sexos, y sacrificios de víctimas humanas. Las costumbres de las dos naciones se parecen entre sí, bien que con algun colorido mas vivo, y aun un poco fuerte. Las gaulas, por ejemplo, pasaban la noche en sus cabañas con sus padres sin vestido alguno, para lo cual las autorizaba la costumbre; pero esta permitia mas á las bretonas; y así dijeron á la emperatriz: "¿Qué tienes que censurarnos? Lo que nosotras hacemos á vista de todo el mundo con hombres libres, no es otra cosa que lo que practicaban en secreto las señoras romanas con sus libertos y esclavos."

La vanidad con que César refiere sus conquistas, nos ha traído por lo menos la ventaja de que sepamos los nombres de diversas divisiones bretonas, y su respectiva situacion. No nos oculta los peligros en que se vió por el valor de estos pueblos, ni disimula que á no ser por sus discordias intestinas y poca union, en vano hubiera pretendido sujetarlos. Los generales romanos que le sucedieron, consiguieron mas por estos medios que con la fuerza de las armas; y aun se vieron precisados á detenerse despues de sus victorias por no esponer las ya conseguidas, y á defenderse con muros y castillos de muchas leguas de estension contra las irrupciones que amenazaban á sus conquistas. Así lo hicieron los emperadores Adriano, Antonino Pio y Marco Aurelio. Severo separó la Inglaterra de la Escocia con una muralla guarnecida de torres y de fosos. Los romanos cortaron tambien toda la isla abriendo rutas, y para esto fue necesario allanar montes, talar bosques, cortar rocas y de-

secar lagunas. Esto no tanto lo hacian los romanos por utilidad de los habitantes, quanto con el fin de facilitar el paso de sus tropas con toda prontitud para medir sus fuerzas con un pueblo abatido y arruinado, pero nunca sujeto.

Aunque César da por pretesto para hacer la guerra á los bretones algunos socorros que habian enviado á los gaulas, bien se deja entender que el verdadero motivo fue la ambicion, el deseo de gloria, y la esperanza de los despojos en un pais nuevo. Asustó á los habitantes con la vista de sus naves, cuya forma no conocian, y por la prontitud de sus movimientos. Los derrotó, los puso en fuga, y dejó una legion para que los contuviese mientras él volvía á las Galias; pero acometieron á la legion así que él se ausentó: volvió el general romano á socorrer á sus soldados, y venció de nuevo asegurando de nuevo su triunfo con negociaciones. Augusto se aprovechó de la division introducida por César entre los bretones para sostener en aquel pais la autoridad del imperio. Tiberio la despreció: Calígula mostró gran deseo de llevar allá las águilas romanas; pero no hizo mas que presentarlas desde lejos. Este insensato, sabiendo que los bretones le esperaban á pie firme en las riberas, estendió su ejército por la costa de la Bélgica, y mandó tocar á embestir. Todos sus soldados, segun la orden que les dió, se dispersaron, corrieron, juntaron conchitas, y llenaron de ellas los capacetes como si fuera un precioso botin. Envió el emperador al senado la noticia de tan bella expedicion: pidió el triunfo, y no se atrevieron á negarsele.

El emperador Claudio, mediante una guerra civil que fomentó él mismo, sujetó una pequeña

D. del D.
2944-
A. de J. C.
54.

parte de la Bretaña, triunfó en Roma, y toma el sobrenombre de *Británico*. Tito y Vespasiano, continuando sus victorias, cautivaron reinas y reyes. Agrícola redujo el occidente de la isla á provincia romana. Este mismo, y los otros generales romanos que les sucedieron, se cubrieron con baluartes contra el oriente, habitado de los pictos. A las correrías de estos bárbaros oponían los bretones las legiones romanas, porque siempre las había en el centro de la Bretaña, y de su seno salió Constantino que llegó á ser emperador. Los desastres del imperio hicieron llamar las legiones, y estas se fueron deshaciendo por falta de reclutas. Los bretones, abandonados á sí mismos, experimentaron las desgracias que describen patéticamente en una carta al cónsul Aecio, cuyo sobrescrito era: *Los suspiros de los bretones al cónsul Aecio*. "Los bárbaros, dicen, nos echan hácia el mar, y el mar nos rechaza hácia los bárbaros; y así de dos géneros de muerte que nos amenazan, y á cada paso se nos ponen delante de los ojos, nos vemos precisados á escoger, ó el ser sumergidos, ó el ser degollados."

Por estos tiempos no tenían los bretones sino reyes; y Gildas, historiador siempre templado por el tono lloroso y lastimero, dice que solamente ponían en el trono hombres famosos por su crueldad; que los mismos que los habían dado la autoridad suprema los mataban, no tanto por sus delitos cuanto por reemplazarlos con otros peores; y que si alguno de estos príncipes parecía mas humano que los otros, le tenían por un cobarde, y le hacían mil ultrajes. ¿Por ventura pudieran de semejantes príncipes esperar los pueblos que les defendiesen contra los pictos los escoceses sus enemigos? Nada de esto,

pues dejaron correr á estos bárbaros por sus tierras con el hierro y el fuego en la mano. Los infelices bretones, refugiados en los bosques y cavernas, aun allí no estaban seguros de la furia devastadora de sus enemigos: una gran parte se salvó en la Armórica, canton de las Galias que hoy es la Bretaña. La desesperacion dió fuerzas á los que habian quedado en su pais, y se arrojaron como furiosos sobre sus enemigos. Coronó el buen éxito sus esfuerzos; pero una hambre horrible sobrevino por colmo de sus desgracias. En estos azotes reconoce Gildas, historiador cristiano, la mano de Dios que se hacia pesada sobre los bretones, segun que sus culpas llamaban su venganza; y los consolaba, segun que su arrepentimiento solicitaba su misericordia.

Vortigerno, el único que se nombra de sus reyes, príncipe indolente é inhábil, aunque cruel y codicioso, despierta con los clamores de su pueblo, junta un consejo para deliberar sobre el partido que se debia de elegir en tan funestas circunstancias. Tomaron la resolucion de llamar en su socorro estrangeros, creyendo que no podian sostenerse por sí solos. Cayó la eleccion en los sajones, pueblos de la Germania, originarios del Quersoneso Címbrico, que vinieron de hácia la Dinamarca á un canton llamado Angel, de cuyo nombre se formó el de Anglia; estaban por entonces establecidos en las costas de Zelanda. Se habian dado á conocer de los bretones por sus piraterías; y esta nacion, que habia degenerado en el espíritu y el valor, imaginó que podia hacerse defensores de los que la robaban, y así los puso en medio de sus campos cultivados, y en sus dominios poblados de rebaños. Al principio no pasaron sino como unos quinientos sajones,

Años
de J. C.
457.

y se portaron bien contra los enemigos de sus huéspedes, dando á entender que sus victorias serian mas presto decisivas si traian mas combatientes: y les prometieron hacerles venir.

Hengisto, su gefe, llamó otra segunda colonia, y despues otra tercera: no pidió por propiedad mas que el terreno que pudiese cubrir una piel de toro; y una peticion tan corta no se le pudo negar. El hábil sajón, como en otro tiempo lo habia egecutado la reina Dido en Africa, cortó aquel cuero en una tira muy delgada, y con ella rodeó el espacio suficiente para construir una buena fortaleza. Con la tercera colonia hizo venir á su hija Roena: las gracias de la princesa hechizaron los ojos de Vortigerno, y se los cerraron para no ver la multitud de dueños á que se sujetaba con el nombre de auxiliares, ni las cadenas que forjaba para su pueblo, tomando por suegro á un extranjero tan bien acompañado. La nacion no incurrió en su ceguedad, y depusieron al esposo de Roena, sin duda por demasiado condescendiente con su suegro. Pusieron en su lugar á su hijo Vortimero, que no reinó mas que seis años, subiendo de nuevo al trono por su muerte Vortigerno. Durante este intervalo ya Hengisto se habia acantonado en el pais de Kent, en donde formó el primer reino sajón.

En ciento y treinta años de guerra contra los bretones, los sajones siempre mas fortificados con las reclutas de Alemania, se aumentaron tanto que establecieron siete reinos, y son lo que se llama la Heptarquia Sajona. Los bretones se disminuyeron á proporcion: una parte fue á aumentar la colonia de Armórica, otra se refugió en el pais

de Gales, al que repartió en seis distritos, y los honró con el nombre de reino. El resto se incorporó con los vencedores, y no á título de aliados ó de iguales, pues mejor puede decirse que como esclavos tratados con la mayor dureza por sus imperiosos dueños.

Bien merecian los bretones esta infeliz suerte si se ha de creer á Gildas, que forma un horrible cuadro de sus costumbres. Sus reyes, dice, son verdaderos tiranos: aunque tienen mugeres, viven en comercio indigno con las prostitutas: sus juramentos son otros tantos perjurios: solo emprenden guerras injustas: se ven obligados á castigar á los ladrones, y conservan á su lado los mas grandes, y aun los admiten á su mesa: los jueces que eligen son terribles para los inocentes. Despues va notando este historiador á cada uno de estos reyes por el vicio que le es propio, ó por el cúmulo de vicios comunes á todos. Un Constantino adúltero, asesino de los príncipes herederos del trono en los brazos de su misma madre. Aurelio Conano, incontinente como Constantino, pero mas cruel. Voltiporo mal hijo, tirano de sus pueblos, entregado á todas las infamias de un viejo torpe, y seductor de su propia hija. Cuneglaso, que al adulterio añadió el crimen de haber hecho quebrantar á su cómplice el voto de castidad religiosa.

Maglocuno, de alta estatura, famoso guerrero, en extremo pródigo, y usurpador del trono, penetrado de remordimientos hizo penitencia en un monasterio; y cansado de su arrepentimiento volvió á vivir con su muger, y fue tan infiel á esta como á su penitencia. Dejó las disciplinas, tomó el puñal, se deshizo de su muger, y se casó con la de su so-

brino, muger muy digna de él, pues tambien habia sabido deshacerse de su esposo.

Gildas, que solo sabe gemir, refiriendo estas maldades verdaderamente deplorables, omitió conservarnos la memoria de las virtudes de algunos príncipes buenos, que atendido el curso ordinario de las cosas no faltarian entre tantos malos. Del mismo modo, aunque dice que habia buenos obispos, así como cuenta los desórdenes de muchos, su simonía, ignorancia, malas costumbres, orgullo y codicia de riquezas, era conveniente que nos diese noticia de los prelados, cuyas calidades eminentes consolaron la Iglesia de Bretaña en aquellos tiempos de depravacion. Los progresos del cristianismo entre los sajones son buen testimonio de las virtudes del clero que le enseñaba. Habia pasado á estos pueblos desde la Germania el politeismo de los cimbro y su culto homicida; pero insensiblemente abjuraron estos errores bárbaros é insensatos; pero en la Iglesia de Inglaterra se pasaron muchos siglos antes que brillase con el esplendor que despues la hizo tan célebre.

Dejando ya esta isla, y volviendo á entrar en el continente, hallaremos todas las naciones que contribuyeron á deshacer el imperio romano, y que luego se perdieron por incorporarse con otras ó destruyendose por sus mismas victorias, ó que todavia subsisten como madres de aquellos pueblos á quienes trasladaron sus nombres. Iremos recojiendo bajo los títulos de cada una de ellas los hechos principales que las llevaron á una regeneracion gloriosa á su propia destruccion.

HUNNOS.

La historia de un río, que desde su principio corre magestuoso, se divide, vuelve á unirse, destruye los campos y los fecunda, que se precipita en profundidades por donde corre ignorado, vuelve á salir en borbotones, y va á perderse formando arroyuelos, ó va en masa al vasto seno de los mares: la historia de este río es la de los hunnos, godos, visigodos, vándalos, y otros pueblos septentrionales, cuyo diseños vamos á dibujar. La mayor parte de ellos ya eran temibles cuando empezaron á ser conocidos. El cebo de la ganancia los separaba; la necesidad de una defensa común los volvía á juntar. Poblaron países no habitados, y á los cuales de tierras florecientes habian convertido en desiertos. Algunas veces se adormecia su furor, y su inquietud hacia olvidarlos; pero en despertandolos el son de la trompeta, volvian á empezar sus estragos, hasta que llegaron á confundirse en el océano de las naciones. Tales fueron los hunnos de quienes vamos á hablar.

Si se quiere saber el origen que les supone el odio y el resentimiento de sus horribles crueldades, vedle aquí en los términos del historiador Jornandes: "Habiendo entrado un rey godo en las tierras de los escitas, descubrió entre ellos un prodigioso número de brujas. Para separar de su ejército aquellas mugeres abominables, las echó al desierto, en donde los espíritus impuros que frecuentaban los lugares solitarios se enamoraron de ellas; de aquel impuro comercio salió la nacion de los hunnos." ¿Quién creyera que hubo escritor que se puso se-

riamente á refutar esta fábula? Mi parecer es que Jornandes no quiso dar á entender otra cosa sino que los hunnos eran una gente tan horrible que solo el infierno pudiera haberla vomitado.

Los historiadores dicen que salieron de entre los escitas, detras del monte Cáucaso, y los reparten en dos divisiones: una que con el nombre de *hunnos blancos* ganó los países vecinos de la Persia; se fijó en agradables campiñas, y adquirió costumbres mas dulces, de las cuales es preciso exceptuar la siguiente. Cada uno de sus gefes escogia veinte amigos que entraban á la parte de su opulencia y sus placeres mientras él vivia; pero en muriendo eran todos enterrados con él en el mismo sepulcro. Por otra parte los hunnos blancos eran equitativos entre sí: guardaban el derecho de justicia con sus vecinos: no acometian, pero tampoco se dejaban acometer impunemente: mas de una vez se arrepintieron los persas de haberlos provocado. Las dos castas de vencedores y vencidos se confundieron con la proximidad,

La otra division de los hunnos, mas fuerte y numerosa, conservó sus feroces costumbres enseñandolas á sus hijos desde la cuna, pues les hacian cortaduras en el rostro: unos dicen que para hacerlos fieros y temibles; otros que para acostumarlos á sufrir. No tenian casas ni aun cabañas, á las que llamaban *sepulcros de vivos*: pasaban su vida á caballo, y así comian y dormian, por lo que era comun proverbio, que los hunnos no sabian andar. Su vestido era la piel de las bestias, y no estaban sus mugeres mas bien adornadas, ni eran mas delicadas que ellos en la comida. Un gefe vencedor era para ellos un dios, y se sujetaban á to-



Transmigracion de los Hunnos.

Quando los feroces Hunnos creian hallar el término del orbe, y de sus correrias en los pantanos de la laguna Meotis, les desengañó agradablemente una corza perseguida por los cazadores Alanos establecidos al lado opuesto. Pasaron la laguna, los arrojaron, y se difundieron por el imperio. ; Quantas veces ha sido una casualidad el principio para la buena ó mala suerte de las naciones!

dos sus caprichos; pero vencido le mataban, y era menos que hombre. No se habla de su religion, sobre la que sin duda harian pocos discursos en el tumulto de los campos, y sería tan bárbara como ellos.

Llegaron estos hunnos poco á poco desde la parte opuesta del monte Cáucaso á la laguna Meotis, y pareció esta barrera como el cabo del mundo y el término de sus correrías, cuando se vieron agradablemente desengañados por una feliz casualidad. Una corza perseguida por los cazadores alanos que estaban establecidos al otro lado de aquellas lagunas, tenidas por impracticables, se huyó hasta llegar adonde estaban los hunnos. Estos siguieron la ruta que les habia señalado la corza, y pasaron la laguna. Descubrieron las hermosas llanuras que riega el Tanais, muy preferibles á sus tierras pantanosas, siempre cubiertas de espesas nieblas. La relacion que hicieron á sus compatriotas los determinó á intentar el paso; y conseguido este arrojaron luego á los alanos, y desde allí se esparcieron por el imperio. Los historiadores siguen aquí su marcha como los africanos y asiáticos siguen las de las langostas devorantes. Las huellas de sus pasos son impresiones de sangre en las cenizas.

Muchas veces, dice el historiador Amiano, los hunnos, tan numerosos como las arenas de la Libia, se hallaron en oposicion con los godos, los vándalos y otros bárbaros, multiplicados como las centellas del Etna. Era su campo de batalla el imperio romano, y aquellos dueños del mundo pagaban tributos disfrazados con el nombre de regalos á los aduares desenfrenados que no podian rechazar enteramente de sus fronteras. Recurrieron al medio de darles

Años
de J. C.
376.

Años
de J. C.
441.

sueldo , recibíendolos en sus egércitos en grande multitud para destruir así á los unos por medio de los otros ; pero este fue un espediente fatal para los que le pensaron ; porque los hunnos , incorporados con los romanos , aprendieron su disciplina , y llegaron á ser tropas temibles cuando pudieron reunirse bajo de unos gefes capaces de proyectos y de conducta. Entre estos gefes se cuentan Uldino , que dió justas inquietudes á Teodosio el Grande : Rougas , que amenazó á Constantinopla : Uptar , que se hizo poderoso en las Galias ; y otros muchos de quienes solo conocemos los nombres ; mas por lo poco que se sabe se ve que llevaron el terror de sus armas desde las riberas del Asia á las estremidades de Europa , y fueron dignos precursores del famoso Atila.

Tenia este un hermano llamado Bleda , y Roas su tio le dejó el cetro de los hunnos. Mas no se debe creer que los egércitos de este príncipe se componian solamente de hunnos , pues se cuentan hasta once naciones , entre las cuales se hallan los suevos , los gépidas , los sármatas , y otros bárbaros que seguian sus estandartes. A este conjunto se dió el nombre general de hunnos , ó porque estos eran el cuerpo principal del egército , ó porque el gefe que los mandaba era de esta raza. He dicho el gefe porque Atila no sufriendo compañero , hizo asesinar á su hermano Bleda. Por entonces era reconocida su autoridad desde las orillas del Rin hasta las fronteras septentrionales de la monarquía de Persia. Formó el proyecto de ocupar los tronos de Oriente y de Occidente , ó arruinarlos ; mas ya que no pudo , tuvo el gusto de humillar á los emperadores y envilecerlos , exigiendo de ellos los sacrificios de pro-

vincias y dinero en forma de tributo , é imponiéndoles condiciones que los mortificasen , cual fue la que prescribió á Teodosio II , de poner en sus manos á los príncipes de la sangre de los hunnos que se habian refugiado á su corte; y habiendoselos enviado , los hizo crucificar.

El carácter dominante de Atila era el orgullo, y los que se prestaban á esta pasion conseguian su gracia. Curidaco , rey de una nacion vecina , por haberse portado con él de un modo equívoco , fue enviado á llamar del imperioso monarca ; y en lugar de ir respondió : "Jamás me sería posible sostener el resplandor de tan grande divinidad." Esta adulacion le valió mas que si se hubiera justificado. Se honraba el rey de los hunnos con el nombre de *azote de Dios* , que le dió el universo indignado: pues con tal que se le atribuyese alguna conexion con la divinidad, poco le importaba por qué título. Los reyes y príncipes que le rodeaban le observaban con silencio, estudiaban sus gestos, y apenas se atrevian á levantar sus ojos.

Atila tenia la tez negra , la estatura corta , el pecho ancho , la nariz chata , y los ojos pequeños. Su insolente ferocidad se manifestaba en su porte, en sus miradas y en todos sus movimientos: bastaba verle para juzgar que habia nacido á turbar el reposo del universo. No hubiera podido dominar á una nacion tan valiente como los hunnos si no hubiera tenido en sí mismo un valor á toda prueba. Se diferenciaba de los bárbaros que solo cuentan con su esfuerzo , en que no despreciaba las estratagemas de guerra, las máquinas y los recursos del arte. No era la buena fe la basa de sus tratados, porque en ellos se servia de algo mas que de la astucia: no

obstante que con sus vasallos era en extremo justo, y jamas les pedia mas impuestos que los que podian pagar. Perdonaba gustoso á los que se sometian, y nunca abandonó á los que habia tomado bajo su proteccion.

Fuese por afectacion ó por gusto, apartaba de sí cuanto tenia aire de fausto; y aunque en su corte era ordinario el uso de llevar oro y pedrería en los arneses del caballo y en la espada, nunca quiso seguirle. A sus convidados se les servian en oro y en plata manjares esquisitos, y á su persona los mas ordinarios en platos de madera: hasta la copa era de lo mismo. En la mesa era grave y serio; y una chanza que hizo reir á los embajadores romanos, á quienes habia convidado, no consiguió de él una sonrisa. Pero si en público era sobrio, se desquitaba bien en sus comidas particulares bebiendo largamente. Se le reprende una desenfrenada incontinencia, porque no solo tenia algunas mugeres, sino, como dice cierto historiador, un grande rebaño de ellas, y habia una que era como la señora de todas. De esto se puede formar juicio por qué Prisco, enviado de Teodosio, cuando fue á llevarle regalos, vió que una llamada Reca estaba sentada en su cama, y las otras en el suelo al rededor de ella ocupadas en trabajar.

Atila no omitia los pequeños medios de atraerse la confianza de la multitud, pues muchas veces son mas eficaces que los grandes. En todos tiempos habia estado la espada de Marte en grande veneracion entre los escitas, de quienes descendian los hunnos. Por casualidad ó por destreza de Atila hallaron una, y se la llevaron con gran pompa, diciendo que era la del Dios. La recibió el monarca



Espada de Marte.

Aprovechándose Atila de la veneracion de los Hunnes á la espada de Marte, hizo le llevasen con gran pompa una que decian ser de aquel Dios. Afectó recibirla con el mayor respeto, y como presagio de la extension de sus conquistas; y sus tropas llenas de entusiasmo, creyendose ya invencibles, como protegidas del Dios de sus mayores, llegaron casi á serlo; Tanto puede en nosotros el influxo de las ilusiones!

cón mucho respeto como presagio de que habia de estender sus conquistas hasta los términos mas retirados de la tierra ; y el soldado crédulo , inflamado con este agüero , y protegido con el escudo del Dios de sus mayores , ya no conoció peligros ni obstáculos.

Inútiles fueron los subterfugios de Teodosio para apartar las armas de Atila ; porque este , gefe de un egército que centelleaba de impaciente , tenia necesidad de la guerra. Asoló la Tracia , la Macedonia , la Grecia , y asustó á Constantinopla. El emperador , despues de haber perdido egércitos enteros , opuso seis mil libras de oro al torrente , y prometió pagar doce mil todos los años : se sujetó á otras vergonzosas condiciones para el rescate de los prisioneros , y entregó los desertores. Entró Teodosio en una conjuracion que se formó á su vista contra la vida de su enemigo : fue descubierto ; y Atila le perdonó , bien que por dinero. Quiso el emperador Marciano , sucesor de Teodosio , librarse del tributo , y respondió con valentía á los hunnos que fueron á pedirle : "Ya no tratais con Teodosio ; y yo tengo el oro para servir á mis amigos , y el acero para mis enemigos." Esta altivez tuvo buen éxito ; y creyendo Atila que era prudencia dejar en paz á Marciano , se volvió contra Valentiniano III , emperador de Occidente.

Tenia este príncipe una hermana llamada Honoria , y al mismo tiempo que él habia subido al trono la habia declarado *augusta* : título que la daba una especie de derecho al imperio , pero ninguna autoridad , y tal vez era una razon para no permitir que se casase ; pero ella deseaba las dos cosas , y así escribió á Atila suplicandole que fuese á li-

bertarla; y ofreciéndole su mano, le envió un anillo en prendas de su fe. El rey de los hunnos tomó la prenda como sello de una seria obligacion, y pidió á la princesa por esposa. Sin duda se la hubieran concedido, pero queria en dote la mitad del imperio. Honoria por sí misma puso fin á las pretensiones que habia hecho formar. La molestia del celibato la puso en un estado que pretendió pasase para con el rey de los hunnos por matrimonio ya contraido; y él se dió por contento, porque queria adormecer al emperador acerca de otros proyectos de mas estension, que meditaba.

Años
de J. C.
452.

La rapidez de las marchas de Atila han sido siempre el objeto de la admiracion: verdaderamente era como un relámpago, que parte del Oriente, y aparece á un mismo tiempo en Occidente. Se le vió recorrer la Grecia, la Tracia, amenazar á Constantinopla: volvió de lo interior de la Escitia, se arrojó sobre Alemania y Tréveris, Estrasburgo, Espira, Maguncia: ninguna ciudad le resistió: arrastró consigo á los hérulos, suevos, cuados, marcomanos, y todos los pueblos del Norte: pasó el Rin, y á la cabeza, unos dicen de quinientos mil, otros de setecientos mil hombres, llegó cerca de Chaloné sobre el Marne á los campos Cataláunicos. Allí le estaba esperando Aecio, general romano, acompañado de Teodorico, rey de los visigodos, de Meroveo, rey de los francos, y de una multitud de sármatas, sajones, borgoñones, belgas y armoricanos, que formaban un ejército poco inferior al de Atila. La batalla fue una de las mas sangrientas que jamas se habian dado, y solo la noche la puso el fin. Cuando el sol salió por la mañana iluminando el campo de aquella carnicería, ofreció á los ojos



Campos catalaunicos.

Después de devastar Atila el Oriente y Occidente, encontró cerca de Chalons el ejército de Aecio, y le acometió. Duró la acción hasta la noche, y el silencio que reynaba en el campo de los Hunnos quando al amanecer pudo advertirse la carniceria, no dexó duda de su pérdida; mas no desistió Atila, pues los montones de cadáveres, y los rios de sangre son el recreo ordinario de un guerrero ambicioso.

vastas llanuras cubiertas de muertos y moribundos, cuyo número dicen que era de trescientos mil. Reinaba en el campo de los hunnos un silencio que daba á entender que habian llevado lo peor ; pero Aecio no se atrevió á acometerlos viendolos bien fortificados. Fuese por zelos , ó fuese por temor de no estar su persona en seguridad en medio de tantos auxiliares , los empeñó en que se volviesen cada uno á su casa , como si ya no los necesitase.

Con esta especie de desercion volvió Atila al proyecto que siempre habia tenido de marchar derecho á Roma. Pasó pues los Alpes con su ordinaria celeridad ; y sus soldados , detenidos delante de Aquileya , defendida con lo mas escogido de las tropas romanas , ya caian de ánimo ; pero el general, que sabia aprovecharse de todo , les hizo reparar que unas cigüeñas , sin duda aturdidadas con el ruido del sitio , huian llevandose sus hijuelos. " Esas, les dijo , abandonan la ciudad , porque con su instinto saben que está próxima á su ruina." Despues de esta prediccion dió el asalto , y tomó la ciudad: la saqueó y la redujo á cenizas: lo mismo hizo con Treviso , Cremona , Mantua y Bérgamo. Se refugiaron los infelices habitantes en las lagunas que estan en la estremidad del mar Adriático , y fundaron á Venecia. Milan quedó sepultada en sus ruinas. Roma estaba temblando , y Valentiniano echó por otro camino el torrente desolador oponiendo siempre un dique de plata. Por esto Atila se hizo pintar como vencedor , y al emperador y sus cortesanos llevando sobre sus hombros sacos de dinero que derramaban á sus pies.

Despues de haber recibido el rey de los hunnos el rescate de Roma , parecia que meditaba alguna

empresa contra Constantinopla; pero dicen que la fingia para ocultar la intencion que tenia de volver á las Galias á borrar la afrenta que le habian hecho sufrir los reyes de aquellas comarcas que se juntaron con Aecio. No se sabe en donde se detuvo por dar una fiesta á sus soldados con el motivo de su casamiento con una muger de extraordinaria hermosura, llamada Ildico: fuera de sí con el gozo bebió contra su costumbre con exceso, y como tardase el dia siguiente en dejarse ver, violentaron la puerta de su cuarto, y le hallaron muerto, á lo que pareció, de un accidente de apoplejía. Estaba á su lado la jóven esposa cubierto el rostro con un velo, y deshaciendose en lágrimas. No se sabe que dias fueron los suyos despues de una noche tan funesta.

Transportaron el cuerpo del monarca á una vasta campiña, y le colocaron en una tienda toda de seda, y los caballeros escogidos en toda la nacion dieron muchas vueltas al rededor de aquella tienda, cantando tristemente las hazañas de su rey. Dieron un gran convite, que duró hasta muy entrada la noche, y enterraron secretamente el cadáver encerrado en tres ataúdes, uno de oro, otro de plata, y otro de hierro, acompañandolos con las mas bellas armas y los mas ricos despojos que habia quitado al enemigo, y dieron fin á la ceremonia degollando á todos los que emplearon en el entierro, rezcando que quitasen el tesoro ó le descubriesen á otros. Con este príncipe acabó el imperio de los hunnos, y empezó á disolverse por una guerra civil entre una multitud de hijos que dejaba. Fácilmente se puede considerar que una vez desunido el egército, se esparciria este por todas par-

tes sin orden y sin disciplina. Cuerpos enteros de tropas cansados de robar, fueron á llevar su botin á los diferentes cantones en donde se establecieron; y así cambiados sus intereses, se les ve unas veces con reyes y otras con reynas, defender el imperio y hacer correrías en él, conseguir que se les señalasen provincias, y tomarlas, y pelear los hunnos uturgurianos con los hunnos cuturgurianos. A unos y á otros los derrotó Belisario despues que unos á otros se habian debilitado. Los francos, bajo el dominio de los cuatro hijos de Clotario, los retiraron mas allá del Danubio. En tiempo de Carlo Magno volvieron á parecer, y los sujetó. Por último se cree que permanecieron en cuerpo de nacion en la Panonia, que de los ugrihunnos tomó el nombre de Hungría.

GODOS.

Los godos, visigodos, ostrogodos y otros pueblos que se siguen han dado lugar á investigaciones infructuosas y de mucho trabajo sobre su origen. Se les hace venir, así como á los hunnos de quienes ya hemos hablado, de los hielos del Norte, de los cuales se huian siempre que se conocian con fuerzas suficientes para ir á buscar climas mas benignos. ¿Pero qué paises serian aquellos de donde salieron, cuando prefirieron á ellos la Suecia, la Noruega, la Laponia, y las riberas é islas del mar Báltico? De estos paises pues los tomaremos, y en general los veremos partir para hacer su invasion por el Norte y el Mediodia, desde el parage en que aquellos pueblos cimbrós, teutones y otros hicie-

ron sus primeras juntas despues de haber dejado las tierras de su nacimiento. Cubrieron nuestro horizonte como una espesa nube : las luces de las historias penetran con dificultad su espesura , y solo producen como unos relámpagos , á cuya luz se dejan ver , no sin trabajo , algunas particularidades en punto de costumbres , y algunas acciones y sucesos en corto número que merecen recopilarse.

D del D.
2938
A. de J. C.
60.

Los godos , los getas y los cimbroson el mismo pueblo y hablaban la misma lengua. Voden, gran mágico , es el primer conquistador godo : se estableció en Suecia , y llevó allá , halló ó inventó los caracteres *púnicos* , que son la antigua letra gótica. No solamente era Voden hechicero , sino tambien poeta. Dicen que introdujo pobladores en Prusia , en Livonia , en gran parte de la Moscovia y en la Tartaria , en donde dejó su propia lengua entre los tártaros precopes. Entre estos pueblos estaban en grande honor la hospitalidad y la poligamia. La estimacion de un hombre era proporcionada al número de sus mugeres , por lo que se hallaban con una multitud de hijos ; pero lejos de dejarlos consumirse en sus propias casas , se quedaban con solo uno ; y á los demas , así que la edad lo permitia , los enviaban sus padres á buscar establecimientos en otros paises. De aquí provenian aquellos enjambres de asoladores que continuámente renacian. Los llamaron visigodos y ostrogodos , ó godos del Oriente y godos del Occidente. Castigaban con la muerte el adulterio , sin duda en las mugeres , porque los hombres como hacian las leyes sabian manejarse. El calzado que llevaban era de cerda , y no cubrian las piernas ni los muslos. No pasaba su vestido de la rodilla , y por lo comun era verde , con

la orla encarnada. Trenzaban el cabello, y usaban en la guerra lanzas y hachas.

Caracalla fue el primero que se desavino con los godos, y escitó sus armas contra el imperio, y desde entonces todo fue una cadena no interrumpida de guerras, con todos los excesos que son regulares en los pueblos indisciplinados; pero será suficiente indicarlos. Desde luego pagó el imperio á los godos una especie de tributo. El emperador Alejandro era originario de su nacion, y de haberle dado muerte violenta tomaron ocasion para apoderarse de la Tracia y de la Mesia. Quisieron los ostrogodos tener en estas provincias su parte; pero fueron vencidos, y despues el emperador Decio derrotó á los vencedores, los cuales le pidieron la paz con condiciones razonables, y se la negó. La misma desesperacion les dió fuerzas, é hicieron pedazos el egército de Decio, quitandole á él la vida en la batalla. Galo, que le sucedió, tuvo que sujetarse á un tributo.

Años
de J. C.
215.

Estaban los godos divididos en muchos egércitos. Uno de ellos asoló la Grecia, y saqueó el templo de Efeso: otro entró en el Asia, y desoló todas las provincias sujetas al imperio: equipó él mismo una armada formidable, y pasando el Bósforo, arruinó las costas de la Grecia, ayudandola el egército de tierra que la iba siguiendo. Los vientos, la peste, y algunos combates en que los romanos tuvieron buen éxito, los libraron de unos y otros; pero una division que se habia preservado de aquellas desgracias empezó de nuevo á robar, y se hizo tan fuerte que tuvo Aureliano que marchar en persona contra aquellos godos, y triunfó de ellos en un carro tirado de cuatro ciervos, que habia quitado á

Años
de J. C.
266.

Canabaldo, uno de sus reyes. Entre los muertos y los prisioneros se hallaron muchas mugeres vestidas de hombres, que habian peleado con valor. Los venció Diocleciano en las riberas del Danubio; pero despues se les ve en las Galias poniendo en fuga á los borgoñones y vándalos, y sucesivamente arrojados por Constantino, haciendo alianza con él, y ayudandole á asegurarse en el trono. Muy soberbios por haberle hecho este servicio pedian con esceso; pero Constantino contuvo á tan peligrosos bienhechores con una victoria tan visiblemente milagrosa, que muchos de ellos abrazaron la religion cristiana.

Años
de J. C.
395.

Su nueva religion no los hizo menos inquietos; porque de tiempo en tiempo se levantaban entre ellos algunos gefes que llegaban á ser grandes conquistadores. Uno de ellos, llamado Ermenrico, vencedor de todos los pueblos septentrionales, fue comparado á Alejandro Magno, y el nombre de Alarico todavía es célebre en la historia. Las diferencias entre Arcadio y Honorio, ó por mejor decir entre Rufino y Estilicon sus ministros, dieron ocasion para que este príncipe hiciese un papel importante en los asuntos del imperio. Rufino le llamó á la Grecia, que dependia del imperio de Oriente que él gobernaba, para que Arcadio le necesitase á él, viendo que habian invadido sus estados. Con efecto, acudió Estilicon al socorro de la Grecia, que no era de su departamento, con la esperanza de llegar á las manos con su rival, y perderle. Estos dos ambiciosos y Gaynas, Trebigildo y Radagaso, todos generales godos, llamados al imperio y arrojados de él, unas veces al sueldo de los emperadores, y otras peleando contra ellos, perecieron miserablemente.

Solamente se sostuvo Alarico, que cansado, por decirlo así, de ser el juguete de la política romana, buscado con ansia cuando podía ser útil, y despreciado con desden cuando no necesitaban de su auxilio, arrancó del emperador Honorio una promesa de cuatro mil libras de oro por alejarse de los muros de Roma; pero dilatando el emperador su cumplimiento con varios pretextos, volvió Alarico á presentarse delante de aquella capital, y la abandonó al saqueo. Murió poco tiempo despues.

Ataulfo fue el que empezó á transportar el poder de los godos y visigodos á España. Fue asesinado no menos que Sigerico su sucesor. Valia, sin perder de vista la España, puso el trono del imperio de su nacion en Tolosa. Teodorico I. y Turismundo, príncipe belicoso, se mantuvieron en él. A este último le llama un historiador de aquel tiempo el altivo e intratable rey de Gotia. Le asesinaron los oficiales de su ejército escitados, segun se cree, por Teodorico II su hermano, que fue el que le reemplazó. Este profesó amistad sincera con los romanos, y así le dejaron adelantar tranquilamente sus conquistas por la España, en la cual estableció sólidamente su trono; y cuando contaba con disfrutarle, le precipitó de él aquel mismo delito con que le habia adquirido, siendo el homicida Eurico su hermano, que fue el que arrojó á los romanos de España, y se apoderó de casi todo cuanto tenían estos en las Galias. Este príncipe gobernó sus pueblos con cetro de hierro, pero era amante de la justicia, y les dió leyes que despues perfeccionaron sus sucesores. Tenia Eurico su corte en Burdeos: era esta brillante y numerosa. Sidonio, que la habia visto, dice que en ella se veian con un aire

de pretendientes que suplicaban, los sajones, los francos, los hérulos, los borgoñones y los romanos; porque su grande penetracion y su atrevimiento en las empresas le hacian temible. Era un arriano zeloso de su secta, y perseguidor de los católicos, que no permitió que en su reinado se reemplazasen las sillas episcopales que vacasen, creyendo dar así un golpe mortal á la verdadera religion, porque no podria ser provista de dignos ministros del segundo órden, pues su eleccion no podria ser buena si no la hacian los obispos. Esta es una advertencia de Sidonio.

Años
de J. C.
453.

Mientras los godos y visigodos prosperaban en las Galias y en España, se hacian temibles los ostrogodos en la Panonia, la Esclavonia, y en todos los países que riega el Danubio. Ellos retiraban á los hunnos, alemanes y sármatas, y daban la mano á los visigodos en las Galias. Estas felicidades se consiguieron reinando Teodomiro, y las aumentó despues su hijo Teodorico III. Este príncipe, al principio muy afecto al emperador Cenon, hasta llegar á mandar sus egércitos, rompió con él: volvió á hacer las amistades, y por último, despues de muchas victorias que dieron bastante inquietud al emperador de Constantinopla, se dejó aplacar con dinero el ostrogodo, y con tierras y honras que prodigamente le hizo Cenon en su capital. En esta visita persuadió á Teodorico á que volviese sus armas contra Odoacre, rey de los hérulos, que teniendo á menos el título de emperador de Roma, habia tomado el de rey de Italia, estableciendo su trono en Ravena.

Años
de J. C.
483.

Partió Teodorico de la Mesia, en donde habitaba, con infinito número de combatientes que lle-

vaban consigo en carros sus mugeres, sus hijos y todos sus efectos. Por falta de navíos fue preciso dar la vuelta del mar Adriático. Un viage de invierno, la peste y el hambre hicieron muchos estragos en aquella multitud. Por fortuna disputó poco Odoacre la victoria en la primera batalla, que fue la que abrió á Teodorico las puertas de Milan y de Pavia; pero muchos de sus capitanes, ganados ó descontentos, le abandonaron, y se vió precisado á quedarse encerrado en Pavia mientras Odoacre tenia la campaña y la aselaba. Abundantes reclutas penetraron hasta Teodorico, y reemplazados sus desertores, le pusieron en estado de poder encerrar á Odoacre en Ravena. Duró el sitio tres años, durante los cuales se hizo Teodorico dueño de toda la Italia, y por último de Ravena, la que cedió Odoacre con la sola condición, dicen, de que se le conservase la vida; pero ni aun esta se observó. Acusan á Teodorico de haberle asesinado por su propia mano con pretexto de que este cautivo tramaba una conspiracion contra él. Dejó el vencedor á los pueblos de Italia las leyes romanas que ellos seguian, y hasta los magistrados. Esta política fue la que aseguró su poder.

VANDALOS.

El nombre de vándalos viene de una palabra goda que significa andar errante. Eran de origen godos, y por costumbre errantes. Una nacion vagante no tiene anales, y así solo en los fastos de los pueblos que atormentó puede hallarse memoria de sus acciones, por lo que es preciso recoger en la historia romana lo poco que se sabe de los vándalos.

Años
de J. C.
215.

Ya parecieron temibles en tiempo de Caracalla: acómetieron con felicidad al imperio en el reinado de Aureliano; no obstante este los hizo retirar, y fueron á llevar sus armas á las Galias: allí los venció el emperador Probo: se arrojaron sobre la Grecia, de donde fueron corriendo á España; y bajo la conducta del famoso Genserico pasaron al Africa, en donde consolidaron el trono de su poder.

Años
de J. C.
418.

Bonifacio, gobernador romano, llamó á este príncipe, que calumniado para con la emperatriz Placidia, y amenazado de perder su gobierno, apeló al auxilio de los vándalos. Reconciliado con ella, quiso desembarazarse de estos huéspedes con regalos; pero Genserico no los admitió, y continuó en hacerse fuerte con la toma de buenas plazas, y la de Cartago entre otras, por lo que esta rival antigua de Roma se vió otra vez en estado de hacer temblar á sus enemigos. Se asustó la Italia con la noticia de los preparativos que Genserico hacia: volvió á levantar la capital sus fortificaciones cercandose de castillos, como si ya el enemigo estuviese á sus puertas. Pero estas precauciones fueron inútiles por la prisa que se dió el rey vándalo, que desembarcando en Sicilia la conquistó; y poniendo el pie en Italia tomó á Roma, la entregó al saqueo, y se llevó la familia real á la Africa. Lo que habia podido huir de la rapacidad de sus soldados en el antiguo dominio de los romanos, hizo que lo volviessen á encontrar con una nueva irrupcion en Italia. Los enriqueció tambien con los despojos de las islas de la Grecia, que recorrió como vencedor; pero teniendo algunas pérdidas, vió todavía Roma otra vez sus batallones delante de Cartago; bien que Genserico hizo un tratado que salvó la capital. Reparó

Después todas sus pérdidas, se vió mas poderoso que nunca, y obligó al emperador Cenon á que renunciase á toda especie de pretensiones á la Africa, que habia sido provincia romana por cuatro siglos.

SUEVOS.

Los suevos desde el tiempo de César eran reconocidos por la mas grande y belicosa nacion de la ^{Años} de J. C. 8. Germania, y se los coloca entre el Elba y el Vístula. Su nombre sale de una palabra que significa hacer una vida errante; aunque obedecian á reyes, y tenian las mismas costumbres que los otros germanos. No empiezan á adquirirse algunas luces sobre su historia hasta el tiempo en que tuvieron sus diferencias con el imperio romano. Se sujetaron á Tiberio, y este trasladó á las Galias algunos millares de ellos: á otros les señaló tierras en la parte opuesta del Danubio, y un destacamentó se domicilió en Frisia. Por trescientos años fueron los suevos unas veces motivo de temor para el imperio, y otras el recurso de este ya amenazando á las provincias romanas, y haciendo en ellas grandes estragos; ó ya incorporandolos con los egércitos del imperio, y rechazando con ellos las oleadas de bárbaros que iban á inundar las fronteras.

Mientras uno de sus aduares muy numeroso se hallaba casi esterminado en Germania por Aecio, iba otro penetrando por España, tomando su parte con los vándalos y los alanos. Rechila, su rey, se formó un estado de los países que rodean las ciudades de Mérida, Sevilla y Cartagena. Rechiario, su hijo, se hizo fuerte en ellos, y se descompuso con los romanos. Por mas que su suegro Teodorico, rey

de los visigodos, le suplicó que no turbase la paz, todo fue inútil; le derrotaron y le quitaron la vida. Sobre quien le habia de suceder se suscitó una guerra civil entre los suevos, y así pasan sus príncipes rápidamente en el trono ensangrentado con la muerte violenta de muchos de ellos. Al fin venció Remismundo á los rivales que le disputaban la corona: tenia su corte en Lisboa con esplendor, y era muy estimado de los reyes visigodos, que eran por entonces los mas poderosos de la España. Despues de su muerte conquistaron estos su reino, y le hicieron una de sus provincias. Así acabó, y no duró doscientos años, el reino de los suevos. Estos habian abrazado la secta de Arrio,

FRANCOS,

Años
de J. C.
254.

Aquí no pretendemos hacer á los francos descendientes de Franco, hijo de Hector, que despues de la toma de Troya cuando Eneas transportó á Italia parte de sus habitantes fugitivos, haya ido él con otra á Germania para formar una nacion. Lo que es probable es que los francos fueron en su origen la mezcla de muchas naciones germánicas, á quienes dieron este nombre por su amor á la libertad. La primera vez que se les ve en la historia es en el reinado de Aureliano: su habitacion era hácia Maguncia en las orillas del Rin, el que pasaron muchas veces para ir á saquear. Se los halla divididos en muchas ramas, y era la principal la de los *salianos*. El primer historiador que habla de ellos los representa como un pueblo pérfido, que guardaba poca fe en los juramentos, y

era dado á la mentira: con los estrangeros muy corteses, entre sí muy unidos y justos, pero inquietos y revoltosos con los otros, lo que hizo decir á Eginardo, canciller de Carlo Magno: *Yo quisiera tener un franco por amigo, pero no por vecino.*

La primera espedicion que nos los da á cono-^{Años} de J. C. cer es la de Probo contra ellos. Los echó este ^{288.} príncipe de las Galias, en donde habian tomado muchas ciudades: y de una parte de los prisioneros, que eran muchos, formó batallones, y los incorporó en sus egércitos, enviando á los demas á las riberas del Ponto Euxino, en donde les dió tierras que cultivar. Este pueblo, acostumbrado á la vida errante, no se acomodaba á un género de ocupacion sedentaria: se apoderaron pues de las naves que hallaron de su gusto, y recorrieron las costas de la Grccia: las saquearon, pasaron el estrecho de Gibraltar, y cargados de despojos volvieron á entrar en su patria por la embocadura del Rin. Diocleciano y Maximiano, gloriandose de haber vencido á los francos, tomaron el sobrenombre de fránicos. Pero las hazañas de estos emperadores no impidieron que estos pueblos inquietasen siempre sus fronteras. Creyó Constantino intimidarlos tratando á sus prisioneros con la mayor crueldad, pues hizo echar á las fieras una grande parte, y entre otros, dos de sus reyes. Esta barbaridad no impidió que volviesen á empezar sus correrias en las Galias, y solo á costa de presentes se desembarazó de ellos el emperador Constante.

Ya se empezaban á conocer los reyes de estos ^{Años} de J. C. pueblos, y uno de ellos, llamado Malarico, te- ^{355.}

nia un grande empleo en la corte del emperador Constancio; pero durante este tiempo estaban todavía sus compañeros pasando el Rin, y saqueando y quemando á Colonia. Envió el emperador contra ellos á Juliano, que despues fue tan justamente llamado *el Apóstata*: este los rechazó de Reims, adonde ya habian avanzado. Otro rey, por nombre Mallabandes, fue cónsul, conde del palacio, y general de los egércitos romanos en tiempo del emperador Graciano; y esto no obstante, continuaban los francos en asolar las Galias. Vencieron un egército romano que habia ido á atacarlos en su pais, y le derrotaron tan completamente que se comparó esta derrota á la de Varo. Tres reyes se hallaban por entonces á la cabeza de estos pueblos, Genobaldo, Marcomero y Sunnon, los cuales, ya juntos, ya separados, hicieron guerra á los romanos y tratados de paz con ellos.

Ya con progresos militares, ya con negociaciones se iban adelantando los francos, y fortificandose siempre en las Galias, hasta que por último tuvieron bien establecido en ellas un rey llamado Farabundo, y se cree que tuvo su corte en Reims. No obstante no estaba su dominacion tan asegurada que algunas veces no titubease. Clodion, su hijo, vió que su trono vacilaba; pero le reforzó con las conquistas que adelantó hasta el rio Somma, al mismo tiempo que estendió sus dominios tomando á Tréveris y Colonia. Meroveo, que fue su sucesor, avanzó hasta el rio Sena, y fue uno de los reyes que se unieron con Aecio para vencer á Atila en los campos Cataláunicos, y de su nombre la primera línea de nuestros reyes se llamó la de

los Merovingios. Fue venerado y amado de sus pueblos como padre.

Quilderico su hijo, que le sucedió, le imitó en las hazañas militares; pues hizo respetar su poder hasta el rio Loira: mas en vez de hacerse estimar como su padre por sus virtudes, se reprenden en él tales desarreglos que sus vasallos dieron el cetro á Egidio, gaula de nacion, y general de los egércitos romanos. Se lisonjaba Quilderico de que no habria perdido para siempre el amor de sus vasallos, y así anduvo errante en los estados vecinos, esperando el buen éxito de los esfuerzos de un amigo fiel, llamado Viomaldo, á quien habia dejado para que redujese los espíritus á la razon. Al despedirse de este amigo partió en dos una pieza de oro, y quedándose él con la mitad, dió la otra á Viomaldo para que se la enviase en señal de que podria volver sin peligro. Recibió Quilderico la prenda de seguridad en el palacio de Basino, rey de Turingia, que le habia dado asilo. Partió sobre la marcha, y fue recibido en su reino con aclamacion. No habia pasado mucho cuando le fue siguiendo Basina, esposa del rey, que generosamente le habia dado hospedage, y no ocultó los motivos que le llevaban á su corte; porque le dijo: "Conozco vuestras prendas y calidades útiles, y si yo supiera que habia otro príncipe que mereciese ser á vos preferido, pasaria los mares por vivir con él." Lisonjeado Quilderico con este cumplimiento mas que galan, se casó con ella, y fue la madre de Clodoveo.

Años
de J. C.
456.

Cuando este príncipe subió al trono se hallaba el reino de su padre entre el Rahal, las ciudades de Langres y Cambray, el Esquelda y el Océano, bien fuese por la desercion de muchos vasallos

482.

que no le habian querido reconocer cuando volvió, ó bien por otras razones. La primera hazaña de Clodoveo fue apoderarse de Soissons, que estaba en poder de los romanos, y de Tongres, poseida de otra tribu de los francos. Casó con Clotilde, sobrina de Gundebaldo, rey de los borgoñones, que habia usurpado el trono, quitando la vida al padre de esta princesa, y que solo porque no pudo evitarlo dió su sobrina á un príncipe jóven capaz de vengar al padre de su esposa; pero ya Clodoveo se habia hecho muy temible para que se atreviese á negarsela. De este casamiento se siguió su conversion á la cristiana religion que profesaba Clotilde.

Daba esta señora conversacion á su esposo hablando de nuestros dogmas para inspirarle el gusto de seguirlos, y este gusto llegó á ser convencimiento que se declaró con la ocasion de un peligro urgente. Vinieron sobre las Galias los guerreros de Alemania, y Clodoveo salió con ellos acompañado de Sigeberto, rey de los francos ripuarios. Se encontraron en Tolbiac, lugar poco distante de Colonia: fue la batalla sangrienta: iban los bárbaros ganando terreno, y ya se introducía entre los francos el desórden, ocasionado por una herida que recibió Sigeberto. En esta afliccion se acordó Clodoveo del Dios de Clotilde, é hizo voto de bautizarse abrazando su fe si el Señor le daba la victoria. Al punto se pusieron en fuga los vencedores, como heridos del poder divino, y Clodoveo fiél á su juramento llamó á san Remigio, obispo de Reims, el cual le instruyó, y le bautizó con tres mil de sus vasallos principales, y el ejemplo de estos se llevó gran parte de la nacion. Aquí debe observarse que por entonces solo Clodoveo era príncipe católico;



Clodoveo y Alarico se juran amistad.

La rapidex con que iba extendiendo Clodoveo los límites de su imperio, llenó de inquietudes á Alarico, y receloso al ver se le acercaba tan temible guerrero, vino con él á las manos. Avisaronse por fin cerca de Ambois. y se juraron amistad. Duró muy poco, porque tales pactos dictados por la necesidad ó la conveniencia, los dicta ordinariamente la mano á despecho del corazón.

porque el emperador de Oriente, los reyes de los ostrogodos en Italia, los de los vándalos en España y en Africa eran arrianos, y los reyes de los francos y de los borgoñones en las Galias eran paganos todos. Se cuenta que predicando san Remigio la pasion del Salvador, llegando á hablar de las burlas de los judíos, se levantó Clodoveo echando mano á la espada, y dijo: "No hubiera sucedido eso si yo hubiera estado allí con mis francos."

Despues de la batalla de Tolbiac vió Clodoveo aumentarse su imperio con la reunion de los francos armóricos, que eran una república entre el Loira y el Sena, y eligieron la monarquía bajo su centro. La profesion de la fe católica le valió tambien la sumision de los romanos que habian quedado en las Galias, queriendo estos mas obedecerle á él que á los príncipes arrianos. Muchas ciudades hicieron capitulaciones con este príncipe, y él las observó exactamente dejandoles sus leyes y magistrados. De este modo las leyes romanas se perpetuaron en Francia, y la mezcla de los naturales civilizados suavizó poco á poco la ferocidad de los francos sus vencedores.

Sucedió lo que Gundebaldo, tio de Clotilde, ^{Años} ^{de J. C.} ^{507.} habia temido, porque Clodoveo le hizo la guerra, se apoderó de algunas ciudades de su reino, y entre otras de Dijon. Por sus victorias llegó á las manos con Alarico, rey de los visigodos, que le veia con inquietud adelantarse hasta su vecindad. Tuviron estos dos príncipes una conferencia en una isla del rio Loira, cerca de Ambois; y fuese temor ó estimacion recíproca, ó bien otros motivos, se juraron amistad; mas no duró. Era Alarico acérrimo arriano, y persiguió á algunos obispos cató-

licos: las quejas de estos llegaron desde el fondo de Rovergue á los oídos de Clodoveo, el cual dijo á sus francos: "Vamos allá, no suframos que estos arrianos posean nada en las Galias." Su ejército inflamado por este medio marchó contra los visigodos. Hubo circunstancias milagrosas que acompañaron á esta expedición, porque una corza que atravesó el río de Viena, en presencia de los francos, mostró el vado á Clodoveo. Un globo de fuego sobre la iglesia de san Hilario en Potiers le indicó por qué lado debía ir á seguir á Alarico, al que alcanzó en la llanura de Vonglet, le atacó, y le mató con su propia mano. Se apoderó pues de la mayor parte de sus estados, dejando á los vencidos en sus costumbres y gobierno según su política ordinaria. Por la pronta disminución del arrianismo en las partes meridionales de la Francia sujeta á Clodoveo, se ve que no fue infructuoso en ella el zelo de los obispos católicos.

Años
de J. C.
510.

Volviendo Clodoveo de esta expedición brillante y útil, recibió en Tours las insignias del consulado romano, el manto y la túnica orleada de púrpura con los demás ornamentos de cónsul que le envió el emperador Anastasio. Se le vió lisonjearse con este favor, adornándose de aquellas insignias, muy contento en la iglesia de san Martín. Hizo de aquella ceremonia una fiesta para el pueblo, distribuyéndole dinero. De Tours pasó á París, en donde fijó su corte, y desde entonces siempre ha sido esta ciudad la capital de la monarquía francesa; y aunque en tiempo de sus sucesores hubo muchos reyes, siempre se quedó París, como *pro indiviso* entre todos ellos, ó el que la ocupaba era reconocido por rey de Francia con preferencia á todos los demás,

Es muy sensible que las bellas calidades de Clodoveo, su valor, su ciencia militar, su política diestra y atractiva, la equidad de su gobierno que reunió bajo su cetro hasta los republicanos: es muy sensible, digo, que tan brillantes prendas se obscureciesen en los últimos tiempos de su vida con algunos rasgos de crueldad, de lo que puede inferirse que ni aun la mansedumbre que enseña la religion cristiana bastó en él para suavizar su natural ferocidad. La ambicion le hizo cometer delitos que no pueden excusarse con ningun pretesto. Despues de haber retirado sus fronteras á costa de los visigodos, no le restaba ya para formarse un vasto y firme imperio sino hacerse reconocer rey por aquellas tribus de francos que le estrechaban, teniendo cada una su príncipe particular. Empezó por Sigeberto, aquel rey de los ripuarios, que habia sido su compañero en los peligros de Torbiac. Escitó oculta-mente contra él á su hijo Cloderico, que asesinó á su padre, y Cloderico sufrió bien presto la misma suerte. Con esta noticia acudió Clodoveo, juntó los ripuarios, y declaró que él no tenia parte alguna en aquellos homicidios: precaucion que parece indicar que habia contra él algunas sospechas. O le creyeron, ó fingieron que le creian; pero los ripuarios, cuyos dominios se estendian desde Fulde hasta Chalons sobre el Marne, y cuya capital era Colonia, se sujetaron á él.

Otro pequeño rey, llamado Chararico, poseia un terreno desde Boloña hasta Gante. Con pretesto de que este príncipe no se habia juntado con él contra los romanos, le sorprendió en una emboscada, y apenas le tuvo en su poder, le hizo cortar el largo cabello, que era la señal distintiva de los prin-

cipes entre los francos: lo mismo ejecutó con su hijo, y para que no pudiesen en adelante ocupar el trono, hizo ordenar de sacerdote al padre, y de diácono al hijo. Oyendo este infeliz jóven á su padre quejarse de su desgracia, le dijo: "Quitándonos esta dignidad y privándonos de sus distintivos, no han hecho mas que quitar las hojas á un árbol verde, que presto las reproducirá nuevas. Muera pues nuestro enemigo en criando nosotros nuevo cabello." Le contaron á Clodoveo este discurso, y mandando quitar la vida á los dos príncipes se apoderó de sus tesoros y estados.

Restaba Regnacario, rey de Cambray, vecino demasiado cercano de este rápido rio para que dejase de llevarsele. Los historiadores nos le representan como un príncipe disoluto, que con sus torpezas se habia suscitado el odio de sus vasallos, y dicen que estos llamaron á Clodoveo. Regnacario y Ricario, su hermano, quisieron defenderse; pero les habian hecho traicion, y los cómplices en ella los cercaron, y se los presentaron á Clodoveo cargados de cadenas. "¿Cómo habeis podido sufrir, dijo á Regnacario, que á la sangre noble que teneis se la haga lá afrenta de agarrotaros de ese modo? Debierais haber muerto antes que sufrir que os tratasen de ese modo;" y al punto le rajó la cabeza con el hacha. "Y vos, añadió, hablando con Ricario, si hubierais defendido á vuestro hermano como debiais, no le hubieran atado de ese modo;" y dandole un golpe igual cayó muerto á sus pies. A los traidores les dió en recompensa unos brazaletes que creyeron ser de oro; pero habiendo advertido que eran de cobre dorado, representaron sus quejas á Clodoveo, y les respondió: "Los que venden á sus señores no deben



Barbaridad de Clodoveo.

Estrechado Regnacario por Clodoveo, y odiado de sus vasallos, se halló impensadamente vendido por estos; cargados de cadenas él y su hermano Ricario, y presentados ambos á su enemigo, que despues de insultarlos, les partió por sí mismo con su hacha la cabeza. Si por sus hazañas y algunas buenas prendas pudo parecer heroe Clodoveo, esta y otras atrocidades le colocarán entre los barbaros.

ser pagados en mejor moneda; y así no me importuneis: demasiada fortuna lograis pues os dejo vivir despues de lo que ha pasado.”

Todos estos príncipes, y otros muchos, de quienes Clodoveo se deshizo en los últimos tiempos de su vida, eran parientes suyos. Con estos multiplicados homicidios consiguió que en todas las Galias reconociesen su autoridad. Pero el buen éxito de sus bárbaras acciones no podia sofocar los remordimientos de su conciencia, y así se le oyó esclamar: “¡Infeliz de mí, que he perdido todos mis parientes, y me hallo en cierto modo estrangero en mis propios estados!” Murió á los cuarenta y cinco años de su edad. La reyna Clotilde se retiró á Tours, de donde iba raras veces á París; y los estados de Clodoveo se repartieron entre sus cuatro hijos. Teodorico reinó en Metz: Clodomiro en Orleans: Clotario en Soisons; y Childeberto en París. Estos cuatro reinos eran cuatro monarquías diferentes, cuyos príncipes no dependian uno de otro, como habian estado los reyes de las diferentes tribus antes de Clodoveo; y así los esfuerzos de este para formar de su monarquía un todo inalterable, no tuvieron otro efecto que repartir entre sus descendientes lo que antes estaba repartido entre sus parientes y aliados.

BORGÑOÑONES.

Sobre el origen de los borgoñones hay opiniones diferentes. Les hacen descender de los soldados romanos que Druso y otros emperadores dejaron acampados en Germania para contener á los pueblos conquistados. Los que son de este parecer los tienen por poco belicosos, suponiendo que gustaban

de vivir en los asilos de las ciudades y fortalezas, e iban á las Galias á llevar las labores de su industria; pero este no puede ser el género de vida de un pueblo entero: y así cuando vemos á los borgoñones ya aliados y ya enemigos de los romanos antes de entrar en las Galias; cuando los vemos con gefes, cuyos nombres todavía se saben, y con habitacion fija en las riberas del Danubio, es natural inferir que desde luego formaron una nacion aislada, que vendria, como otras, del norte de Alemania; y siguiendo diferente opinion diremos que era un conjunto de vándalos y otros bárbaros, como los llaman los historiadores romanos.

Años
de J. C.
275.

Sea como fuere, por los años 275 ya se les consideró temibles por una irrupcion que hicieron mas allá del Rin. Despues avanzaron ó se retiraron, segun los obstáculos que les opusieron. Cuando no se veian con suficientes fuerzas se juntaban con los suevos, alanos y vándalos: diversas tentativas los llevaron á la Alsacia: ya penetraron por las montañas de Saboya y las de san Claudio: y por último, fijaron el trono de su imperio en Viena del Delfinado, desde donde se estendieron hasta Dijon y Maccon por el pais que despues se llamó de su nombre la Borgoña. Ya hemos visto que Clodoveo habia, por decirlo así, cercenado su corona, usurpada por Gundebaldo, homicida de su hermano y de sus hijos varones, hermanos de Clotilde. Este príncipe es famoso por su ley sobre el desafio judiciario, y por las condiciones que prescribió á los que quisiesen decidir sus derechos por las armas. A la verdad un establecimiento tan bárbaro merecia tener á un asesino por legislador.

516.

Por desgracia tuvo Segismundo, su hijo y su-

tesor, la de dar crédito á las calumnias de su segunda esposa contra Sigerico, á quien habia tenido de la primera. Le acusó la madrastra de que atentaba á su trono y á su vida, y el padre demasiado crédulo hizo quitar la vida al infeliz príncipe; mas apenas habia dado el último aliento cuando Segismundo se arrepintió. En su desesperacion se arrojaba sobre el cadáver de su hijo, le abrazaba tiernamente, y le regaba con sus lágrimas como pidiéndole perdon. Uno de sus criados viejos, que se halló presente, le dijo: "Ya, señor, no lloreis á Sigerico que murió inocente: sobre vos sí que debéis llorar." La pesadumbre de esta accion envenenó todo el resto de su vida, y le ocasionó una guerra de parte de Teodorico, rey de los ostrogodos, y tio de Sigerico. A esta se le juntó otra, provocada por Clotilde, porque esta reina empeñó á sus hijos en que en Segismundo vengasen la muerte de su padre y sus hermanos, á quienes Gundebaldo habia hecho arrojar en un pozo. Sorprendieron á Segismundo disfrazado en hábito de monge, y toda su familia cayó en manos de Clodomiro, rey de Orleans. Por represalias del tratamiento que habia dado al padre y hermanos de Clotilde, los hizo echar tambien en un pozo. Hubo despues entre los francos y borgoñones una paz, y luego una guerra, cuyas desgracias pusieron á Gundemaro, su rey, en las cadenas de Childeberto y de Clotario, que le tuvieron estrechamente encerrado. Viendose los borgoñones sin gefes, trataron con los francos por los años de 534, y se sujetaron á un tributo con la condicion de que les fuese permitido gobernarse segun sus leyes. Se les concedió este privilegio, y se les conservó mientras duró toda la línea de los reyes Merovingios.

ALEMANES.

Años
de J. C.
214.

Los alemanes habitaban entre el Danubio, el alto Rin y el Mein. El fundamento de esta nacion eran los suevos, con quienes se juntaron muchos gaulas y otras familias de diferentes naciones. Esto espresa la palabra germánica *All-man*, de la cual tomaron el nombre. Eran muy apasionados á la libertad. Alemanas eran aquellas mugeres que en tiempo de Caracalla se ahorcaron por no verse reducidas á la esclavitud. Gustaba tanto de esta nacion este príncipe que formó de ella su guardia: se complacia mucho en vestirse á la alemana, y ponerse peluca del color de sus cabellos. Maximino los trató con dureza y los encerró en su pais. Volvieron á salir en tiempo de Valeriano, y penetraron por una parte en las Galias y por otra en la Italia: los rechazó Aureliano, y ya solo pedian que los dejase volver á su pais, cuando cerrandoles él los caminos, vió lo que puede la desesperacion; porque le sorprendieron los alemanes y le vencieron. Se desquitó haciendo en ellos grande matanza: mas parecia que renacian de sus mismas derrotas. Constanzo Chloro, Constantino y el emperador Juliano mataron en diferentes batallas tantos que asustaba el número de los muertos. Siempre rechazados, pero siempre volvian á presentarse entrando por todos los lugares si lograban abrirse alguna entrada. Muchas tropas considerables se acantonaron en las provincias de la Suiza, entre los valles de Jura y al rededor del lago de Ginebra, entre tanto que el grueso de la nacion combatia en Torbiac, en donde mataron á su último rey.

GEPIDAS.

Los gépidas, originariamente godos y vándalos, vinieron de las lagunas Meótides á los alrededores del Danubio : tuvieron sus peleas con los borgoñones de Italia y los lombardos, y fueron uno de aquellos pueblos que Atila juntó para sus expediciones. Aunque los sujetaron los hunnos, recobraron su libertad é hicieron frente á los lombardos aun cuando estos estaban fuertes ; mas al fin se rindieron, y sufrieron tantas pérdidas que, confundiendo entre los vencedores, desaparecieron.

Años
de J. C.
245.

553.

HERULOS.

Desde las lagunas Meótides se arrojaron los hérulos una parte mas allá del Danubio, y otra fue á asolar la Grecia. Incendió á Atenas, Esparta y Argos, y penetró por el Asia. Eran una nacion viva y emprendedora, por lo cual los romanos reclutaban entre ellos sus tropas ligeras. Suplicaban á los ancianos y enfermos que muriesen, ó por fuerza les quitaban la vida. La muger tenia obligacion de ahogarse con un cordel sobre el cadáver de su marido, sopena de deshonra. Se les reprende haber dado en las torpezas mas vergonzosas y opuestas á la naturaleza, y pretendido aplacar sus dioses con víctimas humanas. Llevaron el hierro y el fuego al Epiro, á la Tracia y á todas las islas del Archipiélago, y desde el Neso hasta el Rin. Los arrojó Justiniano de Italia, y se confundieron entre los pueblos adonde se dispersaron. No obstante dejaron por largo tiempo, como aguas impuras, los miasmas ó

207.

partículas infectas en los canales que los recibieron.

MARCOMANOS.

Años
de J. C.
63.

En donde primero se hallan los marcomanos es en las orillas del Danubio, y César dice que eran originarios de las Galias. Los introdujo su rey Merobodio en el país que ocupaban los boyanos, y ahora se llama la Bohemia. Fueron uno de los primeros pueblos de la Germania que manifestaron alguna civilización, pues ya hacían uso de los caracteres rúnicos. Por sus hazañas contra el imperio se ve que entendían la disciplina militar. Domiciano se vió en la precisión de comprar de ellos la paz. Tenían la política de hacer liga con los pueblos vecinos para llevarlos contra el imperio, y esto los hizo muy temibles. Duraron sus estragos hasta que 396. Fritigilda, una de sus reinas, que había abrazado la religión cristiana, suavizó sus costumbres: entonces se recogieron en la Bohemia, país que habían elegido para su habitación.

CUADOS.

120.

A los cuados los colocan en la Moravia, vecinos de los marcomanos, y tuvieron frecuentes guerras contra el imperio. Cómodo les impuso la ley de contenerse á dos leguas del Danubio, de no tener sino una vez al mes las asambleas comunes, y de entregar sus armas. No obstante Probo y sus sucesores los hallaron bien armados: y porfiando en desquitarse, aunque muchas veces vencidos, se dejaron caer en las Galias. A pesar de los despojos que robaban todas estas naciones, no por eso parece que

fuesen mas ricas ni mas curiosas en adornarse. Valentiniano se tuvo por insultado porque le enviaron los cuados unos embajadores vestidos, por decirlo así, de andrajos; pero ellos respondieron que eran los principales de la nacion. Ya no nos debe admirar que los emperadores tratasen algunas veces á los gefes de estos bárbaros, que ellos llamaban reyes, con el mayor desprecio, hasta hacerlos ahorcar, y echarlos á las fieras en los espectáculos del circo. Los miraban como saltadores, ó como gentes á quienes daban sueldo.

SARMATAS.

Muchos de estos bárbaros hicieron que los soberbios romanos formasen de ellos ideas mas ventajosas, y entre otros fueron los sármatas ó saurómatas, á quienes colocan en el vasto pais que actualmente contiene la Polonia con parte de la Rusia y la Tartaria. Estaban repartidos en muchas tribus, y cada una tenia su rey. En las torpezas les suponen el mismo gusto depravado que á los hérulos, y aun los hacen antropófagos; bien que estos horrores deben sin duda reducirse á algunos pequeños paises de aquellos inmensos pueblos. En el reinado de Neron empezaron á ser conocidos y temidos de los romanos. La codicia del botin multiplicó y prolongó sus irrupciones en el imperio; pero hallaron que les hacian frente los godos que defendian las barreras. Hubo entre estos dos pueblos en las riberas del Mariza en la Dacia una famosa batalla muy funesta para los sármatas, pues perdieron en ella á su rey Visimar y la flor de su nobleza. Reducidos á esta estremidad armaron á sus esclavos;

Años
de J. C.
63.

pero estos se volvieron contra sus dueños, y los echaron de su país. Constancio los ayudó á sujetar á aquellos rebeldes, y volvió á ponerlos en sus hogares; pero ya esto sucedió pasados veinte y cuatro años de destierro, por lo que sin duda los que volvieron sospecharian de sus mugeres cosas poco agradables.

Años
de J. C.
460.

Como las tribus de los sármatas eran tantas, no es seguro que los que experimentaron un destierro de tan grande humillacion fuesen los antepasados de los polacos y tártaros de nuestros tiempos.

LOS DACIOS,

La Dacia ocupaba la Moldavia, la Valaquia y una parte de la Transilvania. Los habitantes de estos países, conocidos con el nombre de Daces, vinieron de la Escitia, y no degeneraron del valor de sus mayores. Eran sobrios, vigorosos, capaces de sufrir todas las fatigas de la guerra, y tenían además de esto la ventaja de mirar la muerte como principio de otra vida mas feliz, y con esta idea se esponian á los mayores riesgos con la misma tranquilidad que si tuvieran que emprender un viage. Recibieron esta doctrina de un célebre filósofo que hubo entre ellos, llamado Zamolxis, que se cree haber sido su rey. Orolo, otro de sus monarcas, cuyo descontento con sus vasallos, porque en una batalla no habian mostrado su valor ordinario, mandó que hasta que reparasen su honor con algunas hazañas, todos al acostarse pusiesen la cabeza en donde habian de estar los pies. Se cuenta esta particularidad para hacer ver que algunas veces vale mas un hilo que un cable para gobernar á los hombres.

Desde el tiempo de Augusto hasta el siglo tercero fueron los daces el azote del imperio romano, cometiendo horribles crueldades. Su rey se llamaba Duras, y se debe notar, como rasgo bien raro en la historia, que no hallandose con la habilidad necesaria para resistir á Domiciano, que iba contra él con un numeroso ejército, dejó por su voluntad el trono, y se le entregó á Decébaló. El nuevo rey correspondió á la esperanza de su antecesor: porque tan político como guerrero, cuando se veia estrechado pedia la paz antes de hallarse tan debilitado que se la pudiesen negar; y en llegando algun momento feliz volvía á empezar la guerra. Entre estas alternativas redujo al imperio á que le pagase un tributo con el nombre de pension, hasta que Trajano redimió esta condicion vergonzosa. Decébaló, uno de los mas peligrosos enemigos que tuvo el imperio romano, viendose vencido se quitó la vida por no servir al triunfo del vencedor, y así quedó su reino hecho provincia romana. Despues se apoderaron de él los godos: le llamaron la antigua Dacia, y abandonandole, transportaron los romanos el resto de los daces á la Vúlgaria y á la Servia, que algunas veces fueron calificadas con el nombre de nueva Dacia.

VULGAROS.

Los vúlgaros siempre tuvieron y aun tienen una lengua particular llamada esclavona, que es muy diferente de la de todas las naciones germanas, de lo que se conjetura verosimilmente que traen como los germanos su origen de los escitas, y de aquellos escitas que en su primera emigracion se dirigieron

hácia el Asia. Antiguamente habitaron la ribera del Volga al norte del mar Caspio, por lo que su pais se llamó Volgaria, y ellos vólgaros, de lo que se formaron fácilmente los nombres de Vulgaria y vúlgaros.

Años
de J. C.
320.

No se sabe exactamente la data de su salida de aquel pais; pero por los tiempos del reinado del emperador Anastasio hicieron sus irrupciones á la Tracia y á la Macedonia, hasta que se formaron un establecimiento en los lugares que actualmente tienen por límites el mar Negro, la Romania, la Macedonia y la Servia. Desde este centro partieron contra los puntos del imperio griego que tenían á mejor proporcion, por mas de quinientos años; y no contentos con estrechar perpetuamente á aquel imperio debilitado por donde le tenían vecino, le atacaron aun en la Germania, mucho mas allá del Danubio, y en la misma Italia, en la cual se apoderaron del ducado de Benevento. El trono de Constantinopla, así cuando le ocupaban los emperadores griegos, como cuando le poseian los latinos, jamas tuvo enemigos mas constantes y porfiados. Pasman los recursos de este pueblo, pues vencido, casi destruido, y perseguido con grande mortandad en su mismo pais, volvía poco tiempo despues á presentarse bajo los muros de Constantinopla.

775.

Constantino Copronimo ganó contra ellos una grande victoria, que no le costó un solo hombre. Admirado Elerico su rey de semejante singularidad, sospechó por las maniobras del egército enemigo que le habian hecho traicion; pero estaba la dificultad en conocer los traidores. Dejó pues pasar algun tiempo, y luego escribió al emperador que pensaba en resignar su corona, y en hacer una vida de parti-

cular en Constantinopla : para esto le pidió salvo-conducto, y los nombres de los vúlgaros de quienes podia fiarse para descubrirles su pensamiento, y llevarlos por escolta. Lo uno y lo otro le envió Constantino; y conociendo Elerico por este medio quienes eran los que mantenian correspondencia con el imperio, les quitó á todos la vida. Quiso Constantino vengarlos, y he aquí las semillas de las nuevas guerras.

Bien que de una y otra parte no necesitaban de razones ni de pretextos, porque si á un emperador le acometian otros enemigos, contaba por seguro que presto tendria sobre sí á los vúlgaros; y cuando á estos los debilitaban algunas plagas de peste ó de hambre, veian llegar á los romanos por colmo de sus males. Tambien algunas veces se unian estos enemigos, y se veian en los egércitos imperiales batallones vúlgaros destinados contra otros pueblos. Uno de sus reyes, llamado Simeon, aprovechandose de las divisiones intestinas de la corte de Constantinopla, puso sitio á esta ciudad, y solo á fuerza de súplicas y ruegos consiguió el emperador que le levantase.

Se hallaban estos pueblos muy gloriosos y prósperos, cuando se vieron asaltados por una multitud de rusos que se esparció sobre su territorio, y en esta ocasion temiendo sin duda los romanos que llegase la inundacion hasta ellos, ayudaron á los vúlgaros á rechazar aquellas olas impetuosas, y de sus estragos resultó una especie de anarquía por el gobierno de cuatro hermanos que no estaban muy unidos. Samuel, príncipe guerrero, reunió en sí toda la autoridad, y la empleó en atormentar de nuevo al imperio griego. Basilio, que entonces ocupaba el

Años
de J. C.
971.

trono, se vengió de sus vejaciones con unã atrocidad que no tiene semejançe en la historia, ni se repetirá aunque se ve contada en ella. Habiendo hecho quince mil prisioneros, les hizo sacar los ojos á todos; y señalando á cada ciento por guia uno, á quien habia dejado un ojo, se los envió en tan infeliz estado á Samuel. Fue tanto lo que este príncipe se entristeció con este espectáculo, que murió de dolor á los dos días.

Años
de J. C.
1219.

Persiguió Basilio á los vùlgaros sin dejarlos descansar: los venció en muchos encuentros: les tomó muchas fortalezas: perdió su rey la vida en un asalto, y los señores vùlgaros desalentados con tantas pérdidas se determinaron á ceder á la fuerza, y sujetandose á Basilio, le entregaron todas las plazas. La misma reina fue á verle con tres hijos y seis hijas, y renunció á todos los derechos que pudiera tener á la corona de Vùlgaria. Aun la quedaban otros tres hijos que se habian retirado á parages inaccesibles; pero Basilio hizo acometerlos de modo, que se vieron precisados á rendirse. Los trató á todos con bondad, y les dió plazas distinguidas en su corte ó en los egércitos. A la madre y á las hijas, á quienes manifestó siempre gran respeto, las señaló unas pensiones proporcionadas á su dignidad.

1296.

Hubo despues entre los vùlgaros algunos movimientos de rebelion, bien por mal contentos, ó bien por impostores, que decian ser descendientes de la sangre real, y solian seducir á los pueblos. En medio de estos movimientos que duraron por mas de un siglo, el imperio de los vùlgaros se aseguró tanto que pudo luchar aun con ventajas contra el de Constantinopla. Juan, rey vùlgaro, derrotó delante de Andrinópolis á Balduino, primer

emperador de los latinos, le llevó prisionero, y le mandó cortar los pies y las manos. Así mutilado como estaba le arrojaron á un valle, en donde estuvo agonizando tres días: durante estos se vió devorar de las aves de rapiña y de las fieras carnice-
 ras. En 1226 sujetó Esteban, rey de Ungría, á los vùlgaros, y desde el tiempo de este príncipe tomaron los reyes de Ungría el título de reyes de Vulgaria, el que con el reino de Ungría ha pasado á los príncipes de la casa de Austria; pero la potestad real está en los turcos, que poseen la Vulgaria desde el año 1396.

OSTROGODOS.

Ya hemos dicho que no pudiendo el emperador Zenon conservar la Italia, quiso mas ver en el trono de esta á Teodorico, rey de los ostrogodos, que á Odoacre, rey de los hérulos, y fue el que dirigió, por decirlo así, las conquistas de Teodorico, y le dió consejos. Por haberlos seguido hizo este príncipe la felicidad de sus nuevos vasallos, y nunca la mutacion de soberano ocasionó menos trastorno en el gobierno: dejó los mismos magistrados y los mismos impuestos: verdad es que premió y dió privilegios á los que se habian mostrado favorables á la revolucion; pero no castigó á los que habian sido contrarios. Si esta moderacion se debió á la política, tampoco se puede dudar que tuvo en ella parte el carácter del nuevo rey; porque al recibir la corona habia jurado que su conducta sería tal que sentirian los italianos no haber vivido antes sujetos á los godos, y mantuvo su palabra. Puso la adminis-

Años
de J. C.
490.

tracion de justicia en los hombres mas hábiles y mas integros, y asistia algunas veces Teodorico á los pleitos, dando por sí mismo la sentencia. Por sí mismo revisaba tambien las listas de los impuestos, y siempre ganaban los quejosos alguna cosa en su examen. Manifestaba el mayor respeto por su religion, y hacia honor á su creencia con la templanza, castidad y otras virtudes de que nunca se apartó. Todos estos elogios le dan los escritores católicos, aunque él era arriano. Tambien se alaba su exactitud en reparar los perjuicios que podian causar sus tropas en las marchas; y en pagar cuanto se tomaba para el servicio de los egércitos y los campamentos: su caridad con los pobres, y sobre todo con las viudas y huérfanos: y la generosidad con que rescataba el mayor número que podia de vasallos cautivos. Entre las acciones notables de Teodorico se debe poner el viage que hizo á Roma, reclamado por dos rivales que se disputaban la silla de la capital del mundo, y ya sus pretensiones habian encendido una guerra civil. Creyó que los sosegaria decidiendo en favor de Símaco, que habia sido el primer elegido; pero los partidarios de Laurencio no cedieron, por lo que convocó un concilio, y se aprovechó de esta ocasion para satisfacer al deseo que mucho antes tenia de ver aquella famosa ciudad. Le recibieron en ella con la mayor pompa, asistió al senado, y manifestó la mas grande deferencia para con los miembros de tan ilustre cuerpo. Le llevó su curiosidad á todos aquellos lugares que ofrecian alguna cosa notable: confesó que era una ciudad que le llenaba de satisfaccion, y dió á entender que hubiera puesto en ella su trono, con preferencia á Ravena, si la necesidad de los negocios no le detuvie-

ran en esta por estar mas en el centro de su imperio.

Boecio, descendiente de Manlio, fue el que arregló á Teodorico en el senado. Habia estudiado este patricio en Atenas, y siguió la escuela de los peripatéticos, lo que dió á entender traduciendo á Aristóteles con comentarios. Se le deben tambien las traducciones de muchos escritores griegos, Pitágoras, Euclides, Platon, y aun algunas obras teológicas contra Eutiques y Nestorio. Habia pasado Boecio por todos los cargos con aplauso general, y gozaba de una gloriosa reputacion, justamente adquirida. Le estimaba Teodorico, y le empleaba con confianza en los grandes negocios. No obstante, dió oídos á los envidiosos que le acusaban de trato secreto con el emperador de Constantinopla, y del designio de sacar á Roma del dominio de los ostrogodos, y hacerla volver al de los griegos. Teodorico sin aclarar estas acusaciones mandó prender á Boecio y á su suegro Símaco, por complicado en el supuesto proyecto, y los sentenció con la misma precipitacion á cortarles la cabeza.

Apenas se egecutó esta injusta sentencia cuando Teodorico sintió el mas amargo arrepentimiento. Por todas partes le iba siguiendo la imágen de los que habia condenado á muerte. Poco despues, poniendole en la mesa la cabeza de un pescado muy grande, se le representó que estaba viendo la cabeza de Símaco que le estaba amenazando con los ojos. Dejó la mesa sobrecogido de horror, y sobrevivió pocos dias á esta terrible memoria. Habia tenido tres hijas en una hermana de Clodoveo: una casada con Segismundo, rey de los borgoñones, madre de Sigerico: la segunda con Alarico II, rey de los visigodos, del cual tuvo á Ama-

Años
de J. C.
326.

larico. Teodorico su suegro gobernó sus estados como hábil tutor, y se los entregó como fiel depositario. La tercera, llamada Amalásunta, aunque no destinada á un esposo coronado, fue tal vez mas feliz con Eutarico, príncipe de su sangre, jóven amable, y generalmente estimado. Le dió Teodorico la mano de su hija con la esperanza de la corona; pero murió antes que su suegro, y dejó un hijo de ocho años llamado Atalarico, y el rey de los ostrogodos al morir le instituyó heredero, bajo la tutela de su madre.

Todos los historiadores celebran la piedad, la religion, la prudencia y los conocimientos de Amalásunta. En una carta al senado romano se llama *gloria de los príncipes, la flor y ornamento de su familia, y el Salomon de su sexo*. Nos la representan como versada en los conocimientos de los griegos, é instruida en la mayor parte de las lenguas. Su gusto por las bellas letras, muy señalado y tal vez muy favorecido, no agradó á los señores ostrogodos, mas guerreros que estudiosos. No les pareció bien que la reina criase al jóven príncipe al estilo de los romanos, diciendo que no convenia semejante educacion al soberano de una nacion activa y belicosa. Decian que Teodorico no se habia criado así, y no por eso dejó de ser un príncipe de grandes talentos; y de aquí concluian que su nieto debia educarse del mismo modo, si habia de tener los mismos aciertos. En consecuencia suplicaron á Amalásunta que despidiese los pedantes que su hijo tenia al rededor, y le diese compañeros de su edad. Como lo pedian de modo que no se les podia negar, consintió en sus deseos; y sucedió que el príncipe jóven no teniendo freno se entregó á las torpezas, cayó en una enfer-

medad de consuncion, y murió sin sucesion en la flor de su edad.

Tenia Amalasunta contra sí la faccion de los señores ostrogodos que la habian quitado la educacion de su hijo: los castigó mientras gobernaba bajo la autoridad de este príncipe disipado; pero el destierro y la muerte de tres principales no hizo mas que redoblar el odio de los otros. Temió no poder resistir sola á los esfuerzos de su venganza; y lisonjeandose con que hallaria en un primo llamado Teodoto las cualidades propias para sostenerla contra sus enemigos, y sobre todo la gratitud, le asoció al trono, le declaró rey y su cólega, creyendo que la dejaria la mayor parte de la autoridad, pues se la habia cedido toda. Se engañó en sus esperanzas, porque Teodoto, para conseguirlo todo, hizo liga con los enemigos de esta princesa: la mandó arrestar y llevarla á una isla que estaba en medio de un lago: allí la hizo ahogar en el baño por medio de los amigos de los tres gefes desterrados. Esta princesa, que se puede llamar víctima de las ciencias y bellas letras, ponía todos los medios de propagarlas en su reino, y mantenía en él escuelas. Sabiendo que los profesores de las de Roma no eran bien pagados escribió á los senadores: "Las artes se crían y mantienen con los premios, y es punto odioso privar de su salario á los que tienen á su cargo la instruccion de la juventud. Lo mejor sería animarlos á cumplir con su obligacion aumentandoles la renta."

Justiniano, que habia tenido relaciones directas con esta princesa, emprendió vengar su muerte; y declarando la guerra á los ostrogodos, envió á Belisario contra ellos. Teodoto, que tanto valor ha-

bia tenido para un asesinato, era demasiado cobarde para la guerra, y así ofreció al emperador renunciar al trono, y poner en sus manos la corona; pero viendo que sus vasallos habian conseguido sin él algunas ventajas, retractó la oferta. Lo que ya no queria hacer porque veia algunos vislumbres de esperanza, se lo hicieron egecutar por fuerza los ostrogodos, y así le quitaron el trono de que era indigno, y colocaron en él á Vitiges, de un nacimiento poco ilustre, pero capaz de asegurar la corona con sus talentos. Perpetuamente estuvo luchando con Belisario y Narsetes, general no menos hábil, y enviado para ayudar al primero. Esta reunion de talentos, que debiera en poco tiempo haber arruinado á Vitiges, se inutilizó muchas veces por la rivalidad y oposicion de los que los tenian.

Años
de J. C.
537.

Desde luego se hizo Belisario dueño de Roma; Vitiges la puso el sitio, y tenia el general que combatir contra los enemigos que tenia fuera y entre los romanos, los cuales molestados de que se hiciese á su ciudad plaza de guerra, se hubieran alegrado mucho de poder entregarse al primero que se presentase. Duró el sitio un año, y los romanos que en estas querellas no tomaban interes, sufrieron los horrores del hambre y de la peste. Los godos precisados á levantar el sitio por haber llegado un socorro á Belisario, convirtieron su furor contra Milan, en donde los generales del imperio tenian una fuerte guarnicion, mas esta no pudo impedir que la infeliz ciudad fuese tomada. Los vencedores, que tenian á su sueldo un considerable cuerpo de borgoñones, la arruinaron hasta los cimientos, pasaron á cuchillo á cuantos habitantes estaban en edad de llevar las armas, en número de treinta mil, y

dieron sus mugeres á los borgoñones. De este modo se hacia entónces la guerra.

Se valia Vitiges de cuantos medios podia emplear para hacer algunas diversiones útiles; y así suscitó contra el imperio á Cosroas, rey de Persia: llamó tambien en su auxilio á los francos; mas en esto último nada consiguió, porque estos pueblos desde que entraron en Italia dieron igualmente sobre las dos partes beligerantes; y saqueando á la una y á la otra, se volvieron cargados de botin. Despues de muchos combates, en que las pérdidas siempre escedieron á las ventajas, se halló el infeliz Vitiges encerrado en Ravena su capital. Escribió al emperador, y consiguió de él condiciones moderadas; pero Belisario las halló demasiado favorables, y no las quiso firmar. Los señores ostrogodos, cansados ya de guerra, tomaron el partido de ofrecer su corona á Belisario, y aun el mismo Vitiges consintió en que se diese este paso tan estraño. Entró pues el general en la ciudad, se apoderó de los tesoros, recibió bajo su custodia al rey y su familia; y no admitiendo un trono, tal vez porque le veia vacilar, partió con sus prisioneros á Constantinopla, adonde le llamaba el emperador para oponerle á los persas.

Años
de J. C.
540.

No parece sino que este grande hombre era la fuerza principal de su egército, porque cuando este entró en Ravena pareció tan despreciable que las mugeres de los godos no pudieron menos de escupir en la cara á sus maridos tratandolos de cobardes. Dejó el general griego en confusion el gobierno: en un solo año nombraron los godos dos reyes, y les quitaron la vida: ya por último encontraron otro llamado Totila, sobrino del primero de estos des-

547.

graciados príncipes. Once años de reinado fueron para él once años de guerra, y tan lejos estuvo de contraer la ferocidad de carácter que da el habituarse á la carnicería, que pocos monarcas fueron tan humanos como él, aun con sus enemigos. Haciendose dueño de la ciudad de Nápoles despues de un largo sitio, durante el cual sufrieron los habitantes una hambre cruel, para que la que los atormentaba no les hiciese tragar con ansia demasiada los alimentos, puso guardias á las puertas que les impidiesen la salida, y al mismo tiempo les iba proveyendo de víveres, cuya cantidad mediana al principio se la iba aumentando de dia en dia. Cuando con estas prudentes precauciones los vió recobrados de fuerzas, quitó Totila las guardias, y permitió á los napolitanos ir adonde quisiesen.

En iguales circunstancias consiguieron de él los romanos que les disminuyese las penas: tal vez un menor mal se cuenta por un beneficio. Tenia á Roma estrechamente bloqueada, y era tan grande la escasez, que despues de haber consumido todos los comestibles, y haber devorado lo que debia ser alimento de las bestias, la yerba de las calles y de las murallas, suplicaban los habitantes á Besas, gobernador puesto por los griegos, que les proveyese de alimentos, los dejase salir, ó les quitase las vidas; á lo que respondió Besas con gran tranquilidad: "Yo no tengo víveres, en dejaros salir no hay seguridad, y sería impiedad mataros." Volvieron á enviar á Belisario á Italia para que restableciese los negocios que iban ya perdidos, y aunque en vano intentó hacer que levantasen el bloqueo. Este hubiera durado mas si cuatro soldados isáuricos no hubieran abierto las puertas al rey de los ostrogodos.

En el primer movimiento de su cólera queria pasar á cuchillo á los habitantes en castigo de haber quitado su bandera para enarbolar la de los griegos; pero á ruegos de un diácono llamado Pelagio concedió la vida á los romanos, y prohibió que sus godos quitasen á alguno la vida; pero les permitió el saqueo, y le desempeñaron tan bien que no dejaron en las casas mas que las paredes, y las señoras de la primera distincion se vieron reducidas á mendigar su pan.

Esperaba Totila que la posesion de Roma le conseguiria de Justiniano condiciones ventajosas; pero frustrada su esperanza, resolvió destruirla hasta los cimientos. Belisario, que supo esta intencion, le escribió para que no la egecutase; insistiendo en su carta sobre la grandeza y magestad de aquella ciudad antigua, cuya magnificencia era obra de tantos siglos. "El que la destruyese, decia él, sería tenido por enemigo del género humano, pues aniquilaria los monumentos del valor y de las virtudes de los mayores hombres. Si quedais victoriosos en esta guerra, nunca podreis olvidaros de haber destruido la mas bella ciudad de vuestros estados, por no decir de toda la tierra: si por el contrario no os favorece la fortuna, os deberá el vencedor el beneficio de haberle conservado una plaza tan importante, cuando demoliendola solo podreis esperar los efectos de su resentimiento." Este discurso hizo impresion en Totila; y tomando un partido medio, mandó derribar como la tercera parte de las murallas, haciendo brechas en determinadas distancias. Pero sacó de allí al senado y todos los ciudadanos con las mugeres y los niños, y dispersandolos á veinte leguas al rededor, no dejó un habitador en Roma.

Años
de J. C.
550.

No se puede formar idea, según nuestras costumbres, de como logró desocupar una ciudad de trescientas ó cuatrocientas mil almas, de modo que cuando volvió á ella Belisario, algunos dias despues, no halló en ella absolutamente una persona. Tuvo su ejército ocupado en limpiar los fosos, y en llenar las brechas con piedras sin cal. Volvieron en tropel los habitantes, reconoció cada uno su casa, y Belisario se la entregó. Acudió Totila sabiendo su repoblacion; pero ya halló que la ciudad podia defenderse bien, y se retiró. Las mudanzas de la fortuna en una guerra muy variada todavía le pusieron en estado de presentarse delante de Roma, y aun se la entregaron segunda vez algunos soldados isáuricos. Tan lejos estuvo entonces de pensar en destruirla, que se aplicó á hermosearla: llamó al senado, y restituyó á este augusto cuerpo su antigua dignidad: puso á los ciudadanos en posesion de los bienes que pudieron reconocer: dió los grandes juegos del circo, como los antiguos emperadores, y él mismo los presidió. Esta mutacion de ideas fue efecto de una respuesta del rey de los francos. Le habia pedido Totila su hija por esposa, y le respondió: "Mi hija solo con rey se casará, y no puedo yo mirar como tal á un príncipe que no ha sido capaz de conservar su capital, pues demolió parte de ella, y abandonó el resto al enemigo." La respuesta todavía hubiera sido mas áspera, si Totila se hubiera puesto en la imposibilidad de restablecer su capital, no siguiendo el consejo de Belisario.

Otra vez llamaron á Belisario para que hiciese de nuevo frente á los persas, y su ausencia dió á Totila la facilidad de apoderarse de Sicilia. Justiniano, justamente asustado con las victorias del rey

de los godos , y conociendo que era preciso vencerle ó renunciar á la Italia , levantó contra él un ejército formidable cuyo mando dió á Narsetes. Totila y él se adivinaban , y formaban recíprocamente el juicio de que los preparativos de ataque ó de retirada que aparentaban , distaban tanto de ser verdaderas indicaciones de lo que meditaban , que ordinariamente ocultaban otras muy distintas. Al fin conjeturó mejor Narsetes: vió que Totila ordenaba sus tropas , que estaban en batalla , y retirarse estas para ir á tomar alimento como si ya no tuviesen que pelear en aquel dia. De aquí infirió el asututo general que iba á acometerle , y no se engañó. La accion fue sangrienta , y sostenida por ambas partes muchas horas ; pero derrotada la caballería de los godos , entró la confusion en su infantería, tomó la fuga, se llevó consigo al rey , que gravemente herido , murió mientras le estaban curando. Los historiadores contemporáneos , así romanos como godos , hacen el mayor elogio del valor , humanidad , templanza , moderacion , y sobre todo de la equidad de este príncipe. Vivía con todos sus vasallos romanos y godos como un padre con sus hijos. Principalmente alaban su clemencia y benignidad con los vencidos : en todas las ciudades que tomaba tenia particular cuidado de conservar el honor de las mugeres. Sin atender á los ruegos de todo el ejército condenó á un oficial de los mas valientes por haberse hecho culpado del último ultraje con la hija de un romano en Calabria , y le confiscó todos sus bienes en favor de la persona ofendida. Cuando subió al trono , halló las cosas de los godos en estado deplorable , y en once años las vió , con poca di-

ferencia, en el estado en que las habia dejado Teodorico.

Años
de J. C.
553.

La muerte de Totila puso sus estados en la confusion mas grande, aunque le dieron por sucesor á Teya, uno de los mas valientes de la nacion; porque este si se acercaba en el valor á Totila, estaba muy distante de él en la justicia y la humanidad. Habiendo sabido que Roma se habia entregado á Narsetes, hizo degollar de despecho á cuantos romanos distinguidos pudo hallar, sin perdonar á las mugeres, y entre otros quitó la vida á los hijos de los senadores en número de trescientos que Totila habia detenido en rehenes. Estas muertes pidieron represalias, y causaron una guerra entre las dos naciones mas cruel que todas las anteriores. Obraba Teya como desesperado, y parecia que se le hacia tarde para vencer ó morir. Los griegos, mucho mas fuertes que él, le sitiaron en una montaña adonde le habian precisado á retirarse con su ejército; fueron allá como á un asalto, y Teya se defendió como lo hiciera en una brecha. Se puso en la primera fila para animar á los soldados con su ejemplo. Los de Narsetes le conocieron; y sabiendo que su muerte pondria fin al combate, y probablemente á la guerra, dirigieron contra él todos sus esfuerzos: unos le acometian con sus picas: otros le arrojaban dardos, que él recibia en el escudo sin dar un paso atras. Cargado ya su escudo con tantos dardos que no podia servirse de él, pidió otro; pero en el momento en que ya le mudaba por tercera vez, recibió un golpe de venablo en el pecho que tenia descubierto, y cayó en el mismo sitio en donde se habia apostado al empezar la accion, dando el último

aliento sobre un monton de enemigos, muertos con su propia mano.

Los ostrogodos, aunque muy desalentados con su muerte, continuaron el combate, le renovaron al dia siguiente, y duró hasta anochecer. Por último, al tercer dia enviaron diputados á Narsetes, el cual les concedió cuanto pedian. En consecuencia de la capitulacion, los que quisieron quedarse en Italia tuvieron permiso para permanecer allí con el goce de sus bienes, y todos los privilegios de romanos: los que prefirieron dejarla, volvieron á sus casas á tomar sus muebles y efectos, y se retiraron adonde les pareció, despues de haber prometido no llevar jamas las armas contra los romanos. De este modo se acabó el imperio de los ostrogodos, que solo duró sesenta y cuatro años desde su fundacion por Teodorico. Gobernó Narsetes quince años la Italia, conquista suya, con grande satisfaccion de todos los habitantes: por una intriga de la corte le llamaron á ella con mucho sentimiento suyo; y su partida es la época de la dominacion de los longobardos, que sucedió á la de los ostrogodos.

LONGOBARDOS Ó LOMBARDOS.

Los longobardos tuvieron su principio de una desavenencia que hubo entre los gépidas que habitaban las orillas del Danubio: se dividieron estos pueblos por una querella doméstica, y muchos se distinguieron de los otros en que llevaban la barba larga: de esto les vino la denominacion de longobardos, y con este nombre se fijaron en Panonia. Se cortaban el cabello por la parte posterior de la cabeza, dejandosele crecer por las sienes y por de-

Años
de J. C.
520.

lante, tal vez para acompañar á la barba larga; pero parece que esto no añadiría á sus rostros mucha gracia. Tuvieron repetidas guerras con sus vecinos y con el imperio, y sin duda, como sucede de ordinario, fueron las mas crueles las que sostuvieron con los gépidas sus antiguos parientes. Albuino, hijo de su rey Anduino, mató con su propia mano en una batalla á Torismundo, hijo de Turisindo, rey de los gépidas. Por esta accion pidió se le admitiese á la mesa del rey su padre, lo cual era entre los longobardos una honra que equivalia á la del triunfo entre los romanos; pero el que la pretendia debía presentarse vestido con la armadura del enemigo á quien habia quitado la vida; y así preguntó el severo Anduino á su hijo: *¿En dónde está la armadura de Torismundo?* No necesitó de mas el jóven héroe para partir acompañado de otros cuarenta valerosos; y llegando al palacio de Turisindo pidió los despojos, y se los entregaron admirados de ver su atrevimiento. Entonces volvió á tomar en el banquete real el asiento que habia conquistado por dos veces.

555.

El mismo Albuino, cuando ya habia subido al trono, mató tambien con su mano al rey de los gépidas, llamado Cunismundo, y del cráneo de este infeliz se hizo fabricar una copa, de la cual se servia en los convites públicos. Se casó con Rosemunda, hija de este rey, que habia caido en sus manos con otros muchos cautivos. Estimaba Narsetes á este príncipe, y le escogió para vengar la injuria que le hizo Justiniano II llamandole de Italia, en donde este grande hombre habia hecho al imperio los mas señalados servicios. Sus envidiosos, á cuya cabeza estaba la emperatriz Sofia, le acusaron de que



Valor de Albuino.

En premio de haber muerto en un combate á Turismundo solicitó Albuino ser admitido á la mesa de su padre: pero al ver que se le negó este honor por no presentarse armado con los despojos de su enemigo, partió al palacio de Turisindo, obtuvo la armadura de su hijo, y ufano con los trofeos de su denuedo, volvió á ocupar el asiento dos veces conquistado, una quizá por destreza, pero la otra solo por su brio.

aspiraba al supremo poder ; y como era eunuco, dijo con imprudencia esta princesa : “Aquí le emplearé yo en distribuir á mis mugeres la cantidad de lana que cada una ha de hilar.” “Sí, respondió el anciano eunuco : yo la urdiré una tela, que la aseguro no se acabará jamas.” Con efecto, Narsetes , antes de partir , dejó y esplicó á su amigo Albuino los medios de establecerse en Italia. Este se aprovechó de ellos con habilidad sin que de parte de Longino , sucesor de Narsetes , tuviese grandes dificultades. Habia mudado el gobierno de los godos , que su antecesor habia conservado , y habia puesto en cada ciudad en lugar de los magistrados romanos un duque , que reunia en sí la potestad civil y la militar : hasta en Roma suprimió el senado , y puso tambien su duque. El tomó para sí el título de Exarco á imitacion del gobierno eclesiástico, como si dijéramos Metropolitano , que fue lo mismo que reservarse una inspeccion de jurisdiccion sobre todos los duques , pues los removia á su voluntad. Fijó Longino su habitacion en Ravena , le imitaron sus sucesores , y de aquí les vino el nombre de exarcos de Ravena.

En tres años fundo Albuino sólidamente el trono de los longobardos en aquella parte de Italia que se ha llamado despues la Lombardia. Tomó á Pavía por capital para contener mas fácilmente y con mayor seguridad el grande número de ciudades que con sus territorios se le rendian. En cada una de estas plazas dejó una proporcionada guarnicion de longobardos bajo el gobierno de un oficial á quien honró con el título de duque ; pero solo podia mantener este titulo por el tiempo que el príncipe le conservase el gobierno. Hasta treinta y seis duques

habia cuando bajó Albuino al sepulcro por la trágica muerte que se preparó él mismo.

Estaba dando un convite á sus favoritos, y asistia á él la reina Rosemunda. Habiendo hecho llenar de vino su copa de ceremonia, que era el cráneo del padre de la reina, mandó á esta que bebiese. A tan horrible proposicion se levantó precipitadamente de la mesa con la resolucion de vengarse. Se dirigió pues á un oficial jóven llamado Hermichildo, de reconocida intrepidez, y este se negó; pero sabiendo la princesa el trato secreto que tenia con una de sus damas, se puso de noche en lugar de esta; y dandose á conocer por la mañana, le dijo: "Que ya no le quedaba modo de retirarse, porque su seguridad pendia de la muerte del rey. Se asoció Hermichildo con otros asesinos, y todos juntos se arrojaron sobre Albuino cuando dormia la siesta en su cuarto. Quiso defenderse con la espada, mas habia dispuesto Rosemunda que no pudiese sacarla de la vaina. Por algunos momentos le sirvió un escabel para evitar los golpes; pero oprimido con el número de enemigos cayó y murió.

Habia prometido Rosemunda al homicida, además de su mano, el trono de Lombardia; pero la egecucion de este último artículo halló dificultades insuperables: los esposos tuvieron que huir para librarse del furor de los longobardos, salvandose en Ravena en el palacio del exarco Longino. Este, creyendo que el himeneo de Rosemunda, junto con los tesoros que esta habia llevado, pudiera ayudarle para hacerse reconocer rey de Italia, la inspiró que se deshiciese de su marido; y ella, tan ambiciosa como cruel, presentó con su misma mano á su esposo al salir del baño una copa envenenada,

Apenas habia bebido la mitad cuando sintió en sus entrañas el efecto , y al punto tomó la espada , la aplicó á la garganta de su pérfida esposa , y haciendola beber el resto , espiraron ambos entre horribles dolores.

Eligieron los longobardos por rey á un tal Clefiso , hombre entre ellos de grande distincion. Adelantó sus conquistas hasta Roma ; pero su demasiada dureza desagradó tanto á los italianos sujetos á su imperio , como á los longobardos sus compatriotas ; y juntandose cómplices de las dos naciones , le asesinaron con su muger Mesana. Viendose los duques libres de una autoridad superior á ellos , hallaron por conveniente no subordinarse á otro señor , y gobernar cada uno con poder absoluto su ducado.

A pesar de esta division del poder que amortiguaba las fuerzas , se iban engrandeciendo los longobardos á costa del imperio , porque cada duque estendia su dominio lo mas que podia al rededor de su territorio. Por estos progresos determinó el emperador Maximino tomar las medidas mas serias para conservar lo que todavía le quedaba en Italia. Ademas del grande egército que levantó , empeñó con una grande cantidad de dinero á Childeberto , rey de los francos , á que le ayudase. Sabiendo los longobardos estos preparativos , y conociendo que no podian resistir sin nombrar un gefe , eligieron y colocaron en el trono á Autariso , hijo de Clefiso.

Despues de haber señalado su valor en algunas hazañas militares , manifestó este príncipe su prudencia en el órden y disposicion del gobierno. Conoció que acostumbrados los duques á la absoluta autoridad sería difícil conseguir de ellos una sumi-

Años
de J. C.
585.

sion absoluta. Se obligó pues á mantenerlos en el gobierno á ellos y á sus hijos mientras no llegase el caso de deponerlos por crimen de rebeldía ó de traicion, que es lo que llamaron *felonia*. Juraron ellos que le asistirian con todas sus fuerzas en tiempo de guerra, y prometieron pagarle la mitad de sus rentas para sostener la dignidad real, quedandose con el resto para disponer á su voluntad. Estas son las primeras leyes de los feudos, cuyo origen atribuyen algunos autores á los longobardos; aunque parece que era conocido ya en Francia este género de posesion, y que los longobardos no hicieron mas que sujetarla á los reglamentos que despues adoptaron las otras naciones. Tambien publicó Autariso muchas leyes saludables contra el hurto, el homicidio, el adulterio y otros delitos. Dicen que fue el primer rey de su nacion que abrazó el cristianismo, y la mayor parte de su pueblo siguió el ejemplo del soberano; aunque por haberlos instruido obispos arrianos tuvieron la desgracia de estar largo tiempo infestados de esta heregía.

No solamente invigilaba Autariso sobre la tranquilidad de sus vasallos por las buenas leyes que les dió, tambien proveyó á su seguridad retirando de las fronteras con ricos presentes á los francos; mas no fue pusilaninidad el valerse de este medio, porque volviendo aquellos pueblos con desprecio de su misma palabra, les salió al encuentro y los arrojó de su reino. Por las conquistas que despues hizo en Italia se hallaron las posesiones de los longobardos mezcladas con las del imperio, esto es, con las del exarcado. Roma ó perteneció á esta potestad, ó por mejor decir se quedó en un estado incierto, que ni era libertad ni sujecion, ya

con la proteccion de los reyes, y ya con la de los exarcos. Lo mismo sucedia á muchos ducados que solo rendian una obediencia precaria á la autoridad de que dependian. De aquí nacieron las continuas guerras entre los exarcos y sus duques, entre los duques longobardos y sus reyes, y entre estos y los exarcos. La dominacion de los exarcos se estendia principalmente en el Boloñes, la Romania, la Marca, el ducado de Urbino, y en las provincias que hoy componen el reino de Nápoles. Todo el resto lo poseia Autariso, y llegó hasta la punta mas distante de la Calabria. Entró á caballo en el mar, y dando con su lanza en un pilar situado en la ribera, dijo: *Estos serán los límites del imperio de los longobardos.* Este pilar subsistió por mucho tiempo, y le llamaban el pilar de Autariso. A este príncipe se le puede tachar como defecto de política el haber dejado tomar á algunos de los duques, y principalmente á los de Benevento, una potestad que dió muchas veces que hacer á sus sucesores; pero tal vez no podria hacer otra cosa. Murió envenenado en Pavía, su capital, á los ocho años de reinado, sin que hasta ahora se sepan los autores ni las causas de este delito; á no suponerse que ya empezaba su poder á ofuscar á los grandes.

No dejó hijos Autarise; pero Teodelinda su viuda era tan estimada, que pusieron en su arbitrio la eleccion de un rey, y no engañó la confianza de su nacion. Un mérito generalmente reconocido fue el que dió la corona y su mano á Agilulfo, duque de Turin, pariente cercano del difunto. Su reinado fue largo y feliz, no obstante que muchas veces se interrumpió la paz con guerras intestinas, esto es, con las de sus duques; pero supo

Años
de J. C.
590.

retirar los grandes horrores de estas , y mas principalmente los de las guerras estrangeras , de que libró á sus vasallos ; al mismo tiempo que los del exarcado se veian atormentados ya de los francos , ya de los hunnos. Estos últimos mataron á muchos , y se llevaron las mugeres y los hijos. Agilulfo se dejó convencer de la reina para abrazar la religion católica , y consiguió que viviendo él reconociesen por rey á Adalvaldo su hijo , que le sucedió.

Años
de J. C.
615.

Gobernaba este príncipe con prudencia cuando un enviado del emperador Heraclio , abusando de la confianza que habia sabido inspirarle , le hizo tomar una bebida que le sepultó en una estúpida melancolía , y despues con pretesto de que los nobles habian formado contra él una conspiracion , indujo el traidor al desgraciado príncipe á que quitase á doce la vida. Con estas muertes se levantaron los grandes , y juntandose pusieron en el trono á Ariovaldo , duque de Turin , que estaba casado con Gundeburga , hermana de Adalvaldo. Esta eleccion encendió una guerra civil , mas duró poco , porque murió Adalvaldo. La reina Teodelinda , viendose entre su yerno y su hijo , pero con mas inclinacion al hijo desgraciado , murió casi con él consumida de tristeza.

No libertó la corona á Gundeburga su hija de una pesadumbre , tanto mas sensible quanto menos merecida. Tuvo la desgracia de agradar á uno de los principales señores de la corte llamado Adalulfo. Este , viendo su amor despreciado , y temiendo que descubriese al rey su desordenada pasion , la acusó de una conspiracion contra la vida de su marido , con el fin de dar su mano y el trono á Tato , duque de Etruria. Ariovaldo , fuera de sí de furor y de zelos , hizo sin mas exámen encerrar á la ino-



Triunfo de Gundeberga.

Por vengarse Adalulfo del desprecio que su amor recibió de Gundeberga, y encubrir su atentado, la calumnió con el Rey su esposo, el qual sin mas exámen la encerró en un castillo, y la hizo sufrir el trato mas cruel. La victoria que del acusador reportó su campeón en el duelo á que se remitió su juicio, aclaró su inocencia; ¿pero á quién no estremece verla expuesta á las resultas de tan falible prueba?

cente reina en un castillo, en el cual la trataban con dureza: llegó la noticia de sus trabajos á Clotario, rey de los francos: este reprendió al de los longobardos, sus crueles é injuriosas sospechas para con su esposa sobre la deposicion de un solo testigo. Por entonces recurrían á la suerte de las armas en las materias obscuras. Ordenó pues Ariovaldo un combate entre Adalulfo y un campeon que eligió la reina. Por fortuna llevó este la victoria, y volvió á entrar la princesa en todos sus derechos.

A lo que parece no habia perdido esta señora la estimacion de su nacion, ó la reintegró en ella la victoria de su campeon, pues en la muerte de su esposo, que no tardó, la cedieron los longobardos, como á su madre Teodelinda, el derecho de escoger esposo que fuese su rey. Resolvió pues dar su mano á Rotariso, hombre por otra parte completo, pero muy afecto á la secta arriana. Hasta él no habian tenido los longobardos mas que las costumbres verbales. Fue Rotariso el primero que les escribió unas leyes que jurisconsultos muy hábiles han preferido en algunos puntos á las romanas; á lo menos no se puede negar que el modo de recopilarlas no fuese mejor entre los longobardos. Entre los romanos el emperador era legislador único, constituyendo propiamente la ley la voluntad del príncipe; pero los reyes longobardos no daban fuerza de ley á sus resoluciones hasta que en una asamblea solemne, convocada para este efecto, las examinaban maduramente, y las aprobaban los señores principales, creyendo Rotariso que introduciendo esta formalidad no perjudicaba á su poder. Algunos alborotos causó en el reino, que era casi todo católico, su afecto al arrianismo. Tambien en

Años
de J. C.
636.

Roma los hubo con motivo de algunas pretensiones de los exarcos, porque la antigua capital del mundo no se acostumbraba á la sujecion, bien que Rotariso no se mezcló en estas querellas, ni en las de los exarcos con sus duques. Tomó uno de los exarcos el título de rey, creyendo que le sostendrian sus soldados, pero estos mismos le quitaron la vida. Los duques, así longobardos como romanos, tuvieron entre sí unas guerras que no alteraron la tranquilidad de Rotariso, hasta que dejó su reino á su hijo Rodoaldo. Cuatro años antes le habia asociado á su trono, y solo uno reinó, porque un longobardo, á cuya muger habia hecho violencia, le quitó la vida. De Ariperto, á quien la nacion puso en su lugar, nada nos dice la historia, sino que hizo construir un soberbio oratorio en Pavía, y que dividió su reino entre sus dos hijos. Partarito, que era el mayor, eligió en Milan su residencia; y Gundeberto, que era el segundo, puso su corte en Pavía.

Años
de J. C.
660.

Por esta division se vió Grimoaldo, duque de Benevento, mas fuerte que cada uno de los dos hermanos, y para apoderarse de todo el reino juntó la astucia con la traicion. Gundeberto no contento con su suerte, cuando no pudiera esperarla, siendo el hermano menor, meditó apropiarse la del mayor, y comunicó su designio con el duque de Benevento, pidiendole que le ayudase. Fue Grimoaldo á verse con Gundeberto en Pavía, y antes habia procurado le insinuasen que su intencion era de matarle. El jóven monarca en consecuencia del consejo perverso que le dieron, se vistió debajo de su ropa una coraza, y al abrazarle el duque hizo como que se asustaba de conocer que estaba armado, y exclamó

que sin duda queria el rey deshacerse de su persona; pero al mismo tiempo le traspasó con su espada, y cayó muerto á sus pies: se apoderó pues del palacio y de los tescros que en él habia, y se hizo proclamar rey. Libró la vida un hijo de Gundeberto; pero Grimoaldo no lo sintió mucho, porque era un niño.

Con la noticia de esta muerte abandonó Partarito á Milan, dejando allí á Rodolinda su muger, y á su hijo Cuniberto de poca edad. Hizo Grimoaldo que los llevasen y los custodiasen en Benevento. Envió á decir al rey de Avari, con quien se habia refugiado Partarito, que se le enviase. El desgraciado príncipe cuando estaban para entregarle tomó la extrema resolucion de arrojarle á los brazos de su contrario. Grimoaldo, lisonjeandose con esta confianza, ó queriendo aparentar, le recibió con afecto; mas como el pueblo se le mostraba grande, se fue disminuyendo el dei usurpador. Arnulfo, á quien Partarito habia empleado para conseguir este asilo, advirtió la mutacion, y aconsejó al príncipe que se huyese; mas como tenia guardias de vista, trocó de vestido con él, y con este disfraz se salvó, y pasó á las Galias. Grimoaldo, aunque sintió la estratagema, alabó la fidelidad de Arnulfo; y lejos de manifestarle resentimiento, le dejó en libertad de quedarse con él ó de seguir á su señor.

Grimoaldo llevó la corona mas dignamente que la habia adquirido. Dió el ducado de Benevento á Romualdo su hijo: allí atacó á este príncipe el emperador Constante en persona: acudió su padre á socorrerle, y quiso que Gemaldo, tutor del príncipe en su juventud, le advirtiese su próxima llegada; pero este mensajero fue cogido, y no disimu-

ló el objeto de su viage al emperador. Constante exigió de él, sopena de los tormentos mas crueles, que diese á los sitiados, al pie de las murallas, un aviso del todo contrario. Se adelantó pues, y cuando ya se vió á tiro que le pudiesen oír, gritó en alta voz: "Valor, deponed todo el miedo, que ya viene vuestro padre con un egército numeroso, y esta misma noche llegará á las orillas del Sangro. Os encomiendo mi querida esposa y mis hijos, porque estoy en manos de un pérfido enemigo que en este momento me va á quitar la vida." No profetizó mas que la verdad, porque el emperador, que debiera admirar aquella grandeza de alma, mandó que le cortasen la cabeza, y que con una máquina la arrojasen dentro de la ciudad; pero esta accion cruel quedó castigada con la derrota total de su egército, y la pérdida de muchas ciudades que el rey longobardo le tomó. Grimoaldo se aprovechó de la paz que se siguió á este suceso, para reformar y aumentar el código de Rotariso. Abrazó la religion católica, y esta quedó en su tiempo religion dominante de los longobardos.

Años
de J. C.
672.

Quiso dejar el trono á Garibaldo su hijo; pero volvió Partarito de las Gaulas á buen tiempo para apoderarse de él. Volvió á ver á su muger Rodelinda y á Cuniberto su hijo, á quien asoció á la corona. Despues de su muerte Alaquis, duque de Brenta y de Trento, que ya viviendo Partarito habia incurrido en un alboroto que le perdonaron, volvió á tomar el título de rey, y le sostuvo contra Cuniberto á la cabeza de un egército; pero no quiso admitir el desafio que el legítimo rey le propuso por ahorrar la sangre de los vasallos. Llegaron pues á la batalla, y un diácono de la iglesia de Pavia,

llamado Cenon , perfectamente semejante á Cuniberto en la talla y figura , fue á buscarle antes del combate , y le suplicó con instancias que le permitiese vestirse con su armadura , diciendo : “ Si yo perezo , no será mucha la pérdida ; pero de vuestra conservacion pende la del estado y la de la Iglesia . ” El rey sentia aceptar tan generosa oferta ; mas al fin la admitió á ruegos de sus mas confidentes vasallos . Con efecto , todos los esfuerzos de los rebeldes se hacian contra el simulacro del rey por órden del gefe : mataron á Cenon ; pero Cuniberto ganó la victoria , á la cual se siguió un reinado feliz .

Como Luiberto , su hijo , era todavía jóven , le dejó al morir bajo de la tutela de Asprando , hombre de nacimiento y mérito distinguido . Ragumberto , duque de Turin , se aprovechó de la menor edad para invadir la potestad soberana . Con la victoria que ganó contra Asprando logró el fin que pretendia ; pero casi al punto murió , y dejó sus pretensiones y sus fuerzas á Ariperto su hijo , quien venció tambien á Asprando . Prendió al rey jóven ; y de rabia por no haber podido apoderarse del tutor , le hizo ahogar en un baño . Mandó sacar los ojos al hijo de Asprando , y cortar las narices y las orejas á su muger y á su hija . Perdonó á Luitprando , hijo tambien de Asprando , en consideracion á su poca edad , y aun se le envió á su padre . La Providencia , que le reservaba para cosas grandes , dispuso que Asprando hallase recursos y medios de levantar un ejército de longobardos y de estrangeros , con el cual dió la batalla al usurpador , y este se ahogó en el Tesino cuando le pasaba huyendo : tal vez le

Años
de J. C.
703.

ahorró este género de muerte el castigo de las crueldades que habia egecutado con un niño, una esposa y una hija, siendo inocentes. Se nota que gobernó con dulzura y equidad, y que fue muy liberal con las Iglesias, y sobre todo con la de Roma, á la que enriqueció con bellos dominios.

Años
de J. C.
711.

Asprando no reinó despues de su victoria mas que tres meses, y dejó á su hijo Luitprando un trono rodeado de peligros; pero el jóven príncipe salió de ellos con la prudencia y el valor. Bien puede decirse que se escedió en este último en la ocasion siguiente: supo que dos hombres de su corte habian conspirado contra él, y que solo esperaban la ocasion favorable de egecutar sus negras intenciones. Los llevó pues paseando á un bosque muy espeso: y echando mano á la espada les dió en rostro con su perfidia, y les dijo: "Aquí podreis cumplir vuestros deseos, pues me veis solo." Estas pocas palabras, su aspecto, sus miradas, y la idea de la generosidad del rey hizo en ellos tal impresion, que postrandose á sus pies fueron despues sus mas fieles criados. Con no menor felicidad sofocó otras conspiraciones. Fue Luitprando tambien uno de los legisladores de los longobardos, y en su reinado creció la potestad temporal de los pontífices, y aun tuvo parte en las circunstancias que concurrieron para esto.

Roma, que antes habia sido la capital del mundo, saqueada muchas veces, arruinada é incendiada, se sostenia por su propia grandeza. Sucedió pues que el emperador Leon Isáurico se empeñó en destruir el culto de las imágenes, y mandó que en todo su imperio las hiciesen pedazos. Llegando esta orden á Ravena causó en ella mucho alboroto, y

Luitprando se aprovechó de esta circunstancia para atacar á esta ciudad, capital del exarcado: la tomó pues; pero el exarco, que se habia salvado entre los venecianos, volvió con ellos, y con su auxilio entró de nuevo en su ciudad. El emperador, que no se habia corregido por lo sucedido en Ravena cuando el exarco mandó publicar el edicto contra las imágenes, ordenó que le hiciese egecutar en Roma; y para conseguir el fin envió tres oficiales, que de concierto con el duque de Roma arrestasen al papa Gregorio, y se le enviasen ó le matasen. Ya el exarco tenia el cargo de favorecer sus esfuerzos, y puso sus tropas sobre el pie de favorecerlos. Luitprando, aunque no estaba contento con el papa Gregorio porque no habia contribuido poco á armar á los venecianos cuando estos le habian quitado á Ravena, que era conquista suya, prometió no obstante socorrer al sumo pontífice, y con el pretesto de defenderle, empezó á tomar las plazas del exarcado: mataron al exarco en Ravena, pero esta sin embargo quedó en poder de Leon, el cual envió otro exarco siempre encargado de deshacerse del papa; pero fueron descubiertos los asesinos.

Estas tentativas contra la vida y libertad de un hombre generalmente estimado; estas tentativas, siempre acompañadas del impio proyecto contra las imágenes, parecieron á todos una verdadera persecucion, y así tomaron la resolucion de sacudir el yugo de los emperadores griegos. Luitprando, aunque solo pedia que se le permitiese ayudarlos, pretendia ocupar así el lugar del antiguo dueño; por lo que despreciaron los romanos un socorro interesado, y se hicieron gobierno independiente compuesto de sus magistrados elegidos por ellos mismos,

Años
J. C.
729.

poniendo por cabeza al sumo pontífice. Ni el rey de los longobardos ni el exarco llevaron á bien esta disposicion, y así ambos se unieron para sujetar á Roma, dejando para despues las leyes que habian de darla. Era Luitprando generoso, y acababa de dar un grande egemplo de clemencia perdonando al duque de Espoleto, que se le habia rebelado, al verle humillado á sus pies. Salió pues el pontífice Gregorio con algunos eclesiásticos y algunos principales de Roma: se fue derecho á la tienda del rey, sin otra guardia ni precaucion que la confianza en su generosidad. Fue tan penetrante el discurso que le hizo el sumo pontífice, que el monarca se arrojó á los pies del papa viendolo todo su egército: entró en la iglesia de san Pedro: dejó sobre el sepulcro de los Apóstoles su cinturón, su espada, su manto real, su corona de oro y su cruz de plata: prometió al pontífice su socorro para en adelante, y le reconcilió con el exarco.

Años
de J. C.
741.

Gregorio, igualmente cuidadoso por los exarcos, siempre envidiosos de la libertad de los romanos, y por los longobardos, que solamente aparentaban protegerlos con el fin de sujetarlos, recurrió á Carlos Martel, rey de los francos, famoso por sus victorias, y le envió una magnífica embajada. Le ofrecieron los romanos reconocerle por su protector y darle la cualidad de cónsul, que en otro tiempo habia aceptado Clodoveo. Se empeñó Carlos en defenderlos pasando á Italia en persona á la cabeza de un poderoso egército en caso necesario. Volvieron los embajadores muy colmados de estimacion y amistad con grandes presentes: el primer efecto de la embajada y de la alianza con el rey de los francos, fue que Luitprando levantó el sitio que aca-



Embaxada del Papa á Carlos Martel.

Temiendo Gregorio III. las miras ambiciosas de Luitprando, y del Exárco de Ravena, recurrió á la proteccion de Carlos Martel, y le envió una embaxada ofreciendole la dignidad de Consul, y Protector de Roma, las llaves del sepulcro de S. Pedro, y las prisiones que sirvieren para su martirio: ¿podria resistirse á objetos que empenaban su piedad, su generosidad, y su amor propio?



baba de poner á Roma: no obstante, no fue todo miedo al rey, sino atencion al papa Zacarías, sucesor de Gregorio, porque el rey de los longobardos estimaba mucho á este pontífice.

Al primer beneficio de dejar á Roma libre añadió el de restituir cuatro ciudades principales que pertenecian al ducado romano, y que le tenia tomadas. Murió Luitprando con sentimiento general de sus vasallos, con quienes vivia como un padre con sus hijos, y dejó el trono á su hijo Hildebrando, al cual tenia ya asociado al trono. Por su juventud ó por otros motivos le depusieron los longobardos á los siete meses, y eligieron á Raquisio, duque de Friuli, persona distinguida por su piedad y otras prendas eminentes. Quiso este resucitar las pretensiones de su antecesor al ducado de Roma; pero el papa Zacarías no solamente le hizo desistir de esta intencion, sino que sus discursos hicieron tanta impresion en este príncipe que renunció el reino: tomó el hábito de san Benito en el monasterio de Monte Casino, y en él pasó el resto de sus dias: su muger y su hija siguieron su buen ejemplo.

Los longobardos pusieron en su lugar á su hermano Astolfo, y al mismo tiempo subió á la cátedra de san Pedro Estéfano II. El rey de los longobardos tomó á Ravena, y mudó el exarcado en ducado: pretendió entrar en posesion de todo lo que habia estado dependiente de él, y por consiguiente de Roma, á la que intimó que reconociese su autoridad. El papa le hizo presente que habia ya muchos años que estaba Roma sujeta al exarcado, ni tenia en ella jurisdiccion el emperador de Oriente; pero nada de esto detenia los esfuerzos y astucias de Astolfo, por lo que se vió precisado el papa á es-

Años
de J. C.
751.

cribir á Pipino, sucesor de Carlos Martel; y como la respuesta de este animase mucho sus esperanzas, partió en persona á Francia. Pipino, sin detenerse mas tiempo que el necesario para los preparativos, entró en Italia con un poderoso ejército; y arrollando todo cuanto se le oponia, redujo á Astolfo al extremo de encerrarse en Pavia su capital. No levantó el sitio el monarca frances hasta que se obligó el rey de los longobardos á entregar las plazas del ducado romano con el exarcado y la Marca de Ancona, no al emperador de Oriente, sino al sumo pontífice.

Todo lo juró Astolfo; mas no bien se retiraron los francos cuando volvió á tomar cuanto habia cedido. Se acercó á Roma, y la redujo al mayor desconsuelo, porque se lisonjeaba de que Pipino no volveria á pasar los Alpes; pero se engañó en su esperanza. Volvió Pipino, y encerró segunda vez á Astolfo en su capital, imponiendole las mismas condiciones como vencedor de los longobardos, y por consiguiente como que era dueño de disponer del exarcado y demas posesiones que se le habian rendido por el derecho de conquista. Esta vez tomó el rey de Francia las medidas ciertas y seguras, pues hizo firmar aquel acto de entrega por los principales señores franceses, y le puso sobre el sepulcro de san Pedro, conservando un traslado en los archivos de su reino. Fueron enviados comisionados de su parte, con los que comisionó el rey de los longobardos, á todas las ciudades para que reconociesen la potestad de la Iglesia romana y la cesion de Astolfo. Se cree que este príncipe estaba trabajando todo lo posible por volver á levantarse de esta humillacion cuando le quitó la vida un jabalí en la caza.

No dejó hijo alguno, y proclamaron por rey á Didier, duque de Toscana. Raquisio tuvo algunos deseos de dejar el hábito, y volver á tomar la corona por solicitud de Didier; pero el papa le determinó á renunciar semejante deseo. Tuvo este Didier desavenencias con Estéfano III, sucesor de Estéfano II, y le envió el papa embajadores, encargados de tratar con él. El longobardo, sin respetar el derecho de las gentes, mandó sacarles los ojos. No dudó, habiendo incurrido en una accion tan cruel, que recurriria el pontífice al rey de Francia; y para quitarle este recurso, casó sus dos hijas, una con Carlos, y otra con Carloman, entre los cuales Pipino habia repartido su reino.

Estos casamientos, que él miraba como apoyo de su felicidad, fueron la causa de sus desgracias, porque Carlos, que despues fue llamado Carlo Magno, devolvió su muger á su padre, y Carloman murió dejando dos hijos de Berta su esposa. No creyendo esta princesa que estaba segura en la corte de su cuñado, se retiró tambien á Lombardía con sus dos hijos; y Didier, irritado con la afrenta de su primera hija, y la desgracia de la segunda, pretendió que el papa Adriano, sucesor de Estéfano, consagrarse á sus dos nietos por reyes de la parte de Francia que habia pertenecido á su padre Carloman. Además de que por venganza queria dar que hacer á Carlo Magno, pensaba en confundir de tal modo los negocios de este reino que no tuviese recurso el papa, aunque él quisiese tomarse los antiguos dominios del exarcado, y la misma Ravena como ya lo habia resuelto. Adriano resistió á sus deseos, y se concilió de este modo la gracia de Carlo Magno, de suerte que cuando Didier descubrió sus desig-

nios, tomando muchas de las ciudades cedidas á la santa Sede, y avanzando hasta la misma Roma, acudió Adriano á Carlo Magno.

A pesar de los esfuerzos de Didier repasó este príncipe los Alpes, y puso sitio á Verona, en donde estaba Berta con sus hijos, de quienes se apoderó, los envió á Francia, y despues no se habla mas de ellos. Así como Pipino su padre habia rechazado á Luitprando, hasta encerrarle en los muros de Pavía su capital; tambien Carlo Magno, despues de una sangrienta batalla, puso á Didier en la necesidad de encerrarse en la misma plaza; y durante el sitio fue á Roma, hizo en ella una solemne entrada, y confirmó cuanto habia hecho Pipino su padre con todas las formalidades que contribuyen á la autenticidad mas irrefragable. Por mas que algunos digan que Carlo Magno se quedó con la soberanía de Roma y la jurisdiccion, el hecho es que nunca la han ejercido los emperadores sucesores de Carlo Magno, sino por el derecho del mas fuerte. Volvió Carlo Magno de Roma al sitio de Pavía. Una contagiosa enfermedad acometió á la guarnicion y á los habitantes, y cada dia se llevaba grande número de ciudadanos y soldados. El infeliz Didier, oprimido con tantos males, se vió por último precisado á rendirse con su muger y sus hijos. A todos los envió Carlo Magno á Francia, en donde acabaron sus dias.

Despues de esta conquista se hizo coronar rey de Lombardía Carlo Magno por el arzobispo de Milan, y volvió á Roma para arreglar con Adriano el gobierno de los estados que acababa de adquirir. Conservó en gran parte el de los lombardos, y permitió á todas las ciudades que viviesen segun las le-



Conquista de Lombardía.

Encerrado en Pavia por Carlo Magno Didier Rey de los Lombardos, y reducido al mayor apuro, se vió precisado á entregarse. Recibió el vencedor de mano del Arxobispo de Milan la corona de Lombardía: solo así terminaron las disensiones de esta corte con la de Roma sobre el Exárcado de Ravena, que poniendo en combustion á todo el occidente, habian abortado tantos fraudes, crímenes y horrores.

yes romanas ó las de Lombardía, dejando esto á su eleccion. A los duques añadió los marqueses, que quiere decir, gobernadores de *Marcas*, que es el nombre que se daba á las fronteras, y de este modo restringió la autoridad de los duques. El tributo que impuso á sus nuevos vasallos fue muy ligero. En tiempo de este príncipe se ven cuatro potestades principales en Italia: Siena, con el nombre de reino de Lombardía: la de los venecianos, la de los sumos pontífices, y la de los emperadores de Oriente.

En la época en que ahora entramos mudaba de faz el universo: grandes naciones cubrian el globo de la tierra con los antiguos nombres; pero no eran los hombres mismos ni los mismos gobiernos, y mucho menos las mismas religiones.

A R A B E S.

Se presentó Mahoma, y bajo el estandarte de este entusiasta y embustero conquistador, y las banderas de sus sucesores, los árabes, de cuya infancia dimos el diseño, estendieron su dominacion por Asia, Africa, y aun Europa. Ningun tiempo pudiera ser mas favorable á los sucesos del nuevo legislador. El lujo y vida regalada de los griegos, la debilidad del imperio romano, la decadencia de los persas, la corrupcion de costumbres, y la division que reinaba entre los cristianos, anunciaban en Asia una conmocion general: las imaginaciones desarregladas y las desenfrenadas costumbres eran susceptibles de los mayores extravíos y de todos los excesos. Mahoma, el hombre mas á propósito para aprovecharse de estas circunstancias, nació en la Meca, ciudad de la Arabia Feliz, á fines del siglo sexto, de

Años
de J. C.
578.

una familia, cuyo origen señalan los doctores musulmanes, en Abraham por medio de Ismael, en filiacion directa.

Hasta la edad de cuarenta años no se declaró profeta y enviado de Dios. Los de su secta llenan este intervalo de prodigios que empiezan desde que nació, fingiendo que desde el seno de su madre salió con él una luz extraordinaria que iluminó toda la Siria, y que cuando le parió se puso de rodillas, y pronunció devotamente estas palabras: *Dios es grande, y no hay mas que un solo Dios.* Dicen que nació ya circuncidado, y que en aquel instante todos los demonios colocados como en centinela en las estrellas y en los signos del zodiaco para tentar á los habitantes del cielo, fueron precipitados: que desde entonces cesaron de animar á los ídolos, de responder en los oráculos, y que perdieron todo su poder: que se apagó el fuego sagrado de los persas, y se agotaron las aguas de un lago que era reverenciado: que un terremoto terrible arruinó gran parte del palacio del rey de Persia y hasta catorce de sus torres: que deseoso el monarca de saber la causa de tan funesto suceso, le anunció su adivino, que despues de catorce reinados se verian subyugados los persas, y ocuparían su trono los descendientes de un niño que acababa de nacer en la Meca: que fue este rey á visitar al niño, y que anunció á sus padres su futura grandeza. Estos son hechos en que segun sus sectarios no puede ponerse duda, porque los contó la madre de Mahoma.

Murió su padre cuando este falso profeta tenia dos meses: á los seis años se quedó sin madre, y le criaron sucesivamente su abuelo y un tío suyo, el cual le llevó á los trece años á Siria, adonde le lla-

maban los negocios de su comercio. Allí aprendió mucho Mahoma, y fue factor de una viuda llamada Khadija ó Khadiga, con quien se casó, y de este modo llegó á ser uno de los mas ricos habitantes de la Meca. Ya antes de casarse se habia distinguido, á las órdenes de su tio, en una de aquellas guerras que las tribus árabes se hacian entre sí. Desde su primer viage de Siria habia tenido frecuentes conversaciones con un nestoriano llamado Sergio, que fue el que le dió noticia de la doctrina de los cristianos y la de los judíos. Se renovaron estas conversaciones en otros viages, y hay indicios de que Mahoma, aunque distante, continuó su correspondencia con este herege siro. De este modo empezó el profeta de los musulmanes con tres medios utilísimos para todo fundador de secta; esto es, con inmensas riquezas, con fama de valor y habilidad militar, y con la reputacion de sabio, que es muy poderosa para con los pueblos ignorantes y los que andan vacilando en sus opiniones.

Tales eran los habitantes de aquella parte de Arabia en donde estaba Mahoma. La necesidad del comercio los precisaba á tratar con cristianos secuaces de la heregía de Nestorio, con eutiquianos, y con los de todas las sectas, con los judíos y con los idólatras que tenian al rededor: y así volvian de los paises que frecuentaban con mas disposiciones para la duda y el error que con verdaderas luces. Todavía algunos conservaban vislumbres de la primitiva religion, pero tan débiles que se diferenciaban en poco de las tinieblas. La mayor parte no reconocian providencia, resurreccion ni otra vida: no tenian idea de que hubiese ángeles y espíritus, ni practicaban mas liturgia ni culto que una profun-

da veneracion á la casa de Abraham, que ellos llamaban la Cabaa, y dicen que fue transportada á la Meca. Visitaban esta casa con grande respeto acompañado de abluciones, oraciones y postraciones. Por otra parte se conformaban en creer la existencia de un Dios único: de este dogma hizo Mahoma el fundamento de su religion; pero tambien conservó las peregrinaciones á la Cabaa, y las purificaciones refrigerantes que son tan necesarias en aquellos abrasados climas. Si confesando un solo Dios retiró á los idólatras, los atrajo con el cebo de una moral lasciva y voluptuosa. Los placeres que prometió en la otra vida hicieron desear la resurreccion; y como predicaba que estaban principalmente destinados para los que pereciesen por su causa, formó soldados llenos de entusiasmo, intrépidos en el peligro, al que se arrojaban sin precaucion, porque tambien los habia imbuido en los principios del *fatalismo*, esto es, en la opinion de que estando nuestra hora ya señalada en el cielo, debemos precipitarnos, sin que nos detenga lo que puede suceder, por ser esto independiente de todas las medidas humanas. Por último, decia Mahoma: "Que no pretendia enseñar religion nueva, sino la antigua, profesada por Adan, Noe, Abraham, Moisés, Josué y los otros profetas.

Despues de haber concebido su sistema, que se fue esplicando sucesivamente, llevó Mahoma á su muger Khadija á una caverna del monte Hara, cerca de la Meca. Allí la reveló que se le habia aparecido el ángel Gabriel, y declarádo que estaba señalado para ser apóstol de Dios. Ella le creyó piadosamente, y llena de gozo fue á dar parte de esta declaracion á su primo Varaka, que era cristiano,

sabia leer y escribir, y estaba algo versado en la lectura del antiguo y nuevo Testamento. Fuese simpleza, ó fuese política, Varaka dió á entender que creia la rebelacion de su pariente; y tanto se alegró Mahoma de haber hecho esta conquista, que dió siete vueltas á la Cabaa en accion de gracias. Anduvo el secreto circulando dentro de su familia, y unos le creian, y otros lo tomaban á risa. Además de la vieja que le habia criado, y de otras mugeres, fue el primero que le siguió, despues de Varaka, Ali, pupilo de Mahoma y su pariente, que tenia entonces de doce á catorce años. Tambien fue su sectario otro hombre de mayor importancia, llamado Abu-Becra, muy estimado en la tribu de los koreishitas, de la cual una grande parte se declaró abiertamente por el nuevo profeta. No teniendo todavía la mayor seguridad del zelo de sus partidarios, catequizaba Mahoma en secreto: le ayudaba en este egercicio el jóven Ali; pero Abu-Becra predicaba la veracidad de Mahoma, y salia por fiador del falso profeta, de sus visitas con los ángeles, y de sus conversaciones con Dios.

Viendose el profeta con suficiente número de discípulos, llamó á los principales para un festin, y les dijo: "No conozco quien pueda ofrecer á los hombres cosa mas escelente que la ley que os presento en este dia. Os prometo la felicidad de este mundo y la de la otra vida. El Todopoderoso me ha mandado que os llame á él. ¿Quién de vosotros quiere ser el que me ayude, quién mi hermano y mi teniente?" Cuando todos vacilaban y guardaban silencio, se levantó el jóven Ali, inflamado del ardor de su edad, y dijo: "Yo soy, oh profeta, el que quiero ser tu teniente, y el que quebrantaré los

dientes, arrancaré los ojos, abriré el vientre, y romperé los huesos de las piernas á cuantos se opongan á tí." Mahoma le abrazó, y exclamó: "Aquí tenéis á mi teniente: sujetaos á él y obedecedle." Así mostraba esta falsa religion desde la cuna su violento carácter.

Algunos de los asistentes se rieron al oír la pronta y viva ocurrencia del jóven prosélito ó hijo de adopcion: pero él alentó al profeta para que no continuase reducido á instruir en secreto; y así empezó á predicar públicamente. Los unos lo aprobaban, los otros lo condenaban, y de esta diversidad de opiniones nació la discordia en la tribu de Mahoma, y aun en su propia familia. Los koreishitas se atormentaban y perseguian unos á otros, y aun muchos de sus partidarios tuvieron que huir hasta la Etiopia. Mahoma se quedó en la Meca, hecho blanco del odio del partido contrario, y asaltado del populacho, al cual sublevaban contra él los adoradores de los ídolos cuando predicaba contra su culto. Llegó á tal punto la irritacion de los ánimos que tuvo por prudencia retirarse á Tayet, pequeña ciudad, á la distancia de veinte leguas, en donde tenia parientes; pero no tratandole allí mejor, regresó á la Meca.

Supuso que en los doce años transcurridos desde que en la caverna del monte Hara se habia declarado profeta, habia tenido muchas visiones, pero ninguna llega á la que vamos á esponer, y por ella puede juzgarse, al poco mas ó menos, de todas las otras. Refirió que estando un dia echado entre dos colinas al aire libre cerca de la Meca, el ángel Gabriel se llegó á él acompañado de otro espíritu celeste: que le abrió el corazon, sacó de él

la gota negra, ó el principio del pecado original; que lavó bien aquel corazón, le llenó de fe y de ciencia, y volvió á colocarle en su lugar. Que después el mismo ángel Gabriel volando con sus setenta pares de alas, llevó á Mahoma la yegua *Al-Borak*, que era la que ordinariamente montaban los profetas. Este animal, tan blanco como la leche, se parecía al mismo tiempo al asno y al mulo, siendo mas grande que el primero, y mas pequeño que el segundo. Tenia rostro humano y quijadas de caballo, lo que no es fácil de pintar. Los ojos brillaban como las estrellas, y eran penetrantes como el sol: tenia dos alas de águila, y caminaba con tanta velocidad como un relámpago. Al-Borak entendia, discurria, pero no hablaba. No obstante, cuando Mahoma quiso montar esta yegua, después de haber dado saltos y despedido coces; porque la dijo Gabriel: "Obedece á Mahoma" habló por cosa extraordinaria, y dijo: "¿Qué, es este Mahoma el mediador, el embajador, el autor de la nueva religion, cuyo artículo fundamental es: *No hay mas Dios que Dios?*" "Sí, respondió Gabriel, aquí está Mahoma, el príncipe de los hijos de Adán, el primero entre los profetas y apóstoles: él es el sello de todos, su religion es ortodoxa: todos los hombres esperan entrar por su intercesion en el paraíso: el paraíso está á su derecha, y el fuego del infierno á su izquierda: cualquiera que le acuse de mentira será precipitado en el infierno." "¿Oh Gabriel, respondió la yegua Al-Borak, te pido que consigas de Mahoma que pueda yo entrar en el paraíso en el día de la resurreccion!" "No tengas cuidado, Al-Borak, la dijo el profeta, que tú por mi intercesion estarás conmigo dentro del paraíso." Al punto la

bestia se acercó á él, presentó su lomo, montó el profeta, y partió.

En un abrir y cerrar de ojos llegó á Jerusalem: entró en el templo: le recibieron en él con ansia y respeto los tres personajes Abraham, Moisés y Jesus: dejó la yegua Al-Borak, y por una escala de luz subió con Gabriel al primer cielo, que dijo ser de plata pura: que en él las estrellas tamañas como montes estan colgadas con cadenas de oro: que allí encontró á un viejo decrepito, á quien reconoció por Adan, y Adan se encomendó á sus oraciones. Que este cielo está lleno de ángeles y de toda suerte de formas: que cada uno ruega por los animales que representa: y los que tienen la figura de hombre ruegan por los hombres; pero lo que dijo hay en este cielo digno de mayor curiosidad es el *gran gallo*, que es blanco como la nieve, y tan grande que con su cabeza toca en el segundo cielo, distante del primero por un espacio que solo en quinientos años se puede atravesar: que este es el principal ángel de los gallos: que su canto es tan sonoro, que á escepcion de los hombres le oyen todos los habitantes de la tierra: y que cuando canta, cantan con él todos los gallos del mundo, y que Dios se complace singularmente con esta melodía.

Que el segundo cielo, distante del primero quinientos años de camino, es de hierro: vió en él Mahoma, ¿pero qué no vió? dijo haber visto hasta el sétimo, y que son uno de diamantes, y los otros de esmeraldas, de bronce, del oro mas puro, y de jacin-
tos, todos distantes á lo menos quinientos años de camino, y que los recorrió con una velocidad que no le impidió advertir en cada uno lo mas curioso é importante. En el uno Jesus y Juan le llamaron,

segun dijo , *el mas escelente de los hombres y de los profetas*: que allí encontró á un ángel tan grande como el gran gallo, y que todavía es enano comparado con el tercer cielo , cuya talla se puede inferir de que entre sus dos ojos hay un espacio de setenta mil jornadas de camino, y tiene á sus órdenes cien mil ángeles. Está sentado á una mesa delante de un libro grande, y no hace mas que escribir y borrar: los que escribe nacen, y los que borra mueren. Que allí David y Salomon recibieron á Mahoma con grande cortesía : que en otro cielo le recibieron con la mayor atencion el patriarca José y dos grandes ángeles: que el primer ángel siempre está de luto , suspirando sin cesar sobre los pecados de los hombres : y que el segundo, rodeado de luz, enseñó al profeta las inclinaciones y postraciones tan encomendadas en la oracion.

Que Moisés, Aaron, Enoc , Abraham y Juan Bautista se deshacian por hacerle los honores en todos estos cielos : que en el sexto estaba la mas pasmosa criatura ; esto es , un ángel que tenia setenta mil cabezas : cada cabeza, como se puede creer, otras tantas bocas, y cada boca tantas lenguas, y cada lengua celebraba las alabanzas del Señor en un lenguaje que es propio suyo. Algo aturdido sin duda con esta música pasó el profeta prontamente al sétimo cielo, en donde dijo haber hallado un árbol, del que estan pendientes gruesas frutas mas dulces que la miel: y á la verdad que habia ganado bien este refresco. Que le presentó un ángel tres copas, una de leche, otra de vino, y otra de miel: prefirió la leche, y oyó una voz que le decia: "Venturosa ha sido tu eleccion , Mahoma , porque si hubieras bebido el vino , se hubiera estraviado la

nacion del camino recto, y se desgraciarían sus empresas.”

Que llegó por último al trono del Omnipotente, á cuyo lado estaba escrita en luminosos caracteres la inscripcion que sirve de divisa á los mahometanos, y es: *No hay mas Dios que Dios, y Mahoma es su profeta*: que le dijo el Eterno: “Pasa adelante, y acércate” y le puso una mano en el pecho, y otra en la espalda. Que este contacto derramó en él un intenso frio que penetró hasta la médula de sus huesos; pero la presencia de Dios le hizo probar al mismo tiempo una dulzura estática é inefable. Que estuvo el profeta conversando familiarmente con el Todopoderoso, y de él aprendió todo cuanto era preciso que enseñase á los hombres: que volvió á desandar los siete cielos, y halló la yegua Al-Borak en Jerusalem donde la habia dejado; y volviendo á montar llegó á la Meca: todo esto en una sola noche. “Rezelo, dijo Mahoma á Gabriel, que mis discípulos no querrán creerme, y me acusarán de mentira cuando yo les cuente todas estas noticias.” “Nada rezeles, dijo el ángel á Mahoma, porque Abu-Becker, que en árabe significa *el testigo fiel*, te justificará.”

Con efecto, cuando Mahoma contó á sus principales discípulos la historia de su viage, les pareció tan absurda que hicieron cuanto pudieron para estorbar que hablase de ella á los otros koreishitas; pero no les dió oídos, y antes bien la contó á uno de sus mas implacables enemigos, el cual la ridiculizó; pero Abu-Becker tambien salió á socorrerle en esta ocasion. No se sabe qué género de persuasiva era la de este hombre, si la fuerza, si la elocuencia, ó uno y otro. El afirmó que no habia co-

na mas verdadera que este viage y sus circunstancias. Como las cosas mas absurdas no admiran cuando estan preparados los espíritus, muchos de los koreishitas creyeron al testigo fiel; pero otros apostataron, y se formó entre los habitantes de la Meca un peligroso cisma. Mahoma se mantuvo firme, y dijo: "Aun cuando mis contrarios pusieran contra mí el sol á su derecha y la luna á la izquierda, no quitaré un punto de mi empresa." Hizo que sus prosélitos hiciesen un juramento, que se llamó el *juramento de las mugeres*; y no porque entonces estuviese presente alguna, sino porque fue el que se las pidió despues, y consistia en renunciar á la idolatría, no robar, evitar la fornicacion, y no matar á los hijos, como lo acostumbraban los árabes cuando no podian sustentarlos, no calumniar, y obedecer al profeta en cuanto fuese justo. Todavía no se trataba de defenderse ni de acometer. Hasta entonces habia declarado Mahoma que todo su ministerio consistia en exhortar y predicar. "Yo, decia, no estoy autorizado para forzar á ninguno á que abrace mi religion; el que crean ó no á mi palabra, no es asunto mio, sino de Dios."

Pero sucedió que unos misioneros que habia enviado á Medina, ciudad de la Arabia Feliz, cerca de cien leguas de la Meca, hicieron fervorosos prosélitos. Estos llegaron á jurar fidelidad á Mahoma, y á prometer defenderle contra los *negros y los rojos*. Segun ellos lo entendian, y el profeta lo comprendió, era decir que declaraban la guerra á todas las naciones que resolviesen oponerse al establecimiento de la nueva religion, con lo que se empeñaban no solamente en la defensa, sino en la persecucion con hostilidades. Declaró Mahoma que Dios le habia

permitido lo uno y lo otro , y recibió el juramento de sus zelosos discípulos. Esta especie de conjuración , y la division que ya empezaba á reinar en la Meca y amenazaba una guerra civil , asustó á los habitantes : tuvieron consejo los principales sobre lo que habian de hacer. “El diablo , dijo Mahoma, asistió á esta junta en figura de un viejo, y les hizo tomar la resolución de matarme.” Lo supo, se salvó en una caverna en la cual corrió peligro de la vida , y de allí pasó á Medina , donde le hicieron recibimiento mas honorífico. En este suceso empieza la era de los musulmanes, que ellos llaman la Egira, que quiere decir fuga, en el año 622 de nuestra era.

Años
de J. C.
622.
1.º de la
Egira.

Así que Mahoma se retiró á Medina se declaró como en estado de guerra contra los de la Meca, Robó las caravanas de esta ciudad, y se enriqueció con sus despojos. Los historiadores musulmanes dan el soberbio nombre de batallas á unas pequeñas acciones que pasaron entre algunos centenares de hombres. En la mas célebre no habia mas que trescientos hombres de una parte y novecientos de la otra: estaban estos llenos de embarazos con el aparato que lleva una caravana, y los atacó Mahoma con trescientos guerreros. No se habla en esta ocasion de sus proezas personales ; solo se advierte que antes del combate oró á Dios con fervor, y fingió un desmayo, durante el cual aseguró luego que Dios le habia prometido la victoria. Tomó despues un puñado de polvo , y le arrojó contra los enemigos diciendo : “Confundanse sus rostros , y sean disipados todos como este polvo que el viento lleva.”

Suponia este falso profeta que jamas le faltó la inspiracion divina ; pero es porque fingia hacer-



Entrada de Mahoma en Medina.

Temiendo los principales de la Meca las consecuencias de la division que en la Ciudad excitaba la extravagante secta de Mahoma, resolvieron deshacerse de él; pero se salvó en una caverna, y de alli pasó á Medina, donde sus fervorosos prosélitos le recibieron con la mayor ostentacion, y júbilo. ; Y es creible que la ceguedad de los hombres hiciese tanto honor al mas ridiculo de los impostores !

la venir ó en un sueño, ó escrita en las hojas que él mismo determinaba que el cielo se las enviase cuando las necesitaba. Estas hojas son las que después compusieron el Alcoran, que es el evangelio de los musulmanes. Los ritos, las ceremonias, los lavatorios, y hácia qué parte se debían volver cuando oraban: el ramazan, aquel ayuno tan severo en el día, y tan sin freno en la noche pasandola en glotonería y en los placeres: todo estaba ya previsto y arreglado en estos papeles. De ellos se servía para autorizar la paz, la guerra, la venganza, y para santificar lo estravagante y reprehensible de sus propias acciones. Aunque la ley no permite á cada musulman sino cuatro mugeres legítimas, él como buen legislador dió el egemplo y el pretesto de la poligamia, y dijo que á él le permitía Dios nueve mugeres. Ayezha, hija de Abu-Becker, á la cual tomó por muger niña de ocho años, cuando se vió de mas edad le dió algunas sospechas, y él no queriendo que sus enemigos pudiesen alegrarse de esto, los proscribió en un capítulo del Alcoran, en que trata de la calumnia. Otra revelacion le autorizó para que se casase con escándalo de los buenos musulmanes con la muger de Zeid, su liberto ó su hijo adoptivo, que por complacer al profeta se divorció de su querida esposa. Ultimamente, sorprendido con una de sus esclavas, llamada Maria, por dos de sus mugeres, á quienes con este motivo privaba de la noche que las tocaba, hizo bajar del cielo la licencia de violar las obligaciones aunque fuesen juradas. Se cree que el riesgo en que se vió en una riña que tuvieron unos beodos, fue la causa que le determinó á traer del cielo la revelacion de prohibir á sus discípulos los licores fuertes, y el jugar

á los dados, porque la prohibicion de comer tocino la tomó de los judíos.

No obstante no corria muy bien Mahoma con esta nacion, porque en una guerra contra los judíos de Kaibar, no lejos de Medina, dijo que uno de ellos le habia dado hechizos; pero el ángel Gabriel le enseñó á romper el sortilegio con que el judío habia ofendido á él y á sus dos hijas. ¡Que de astucias no usaba este profeta para hacer á sus enemigos odiosos! Y lo peor es que siempre interponia la divinidad diciendo que salia á socorrerle; pero esta le faltó en un combate en que le echaron á tierra con dos flechazos, uno de los cuales le hirió de modo que le puso en peligro de muerte; prueba de que sabia pagar en la ocasion con su persona, que es el medio que no debe despreciar todo innovador que quiere salir bien. Sus victorias llamaron á sus banderas gentes de todas religiones, que despues se hicieron sus prosélitos. No dejaba de juntar los recursos del comercio con el pillage de las caravanas, y las correrías contra sus vecinos. Enviaba á las ciudades mas comerciantes, y aun á Constantinopla, agentes que al mismo tiempo le servian de espías para advertirle la salida de las caravanas. Ya llegó á convidar altamente á los príncipes estrangeros á que abrazasen su religion, y á los que la despreciaban les hacia amenazas seguidas comunmente del efecto. En cuanto á sus discípulos, con solo una mirada los hacia temblar. Siempre se le presentaban con la mas profunda veneracion, y con señales de respeto, que se acercaban á idolatría.

Los de la Meca fueron los que permanecieron mucho tiempo sin prestarse á esta especie de ado-

racion porque siempre vacilaba su fe con tal profeta, y así le rechazaron de sus muros cuando intentó introducirse para cumplir al rededor de la Cabaa las ceremonias que él se habia imaginado. Volviendo mas acompañado le abandonaron sus compatriotas la ciudad, y se retiraron á los montes vecinos. Halló las casas vacías: cumplió con las obligaciones de su peregrinacion sin cometer desorden alguno. Volvió otra vez, los tomó por fuerza y les perdonó la vida: esta generosidad le ganó los corazones de los koreishitas, que era la tribu mas recomendable de la Arabia, y á su egemplo se sujetaron las otras. Volvió á entrar en la Meca con grande pompa, y sacó de la Cabaa los ídolos que de tiempo inmemorial se habian conservado en ella. No se sabe qué dioses eran estos que se adoraban en Arabia, pues no se parecian á las divinidades egipcias, griegas ó siras: á lo que parece eran algunos atributos de Dios personalizados que Mahoma echó de toda la Arabia. Es preciso hacer justicia al zelo con que defendió el dogma de la unidad de Dios, que Mahoma hizo dominante en todos los paises que subyugó, escluyendo todos los demas dioses. En diez y seis años poco mas ó menos que se pasaron desde que huyó de la Meca, sujetó lo mejor de la Arabia Feliz, y puso los cimientos de uno de los mas vastos imperios que han existido y todavía existen. Murió en Medina á la edad de sesenta y un años de una enfermedad ocasionada, segun dicen, por las reliquias de un veneno que le habian dado muchos años antes. En esta ciudad se ve su sepulcro, y le visitan los musulmanes por simple devocion, siendo así que la peregrinacion á la Meca es para ellos una obligacion estrecha, por

la que tienen que hacer este viage una vez en la vida, ó pagar por otro que le haga en su lugar, ó rescatarse con limosnas.

Poco importa saber que Mahoma era de mediana estatura, bien proporcionado, de temperamento sanguino, y que tenia la cabeza grande, la barba espesa, los huesos gruesos y sólidos, los ojos negros y bien rasgados, la tez bermeja, las facciones grandes y regulares, las cejas largas, la nariz aguileña, la boca grande, con buena dentadura, bien poblado de cabellos, que segun unos eran lacios, y segun otros encrespados. Todas estas son unas particularidades bien indiferentes; pero no lo es el descubrir cómo con una ambicion sin límites, una lujuria desenfrenada, un abandono sin reserva á todas sus pasiones; cómo con el auxilio de las visiones absurdas, milagros ridículos, como el de haber partido la luna; cómo destituido de conocimientos, pues dicen algunos que aun no sabia leer, pudo persuadir á los arabes, nacion á la verdad poco cultivada, pero no falta de sagacidad ni reflexion, que él era un ser privilegiado, el amigo de Dios, el apóstol y el profeta por excelencia.

No hay duda que tenia Mahoma muchas calidades que pueden hacer extraordinario al hombre: como valor, elocuencia y teson. Se manejaba en sus empresas con aire afable é impostor, segun la necesidad y las circunstancias: poseia el arte de hacerse amigos, y el de conservarlos, que es mas raro; pero lo que le distingue y con lo que consiguió su intento no fue estar persuadido, porque estas cosas ninguno se las persuade á sí mismo; sino la constante atencion siempre sostenida para dar á entender que él no podia dudar que era, como decia,

hombre de Dios. De día, de noche, en los negocios, en los placeres, en el ejército, en la mesa, y entre sus mismas mugeres, nunca se le olvidó que tenia que hacer el papel de inspirado. Hasta los sucesos naturales, que parecian menos propios para hacer su papel, le servian, y aun hacia pasar por éxtasis los ataques de epilepsia que le asaltaban. Un lobanillo que tenia entre las dos espaldillas, decia él que era el sello de la profecía. La costumbre de no perderse jamas á sí mismo de vista, ni permitirse en los instantes mas espuestos distraccion, accion ni palabra que pudiese desengañar á los que le rodeaban, fue la que no les dejó medio para librarse de su seduccion. Pareciendo que estaba él convencido, convencia á los demas: la fe provino de la estimacion, porque él de la menor duda hacia un delito digno de castigo. Esta opinion se ha conservado con energía entre sus sectarios por la destreza con que juntó en su profesion de fe dos cosas: la primera de las cuales, á saber: *Dios es uno*, es una verdad que no puede negarse, y sirve, por decirlo así, de pasaporte á la otra: *y Mahoma es su profeta*. Dos dias antes de su muerte, á pesar de la debilidad y caimiento á que le tenia reducido una fiebre ardiente, predicó, é hizo la oracion pública en calidad de califa y de imán, ó como gefe del gobierno y pontífice.

Como el trono y el altar ennoblecen á todo cuanto les pertenece, Mahoma, que se vió con uno y otro, hizo que para sus discípulos fuese digno de observaciones lo que en otros se despreciaria; pues se ha conservado la memoria de sus cortesanos, de sus amigos, de sus empleos, y de la mas ó menos entrada que tenian con él, y aun la de sus muge-

res y concubinas con la hermosura y defectos de estas. Sus asnos, sus caballos y camellos se cuentan y se distinguen por sus propios nombres. Se ha hecho la descripción de sus carros, armas y muebles; en fin hasta lo concerniente á las funciones animales mas secretas; la hora de la comida, cuando se levantaba ó acostaba, su exactitud, su puntualidad en todas las cosas, nada de esto se ha omitido.

No acaban los doctores ni comentadores de contar los privilegios y prerogativas de su profeta. Los musulmanes mas devotos gastan una parte del dia en repetir las, pasando con sus dedos las cuentas de los grandes rosarios que llevan al cuello. Esta letanía, que abreviaremos mucho, está concebida poco mas ó menos en estos términos: "Mahoma, el último de los profetas en el orden de la creación, es el primero en el orden de la misión. Su nombre está escrito en todas las puertas del paraíso. Cuando él nació fue precipitado el diablo. El recorrió todos los cielos. Mahoma es superior á todos los hombres en espíritu y en inteligencia. Ha obrado tres milagros, sin contar los del Alcorán, en el que se contienen sesenta mil, porque cada verso es un milagro. Partió la luna. Por su orden hablaron las piedras y los árboles. Fuentes de agua corrieron de sus dedos. Dios reparte con él las bendiciones. Dios ha mandado al mundo que le obedezca. Toda la tierra es suya. Antes de él estaba manchada por los cristianos, por los idólatras y los judíos. El la purificó con su doctrina. Mahoma instituyó la oración, la costumbre de lavarse las manos despues de comer, y la de hacer un hueco en uno de los lados del sepulcro; y la moda de llevar turbantes, con



Cadaver de Mahoma.

No podian persuadirse los habitantes de Medina á que Mahoma hubiese muerto; pero como al fin debia convencerlos el hedor del cadaver, el sagaz Abu-Becra, para evitar el descrédito del Profeta, persuadió con el Alcoran, que la qualidad de enviado de Dios no le exímia de la ley comun á los hombres. De este modo la astucia malogró la victoria con que la naturaleza hubiera felizmente confundido á la impostura.

cintas pendientes por detras, señal de distincion entre los mismos ángeles. Su familia no pagará tributo. Aunque manchado por lo ardiente de su temperamento, jamas perdió su pureza. Mahoma gozó de prerogativas no concedidas á otro, como las de abrazar á su muger en dia de ayuno: casarse con mas de cuatro: cometer homicidio en todo el territorio sagrado, y aun en la misma Meca: juzgar segun su voluntad: recibir regalos de los clientes: y repartir las tierras aun antes de hacerse dueño. Suyo es lo mejor que se coge en los despojos de los enemigos. Los ángeles le obedecen. El de la muerte no recogió su alma hasta haberle pedido licencia.”

Como los de Medina ignoraban esta circunstancia, no se podian persuadir á que el profeta hubiese pasado por la suerte comun de los demas hombres; y Omar, uno de los capitanes mas famosos esclamaba: “No puede ser, no ha muerto el profeta de Dios: solamente se ha ausentado por algun tiempo, así como Moisés se ausentó de Israel por cuarenta dias, y despues volvió á vivir con su pueblo.” Al mismo tiempo juraba esterminar á cualquiera que dijese que el enviado de Dios estaba muerto. Pero Abu-Becker, suegro del profeta, y mas prudente, hizo ver por el mismo Alcoran que debia morir; y la corrupcion que empezaba á apoderarse del cadáver fue una prueba demostrativa para el pueblo, el cual, creyendo que así estaba profetizado, no se escandalizó. Su poder y dignidades, si en ellas habia derecho de sucesion, debian pasar á su yerno Ali; pero balanceandose los votos entre Omar y Abu-Becker, al fin prevalecieron á favor de este último, y el mismo Ali le reconoció. Teniendo Mahoma tantas mugeres, no

habia tenido mas que un solo hijo, que murió muy jóven.

Ya en el tiempo del falso profeta se habian levantado algunos hombres, rivales de su poder, de los cuales se deshizo; pero le sobrevivió uno muy peligroso llamado Moseilama, cabeza de una poderosa tribu. Se supone haber tenido parte en la impostura de Mahoma; pero no queriendo serle inferior, y aspirando á la mitad del imperio, le escribió: "Moseilama, apóstol de Dios, á Mahoma, apóstol de Dios: sea tuya la mitad de la tierra, y mia la otra mitad." Mahoma le respondió: "Mahoma, apóstol de Dios, á Moseilama el impostor: la tierra es de Dios, él se la ha dado en herencia al siervo que le agrada, y los que le temen tendrán un feliz éxito." Este feliz éxito procuró lograr Moseilama, y así en los pocos meses que sobrevivió á Mahoma ganó mas terreno que el que habia perdido; pero Abu-Becker envió contra él un ejército superior que le oprimió. Tambien sosegó el califa algunos alborotos que se suscitaron con motivo de la cobranza de los impuestos, y los cismas y querellas de opiniones, bastante ardorosas para temer en sus primeros instantes la total disolucion del imperio. Hasta profetisas se presentaron; y si no se hubiera reprimido á tiempo la seduccion de estas, pudiera haber sido fatal al islamismo. De este conflicto nació nuevo fervor en aquellos musulmanes que permanecieron fieles al falso profeta. Hicieron punto de honra propagar su religion, y estenderla si pudieran por todo el mundo. Era Abu-Becker el mas propio para dirigir esta empresa, mostraba profundo respeto á la memoria de Mahoma, y daba á entender que estaba convencido de la verdad de su apostolado: era exac-

tísimo en observar las menudencias del Alcoran. No parece que este califa fuese guerrero por sí mismo; pero tuvo grandes generales, y entre otros á Kaled, que era muy valiente y hábil, y sobre todo de un zeló escesivo, y aun perseguidor de cuanto no era musulman. Tenia este un hijo llamado Sair dotado de las mismas calidades. Entre los demas capitanes, cuya enumeracion sería prolija, deben contarse los primeros, Yecid, Obeidah, Derar, Rasis y Serjabil, soldados intrépidos, comandantes absolutos alternativamente, y subalternos dóciles. Abu-Becker supo inspirar en sus egércitos el entusiasmo que prepara las victorias: se consideraban los soldados como misioneros que iban á plantar la fe en todos los paises que tenian al rededor, substituyendo la media luna á la cruz con rigor de sus vidas, muy persuadidos de lograr la corona del martirio y los gozos del paraíso de Mahoma muriendo en su religiosa empresa.

Los campamentos eran como grandes mezquitas, en donde se hacia la oracion con recogimiento á las horas señaladas, en cuanto lo permitian las operaciones de la guerra. En sus egércitos no se veia libertinage ni desórden sin embargo de haber en ellos muchas mugeres: estas marchaban y peleaban al lado de sus padres, hermanos ó esposos, sufriendo como ellos las fatigas, y con la misma intrepidez en los peligros. Un mismo espíritu, que era el de convertir ó hacer prosélitos, animaba á todas aquellas tropas, y Abu-Becker procuraba mantenerle con las exhortaciones patéticas que enviaba á los gefes, y se leian en presencia de los batallones. Una carta, un simple billete le reclutaba egércitos. No hizo mas que escribir á la Meca estas palabras: "Esta

carta se dirige á haceros saber que intento libertar la Siria de las manos de los infieles, y quiero que sepais que peleando por prolongar la verdadera religion obedecis á Dios." Al punto acudieron los mecenos, se acamparon al rededor de Medina, y permanecieron allí, á pesar de la escasez de víveres, hasta que se completó el ejército musulman, y se vió en estado de ponerse en marcha.

En el momento de la partida Abu-Becker pidió á Dios á la vista del ejército que le llenase de valor, y le diese un feliz suceso. Dirigiéndose al general, le dijo: "Yecid, cuidado con tratar á las tropas con afecto y suavidad: consulta á tus oficiales en las ocasiones de importancia: anima á tus soldados á pelear con valor y á pie firme. Si ganas la victoria no mates á los ancianos, mugeres ni niños: no destruyas las palmas, ni quemes los trigos: no cortes los árboles ni hagas mal al ganado, á escepcion del que mates para el sustento de tu gente. Cuando hagas algun tratado ó composicion, observa inviolablemente tu palabra. No quites la vida á los religiosos que viven en los monasterios, ni arruines los lugares en donde se han consagrado al servicio de Dios; pero á esos miembros de la sinagoga de Satanás que estan tonsurados, pártelos la cabeza si no se hacen musulmanes ó pagan el tributo." Sin duda entendia por los tonsurados los sacerdotes de los cristianos, que con sus exhortaciones y su zelo le estorbaban para la propagacion del mahometismo; bien que la alternativa de hacerse musulman, pagar el tributo ó morir, no era para los sacerdotes solos, pues se estendia á cuantos alcanzaban las armas musulmanas. De la Arabia, que fué enteramente sub-

yugada, penetraron por la Siria hasta las fértiles llanuras de Damasco. Sostuvo esta ciudad con las fuerzas que envió el emperador Heraclio un largo sitio; pero la acometieron dos generales musulmanes por dos opuestos lados: y mientras Obeidah entraba por composicion por una parte, Kaled forzaba el otro lado. Se encontraron en la ciudad: el uno trataba á los habitantes con humanidad; el otro lo llevaba todo á sangre y fuego. Ya estaban para acometerse, y convinieron en que cada uno fuese libre en usar de la victoria como quisiese; de suerte que se vió en Damasco el singular espectáculo de que una parte de la ciudad, entregada á los horrores de la guerra resonaba en gritos de desesperacion, y la otra llenaba de bendiciones á su vencedor pacífico.

No duró tres años el reinado de Abu-Becker; pero es famoso, no solo por las conquistas que en tan corto espacio son admirables, sino tambien por el gran servicio que hizo á la religion musulmana ordenando el Alcoran. Este libro se compone de aquellas hojas que Mahoma hacia venir del cielo segun la necesidad, y otras que él componia separadamente para servirse de ellas en la ocasion. Como el profeta no sabia leer, se dice que su secretario insertaba algunas veces notas de capricho, que alteraban el testo y aun le hacian ridículo.

Fue preciso, pues, limpiarle de estas interpolaciones, que no era trabajo fácil, y buscar y recoger lo que se habia estraviado ó se habia perdido, supliéndolo con el auxilio de la memoria y del testimonio de los antiguos. Abu-Becker se tomó este cuidado con una atencion que ya llegaba á escrupulosidad: de su trabajo salieron ciento y ca-

torce capítulos repartidos poco mas ó menos segun las materias. Tal es el Alcoran, libro sagrado para los mahometanos, y cuyo estilo dicen, no sé por qué, que es inimitable, y un milagro permanente mayor que el de resucitar á un muerto. Otro libro tienen en que estan las palabras y hechos del profeta, y le llaman la Sonna, menos divino, pero muy respetado.

La religion mahometana, á diferencia de casi todas las otras, no tiene ofrendas ni sacrificios: todo su rito consiste en predicaciones, oraciones y lavatorios, el *Ramadan*, que es el ayuno de un mes en cada año, y la peregrinacion á la Meca una vez en la vida. Mahoma, poniendo las leyes de policia en el Alcoran las hizo religiosas, y de este modo las dió mas fuerza y permanencia que si las hubiera dejado puramente civiles. Si prescribe reglas sobre los contratos particulares, como el matrimonio, el divorcio, las herencias, los castigos y los tratados con las naciones estrangeras, ó sobre los otros objetos de derecho natural, ó de pura convencion, siempre supone que habla en el nombre de Dios: en la administracion de la justicia, la limosna, el empréstito sin usuras, la redencion de los cautivos, y otras acciones que de suyo son laudables, siempre insiste sobre su práctica como de Dios; y lo mismo hace sobre la egecucion de las leyes prohibitivas, como abstenerse de ciertos manjares y de los licores que embriagan, no jugar á los dados, y no dedicarse á la adivinacion.

El fatalismo fue para Mahoma un gran recurso. Si le decian que alguno de sus discípulos acababa de morir peleando, respondia: "Ya esta-

ban contados sus dias; y aunque fuera en su propia casa le hubiera herido á la misma hora el ángel de la muerte." Con esta opinion conseguia que morir por morir quisiesen todos mas que les sucediese en el campo de la gloria, y que viesen sin pestañear la cuchilla que les iba á cortar el hilo de la vida, persuadidos á que así conseguian la corona del martirio. Las recompensas vinculadas á este título eran estas: "Para cada predestinado setenta y dos mugeres de las mas hermosas, una tienda de riqueza incomparable, un prodigioso número de criados, una pasmosa diversidad de manjares servidos en platos de oro, varias especies de deliciosos licores presentados en vasos del mismo metal, los mas escelentes vinos sin el defecto de embriagarse, un surtido de magníficos vestidos proporcionado á la suntuosidad de la mesa, un gran tren, y cuanto puede lisonjear á la sensualidad del voluptuoso mas entregado al placer, y para poderle gozar una juventud y unas fuerzas que renacen sin cesar." Este es el paraiso de Mahoma. Se dice que los mahometanos instruidos no caen en estas esperanzas quiméricas, sino su ignorante pueblo. ¡Ah! ¡infeliz pueblo, y cómo te engañan!

Omar, que habia concurrido con Abu-Becker, fue quien le reemplazó. El califa difunto no dejó mas que tres dracmas en dinero; y cuando dieron cuenta á Omar de este tesoro, dijo: "Dios le perdone á Abu-Becker, pero deja á sus sucesores un ejemplo bien difícil de imitar." Una de las máximas de este hombre desinteresado era: "las buenas acciones son una salvaguardia contra la adversidad:" decia tambien: "la muerte es la menor cosa del mundo cuando llega, y es la mas

Años
de J. C.
634.

molesta de todas antes de llegar." Tomó Omar el título de emperador ó comandante de los creyentes, y se le dejó á sus sucesores.

Se creeria que un príncipe que sujetó la parte mas rica de la Siria, cuyas banderas siguió constante la victoria, que con sus armas se hizo soberano de la Mesopotamia, de toda la Judea, del Egipto, de las mas ricas ciudades, como Antioquía, Emesa, Alejandría, y entró como conquistador en Jerusalem; cuyos egércitos, despues de sangrientas batallas, penetraron por la Persia, y empezaron á hacer temblar aquel trono; se creeria, digo, que semejante príncipe fue un gran guerrero; pues ni aun llegó á mandar sus tropas. Desde Medina, lugar de su residencia, enviaba las órdenes en el estilo sentencioso del Alcoran, y no solo se conformaban con ellas los generales, sino que los mismos soldados se resignaban con la sumision de devotos religiosos. Buen egemplo tenemos en el egército que mandaba Obeidah. Escribió este general al califa, que sus soldados se habian acostumbrado en Siria á beber vino. Mandó Omar que castigase á los culpados con ochenta palos dados en las plantas de los pies. Insinuó el general esta sentencia exhortando á que los que se sintiesen culpados confesasen voluntariamente su pecado, y se sujetasen en prueba de su arrepentimiento al castigo que el califa ordenaba. Fueron muchos los que confesaron su culpa sin mas acusador que su propia conciencia.

Este Obeidah era el general favorito de Omar; y le dió la preferencia respecto de Kaled, á quien depuso, porque "Obeidah, decia, es suave y moderado, y siempre se porta con bondad para con

los musulmanes; pero Kaled es de genio intratable y feroz, codicioso, y culpado en muchos escesos. El mismo Dios gobernará las empresas de un hombre tan virtuoso como Obeidah, y echará la bendición á sus disposiciones suaves y moderadas." A Kaled no le impidió su desgracia servir, porque distinguia en Omar dos personas. "Yo, decia, le tengo igual aversion; pero me someto á la voluntad de Dios esplicada por el califa, legítimo sucesor de Mahoma." No ignorando el califa este modo de pensar, ¿qué no podria esperar de sus soldados y de sus gefes? Tenia gran cuidado de apartarlos de toda preferencia respecto de las cosas que pudieran aficionarlos á este mundo, y así escribia á Obeidah: "Te encargo que pongas la confianza en Dios, y que no seas uno de aquellos de quienes dice: si vuestros padres, hijos, hermanos, mugeres y parientes, ó las casas en que os complaceis, ó las riquezas que adquirís, ó las mercaderías que temeis no vender, os merecen mas amor que Dios, su apóstol Mahoma y el adelantamiento de su religion, temed que cumplirá contra vosotros lo que ya tiene resuelto."

Si desea alguno saber qué derecho suponian tener los árabes sobre la Siria, que era la parte mas bella de sus conquistas, le hallará en la conversacion de Amru, general de Omar, con Constantino hijo de Heraclio: decia este príncipe á Amru: "Los griegos y los árabes son parientes cercanos entre sí, y por esto es cosa injusta que se hagan la guerra unos á otros." "Aunque fueran hermanos, respondió el árabe, basta que sean de diferente religion para hacerse la guerra; pero yo ignoro qué parentesco tengan los koreishitas con los griegos."

Constantino replicó: "Adan, Noe, Abraham, Isaac, Esau, fueron padres de los griegos y de los árabes: luego son parientes, y no deben entrar en querellas sobre las tierras que sus padres les han repartido." Bien decís, respondió Amru; pero esa division ya no existe. A vosotros tampoco os pertenece el pais que ahora ocupais, porque le habitaban los amalecitas que descendian de Sem como nosotros. Reclamamos la herencia de nuestros padres y hermanos, aspiramos á poner las cosas en su antiguo pie entrando á poseer vuestras tierras fértiles, esos ricos pastos, hermosos rios y casas magnificas, y os daremos en cambio nuestras rocas y desiertos con estas tierras secas y estériles que fueron dadas á Càn y á Jafet, de quienes descendeis vosotros." Constantino se atrincheró con la antigua posesion, la cual destruia todos los demas títulos; y le dijo Amru: "Teneis razon; pero á nosotros nos parece la Siria tan deliciosa en comparacion de nuestro pais, que jamas nos resolveremos á dejarla, y estamos absolutamente determinados á hacernos dueños de ella. Un solo medio teneis para que os dejemos pacíficos poseedores de vuestros grandes bienes, y es el de abrazar la religion musulmana, ó pagar el tributo que exigimos de los infieles." ¿Qué habrá en este mundo de que un hombre no pueda apoderarse con semejantes razones, apoyadas con un buen ejército?

Del mismo género, poco mas ó menos, es el argumento de los mahometanos para apoderarse de Jerusalem. "Esta, dicen, era la *santa ciudad*, desde la cual partió el profeta cuando fue á su viage de los siete cielos: no convenia que se quedase en

manos de los infieles." Consiguieron los habitadores no entregarla sino á Omar en persona : este tuvo la bondad de hacer el viage, y ellos motivo para alabar su atencion y su justicia. Por ser máxima mahometana contar por suyos todos los lugares en donde hubieren hecho oracion los califas, tuvo la delicadeza de no orar en la iglesia, y dar á los cristianos, sin que estos lo solicitasen, un salvoconducto por escrito contra las invasiones de sus sucesores. En la capitulacion que les concedió se contienen muchos privilegios á favor de los cristianos que estan en esta ciudad, y son el fundamento de los que gozan todavía en el gobierno de los turcos. Lo que debe especialmente agradecerse á Omar es esta condescendencia, por ser un entusiasta que no conocia mas ciencia ni luz que la de la religion mahometana, ni podia entender cómo era posible profesar otra. Bien conocido es este califa por su modo de pensar acerca de la destruccion de la famosa biblioteca de Alejandría, cuya mitad habia ya perecido por una desgracia accidental en tiempo de César. Consultado Omar por Amru, su general, sobre lo que se debia hacer de aquellos libros, respondió: "Si esos libros concuerdan con lo que se dice en el Alcoran, este solo basta, y los otros son inútiles: si contienen doctrinas contrarias á las de este libro divino, deben tenerse por perniciosas, y se deben destruir." Resolvió Amru que con aquellos volúmenes se calentasen los baños de Alejandría que llegaban á cuatro mil, y fueron suficientes para dar pábulo al fuego por seis meses. Ya hemos hablado de este lastimoso efecto del fanatismo; pero me parece que doy una leccion útil cuando digo que el fana-

tismo, ya sea de la ignorancia sobre la religion, ó ya de libertad, siempre es destructor.

Temieron los de Medina que encantado Omar con las bellezas de la Palestina, los abandonase por fijar su residencia en Jerusalem, y poner en ella el trono del imperio. Las descripciones que nos han dejado los escritores de aquel tiempo de las campiñas de Judea, de su fertilidad, y de las numerosas ciudades que se enriquecian con el comercio se ajustan con las pinturas de los sagrados libros, y nos hacen ver cuán sin fundamento piensan que son exageraciones de los judíos las delicias de aquella tierra *que corria leche y miel*. ¿Qué son ahora bajo el dominio de los turcos las campiñas que riegan el Tigris y el Eufrates? ¿Acaso porque interceptadas las corrientes de estos dos rios con las ruinas de los puentes forman hoy fangosas lagunas estraviándose en las llanuras: porque apenas se hallan vestigios de las magníficas ciudades que las adornaban: porque en los lugares descubiertos solo se ven algunas tribus de árabes con quienes todos temen encontrar: habrá razón para inferir que estos países no fueron los mas fértiles y los mas bien poblados del universo? Lo mismo pues debe decirse de la Judea.

Cuando Omar partió á Jerusalem hizo sus expresiones de respeto al sepulcro de Mahoma, y nombró á Ali por teniente en su ausencia. Montó en un camello rojo y cargado con dos sacos: en el uno llevaba su *sawick*, que es una mezcla de cebada, arroz y trigo hervido y limpio; y el otro iba lleno de frutas. Por delante llevaba un odre lleno de agua, provision necesaria en aquellos países secos, y por detras una grande hortera. Empe-



Devocion de Omar.

Quando asolaba toda el Asia el alfange sarraceno, lograron los habitantes de Jerusalem que se les permitiese no entregar la ciudad sino á Omar en persona. Tuvo el Califa la bondad de hacer para ello este viage, y jamás empezó jornada sin que precediese la oracion, y una exhortacion á los suyos con pias jaculatorias. ; Quantos habrá que como Omar intenten conciliar con la devocion las usurpaciones!

zaba la jornada por la oracion, y despues se volvia á los que le acompañaban en el viage, dirigiéndoles una exhortacion con pias jaculatorias: llenaba su horterera de sawick, y los regalaba comiendo todos con él sin distincion alguna. El alimento ordinario de Omar cuando no viajaba era pan de cebada sazonado con un poco de sal, y muchas veces le comia sin ella por mortificacion: su bebida era el agua: sus vestidos de tela de pelo de camello, mal compuestos y aun rasgados: no habia cosa mas estravagante que su persona. Los motivos verdaderos ó afectados de este desaliño del califa se ven en una conversacion de Heraclio con Rafaa, prisionero árabe; y hablándose de Omar ninguno se admirará de ver que estos motivos son dignos mas de un ascético que de un emperador.

Le preguntó Heraclio en estos términos: “¿Por qué va Omar vestido tan simplemente contra el uso de los príncipes, habiendo quitado tantas riquezas á los cristianos?” Rafaa le respondió: “Por el temor de Dios y la consideracion de la otra vida.” “¿Cuál es su palacio?” “Un palacio de paredes de tierra.” “¿Cuáles son sus criados?” “Los pobres y los mendigos.” “¿Cuál es la alfombra en que se sienta?” “La justicia y la equidad.” “¿Cuál es su trono?” “La moderacion y el conocimiento de la verdad.” “¿Cuál es su tesoro?” “La confianza en Dios.” “¿Y sus guardias?” “Los unitarios mas valientes.” Este nombre se daban los musulmanes por contraposicion á los cristianos, á quienes, por no entender ellos el dogma de la Trinidad, llamaban asociadores. Concluyó Rafaa la conversacion con un rasgo de

modestia cenobítica. “Sabed que muchos le han dicho á Omar : ya os veis dueño de los tesoros de los Césares, y habeis subyugado los reyes y los príncipes : ¿por qué no llevais ricas vestiduras? Pero Omar les responde : Vosotros buscais los bienes de este mundo, y yo busco el favor de aquel que es Señor del mundo presente y del mundo futuro.”

Los historiadores orientales pintan á Omar generoso, benéfico y observante de la justicia, dándola á cada uno con la mas perfecta imparcialidad. Su caña, dicen ellos, ó el baston con que se paseaba, inspiraba mas temor á los culpados que la espada de otros. Esta rígida equidad le costó la vida. Llegó á quejarse de su amo un esclavo llamado Lulua, y no hallando Omar que la queja tuviese fundamento, Lulua se retiró murmurando y amenazando con insolencia. El emperador exclamó : “Ese esclavo me amenaza ; y si yo fuera capaz de quitar la vida á alguno por una simple sospecha, le cortaria ahora mismo la cabeza.” No se contentó Lulua con las amenazas, pues poco tiempo despues, estando Omar rezando la oracion de por la mañana en la mezquita de Medina, se acercó á él y le dió tres puñaladas en el vientre. Quisieron prenderle los asistentes : él se defendió como desesperado, é hirió á trece, á los siete mortalmente. Uno de los que le rodeaban le echó sobre la cabeza su jubon ; y viéndose preso, se dió á sí mismo una puñalada, y espiró.

En los tres dias que Omar sobrevivió á sus puñaladas solicitaban sus cortesanos y ministros que nombrase sucesor : le propusieron muchos, y á todos los desechó : el uno, decia, no tiene la se-

riedad correspondiente: el otro es demasiado avaro: el tercero es feroz é intratable: el cuarto es demasiado soberbio y altivo. En su sentir el sucesor del profeta debia ser afable y condescendiente. Le hablaron de su propio hijo, y esclamó: "¡ Ah! basta que en una familia haya una persona que tenga obligacion de dar cuenta de una carga tan pesada como el califado." Nombró pues seis electores para que hiciesen la eleccion entre sí despues de su muerte. Uno de ellos ofreció renunciar á su dignidad si los otros cinco le permitian elegir. Vinieron en ello todos, y despues de haber consultado secretamente el desco del pueblo, nombró á Othman, á quien Omar, aunque reconocia en él las calidades requisitas, le habia desechado por demasiado inclinado á favorecer á sus amigos y parientes.

En el reinado de Othman se apoderaron los musulmanes de las mas bellas provincias de la Persia: se aseguraron en Egipto, se establecieron en Chipre, y aun se cree que ya pusieron el pie en España. Todas estas conquistas hicieron los generales sin embargo de la disension que reinaba en la corte de Othman. Omar habia creido con razon que si daban el trono á Othman pudiera serle funesta la predileccion de los amigos y parientes en la distribucion de los cargos: y con efecto dió el gobierno de Egipto á su hermano de leche que no podia ser muy jóven, porque Othman tenia setenta años cuando le promovieron á la dignidad de califa. Este gobierno le dió con perjuicio de Amru, conquistador de aquel reino, en el cual se habia hecho amable por su administracion suave y equitativa. Con motivo de haberse quejado los pueblos fuertemente,

Años
de J. C.
645.

se vió el emperador precisado á restablecer á Amru, y á volver sobre sí respecto de los demas puestos, porque sus lecciones le habian quitado la estimacion. El pueblo, como de ordinario sucede, le culpó en las injusticias de sus generales y ministros, los unos incapaces, y los otros poco fieles. Reconoció Othman las consecuencias de su imprudente conducta: la confesó públicamente: prometió enmendarse, y ganó de nuevo el afecto de sus vasallos; pero habia contra él siniestras intenciones, de que no le libró su arrepentimiento.

Cuando murió Omar ya se habian formado dos partidos, uno de Ali, primo de Mahoma y su yerno, que muerto el profeta habia pretendido el califado: otro el de Aychsa su viuda, y entre sus mugeres la mas querida, la cual pretendia el trono para Telha su pariente. A lo que parece nombraron á Othman, y no á Ali ni á Telha, por obviar los riesgos de esta concurrencia. Como ya Othman era de mucha edad, se sosegaron los dos partidos creyendo que no tardarian en renovar sus diligencias; pero por mas sentimientos que dieron al anciano, las pesadumbres no le acababan, y siempre le respetó su pueblo, por mas descontento que le inspiraban. Fue preciso pues tomar medidas para sacar de sus manos la especie de depósito que por tanto tiempo retenia. Merban, su secretario, del partido de Aychsa, se hizo el órgano de la traicion mas diabólica que es posible imaginar.

Acababa Othman de perdonar á los rebeldes de Egipto, y los enviaba contentos á su pais. Escribió Merban en nombre de su señor al gobernador: "Así que tales, tales y tales, nombrandolos, lleguen á Egipto, no dejes de cortarles los pies y las manos,

y de hacerlos empalar." El malvado lo dispuso de suerte que cayó la carta en manos de las personas amenazadas. Volvieron los egipcios furiosos á Medina; Ali, que se hallaba en la ciudad, no hizo los esfuerzos mas activos para defender al califa; y así mataron inhumanamente á Othman á los ochenta y dos años de edad y doce de su reinado, que fué en el exterior glorioso; pero el gozo de sus felicidades en la guerra fue perpetuamente envenenado con las pesadumbres domésticas. Era valiente, magnífico, generoso y liberal; pero menos confianza en los traidores, con mejores elecciones, hubieran contribuido á su tranquilidad y la de los pueblos mas que sus bellas prendas.

No estaba Ayehsa en Medina cuando mataron á Othman, y por su ausencia tuvo su partido precision de concurrir á la eleccion de Ali. Este, fuese con verdad ó con disimulo, dió á entender que sentia aceptar, y dijo: "Mas querria yo servir á un dueño en calidad de visir ó primer ministro, que encargarme del imperio." Y llevó su resistencia hasta que el pueblo le amenazó con la muerte si no permitia que le entronizasen. Públicamente le colocaron en el trono en la mezquita principal; y Telha, el protegido de Ayehsa, y Zabeir, otro pretendiente, fueron los primeros que le rindieron homenaje, pero no tardaron en darle á conocer su mala voluntad. Si Ayehsa no habia contribuido á la muerte de Othman, por lo menos la habia deseado por ver en su lugar á Telha; y viendo frustradas sus esperanzas, le llamó adonde ella estaba con Zabeir, que era el otro competidor. No sintiéndose con fuerzas suficientes contra Ali, que tenia la aprobacion pública, convino este partido en oponer-

Años
de J. C.
655.

le á Moavia, gobernador de Siria. Habia tenido Ali la imprudencia de deponer á este gobernador cuando subió al trono; y viendose Moavia con suficiente poder para no obedecerle, se convirtió en un enemigo implacable y muy peligroso rival.

Era necesario algun pretesto, porque para el pueblo siempre se necesita. El que tomaron fue insinuar que Ali estaba culpado en la muerte de Othman, y el poco cuidado que tuvo de socorrerle daba algun color á la calumnia; pero era mas verosímil que el delito fuese, mas bien que de Ali, de los que en todo el reinado del califa habian procurado quitarle el afecto de sus vasallos, respecto que Ali le habia reconciliado con ellos. Poco importa, pues la imputacion del regicidio prevaleció por la destreza con que la propagaron. Levantó Ayehsa en la Meca el estandarte de la rebelion, y los devotos musulmanes acudieron á las banderas de la madre de los creyentes. Esta se puso en marcha con Telha y Zabeir para juntarse en Siria con Moavia. La cortó Ali el camino, y hubo una batalla sangrienta: la viuda de Mahoma, montada en su camello, recorria las filas y animaba á las tropas. Se halló en lo mas fuerte de la pelea: su litera estaba tan erizada de flechas y venablos que parecia un puerco espin: la desjarretaron el camello, y quedandose en el campo de batalla la presentaron á Ali, el cual la recibió con todo honor y distincion, contentandose con ponerla en su casa en la ciudad de Medina, prohibiendola que en adelante se mezclase en asuntos de estado.

De los dos gefes, Telha quedó mortalmente herido por el secretario Merban, quien confesó entonces á Ali que este protegido de Ayehsa habia ma-

quinado la muerte de Othman. A Zabeir le alcanzaron en la fuga y le cortaron la cabeza. Volvió despues Ali contra Moavia, á quien ganó muchas acciones, y por último se hubiera perdido el rebelde á no haber sido por una estratagema que le sugirió Amru, uno de sus capitanes, para conseguir que abandonasen á Ali los soldados. Por su consejo mandó Moavia colgar alcoranes en los cabos de muchas lanzas, y llevarlos á la frente de las tropas gritando: "Este es el libro que debe decidir todas nuestras diferencias: aquí está entre nosotros y vosotros el libro de Dios, que prohíbe absolutamente derramar la sangre de los musulmanes." Con este espectáculo no quisieron pelear las tropas de Ali, y precisaron á su gefe á que pusiese su eleccion en compromiso, y consintiese en nombrar árbitros que decidiesen entre él y Moavia. No le dejaron la eleccion libre de su árbitro, antes bien le obligaron sus soldados á que tomase por árbitro á Abu Muza, hombre débil, que ya dos veces le habia hecho traicion; al mismo tiempo que Moavia nombró á Amru, hombre hábil, de carácter firme, que habia imaginado el espediente de los alcoranes.

Amru, que conocia perfectamente el genio de su colega, le manejó con tal destreza que se hizo dueño de su voluntad. Le persuadió que para restablecer la paz entre los musulmanes era necesario deponer á Ali y á Moavia, eligiendo un nuevo califa que fuese del gusto de todos. Sentado este artículo importante, levantaron entre los dos egércitos un tablado sobre el cual debia cada uno de los árbitros publicar su decision. Amru desirió á Abu Muza el honor de hablar primero. Subió pues, y dijo estas palabras: "Yo depongo á Ali y á Moavia,

y los privo del califado, así como quito este anillo de mi dedo." Subió despues Amru, y dijo: "Ya habeis oido que Abu Muza ha depuesto á Ali: yo tambien le depongo, y doy el califado á Moavia, revistiendole de la suprema autoridad del mismo modo que pongo este anillo en mi dedo." A esto añadió algunas razones en favor de su candidato, renovando las pérfidas insinuaciones sobre hacer á Ali cómplice en la muerte de Othman. Reclamó Abu Muza contra el engaño de su colega: pretestó Ali; pero esta superchería, con ser tan visible, le quitó los partidarios y se los dió á Moavia. Se dividieron los pareceres de los gobernadores de las provincias acerca de los dos rivales segun sus intereses, y llegó á ser la guerra mas viva y animada que antes.

Dos devotos entusiastas creyendose inspirados, sintiendo las desgracias que traia esta guerra, y persuadidos á que todo era permitido para impedir que se derramase la sangre musulmana, se propusieron conseguir el fin por un medio mas seguro que el de los árbitros, y dijeron entre sí: "Si Ali y Moavia, que son dos falsos imanes, murieran, se quedarian en buen estado los negocios de los musulmanes. Procuremos pues deshacernos de ellos." Entonces se separaron resueltos á sacrificarse por la religion: el uno hirió á Moavia, mas no fue mortal la herida: el otro descargó sobre Ali un golpe, que no hubiera sido peligroso si el agresor no hubiese tomado la precaucion de envenenar la espada. Murió Ali de mas de sesenta años de edad, y cinco de reinado.

En la historia de los musulmanes es el califado de Ali una época notable por el cisma que se le siguió, y aun dura. Los partidarios de Ali miran

como intrusos y usurpadores á los tres primeros califas Abu-Becra, Omar y Othman; y el título de shiitas, que quiere decir sectarios, que sus contrarios les dan como por desprecio, es nombre que ellos toman por honor; pero los que son opuestos á Ali tienen á este por imán falso. Toman ellos el título de sonnitas ó *tradicionarios*, porque se gobiernan por tradiciones, siendo así que los shiitas no conocen mas que el Alcoran; pero los sonnitas los acusan de que le corrompen. Estos se llaman tambien omniadas, porque veneran á Omar y Othman. Se detestan y abominan los dos partidos, teniendo unos á otros por mas distantes de la verdad que á los judíos y á los cristianos. En el dia la Persia, una parte de los príncipes tártaros y algunos reyes de la India son shiitas ó sectarios de Ali. Los turcos y los demas mahometanos son sonnitas y otomanos ó discípulos de Othman; pero estas dos ramas principales del islamismo se dividen entre sí por tanta multitud de sectas que sería trabajoso contarlas. Ali era valeroso, humano, sensible, y sus mismos enemigos no le niegan estas prendas. Solamente le faltó firmeza y vigor en el gobierno; y si no hubiera sido tan inclinado á la conciliacion, pudiera haber sido mas afortunado.

Le sucedió Hasan, su hijo mayor entre el gran número de los que tenia; pero era mas propio para vivir como particular que como soberano; y así dejó el trono de Moavia por no haber podido ver sin horrorizarse los destrozos de un sangriento combate esparcidos por el campo de batalla. Se cree que se quedó con la dignidad de imán, y que Moavia, para reunir en sí los dos títulos que constituian el califado, le hizo dar veneno. Era Hasan muy ge-

Años
de J. C.
660.

neroso: gastaba en limosnas la mitad de sus rentas: poseia las propiedades dulces y benignas que hacen la felicidad de la vida particular. Desde niño tenia unos modales cariñosos que le hicieron sumamente amable para el profeta su abuelo. Siendo bondadoso con todos, parece que tenia el defecto que se halla regularmente en los sugetos de este carácter, y es el de no aficionarse con solidez, pues repudiaba muy á menudo á sus mugeres. Sin duda reconocidas al afecto que las habia mostrado, todavía se le conservaban despues del divorcio.

Años
de J. C.
660.

Ya contaban el quinto sucesor de Mahoma, y aun vivian muchos de sus cortesanos y de sus generales ó ministros. Todos los califas habian pasado sobre el trono rápidamente, y solo uno murió de muerte natural. El resto de los contemporaneos de Mahoma desapareció en el reinado de Moavia. Este era hijo de un gran general de la tribu de los koreishitas, á la que parecia estar vinculado esclusivamente el califado. Tenia pues una especie de derecho á esta dignidad; pero le hubiera servido de poco á no haber sabido apoyarle con la habilidad en los consejos y el valor en los egércitos. Bien se ve por el veneno que dió á Hasan que no era delicado ni escrupuloso en el modo de separar lo que estorbaba á sus deseos; y aun en semejantes circunstancias le sirvió tanto algunas veces el hierro como el veneno. Supo emplear en sus empresas el auxilio de un hermano natural llamado Ziyad, hombre el mas absoluto en el mando, y el mas exacto en hacerse obedecer. Le enviaba Moavia á los países mas difíciles de gobernar, y ya iba delante la reputacion de severidad á prepararle la sumision puntual y sin reserva.

Le encargaron que limpiase de ladrones el país de Basra, ya que sus antecesores no habían podido destruirlos: empezó por la capital, prohibiendo con pena de muerte que ninguno estuviese en las calles y plazas públicas después de la oración de la tarde. En la primera noche quitó la patrulla la vida á doscientas personas, la segunda á cinco, y la tercera ni á una. Mandó después que cada uno dejase abierta la puerta de su casa por la noche con la pensión de pagar á los particulares el daño que de esto resultase; pero ningún perjuicio sobrevino, excepto el que hicieron algunos ganados que entraron en las tiendas; y entonces permitió cerrarlas con un enrejado. Pasando un pobre pastor por la ciudad con su rebaño después de la hora fatal, le prendieron y llevaron á la presencia de Ziyad. Se excusaba diciendo, que no sabía la prohibición. "Yo lo creo, dijo el gobernador; pero la seguridad de los habitantes de esta ciudad consiste en tu muerte, y así es preciso que seas sacrificado al bien público;" y mandó cortarle la cabeza. Su teniente, que se llamaba Samrah, era tan desapiadado como él. Siguiendo una noche su caballería, á la cual llevaba á pasear fuera de la ciudad, halló al paso un hombre penetrado de una lanzada, y nadando en su sangre: preguntó por la causa de aquel homicidio, y le respondieron que era un paisano, á quien habían muerto por no haberse apartado del camino con prontitud. Pasó diciendo con gran frescura: "Cuando nosotros marchamos mire cada uno por sí."

Moavia había fijado su habitación en Damasco, y quiso llevar allá la silla del profeta. Era una cátedra con sus gradas, desde donde Mahoma,

sentado en el segundo escalon, predicaba, dejando para Dios el primero, empezando por arriba; y los califas que le sucedieron se sentaban en las siguientes, bajando por humildad. Sin duda creyó Moavia que daria mas eficacia á sus predicaciones haciendolas en la cátedra de Mahoma; pero los de Medina se negaron á deshacerse de tan precioso depósito. Mejor salió Moavia en una empresa mas difícil. Tenia un hijo llamado Yecid, á quien miraba con ojos de padre. Descubria en él un aire magestuoso, y las prendas mas propias para gobernar un grande imperio; pero los que le veian como era en sí, notaban en él presuncion, arrogancia, y sobre todo mucha indiferencia en punto de religion, defecto capital en aquellos tiempos de fervor. Tambien reprendian en él que bebia vino, que gustaba de la música y de vestirse de seda. No obstante emprendió Moavia hacer que le reconociesen por sucesor suyo, y por su cólega mientras él vivia; y á pesar de los obstáculos que se hallaron, consiguió mas fácilmente la egecucion de este proyecto repugnante á sus pueblos porque interesaba su felicidad, que trasladar la cátedra de Mahoma.

Este califa fue muy dichoso en todas sus empresas: continuaron las armas de los árabes en hacerse temibles en su reinado, é hizo tremolar sus estandartes hasta al pie de los muros de Constantino-
pla. Como gobernador de Siria y como califa tuvo por cuarenta años en su mano las riendas del imperio: los diez y nueve solo, despues de la renuncia de Hasan. Era de grande estatura, lleno en extremo, de buen temperamento, ancho de pecho, de un mirar firme, y de una voz muy fuerte. Aunque se pueden reprehender en él algunas crueldades, era en general be-

nigno, humano, penetrativo, valeroso, accesible, y civil en sus modales. Gustaba Moavia de la poesía, y sucedió que habiendo cogido á un ladrón en fragante delito, iban á cortarle la mano segun el rigor de la ley; pero pidió el perdón en versos tan espirituosos que el califa se le concedió. Aquí se nota que esta fue entre los musulmanes la primera sentencia que no se ejecutó, porque jamás califa alguno habia presumido hacer gracia á los que condenaba la ley.

Otro poeta debió á su talento la felicidad que le habian quitado. La habia puesto en la posesion de una hermosa árabe con quien se casó, sacrificando gran parte de sus bienes á los parientes de la doncella; pero se la quitó el gobernador Cufa. Llegó el jóven poeta desesperado á quejarse á Moavia, y pintó su desgracia con tan bellos versos que se compadeció el califa, y escribió al gobernador restituyese la esposa á su marido. Estaba tan apasionado el robador que respondió al califa: "Padre de los creyentes, permitidme solamente que pase un año con ella, y al cabo de este término mandad que me corten la cabeza." Moavia despreció esta loca proposicion, restituyó la bella árabe á su esposo, como ella deseaba; y juntando la generosidad con la justicia, resarcíó al poeta con ricos presentes lo que habia gastado para obtener á su esposa.

Cuando llegó Moavia á los ochenta años de su edad, sintió que ya no tenia la misma actividad que antes en el mando. Todo lo resfria la vejez. Decia á los que le acompañaban: "Os he gobernado tanto tiempo, que ya estamos cansados los unos de los otros." No hallandose á su lado su hijo al tiempo de morir, le envió algunos consejos que dan á en-

Años
de J. C.
676.

tender que aunque le había reconocido por su colega, recelaba que su posesion no fuese pacífica y sin alborotos. Con efecto el viejo califa habia con su habilidad y prudencia contenido á los competidores; pero así que murió se levantaron dos rivales terribles; Hosein hermano de Hasan, hijo de Ali como él, y Abdalla, hijo de Zabeir, que habia perdido el califado con Telha el protegido de la viuda de Mahoma. El primero jamas aprobó la renuncia de su hermano Hasan; pero tratandole Moavia con toda atencion, se habia contentado con vivir tranquilamente en Medina, en donde se veia respetado y amado en medio de una familia que le queria tiernamente. El hijo de Zabeir tambien se estaba quieto; pero alimentando siempre un secreto deseo de apoderarse de la dignidad que no habia podido lograr su padre. La ciudad de Medina, reducida á un gobernador, no llevaba á bien que el esplendor del califado hubiese pasado á Siria, y veia con gusto dentro de su seno las familias propias para restituirla el honor de que Damasco gozaba: la Meca, unida en los intereses con Medina, adoptaba sus proyectos y esperanzas. Todo el territorio de Arabia, en donde habia nacido el islamismo, se inclinaba abiertamente á favor de los que profesaban con zelo una religion respecto de la cual Yecid mostraba mas que indiferencia.

Al punto que Hosein dejó que penetrase sus intenciones acerca del califado, se declaró por él todo el Irak. Huyó Hosein del gobernador de Medina, á quien el nuevo califa habia encargado que le observase cuidadosamente; y así se retiró á la Meca para tomar sus medidas. Le fue siguiendo Abdalla con ánimo de gobernarse segun las circunstancias. Los partidarios de Hosein, mas recomendables por su

prudencia, sintieron que este príncipe se declarase con demasiada seguridad, lisonjeandose por las disposiciones de los árabes, y le aconsejaron que no se fiase ligeramente de aquel favor popular. Abdalla por el contrario, gustoso de ver como corria el hijo de Ali los riesgos de la primera tentativa, le exhortaba á no dejar que se resfriase el calor de los fieles musulmanes. Siguió Hosein este consejo, avanzó bien mal acompañado á las ciudades que le llamaban, y que él juzgaba estar prontas para abrazar su causa. Sin duda esta era su intencion; pero unas se hallaban tan contenidas por los gobernadores, todos elegidos por Moavia, que no se atrevieron á declarar; y otras dieron oidos á las insinuaciones de las gentes diestras que las envió Yecid. Se abrieron negociaciones entre los gefes de dos egércitos que estaban presentes, y en el tiempo de estas conferencias se resfrió el zelo de las tropas de Hosein, y aun se disiparon casi todas: solamente se quedó con cincuenta caballos y cien infantes parientes, amigos valerosos, escogidos, sacrificados á la muerte que tenian por inevitable; pero determinados á vender caras sus vidas.

¿Rodeado el desgraciado Hosein por un egército de cinco ó seis mil hombres, redoblaría su valor, ó sería motivo para su desesperacion el ver al rededor de sí sus mugeres, sus hijas, sus hermanas, los niños de estas y los suyos, á quienes habia llevado en su comitiva á pesar de las representaciones de sus mejores consejeros? Este combate nos trae á la memoria los de aquellos antiguos héroes que se hablaban en la pelea, suspendian los golpes, se decian injurias, y concluian por matarse; porque le propusieron á Hosein que reconociese á Yecid, y

respondió: "Antes morir que ceder cobardemente mi derecho á un tirano." Pidió que le diesen tiempo para hacer la oracion de la tarde, y le concedieron esta dilacion. Se pasó la noche en fortificarse en el campo, y en unir las tiendas unas con otras. Amaneció el nuevo dia, y empezaron el desafio y el combate.

Al principio del asalto levantaron sus gritos las mugeres y los niños: reprendian á los que acometian porque en otro tiempo habian estado unidos con los que entonces peleaban. Zeinach, hermana de Hosein, salió de su tienda, y dijo á uno de ellos: "¿Tendrás corazon para matar á tu antiguo amigo?" Se enterneció tanto que corrian las lágrimas por todo lo largo de su barba. Apartó el rostro, pero llovian de todas partes flechas sobre el débil escuadron: brincaban los caballos, haciendolos furiosos el dolor; se apearon los ginetes y cargaron con ímpetu sobre los que acometian, hasta hacerlos retroceder. Acudió un muchacho sobrino de Hosein á abrazar á su tio, y al estender los brazos le cortaron la mano, y murió: al pequeño Abdalla le mataron de un flechazo sobre las rodillas de su padre, y este mismo cayó con treinta y tres centuriones traspasado de treinta y cuatro cuchilladas: le cortaron la cabeza los vencedores, y la levantaron en triunfo. Con este espectáculo huyeron los que todavía conservaban alguna fuerza, y quedó prisionera toda la familia.

Con bien poca atencion la trató el general enemigo; pero Yecid se portó en esta ocasion como príncipe magnánimo: lejos de celebrar la muerte de su rival, cuando le presentaron la cabeza, exclamó:

“¡Ay Hosein! si yo hubiera podido librarte, no te hubieran quitado la vida.” Cuando vió á sus mugeres é hijos mal vestidos, y en un estado indigno de su clase, reprendió á su general, é hizo dar á los jóvenes Ali y Amrú, que se habian libertado, vestidos convenientes á su calidad: trató á las viudas con el respeto posible, y las dió por compañeras para llorar á Hosein las viudas de su padre Moavia. Cuando ya habian descansado de sus fatigas, las despidió con mucha atencion, dandolas una buena escolta que las acompañase desde Damasco á Medina, al mando de un hombre muy humano, que segun las órdenes del califa procuró disminuirlas su pena con la atenta cortesía. Tenia Hosein cuando le mataron cincuenta años poco más ó menos. Con su muerte se deshizo Yecid de un rival; pero le quedó otro no menos peligroso en Abdalla, hijo de Zabeir, de quien hemos visto que hizo descubrir el terreno á Hosein. Despues de la funesta catástrofe de este príncipe se aprovechó Abdalla de su desgracia, y empezó á llorar públicamente su suerte en Medina donde habitaba. Esta compasion le juntó muchos partidarios, cuyo número aumentó tambien con liberalidades dispensadas á propósito á los que podian apoyarle con sus votos. No le costó mucho trabajo ganarlos, porque las relaciones que llegaban de Damasco sobre el modo de portarse Yecid le desacreditaban en punto de religion, y con razon le pintaban como hombre á quien ningun cuidado daba la observancia de las prácticas religiosas. Imbuido el pueblo de estas preocupaciones, nada favorables á Yecid, un hombre que ya estaba preparado, ó era entusiasta de buena fe, se levantó en medio de la mezquita de Medina, y arrojando el tur-

bante al suelo , gritó : “ Yo renuncio á Yecid del mismo modo que arrojé este turbante.” Otro quitándose un zapato , dijo : “ Yo dejo á Yecid del mismo modo que me quito este zapato.” Al punto se vió el pavimento de la mezquita cubierto de *turbantes y zapatos* : se sublevaron abiertamente los de Medina , y encerraron al gobernador y á cuantos podían socorrerle.

Sabiendo Yecid esta repentina insurreccion , envió tropas que cercaron á Medina , la tomaron por asalto y la saquearon. Marchó el ejército hácia la Meca , adonde se habia retirado Abdalla , de quien se sabia ser el autor del alboroto. Cuando ya estaba esta ciudad para sufrir la suerte de Medina , llegó la noticia de la muerte de Yecid. Aun no tenía cuarenta años , y solamente reinó cuatro. No se le debe juzgar por la aversion que le han jurado los persas , que siempre hablan de él con execracion á causa de la muerte de Hosein , y del saqueo de Medina. Su carácter era el de un hombre dedicado á los placeres : enemigo de la mortificacion , aunque fuese por principios religiosos. Gustaba del vino , de la música y de los perros , inclinaciones prohibidas á los musulmanes , aunque no sean rigoristas. Este fue el primero que se hizo servir de eunucos. Sus tentientes extendieron su imperio en la Persia , sin que á él le costase mucho cuidado.

Años
de J. C.
684.

Moavia II , aunque hijo de un padre tan poco religioso , llegó á dudar por escrúpulos si heredaría una dignidad que miraba como injustamente poseida por su padre , y despues la renunció á los cincuenta dias , sin querer nombrar sucesor , como todos deseaban. Dijo pues á los grandes de su estado : “ Como yo no he gozado de las ventajas del

califado, no es justo que grave mi conciencia con lo mas escrupuloso que hay en él: espero me permitireis que os cargue con este peso, y así quiero que juzguéis quien entre vosotros mismos es el mas capaz de ocupar mi lugar." Un mes despues murió de peste ó envenenado.

Abdalla, que con la muerte de Yecid se libró del egército siro, que tenia sitiada la Meca en donde él estaba encerrado, pudiera haber adelantado mas, porque el general le ofreció reconocerle por califa si se determinaba á establecer su trono en Damasco; pero no quiso dejar la Meca, y sabiendo esta negativa los grandes de Siria, erigieron á Mervan, siempre de entre ellos, aunque de la tribu de los koreishitas. Su primer cuidado fue prohibir á sus vasallos la peregrinacion de la Meca, temiendo que se dejasen seducir de los partidarios de Abdalla, y les substituyó la peregrinacion de Jerusalem. Aunque en edad avanzada casó con una viuda de Yecid, y declaró sucesor suyo á Kaled hijo de este emperador y de menor edad, con perjuicio de sus propios hijos.

En el tiempo de estos movimientos estaba la familia de Ali tranquila; pero no olvidaba la muerte de Hosein. Aquellos partidarios suyos que le habian abandonado antes de su última desgracia, reflexionando el triste efecto de su desercion, la sentian amargamente, y el arrepentimiento que penetraba sus corazones les hizo concebir deseos de vengarle. A la cabeza de estos *penitentes*, que así se llamaban ellos, se puso Soliman, compañero de Mahoma, y por consiguiente muy anciano. Le estimaban mucho por su afecto á la religion del falso profeta, mas no estaba dotado de prendas militares. El obró como si

todo lo supliera el zelo; y bajo de sus órdenes se formó una especie de cruzada de los devotos musulmanes que acudieron á sus banderas, cuyo grito general era *venganza por Hosein*; y como verdaderos entusiastas se sacrificaban á la muerte como á un acto de espiacion: "Hija mia, dijo un padre suplicándole su hija que no la dejase, lo que deja tu padre es el pecado para volverse á Dios." El general penetrado de estos sentimientos se los inspiraba á los soldados diciendo: "Por la vida futura debeis pelear, y no por la presente. Sea el que fuere el éxito de vuestra espedicion, podeis contar con una felicidad inalterable y eterna."

Los llevó Soliman al sepulcro de Hosein, y allí se pusieron á llorar dando lamentables gritos, y deseando morir con él. Era su dolor tan vivo, y tan de corazon su arrepentimiento de haber abandonado á Hosein, que cuando Soliman mandó levantar el campo, ninguno partió sin haber ido al sepulcro de Hosein á pedirle perdon de haberle dejado. Bien que este fervor no fue tan ciego que no hubiese algunos que advirtiendo la impericia del general y sus falsas medidas, se retiraron, y entre otros fue uno Moctar, que era de aquellos hombres cuyo elemento es la intriga, y mirando con indiferencia la justicia de la causa, la abrazan por impulso de su actividad natural. Viendo Soliman que le dejaban, dijo á sus fieles: "No ha aprobado el Señor que se junten con nosotros esos desertores: por nuestro bien los separa, y así alabad á Dios y al profeta." Con esta escesiva confianza puso las infelices víctimas de su crueldad debajo de la cimitarra de los siros, los cuales mataron á cuantos no tuvieron prudencia ni agilidad para huir. Esta fue una de las principales

espediciones del reinado de Merban, que no duró un año entero. No obstante la promesa de poner en el trono á Kaled, hijo de Yecid, con cuya madre se habia casado, hizo proclamar por sucesor á su propio hijo Abdalmalec; pero dicen unos que irritada su muger le envenenó; y otros que le ahogó á la edad de casi setenta años. Sus generales subyugaron el Egipto.

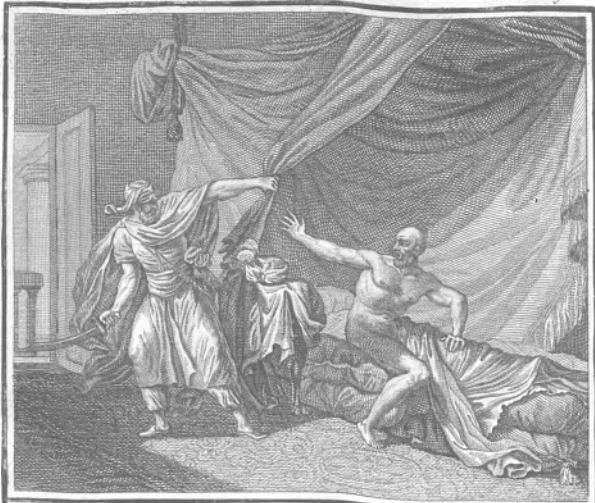
Este Moctar de quien hablamos juntó las reliquias del egército del entusiasta Soliman, y llevó con tal órden y disciplina á sus soldados, escarmen-
 tados en los desastres, que logró grandes sucesos. Supo aprovecharse de la inclinacion que aun tenian á la credulidad; y en una circunstancia en que necesitaba que el fanatismo supliese por la fuerza, mandó hacer un trono portátil, diciendo que tenia grande virtud. Le hacia llevar por todo su campo, y para que siguiese al egército le cargaba en una mula, diciendo á sus soldados: "Este trono os será tan útil como el arca del Testamento á los israelitas." Por haber logrado algunas ventajas á vista de este simulacro, creian deberle sus victorias, y llegó á ser para ellos una especie de ídolo; pero se le acabó la virtud, y padecieron muchos reveses. Murió Moctar en una batalla, y se disipó su egército.

Años
de J. C.
688.

De la libertad que nace de las guerras civiles se formaron unas tropas vagantes sin religion ni costumbres, que profesaban el mas alto desprecio y enemistad para con todo gobierno espiritual ó temporal. Estos frenéticos cometian toda especie de violencias, y egecutaban las barbaridades mas horribles sin distincion de partidos, sexo ni edad, sin mas ley ni religion que el robo y las crueldades.

Habiendo encontrado uno de ellos á una señora de gran piedad y de estraordinaria hermosura quiso perdonarla; pero le dijo uno de sus compañeros: “¿Con que te dejas prender de sus gracias? eso es renegar tu fe;” y de un sablazo cortó la cabeza á la infeliz. Ved aquí lo que se puede esperar de las guerras civiles: estas legitiman la anarquía, y dan osadía para el delito, si una vara de hierro no las reprime.

Abdalmalec se puso insensiblemente sobre sus enemigos y rivales. Uno de los mas temibles era Musab, hermano del califa Abdallah; y vencido Musab por Abdalmalec cerca de Cufa, al fin de la comida le llevaron su cabeza al castillo de esta ciudad; donde viendola uno de los convidados, dijo: “En este mismo castillo he visto presentar la cabeza de Hosein á Obeidallá, la de Obeidallá á Mocketar, la de Mocketar á Musab, y he aquí que ahora te presentan la de Musab.” Abdalmalec hizo demoler el castillo de miedo de que llevasen á él tambien la suya. A la mesa del califa se hallaba un anciano, cuya conversacion puede dar idea de las comidas de aquel tiempo: “¿Qué manjar es el que mas te gusta?” le preguntó el principe; y él respondió: “Una cabeza de asno bien sazónada y asada.” “Ese, dijo el califa, es un manjar ordinario; pero ¿qué te parece un cuarto de cordero bien asado con su salsa de manteca y leche?” De lo que se infiere que habia variado poco el gusto en aquellas tierras, en donde Abraham tantos años antes habia ofrecido á los ángeles, como manjar regalado, una ternera asada con su salsa de manteca y leche. Pero no se halla eemplar anterior de otra práctica del tiempo de que vamos hablando, que



Muerte de Ali.

Determinados dos entusiastas á cortar de una vez las sangrientas discusiones, que sobre el califado mediaban entre Moavia, y Ali, resolvieron asesinarlos creyéndose inspirados para ello. Hirió el uno á Moavia, aunque no mortalmente; pero envenenando el otro su espada descarjó con seguridad el golpe sobre el descuidado Ali. Su objeto era loable; ¿pero quien mirará sin horror tan detestable medio?

consistia en hacer á los correos comer las cartas cuando llevaban malas nuevas.

Hemos visto que Abdallah, hijo de Zabeir, despues de la muerte de Hosein, se habia revestido de la dignidad de califa. Pudiera haberla logrado solo, si se hubiese querido establecer en Damasco; pero quiso mas confinarse en Arabia, y por esto tuvo menos fuerzas que oponer á Abdalmalec su competidor, que reunia las de Siria y las de otras provincias del imperio sujetas á sus leyes. Con sus multiplicados egércitos, siempre bien mandados, llevó el siro de puesto en puesto á su desgraciado rival hasta que le redujo á la ciudad de la Meca, en donde se defendió valerosamente por ocho meses. Por último le abandonaron casi todos sus amigos, diez mil habitantes, y aun sus dos hijos: al mismo tiempo le ofreció el general enemigo cuanto podia desear con la sola condicion de renunciar al titulo de califa, y reconocer al de Damasco. A los setenta y dos años de su edad aun tenia madre, que era hija del Califa Abu-Becrá. Fue á consultarla, y esta no pudo sufrir la idea de que su hijo se viese reducido al estado de particular, y le exhortó á que no sobreviviese á la pérdida de su dignidad. Dócil á su consejo, aunque sin armas y sin tropas ni fortificaciones, se estuvo defendiendo diez dias. La última vez que la visitó, advirtiéndole ella que llevaba cota de malla, dijo que se la quitase para no cansarse tanto; y sobre el temor que mostraba de que su cuerpo se viese despues de muerto espuesto á que le insultase su enemigo, le dijo: "Una oveja muerta no siente que la desuellen." Hecha la última despedida de su madre, y animado Abdallah de su misma desesperacion, se arrojó en medio de

Años
de J. C.
1692.

los sitiadores, y mató á muchos con su propia mano: no atreviéndose á acercarse, le tiraban piedras, y le hirieron en muchos parages antes de darle el golpe mortal. De este modo llegó Abdalmalec á ser califa único, y poseyó solo esta dignidad por trece años.

En Hegiage, general suyo, tenia un terrible orador, á quien envió por gobernador á los habitantes del Irak, que en otro tiempo habian abandonado á Hosein, y no se mostraron mas fieles con Abdallah. Cuando Hegiage llegó á Cufa, que era la capital, todos le rodearon en tropel, y él les dijo: "Presto quedará satisfecha vuestra curiosidad, y no tardareis en conocerme." Subió al púlpito de la mezquita, les habló con mucha aspereza sobre sus pasados alborotos, y juró que no perdonaria á ninguno que llegase á reincidir. Haciendo despues una pausa, y dando por todo el auditorio unas miradas que exhalaban fuego, exclamó: ¡Qué de cabezas descubro que se verán muy presto cortadas! ¡qué de turbantes y barbas regadas de sangre!" Pero tenia Hegiage consigo doce mil soldados buenos y capaces de hacer valer sus figuras oratorias.

Abdalmalec, gefe de los omniadas, que en público se llamaba vengador de la muerte de Othman, manifestaba grande aversion á los alidas, partidarios de Ali, á quienes tenia por culpados en su muerte. Con el fin de mantener la division entre sus vasallos, sostuvo la peregrinacion de Jerusalem, redujo á su antigua sencillez el templo de la Meca que Hosein habia aumentado, y empezó á edificar en Damasco una soberbia mezquita. Por sí mismo y por medio de sus generales dilató mas que otro alguno los límites del imperio: subyugó la Armenia,

añadió al Egipto y á la Persia gran parte de la India, y llevó sus armas victoriosas hasta España. Si se atiende á sus victorias, no se puede dudar que tuvo grandes talentos militares y políticos. Muchas veces refrenó el emperador Heraclio su genio invasor, y algunas vencieron los griegos á los árabes; pero al fin de las guerras conservaban estos sus conquistas. En Abdalmalec se reprende la avaricia sordida, falta que envilece á un príncipe; y si se formara juicio de su carácter por un solo hecho, se le pudiera tachar de ferozmente cruel. Habia mandado cortar la cabeza á un pariente suyo, y dada esta sentencia se fue muy tranquilo á la mezquita: cuando volvió, supo que compadecido su hermano, á quien habia encargado la egecucion, no le habia quitado la vida; y haciendo que le trajesen al que habia condenado, le hizo tener tendido boca arriba y le dió de puñaladas; pero la sangre que le salpicó le causó tal alteracion, que se desmayó. Dichoso si fue esta alteracion de la naturaleza, la que le hizo arrepentirse de la atrocidad, pues no se ve que cometiese personalmente otras crueldades, ni las mandase egecutar. Reinó veinte y un años, vivió sesenta y cinco, y fue el primero que acuñó monedas árabes.

Walid fue proclamado el dia de la muerte de su padre, y estendió sus conquistas por el lado de la Capadocia y de la Tracia, con lo que pudo llevar sus banderas hasta los muros de Constantino-
pla; pero así que las presentó tuvo que retirarlas, y estas se fijaron en Africa y en España. De este modo la mayor parte del Asia, los confines de la Europa, limítrofes con Asia y las costas prolongadas del Africa, reconocian el apostolado del falso

Años
de J. C.
705.

profeta. En todos estos lugares destruyeron los musulmanes los ídolos con tal zelo que dejaron muy pocos. Predicaban con mano armada la unidad de Dios; mas como siempre añadian que creyesen en su profeta, eran pocos los cristianos ó los judíos que recibian su doctrina, y toda su cosecha la hacian estos misioneros abundante entre los paganos, los cuales dejaban fácilmente su absurda religion, y la mayor parte se hacian tan zelosos musulmanes y tan propagadores del islamismo como los que les conquistaban. Walid ocupó el trono á la edad de cuarenta años, y reinó nueve con estas prosperidades. Era generoso y magnífico, muy al contrario que su padre, y ademas de las soberbias mezquitas con que hermoseó muchas ciudades, fue el primero que fundó un hospital para los enfermos, y edificó caravanseras ó lugares de hospedage para los viajantes y los estrangeros.

Sufrió Walid que Hegiage, el terrible gobernador del Irak, se hiciese en un rincon de la Persia una especie de principado pequeño, en donde vivió como soberano, y murió tranquilamente á los cincuenta y cinco años, despues de haber esterminado con la cimitarra ciento y veinte mil hombres, y hecho perecer en las cárceles cincuenta mil, con treinta mil mugeres, sin contar las víctimas de la guerra que hizo por mas de veinte años. Gobernó con la mayor severidad las provincias inquietas; y como era grande arengador, quiso un dia dar razon de su conducta á los irakinos en estos términos: "Dios me ha dado el poder sobre vosotros; y si yo le egerzo con alguna severidad, no creais que muerto yo sereis menos castigados, porque tiene Dios muchos siervos, y en muriendo yo, os enviará al-

guno que tal vez egecutará sus órdenes con mayor rigor. ¿Quereis que el príncipe sea benigno y moderado? Seguid las reglas de la justicia y obedeced á sus órdenes : en fin, vuestra conducta será el principio y la causa de que os trate bien ó mal. Al príncipe ó á su teniente se le puede comparar á la luna de un espejo : todo cuanto veis en su cristal, no es otra cosa que la imágen y reflexion de los objetos que le presentais.” Como la obediencia á los príncipes está muy recomendada en el Alcoran, suponía Hégiage que debia preferirse á la que se debe á Dios ; y á la verdad esto es lo que dice aquel libro que ellos llaman divino , por estas palabras: “obedeced á Dios ;” á las cuales añade inmediatamente el profeta : “en cuanto podais ;” pero no pone esta restriccion en la obediencia que se debe á los príncipes.

Paseándose un dia por el campo encontró Hégiage con un árabe del desierto , se llegó á él , y entre otras preguntas le dijo : “¿Quién es aquel Hégiage de quien tanto se habla?” “Es un hombre malo ,” le respondió el árabe. “¿Me conoces tú?” le dijo el gobernador. “No.” “Pues yo soy ese Hégiage de quien hablas tan mal.” Replicó el árabe sin aturdirse: “¿Y sabes tú quien soy yo?” “No.” “Pues yo soy de la familia de Zabeir, cuyos descendientes se vuelven locos tres dias al año , y este es uno de esos dias.” Hégiage admiró la ingeniosa salida, y alabó la presencia de espíritu del árabe. El valor y el ingenio conseguian de Hégiage igualmente el perdon. Estando para pasar á cuchillo á unos oficiales prisioneros le pidió uno de ellos la vida , fundado en que en una ocasion habia reprendido á un hombre que habla-

ba mal de él. “¿Tienes testigo?” dijo Hégiage. “Sí,” respondió el prisionero; y citó á otro oficial que tenia á su lado, que tambien estaba condenado á muerte; y este contestó. “¿Y por qué tú, replicó Hégiage, no impediste como tu compañero que murmurasen de mí?” Y este hombre intrépido respondió con valentía: “Porque tú eras mi enemigo.” Y perdonó á los dos.

Un dia se extravió en la caza, y se vió afligido de la sed entre una manada de camellos que su dueño llevaba á pacer: se espantaron las bestias; y el árabe, que era de natural feroz, dijo con cólera: “¿Qué hombre es este de tan bellos vestidos que viene al desierto á espantarme los camellos? Caiga sobre él la maldicion de Dios.” Hégiage se escusó, y le pidió de beber. “Apéate del caballo, dijo sin mas atenciones el pastor, y saca el agua.” A pesar del mal recibimiento de aquel hombre trabó conversacion con él, y despues de algunas preguntas, rechazadas con ásperas respuestas, le preguntó: ¿Qué era lo que pensaba del emperador? Se detuvo un poco el árabe, pero no disimuló que le tenia por un mal príncipe. “¿Y por qué? le replicó Hégiage.” “Porque nos ha enviado por gobernador el hombre mas malo que hay debajo del cielo.” Apenas lo dijo cuando llegó la escolta del gobernador, y se llevaron el árabe. Al dia siguiente le convidó Hégiage á su mesa, y el convidado hecha su oracion, dijo al ver un bello aparato: “Dios quiera que el fin de esta comida sea tan feliz como el principio.” Empezaron á comer y á conversar; y queriendo Hégiage hacer memoria de la historia del dia antes, le interrumpió el árabe diciendo: “Dios os pros-

pere en todas las cosas; pero guardaos de divulgar hoy el secreto de ayer.” “Está bien, replicó el gobernador; pero será con la condicion de que te quedes en mi servicio, ó de que yo te envíe al califa, dándole noticia de ti.” “Todavía, dijo el árabe, hay otro partido mejor.” “¿Y cuál es?” “Que me envíes á mi casa, y no nos volvamos á ver mas.” Hegiage le despachó como lo pedia, pero con un buen regalo.

No debe omitirse otra respuesta muy ingeniosa de un tal Kumeil, á quien Hegiage reconvenia de que en presencia de tales personas y en tal jardín habia dicho contra él estas imprecaciones: “El señor ponga negra su cara;” que era decir, se la llenase de vergüenza y confusion: “vea yo cortado su cuello, y sea derramada su sangre.” “Es verdad, respondió Kumeil, que dije todo eso en el jardín que citais; pero estaba yo debajo de un emparrado mirando los racimos de uvas que no estaban aun maduras, y lo que deseaba era que se pudiesen presto negras, que las cortasen, é hiciesen de ellas vino.” Esta esplicacion, dada sobre la marcha, le salvó la vida. Su astrólogo, menos ingenioso que atrevido, no salió del riesgo con tanta felicidad. Tuvo la imprudencia de anunciar sin reparo la muerte á Hegiage, y de acompañar su prediccion con pruebas que le parecieron al enfermo concluyentes, y dijo: “Supuesto que eres tan hábil, me precederás al otro mundo para que yo pueda servirme de tí:” y le envió delante.

Soliman, hermano de Walid, era un príncipe benigno, á quien dieron el sobrenombre *de llave de bondad*. Este remedió los agravios de que se quejaban antes de su ascenso al trono: detuvo el

Años
de J. C.
715.

curso de los desórdenes, animó el comercio, puso en libertad á los presos, á escepcion de los que estaban detenidos por delitos capitales. En su reinado se vió acometida Constantinopla; y durante el sitio, que fue de doce meses, murieron de hambre treinta mil hombres y otros tantos de peste, en términos que ningun árabe volvió á su casa. Desgracia sería de una ciudad que estando sitiada tuviera dentro hõmbres del apetito de Soliman; pues se dice que para almorzar se comia tres corderos asados, y que no obstante hacia honor á la mesa al mediodia; por lo que se cree que murió de indigestiones. Otros historiadores escriben que le dió veneno Yecid su hermano, porque en perjuicio suyo habia nombrado á su primo Omar para sucederle. Reinó Soliman tres años.

Años
de J. C.
718.

Omar II no duró mucho tiempo en el trono; pero conservó en él las virtudes morales con que le ocupó, la escrupulosa atencion á las obligaciones religiosas y aun á las prácticas mas menudas, la separacion de los placeres y el gusto del retiro, y todas las cualidades de un anacoreta. No estuvo en su mano que no se uniesen los partidarios de Omar y de Ali. Prohibió que se maldijese á estos en las mezquitas y en las oraciones públicas, segun costumbre; pero los zelosos gritaron: *La ley se desprecia, la fe se ha perdido.* Mas no por eso dejó de quitar aquella costumbre que entre los musulmanes era señal de cisma, y perpetuaba la antipatía. Se sospecha que la causa de la muerte de este príncipe fue la devocion y la piedad en su fanatismo, porque no le permitió mirar con indiferencia los males que amenazaban á la religion mahometana si le sucedia Yecid,

á quien le pintaban como á un impío. Dejó que se percibiesen algunas disposiciones dirigidas á separar del trono á este príncipe; y los ommiadas, que temieron ver pasar el cetro á otra familia, le envenenaron. Sus amigos, que sospechaban el delito, le exhortaban á que tomase algun remedio para su curacion; y él respondió: "Estoy tan fuertemente persuadido del término fatal é inevitable de la vida de los hombres, que si para curarme no tuviera que hacer mas que frotarme una estremidad de la oreja con aceite, de ningun modo lo haria." Era en extremo frugal: nunca llevó vestidos ricos ni suntuosos: segun dijeron sus mugeres no tenia mas que una camisa para remudar: habiendo ido á verle uno de sus generales cuando estaba enfermo, le halló en un estado de negligencia que parecia el derviz menos delicado en el asco.

Bien sin tiempo habian inspirado á Omar sospechas sobre las opiniones religiosas de su primo Yecid; porque á la verdad, aunque no era tan mortificado como su antecesor, nunca degeneró de su padre Abdalmalec en cuanto al zelo por la propagacion del mahometismo. Hizo edificar hermosas mezquitas, y ademas de esto persiguió á los cristianos, cosa que no hubiera hecho un musulman indiferente. Es preciso que los historiadores hallasen muy poco que decir de él respecto que se ocuparon en decirnos que mandó esterminar en su imperio los perros, las palomas, los gallos blancos, y todos los animales de este color; pero los cuatro años que reinó habrian bastado sin duda para esta destruccion, si se hubieran egecutado bien sus órdenes. Amaba con pasion á una cantora llamada

Años
de J. C.
719.

Hababah. La arrojó en una comida en el campo un grano de uva: ella quiso tragárselo, y se ahogó. Yecid murió de la pesadumbre.

Años
de J. C.
723.

No son mas importantes las cosas que se saben de su hermano Heshan. Este fue el verdadero contraste de Omar II, cuya penuria y voluntaria desnudez hemos notado, pues apenas tenia camisa con que mudarse; pero á Heshan cuando murió se le hallaron diez mil y setecientos cofres llenos de vestidos de toda especie. La advertencia de estas extravagancias no parecerá inútil á los que estudian á los hombres. Tambien observarán el amor propio de artista, en lo que sucedió á un tocador de laúd que bebia vino, y gustaba de las cantoras; y habiéndole acusado de estos delitos delante del califa, dijo el juez: "A ese pícaro dénle con su tambor sobre las orejas;" y viéndole llorar cuando recibia el castigo, le reprendió el verdugo, pero él dijo: "No lloro por lo que padezco, sino porque degradan á mi laúd tratándole de tambor." Reinó Heshan diez y nueve años, y vivió cincuenta y tres.

En los reinados de estos príncipes continuaron los árabes sus terribles conquistas: se extendieron por las provincias de los imperios de Oriente y Occidente. Salieron de la Africa á inundar la España, y de esta pasaron á las Galias, oponiendo un dique al torrente de los turcos que venian de las riberas del mar Caspio, y aspiraban á entrar tambien en la reparticion de los bellos y ricos paises invadidos por los árabes. Los califas desde sus palacios, habitacion de las delicias y la sensualidad, enviaban á sus egércitos, á distancia algunas veces de mil leguas, órdenes

que eran tan respetadas, que en viéndolas los generales vencedores dejaban el mando, porque si resistían, se les deponía con violencia ó los asesinaban. Solamente la estremada veneracion para con los sucesores del profeta pudiera obrar este prodigio. Se debe advertir que la obediencia siempre era pronta y entera, fuese como fuese el sucesor de Mahoma, religioso ó impío, asegurado ó vacilante en su trono: de tal modo que los impulsos y movimientos que se daban en el centro de la autoridad nada perdían de su fuerza en las estremidades.

El sucesor de Heshan fue Walid II, hijo de su hermano Yecid II. Este luego que se vió dueño de los tesoros de su tío, los derramó con profusion. Heshan habia tenido sus provisiones y vestidos encerrados en cofres, cuyas llaves reservó tan guardadas, que cuando murió no se encontró una sábana para amortajarle; pero Walid todos los abrió, y todo lo gastó distribuyendo estos ahorros á los pobres de Damasco, y regalando á las señoras muchos perfumes y adornos. Parecian dos mercaderes, uno que almacena, y otro que despacha en la tienda. Por algun tiempo ganaron al pueblo las generosidades de Walid, pero sus defectos le subleyaron. Se le censuraba de muy dado á la embriaguez y á toda especie de excesos, y sobre todo de que hacia profesion del zendicismo, que era con corta diferencia lo que el saduceismo entre los judíos y el deismo entre los modernos. El descontento general degeneró en sedicion. Hizo presente á los amotinados su liberalidad y su cuidado de no agravar los impuestos, y le respondieron: "Bien conocemos esas buenas calidades, pero

Años
de J. C.
742.

las esceden los vicios;” y se los fueron contando por menor. Le depusieron, y perdió la vida á los cuarenta y dos años, habiendo reinado quince meses. Dejó Walid muchos hijos, y lo mismo sucedió á sus predecesores y sucesores; por lo cual se juntó una multitud de tios, sobrinos y primos que se cruzaban en las pretensiones al trono.

Años.
de J. C.
743.

A Walid II no le sucedieron sus hijos, sino Yecid III, hijo de Walid I. Murió de peste á los seis meses de reinado y cuarenta años de edad. Le reemplazó su hermano Ibrahim. Merwan, gobernador de Mesopotamia, se declaró vengador de la muerte de Walid II; y ganando una batalla hizo declarar califas á los dos hijos de Walid, Hakin y Othman. Por desgracia se hallaban estos príncipes en poder de Yecid, y este les quitó la vida. Como prevenian ellos su desgracia, habian declarado que si se verificaba reconociesen los musulmanes por califa á Merwan; y este fue el título de substitution á esta dignidad que él no dejó inútil, porque persiguiendo á Ibrahim, le hizo deponer á los tres meses de reinado. No le quitó la vida; pero segun se cree, se la quitó algunos años despues un hijo de Merwan.

744.

En los cinco años que gozó Merwan de la dignidad de califa solo se ocupó en defenderla contra los competidores que la acometieron en varias partes del imperio. Los mas peligrosos fueron los descendientes de la familia de Ali. Estos se volvieron á presentar en el Korasan cerca del Irak, y declararon que no reconocian por califa á Merwan, pues por la cesion de Hakin y Othman, los dos hijos de Walid que ya habian muerto, todo el derecho de la casa de los Omiadas estaba en el gobernador de

Mesopotamia. Le persiguieron pues encarnizados para quitar el único estorbo á sus propias pretensiones. Había dos hermanos llamados Ibrahim y Abul-Abas, que procuraron publicar antes profecías anunciando que ellos habian de destruir la casa de los Omiadas. Sus partidarios llevaban su estandarte con estas dos palabras, *sombra y nube*, que esplicaban de este modo: "Así como las nubes no cesaron de cubrir la tierra, y esta tendrá siempre sombra, así el mundo en adelante siempre tendrá califas de la casa de Abas." Algunas veces puede mas con los pueblos la persuasión que el derecho: pues acudieron en tropel los habitantes del Irak, á aquellos mismos á cuyos antepasados habian abandonado en otro tiempo.

Tuvo Merwan la imprudencia de mostrar desconfianza de los habitantes de Damasco, llevando los tesoros del califado á su Armenia, creyendo que allí estaban mas seguros. Este paso le quitó el afecto de los siros, bien que se sostuvo con el auxilio de otras tropas. Cayó en sus manos Ibrahim, que era uno de sus rivales, le encerró en una prision, y allí murió envenenado, segun los historiadores mejor instruidos; pero Merwan, despues de muchas derrotas, se vió precisado á huir á Egipto, y herido con una lanza en una mezquita adonde se habia refugiado, halló á los sesenta años de su edad el fin de sus honores y su vida. En una de sus expediciones se apoderó de un monasterio de vírgenes: una de ellas le encantó con su hermosura; y advirtiéndole la vírgen cristiana unos deseos que horrorizaban á su pudor, le ofreció un unguento, suponiendo que hacia invulnerable la parte que con él se frotaba, y proponiéndole que hiciese en ella misma

la prueba. Merwan la frotó el cuello: sacó el sable, dió el golpe, y la quitó la cabeza. Tal vez en el sexo tímido se hallan mas egemplos de intrepidez reflexionada.

Años
de J. C.
754.

Del nombre de Abul-Abas vino el de los Abasidas, que son la segunda dinastía de los califas. Hizo este príncipe cuanto pudo por destruir la de los Omiadas, que era la primera. A pesar de sus pesquisas se le huyó un hijo de esta casa, del cual descendió Abderraman, que renovó la familia en España, y tomó en ella el título de califa. Abul-Abas, aunque por otra parte le hacen benigno y humano, egecutó una grande matanza en los Omiadas, sin perdonar ni aun á los de su propia familia, si descendian como él de Ali; y por hallarse mas cercanos ó mas directos se creian con mejor derecho que él para aspirar al trono. Se desembarazó pues de todos sus competidores; y cuando creia que estaba para gozar tranquilamente la corona, despues de cuatro años de guerras y fatigas, murió de viruelas á los treinta años.

775.

Almanzor su hermano siguió sus pasos, y no reparó en deshacerse de cuantos pudieran darle inquietud, así Omiadas como Alidas. Los sucesos mas ilustres de su reinado son las hazañas contra los turcos, á los cuales echó de la Armenia, y la conquista de Cilicia y Capadocia; pero al mismo tiempo perdió su influencia en España, en donde Abderraman se hizo tan célebre por los magníficos edificios que levantó en Córdoba, como Almanzor en Asia con la fundacion de Bagdad, en donde colocó la silla de su imperio. Era este príncipe hábil, prudente y de amable trato, pero demasiado inexorable con sus enemigos, á algunos de los cuales hizo

matar en su presencia, por más que se le rendian y suplicaban; y viendose soberano vengó las injurias que le hicieron cuando era particular. Un cortesano, que en tiempo de su hermano le habia hecho no sé qué falta, pagó su imprudencia con la vida. Tambien se advierte que viendose en el trono separó de sí con dureza á los compañeros que habia tenido antes, aunque eran hombres de mérito. Tal vez sentiria verse obligado á enriquecerlos, porque era de una sórdida avaricia.

Estando para morir llamó á Mahadi su hijo, y le hizo este discurso: "Te exhorto á que trates á tus parientes en público con las señales mas grandes de distincion, porque de ello te resultará á tí mismo gloria y honor." Pero le añadió: "No creo yo que hagas nada de esto. Aumenta el número de tus libertos, porque te pueden servir de mucho en algunos reveses de fortuna; pero, continuó, no creo yo que hagas nada de esto. No hagas edificar en la parte occidental de la capital, porque no podrás dar la última mano á los edificios; yo creo, no obstante, que lo has de hacer. Cuidado con que tus mujeres jamas se mezclen en los consejos de estado: no las permitas influencia en tus consejos. Con todo eso sé bien que harás lo contrario. Estas son mis últimas órdenes, y si no mis últimos avisos. Dios te bendiga." Bien conocia Almanzor la eficacia de los consejos de un hombre que está para morir. Tenia sesenta y ocho años, y veinte y dos de reinado.

Habia hecho Almanzor la peregrinacion de la Meca con mucho fausto; pero Mahadi la hizo con asombrosa ostentacion de lujo y delicadeza. Fue tan prodigiosa la cantidad de nieve que llevaban sus camellos, que tuvo la suficiente para refrescar él y

su comitiva entre los arenales de la Arabia, para conservar en su flor las frutas deliciosas que llevaba, y para beber frio mientras estuvo en la Meca, donde la mayor parte de los habitantes jamas habian visto nieve. Le ofreció un árabe una bota del calzado de Mahoma: y aunque la recibió, y pagó bien, dijo á sus cortesanos: "Yo no creo que Mahoma calzó jamas esta bota; pero si no la hubiera tomado, creerian que la despreciaba, y él pueblo se escandalizaria." Hizo grandes libertades aun en el templo; y admirado de que uno de los asistentes no se acercaba como los otros á recibir cosa alguna, le dijo: "¿Y tú no pides nada?" Respondió el devoto musulman: "Vergüenza me daria pedir en la mezquita, casa de Dios, otra cosa que á él mismo."

En su reinado se vió un hombre llamado Makoin, que de soldado, y despues escribano, se hizo profeta. Era contrahecho y tuerto: y para ocultar esta última falta siempre iba con un velo sobre el rostro, diciendo que le llevaba para que los que le miraban no se deslumbrasen con su resplandor. Sabia el maligno escribano mas de una treta, y entre otras se cita, que hacia salir por la noche de lo profundo de un pozo un cuerpo luminoso en forma de luna, y por esto le dieron el nombre de *hacedor de lunas*. Su doctrina nada tenia de extraordinario: no se dice cual era su moral; pero sin duda debia ser muy cómodo cuando tuvo tantos discipulos, que Mahadi se vió en precision de enviar contra él un ejército. No contento con ser profeta, suponía el escribano que poseia la divinidad, la que habiendose infundido de siglo en siglo en todos los profetas, por último se habia

detenido en él: pero á la verdad que bien pudiera haber elegido otra habitacion mas bella. Makoin, viendose encerrado en una ciudadela por último recurso, y muy estrechado, dió vino emponzoñado á todos sus compañeros: les quemó despues de muertos los vestidos con todas las provisiones y los ganados, y entonces se arrojó á las llamas. Pero no dejó sin esperanza á los otros que le seguian, porque les prometió que su alma pasaria al cuerpo de un anciano de cabellos blancos montado en una bestia rucia, y que entonces los haria dueños de toda la tierra. Por muchos siglos han estado esperando al anciano y á la bestia rucia, y se han vestido de blanco por oponerse á los Abasidas que ordinariamente visten de negro.

Mahadi persiguió de muerte á todos los sectarios y hereges, á los zendicistas, ó deistas, que no son menos comunes entre los mahometanos. El califa no hizo la guerra en persona; pero sus generales lograron por todas partes victorias. Uno de estos precisó á la célebre Irene á pedir la paz. Mahadi, desde su residencia de Bagdad, gobernaba con justicia y prudencia sus vastos estados, y despachaba por sí mismo con aplicacion y diligencia: no le engañaban sus ministros; pero si hacian alguna falta los reprendia con suavidad. “¿Hasta cuando habeis de estar incurriendo en faltas?” le dijo á uno; y él respondió: “Mientras Dios os conserve la vida para nuestro bien, tenemos nosotros que caer en faltas, y es propio de vuestra persona perdonarlas.”

Durante el reinado de Mahadi se hizo médico un boticario algo charlatan, que se llamaba

Isa. Habiendo enfermado una de las mugeres del califa, encargó á un esclavo que fuese á consultarle sin que conociese quien le enviaba; y el comisionado presentó la orina de su ama, diciendo que era la de una muger pobre. El boticario estuvo considerando la botellita con aire de muy inteligente, y dijo: "¿De una muger pobre? Esta sin duda es la de una grande princesa que se halla en cinta de un rey." Esto lo decia él por chanza; pero el esclavo contó estas palabras á la sultana, y ella encantada con la adivinacion hizo un gran regalo á Isa, prometiendole mucho mas si la profecía se realizaba; con efecto parió un príncipe, y entonces el boticario se dejó colmar de bienes, y llamar á la corte como médico. En lo que verdaderamente no era charlatan, es en que confesaba de buena fe que solo habia acertado por casualidad.

Se cuenta de Mahadi que habiendose estraviado en la caza entró en la cabaña de un árabe para tomar algun refresco. Este le presentó pan bajo y leche. Le preguntó el califa si no tenia otra cosa mejor; y el huésped le llevó un cántaro de vino. Bebió el príncipe un trago, y preguntó si le conocia; á lo que dijo el árabe que no: "Pues yo soy, dijo el príncipe, uno de los principales señores de la corte del califa." Sobre esto bebió otro trago, é hizo la misma pregunta: "¿Me conoces?" "Acabais de decirme quien sois," respondió el árabe. "No es eso, replicó el bebedor: todavía soy mas que lo que te he dicho;" y bebiendo tercera vez, preguntó lo mismo. "Me atengo, continuó el árabe, á lo que acabais de decir." Entonces dijo el preguntador: "Yo soy el califa ante quien se postra todo

el mundo." Al momento se arrojó el árabe sobre el cántaro, y se lo llevaba. Le preguntó Mahadi, ¿por qué le llevaba el vino? "Porque temo, respondió, que si bebeis el cuarto trago, me digais que sois el profeta, y si el quinto, que sois el mismo Dios." Se alegró el califa al oír la salida de su huésped, y le dió una gran cantidad de dinero, lo que el árabe agradeció con estas palabras: "Decid ahora lo que querais, que siempre os tendré por hombre verídico, aunque aumenteis vuestras altas calidades hasta el cuarto y quinto trago." Este Mahadi murió por un descuido. Una de sus mugeres, envidiosa de Hasana, que era su favorita, y para deshacerse de ella, la dió una pera envenenada. Era la pera tan hermosa que Hasana la tuvo por digna del califa, y se la presentó ignorando que estaba envenenada. Al punto que el emperador la comió sintió dolores violentos, y espiró algun tiempo despues á los cuarenta y tres años de su edad y diez de su reinado.

Le sucedió su hijo Muza; y uno de los cuidados mas importantes de este califa y de sus sucesores fue reprimir el zendicismo que se iba esparciendo entre los árabes, y mayormente entre los grandes; y que se dirigia nada menos que á destruir la fe de su Mahoma, y por consiguiente la sumision á los califas sus sucesores, artículo para ellos de suma importancia. Muza, á egemplo de su padre, persiguió á estos sectarios sin perdonar á sus mismos parientes, que ridiculizaban sus peregrinaciones á la Meca, sus lavatorios y postraciones, y que por lo mismo las practicaban con mas exactitud los califas. A las máximas de estos deístas antimahometanos se pueden atribuir las frecuentes se-

Años
de J. C.
784.

diciones que experimentaron los Abasidas, en las cuales regularmente se mezclaba la religion. Mucho admira que Muza á la edad de veinte y cuatro años eligiese sucesor; pero cualquiera que fuese el motivo de esta resolucion, escitó bastante disension en la corte. Pretendia su madre Kizaran que la corona pasase á su hijo menor Harun-Al-Rashid, y Muza queria ponerla en la cabeza de su propio hijo que estaba en la adolescencia; y aun dicen que para efectuar esta intencion se propuso envenenar á su madre, y quitar la vida á su visir. Ya estaba oculto en el palacio el asesino esperando la ocasion de ejecutar el golpe, y á media noche oyó que le llamaba Kizaran. Acudió presuroso, y mostrandole ella misma su hijo tendido en la cama y muerto, le dijo que una fuerte tos, seguida de un estornudo, le habia puesto repentinamente en aquel estado. Es de presumir que ayudaron con algo mas á estos sintomas. Este Muza gustaba de la poesia; y encantado con unos versos que le presentó un poeta llamado Merwan, le dijo: "Escoge por premio de tu trabajo, ó tomar treinta mil dracmas de contado, ó cien mil despues de haber pasado por todas las dilaciones y formalidades del manejo de la hacienda." El poeta respondió: "Treinta mil ahora, y cien mil á su tiempo."

Años
de J. C.
786.

Sin duda pasó por cierto lo de la tos y el estornudo; pues al punto que murió Muza asistieron los grandes de la corte, que fueron al cuarto de su propio hijo, le sacaron de la cama, y le obligaron á que reconociese por califa á su tio: debia ser esencial esta formalidad para la legitimidad de Harun-Al-Rashid, que se sentó tranquilamente en el trono. Fuese por estar convencido, ó porque necesitaba

aparentarlo, se mostró muy escrupuloso en la práctica de las observancias mahometanas: ocho ó nueve veces hizo el viage desde Bagdad á la Meca, y una de ellas á pie: hacia que trescientas personas fuesen á la peregrinacion cuando él no podia, dándolas todo lo necesario. Mandaba este príncipe en persona sus tropas, principalmente contra el imperio griego, en las varias expediciones que gobernó. Esperimentó algunos reveses, pero regularmente volvia victorioso. Se hacian estas guerras con destrucciones que despoblaban los campos, arruinaban las ciudades, ponian multitud de infelices en las cadenas de la esclavitud, y concluian con tratados equívocos que servian de pretesto para dar ocasion á nuevos horrores.

Tuvo Harun tres hijos, que procuró criar con grande cuidado. Quiso que fuese á palacio á instruirlos un célebre maestro que daba leccion en la ciudad; pero le respondió este: "La ciencia á nadie debe hacer la corte, todos se la deben hacer á ella." Harun dijo: "Teneis razon, y así irán adonde los demas jóvenes reciben vuestra instruccion:" y con efecto se los enviaba con toda exactitud. Aunque la respuesta de este doctor denotaba un poco de satisfaccion propia, merecia ser estimado, porque de cuarenta y ocho cuestiones que le propusieron un día, tuvo bastante resolucion para confesar su ignorancia acerca de treinta y cuatro. La educacion que en su escuela recibieron los príncipes los hizo dignos de que su padre les repartiese viviendo el gobierno de sus vastos estados. Por esta distribucion se ve cual era entonces la estension del imperio mahometano, porque dió á Amin la Siria, el Irak, las tres Arabias, la Mesopotamia, la Siria, la Me-

dia, la Palestina, el Egipto, y todo cuanto en África habian conquistado sus antecesores desde las fronteras de Egipto y Etiopia hasta el estrecho de Gibraltar, con la dignidad de califa. A Monin, que era el segundo hijo, le entregó la Persia, el Kerman, la Judea, el Korasan, y las vastas provincias adyacentes. A Kasen, su tercer hijo, tocó la Armenia, la Natolia, la Georgia, la Circasia, y todas las posesiones musulmanas hácia el Ponto Euxino. En esta enumeracion no se habla de la España, porque estaba en manos de otra familia. Los tres hijos debian sucederse el uno al otro.

En tiempo de Harun sucedió la desgracia de los Barmecidas, á los cuales unos historiadores pintan como ilustres desgraciados, y otros como conspiradores delincuentes. Eran estos de una de las mas ilustres familias del Oriente, cuyo nombre venia de una soberbia mezquita llamada Neubahar, que habian edificado en Balkh, y eran por derecho de herencia los superintendentes. Dió Muza por gobernador á Harun su hijo y á Yahia, cabeza de esta familia, cuya muger habia criado al jóven príncipe. Tenian cuatro hijos, y el segundo, llamado Giafar, parece fue la causa, ó bien culpable ó bien inocente, de las desgracias de su familia. La amaba Harun como á hermano: no podia vivir sin él, y le habia dado la mayor confianza. Se supone que para tenerle siempre consigo le casó con Abasa su hermana, y añaden que fue con la condicion de que nunca tuviesen comercio maridable. Aunque los esposos prometieron el cumplimiento, se olvidaron, y tuvieron dos hijos. Harun, enfurecido, mandó matar al padre, y precipitar á la madre y los hijos en un pozo, haciendole cegar con tierra. Se dice no obs-

tante que al pronunciar esta cruel sentencia derramó algunas lágrimas; pero este casamiento con sus condiciones y el resultado parece deben ponerse en la clase de las fábulas, por la circunstancia ruidosa que se siguió á la muerte de Giafar. Se dice que el califa hizo cortar en pedazos su cuerpo, y ponerle sobre las puertas de Bagdad, colgando la cabeza en el puente del Tigris; pero ¿cómo Harun, siendo un príncipe de juicio, habia de tener la imprudencia de hacer tan público un castigo dado por semejante causa?

Lo mas probable es que Giafar y dos hermanos suyos abusaron de la confianza del califa; y llegando á serle peligrosos, pagaron con la vida, igualmente que su padre, los temores que le dieron. Perdonó Harun á Mahomet, uno de los cuatro, que sin duda no habria tenido parte en los desig-nios ambiciosos de esta familia. Escribió el emperador á las provincias ó á sus gobernadores que estuviesen alerta contra sus partidarios, parientes y amigos, y se deshiciesen de ellos; lo que es otra prueba de que fue la conspiracion muy dilatada y temible. Hasta su nombre proscribió, prohibiendo con pena de muerte que le pronunciasen; pero como los Barmecidas habian manifestado generosas cualidades durante el favor, y habian atraido á tantos con sus liberalidades, quedó su memoria en veneracion á pesar de la prohibicion de Harun. Un anciano llamado Mondir tuvo la osadía de hacer públicamente el panegírico de sus bienhechores. Le condenó el emperador á muerte, y antes que le llevasen al suplicio pidió licencia para decir al príncipe dos palabras: en lugar de dos palabras se dilató el generoso anciano en un largo discurso sobre los

servicios que los Barmecidas habian hecho al mismo Harun. El príncipe se conmovió, y le perdonó, dándole un platillo de oro que tenia á la vista. Se postró Mondir para darle gracias, segun la costumbre del Oriente, y al levantarse dijo: "Véase aquí una nueva gracia que recibo de los Barmecidas." No se enojó el califa por este nuevo atrevimiento.

No solamente fue indulgente, sino tambien justo con una muger que le volvió una réplica demasiado viva. Llegó á quejarse de que los soldados habian saqueado su casa, y la dijo el emperador: "¿No has leído en el Alcoran que cuando los príncipes pasan con armas por un lugar le destruyen?" Y ella replicó: "Tambien he leído en el mismo libro que las casas de esos príncipes serán desoladas por las injusticias que han cometido." Entonces dió orden de que se la reparase todo el daño. No se sabe si fue justicia, pero fue á lo menos una justicia muy rigurosa la que acompañó á la última accion de su vida. Se estaba muriendo cuando le trajeron preso el hijo de un rebelde, y mirándole dijo: "Si yo tuviera tiempo para decir dos palabras, diria *matadle*." Quitaron la vida al infeliz, y espiró el califa como á los cincuenta años de edad, y veinte y tres de reinado.

Tenia en su corte médicos, astrólogos, filósofos, poetas, y hasta un loco muy grave, porque los hay de toda especie. Admirado el califa de los dichos de este, que calificandose de ser dios, en todo lo demas estaba racional, le dijo un dia por provocarle: "Aquí me han presentado un hombre que hace el loco, y quiere pasar por profeta enviado de Dios: le hice encarcelar, se le ha hecho su pro-

ceso, y se le ha condenado á cortarle la cabeza.” El loco, que le habia escuchado con grande atencion, le respondió: “En esta ocasion te has portado como fiel siervo mio: yo no he concedido á ese miserable el don de profecía, ni ha recibido de mi parte orden ni mision alguna.” Uno de sus médicos, llamado Gabriel, curó á su favorita de un modo singular. Volviendo de un éxtasis de placer, halló que su mano derecha no tenia movimiento: todos los remedios habian sido inútiles contra esta enfermedad: llamaron á Gabriel, que ya era célebre por otras curas; y este suplicó al califa que mandase á la señora que al levantarse se presentase allí delante del público. Hizo Gabriel una accion como que la iba á desnudar; y confusa la sultana agarró sin reparar con la mano enferma el vestido que la arrancaban; y volviendose el médico hácia el califa, le dijo: “Comandante de los creyentes, ya la teneis curada.” Despues esplicó el médico que su resolucion se habia fundado en conocer el juego y efectos de las pasiones.

La leccion que dió Harun á un sabio que habia tomado por consejero secreto, debieran meditarla todos los que los príncipes eligen para darles el peso de su confianza. En su primera conferencia, que el doctor queria fuese digna de su fama, sobre la grandeza de los objetos y sobre la magestad del discípulo, le interrumpió el califa, y le dijo: “Oye las condiciones que deben ser la basa de nuestra buena inteligencia. Jamas pretendas enseñarme en público; nunca te apresures á darme consejos en particular; espera siempre á que yo te pregunte; respondeme con términos precisos, dejando los superfluos; guardate de querer preocuparme en favor de

tus pensamientos, y de exigir demasiada deferencia mia á tu capacidad; no seas largo en tus historias, ni en las tradiciones que juzgues á propósito contarme; si ves que me aparto de la justicia, vuelveme al camino con suavidad, y sin valerte de expresiones duras; ayúdame en los discursos que tenga que hacer en público, en la mezquita ó en otras partes; y por último, nunca me hables en términos misteriosos." Esto era decir que Harun queria la verdad cubierta con decencia, pero no disfrazada: por lo cual admiraban á un soberano que tanto se habia estudiado á sí mismo.

Años
de J. C.
808.

La division que hizo Harun del gobierno de sus estados entre sus tres hijos le habia dado sin duda ocasion para reconocer sus cualidades, y en consecuencia de esta observacion debia dejar el trono de Bagdad al segundo, llamado Mamun, mas bien que al primero, llamado Amin; pero Mamun, que vivia tranquilo en su gobierno de Persia, no apresurandose por la potestad suprema, se dejó prevenir por su hermano mayor, y se hubiera mantenido contento en el segundo lugar, si su hermano, mal aconsejado, no hubiese formado la empresa de quitarsele. Pero Amin no era el mas propio para conseguirlo. Unicamente ocupado en los placeres, dado al vino, apasionado por el juego, danza y música, solo vivia con sus mugeres y eunucos, á quienes con loca prodigalidad repartió los tesoros de su padre sin exceptuar á la parte destinada para sus hermanos. Se entregaba tan escandalosamente á las torpezas, que el pueblo y los grandes le depusieron, aunque movidos de su arrepentimiento volvieron á colocarle en el trono. De poco le sirvió esta eleccion á Amin, pues continuó en sus desórdenes.



Cabeza de Musab.

Despues de haber triunfado Abdalmalec de algunos rivales ambiciosos, logró vencer por ultimo á Musab, el mas temible. Al presentarle su cabeza en el castillo de Cufa, dixo uno de los circunstantes haber visto presentar en el mismo las de tres Califas; y temiendo Abdalmalec que sufriese igual suerte la suya, hizo demolerle. ;Que obcecacion ! pensar asegurarse con destruir uno de sus mas seguros asilos!

A estos añadió la imprudencia de romper abiertamente con Mamun, á quien miraba como fomentador de su desgracia, porque cuando á él le depusieron estuvieron para llamarle. Se encendió entre ellos la guerra, y la hizo Mamun con la mayor felicidad por la destreza de un general llamado Taher, que retiró al califa hasta su misma capital; pero ni un peligro tan urgente pudo sacar á Amin de su ordinaria indolencia. Mientras los enemigos estaban tomando á Bagdad, cuando las máquinas arrojaban dardos, piedras y fuegos sobre esta infeliz ciudad, que estaba á punto de ser ganada por asalto, jugaba él tranquilamente al agedrez con Kutar su liberto: porque estando con este, todo lo demas lo miraba con indiferencia. Llegó un correo á anunciarle la derrota de su ejército y la muerte del general, á tiempo que él se divertía en pescar; y dijo al correo: "No me interrumpas la diversion, porque ya Kutar ha cogido dos peces grandes, y yo nada he pescado." Los principales de Bagdad no juzgaron que debian esponerse á las últimas calamidades por hombre semejante; y teniendo Amin indicios de lo que trataban, resolvió prevenirlos, rindiéndose con alguna confianza de que le dejarían la vida; pero Taher le hizo cortar la cabeza. Tenia treinta años, y habia reinado casi cinco.

Viendo Mamun que las primeras victorias en la guerra á que le precisó su hermano le daban esperanzas, tomó el título de califa. Los habitantes de Bagdad, aunque con algunas dificultades, le reconocieron despues de haberla puesto sitio. Se halló con cuatro sediciosos contra sí en diferentes partes de su imperio; pero de todos triunfó su general Taher, á quien dió en premio el gobierno de Ispaan

Años
de J. C.
813.

para sí y sus descendientes. Aunque no fue fundador Mamun de esta ciudad, que hoy es capital de la Persia, debe pasar por su bienhechor, porque la aumentó y adornó considerablemente. En ella hubiera fijado su corte á no haber atendido á la preocupacion del pueblo que ya estaba acostumbrado á reconocer por primer califa al de Bagdad.

Su deseo era quitar á sus vasallos todo pretexto de cisma, y aun los colores que le ocasionaban. El color de los Abasidas era el negro, y Mamun intentó introducir en Bagdad el verde, que era el de los Alidas. Con este motivo sobrevinieron disputas que estuvieron para degenerar en sedicion, por lo que el califa tuvo que dar otra vez á sus persas el color negro, y siempre le han conservado. El deseo de conciliar las sectas le ha quitado mucha reputacion entre los rígidos musulmanes. Sospecharon que tenia poca fe, y le censuran por haber introducido, ó á lo menos favorecido á la filosofia y las demas ciencias especulativas entre los llamados creyentes que, segun ellos, deben tener bastante con solo el Alcoran. No se sabe si con el fin de disminuir la curiosidad de este libro ordenó al gobernador de Bagdad que obligase á los jueces y conservadores de las tradiciones, que sostuviesen que el Alcoran fue creado en tiempo, y castigase rigurosamente á los que defendiesen la opinion contraria. En su reinado honró la astronomía, la medicina y todas las ciencias, llamando á su corte á los que las cultivaban, de cualquiera religion que fuesen, indios y magos, judíos y cristianos, los llenaba de bienes, y hacia traducir sus libros. No solamente se hizo ilustre Mamun por el gusto de los conocimientos, sino tambien por el de su

bondad. Decia de sí mismo. " Si supieran mis vasallos el fondo de clemencia que yo poseo , hasta los mas culpados se apresurarian á venir á mí." Sin duda un príncipe que daba de sí públicamente semejante testimonio , no recelaba que pudiesen contradecirle. Tenia cuando murió cuarenta y nueve años , y habia reinado veinte.

Mamun , siguiendo la disposicion testamentaria de su padre Harun , no obstante que tenia un hijo , nombró por sucesor á Motasen. Este príncipe , reconocido por su mismo sobrino , derrotó por medio de sus generales á algunos rivales , y á imitacion de su antecesor no quiso que tuviesen al Alcorán por increado. Ostentó en el trono una magnificencia que pasma , pues dicen que tenia ciento treinta mil caballos pios en sus caballerizas (bien puede ser que jamas hayan nacido tantos). Poniendo á cada uno un saco de tierra levantó una montaña en medio de Samarra , ciudad que habia edificado en el Irak arábigo , porque no le gustaba Bagdad. Tambien dicen que tuvo ocho hijos y ocho hijas : reinó ocho años , ocho meses y ocho dias : nació en el octavo mes del año : fue el octavo califa de los Abasidas : dió ocho batallas : tenia ocho mil esclavos : dejó ocho millones de oro , y murió á los cuarenta y ocho años. Por estos *ochos* le dieron el nombre del califa *ochero*. Fue el primero que tuvo turcos en sus egércitos.

Años
de J. C.
832.

Watek su hijo se vió tambien espuesto á conspiraciones , y puede creerse que la causa de ellas fue la perseverancia con que persiguió á los que profesaban la eternidad del Alcoran , pues este dogma ridiculo parecia el punto de reunion : bien que , en consiguiendo el califa que los rebeldes le

846.

abjurasen , les perdonaba. Cuando murió estaban las cárceles llenas de las personas mas distinguidas del imperio, aunque su prision no era rigorosa, porque Watek se preciaaba de imitar la benignidad de su tio Mamun.

Tambien se parecia á su abuelo Harun en el amor que tenia á las ciencias. Murió de hidropesia á los treinta y dos años de su edad, y dicen que el principio y la causa de su mal fue una bebida irritante , con la cual , siendo muy dado á mugeres, pretendia avivar su pasion. Reinó cerca de seis años.

Cuando murió Watek, estuvieron los grandes dudosos entre Motadi su hijo , y Motawakel su hermano. Al fin resolvieron por este , porque el otro era demasiado jóven para hacer en calidad de iman la oracion en la mezquita , funcion aneja al califado. Por este defecto se alteró muchas veces el órden de la sucesion , impidiendo que los hijos reemplazasen á sus padres. Tambien se cree que Motawakel debiese en gran parte su dignidad á la proteccion y defensa de un cuerpo de turcos , que ya antes llevaban los califas para guardar su persona. Este príncipe repartió sus estados como el califa Harun entre sus tres hijos , haciendo que los reconociesen por sus sucesores. Por la distribucion parece que el imperio era casi nada diferente de como le hemos visto en la que hizo Harun , no obstante que habia tenido con las naciones limitrofes, y especialmente con los griegos, sangrientas guerras que pudieran haber estrechado ó dilatado los límites: pero las que sostuvo Motawakel aunque tan ruinosas y encarnizadas , no hicieron mutacion alguna en su imperio.

Este príncipe, en quien se reconoció el gusto á las ciencias, debe perder mucho de su lustre en la memoria de los árabes, por haber sido el primero de sus emperadores que al suplicio de muerte añadió la invencion de los tormentos. Se dice que en su tiempo sucedió poner á los infelices en un cofre de hierro guarnecido de puntas, y que le iban calentando segun querian; que á uno de estos desdichados que le pedia gracia, respondió: "La piedad es baja de alma;" pero mas cierto es que la crueldad es de cobardes. Hasta sus diversiones las acompañaba con crueles extravagancias. Algunas veces estando á la mesa con sus amigos hacia soltar un leon, y de este modo los llenaba de susto. Otras veces hacia pasar serpientes por debajo de la mesa, y romper jarras llenas de escorpiones, sin permitir que ninguno mudase de sitio ni aun se levantase; pero curaba con su triaca á los que habian mordido ó picado. Sin duda por miedo de tan peligrosas diversiones no se atrevieron muchos sabios á ir á establecerse en su corte por mas que los convidaba con grandes promesas.

A la verdad lo que sucedió á un médico cristiano, llamado Honain, era bastante para que no se atreviesen á ceder á sus instancias. Por ver si podia confiarse de este hombre, le mandó Motawakel preparar un veneno sutil para quitar la vida á un enemigo suyo, de tal modo que penetrase tan naturalmente que no pudiesen sospechar que él le habia dado la muerte. Honain desechó con horror la proposicion; pero el emperador insistió, suplicó, amenazó, y le hizo encerrar en una cárcel en donde le tuvo un año. Despues le hizo comparecer en su presencia y renovó sus instancias; pero el médico

permaneció firme. “¿De dónde te viene, le dijo el emperador, esa firmeza cuando tienes la muerte delante de los ojos?” De mi religion y mi profesion, respondió Honain: la primera me manda hacer bien á mis enemigos, y no hacer mal á mis amigos: la segunda no tiene otro objeto que el beneficio del género humano, y yo al abrazarla juré solemnemente que nunca contribuiría para preparacion alguna que fuese nociva ó mortal.” Agradó tanto al califa que le dió toda su confianza; pero un favor comprado á costa de un año de prision no sería tentacion muy fuerte para los sabios á quienes pretendia atraer con sus liberalidades.

Su conducta con los que tenia cerca de su persona hace creible la que dicen observó con su hijo Montaser. Cuentan que le daba muy mal trato, que le hacia burla, le castigaba, y le imponia penas rigurosas por leves faltas, y aun le hacia beber vino con exceso para que los mahometanos, testigos de su embriaguez, le despreciasen. Añaden que por esto conspiró el hijo contra la vida de su padre; pero el padre ya muerto no tuvo defensor contra el hijo que vivia y reinaba; por lo que puede ser que sean exageradas sus injusticias en el principio y los efectos, pues no hay excusa en un hijo que mata á su padre, aunque se pruebe que este conspiró contra la vida de su hijo. Montaser daba en rostro á su padre con este delito; pero Motawakel por el contrario acusaba á Montaser de negras conspiraciones contra sus dias. Le amenazó á él y á su madre de que los habia de poner en justicia; y el hijo, temiendo este escándalo, resolvió prevenir á su padre y adelantarse. Ganó á la guardia turca, á cuyo capitán habia descontentado el califa, y apostados

los soldados se arrojaron sobre él estando á la mesa, y le mataron á puñaladas. Entre tanto que él bregaba, uno de sus favoritos llamado Fatah procuraba defenderle, y gritaba con toda su fuerza: *¡Ay Motawakel, no te quiero yo sobrevivir!* Y por otra parte no daba menores voces su bufon, diciendo: *¡Ay Motawakel, cómo me gusta vivir despues de tu muerte!* Cada uno de estos consiguió lo que deseaba.

Con estas sangrientas intrigas se mezclaban las querellas en punto de religion, porque la eternidad del Alcoran era siempre motivo de discordia: de cuando en cuando se despertaba la rivalidad de los Omiadas y los Alidas: á un califa que habia sido favorable á una secta, le reemplazaba un príncipe que protegía á la otra; y de este modo alternaban, por decirlo así, las persecuciones. Parecía este el vicio de aquel siglo, porque al mismo tiempo los emperadores griegos unos despedazaban y otros veneraban las imágenes, imponiendo por fuerza á sus pueblos con edictos de persecucion la fe y el culto que juzgaban mas á propósito. Motawakel proscribió á los sectarios de Ali, á quienes sus tres últimos antecesores protegian. Quiso prohibir á sus vasallos la peregrinacion al sepulcro de Hosein, y para conseguir su intento procuró borrar hasta los vestigios de su sepultura; y no solo la destruyó, sino que emprendió la obra de hacer pasar sobre ella un rio. Vanos esfuerzos, dicen aquí los Alidas, creyendo que se detuvo el agua por respeto, y retrocedió sobre sí misma. El reinado de Motawakel, que reinó catorce años, es notable por las plagas de toda especie, por guerras, rebeliones, persecuciones, hambres, huracanes terribles, y espantosos temblores de tierra, tanto que le llamaron el rei-

nado de los portentos. Vivió este príncipe cuarenta años.

Años
de J. C.
861.

Montaser declaró en pública asamblea que estaba inocente en la muerte de su padre, acusando á Fatah, el favorito que no quiso sobrevivir á su señor, y aseguró que para castigar su maldad le habia hecho despedazar. Pero los remordimientos del parricidio daban testimonio de su crimen, porque siempre llevó una vida, aunque corta, perseguida por el verdugo de su pecado, y atormentada de las furias vengadoras. Quisiera haber podido aniquilar cuanto le traia á la memoria su atrocidad execrable: destruyó el palacio de su padre, y dejó la ciudad en donde le habia quitado la vida; mas parecia que se empeñaba la Providencia en ponerle delante de los ojos lo que él procuraba retirar de su vista. Estaba un dia mirando en una rica tapiceria á un hombre á caballo adornado de su diadema, y con una inscripcion en lengua persiana. Hizo que se la esplicasen, y hacia este sentido: "Yo soy Syruyeth, hijo de Corsru-parvic, que quité la vida á mi padre, y no reiné mas que seis meses." Se quedó pálido, como si leyera la sentencia de su muerte, y se la confirmaron los espantosos sueños en que se le representaba su padre ensangrentado, y llamandole á la sepultura, á la cual vino á parar á los seis meses de reinado, y veinte y cinco de edad. Se cree que los cómplices y los que le instaron al parricidio temieron que se arrepintiese y le dieron veneno.

Años
de J. C.
862.

El infeliz jóven, ademas de sus remordimientos, esperiméntó toda la pena que se puede esperar de la complicidad con los malvados, y la menor es el no ser ya dueño de su voluntad. Los dos capi-

tanés de la guardia turca , principales autores del delito, le precisaron á declarar por escluidos del califado á sus dos hermanos Motaz y Mowiad, temiendo que vengarian á su padre ; y viendose dueños de la eleccion dieron la corona de Iman á Mostain, primo hermano del difunto. Estos oficiales riñeron despues entre sí, y cada uno procuró apoderarse del califa. Aquel á quien se entregó el príncipe quedó peor, y huyó á Bagdad con su califa. Le recibió bien el gobernador de esta ciudad, muy contento por tener en su posesion al gefe del imperio. El otro capitan turco, espulsado su rival, sacó de la cárcel á Motaz y Mowiad, que estaban encerrados por órden de Mostain, y fue á sitiar á Bagdad, siguiendo las banderas de Motaz. El gobernador, indiferente en la eleccion de señor siempre que el que tuviese la autoridad le dejase la suya, aconsejó á Mostain que renunciase con la condicion de dejarle la vida y bienes correspondientes á la fortuna que él dejaba. Tomó la plaza Motaz, y continuó el gobernador en su empleo. En estas intrigas, guerras y negociaciones se pasó todo el tiempo de casi cuatro años que duró el reinado de Mostain. Era indolente, suave y tímido. Estas calidades podrian tener su vida libre de las empresas de otro rival; pero se dejaba fácilmente arrastrar de cuantos consejos le daban, y esto era suficiente para que se le pudiese temer. Al fin le asesinaron sin saberse cuando ni de qué edad. Por efecto de estos alborotos la obediencia de los gobernadores y generales distantes no pasaba ya de pura condescendencia. Reconocian al califa, se autorizaban con su nombre, pero apenas egecutaban sus órdenes sino cuando les era útil obedecerlas.

Años
de J. C.
865.

Motaz subió al trono, y quitó la vida á Mo-wiad y á Monaffec, dos hermanos suyos que se le hicieron sospechosos porque estaban muy queridos; y á Ahmed, que era el tercero, le permitió, como gracia, vivir obscuramente en Bagdad. Sin duda tenía un consejo, al cual se debe en gran parte culpar de estas violencias; pero al mismo tiempo que se le culpa de las acciones reprehensibles, es justo alabar la destreza con que un príncipe de diez y ocho años se sostuvo por el espacio de cuatro contra la guardia turca, que se habia hecho temible. Motaz hizo que se descubriesen los gefes entre sí, y que unos á otros se castigasen por las empresas intentadas contra la autoridad del califado, que debieran defender; y así perecieron la mayor parte de los capitanes en las querellas que hábilmente se procuraron suscitar entre ellos. Creyó el emperador que ganaba mucho en valerse de una guardia de magrebianos, que eran los musulmanes de Africa; pero á estos los hicieron pedazos los turcos; y prendiendo al califa le obligaron á hacer su dimision, y despues le dejaron morir de hambre á la edad de veinte y dos años.

Dicen que pudiera haberse librado de sus manos dando la cantidad de cincuenta mil escudos, que ellos le pidieron por modo de sueldo; pero estaba tan mal administrada su hacienda que no pudo darlos. Recurrió á Cubiah su madre que tenia inmensos tesoros, y se los negó. A esta madrastra, cuando el sucesor de su hijo la echó de palacio, la hallaron un millon de escudos de oro; un celemin de esmeraldas, otro de perlas, y muchos hermosos rubies que pesaron once libras.



Riquezas de Cubiah.

Caraciendo Metax de la suma considerable que por su rescate le pedian los Turcos, recurrió á su madre Cubiah; pero esta quiso más que su hijo pereciese, que privarse de parte alguna de sus inmensos tesoros, de los quales la despojó luego el nuevo Califa, arrojándola de su palacio. No dió muerte á esta madre desnaturalizada; pero, que mayor pena para la avara Cubiah, que perder sus riquezas, y quedar viva?

rona , dió el trono á Motadi , hijo de Watek , de edad de treinta y ocho años. En el espacio de uno que reinó limpió el palacio de músicos , bailarines y bufones , y se deshizo de los leones , perros y otros animales que sustentaban sus antecesores : proscribió los juegos y el vino , mandó la práctica de las leyes del Alcoran , y daba personalmente el ejemplo : disminuyó los impuestos , arregló la hacienda , y administraba por sí mismo justicia con toda imparcialidad. Estaban los pueblos esperando su felicidad con el gobierno de este califa , cuando la guardia turca , cuya mucha libertad quiso reprimir , conspiró contra él. Esta le pidió con insolencia cosas injustas , que él no quiso conceder. Le amenazaron , y se mantuvo firme á la cabeza de los magrebianos ; mas por desgracia tambien fueron vencidos. Unos historiadores dicen que Motadi murió en el combate : otros que habiendo caido en poder de los turcos le quitaron estos la vida entre tormentos , porque no queria renunciar al califado.

El anciano califa Motavakhel habia dejado dos hijos : el mayor , que se llamaba Motamed , era indolente , nada aficionado á manejar negocios , y únicamente amigo del descanso y los placeres. El segundo , Monaffec , era activo , vigilante , valeroso , tan bueno para el gobierno como para la guerra. A este no le escogieron los turcos para suceder á Motadi , tal vez porque le temian. Pero Motamed tuvo el acierto de dar á su hermano una confianza sin límites , dejándole la disposicion de lo civil y lo militar , de suerte que cuanto sucedió en el califado de Motamed debe mirarse como obra de Monaffec. Casi todo el tiempo que gobernó tuvo las armas en la mano , ya contra los rebeldes , ya contra los griegos. Se apres-

Años
de J. C.
870.

taba para librar á su hermano de la tiranía de los turcos, cuando una irrupcion de los pueblos llamados zinghianos con Habid su rey, le precisó á valerse de esta falange siempre amenazadora que él queria destruir. El general árabe retiró á los zinghianos de las tierras de su hermano, y mató á su rey; pero sobrevivió poco á su triunfo, porque en la flor de sus años se le llevó una enfermedad. Dejó un hijo llamado Motamed, que le reemplazó en la confianza del califa, el cual le dió toda la que habia tenido su padre, y con el cuidado de su sobrino pudo continuar su descanso en el seno de la sensualidad, que era todo su bien. Murió á los cincuenta y tres años de edad, y veinte y tres de reinado. La inscripcion de su sello era esta: *¡ Dichoso aquel que se instruye con el egemplo de otro!* Este modo de instruirse no pide trabajo, y era el conveniente á su genio.

Años
de J. C.
892.

Aunque Motamed tuvo un hijo llamado Giasar, nombró por califa á su sobrino Motaded, haciendo le reconocer antes de morir. La dignidad nada añadió á su poder, porque ya le poseia antes por entero. Durante su reinado enriqueció la abundancia sus provincias, y la paz no se alteró sino por causa de los kármatas fanáticos, cuyo origen no es muy conocido. En tiempo de este Motaded vino de la Persia á la Arabia un pobre miserable llamado Karmalk, que al parecer hacia una vida muy austera; decia que era inspirado de Dios, y que le habia mandado hacer oracion cincuenta veces al dia. Cuando se vió con un partido poderoso, eligió entre sus secretarios hasta doce hombres, á quienes dió el título de apóstoles para dirigir á los demas y propagar su nueva doctrina. Viendo el gobernador de la provin-

cia que la gente del campo dejaba su trabajo para hacer la oracion cincuenta veces, hizo que prendiesen al tenido por santo, y juró que le habia de quitar la vida.

Una doncella, esclava del gobernador, que oyó este juramento, movida de compasion, tomó de noche de debajo de la almohada de su amo las llaves de la cárcel: puso en libertad al tal profeta, y las volvió á dejar en donde estaban. No hallandole al dia siguiente en la prision, no quedó duda de que le habia librado alguna potestad divina. Volvió á parecer lejos de allí para confirmar su mentira, y dijo á sus discípulos, que ninguno tenia poder para hacerle daño: es verdad que tuvo la prudencia de no esponerse, pues no se oyó hablar mas de él. Su doctrina no era muy diferente de la de Mahoma: sus sectarios reconocian ángeles, acompañaban la oracion con genuflexiones, se sujetaban á los ayunos, y esto no obstante profesaban un odio tan declarado á los mahometanos que no les daban cuartel. Los kármatas se multiplicaron prodigiosamente en poco tiempo, y necesitó Motaded emplear todas sus fuerzas para rechazarlos del centro de sus estados al que ya amenazaban. Bajo las apariencias de devociones reinaba entre ellos el mayor libertinage, y esto les dió muchos soldados. Con el tiempo formaron egércitos numerosos que asolaron con el mayor furor las mas bellas provincias del Asia. Motaded era justo, pero muy severo: su reinado duró seis años, y fue tranquilo. Murió á los cincuenta años envenenado, ó aniquilado con los placeres. Con la proteccion que dispensó á los que cultivaban las ciencias, florecieron estas en su tiempo.

Años
de J. C.
901.

En el mismo día de la muerte de su padre fue Moctasi declarado califa en Bagdad, de donde estaba distante por las expediciones militares que mandaba. Los kármatas se presentaron en muchas partes de sus estados con egércitos de cien mil hombres. Mandaba uno de estos un general de veinte y dos años de edad, llamado Hosein, y que juntaba la astucia con el valor. Decía que era descendiente de Mahoma, y daba por prueba un lobanillo que tenía en el rostro así como el profeta. De este modo aquellos kármatas tan enemigos de los musulmanes, se identificaban, por decirlo así, con ellos cuando lo pedía su interes, porque no hay medios, aunque sean contradictorios, que no adopten la ambicion y la codicia. Si los kármatas eran crueles y sanguinarios, tampoco les perdonaban nada en los suplicios, porque Moctasi hizo espirar entre tormentos á los gefes que cayeron en sus manos, y uno de ellos fue Hosein. Tenia el califa numerosos egércitos bien mandados que reunieron á su imperio el Egipto y la Siria que se habian separado en tiempo de sus antecesores. A pesar de su cuidado, reinando él robaron por la primera vez la caravana de la Meca, y los kármatas siempre terribles llevaron un botin inmenso; pero le perdieron por haberlos sorprendido cuando le repartian. Moctasi, ó en persona, ó por medio de sus generales, peleó tambien contra los griegos y los turcos, y ademas de los egércitos de tierra tuvo sus armadas. Murió á los treinta años, y solo reinó seis. Rara vez dormía mas que cuatro horas: todo el resto de la noche le empleaba en el estudio y trabajo del gobierno. Dejó su hacienda en buen estado, y grandes egércitos en pie. Le ha-



Fausto de Moctader.

Eran tan inmensas las riquezas de Moctader, que para recibir á un Embaxador griego, hizo cubrir las avenidas de su palacio de alfombras exquisitas; el oro, la seda, los ricos muebles, y la numerosa tropa de guardias y domesticos daban á la ceremonia un ayre de extraordinario fausto. ¿Pero ostentó Moctader en esto la sólida opulencia de su trono, ó el fruto de los impuestos con que aniquilaba á sus pueblos?

ten de genio benigno y humano, y á pesar de sus guerras enemigo de la efusion de sangre, porque no la derramó sino obligado de la necesidad. Con estas prendas, ¿qué hombre no hubiera sido Móctasi, si su carrera hubiera sido mas larga?

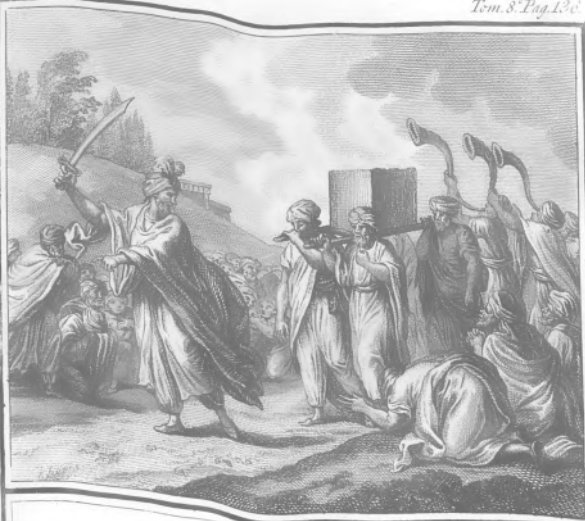
Cuantos tenian algun dominio en el imperio interesaban en que ocupase el trono un muchacho: los ministros para gobernar á su voluntad: los comandantes de las provincias para egercer su autoridad sin temor: la milicia para vivir con libertad; y los habitantes de Bagdad para conseguir gracias y privilegios: y así Móctader, hijo de Móctasi, fue colocado en el trono á los catorce años de su edad con unánime consentimiento. No debemos olvidar una clase de votos que le mereció su juventud, y no es la menos poderosa. Estos fueron los de las mugeres y los eunucos, lisonjeandose de que se apoderarian fácilmente del corazón de un jóven: y no quedaron frustradas sus esperanzas. No dicen los historiadores el número de mugeres que tenia en su palacio; pero aseguran que el de los eunucos negros llegaba á treinta mil, y el de los blancos á cuarenta mil. Esta enumeracion se halla en la descripcion del recibimiento de un embajador griego, la que nos dará una idea de la magnificencia de la corte de los califas en este período.

Adornaron el palacio real con los mas bellos muebles, y con toda especie de armas. Los soldados de la guardia en número de diez y seis mil estaban dispuestos en órden de batalla: les pagaron su sueldo en bolsas de oro: setecientos ugieres y porteros ocupaban las avenidas y las puertas. En el rio Tigris habia infinidad de barcos soberbiamente empavesados que formaban un espectáculo brillante: por

Años
de J. C.
907.

dentro y fuera del palacio se estendieron diez y seis mil piezas de seda, quinientas de brocado, doce mil quinientas alfombras de exquisita obra, y de precio inestimable. En medio de la sala de la audiencia se vió un árbol de oro macizo que tenia diez y ocho ramas principales, en las que muchas y diversas especies de aves revoloteaban y cantaban armoniosamente.

Esta pomposa ostentacion tenia por objeto dar á los griegos idea ventajosa del poder del califa, y apartarlos de toda intencion de hacer la guerra. Bastante ocupado le tenia la de los kármatas, que la mayor parte del tiempo de su gobierno le atormentaron, y lograron grandes victorias. Los mandaba en su principal espedicion un jóven de diez y nueve años, llamado Taher. Moctader, que era con corta diferencia de la misma edad, no teniendo por conveniente medirse con él, envió sus generales, los cuales no impidieron que el jóven kármata le detuviese una caravana, y la entregase al pillage de sus soldados; cebo que alentó á las tropas para penetrar hasta la Meca. Entró en ella, mató en el templo á muchos peregrinos, llenó el pozo sagrado de cadáveres, demolió parte de los edificios, despojó la Cabaa de todos sus ornamentos, y entre otras profanaciones se llevó la famosa piedra *negra*, á la cual tenian los musulmanes en tanta veneracion como los israelitas al arca del testamento. Ofrecieron los mecanos por ella grande cantidad de dinero, y los kármatas no la aceptaron. Para quitar á esta piedra su crédito publicaron que no tenia virtud alguna; pero los devotos, por una especie de desafio, hicieron que los poseedores la echasen en el agua, y supusieron que habia subido á la superficie, nadando en ella con admi-



1.ª piedra negra.

De quantos estragos y profanaciones permitió en la Mecca á sus Karmatas el intrepido Taher, nada fué á los Mecanos tan doleroso, como que les llevase la piedra negra, objeto de su mayor veneracion, y por la qual ofrecieron inutilmente un crecido rescate. Lloraban su pérdida; y el necie Taher miró esta inutil piedra como el fruto mayor de su victoria. Tanto, y tan ridiculamente llegan á alucinarse los hombres!



racion de los incrédulos. Saquearon tambien la ciudad santa en donde mataron á un príncipe de la Meca, y así las riquezas de la ciudad como los ornamentos del templo, todo fue presa del vencedor.

Estas desgracias que atacaban á la religion eran atribuidas por los zelosos á la cabeza del gobierno. El aumento de los impuestos, y la mala administracion de la policia, descontentaron á los habitantes de Bagdad. Se quejaban de que el califa nada hacia por sí mismo, dejandose gobernar de sus mugeres y eunucos. Las tropas vencidas en muchos reencuentros y mal pagadas, murmuraban de sus mismas derrotas, atribuyendolas á la inercia del emperador y á la falta de sueldo. De la murmuracion pasaron al motin, y Munés, su general, se vió precisado á ceder á su voluntad y deponer al califa. Pusieron en su lugar á Kaher su hermano; pero á los tres dias se reconocieron los soldados, y permitieron que volviese Moctader á ocupar el trono. Parecia que no guardaba resentimiento contra su hermano; pero fuese por castigo del alboroto que se creia haber él escitado, ó por algun atentado nuevo, pusieron preso á Kaher, el cual desde el calabozo tramó la muerte de su hermano, y con circunstancias bien singulares.

Moctader gustaba mucho de ver correr los caballos. Ganó Kaher á un africano escelente ginete, y le dijo que se presentase á su hermano para correr. Desempeñó la carrera con tanta destreza y buena gracia, que el califa le hizo volver á empezar muchas veces, y para verle mejor mandó que se retirase su guardia. En este momento apretó el africano su caballo sobre el califa, y arrojó un venablo

Años
de J. C.
932.

al medio de su pecho con tal fuerza, que cayó muerto de la silla. Fue corriendo el africano á rienda suelta para poner á Kaher en libertad; y pasando por el mercado encontró con un asno cargado de zarzas, con lo que se espantó el caballo, y dió tales saltos que arrojó al jinete en las que estaban dispuestas para una hoguera, en donde quedó colgado de un garfio por la barba, y mientras el caballo se iba librando de él para huir, los que le perseguían viéndole así pusieron fuego á las zarzas, y abrasaron al asesino: con lo que la muerte de Moctader quedó castigada al instante que fue cometida. Vivió treinta y ocho años, y reinó veinte y cinco. Sin poner ahora en cuestión lo á propósito que son las mugeres para todas las ciencias, no puede menos de admirarse que una jóven de su corte fuese, por decirlo así, el oráculo de la justicia. Esta se llamaba Yamek, y poseía tan á fondo los puntos mas importantes en el derecho mahometano, que los jueces recurrían á sus luces en las causas civiles y criminales.

Munés deseaba elevar al califado á su discípulo Abul-Abas-Mostacid, hijo de Moctader; pero venció el partido de Kaher, el cual pasó de la prision al trono, del trono volvió un año despues á la prision, y libre últimamente fue mas infeliz que en las cadenas. Mereció tan dolorosas vicisitudes, porque cuando se vió con el poder, hizo llevar á su presencia los hijos, las concubinas y los domésticos de Moctader, y mandó darles tormento para que confesasen las cantidades que su antecesor pudiera haberles distribuido. Ni aun perdonó á la madre de su hermano que le habia salvado la vida, disuadiendo al califa de que le matase como pensaba. Sospe-



Codicia y crueldad de Kaher.

No contento Kaher con haber subido al califado por entre los horrores de un fratricidio, hizo poner á la tortura á toda la familia de su hermano Mectader, para que confesase las sumas que pudiera haber recibido. Debia la vida á la madre de aquel desgraciado; pero los codiciosos no rompen los vinculos de la sangre sin dexar antes atropelladas las obligaciones de la gratitud.

chando que Ahmed, hijo de Mostasi, queria usurparle su dignidad, le llamó el bárbaro á lo mas retirado de su palacio, y le hizo clavar por los cuatro remos en la pared. Despues, ansioso siempre de dinero, envió á llamar á Abu-Yahya, hombre muy rico, le mandó aprontar una buena cantidad, y escusandose sobre que no podia darla, le respondió el tirano: "Ahmed, el que está en el cuarto inmediato, me ha dicho que bien puedes, y es de parecer de que la entregues." Abu-Yahya fue allá, y al entrar en el cuarto se quedó helado de horror y de miedo con el horrible espectáculo que se presentó á sus ojos; y así prometió y dió cuanto exigia el bárbaro.

La milicia turca, tan injusta en la deposicion de algunos de los antecesores de Kaher, egirió un acto de equidad precipitandole del trono. Le sacaron los ojos, y le volvieron á su prision, en la cual estuvo doce años. Le sacó de nuevo uno de sus sucesores, pero sin darle, no digo bienes para sostenerse en situacion decente, pero ni aun con que subsistir. Un historiador contemporáneo escribió que le habia visto á la puerta de la gran mezquita de Bagdad cubierto de andrajos, y que estendiendo la mano decia estas palabras: "Acordaos de aquel que en otro tiempo fue vuestro califa, y ahora se ve reducido á pedir una limosna." Murió, no de despecho ó pesadumbre, sino de enfermedad, á los cincuenta y cinco años.

Luego que le depusieron, proclamaron califa á su sobrino Radi, hijo de Moctader; ¡pero qué degradada estaba ya esta dignidad! ¡cuánto se habian estrechado los términos de su poder! Ya es preciso cercenar de ellos el Irak arábigo, el Irak de Persia,

Años
de J. C.
933.

la Persia propiamente tal, las ciudades de Basrá, Cusa y Mosul, y aquellos dominios antiguos tan importantes, el Egipto, la Siria, la España, las provincias musulmanas de Sicilia y de Creta, la Georgia, el Kirman. Todos estos vastos países los poseían soberanos, que aunque representaban al califa de Bagdad, solamente le concedían una especie de preeminencia que tocaba más á la religion que al gobierno político. Puede decirse que no le había quedado al califa más que Bagdad y sus cercanías. No obstante, como si esta porción fuera todavía difícil de gobernar, creó Radi un empleo superior al del visir con el nombre de *Emir-al-Omura*, que quiere decir, *Comandante de los comandantes*. Viviendo él, se disputaron los ambiciosos este empleo con mano armada, y á poco tiempo no les quedó á los califas más que el derecho de inscribir su nombre en las monedas, de hacer la oración pública y los discursos en la gran mezquita, de oírse proclamar en las preces, y de decidir los puntos de derecho siempre que recurrian á ellos.

Esta decadencia fue efecto de la mala conducta de los emperadores, de la brevedad de sus reinados, del desorden en la sucesion, del poder de la milicia, de la falta de sujecion en los pueblos, principalmente en los habitantes de Bagdad, que creían que á ellos solos pertenecía dar movimiento al imperio; y como si estas causas de destruccion no fuesen suficientes se juntó con ellas una multitud de sectas que tiraban á debilitar la ley de Mahoma, y el respeto, ó por decirlo así, la adoracion que hasta entonces daban al califa. Ya hemos visto como, á favor de sus opiniones nada reverentes, Kármata, con ser un hombre cuyo nacimiento y fin se igno-

fan, tuvo sectarios que dieron funestos golpes al islamismo hasta en sus santuarios. En tiempo de Radi un tal Salmageni, llamado así con el nombre de su patria, predicó la impiedad de que en todas las criaturas estaba Dios repartido, y que las almas pasaban de unos cuerpos á otros durante una serie indeterminada de siglos. Este no reconocia la mision del falso profeta Mahoma; pero llamado á la presencia del juez, no sostuvo lo que enseñaba, en lo que se conoce que no tanto lo creia cuanto deseaba establecer una nueva religion. Le condenaron á muerte, y se egecutó esta con aparato para espantar á sus semejantes. Por las opiniones de este hombre se ve que el sistema impío de Espinosa nada tenia de nuevo, y que lo mas que puede decirse de este judío filósofo, es que se propuso persuadirle. El de la metempsicosis, ó paso de las almas á otros cuerpos, que enseñó Pitágoras, parecia el mas ingenioso de los sistemas heterodoxos, si no incluyera la extravagancia de querer averiguar la causa de las desgracias ó felicidades de las criaturas en este mundo.

Vivió Radi dependiente de los *emires-al-omura*, tanto de los que él mismo creó, como de los que le quitaron con mano armada la autoridad; bien que conservó una sombra de esta en los siete años que reinó habiendo vivido treinta. Los historiadores reconocen en él humanidad, buen genio, gusto por las letras, principalmente por la poesía, que cultivó con felicidad, y aun talentos para gobernar; aunque la fatalidad de las circunstancias no le dejó emplearlos.

De aquí adelante no pueden hacer los califas de Bagdad en la historia otro papel, que el de

unos hombres reducidos á las funciones de imanes ó pontífices de la ley , es decir, que sus promociones servirán de datas para disponer el orden de los sucesos curiosos ó interesantes que nos podrá ofrecer este imperio degenerado.

Años
de J. C.
940.

En todas las revoluciones hay temores y esperanzas. A Mottakí, hijo de Moctader, privado del trono que Munés habia procurado presentarle al tiempo de la muerte violenta de su padre , le llegó su turno despues de dos sucesores. ¿Pero qué trono era el que ocupaba? Radi fue el último emperador que entre los musulmanes mandó egércitos, dispuso de los fondos del estado, y tuvo verdadera autoridad sobre los árabes. Los siguientes incurrieron en la imprudencia de no conservar el privilegio esclusivo de oficiar en la mezquita; y el haber abandonado esta funcion á otros algunas veces, disminuyó la veneracion del pueblo en un tiempo en que habian cometido otro desacierto aun mayor, cual fue el de dejar á los *emires* toda la fuerza militar. Se engañaron estremadamente los califas, creyendo que pues ellos daban esta dignidad, serian siempre los dueños. Es cierto que depusieron á algunos emires; pero mas veces se vieron ellos depuestos.

Esta triste mudanza experimentó Mottakí: removió al emir de su antecesor; pero el que nombró le arrojó á él de su capital. Otro por conseguir tenerle en su poder le lisonjeó con la esperanza de restablecerle en Bagdad con el cuerpo de tropas que él mandaba. Se fió el califa en la palabra de Tuzun su emir, y fue á su campo: al punto que el emir le vió, echó pie á tierra, y marchando á un lado de su caballo, se postró en su pre-



Perfidia de Tuzun.

Viado Mottaki' en la palabra que le dió su Emir Tuzun de restablecerle en el califado, pasó á su campo, en donde al punto que le vió aquel, se apeó, y postró á sus pies con el mayor respeto; pero apenas le tubo en su poder, le hizo sacar los ojos, y colocó en el trono á Mostafá; Accion abominable! pero; quantas veces la perfidia de los malvados ha logrado fixar la desgracia en la suerte de los hombres de bien!

sencia, y le trató á él y á su familia con las expresiones del mas profundo respeto. Entre tanto escribió á Bagdad para que le enviasen á Mostacfi hijo de Mostasi, y entonces se mudó toda la escena: quitaron el trono á Mottaki, y le sacaron con la mayor crueldad los ojos: despues le dejaron andar errante como el hombre mas infeliz con un vestido indecente y zapatos remendados. En esta desdicha llegó á la edad de sesenta años, y habia reinado cuatro.

Durante su reinado se manifestaron dos sectas entre sí contrarias, y muy encarnizadas una contra otra. Lo que disputaban entre sí, como que es incomprendible, ha suscitado entre los musulmanes muchas y muy acaloradas querellas, queriendo reducir al pequeño vaso del entendimiento humano el mar inmenso de la sabiduría de Dios en sus acertadas providencias. El punto era nada menos que averiguar si Dios lo gobierna todo con providencia general ó con particulares voluntades. Trataban de saber si hacia lo mejor y mas conveniente, ó si arroja, por decirlo así, confusamente el bien y el mal que sucede á cada uno, y no segun su mérito, sino segun las leyes universales. La doctrina católica es que Dios siempre hace lo mejor para sus fines, y que estos siempre son justos por ser bondad infinita, que es todo lo que el hombre puede llegar á conocer; pero estos musulmanes se entraban como por su casa á disputar el profundo secreto de la predestinacion, y Al-Asari decia que era absoluta, y Jabbai, que habia sido su maestro, defendia que era relativa. ¿Quién dijera que la heregía del optimismo, que los modernos abrazan á dos manos como si fue-

ra un hallazgo, se defendia y se impugnaba ya entonces entre los árabes?

Años
de J. C
945.

A Mottakí sucedió Mostacfi, hijo de Mostasi. Una de sus mugeres, llamada Alama, le favoreció con sus intrigas para colocarle en el trono; y esta misma, ó por descontenta, ó por mal manejo, contribuyó á derribarle. A los dos los castigó el emir que habia sido cómplice con ellos en la injusticia egecutada con Mottakí: al año de su elevacion, y á los cuarenta y uno de su edad, sacaron á Mostacfi los ojos; y cayendo Alama en poder de los conjurados, la cortaron la lengua. Despues de dos interrupciones se volvió á ver la familia de Moctader en el trono de los califas en la persona de su hijo Moti. Estaba el padre en posesion de Bagdad y sus cercanías: á Moti le confinaron en una parte de la ciudad, y todos sus administradores y su cuerpo diplomático consistian en un secretario. Con todo eso la paz y la guerra se hacian en su nombre, así con los griegos que estaban lejos, como con los kármatas que estaban mas cerca; pero él no hacia papel alguno. Por consistir la existencia de esta corte en el respeto religioso del pueblo, procuraba distinguirse en la frecuencia y exactitud de las prácticas del mahometismo: al mismo tiempo era Bagdad el centro de las controversias; pero las verdaderas ciencias, mal premiadas por el califa poco opulento, pasaron á Alepo en el reinado de Moti, y allí tuvieron un príncipe rico y generoso, llamado Abul-Azan, distinguido por su magnanimidad, valor, conocimientos, amor á la justicia, y muy arreglado en el cumplimiento de lo que ordenaba la religion mahometana. Era su palacio la habitacion de los

poetas y sabios, de suerte que ninguno salió de su corte sin experimentar los efectos de su generosidad.

Reinaba como gran príncipe en aquella parte del antiguo imperio de que se habia hecho un estado floreciente; al mismo tiempo que el infeliz califa con las vejaciones del emir carecia aun de lo necesario, porque este emir, entregado á los placeres y sin ahorrar ni para los precisos gastos, contaba insolente con la economía de Moti. Faltando en una ocasion la paga á la milicia, pidió dinero al califa; y respondiendo este que no podia dárselo: "Mejor sería, le dijo el emir, hacer por bien lo que desean los soldados, que esperar á que os obliguen por fuerza." Fue tanto el miedo que le causó esta amenaza, que vendió hasta los muebles de su palacio; y poniendo el dinero en manos del emir, este le disipó en locuras. Moti ocupó el trono veinte y nueve años en tan vergonzosa sujecion, é hizo su dimision cuando ya tenia setenta y tres, dos meses antes de morir.

Las prendas y naturales virtudes de Moti eran las de un particular, y las mismas dejó á Tay su hijo, que tambien heredó el espíritu de economía; pero le sirvió lo mismo que á su padre, pues parecia que los califas iban acumulando para los emires. A los diez y ocho años de reinado, sospechando el emir que ya tendria llenas de dinero las arcas, pidió licencia al califa para hacerle una visita en su palacio; y Tay, no sospechando cosa alguna, mandó preparar una fiesta para recibirle. Llegó el emir, se postró delante del *comandante de los creyentes*, y tomó la silla que le tenian preparada. Durante la ceremonia entró una multitud de

Años
de J. C.
975.

soldados con pretesto de acompañar al emir; y viendo que ellos podian mas, sacaron al califa de su trono, le envolvieron en una alfombra, le llevaron fuera del palacio á un cierto parage, en donde le hicieron renunciar por fuerza. Todavía vivió despues doce años, y murió de setenta y tres.

Años
de J. C.
991.

Sin embargo de estar el trono tan degradado, no dejaba de ocupar los espíritus de los que tenían algun derecho, y era el objeto de sus deseos. El correo que llevó al sucesor de Tay la noticia de su eleccion, le halló contando á sus amigos un sueño que habia tenido la noche antecedente, y que le presagiaba su futura grandeza. Se llamaba el electo Kader, y en su persona volvió el califado á la familia de Moctader, de quien era nieto. ¿Sería por ventura lo flexible de su genio, el hábito de rendirse á las circunstancias, ó el no exaltarse con las felicidades ni sentir demasiado las desgracias, por lo que le duró su carrera política cuarenta y tres años, y su vida hasta los ochenta y seis? La historia de su vida está llena de las acciones de otros, y aun es necesario escoger con discrecion: pues un historiador de su tiempo que registraba los anales, dijo de buena fe, preguntándole qué hacia: *Estoy recopilando mentiras y bagatelas.*

Cierto escritor ennobleció esta espresion *bagatela* añadiendo el epíteto estraño de *moral*; y bien podemos colocar en esta clase la breve reflexion de Aziz, califa de Egipto. Habia compuesto un poeta satírico versos contra su visir, sin perdonar en ellos al mismo príncipe. Se quejó el ministro suplicando al califa que castigase al autor: y Aziz

le respondió: "Pues yo tambien participo del agravio, deseo que tú tengas parte conmigo en el perdón que le concedo." El contraste de este lenguaje de clemencia se halla en una proclamacion, especie de mandamiento de Kader contra los califas de Egipto: y en él se vé cuanta hiel puede verter la teología mahometana, pues dice: "Que el que por entonces reinaba era un hombre de nada, que salió de la bajeza como los hongos: que cayesen sobre él todas las plagas y maldiciones de Dios: que era hijo de Said, á quien Dios no diese propiedad alguna: que procedia de padres que eran la espuma del género humano, oprobio de la humanidad, peste de la sociedad, infames é impostores. ¡Dios condene eternamente estos rebeldes y réprobos: malditos sean para siempre de los que gustan de la verdad y de la virtud!"

Durante el reinado de Kader se vió Kabus, rey de Mazanderan, destronado por sus mismos vasallos que no pudieron sufrir su escesiva severidad, y les dijo: "Ese es un pretesto falso: la causa de mi triste situacion es no haber derramado la sangre de cinco ó seis de vosotros." Su hijo, á quien llamaron los rebeldes, y le precisaron á recibir la corona amenazándole con que la darián á otro si él no la queria, luego que se vió en el trono fue á buscar á su padre, se postró á sus pies, le ofreció la autoridad y acompañarle contra los sublevados. Kabus, que se hallaba entonces retirado en un castillo, satisfecho de las expresiones filiales, le dijo: "Ya he fijado aquí el término de mis acciones y de mi vida: disfruta de mi soberanía, que yo te la cedo." Estaba gozando en su retiro el placer tranquilo que dan las

ciencias al que sabe cultivarlas , y pasaba los más serenos días; pero los que le tenían ofendido , no pudiendo creer que los perdonase , le envenenaron.

No se sabe qué habían hecho las mugeres á Haken , califa de Egipto, respecto que él las atormentó de cuantos modos pudo imaginar: las prohibió salir de sus casas , y hasta el pasearse por las terrazas de sus habitaciones; y para que no pudiesen desobedecer ni presentarse en las calles ó lugares públicos, mandó que nadie hiciese el calzado que usaban , prohibió los mercados para que no tuviesen que ir á ellos. Los hombres eran los que llevaban por las calles los géneros , y las mugeres los compraban sin pasar del umbral de la puerta, porque la transgresion se castigaba con la muerte. Semejante tiranía debia ser destruida por una muger. La misma hermana de Haken le hizo asesinar; y para que no se creyese que ella habia tenido parte en el asesinato, mató á puñaladas con su propia mano á los asesinos.

Mamud Gazis , de simple gobernador de Korasán llegó á ser gran príncipe , y conquistador ilustre en el califado de Kader: sujetó parte de la India , y en uno de sus países halló un templo, cuyo ídolo , siendo de una sola piedra , tenia cincuenta codos de alto. Le hizo pedazos, sacrificó cincuenta mil adoradores , y llevó de aquel templo doce columnas de oro macizo esmaltadas de rubíes y otras piedras preciosas. Por los monumentos gigantescos que aun se encuentran en la India, se ve que en este género de obras no era inferior al Egipto. Las riquezas que sacó Mamud del tesoro de un solo rey de la India hacen creible lo que se lee de estas columnas de oro. Millones en



Ambicion de Mahamud.

Creyendo cierto Rey de la India, que entregandose cobardemente á Mahamud, conservaria la corona, se dexó despojar sin resistencia; mas el conquistador con el exemplo del juego del axedrés, le dió á conocer la incompatibilidad de dos Señores en una misma casa. Este rasgo de ambicion no podrá justificarse; pero confirma que el Menarca invadido debe vencer, ó sepultarse entre las ruinas de su trono.

oro, plata y pedrería, cuyo número pasma, y magníficos muebles con estofas de precio inestimable, todo cayó en manos del persa sin dar un golpe, como también la corona del indio, que creyó le tratarían con benignidad, y le volverían su reino por no haberse defendido; pero Mamud le engañó cruelmente, y le dió una lección que deben saber todos los príncipes que engañados con semejante esperanza piensen entregarse á la discrecion de sus enemigos. Dijo pues á este monarca débil: “¿Has leído la historia? ¿Sabes jugar al ajedrez?” Y habiéndole respondido que sí, replicó Mamud: “¿Y has visto que hayan reinado dos en un mismo reino, ó que se hallen en la misma casa dos reyes en el tablero del ajedrez? ¿Cómo, pues, pudiendo defenderte, has tenido la imprudencia de entregarme la persona y los estados?” Le envió á Persia, y le dejó vivir en Gazna su capital, tal vez porque su muerte no le importaba. Esto es lo que deben considerar los que se ven reducidos á la triste alternativa de arriesgar la vida defendiéndose, ó de morir con menos gloria rindiéndose.

Un pobre hombre llegó á quejarse á Mamud de que un soldado de sus tropas habia entrado de noche en su casa, le habia maltratado y obligado á dejar su habitacion, su muger y sus hijos. “Si vuelve, respondió el príncipe, avísame.” Con efecto volvió: acudió el pobre al sultan: llegó este, hizo apagar la luz, y despedazó al insolente. Hecha la egecucion mandó encender luz: miró á la cara del que acababa de matar: se postró, dió gracias á Dios, y pidió algo que comer. No habia mas que pan de cebada, y un mal vino: bebió el príncipe: comió con apetito y rostro alegre; y suplicándole el

huésped que le dijese: ¿por qué mandó apagar la luz, y cómo hallaba satisfaccion con alimentos tan malos? Mamud le respondió: "Desde que me representaste tus quejas, siempre tuve en el pensamiento que no podia menos de ser un hijo mio el atrevido que cometió tan grande insolencia; y resuelto á no perdonarle, hice apagar la luz por no enternecerme con su vista; pero habiendo reconocido que no era hijo mio, alabé á Dios como viste. Por último, no te admires de que yo me contentase con lo que me pusiste á la mesa: porque era tal mi pesadumbre por el ultraje que te hicieron, que me ha tenido por tres dias sin gana de comer ni de dormir." Era este príncipe muy feo, y lo sentia mucho, temiendo que este defecto le hiciese perder la estimacion y amor de sus vasallos; pero le dijo un poeta: "Siempre que en vuestras costumbres no haya mayor fealdad que en vuestro rostro, ninguno tendrá queja." De este vicio físico sacaba él una reflexion moral, digna de proponerse aun á las personas que no se tienen por feas, y es, que mirándose al espejo digan como Mamud: "Advierto en mí tantos defectos, que olvido fácilmente los de los otros." Antes de morir habia fijado su habitacion en la India, y en esta entendió con mucho fervor la religion mahometana.

Años
de J. C.
1030.

A Kader sucedió pacíficamente Hayen su hijo, y los cuarenta y cuatro años que este reinó solo sirven de cuadro para pintar los hechos de armas, las conquistas y rebeliones que apenas le tocan á él, á escepcion de uno que le arrojó de su capital; bien que arrepentidos sus vasallos le volvieron á llamar, y se cree que debió á sus virtudes morales este regreso. Era sabio, benigno, sufrido, popular, justo: temia á Dios, segun le conocia: por su habili-

dad en los negocios era capaz de dar excelentes consejos: le oían sus mismos enemigos, y por su influencia conservó la paz en sus pequeños estados. En su tiempo empezaron los turcos Seljucidas, que despues hicieron gran papel. Entre los sucesos felices ó desgraciados de este tiempo escogeré la composicion de muchos libros de medicina, y la estimacion que se dió en las cortes mahometanas á los que hacian profesion de esta ciencia. El famoso Avicena, que floreció por entonces, era médico y poeta: solo le faltaba ser astrólogo para tener todos los talentos propios para hacerse amigo de los grandes. Dicen que este médico padecia muchas enfermedades, y tampoco era muy sano en las costumbres; pero escribia para curar de las primeras y arreglar las segundas. En el epitafio de un poeta satírico se lee: *Que sus obras de prudencia y filosofia no le enseñaron las buenas costumbres, ni las que tratan de medicina el arte de conservar su propia salud.*

Murió Kayen de sesenta y seis años; y le reemplazó su nieto Muktadi, que solo tenia diez y ocho. Pasa en la historia por príncipe valiente, magnánimo, y respetado de sus vasallos. Era muy versado en los puntos y prácticas del mahometismo. Este califa se vió en la precision de sufrir en Bagdad, en lugar de un emir, un rey ó sultan, á quien dió la investidura; pero en esto no hizo mas que mudar el nombre del que le dominaba. Era Muktadi muy compasivo, y gustaba de los hombres de bien y de los sabios. El conocimiento que tenia de las leyes le sirvió para reformar muchos abusos en un reinado de diez y nueve años. La corte de este califa no estaba reducida como la de sus predecesores á una estrecha economía, pues se habla de las fiestas que

Años
de J. C.
1077.

dió con la ocasion de su casamiento, y de que escedieron en magnificencia á quanto se habia visto jamas en este género: se dice que solamente en el desert se gastaron ochenta mil libras de azúcar, y todo lo demas era á proporcion. Murió de repente este Muktadi á los treinta y nueve años de su edad.

Años
de J. C.
1094.

Inmediatamente reconocieron por califa á su hijo Mostader; pero no recibió todos los derechos hasta que dió su consentimiento Barkiarok, emir, rey ó sultan de Bagdad; porque todos estos nombres tenia. Este dió la investidura al califa, el cual recíprocamente le revistió de su poder dándole el título de *columna y apoyo de la religion mohometana*, y mandando que en las mezquitas se hiciese oracion por él. A lo que parece, estas oraciones nominales eran una especie de consagracion que para con el pueblo legitimaba el poder de los gefes de policía y del egército. El califa de Bagdad era el dispensador de aquella gracia que solicitaban de él los soberanos de Damasco, los de Alepo ó de Antioquía, y aun los de Egipto y los de Persia, no obstante que tambien se llamaban califas; pero reconocian cierta preeminencia en el de Bagdad. Se ve que le llamaban como árbitro para todos los tratados de estos príncipes rivales, y que estos se los remitian siempre para que él los diese la sancion. Sin duda le acudian con algun reconocimiento por estas tareas, y seria tal vez uno de los ramos mas importantes de sus rentas. Tambien parece que la prenda que mas se estimaba en él era la de conciliador, hábil en el conocimiento de las leyes, y amigo de la paz. Igualmente se deseaba que el califa de Bagdad fuese benigno, afable, respetable por sus costumbres, para que la misma estimacion diese peso á sus decisiones,

Todas estas propiedades se reconocen en Mostader, y brillaron en su persona en los veinte y cinco años que ocupó la silla del califado. Murió á los cuarenta de su edad.

Su hijo Mostarhed dió esplendor al trono del califado: no se dejó dominar como sus antecesores: siempre obró en todo por sí mismo. A ninguno recurrió para sujetar á Hasan su hermano, que atentaba á su dignidad: venció á sus tropas: le hizo prisionero, y le perdonó; lo que sin duda admira mucho. Vieron al califa de Bagdad á la cabeza de un egército no solo egercer en su ciudad autoridad independiente, sino preténder tambien estenderla sobre los príncipes que estaban persuadidos á que solo le debian la deferencia. Tuvo valor para privar á Masud, príncipe Seljucida, de las oraciones públicas, lo que era una especie de deposicion, y sostener su sentencia con las armas. Verdad es que quedó vencido, pero fue despues de muchas victorias que le dieron la reputacion de príncipe guerrero; y aun en su misma desgracia estando en manos de su enemigo se hizo respetar. Convino Masud en un tratado; pero este solo fue un modo de cubrir el atentado que meditaba; pues asesinaron á Mostarhed en su tienda, estando en ella bajo la salvaguardia de Masud; y no se vió que este tomase medidas algunas para castigar tan gran delito. Murió el califa de cuarenta y cuatro años, y habia reinado diez y siete. Todos le dan el raro talento de saber decir mucho en pocas palabras.

Permitió Masud que reemplazase á Mostarsed su hijo Rashéd; pero temiendo que este príncipe vengase la muerte de su padre, le hizo firmar un escrito concebido en estos términos: "Si yo juntare

Años
de J. C.
1134.

tropas, si saliere de Bagdad, si quitare la vida á alguno de los que son afectos al sultan Masud, yo mismo me depongo." No tardó en suceder el caso previsto, porque pidiendo Masud al califa cierta cantidad que suponía habersele prometido, este no la quiso dar, y llamó en su auxilio tropas de las provincias vecinas. Le sitió Masud en su capital; y originandose la desavenencia entre los auxiliares, viendose tan apretado el califa, contó por fortuna poder huir de su enemigo. Entró Masud en Bagdad: congregó los jueces y doctores de la ley, y les hizo presente la obligacion de Rashed. No se trató de examinar quien habia sido primero el agresor, ni si Masud habia provocado al califa: era Masud el mas fuerte, y así depusieron á Rashed todos á una voz, habiendo reinado solo un año.

Años
de J. C.
1135.

Esta misma junta proclamó á Mostasi, tio del depuesto. Como debia su eleccion á Masud, le dejó absoluto dueño, y mientras este sultan vivió no se mezcló en el gobierno; pero muerto él se apoderó de la autoridad, no solamente en Bagdad, sino tambien en una grande estension de la Persia y de la Arabia que Masud habia gobernado. Su reinado, que duró veinte y cuatro años, fue feliz y glorioso. Murió á los sesenta y seis años con general estimacion y sentimiento.

1160.

Muchos años antes de su muerte habia Mostasi declarado por califa á su hijo Mostaujed, que reconocido sin obstáculo, gobernó pacificamente once años, y con él reinó la rectitud de la justicia. El pasage siguiente es buena prueba. Habia puesto en la cárcel á un hombre convencido de calumniador, y un grande de su corte ofreció por la libertad del preso dos mil piezas de oro; pero el califa

respondió: "Pon en mi poder otro hombre que tenga las malas calidades de este, y te contaré hasta diez mil, porque deseo en extremo limpiar mis estados de esta peste." Murió á los cincuenta y seis años asesinado, segun se cree, por el gefe de su palacio, que temia su justicia.

Al dia siguiente reconocieron los oficiales del palacio y los principales de la corte á Mostadi, hijo de Mostaujed, y le proclamaron con grande contento del pueblo que conocia sus buenas calidades: y á la verdad no se engañaron sus vasallos en sus esperanzas, pues se distinguió como su padre en la rectitud de la justicia, y mas que él en la beneficencia. La autoridad legitima de los supremos sacerdotes musulmanes se reunió en su persona con la abolicion del califado de los califas *fatimitas* de Egipto; pero no tuvo parte en esta revolucion, la cual sucedió por el conflicto entre los grandes del pais que aspiraban á la soberanía, y pretendian adquirirse algun derecho para con el pueblo. Respetando la investidura del califa de Bagdad cesaron ellos de ser califas, y tal fue el célebre Saladino que vivió en tiempo de Mostadi. Tambien se cuentan otros muchos que eran cabezas de tribus ó familias, generales de ejército, guerreros ó conquistadores, que se hicieron ilustres en su reinado.

Se desembarazó con gran destreza de una conmocion peligrosa escitada por Kimar su general que aborrecia al visir, é intentó quitarle la vida. No acertó el golpe en su casa haciendola embestir por las tropas que mandaba, porque el visir se entró en el palacio del califa; y Kimar insistiendo en su designio, hizo avanzar sus soldados hácia el palacio imperial siguiendo multitud de pueblo, á la que

Años
de J. C.
1170.

Mostadi, asomandose á la ventana, dirigió estas palabras: "Ya veis la insolencia de Kimar que viene á desafiarme hasta mi mismo palacio, y así para castigarle os entrego todos sus bienes." El pueblo, oyendo que le era permitido el saqueo, fue precipitado á la casa de Kimar; y siguiendole los soldados para defenderla, cesó el alboroto, y se salvó el visir. Murió Mostadi á los treinta años, habiendo reinado diez.

Años
de J. C.
1180.

Naser su hijo fue el que le sucedió por diligencias del visir, que consiguió de los grandes de la corte y de los principales de Bagdad que le prestasen juramento de fidelidad; pero no se extendió hasta el populacho el crédito del ministro. Gobernaba el visir con mucha prudencia, y se distinguia por su probidad y templanza: jamas habia hecho á nadie injusticia en su hacienda ni en su reputacion; pero no obstante, sin saberse el motivo, fue víctima del furor de la plebe, la cual arrastró ignominiosamente su cadáver por las calles. No tenia el jóven califa la fortaleza ni el valor de su padre para oponerse á esta violencia, y á lo que parece era de un genio capaz de sacrificarlo todo á su quietud. Su reinado es la data de las hazañas de Saladino, de la guerra mas animosa del tiempo de las cruzadas, y de la irrupcion de los mogoles en los dominios musulmanes que preparó las conquistas del célebre Genghis-Kan, sin que Naser perdiese un momento de su amada tranquilidad. Se estaba juntando tesoros inmensos, y los gastaba en sus placeres ó en algunos establecimientos útiles; pero no tuvieron parte en ellos los sabios, porque de estos hacia poca estimacion. Vivió en esta indolencia setenta años, y reinó cuarenta y siete. Aunque esta inaccion no

favorece á la fama de un príncipe, es sin duda preferible á los ruidosos sucesos de la ambicion, que tan cara suele costar á los pueblos.

Muy zeloso de su poder el anciano califa, despues de haberle repartido con su hijo *D-Haher*, pareciendole este muy atrevido y emprendedor, le hizo poner preso, y todavía lo estaba cuando murió su padre. Quitaron pues las esposas de sus manos para poner en ellas el cetro; y como ya tenia cincuenta años dijo: "¡Ay de mí! que no es tiempo de abrir la tienda al anochecer." Pero su generosidad, la administracion de la justicia y los beneficios que derramó causaron mucho sentimiento de que no la hubiese antes abierto, y de que la muerte, demasiado pronta, la cerrase á los nueve meses.

Años
de J. C.
1225.

Mostanser hijo de *D-Haher*, muy diferente de su abuelo *Naser*, estimó mucho á los sabios. Edificó un colegio que no tiene semejante en los estados musulmanes, así en la estension, como en la hermosura del edificio y las rentas. Estableció en él un profesor para cada una de las cuatro sectas que pasan por ortodoxas entre los musulmanes. Allí recibian el alimento, la habitacion y la instruccion hasta trescientos discípulos, y tenian boticario y médico asalariados: iba muy á menudo *Mostanser*, por una galería que se comunicaba con su palacio, á examinar lo que pasaba, y á escuchar detras de las celosías las lecciones de los maestros.

1226.

Si las liberalidades que se hacen sin objeto digno se emplean mal comunmente y son reprecensibles, no puede alabarse una liberalidad extravagante para con los habitantes de Bagdad. Viendo que tenian puestas á secarse las vestiduras que habían lavado para asistir á una fiesta, se formalizó sobre que no

sacaban vestidos nuevos; y habiendole respondido que no tenían medios para comprarlos, el emperador mandó que le hiciesen balas de oro; y distribuyendolas á sus cortesanos, él y ellos las arrojaban á las terrazas de las casas en donde veían ropas puestas á secarse. Visitando un dia su tesoro, halló una cisterna llena de plata y oro, y dijo: "Ojalá viviera yo el tiempo suficiente para emplear todo este oro y esta plata;" pero un cortesano que le acompañaba, le dijo: "Yo oí decir á vuestro abuelo el califa Naser, hablando de esta cisterna, cuando para estar llena solo faltaban dos brazas: *Ojalá viviera yo lo bastante para llenarla.*" No se sabe si para acumular tanta riqueza tuvo algun fin que mirase á la utilidad; pero Mostanser las gastó como príncipe generoso, distribuyendo grandes cantidades á los pobres, reparando las escuelas, las mezquitas, los caminos y los hospitales durante su reinado, que fue de años diez y siete años.

Años
de J. C.
1242.

Ya los últimos califas no cuidaban del gobierno, ni pensaban mas que en gozar y divertirse. No obstante Mostanser, padre de Mostasem, su sucesor, tomó algunas medidas contra las familias tártaras que le amenazaban. Guarneció de máquinas los muros de Bagdad, y manifestó que hacia resistencia; pero Mostasem, cuando le dijeron que era preciso que mandase su ejército y le llevase al Khorasan para salir al encuentro á los tártaros, respondió: "Yo me contento con Bagdad; no es regular que los tártaros me envidien esta ciudad y su territorio; y pues yo les abandono todas las demas provincias, no vendrán á acometerme aquí: á lo menos respetarán el lugar de mi residencia." Pero nunca se contenta el enemigo con la parte que le ceden,

Era entonces Bagdad la ciudad mas rica del universo. Halacú, general de un egército de tártaros, despues de haber paseado sus tropas por la Persia y Babilonia, que le ofrecian algunos despojos, daba vueltas al rededor de Bagdad como las da un cazador al rededor de la presa. A lo que parece tenia dentro secreta inteligencia. Ya habia hecho traicion á Mostasem su propio visir, en quien des-cuidaba con ciega confianza; pero este ministro habia jurado perderle porque el príncipe se mostraba contrario á la secta que él profesaba. Era el califa avaro y vano; y conociendo el traidor visir su flanco, le aconsejó que licenciase sus tropas, dando por razon que le eran inútiles en un tiempo en que se veia temido y respetado de todos los reyes que hacian profesion del islamismo. No porque el príncipe se dejaba lisonjear con tan vanas esperanzas, se detenia Halacú. Fueron los principales señores de la corte á ver al califa, y á exhortarle vivamente á que dejando sus mugeres, eunucos y aves, á las que era muy aficionado, y en fin su indolencia, pensase seriamente en lo que mas le interesaba. En consecuencia de estas advertencias, manifestó al visir el deseo que tenia de juntar su egército, y le engañó el pérfido diciendo: "Aun cuando los tártaros y mogoles entraran en la ciudad, con solo las mugeres y los muchachos bastaria para matarlos á pedradas desde los terrados de sus casas.

Por último, fue preciso llegar á una defensa regular. Juntó el califa sus tropas, y se las entregó al traidor visir: fueron vencidas, y la mayor parte se ahogaron en el Eufrates, cuyas aguas habia estraviado hácia el campamento del califa, y casi solo el general se salvó. Cuando el califa recibió no-

ticia tan funesta , dijo : “ Dios sea loado , que se ha salvado el visir ; ” y no perdió el infeliz las esperanzas hasta que despues de muchos asaltos se hizo el tártaro dueño de la ciudad. Entró este en ella ; y el califa se le presentó con vasos en que llevaba la pedrería y las joyas de inestimable precio que sus mayores habian ido atesorando en muchos años ; pero Halacú las distribuyó al punto entre los principales oficiales del ejército.

Ningun califa habia sido tan ostentoso como Mostasem : era su orgullo tan excesivo que los mas grandes principes musulmanes conseguían con dificultad hablarle , y en semejantes ocasiones afectaba un lujo y magnificencia que no se habia visto en alguno de sus predecesores. Cuando salia , llevaba de ordinario un velo para ganarse el respeto de los pueblos , no teniendolos por dignos de mirarle. Era tan grande la concurrencia , que las calles y plazas parecian estrechas , y alquilaban á gran precio las ventanas para verle pasar. Por aquellas mismas calles , y á vista del mismo pueblo , que acudió sin duda al espectáculo , hizo el tártaro cruel arrastrar al desgraciado califa cosido en un saco de cuero , en el cual pereció ; y dicen que le dió este castigo en pena de su soberbia. Muchos de sus hijos murieron en los asaltos ; pero él jamas se presentó en estos : los otros fueron presentados al vencedor con todas sus mugeres que eran setecientas , y con trescientos eunucos que las servian : no se sabe lo que hizo de ellas. Permitió á sus tropas el saqueo de Bagdad por siete dias , y sacaron inmensas riquezas. Así murió el último califa á los cuarenta y seis años de su edad , y diez y seis de su reinado. Todos

le reconocian por único y legítimo califa, supremo sacerdote de los musulmanes; pues aunque hubo en Africa y en España príncipes que tomaron este título, solamente le usaron con respecto á sus inmediatos vasallos, y no respecto de los demas musulmanes que no reconocian á otro que al califa de Bagdad por legítimo sucesor de Mahoma. Casi quinientos veinte y tres años estuvo esta dignidad en la rama de los Abasidas.

TURCOS.

Si los árabes con sus conquistas militares y religiosas se estendieron en las tres partes del mundo conocido: los turcos, que no fueron menos activos ni menos entusiasmados por Mahoma, fundaron un imperio casi tan grande, y se pusieron algunas veces en el mismo lugar que los árabes. Ya hemos hablado de su origen, segun los persas, que dicen vinieron de las cercanías del mar Caspio. Los chinos aseguran haber salido de un gran desierto cerca de la Corea, y así nos señalan su cuna en países bien distantes uno de otro. Los unos los hacen escitas de origen, los otros hunnos y tártaros; pero solamente fueron algo conocidos desde que habitaron el Turkestan, país muy grande de la Tartaria, cuyos límites han variado mucho. Cuando empezaron los turcos sus irrupciones estaba reducido el Turkestan entre los calmucos, la gran Bucaria y el mar Caspio: es un país llano, fértil, bien regado, y tuvo bellísimas ciudades, y en alguna todavía se ven vestigios y ruinas que aun en su degradacion son estimables.

Los autores distinguen á los antiguos turcos en

dos clases, según su género de vida: los unos vivían en las ciudades, y tenían habitaciones fijas: los otros vivían en tiendas como los árabes, y de estos descienden los turkomanos, padres de los actuales otomanos. Antes no conocían más que un solo Dios, criador de cielo y tierra, al cual sacrificaban caballos, bueyes y carneros; pero respetaban al aire, al agua y al fuego, cantaban himnos en honor de la tierra, y creían que sus sacerdotes tenían algún conocimiento de lo futuro. Mala idea nos dan de su carácter los escritores árabes y persas, pues los suponen brutales y groseros, y acerca de esto tienen proverbios poco honoríficos para los turcos. En uno de sus libros antiguos se lee un dístico cuyo sentido es: "Aunque un turco, un tártaro fuese excelente en toda suerte de ciencias, siempre constituiría el fondo de su carácter la barbarie." Continuamente tienen en la boca este proverbio: "Aun cuando llegue un turco á ser doctor de la ley musulmana, todavía se le puede matar sin escrúpulo." Estas sentencias de muerte vinieron de los malos tratamientos que de esta nación recibieron muchas veces los persas en las guerras; y los árabes no los experimentaron más benignos. Puede decirse que este carácter primitivo es el que domina en el populacho, pues aun en nuestros días es insolente y sedicioso. Estos pueblos siempre se distinguieron por su valor, y generalmente los turcos que han conservado la pureza de su origen, tienen un aire altanero, y parecen nacidos para la guerra.

Además de los imperios que los turcos formaron en Tartaria, fundaron en medio del Asia cuatro grandes monarquías. Las tres primeras las poseían príncipes de una misma familia llamada Sel-

jucida : la cuarta es la que está sujeta á los príncipes de la familia Othman ú Osman , y á sus sucesores. Los Seljucidas traen su origen de Seljuk, hijo de Dekak, que fue un oficial principal del monarca de las tribus turcas que habitaban en las riberas del mar Caspio. Tuvo Seljuk muchos hijos que llegaron á ser poderosos en amigos, y muy ricos en tierras y ganados: habia abrazado el mahometismo, y le siguieron sus parientes. La religion de Mahoma los hizo sospechosos á sus compatriotas del Turkestan; pero tambien les grangeó la confianza de los califas de Bagdad, hasta formar de ellos su guardia ordinaria, y mantener numerosos cuerpos de turcos en sus egércitos.

El califa Kayen los opuso, como hemos visto, al sultan Kasud, que invadia sus estados, y les encomendó la defensa de las tierras de los musulmanes. Con ésta ocasion entraron los turcos en el Korasan, le conquistaron, y se establecieron en él al mando de Togrol-Bek, que fue el primer sultan Seljucida de la Persia. Durante su reinado, que fue de veinte y seis años, experimentó pocas desgracias, y disfrutó toda especie de prosperidades: como victorias de los enemigos de fuera, paz interior, union en su familia, estimacion y respeto de sus vecinos. Era de buen natural, prudente, gran político, y sin embargo de las ocupaciones militares y civiles que tenia sobre sí, fue muy exacto en las prácticas y ayunos de la religion de Mahoma. Vivió este sultan setenta años.

Alp-Arslan su sobrino, que le sucedió por no haber dejado hijos, tuvo las mismas prendas y la misma felicidad; y aun fue mas brillante, porque ademas de otras muchas victorias puso grillos á

Años
de J. C.
1037.

1063.

Romano, emperador de Constantinopla, y se los quitó. Cuando le presentaron el prisionero le dijo: "¿Qué hubieras hecho de mí si yo hubiera caído en tus manos?" Romano, con una franqueza que tenía mas de arrogancia que de verdadera grandeza, respondió: "Os hubiera dado algun castigo vergonzoso." "Pues yo, respondió el turco, te doy la libertad." Esta generosidad la ejercitó con expresiones honradas, y le envió á su casa sin quedarse con prendas para su rescate. Antes de la batalla habia ofrecido la paz con razonables condiciones; y viendo que se la negaban, hizo en presencia del ejército fervorosas oraciones: se perfumó, se vistió de blanco, y dijo: "Si me matan, este vestido me servirá de mortaja." Arrojó el arco y las flechas, tomó el sable y un centro de hierro; y agarrándose de la cola de su caballo saltó encima, y lo mismo hizo á su ejemplo toda su gente. Esta accion se nota porque tal vez es el origen de la costumbre de los musulmanes de tomar por insignia una cola de caballo.

Este príncipe tan prudente murió por culpa suya, y aun la reconoció. Irritado con la resistencia de un hombre valeroso, llamado Kotual, que por muchos dias se habia defendido en una fortaleza cuando Alp-Arslan contaba con tomarla de paso, y que se vió precisado á rendirse; dió al prisionero una reprension sobre la temeridad de haber resistido á un ejército como el suyo, y le maltrató de palabras. Kotual, que esperaba por el contrario elogios, le respondió con soberbia; pero mandando el sultan atarle á cuatro postes por los pies y las manos para quitarle cruelmente la vida, Kotual exclamó: "Hombre indigno, ¿es ese el tratamiento

que merece mi valerosa conducta?" y al mismo tiempo sacó de las botas un largo cuchillo, y quiso arrojarlo sobre el sultan. Alp-Arslan, que era un excelente archero, mandó que le dejasen, le arrojó una flecha y erró el golpe; y llegándose á él Kotual, le hirió mortalmente; pero á él le mataron al punto.

Estando para espirar Alp-Arslan, dijo á los que estaban presentes: "Ahora me acuerdo de los consejos que me dió un anciano maestro mio: el primero que no despreciase á nadie: el segundo que no me estimase demasiado á mi mismo; pero he pecado contra estos dos consejos en los dos últimos dias de mi vida, y me veo justamente castigado, Ayer, mirando mis tropas, creí que no habia en el mundo fuerza capaz de resistirme, ni en la tierra hombre que se atreviese á acometerme; y hoy que prohibí á mi guardia arrestar á ese hombre que venia á mí con el cuchillo en la mano, creí que tendria fuerza y destreza suficiente para defenderme por mi solo; pero ahora conozco que no hay fuerza ni destreza contra el destino." Conforme á la doctrina de Mahoma. Le enterraron en una ciudad llamada *Manrú*, y pusieron sobre su sepulcro este sencillo epitafio: *Todos los que visteis la grandeza de Alp-Arslan elevada hasta los cielos, venid á Manrú, y la vereis sepultada debajo del polvo.* Reinó nueve años, y vivió cuarenta y cuatro.

Malek-Shah cuando subió al trono de su padre tuvo que sosegar las sediciones de sus tios; pero esto no le impidió para estender sus estados. Volvió al Turkestan, de donde habian salido sus mayores, y le añadió á su imperio como una propiedad que no debia separarse de él; pero un pueblo pequeño de un rincon del Irak de Persia eludió

Años
de J. C.
1072.

sus esfuerzos. No se sabe qué principio era el fundamental del fanatismo de los balhanianos, mas conocidos por el nombre de asesinos. Para ellos la vida era nada, y así la esponian con cierta especie de apresuracion, no solo por mandado de sus gefes, sino á propuesta solo de alguno que queria deshacerse de sus enemigos, pues todos eran asesinos prontos y determinados. Viendo Malek-Shah que iban tomando fuerzas, les envió un mensaje lleuo de amenazas; pero su gefe hizo llamar á la presencia del embajador á algunos de su gente, y mandando á un jóven que se diese de puñaladas, lo hizo sin detenerse: mandó á otro que se arrojase del castillo, y lo egecutó inmediatamente; y el gefe balhaniano dijo al enviado: "Id á vnestro señor, y decidle que tengo setenta mil hombres prontos á obedecerme como esos dos que habeis visto." Sola esta advertencia fue suficiente para que el sultan los dejase tranquilos.

Era este príncipe bien formado, regular en sus costumbres, liberal, valiente, y de bellas propiedades de espíritu. Disminuyó los impuestos, reprimió las vejaciones, reparó los puentes, los caminos reales y canales: edificó una soberbia mezquita en Bagdad por ser la habitacion del califa, de quien se llamaban tenientes los príncipes Seljuidas, aunque eran mas dueños que él: la capital de sus dominios era Ispaan, en donde murió á los treinta y siete años, habiendo reinado veinte, y dejado la reputacion de príncipe generoso, magnífico, temible para los malos, y protector de inocentes. Era aficionado á las ciencias: presidió á la reforma de su calendario, y fue el que inventó la intercalacion del año bisiesto.

Dejó Malek-Shah cuatro hijos, y declaró por sucesor á Mohamed, que era el último, y tenía veinte y dos años, perjudicando á Barkiarok que era el primogénito. Sin duda se debió la preferencia á las instancias de Turkan-Katun, madre de Mohamed, y á los consejos del visir, que quería mas que reinase un jóven. No causará novedad que se suscitase una guerra civil entre los hermanos. Tambien los tios, hermanos del difunto, hicieron con mano armada su pretension al imperio; pero venció Barkiarok porque le reconoció el califa de Bagdad, cuyo voto ponía el sello de legitimidad entre los concurrentes. Sin embargo aunque dió el derecho, no dió la paz: pues se vió Barkiarok precisado á repartir con su hermano Mohamed, y despues murió á los treinta y cinco años de edad, y trece de un reinado muy inquieto.

Años 1
de J. C.
1092.

En presencia de los grandes congregados nombró por sucesor á Malek-Shah su hijo, de edad de cuatro años; pero Mohamed, que ya tenía una parte del reino, invadió la otra. Tambien se presentaron otros que eran sus tios ó primos, y tuvieron victorias y desgracias alternativas, de suerte que hoy daban gracias en la mezquita de Bagdad por uno, y mañana por otro. Es verdad que siempre llevaba Mohamed lo mejor; pero murió de treinta y seis años, habiendo reinado doce. Fue príncipe grave, benigno y elocuente: dejó el reino por entero con inmensos tesoros á Mahmud; pero á este le despojó uno de sus tios llamado Sanjar. No obstante dejó á un sobrino el Irak de Arabia y el de Persia, bien que no se sabe si á título de posesion ó de gobierno.

Pero despues de la muerte de Sanjar se apode-

1130.

Años
de J. C.
1134.

ró Mahmud de todos sus estados, y se los disputó su hermano Masud. Otro hermano llamado Togrol permaneció fiel, y Mahmud, que murió joven, le dejó en recompensa la corona. Se presentó Masud pretendiente, y tuvo la felicidad de que muriendo su hermano Togrol reunió en su persona todos los estados: reinó diez y nueve años, y murió de cuarenta y cinco. Masud siempre victorioso trataba muy mal á los califas, no obstante que era generoso, amigo de la justicia y despreciador de las riquezas, distribuyéndolas liberalmente. Su golpe en una batalla era terrible: esperaba á un leon y le mataba al primer choque.

En los cincuenta años que pasaron desde Masud, IX sultan, hasta Togrol II, sultan XIV del Irak de Persia, y el último de los Seljucidas, experimentó este reino perpetuas conmociones que anunciaban su entera ruina: porque no solo los parientes, hermanos, tios y primos se disputaban la corona; sino que todos los califas de Bagdad, que habian vuelto á tomar la autoridad, daban el centro, le volvian á tomar, y aumentaban la confusion. En estos desórdenes no se olvidaban de sí mismos los grandes, pues aficionándose ya á un príncipe, ya á otro, segun pedian sus intereses, los deponian y volvian á entronizar, siendo muchas veces ellos víctimas de las intrigas formadas contra sus soberanos; y aun la mayor parte de aquellos principes murieron de muerte violenta. Con Togrol, asesinado por un hombre que le debia obligaciones, se acabó en la Persia el reinado de los Seljucidas el año de 1193. Estos sultanes se distinguieron generalmente por la bondad de su carácter, liberalidad y administracion de justicia. La

demasiada condescendencia con sus favoritos, y la excesiva autoridad que al fin dieron á sus generales, á sus visires y á los principales señores de la corte, fueron las poderosas causas de su ruina. Nunca la caída de los imperios debe atribuirse solo á casualidades.

La otra rama de los Seljucidas, llamada de Kerman, empezó por los años de 1063, y acabó en 1187: duró como ciento y treinta años, y produjo once sultanes, de quienes se saben los nombres. Reinaron en aquella pequeña provincia que se coloca entre la Persia, el Segestan, el Mekran y Ormud: tambien tenían puertos en el golfo Pérsico y algunas islas. La sucesion entre estos príncipes fue casi siempre regular de padres á hijos; y si faltaban estos, pasaban á los hermanos y á los sobrinos; por lo que se puede creer que este pequeño estado gozó siempre de bastante tranquilidad.

El Asia menor, compuesta de los reinos de Ponto, Bitinia, Media, Frigia, la Galacia, la Armenia menor, la Capadocia y otros países que forman una grande península entre el Ponto Euxino, la Propóntide, el Archipiélago, el Mediterráneo, la Siria, hasta el Eufrates, eran parte del imperio griego: y los asiáticos, que solo le conocian por el nombre de imperio romano, llamaban el país de Rum á todas estas tierras. Los árabes habian entrado en ellas por la Siria: tambien entraron los turcos persiguiéndolos en las guerras que tuvieron con ellos, y avanzando mucho mas, echaron de allí á los griegos, y se titularon señores del país de Rum, llamándole despues *Anatolia*. Esta conquista la empezó en 1072 Ma-

Años
de J. C.
1072.

lek-Shah , sultan Seljucida de Persia , que cedió las ciudades que habia tomado , y con fuerzas para continuar á un primo suyo llamado Soliman , fundador de esta dinastía de los turcos *Seljucidas Rum.*

Las divisiones que reinaban en Constantinopla fueron de grande utilidad para Soliman , porque buscándole para sí , uno despues de otro , los competidores al imperio , entraba él como auxiliar en todas las composiciones que se hacian , y siempre se le adjudicaba alguna cosa con que aumentaba sus estados. Tambien se fortificó este sultan en muchas provincias tomando en ellas puestos que le sirviesen para estar en espera : de este modo se apoderó de Antioquía , é hizo su capital á Nicea de Bitinia. Mataron á Soliman en una batalla , ó él se mató á sí mismo por haberla perdido ; pero ya entonces poseia todas las provincias que estaban entre el mar Egeo , el mar de Siria , el Ponto Euxino , el Archipiélago y las costas de la Panfilia y la Cilicia. Despues de su muerte se levantaron con las plazas del Asia menor los gobernadores de estas , y de este modo volvió con astucias el emperador de Constantinopla á entrar en algunas ; pero Nicea , que era la capital , aunque vivamente atacada por los griegos , siempre quedó en manos de Pucaso su gobernador , y este la entregó á Kili-Arslan , primogénito de Soliman.

Años
de J. C.
1093.

Segun parece habia salvado la vida este jóven en Persia con sus hermanos despues de la muerte de su padre. El sultan , que entonces ocupaba el trono , los detuvo como prisioneros , por lo que hubo un interregno de ocho años en los estados de Soliman. Los príncipes huyeron de Persia , y el mayor tomó la corona por derecho de nacimiento,

Aunque sus principales hazañas fueron contra los griegos, tambien logró ventajas importantes contra los de su nacion, que le habian usurpado algunas ciudades, y contra los de las cruzadas, los cuales le quitaron á Nicea su capital; pero él hizo otra de la ciudad de Iconio, por lo que sus sucesores tomaron el nombre de sultanes de Iconio. Kili-Arslan, perseguido despues de una derrota, se ahogó en un rio por haber perdido tierra su caballo. Habia reinado catorce años.

La historia de los sultanes de Iconio casi toda se toma de los escritores griegos, los cuales por no haberlos conocido personalmente, nos han conservado muy pocas de las aventuras particulares de estos príncipes ó de sus costumbres, intrigas de corte y caracteres, que son cosas propias para interrumpir la monotonia de los hechos guerreros que siempre vienen á ser muertes, asolaciones é incendios; y así nos vemos reducidos á recoger entre narraciones fastidiosas algunos hechos mas ó menos importantes bajo el nombre y data de estos príncipes.

A Kili-Arslan I sucedió su hermano Saysan, destronado por otro hermano llamado Masud, que mandó pasarle un hierro encendido por los ojos. Tuvo Saysan la indiscrecion de decir al marido de su ama de leche que veia un poco: este descubrió el secreto á su muger, la cual le guardó tan religiosamente que á poco tiempo se hizo público; y sabido por Masud hizo ahogar al infeliz Saysan. A Masud, que solo por diez años disfrutó el efecto de su maldad, le sucedió Kili-Arslan II su hijo. Este príncipe tuvo la imprudencia de repartir sus estados entre cinco hijos, los cuales no solo se hicieron unos á otros la guerra, sino que echaron á su pa-

Años
de J. C.
1106.
1116.
1152.

dre de la capital. Solo uno le fue fiel y le restableció: este se llamaba Kosrou, y le sucedió en la parte principal; pero los otros conservaron las que su padre les habia abandonado.

Años
de J. C.
1192.
1198.
1204.
1211.
1215.

Rocno-Din Soliman, hermano de Kosrou, no le dejó vivir tranquilo en su capital: le echó de ella; pero Kosrou recurrió al emperador griego, y este le colocó de nuevo en el trono. Reinaron los dos hermanos con bastante paz, cada uno en la parte que poseia, y Kosrou, muerto su hermano Soliman, reunió bajo de su cetro toda la Iconia. Viéndose monarca poderoso, hizo la guerra á los griegos, á quienes no gobernaba ya el mismo emperador que le habia restablecido en el trono, sino otro llamado Lascaris. Se encontraron estos dos príncipes en una batalla, y Kosrou, cuyas fuerzas eran extraordinarias, dió á Lascaris tal golpe con su maza que le aturdió y le arrojó del caballo: el griego al caer sacó su espada; y mirandole el turco con desprecio, mandó que le llevasen; pero entre tanto que el sultan volvia la espalda, Lascaris, saliendo del aturdimiento, desjarretó el caballo de Kosrou. Al movimiento que hizo el animal cayó Kosrou, y Lascaris le pasó con su espada: le cortó la cabeza, y la hizo poner en la punta de una pica. Con este espectáculo se asustaron los turcos, y abandonaron fugitivos la victoria. Le reemplazaron sucesivamente dos hijos suyos, Kaykaus y Kaycobad. A este último le representá la historia como príncipe prudente, sóbrio, que siempre contuvo en el respeto á sus vasallos y á los grandes de su reino. En su reinado empezó á darse á conocer Ortogrot, mas conocido por el nombre de Othman, fundador de la familia de los emperadores otomanos de nuestros tiempos.



Lascaris y Kosrou.

Encendida la guerra entre Turcos y Griegos, se encontraron en una batalla Lascaris y Kosrou. Este dió á Lascaris tal golpe con su maza, que le derribó aturdido del caballo, y por desprecio le dexó con vida; pero vuelto en sí prontamente el Griego, hizo caer al Sultan, y le dió muerte. La cabeza de Kosrou en la punta de una pica atribuló á los Turcos; pero debió servir tambien de escarmiento á los presuntuosos.

Como la sultanía de Iconio se habia formado de las ruinas del imperio de Constantinopla por el poco poder que tenian los príncipes griegos, por sus querellas domésticas, para socorrer á los vasallos del Asia menor: así tambien la ruina de este reino provino de la discordia entre parientes, padres, hijos, tios y primos que se disputaban la corona; por lo cual los enemigos estraños hallaron la mayor facilidad para evadirles. Acabamos de ver que la dinastía turca de los otomanos se habia introducido ya en tiempo de Kaykobad; en el de su hijo Kosrou II salieron los tártaros mogoles, y en poco tiempo llegaron á tal poder, que enviaron á su corte á los sultanes de Iconio, y les dieron órdenes á que no se atrevian á faltar. Estos desgraciados príncipes recurrían á los emperadores griegos, y no conseguían de ellos sino socorros interesados, mas propios para debilitarlos que para sostenerlos. Cada uno tomó su parte en este estado hecho pedazos: griegos, turcos, aventureros de todas naciones, y príncipes de la dinastía Seljucida, que siempre daban título al reino, aunque algunas veces sin tener en él mucho poder: por lo que se hallan interregnos, y entre otros uno de diez y nueve años. Llegaron las cosas á tal estado, que ya los príncipes Seljucidas solo reinaban bajo de la autoridad de los kanes mogoles. El último, llamado Kaykobad, recibió de ellos la investidura del cetro de sus mayores; pero cansados los mogoles de no ser mas que protectores, invadieron su reino, le quitaron la vida, y de este modo acabaron con la dinastía de los Seljucidas; pero no con la de los turcos, la cual subsistió en la de los otomanos.

Años
de J. C.
1236.
1244.
1265.
1285.

TARTAROS.

La patria de los tártaros se divide en oriental y occidental: la primera es la de los tártaros manqueos, y la segunda la de los tártaros mogoles. Este vasto pais tiene montañas abundantes en caza, fieras, leones, tigres, y otros animales particulares de aquellas tierras, y llanuras muy fértiles, con rios grandes y pequeños, que hormigean en pescados. Allí se hallan en grande estension abundantes pastos, y hasta en los que llaman desiertos, que solo tienen este nombre por no estar poblados de hombres, pues á escepcion de algunos parages, todos estan cubiertos de yerbas altas y espesas. Solamente las maderas son allí bastante escasas. De los tártaros unos son sedentarios y otros errantes: los campos de estos ofrecen un agradable espectáculo, porque los tienen distribuidos en cuarteles como una ciudad. Las tiendas son de ciertas telas fuertes muy tupidas, y variadas con colores muy vivos. En invierno las cubren de fieltro, con lo que las hacen impenetrables al rigor de la estacion. Las mugeres estan alojadas en pequeñas cabañas de madera, que en un momento se pueden desarmar para cargarlas en el carro cuando quieren levantar el campo.

La Tartaria es la parte mas elevada del mundo, pues los matemáticos jesuitas hallaron que los paises que ellos recorrieron se levantaban casi dos leguas sobre el nivel del mar. Por esta elevacion es la Tartaria mucho mas fria que otros paises que estan en la misma latitud. En medio del verano sucede algunas veces helar de modo que el hielo tiene el grueso de un escudo, y esto proviene de que el

viento nordeste sopla con bastante constancia en estas llanuras vastas y escasas de árboles, y de la abundancia del salitre de que está impregnada la tierra hasta cuatro ó cinco pies de profundidad. Cavando allí no es cosa rara hallar terrones helados y montones de hielos, por lo cual los árboles ni son muchos ni de hermosa vista, no obstante que hay algunas selvas. En este país se han fundado grandes imperios: de él salieron los conquistadores de la India y de una grande parte de Asia, y los actuales señores de la China. Allí por muchos siglos se han visto guerras sangrientas: allí batallas en gran número que han decidido de la suerte de las naciones: allí se han reunido y dissipado muchas veces todas las riquezas del Asia meridional. Por último en aquellos países, que casi han llegado á estar desiertos, fueron muy cultivadas por largo tiempo las ciencias y las artes, y florecieron poderosas ciudades que al presente están sepultadas en sus ruinas. Los tártaros se dividen en tres ramas: *Mogoles, Kalkas y Elutos*. Estos son mas conocidos por el nombre de kalmucos; pero el origen de estas apelaciones no se sabe.

La fisonomía tártara tiene un carácter nacional que la diferencia de todos los otros. Son de mediana talla, pero bien dispuesta y robusta: tienen la cabeza gruesa y muy ancha: el rostro chato: la tez del color de olivo, que tira al del cobre: los ojos negros y brillantes, pero muy separados uno de otro, poco abiertos, pero muy rasgados: la boca es bonita: los dientes blancos como el marfil: la nariz aplastada, casi á nivel con el resto de la cara, de suerte que en algunos apenas se distingue mas que la punta, la cual se abre en dos grandes ventanas: las ore-

jas son grandes: el cabello negro, y duro como la clin, se le rapan enteramente, á escepcion del mechon que llevan en la coronilla, y se le dejan crecer quanto quiere. Estos rasgos mas suavizados en las mugeres constituyen una buena pareja tártara.

De los tártaros los unos son civiles y honrados, los otros duros y groseros, segun la condicion y género de vida. Generalmente tienen buen natural, con una alegría no interrumpida por la melancolía ni el hambre: siempre parecen contentos, y no estiman mas las cosas que por su utilidad, sin atencion á si son raras ó hermosas. Conservan con gran cuidado su genealogía, y estiman mucho esta ciencia; pero no son incapaces de las otras. Viven sin cuidados, y son enemigos de toda sujecion y violencia. Son tambien buenos ginetes, hábiles cazadores, diestros en disparar la saeta á pie y á caballo. Este es el primitivo carácter, aunque en las ciudades le va borrando la sociedad, así como muda el vestido que originariamente era de pieles; pero siempre han conservado la forma, que consiste en largos calzones y grandes camisas, cubiertas con una ropa larga apretada por la cintura con un ancho ceñidor, con botas tambien anchas y birretas pequeñas y redondas. Es muy corta la diferencia en el vestido de los dos sexos; pero ambos estiman infinitamente el color encarnado.

Sus armas son el arco y la flecha, la pica y el sable, y solo á caballo van á la guerra. Sus caballos son buenos y vigorosos: aprecian mas estas calidades que la hermosura: tienen camellos, carneros de cola ancha, y los bueyes mas grandes del mundo. Apenas comen otra carne que la de caballo y carnero, prefiriendola á la de buey, así

como gustan mas de la leche de yegua que de la de vaca. De la leche de yegua, vaca, oveja, cabra y camella, indistintamente mezclada, saben hacer licores fermentados, con los cuales se regalan en sus convites hasta embriagarse. Tambien gustan mucho de fumar, y este es el único uso del tabaco entre ellos.

El comercio solamente le hacen con los vecinos, y por la mayor parte es de cambios. Es difícil hacerle por mayor en aquella vasta region repartida entre una infinidad de pequeños príncipes que se oponen unos á los designios de los otros. Muchos de ellos van, por decirlo así, á caza de hombres para venderlos á los turcos y á los persas, y su riqueza principal son los esclavos. A falta de estrangeros roban los hijos de sus vasallos. Otros gefes, cuando en la guerra hacen esclavos, los reparten entre sus súbditos para aumentar el número de estos; y los tártaros pastores son los que mas comunmente dan este egemplo de humanidad. La poligamia es general, y hay familias que solo se atienen á sus madres, bien que á los cuarenta años no les parece que puede servir la muger sino para cuidar de las mas jóvenes, y emplearse en los trabajos penosos del gobierno de la casa, y entonces ya no la tocan. Los hijos se crian en la profesion de su padre y en un religioso respeto hácia él, que dura hasta despues de la muerte, pues le hacen los funerales mas magníficos que pueden, y van una vez al año á visitár el sepulcro paterno cargandole de ofrendas. A las madres las olvidan. Unos queman los muertos, otros los entierran. Hasta en los desiertos se han hallado monumentos funerarios que prueban que enterraban con los muertos los caba-

llos, armas, joyas y aun esclavos, cuyos cadáveres estan tendidos al rededor del cuerpo principal. Tambien se han hallado ciudades enteras no deterioradas, y la mayor parte con muebles y manuscritos en lengua y escritura del Tibet, que es la lengua y la escritura sabia. La lengua corriente es muy antigua: tiene varios dialectos, pero todos se entienden.

Los tártaros, segun parece, fueron al principio puros deistas; pero ahora unos son mahometanos, y otros siguen la religion de los lamas, que reconocen á Fó por su fundador. El gran Lama tiene su silla principal en el Tibet. Si sus profesores ó sectarios no abrazasen la metempsícosis ó transfiguracion de las almas, pareceria dibujada por el cristianismo, y principalmente por el catolicismo, enseñado por algunos misioneros, pues creen otra vida, el purgatorio, la invocacion de los santos, el culto de las imágenes, la confesion y absolucion, el rosario, la aspersion de agua, y por último casi todas nuestras ceremonias exteriores. Los lamas ó sacerdotes tienen una especie de prebendas consistentes en tierras y ganados que pasan de unos á otros. Creen que Fó, á quien llaman Dios en carne, se reviste de forma humana, y preside en el Tibet, en donde le adoran como á Dios con el nombre del gran Lama. A los representantes que tiene en diferentes parages de la Tartaria los llaman *Kutuktu*. Estos viven con mucho esplendor: reciben las adoraciones de los tártaros, rodeados de sus lamas ó sacerdotes, que para con ellos gozan de diferentes grados de dignidad que constituyen cierta gerarquía. Dicen que el gran Lama jamas muere, sino que desaparece algunas veces. Al lado del que reina se va

criando un jóven, al cual acostumbran desde niño á los honores divinos. La ciencia del Lama consiste en leer libros sagrados en lengua del Tibet. Rezan sus oraciones con tono grave y bastante armonioso. Este es casi todo el culto de su religion, porque no tienen víctimas ni sacrificios. No les falta conocimiento de la medicina, y se venden por hábiles en la ciencia de lo por venir.

El gobierno de los tártaros es, digamoslo así, patriarcal. En cada familia reside la autoridad en el padre, y muchas juntas forman una tribu, y muchas tribus un reino, cuyo gefe llamado *Kan* se elige por los otros que hacen cabeza de familia, y es ordinariamente de la misma tribu del antecesor. Eligen al mas anciano de los príncipes de la sangre, llamado *Tayki*, á no ser que tenga impedimento por algun defecto en su persona; y tambien le deponen algunas veces por delito ó por mal gobierno. En sus cortes y egércitos hay graduaciones de dignidad y de empleo que corresponden á nuestros títulos de príncipes, duques y condes; pero los puede quitar esta dignidad el kan como que son sus vasallos. Van á la guerra, siguiendo cada uno el estandarte que tiene el nombre de su tribu, con la figura de algun animal favorito, como caballo, camello ú otro. Muchos de ellos tienen actualmente mosquetes de horquilla que disparan con gran tino y alcanzan hasta seiscientos pasos. En los combates se les ve con cotas de malla y capacetes de hierro. No conocen el método de líneas, y asi acometen en tropas cuyo comandante va el primero, y cuando parece que están derrotados vuelven con nuevo vigor. ¡Ay del enemigo cuando ellos rompen el orden con que le van persiguiendo! porque entonces es

cuando está en mayor peligro. Los tártaros pagan cada año dos diezmos de sus cosechas, de sus ganados y de su renta, sea la que fuere. Un diezmo es para el kan, y otro para el gefe de su tribu. Tienen precision todos de ir á la guerra cuando los envian, y no esperan otra paga que el botin ó despojo.

MOGOLES.

Años
de J. C.
1165.

Los mogoles, tribu de tártaros, ya existian hácia el medio de la Tartaria confundidos con los otros, cuando Ghenguis-Kan los hizo para siempre célebres estendiendo sus conquistas por el espacio de mas de ochocientas leguas por un lado, y de mas de mil por el otro. Se dilató mas que los árabes con mas prontitud que ningun príncipe, y con tanto esplendor que le llamaron *rey de reyes, y señor de los tronos y coronas*. Se conocen los nombres de siete de sus mayores, y se sabe que se distinguieron por su valor al rededor de sus estados, y aumentaron insensiblemente el círculo de su distrito. Pisouca, padre de Ghenguis-Kan, habiendo vencido y muerto al gefe de muchas tribus, dió en memoria de su victoria á un hijo que le nació el nombre de Temugin por ser el del príncipe vencido. Le crió con mucho cuidado, y permaneció en su menor edad bajo la tutela de un ministro hábil. Entonces estaba la Tartaria dividida en una infinidad de tribus, siendo la mas poderosa la de los kereitas, situada entre el monte Altay y la Tartaria oriental, y cuyo gefe se llamaba el gran kan. La China, dividida en dos partes, se llamaba Kitay ó Katay. La septentrional estaba sujeta á los tártaros.

ros orientales, de quienes descienden los tártaros manqueos, que hoy son dueños de la China, y se llamaba Karakitay. En las cercanías habia muchos reinos pequeños. Al occidente del monte Altay hasta el mar Caspio, pais que tenia el nombre general de Turkestan, reinaban tambien pequeños príncipes, de los cuales unos eran independientes, y otros tributarios de los persas y de los rusos.

Cuando murió Pisouca la mayor parte de las tribus que habia sujetado, viendo que en Temugín les habia quedado por rey un muchacho de trece años, hicieron lo posible por substraerse de su autoridad; pero favorecido ó guiado de su madre Uluna, muger valerosa, se puso Temugín á la cabeza de las tropas, dió la batalla á los rebeldes, y les hizo entrar en su deber: accion que le dió grande reputacion en toda la Tartaria. No obstante tuvo muchas desgracias, por las cuales le fue preciso buscar el refugio en el gran kan que habia recibido servicios de Pisouca su padre; y tanto por corresponder al padre, como por estimacion que hizo del jóven Temugín, le restableció el gran kan en sus estados, y le dió su hija por esposa. El favor que gozaba en la corte de su suegro, aunque merecido con muchas hazañas guerreras en beneficio del gran kan, escitaron la universal envidia contra él, así en la corte por parte de sus hermanos, como en las provincias por la de los vasallos que no podian sufrir la autoridad absoluta que con sus victorias egercia el suegro.

Aquellos príncipes vasallos, entre los cuales habia reyes, empezaron la guerra: le salió el gran kan al encuentro, y fue vencido mientras Temugín estaba ocupado en otra parte. Recibió el yerno en

su campo al suegro, cuando ya se habia visto reducido á renunciar la corona, y le restableció en el trono con una ruidosa victoria, seguida de un castigo terrible. Hizo llenar de agua setenta grandes calderas, las dió fuego, y cuando el agua estaba hirviendo, mandó precipitar en ellas de cabeza á los principales rebeldes. Con estas proezas, cuyo mérito siempre resaltaba en Temugin, fue mas altiva la envidia de la corte del gran kan: tanto que su mismo suegro llegó á sospechar de su yerno, se coligaron los vasallos subyugados para sacudir el yugo, y procedieron con tal destreza que llegaron á persuadir al gran kan, que solamente se unian contra la ambicion de su yerno. Sabiendo Temugin estas intrigas, dió todos los pasos pacíficos que le sugirió la prudencia para desengañar á su suegro; pero viendo que todo era inútil, formó por su parte una liga de muchos príncipes, admiradores de su talento guerrero, ganados ya con su afabilidad y los regalos que liberal hacia á sus amigos. Hubo una batalla decisiva, en la cual murió el gran kan, y Temugin se apoderó de su reino, aunque no sin mucha resistencia de sus envidiosos, á quienes tuvo que sujetar unos despues de otros.

Tenia entonces Temugin cuarenta años, y viéndose señor de mil vastos estados, resolvió legitimar de algun modo su poder con el público homenaje de todos los príncipes sujetos á su imperio. Los convocó pues á Karakorom su capital: concurren todos en el día señalado con vestiduras blancas como los príncipes de la sangre: se adelantó el emperador con su corona en la cabeza por medio de asamblea tan augusta: se sentó en su trono, y recibió los cumplimientos de todos los kanes y los de otros

Años
de J. C.
1205.

señores, haciendo todos súplicas por su salud y prosperidad. Le confirmaron el imperio de los mogoles y el de todas las naciones subyugadas para sí y sus sucesores, declarando privados de todos sus derechos á los descendientes de sus príncipes.

Despues de otras victorias renovó Temugin la misma inauguracion á la cabeza de su egército con ceremonias de menos pompa, pero mas enérgicas en su sencillez. Se sentó en una silla sin adorno alguno, colocada en una eminencia formada de cesped, y desde allí arengó á la junta con una elocuencia que le era natural. Concluido su discurso se sentó en el suelo sobre un paño negro, y el orador que tenia el encargo de hablar, hizo este breve discurso: "Por grande que sea, ó príncipe, vuestro poder, le teneis del cielo; Dios echará su bendicion á vuestros designios, si gobernais á los vasallos con justicia. Lo contrario sucederá si abusais de vuestro poder: os vereis negro como el paño en que estais sentado, es decir, miserable y reprobado." Recibido este buen consejo, le levantaron con respeto siete kanes, le colocaron en el trono, y le declararon cabeza de todo el imperio del Mogol. Se halló á propósito uno de sus parientes, llamado *Kokja*, que por su rigorosa práctica en las obligaciones de su religion pasaba por hombre inspirado. Este se llegó al príncipe, y le dijo: "Vengo de parte de Dios á deciros, que desde hoy os llameis *Ghenguis-Kan*, y mandeis que en adelante os den vuestros vasallos este nombre." Debe advertirse que esta palabra significa *el mayor de los kanes*. Se le ratificó esta denominacion con las mas grandes espresiones de alegría; y como los mogoles creyeron la falsa revelacion, empezaron á mirar el resto del mundo como

una propiedad perteneciente al gran kan por derecho divino; en este concepto no respiraban ya mas que guerra; y aun la resistencia de los príncipes que emprendian la defensa de sus estados les parecia un delito contra el cielo.

Años
de J. C.
1211.

Con un egército muy numeroso, bien disciplinado, y lleno del entusiasmo de que todo era de su emperador, no habia cosa que Ghenguis-Kan no creyese poder emprender. Tal vez se hubiera reducido á la Tartaria, que subyugó casi toda, y es un pais unido sin murallas ni fortalezas, si el rey de la parte septentrional de la China no hubiera incurrido en la imprudencia de pedirle el tributo que le pagaban los príncipes á quienes Ghenguis-Kan habia destronado; pero esta pretension irritó al fiero conquistador. La gran muralla que habian levantado los chinos para librarse de la invasion de los tártaros, y las fortificaciones de las ciudades no le acobardaron, aunque los tártaros ignoraban el arte de poner sitios; y no son á propósito para emprenderlos. Entraron como un caudaloso torrente por la China: ahuyentaron los egércitos, asolaron los campos, y sacaron un botin inmenso. Las ciudades y la misma capital cayeron en manos de Ghenguis-Kan, con sucesos que ni debiera esperar ni prever, y que contaremos en su lugar. Entró la discordia entre los grandes de la China, unos fueron traidores á su emperador, otros le defendieron mal, al fin le quitaron la vida, y en cinco años se halló el Mogol dueño de aquel hermoso y vasto pais. Puso por gobernador, y nombró generalísimo de sus tropas y teniente suyo á Muhuli, su mejor general, con el título de rey, y el privilegio de que esta dignidad fuese hereditaria en su familia.

Fue despues volando á nuevas conquistas por el lado de la Bukaria y de la Persia, en donde subyugó las tribus de la nacion turca ; pero como en todo debe haber límites, resolvió Ghenguis-Kan poner por barrera de su imperio los estados de Mohamed, sultan de Karasman, que era el vecino mas poderoso. Con este fin determinó hacer alianza con aquel príncipe, y le envió embajadores encargados de esponer al sultan que habiendose hecho dueño de todos los estados desde el fondo del Oriente hasta las fronteras de su imperio, deseaba mucho vivir en buena inteligencia con él para beneficio recíproco. No respondió Mohamed con mucha finura á esta propuesta ; pero se conformó no obstante. Tenia este príncipe un enemigo peligroso en Nacer, califa de Bagdad, á quien en algunas ocasiones habia tratado con altivez: y tanto para vengarse, como para defenderse de las empresas con que el sultan le amenazaba, concibió el califa el designio de hacer alianza con Ghenguis-Kan, y de atraer sus armas contra el de Karasman. El consejo del califa, en donde el asunto se trató, se dividió en pareceres. Los zelosos le representaron que era contra la ley musulmana introducir los enemigos de Dios en el pais de los fieles. Nacer respondió: "Un tirano mahometano es peor que un infiel, y en la hora en que alguno se ve amenazado de perecer, debe tentar todos los medios de evitar esta desgracia."

Prevaleció el parecer del califa: despacharon un espreso á Tartaria, y por temor de sorpresa grabaron en su cabeza la credencial con una aguja y alguna droga colorante. Esperó á dejar crecer el cabello: partió; pero en llegando se mandó pelar, y se vieron claramente los caracteres. Ghenguis-Kan

abrazó la proposición de romper con Mohamed. "Acabo, dijo al enviado, de ajustar la paz con él, y así no convendrá por ahora declararle la guerra; pero se la declararé á la primera ocasión que me dé para quejarme; y esta ocasión no puede tardar mucho entre dos grandes imperios limítrofes." Sucedió cabalmente como lo había previsto. Maltrataron y robaron los vasallos de Mohamed á unos comerciantes tártaros, y no les quiso hacer justicia, sin embargo de las reconvenciones de Ghenguis-Kan. La querrela de los particulares se hizo querrela entre los soberanos: se agriaron estos recíprocamente, y uno y otro se prepararon para hacerse la guerra hasta perderse.

Años
de J. C.
1213.

Envió el gran kan un manifiesto á todos los príncipes, tanto á los aliados como á los que le pagaban tributo, instruyéndolos de los motivos que le obligaban á atacar al sultan de Karasman, y convidándolos á venir con sus tropas para juntarse con él. De este modo recogió hasta setecientos mil hombres, y mandó antes de partir que no cesasen de hacer reclutas en sus estados, ni de enviarselas; y dictó á su ejército estas imperiosas leyes: "Cualquiera que huya sin haber peleado, sea el que fuese el peligro de la resistencia, será castigado con la muerte. Si de diez combatientes, que forman juntos un solo cuerpo, llegasen algunos á separarse por fuga, ó por otras razones, morirán todos sin remisión. Si los de una decena vieren á sus compañeros empeñados en el combate, y no fueren á socorrerlos, ó hallándose prisionero alguno de sus camaradas no procurasen librarle, también serán castigados con la muerte." Después de estos severos reglamentos hizo otros sobre la disciplina, subordi-

nacion, y quanto puede servir para poner en orden á tan considerable multitud; y aun llegó su providencia hasta disponer en su testamento los medios para conservar la tranquilidad en sus estados en el caso de que él muriese en la espedicion.

No podia haber escogido tiempo mas á propósito para esperar un buen éxito, porque la China meridional, gobernada por emperadores pacíficos, no le podia inquietar. Dominaba él la septentrional: toda la Tartaria con una grande parte del Turkestan reconocia sus leyes. Mohamed que poseia el resto, era tambien señor de la gran Bukaria y del Karasman, que daba nombre á su monarquía, y tenia en su poder toda la Persia, el Irak persiano y las fronteras de la India: y así pudo levantar un ejército de quinientos mil hombres; pero este era ya el último esfuerzo, pues no tenia que esperar socorro de la Georgia ni de la Armenia, cuyos reyes no querian mas que sacudir el yugo del tributo que le pagaban; ni de los que poseian el Egipto y paises adyacentes, los cuales tenian sobre sí las armas de las cruzadas; y mucho menos del califa de Bagdad, señor del Irak arábigo, de la Caldea, de las tres Arabias, porque era su enemigo secreto. Por último, no le darian auxilio los Seljucidas de la Anatolia, ni los emperadores griegos, porque estaban en guerra unos contra otros. Todos estos medios de hacer diversiones faltaron á Mohamed: y así se veia solo, espuesto al torrente que no habia tenido la prudencia de estraviar por otro lado.

Pero no era solamente un torrente desolador, sino un rayo que caia con estruendo sobre muchos paises á un tiempo, incendiandolos y consumiendolos. No puede pintarse mejor la rapidez y la esten-

sion de las hazañas de Ghenguis-Kan. Jamas se vió conquistador que mas destruyese: á un mismo tiempo se pusieron sus tenientes sobre todos los puntos del imperio de Karasman abrasandole como un incendio devorador. Las mas bellas ciudades, las mas florecientes en el comercio y en las ciencias no eran ya cuando las dejaban sino montones de cenizas, y no porque el sultan no procurase socorrer á su reino infeliz con el mayor esfuerzo; pero siempre en las grandes acciones fueron sus tropas vencidas, y si lograron algunas ventajas parciales, sirvieron solo para dilatar mas la ruina de algunas ciudades y paises, ó para hacer ilustre el valor de algunos generales. Entre otros citan á Kan-Malek, tributario del sultan de Karasman, y al mismo tiempo sultan de Kajead, el que despues de haber hecho prodigios en el sitio de esta plaza, salió de ella con estratagemas, y unas veces por tierra, otras en barcas siguiendo la corriente del rio de Sir, eludió los esfuerzos de un egército numeroso, y se puso en seguridad.

Mohamed, perseguido sin que le dejasen respirar, llegó hasta un lugar pequeño que estaba en las riberas del mar Caspio. Mientras entregado á reflexiones amargas buscaba el consuelo en la religion de Mahoma, cuyos egercicios practicaba con fervor, le dijeron que estaba cerca el enemigo; y el desgraciado monarca no tuvo mas tiempo que para entrar en un barco que le tenian aprestado. Caian al rededor de él las flechas de los soldados que acudieron á la ribera, le llevó el barco á una pequeña isla, en donde una enfermedad aguda, ademas de su pena, puso pronto término á sus dias. Le sepultaron con sola su camisa, por no haber otro

lienzo, y le hicieron un funeral muy sencillo. Antes de morir tuvo el consuelo de ver muchos hijos que iban á visitarle en aquella isla, y nombró por sucesor á Jalalo-Din, mandando á los otros que le obedeciesen: y le dió su espada, encomendandole que vengase á los mogoles.

No estuvo en su mano cumplir las intenciones de su padre, aunque se hallarán pocos egeplares de un valor tan bien sostenido como el suyo, ni de tan grande constancia en las desgracias. A pesar de sus esfuerzos, siempre renovados, y siempre inútiles, tuvo el dolor de ver sus ciudades conquistadas sucesivamente, todas destruidas, y la mayor parte arrasadas hasta los cimientos. El número de hombres que murieron á hierro, y el de las mugeres y niños arrancados de sus hogares y arrastrados á la esclavitud, no cabe en la imaginacion. Aquellos bellos paisés del Asia tan fértiles y ricos, se convirtieron en desiertos, y sus ciudades en montones de escombros y cuevas de bestias fieras, aunque menos feroces que los desapiadados vencedores.

Hacian los mogoles con los hombres lo que Ghenguis-Kan egecutaba con los animales en las célebres cacerías, cuyo egercicio se ha perpetuado entre los tártaros, y es el de las tropas en invierno. El modo es como se sigue. Manda el emperador á los monteros trazar en aquellos vastos paisés un círculo de muchas leguas de estension, en el cual colocaban los oficiales sus tropas. Resonando los instrumentos de guerra avanzan todos á un mismo tiempo siempre hácia el centro, llevando por delante á las bestias y fieras que hallan dentro del círculo; pero no se les permite matar ni herir animal alguno por mas violencia que este haga; y

Años
de J. C.
1221.

todas las noches se acampan, egecutándose puntualmente cuanto se practica en la guerra. Continúa la marcha por muchas semanas, y empezando ya el círculo á reducirse, las bestias que se sienten estrechadas se dirigen á las montañas y á los bosques; pero al punto las desalojan, porque los cazadores abren sus cuevas y huroneras con azadones, y algunas veces dan barrenos, y las hurgan para que salgan de sus retiros.

Como las falta el terreno ordinario, poco á poco se mezclan las diversas especies, y así hay animales que se ponen tan furiosos que arrojándose á los mas flacos, los devoran; y aun los soldados las hacen pasar adelante con mucho trabajo y á fuerza de gritos. Por último, cuando ya el círculo se ha estrechado de modo que ocupa tan pequeño espacio, que ya se puede ver en él juntos á todos los animales, tocan los tambores y timbales, y resuena toda suerte de instrumentos. Este ruido, agregado á la gritería de los cazadores y soldados, causa en los animales tan grande estremecimiento que pierden toda su ferocidad. Los leones y los tigres se amansan, los osos y jabalies se ven tan abatidos y consternados como los animales mas tímidos.

El gran kan, acompañado de sus hijos y de los oficiales principales, es el primero que entra en el círculo con espada en mano y con su arco, y empieza la matanza, hiriendo á las bestias mas feroces, algunas de las cuales suelen enfurecerse á veces intentando defender sus vidas. Despues se retira el emperador á una eminencia en la que le tienen preparado un trono: desde allí está observando el ataque, al que todos se arriesgan sin

escepcion, por grande que sea el peligro á que se espongan; y cuando ya los príncipes y señores han dado suficientes pruebas de su valor y destreza, entran en el círculo los jóvenes del egército, y hacen una grande carnicería. Esta fue la caza que Ghenguis-Kan dió por modelo á sus sucesores. Para concluir la se presentaron los hijos del emperador, que aun eran niños, suplicando que se diese la vida y la libertad á las bestias que habian quedado: uno y otro se les concedió; y de este modo tuvo fin la cacería despues de haber durado cuatro meses.

La misma maniobra empleó Ghenguis-Kan contra Jalalo-Din, tomándole todas sus fortalezas y ciudades, avanzando siempre, y estrechándole por todas partes, hasta encerrarle en un círculo pequeño en las orillas del rio Indo. El sultan, reducido á esta estremidad, determinó arriesgar un combate decisivo. Mandó quemar los barcos para quitar á su egército todo recurso, á escepcion de una barca que dejó para su familia. Despues esperó al enemigo á pie firme. Sus soldados, rodeados como en una cacería, se defendieron como leones y tigres que despiertan de su primer aturdimiento. Hicieron morder la tierra á una multitud de mogoles; pero era muy superior el número. Estrechados los karasmanos por todas partes, se refugiaron á unas rocas adonde no podia llegar la caballería tártara; pero reducido Jalalo-Din á solos setecientos hombres, se vió imposibilitado para sostener segundo ataque. La barca que habia de transportar su familia estaba casi abierta por todas partes, y aquellos infelices aun se hallaban en tierra. Fue el príncipe á abrazar á su madre, á su muger y

á sus hijos: se arrancó de sus brazos deshecho en lágrimas: dejó la corona y todas sus armas, á escepcion de la espada, la aljaba y el arco: montó en un caballo descansado, y se arrojó al rio.

Ghenguis-Kan acudió á la ribera, y el sultan desde el medio del rio, como para desafiarse, arrojó contra él todas las saetas de su aljaba. Admiró el tártaro su valor: detuvo á algunos capitanes mogoles que querian entrar á perseguirle; y hablando con sus hijos que tenia al rededor, les dijo: "Dichoso el padre que tuviere tal hijo: que para desafiar el peligro de que acaba de huir este príncipe puede esponerse á otros mil: y el hombre prudente que le tenga por enemigo siempre estará con mucho cuidado." Pero esta admiracion, que todos creyeron ser compasiva, no pasó de un momento, porque el vencedor mandó traer la familia, y quitarla sucesivamente la vida. Jalalo-Din llegó felizmente á la orilla opuesta, y pasó la noche en un arbol por temor de las fieras. Al otro dia, tristemente errante por la ribera, se encontró con una pequeña tropa de soldados, y tres oficiales de sus confidentes que habian hallado un barco para seguirle, y estos le dijeron que habia dos mil soldados que quedaron vivos en la primera derrota. Al mismo tiempo le llevó un oficial de su casa un barco cargado de armas, víveres, dinero y estofas para sus soldados. Con este socorro formó para sí en la India un establecimiento; pero no el suficiente para olvidarse de su primer reino: y así volvió á él y le sostuvo su valor por algun tiempo contra su mala fortuna. Por último se rindió y murió en estado bien obscuro, y poco despues de Ghenguis-Kan.

Mientras este príncipe por un extremo señalaba el río Indo por límite á su imperio, sus tenientes sujetaban por otro la Persia : ponian el mar Caspio en sus dominios ; y los estendian hasta los sultanes de Iconio, y los estados de otros soberanos turcos , haciéndolos tributarios. Volviendo de sus expediciones los príncipes y generales , los convocó á todos en una llanura de siete leguas de circunferencia ; y aunque tan grande , apenas podia contener las tiendas y equipages de los convocados , porque el cuartel del kan ocupaba casi dos leguas de circuito , y en la tienda destinada á la junta cabian dos mil personas , y estaba cubierta de blanco para distinguirla de las otras. En ella levantaron un magnífico trono , pero sin olvidar el paño negro en que se sentó el monarca cuando le nombraron Ghenguis-Kan. Este símbolo de la primera pobreza de los mogoles siempre fue mirado entre ellos con veneracion , mas ya se habian apartado mucho de la primitiva sencillez. Todo el lujo del Asia brillaba en sus vestidos , en los arneses de los caballos , en sus armas y en sus muebles. Recibió el emperador con magestad el homenaje respetuoso de sus grandes vasallos , y con ternura el de sus hijos y nietos , admitiéndolos á todos á besarle la mano. Aceptó con mucho agrado sus presentes , y les correspondió con otros mas magníficos. Tambien los soldados tuvieron parte en sus liberalidades.

Aunque los negocios que tenia que arreglar en un imperio tan vasto eran numerosos , ya Jagatay su ministro habia dado á las leyes tan buen orden que sirvieron para arreglarlo todo sin la menor dificultad. Como el kan gustaba de hablar

en público, se valió de esta ocasion para hacer un elogio de sus leyes, á las cuales atribuyó todas sus victorias y conquistas, y las fue refiriendo con toda exactitud. Mandó despues que entrasen los embajadores y los diputados de los países de su obediencia: los oyó, y á cada uno le despidió muy satisfecho. Se concluyó la ceremonia con una grande fiesta que duró por muchos dias acompañada de convites, en los cuales se sirvió lo mas esquisito que habia en sus vastos dominios, así en bebidas, como en frutas y caza.

Años
de J. C.
1224.

Á esta especie de triunfo se siguieron empresas concluidas siempre con felicidad, porque la prosperidad le acompañó fiel hasta el sepulcro. Murió á los sesenta y seis años de su edad, y veinte y dos de reinado, conservando su autoridad hasta el fin de su vida en cuanto le rodeaba. Ordenó que le sucediese su hijo Octay, y que Toley, otro hijo suyo, fuese regente del reino hasta que llegase su hermano que estaba distante. Los grandes, los generales, los ministros, los príncipes y sus parientes se postraron, y le prometieron hacer que se cumpliese su voluntad. Se celebraron sus funerales con la mayor magnificencia, y sin los sacrificios humanos que habian ensangrentado el sepulcro de sus sucesores; pero el suyo, erigido simplemente debajo de un árbol, á cuya sombra solia descansar, llegó á ser el objeto de la veneracion de los pueblos, los cuales tuvieron el gusto de hermosearle.

Ghenguis-Kan merecia este respeto de estimacion si se consideran sus grandes prendas, pues tuvo cuantas pueden formar un conquistador: ingenio para proyectar escelentes empresas: pruden-



Conflicto de Jalalo-Din.

*Reducido Jalalo-Din por Chenguis al ultimo a-
puro, y viendo frustrados los esfuerzos de su va-
lor, se arrancó de los brazos de su afligida fa-
milia anegado en lagrimas, y abandonando una
corona llena de pesares, montó á caballo, y su-
po huir con asombro de su mismo enemigo. De-
xó expuestas prendas sin duda muy amables;
pero creyó preciso reservarse á la esperanza de
vengarlas, y de vengar con ellas á sus vasallos.*

cia consumada para dirigirlas: elocuencia natural y persuasiva: paciencia á prueba para las fatigas y obstáculos: admirable templanza: gran juicio, y la viva penetracion con que inmediatamente elegia el mejor partido. En lo que mas resplandeció su talento militar fue en la felicidad con que consiguió que los tártaros, hasta entonces incapaces de freno y de yugo, recibiesen una disciplina exacta y una policia severa. Todo estaba arreglado, el servicio, los premios y los castigos. No servia de excusa el vino: ni el nacimiento ni el poder daban derecho para proceder mal. Profesaba el deismo; pero á cada uno le permitia abrazar la religion que queria, con tal que creyese que solamente hay un Dios. Algunos de sus hijos y de los príncipes de la sangre eran cristianos, otros profesaban el judaismo, otros el mahometismo; y nada de esto llevó á mal.

Sus leyes eran sencillas, cuales convienen á un pueblo nuevo con pocas convenciones sociales. En ellas mandaba creer en un solo Dios: eran exentos de impuestos las cabezas y oficiales del culto cualquiera que fuese, y tambien lo eran los médicos. " Ninguno, pena de la vida, se hará proclamar gran kan sin ser electo en una dieta general. Nunca hareis paces con rey, príncipe ó pueblo mientras no se sujete. Cada vasallo tiene obligacion de servir al público en cualquiera género de servicio. Un mogol no tendrá por criado á otro mogol, pena de la vida. Un tártaro no dará de beber ni de comer á esclavo que no sea suyo sin el permiso de su amo." De este modo se dificultaba la desercion de los esclavos. Fijaban estas leyes la proporcion de los castigos y delitos: y

condenaban á muerte á los adúlteros. De esta ley murmuraban los habitantes de una provincia acostumbrados á ofrecer sus mugeres á sus huéspedes y amigos, por lo cual Ghenguis-Kan les permitió esta costumbre, pero declarándolos infames. Permitted la poligamia con la mayor estension; pero no podian casarse dentro del primero y segundo grado.

Para multiplicar en las familias las alianzas podrian estas hacerse hasta con los muertos, y de este modo se podrian escribir con trato de casamiento, y hacer las ordinarias ceremonias entre un mancebo y una doncella difuntos: por este medio se reputaban los muertos por casados, y sus familias por verdaderamente emparentadas. Todavía dura este uso entre los tártaros: arrojan el contrato al fuego, y creen que el humo les lleva á los que son esposos de futuro, y que se casarán en el otro mundo. Se prohibia, pena de la vida, saquear al enemigo antes que diese el general su permiso; pero por desgracia nunca se negó este permiso en este reinado. Con el ejemplo de su monarca todos los generales de Ghenguis-Kan fueron inexorables y sanguinarios: pues segun el cálculo menos exagerado se pudieran contar mas de dos millones de hombres pasados á cuchillo, sin los que perecieron de pena ó por los horrores de la esclavitud; y tal vez cincuenta mil ciudades destruidas, y muchas de modo que apenas se hallan los vestigios. A una reina muy querida de sus pueblos, y á quien cautivó Ghenguis-Kan, la paseó encadenada con sus mugeres en un elevado carro por los estados en donde habia reinado. ¿Sería esto bárbara vanidad del vencedor, ó advertencia á aquellos vasallos de que habian pasa-

do irrevocablemente al dominio de otro? De cualquier modo que se interprete esta accion, no podrá dar idea ventajosa de la generosidad tártara.

Aunque Octay fue declarado emperador por su padre Ghenguis-Kan, no quiso aceptar la corona hasta que se la dieron los estados. Dos años pasaron entre la celebracion de la junta y la muerte del gran kan, y en ellos gobernó Toley con aplauso general. Fue necesario obligar á Octay á tomar la carga de la soberanía, y habia elegido su padre los ministros y generales con tanto acierto, que no se trató de mudar ninguno. El nuevo emperador continuó á Yelú la confianza que el difunto tenia en él, por ser hombre íntegro, sabio en las leyes, de una prudencia consumada, y ocupado únicamente en el bien del imperio. Puso á la cabeza de los egércitos á Toley su hermano, á quien amaba tiernamente, y no le pesó de su eleccion.

Sus talentos le sirvieron mucho en la guerra que le habia dejado su padre contra los chinos meridionales, á quienes Ghenguis-Kan queria subyugar. En esta guerra deben notarse muchos rasgos de firmeza heróica. El gobernador de una ciudad importante, llamado Chin-In, cuyo valor detuvo por mucho tiempo la conquista, viendose en términos de entregarla, dijo á su esposa que pensase en su seguridad; y esta le respondió: "Supuesto que he sido compañera en las honras de la vida, tambien lo quiero ser en el sepulcro." En el instante ella y sus hijos tomaron veneno; y Chin-In despues de haber presidido á sus exequias, se mató á sí mismo, y fue conquistada la ciudad.

Ilapua, oficial escelente, amado y estimado de todos, habiendole hecho prisionero en una batalla,

Años
de J. C.
1226.

rehusó constantemente la vida, que se le concedía con la sola condicion de que mudase de servicio: “Yo soy, dijo, uno de los primeros generales de los kines, y deseo morir en los dominios de mi señor.” Aunque con sentimiento le concedieron lo que pedía, quitandole la vida. Hos-Hang, príncipe de la familia imperial, famoso por su valor, grandeza de alma y muchas bellas acciones, se ocultó en una derrota, y despues se presentó pidiendo que le llevasen á la presencia de Toley, y le dijo: “Yo soy de la familia imperial, mi nombre es Hos-Hang: soy comandante de las tropas que llaman fieles; tres veces he derrotado vuestros egércitos: no he querido morir con una tropa de soldados desconocidos: quiero que mi fidelidad sea conocida de todo el mundo: la posteridad me hará justicia.” Debía desearse que el príncipe tártaro hubiese conservado un hombre tan valiente; pero él le entregó á los soldados, los cuales le atormentaron, y le quitaron la vida; pero otros tártaros mas generosos derramaron en su obsequio leche de yegua, y le suplicaron que si recusitaba volviese á vivir con los mogoles.

En el sitio de la capital llamada Peking, se valieron los tártaros de máquinas que arrojaban hasta piedras de molino. Los chinos inventaron otras diferentes que arrojaban fuego, y las llamaban *pao*, palabra tomada del ruido que hacia la esplosion. Con ellas arrojaban globos de hierro, llenos de pólvora, que poniendolos fuego reventaban, y hacian un ruido semejante al del trueno. Este fuego barrenaba las corazas, y abrasaba al rededor hasta dos mil pasos. Para desalojar de las minas á los sitiadores que estaban cavando, bajaban los sitiados de sus murallas estos globos atados con cadenas de hier-

ro, se encendian á la entrada de la mina por medio de una mecha, y hacian estrago en los enemigos, los cuales temian particularmente estas armas, y las alabardas de fuego que usaban los chinos. Estos mortales efectos, semejantes á los de nuestra pólvora, persuaden, contra la opinion comun, que al principio del siglo XIII ya los chinos la hacian servir en usos muy diferentes de los fuegos artificiales de sus fiestas. En diez y seis dias y diez y seis noches de ataque murieron de una y otra parte un millon de hombres.

El emperador chino se llamaba Sheu, y si hemos de formar juicio por sus acciones no le faltaba valor; pero era hombre indeterminado, sin ciencia del gobierno, y sin conocimiento de los hombres. Desafiaba al enemigo, huia, volvía otra vez, se mantenía firme en una ciudad, y la abandonaba. Estas variaciones lo pusieron todo en el estado mas triste: perdió la estimacion de sus pueblos, pero no el valor. El mismo Sheu se hacia justicia en cuanto á la estimacion: pues hallandose en una ciudad por donde pasaba huyendo con toda su familia, sus vasallos derramaban lágrimas, y les dijo: "No os pido que hagais ningun caso de mí; pero acordaos de lo que debeis á mis mayores." A estas palabras rompieron todos en sollozos. Este príncipe hecho juguete de la fortuna, en lugar del cortejo brillante de la prosperidad, solo vió al rededor de su persona el de la desgracia, ingratitud, insolencia, y aun tiranía de los mismos á quienes habia hecho poderosos. Uno de estos últimos, con pretexto de atender á la seguridad del emperador, le tuvo preso en su mismo palacio, con el fin de lograr la recompensa de los enemigos. Viendose el infeliz bajo

de los cerrojos de la perfidia, exclamaba: "¡Oh cuánto siento no haber sabido elegir oficiales! ¡Oh qué dolor es verme encerrado por un esclavo, á quien he colmado de beneficios!" No faltaron vasallos fieles que le pusieron en libertad matando al traidor.

Estaba entonces el emperador en su última ciudad, cuyo sitio proseguian los tártaros encarnizados: en ella se padecia una hambre horrible, y despues de haber comido los animales, cocian los cueros de las sillas y los de las botas y tambores: ya habian quitado la vida á los ancianos, á los enfermos, y á muchos prisioneros y heridos, para comerlos: los soldados que habian quedado cogian los huesos de los hombres y animales muertos para mezclarlos con las yerbas secas haciendo una olla horrible. Esta terrible estremidad determinó á Sheu á emplear el último esfuerzo para retirar á los enemigos. Hizo una salida con los mas valientes, pero le rechazaron. Se hicieron los tártaros dueños de una brecha, desde la cual estaban ya para esparcirse por toda la ciudad.

Llamó el emperador á Chang-Lin, uno de sus parientes, y en presencia de todos los grandes le suplicó que admitiese el imperio, diciendo: "Si tú puedes huir, continuarás nuestra familia, y levantarás este tan abatido trono. Yo, añadió, en los diez años que he tenido la corona no creo haber cometido grandes faltas: no temo la muerte, y veo que la mayor parte de las dinastías se han acabado bajo de príncipes brutales dados á la embriaguez, á la avaricia ó la torpeza. Bien sabes que yo no tengo estos vicios; y no obstante acaba en mí la dinastía de los kines. Lo que veo con dolor es que los príncipes en cuyo tiempo han es-





Muerte de Sheu.

No habiendo podido contener los Chinos las rápidas victorias de los Tártaros: el infeliz Sheu, despues de hacer proezas de valor en defensa de la única plaza que le habia quedado, se encerró en una casa, la hizo rodear de paja y leña, y la mandó incendiar quando se hubiese dado muerte. ; Quanto se desmintió con esta cobarde resolucion el que tan gloriosamente habia sabido exponer su vida por sus vasallos!

pirado las dinastías, se han visto ordinariamente espuestos á los insultos, ultrajes y prisiones, y tratados con indignidad; pero hoy declaro que nada de esto me ha de suceder á mí." Entonces tomando un vestido ordinario, dió como un furioso sobre los tártaros que avanzaban; pero la muerte que buscaba todavía le respetó en medio de sus enemigos. Estando ya para prenderle se retiró á una casa que habia hecho rodear de paja y haces de leña: mandó que la pusiesen fuego cuando él se quitase la vida: con efecto se hirió, murió y quedó la casa consumida en el incendio.

Cuando Ghenguis-Kan se vió dueño de una parte del pais de los kines, quisieron demostrarle los cortesanos codiciosos, que de nada les serviria si no mataba á todos los habitantes. "Entonces, le decian, se pueden lograr hermosos pastos que den mucha ganancia." Sin duda, hombres que hacian especulaciones tan codiciosas y crueles, pensaban en poner pastores asalariados que les diesen mucho producto para que sus riquezas se aumentasen inmensamente. El ministro Yelú detuvo la egecucion de este proyecto bárbaro, y dijo al emperador: "Ahora no teneis mas que una pequeña parte de la China; pero estableciendo en ella un buen orden, las tierras de labor, la sal, el hierro, el producto de los rios y otras mercaderías pueden producir cada año inmensas rentas en dinero y en géneros, sin maltratar á los pueblos; y añadió: el conquistador debe pensar en hacerse famoso por otro medio que la esterminacion de los vencidos. No hay duda que se necesitan soldados y capitanes para pelear; pero tambien son inescusables magistrados para gobernar, paisanos para trabajar, comerciantes para

traficar , mandarines para cuidar de las rentas del imperio , y literatos que ilustren los pueblos , y conquisten los espíritus.” Estos sabios consejos prevalecieron en el espíritu de Ghenguis-Kan , y produjeron felices efectos ; pero todavía pudieron mas en el de Octay , que conoció tambien toda su importancia , y así entregó á este ministro el cuidado de la egecucion. Hizo Yelú reglamentos llenos de prudencia y equidad , con que florecieron el comercio y la agricultura. Estableció aduanas , fijó los impuestos: se tomaba para el emperador el diezmo sobre el vino , el arroz y el trigo , y una trigésima parte sobre los demas géneros: la sal parece que estaba arrendada. Tambien se opuso este ministro á un aumento que propusieron algunos tratantes sobre las aduanas , haciendo ver que sería la ruina del pueblo ; y no prevaleciendo sus razones , dió un suspiro profundo , diciendo en alta voz : “Que la miseria á que iban á reducir á los chinos se veria presto seguida de las mayores desgracias.” Cuando Octay subió al trono , repartió sus provincias entre sus hermanos , sus parientes y los principales señores , los cuales las gobernaban con perfecta moderacion bajo la inspeccion severa del emperador. De este modo tuvo un reinado tranquilo , pero que no pasó de trece años. Vivió cincuenta y seis , y murió de resultas de una espléndida comida , en que no se abstuvo lo bastante. A lo que parece era príncipe enemigo de la adulacion y la bajeza. Tenia una ley que prohibia pena de la vida degollar á los animales , y mandaba abrirles el vientre y arrancarles el corazon. Esta ley , como todas las de esta especie , envolvian un principio de política ; y era facilitar que los mogoles se acostumbraesen á comer

las entrañas de las bestias , que antes no se atrevían á tocar. Un mahometano compró un carnero, y le cortó la cabeza. Un mogol que le vió cerrar con cuidado su casa , sospechó su intencion : subió al tejado , lo estuvo viendo todo : fue siguiendo al culpado , y le llevó delante del emperador. Estuvo Octay reflexionando algunos momentos, y envió absuelto al mahometano, porque la misma cautela con que se ocultaba daba á entender que respetaba la ley ; y condenó á muerte al mogol por haber contravenido á las ordenanzas de pública seguridad subiéndolo al tejado de su vecino sin que este lo supiese.

Muerto Octay , la emperatriz Tolyekona se hizo reconocer regente á pesar de las instancias del ministro Yelú , que pretendia se proclamase segun la intencion del emperador difunto á Shelyemen su nieto. La viuda , sin escluir al pretendiente , suspendió el nombramiento por dos años , y cuando ya tenia asegurados los votos hizo nombrar á su hijo Kayuk , y fue quitando insensiblemente su poder al ministro. Dicen que este murió de pesadumbre , lo cual debe sorprender , porque no hubo hombre que tuviese tantos recursos para consolarse en cualquier desgracia. Era Yelú muy hábil en las ciencias chinas : propusieron sus enemigos cuando murió que se reconociesen sus bienes ; pero este exámen los dejó avergonzados , porque se halló poco dinero , y muchos libros escritos de su mano sobre historia , astronomía y agricultura , gobierno y comercio , con medallas , instrumentos de música , libros antiguos , inscripciones grabadas en piedras , mármoles y metales. En sus viages , en lugar de las riquezas que pudiera haber adquirido , juntó con mucho cuidado estas curiosidades. Poseia en grado eminente las ca-

Años
de J. C.
1242.

lidades de gran ministro , firmeza inalterable , extraordinaria presencia de espíritu , exacto conocimiento de los países sujetos á su monarca , discernimiento en la eleccion de sus vasallos , recursos seguros para juntar en caso necesario grandes sumas de dinero y provisiones. Gastó mucho en atraer obreros , oficiales , ingenieros y sabios de todos los países. Se aplicaba sin cesar á inspirar á los príncipes el amor á sus vasallos y á la policia , y en fomentar en los pueblos la aversion á la crueldad y á la rapiña. Cuando se tomó la capital de la China y el palacio del rey , mientras los otros se hartaban , por decirlo así , de recoger riquezas , él solamente tomó mapas , libros , pinturas , y algunos fardos de rui-barbo que le sirvieron despues para curar á los soldados de una maligna fiebre epidémica.

No pueden alabarse dignamente los esfuerzos que hizo por reformar las costumbres y carácter de los mogoles. El fue su primer maestro , y como su primer legislador. Les dispuso un calendario: hizo prudentes reglamentos para el comercio , la hacienda , las aduanas públicas , los pósitos , y para la subordinacion de los oficiales civiles y militares. Oponian grandes obstáculos á sus intenciones la natural ferocidad de los mogoles , su ignorancia y educacion , y todos supo vencerlos. Durante su ministerio se abolió la costumbre de elegir en ciertos tiempos para el palacio del emperador las doncellas mas hermosas. Por último puede decirse que el poder que tuvo este hombre grande en los reinados de Ghenguis-Kan y de Octay honra su memoria. En los anales de la China se refiere que los tártaros penetraron hasta unos países , cuyos habitantes tenian los ojos azules y el cabello

largo, y en donde eran tan largos los dias en el solsticio del verano, que apenas habia noche. Por estas señas se reconoce que hicieron irrupciones en Rusia, Polonia, Moravia, y aun en la Bohemia, Austria y Hungría.

La emperatriz Tolyekona tuvo mucho poder en el reinado de Kayuk. Se censura en este príncipe el no haber gobernado por sí mismo, y que dió demasiado poder á su madre y á los grandes, como tambien que favoreció demasiado á los bonzos y á los lamas. Alaba la historia su bondad y el valor que manifestó en la guerra, mandando en persona sus egércitos en la conquista de la Corea, y de los paises cercanos al mar Caspio; pero notan de excesivas sus liberalidades. Murmuraban altamente los pueblos, y se quejaban porque los precisaban á dar caballos á los señores que de dia y de noche corrian la posta, y de que gastaba mucho la corte en joyas y pedrería que compraba á los mercaderes mahometanos á precio muy subido, al mismo tiempo que apenas habia en el tesoro para pagar á los grandes egércitos que era preciso mantener en pie. Murió Kayuk á los cuarenta y tres años de edad, y ocho de reinado. Aunque dejó hijos, Tolyekona con la viuda favorita, llamada Wulianisha, emprendieron la elevacion de Shelyemen, que la primera habia hecho retirar para dar el trono á Kayuk. Con la esperanza de esta dignidad vivió Shelyemen como emperador los dos años que duró la regencia de las dos princesas mientras se juntaban los estados; pero con grande admiracion del príncipe y de sus protectoras cayó la eleccion en Mengko, nieto de Ghenguis-Kan, aunque no de la rama reinante.

Años
de J. C.
1250.

Despues de estos sucesos no hará novedad que hubiese movimientos en favor del que habia tenido el trono tan cerca, y así los hubo en muchas provincias del imperio; pero Mengko los sosegó con su firmeza, y con la prontitud de sus medidas, tomando la precaucion de tener acampado un buen ejército cerca de Korakoron, que era la capital. Le acusan de cruel porque quitó la vida á las dos emperatrices, cuya rebellion no se probó bien sin duda, pues las mataron como á reos de sortilegios, que es el delito de las personas que no le ticnen. Al príncipe Shelyemen le encerraron en una fortaleza, y no se habla mas de él. El emperador, para ganar el corazon de los vasallos mas instruidos, ofreció un sacrificio solemne al cielo, segun el rito de la China, y renovó esta ceremonia muchas veces. Reconoció en el imperio una religion dominante, y fue la de los lamas, á la que dió gefe con el nombre de *doctor y maestro del emperador*. Se alivió mucho de los cuidados del gobierno de la China, erigiendo feudos para los príncipes de su casa, dejandoles la utilidad con la carga de los servicios, y reservandose la soberanía.

El que en esto logró mejor partido fue su hermano Kublay, cuya historia es un grande elogio. Eligió por ministro á un chino llamado Yaoh-Shu, de reconocida integridad, y de prudencia no comun. Resolvió el príncipe gobernarse en todo por sus consejos, y le fue muy bien. Habia, como sucede despues de las guerras de conquistas, lugares y ciudades sin habitantes, y grandes y bellas campiñas desiertas. Juntó Yaoh cuantos paisanos y labradores pudo, y distribuyendoles tierras, los proveyó de



Muerte de Mengko.

El espíritu de conquista que caracterizó á Chonguis, y que parece trascendió á sus hijos, empuñó á Mengko, su nieto, en la invasión del pueblo de Sóng; pero este Principe, menos feliz ó menos acertado, murió penetrado de heridas en la brecha de una ciudad que deseaba forzar: Para vencer no basta ser valiente. La juiciosa combinación de planes ha decidido casi siempre de la felicidad de las empresas.

cuanto necesitaban para hacerlas valer. Quedó arreglado lo que habian de dar todos los años, así para el servicio del emperador, como para los almacenes y pósitos públicos. Estas disposiciones agradaron mucho á los chinos encantados de ver que el príncipe cultivaba las ciencias y estimaba sus costumbres. Los tártaros por otra parte estaban muy contentos porque los pagaban bien. Distinguia Kublay á los oficiales de mérito, consultaba á los experimentados, y se ejercitaba en disparar el arco con los que iban á la caza, haciendo cuanto les agradaba.

Este gobierno suave y moderado se le representaron los envidiosos del príncipe al emperador como un proyecto formado para hacerse independiente. Mengko, muy inclinado á sospechar, empezó por privar á su hermano del gobierno, y retirar á los generales que le parecieron demasiado afectos á él. Nombró oficiales que ocupasen su lugar, y mandarines para hacer el proceso á los que hallasen delincuentes. Kublay, irritado con una desgracia tan poco merecida, desde luego se inclinó á tomar las armas; pero como nada egecutaba sin el consejo de Yaoh-Shu, fue por su parecer sin guardias ni tropas á ponerse en manos del emperador. Aquí despertó en Mengko el amor á su hermano á vista de su humillacion y confianza, y así le abrazó muchas veces llorando, revocó sus órdenes, y le dió plenos poderes durante la guerra que iba hacer á los de Song, pueblo chino que deseaba conquistar; pero las medidas mal tomadas, y un sitio puesto sin tiempo, le costaron la vida, y murió penetrado de heridas en la brecha de una ciudad que queria forzar. Tenia cincuenta y dos años, y reinó nueve.

Años
de J. C.
1259.

Al mismo tiempo que estaba espirando á vista de los muros de Song, los atacaba su hermano por otra parte, y con la noticia de la muerte del emperador acudió al ejército que acababa de perder su gefe; y aunque al principio no quiso admitir condiciones muy ventajosas, que le ofrecia Kya-tse-tao, ministro de Li-Tsong, emperador de los de Song; las aceptó despues, sabiendo que Alipuko, su hermano, aspiraba á la corona, y estaba ya á la cabeza de un ejército cerca de Korakoron, que era la antigua capital, pues ya Mengko habia elegido otra nueva llamada Chan-Tú. El tratado entre los tártaros y los de Song satisfizo á los dos emperadores: al tártaro porque conseguia un tributo; al de Song porque su ministro le habia ocultado esta vergonzosa condicion, persuadiendole á que la paz, tan gloriosa para él, era el fruto del valor de sus tropas y de sus victorias. Kublay, tranquilo por esta parte, marchó contra su hermano, que tenia ya un partido poderoso, dió la batalla, y le puso en fuga. Entonces se rodeó de sabios ministros, cuyos consejos produjeron los bellos reglamentos que han hecho tan célebre el reinado de este príncipe. No obstante uno de ellos, llamado Ahma, desgraciaba las buenas intenciones de los otros. Habia hallado el flanco de su señor, que gustaba mucho del dinero, y sabia procurarsele; y este talento tenia sordo al emperador para no oír las representaciones que le hacian sobre que no diese tanto poder á un ministro que con sus exacciones le deshonoraba. No se enojaba el príncipe por la libertad de los hombres honrados; pero siempre se servia del fiscal que creia tan útil, parecido en esto á muchos que ven y aprueban lo mejor, pero hacen lo peor. En

todo lo demas puede ser Kublay modelo de monarcas. Se preciaba de conocer por sí mismo á los vasallos que podian contribuir á hacer su reinado ilustre por las armas , ciencias y comercio. Se impuso la ley de valerse de los hombres de mérito de cualquiera nacion que fuesen. Hasta entonces apenas habian hecho caso los tártaros de otro mérito que, el militar ; pero Kublay dió estimacion á los mandarines letrados , encargados de gobernar los pueblos, y de hacer justicia á los particulares. Arregló el número , la clase , la autoridad , su competencia y sus sueldos , y estableció tribunales de guerra , comercio ; manufacturas y obras públicas. Construyó un palacio en honor de sus mayores , y fue el primer príncipe mogol que llegó en persona á rendir en él sus respetos. La observancia de las ceremonias que por entonces hizo ha llegado á ser en la China asunto de estado , y una estrecha obligacion de que jamas se han dispensado sus sucesores. A Kublay se debe la primera coleccion de instrumentos de matemáticas , que recogió por todas partes , la de libros originales y traducidos : un colegio de astrónomos , encargados de hacer el calendario , de fijar el turno de las festividades , y quanto es respectivo á la religion : formó una academia de literatos , ocupados principalmente en la historia del pais ; sus miembros se llaman *Hanlin* , y tienen mucha estimacion. Por último nombró censores del imperio , que sería el establecimiento mas útil , si la intrepidez acompañara siempre á la vigilancia. Encargó Kublay al gefe de los lamas , llamado Pasopa , que inventase caracteres propios á los mogoles , que hasta entonces habian usado indiferentemente los de los pueblos conquistados. Este los in-

ventó para representar la palabra á diferencia de los caracteres chinos que pintan las cosas. El buen emperador no se desdeñaba de preguntar por sí mismo á los mogoles sobre sus progresos en la ciencia; y para juntar la emulacion con el ejemplo hacia dar á sus hijos una educacion conforme á sus principios.

Años
de J. C.
1274.

No por estas ocupaciones descuidó de pedir el dinero que le debia dar el emperador de Song, y asi envió á buscar el tributo. El ministro Kya-tse-tao, sorprendido con esta demanda, que iba á descubrir á su señor su torpeza, hizo asesinar á los embajadores antes que llegasen á la corte. Esta barbaridad, en que no se podia creer que dejase de ser cómplice el monarca, le suscitó una guerra muy funesta. El mando del ejército mogol era muy pretendido, y cada ministro presentaba ordinariamente un general de su eleccion. Kublay á ninguno consultó sino á sí mismo, y nombró un general, conocido ya por muchas hazañas, llamado Peyen. Hay pocos ejemplos de una guerra en que los vasallos hayan manifestado mas energía, amor al soberano y zelo patriótico que los de Song, y en que menos les favoreciese el gobierno: como que estaba este en manos de una muger, abuela de un príncipe de doce años, dirigido por el traidor Kya-tse-tao. Es verdad que cuando los negocios empezaron á desgraciarse, le despidió la emperatriz; y despues le mataron los mogoles en el retiro que habia escogido.

Necesitó Peyen de toda su habilidad y valor, y de la intrepidez y obstinacion de sus tropas para vencer á los de Song, que se defendieron como desesperados. Cuando ya no podian resistir, preferian matarse unos á otros, ofrecer el cuello á los enemi-

gos, ó precipitarse en los pozos ó los rios antes que entregarse. No presenta la historia muchos egemplares como este, no solo de familias, sino de ciudades enteras que se sacrificaron de este modo, ó se destruyeron con las llamas: de suerte que cuando entraron los vencedores no hallaron mas que cadáveres y cenizas. Hizo la emperatriz tentativas para conseguir la paz, hasta ofrecer la condicion de hacer á su hijo vasallo de los mogoles. Procuraba su embajador escitar la compasion del general, representandole la injusticia que sería despojar á un niño; pero Peyen respondió: "En cuanto á la corta edad del príncipe debeis reflexionar que vuestra dinastía en otro tiempo quitó el imperio á un príncipe que era con corta diferencia de la edad del vuestro. Hoy quita el cielo el imperio á este para darsele á mi señor. Esta es la suerte, y es necesario sujetarse á ella."

Esta respuesta anunciaba una disposicion irrevocable. Consintió pues la emperatriz regente en ponerse en manos del general con su hijo Kong-Tson: la trató con la mayor atencion; pero quitandola no obstante, y al jóven rey poco á poco todas las insignias de su dignidad, los envió á la corte del kan. Kublay, sabiendo que estaban cerca, envió para recibirlos á la emperatriz Hong-Kila, su primera muger, princesa recomendable por su moderacion, la cual hizo cuanto pudo por consolar á los ilustres cautivos; y como el emperador espusiese á los ojos de los príncipes y princesas de su corte las joyas y tesoros hallados en el palacio del de Song, y todos contemplasen con gozo estas riquezas, no pudo Hong-Kila contener las lágrimas, y dijo á su esposo: "Señor, las dinastías no son eternas: por

lo que veis que sucede en la de Song , juzgad lo que ha de suceder á la nuestra.”

En medio de la turbacion por la toma de su capital salvaron los fieles chinos á dos príncipes jóvenes , hijos del último emperador , aunque de otra muger , y levantaron sus estandartes en nombre del mayor de ellos. Murió este de enfermedad , y colocaron á Ti-Ping en el trono. Si entre ellos no hubiera habido desunion , y á no ser por las traiciones con que los vencedores los engañaron , y por el terror de los vencidos , todavía estaban en estado de defenderse con provincias enteras , soldados determinados , buenas ciudades , naves y otras reliquias que siempre deja tras de sí la ruina de un imperio vasto. Lo que les convenia era haber sostenido la guerra á fuerza de ardides , y así hubieran incomodado mucho á los mogoles ; pero los generales chinos, queriendo dar fin á la guerra de un golpe , reunieron sus tropas ; y era tanta la confusion y falta de disciplina , que se dejaron sorprender. Vencidos en tierra se refugiaron á las naves , pero en ellas no hicieron mayor resistencia. Lusyeufú , uno de los gefes , viendolo todo perdido , bogó á la nave del emperador , en donde estaban su propia muger y sus hijos , y los hizo arrojar al mar. Acercandose despues al jóven príncipe , le dijo con entereza : “ Señor , no deshonreis vuestra familia siguiendo el ejemplo de vuestro hermano Kong-Tson : morid príncipe soberano para no vivir esclavo de una nacion estrangera.” Dichas estas palabras le abrazó llorando : se le echó al hombro , y se arrojó con él al mar. La mayor parte de los mandarines hicieron lo mismo. La princesa madre , que estaba un poco distante de las otras naves , esperaba con impaciencia no-

ticias de su hijo: queria consolarla el que se las llevó; pero ella sin hablar palabra ni verter una lágrima se arrojó al mar, y á su imitacion se arrojaron tambien sus damas y demas criadas. Dicen los historiadores chinos que se ahogaron hasta cien mil hombres. Así acabó la dinastía de los de Song, cuya familia se llamaba Chao.

El gusto de las conquistas, que no costaban á Kublay mas que dar órdenes, le hizo subyugar á los chinos meridionales y á los japones. Estos despreciaron sus amenazas, y maltrataron á sus embajadores. Una tempestad dispersó las naves que envió contra ellos, y perecieron mas de sesenta mil chinos y tártaros en esta expedicion, la cual desagradaba mucho á los grandes ministros. Tambien se murmuró mucho que el emperador continuase su confianza á Ahama; y porque despues de haber castigado á este exactor, cuyos robos se le probaron, nombró por ministro de hacienda á otro que no era mejor. Todavía quisieron algunos mandarines fieles abrir los ojos á Kublay diciendo: "Si no lo hacemos así, la posteridad nos hará justicia, y pasaremos en ella por gentes sin honor. El bien del imperio pide que demos á conocer quién es el que le arruina." Uno de ellos, llamado Cheli, se sacrificó por el bien público, y el emperador irritado le hizo apaleaer tan cruelmente que le salia la sangre por narices y boca. Creyó Kublay que el acusador viendose así confesaria que habia hecho mal, y le hizo interrogar de nuevo; pero él respondió: "El bien del estado y el honor del príncipe son los que me han hecho hablar: muera yo si no pruebo mi acusacion." El kan, al oír una respuesta tan valiente, examinó el asunto, descubrió la verdad, castigó al

Años
de J. C.
1278.

culpado, y se arrepintió de haber maltratado á Cheli, quejandose de que no le hubiesen desengañado antes. Los censores del imperio le dijeron que hasta entonces habia sido peligroso advertirle las intrigas de los malos ministros.

Kublai pasó el último año de su vida en perfeccionar los establecimientos útiles que habia hecho para que todos los pueblos conociesen el beneficio de su influencia: para esto estaba la mitad del año en la Tartaria, y la otra mitad en la China, como lo han hecho despues sus sucesores. Entre los grandes bienes que hizo en sus conquistas se deben contar los canales de comunicacion entre los rios, y los inmensos trabajos con que los hizo navegables. Vigilaba sobre todos los puntos de la administracion con aplicacion tan grande que daba general actividad á todo el gobierno: y en este particular le ayudaba admirablemente su hijo primogénito Cheng-Kin, intitulado príncipe heredero. Murió á los cuarenta y tres años, y desde la infancia habia manifestado inclinacion á las buenas costumbres. Cuando fue á relevar al célebre Peyen, á quien el emperador llamó á su corte despues de sus hazañas en la China, pidió el príncipe al general que le aconsejase sobre la conducta que debia observar, y este le dijo: "Príncipe, no os dejéis llevar del vino ni de las mugeres, y todo os saldrá bien." No se sabe si este aviso fue una censura indirecta del emperador Kublai, de quien se cree haberse entregado con exceso á estas dos pasiones. Tambien le notan de haber favorecido demasiado á los sectarios de Fó, bien que por otra parte pasa por uno de los mejores príncipes mogoles. Vivió ochenta años, y reinó cincuenta y dos. Le tienen por el primer emperador tártar-

ro de la China, y su familia, substituida á los de Song, se llamaba la dinastía de los de Iven.

El príncipe Cheng-Kin habia dejado tres hijos, y no se sabe por qué Kublay destinó la corona á Timur, que era el último. Kan-Mala, que era primogénito, no murmuró de esta eleccion; y dando á los otros egemplo de obediencia á las disposiciones de su abuelo, prestó el juramento á su hermano menor, y siempre vivió sujeto á él. Timur, asegurado de su fidelidad, no dudó confiarle el gobierno de la Tartaria, en la que fue singularmente estimado por sus bellas cualidades; y la muerte, que se le llevó siendo aun jóven, causó un luto general.

Timur por su parte cautivaba el corazon de los chinos, y con su suavidad los reunió á todos bajo de su imperio, cosa que no habian podido conseguir sus predecesores con sus hazañas. Pasa en la historia por un príncipe perfecto: su virtud dominante era el amor de sus pueblos, y así nada omitia por aliviarlos. Ademas de los hombres que enviaba á las provincias encargados de descubrir las necesidades de sus vasallos y remediarlas, pasaba él algunas veces en persona. Ningun príncipe tuvo mejor eleccion de ministros y generales, ni con mas constancia manifestó el aborrecimiento á la adulacion y al lujo, que son dos vicios demasiado comunes en las cortes. Murió á los cuarenta y dos años de edad, y catorce de su reinado, sin dejar hijos ni sucesor.

Cuando cerró los ojos se hallaba Hayshan su hermano á la cabeza de un poderoso egército cerca de la capital. La emperatriz viuda deseaba colocar en el trono á un hijo de Kan-Mala, aquel que tan generosamente habia cedido la corona á

Años
de J. C.
1294.

1308.

Timur, su hermano menor. Aunque los votos de los mogoles y de los chinos estaban por Hayshan, le perjudicaba su ausencia; pero un hermano suyo, llamado Ayyulipalipata, se opuso á la faccion, dando á entender que trabajaba para sí mismo: y le salió bien la idea; porque engañándose Hayshan, acudió creyendo que tenia un rival mas que vencer; pero se sorprendió agradablemente cuando vió que su hermano le entregó el cetro, de que solo se habia hecho depositario con el fin de asegurársele. Hayshan manifestó una inclinacion decidida á la doctrina de Confucio, y así hizo traducir sus libros en la lengua de los mogoles, y les encargó mucho su lectura. Los sectarios de Fó por el contrario, perdieron mucho de su crédito, que habia sido grande en los últimos reinados. Los bienes de los bonzos eran exentos de impuestos; pero este príncipe los sujetó á la contribucion. Era Hayshan buen guerrero, equitativo, generoso, protector de los literatos; pero se entregó demasiado al vino y á las mugeres. Estas dos pasiones le abreviaron los dias de la vida, y así murió de treinta y un años, y tres de reinado.

Años
de J. C.
1311.

Era razon que Ayyulipalipata, que tan generosamente habia conservado el trono para su hermano, le reemplazase despues de su muerte; y así es que subió á él sin dificultad. En su reinado se vió muy afligido el imperio con sequedades, hambres, inundaciones, terremotos, epidemias y eclipses de sol, especie de azote que los chinos temian mas que todo, no obstante que conocian la causa, pues los calculaban. Segun parece habia en la China divisiones religiosas. Los discipulos de Confucio atribuian todas estas desgracias á los bonzos,



Nobleza de Ayulipalipata.

Por muerte de Timur recayó la corona en Haishan; pero su ausencia, y las intrigas de la Emperatriz viuda, le pusieron á punto de perderla. Fingióse competidor Ayulipalipata; pero quando acudió Haishan recibió de las manos de este generoso rival un cetro que solo conservaba en depósito. Empezarlo todo por ocupar un trono, ni es nuevo ni raro; pero; quan pocas veces se conquistan para cederlos!



y estos se defendian vivamente; pero el buen emperador tomó el partido de cargarse él con la culpa en los escritos que publicó, diciendo: "Que las calamidades que esperimentaban sus pueblos eran el castigo de las culpas que él habia cometido en el gobierno, y prometia enmendarse." Si semejante confesion hace honor á un particular, rara vez es útil en un príncipe. Ayyulipalipata se aplicó mucho mas que á la guerra al gobierno interior. Puso en su vigor el exámen anual de los mandarines, que estaba despreciado, aunque prescripto en las leyes, y él mismo era el presidente. El objeto de este exámen era elevar á otro grado superior á los que hubiesen cumplido bien, y hacer que descendiesen los culpados de prevaricacion ó negligencia. Asoció mandarines tártaros con los chinos; y pudiera creerse que quiso hacer justicia consigo mismo, como con los otros, cuando abdicó la autoridad soberana, de que tal vez se juzgaba incapaz; pero el príncipe su hijo no quiso ocupar el trono que su padre le cedia. Ayyulipalipata desistió de su proyecto; pero declaró al príncipe heredero por su teniente general, y le encargó todos los negocios. Solos nueve años reinó, y murió á los treinta y seis: príncipe mas loable por no tener vicios que por haber tenido virtudes morales.

A los diez y nueve años de su edad tomó Chotepala las riendas del imperio, y le gobernó como príncipe consumado. Reformó en su corte el lujo, las torpezas y la avaricia, que por la debilidad de su padre habian tomado incremento. Su profunda veneracion á los mayores y á los ritos de la religion le merecieron la estimacion de los chinos,

Años
de J. C.
1320.

y esta se aumentó con la disminucion de los impuestos, y liberalidades distribuidas con discernimiento por los consejos de su ministro Paychú, hombre escelente en todos géneros. Fueron acusados los censores del imperio de que se ocupaban mas en hablar mal del emperador que en advertirle lo que pasaba; y algunos fueron castigados. Generalmente cuando semejantes cuerpos publican sus observaciones, son muy temibles para el soberano. La demasiada confianza perdió al jóven emperador. No imaginó este que los parientes de un ministro, á quien habia quitado justamente la vida, pensarian en vengarle aunque pudiesen; pero estos formaron una conspiracion de muchos descontentos con las reformas, y entrando de improviso en el palacio, mataron al príncipe y á su ministro: tenia Chotepala veinte y tres años de edad, y habia reinado cuatro. Paychú habia mostrado tal vez demasiada aversion á los lamas, tratándolos de hombres que no tenian otro cuidado que el de atesorar dinero, y que protegian á los malvados; pero el emperador era amado generalmente, y daba grandes esperanzas, por lo que su muerte causó en todos grande afliccion.

Años
de J. C.
1324.

Los conspiradores pensaban en colocar en el trono á Yesun-Temur, hijo del príncipe Kan-Mala, y que á la sazón era comandante en las fronteras de la Tartaria. Le dieron parte de su proyecto; pero estuvo Yesun tan lejos de consentir, que envió correos para avisar al emperador, mas ya llegaron tarde y hallaron consumado el delito. Creyó Yesun que era prudencia no irritar á los culpados; y aunque al principio concedió un perdon general, y promovió á las dignidades á al-

gunos de los mas distinguidos , despues de este primer esfuerzo de política á casi todos los castigó con la muerte , prision , destierro ó confiscacion de bienes. Se llevó á mal que hubiese perdonado á algunos , y sobre esto hubo graves quejas dadas en un memorial que el emperador permitió le presentasen públicamente , tal vez porque no pudo impedirlo. Le exhortaban á que fuese mas severo contra los ministros culpados de injusticias y vejaciones , porque la impunidad de semejantes delitos hace temer con justa razon la próxima ruina de los imperios. En consecuencia suplicaban al emperador que visitase las cárceles para descubrir si habia en ellas personas que estuviesen gimiendo en la opresion , y que enviase por todas partes comisarios encargados de examinar el estado de las ciudades , el de los campos y el de las tropas , y distribuyesen socorros y remedios á los pobres enfermos. Los mismos comisarios habian de impedir la pesca de las perlas , porque en ella moria mucha gente ; y poner límites al valor de la pedería , porque los gobernadores la compraban á todo precio para hacer regalos en la corte , contando por nada la ruina de las provincias siempre que por este medio conservasen su crédito.

“Un príncipe , decian , debe pensar en gobernar el imperio como padre de sus vasallos , sin apoyar su poder con la autoridad que da á los bonzos y á los lamas. Desde que se hacen tantos sacrificios y súplicas á Fó , ha dado el cielo continuas señales de su indignacion , y mientras no veamos abolido el culto de Fó , y desterrados á los bonzos , solo podemos esperar ser infelices.” A lo que parece estaban desenfrenados contra los minis-

tros de la religion de F6, y sobre todo contra los principales que vivian en la corte ostentando un lujo escandaloso; y el favor de las princesas les daba un poder de que abusaban en detrimento de los pueblos. En el mismo memorial exhortaban al emperador á que echase de su palacio á los eunucos, los astr6logos, los m6dicos, las mugeres y otras personas ociosas, cuyo mantenimiento subia á sumas exorbitantes. "El imperio, añadian, es una familia, cuyo padre es el emperador, y no es razon que entre sus hijos se esten muriendo algunos por falta de socorro y de cuidado, mientras otros viven en la abundancia. Todavía es menos conveniente que un príncipe tenga por cosa indigna de su grandeza oír los gritos de los miserables." Yesun no fue totalmente insensible á las quejas de este memorial; pero remedi6 pocos desórdenes, y murió en su indolencia á los treinta y seis años de edad, y cinco de reinado.

Años
de J. C.
1328.

Dejó un hijo llamado Asukipa, que habia sido nombrado príncipe heredero: y esto daba un derecho al imperio, que nadie debiera disputar. No obstante, hubo una faccion que emprendió colocar en el trono á dos hijos de Haysun, llamados Hoshila y Tutemur. Hubo muertes de muchos grandes, á las cuales el partido vencedor dió el nombre de castigos. Así que se vió Hoshila en el trono, nombró á su hermano príncipe heredero, y al primer año de su reinado murió de repente. Se sospechó que su mismo hermano contribuy6 á su muerte.

1329.

Si Tutemur cometió el fratricidio, no gozó por mucho tiempo el fruto de su maldad, porque su reinado, en el cual hubo varias conspiraciones,

solo duró tres años. Se nota que fue el primer monarca tártaro que entró en el templo del Cielo, y en él sacrificó en persona. Tambien dispuso que entre las mugeres del emperador sola una tuviese el título de emperatriz. En el reinado de Ghenguis-Kan le habian tenido veinte y una, y en los de otros emperadores siete ó cinco. Murió á los veinte y nueve años, y reinó tres. Dejó mandado que proclamasen á uno de los hijos de su hermano Hoshila.

El primero á quien elevaron, llamado Hinchipin, murió dentro de algunos meses, y le habian reconocido por influjo de la emperatriz Putasheli, la cual, no obstante que tenia un hijo llamado Yentyekutse, pidió que se egecutasen las disposiciones de su difunto esposo. Muerto Hinchipin, hizo colocar en el trono á Tuhan-Temur, otro hijo de Hoshila, aunque la instaban á que colocase á su propio hijo. No se pudo hacer peor eleccion, porque Tuhan solo gustaba del lujo, del regalo y los placeres. Era tímido y cruel, propiedades que generalmente van juntas. Tembló cuando subió al trono á vista del gran poder del ministro que allí le habia colocado; y si este no hubiera muerto á tiempo, puede ser que él le hubiera quitado la vida, como lo hizo con la emperatriz Putasheli, á quien debia la corona, y cuyo gran poder fundado en la estimacion del pueblo, le sobresaltaba. Su separacion de los negocios la aumentó con astucia un ministro suyo llamado Oga-Tay. Conociendo el carácter irresoluto é indolente del monarca, le presentó la pintura de sus ocupaciones como una obra imposible, le aterró con la idea de que gobernando por sí mismo, caeria

Años
de J. C.
1332.

de falta en falta, y que seria lo mejor abandonar todos los cuidados de la administracion á ministros. Así lo hizo; pero como no tenia solidez ni constancia, mudaba de ministros continuamente, y de aquí nacieron conspiraciones en la corte, y sublevaciones en las provincias; ademas de que los capitanes y gefes se aprovechaban del descontento de las tropas y de los pueblos para apoderarse de la autoridad en sus distritos, y hasta cinco se hicieron proclamar emperadores.

La emperatriz Ki, nacida en la Korea, dominaba en la corte. Esta tenia un hijo, llamado Ayeushilitata, cuyo carácter independiente no quiso recibir la educacion de los príncipes chinos, que se reducía á asistir todos los días á las lecciones que daban los mandarines en palacio, y en las cuales los hijos del emperador estaban mezclados con los otros. No le gustaron al príncipe heredero los severos principios de los letrados sobre las causas de la ruina de las dinastías, y con espresiones que escandalizaron á los directores trataba de inútil y obscura charlataneria lo que le enseñaban. La emperatriz por su parte tambien vivia sin sujecion á los estilos establecidos, y no era escrupulosa en puntos de etiqueta. Dos cortesanos, aunque muy desacreditados por el desarreglo de sus costumbres, tenian entrada libre en palacio, y se les veía en él continuamente. Se atrevieron los censores del imperio á representar sus quejas al emperador; y la reina consiguió que su débil esposo los castigase. Era muger vana y emprendedora. Para colocar á sus parientes en el trono de Korea hizo asesinar al rey de esta provincia; y empeñando á favor de los usurpadores á su esposo, demasiado condescendente, envió este

un ejército: se le hicieron pedazos; y con esta desgracia completó los desastres del imperio.

Mientras le acometían por todos lados, no habiendo subordinación en las tropas, y gimiendo con el peso de los impuestos los pueblos consumidos por los malos años, se presentó en las fronteras por la parte del mediodía un hombre de obscuro nacimiento llamado Chú, de quien se cree haberse criado sirviendo en un monasterio de bonzos. Tomó partido en las tropas cuando empezaron los alborotos: se hizo cabeza de bando, se asoció con muchos capitanes cuyos soldados reunidos formaron un ejército: tomó el mando, é hizo hazañas acompañadas de rápidas victorias. Decía Chú que estaba destinado para dar la paz al mundo, y hacer felices á los pueblos. Tuvo destreza para conseguir de sus generales, que al principio era una especie de bandidos como él, que no se cometiesen muertes ni saqueos. Este modo generoso de hacer la guerra le ganó el corazón de los chinos: estimándolos él, mereció que le estimasen, y mucho más porque se aplicaba á saber sus leyes y manifestarles confianza; al mismo tiempo que el emperador instigado por sus ministros los trataba de vasallos sospechosos, y les quitaba las armas. ¡Cómo sería posible que aquellos pueblos, vejados y despreciados por los mogoles, no se aficionasen á un vencedor que decía: "Los chinos deben gobernar á los tártaros, y no los tártaros á los chinos!"

Años
de J. C.
1336.

Resonó el contento en toda la nación cuando esta vió que Chú recibía el cetro y título de emperador á instancias de los compañeros de su fortuna, y sentándose en el trono les dijo: "No acepto el título de rey sino para hacer felices á los chinos. Al

1364.

principio de mi reinado es preciso aceptar buenas leyes, pues por lo contrario se han perdido los mogoles. En cuanto á los ritos y ceremonias, soy de parecer que ante todas cosas piense seriamente cada uno en reformar su corazon. Hasta aquí, añadió, habeis sido mis amados compañeros, continuad en ayudarme, y no tengamos otro objeto que el bien." Egecutó Chú lo mismo que proponia. Puso por basa de su gobierno las leyes practicadas en las mas estimadas dinastías. Empezaron de nuevo los exámenes de las gentes de letras, de los oficiales, y de todos los encargados de algunas funciones públicas. Hizo buscar á los hombres de mérito, y los empleó, segun sus talentos, en la guerra ó la navegacion, en las artes y ciencias, sin omitir las matemáticas, y los premió como príncipe generoso. Jamas le pudieron dar en rostro por algun gasto indebido, porque siempre retiró de sí todo lo que podia afeminar el corazon. En el palacio que edificó en Nankin, su capital, no quiso que se gastase demasiado en preciosos muebles, ni en las cosas raras traídas de países estrangeros. Desterró severamente las estatuas ó pinturas indecentes. Ganó el corazon de los aldeanos, de los artesanos y de todo el pueblo, conversando con ellos sobre los puntos de su profesion. Tenia grande cuidado de indemnizarlos de sus pérdidas, y socorrerles. Uuna conducta tan loable no solo supone, sino que prueba un ingenio superior, valor, ciencia militar, grandeza de alma, equidad en la distribucion de las gracias y los empleos; pero todas estas prendas reconoce la historia en la persona de Chú, primer emperador de la dinastía de los de Ming.

La de los Yven se estinguió en la China por

los vicios en todo contrarios de Tuhán-Temur. Contra esta familia que iba desapareciendo, hicieron divulgar todos los defectos que podían envilecerla y deshonrarla; y así decían que los hermanos habían dado veneno á los hermanos; que el hijo se había tomado las mugeres de su padre, y que ya en esta familia no había religion ni costumbres, y estaba perturbado el órden de la sucesion. Esto lo decían particularmente por Tuhán-Temur, haciéndole pasar por hijo del último emperador Song, que se había hecho lama en Tartaria. Kublay, públicamente enamorado de la muger del lama, adoptó para conseguirla á su hijo, que era Tuhán-Temur. Esta fábula y otras semejantes que se aventuran en las revoluciones, las recibía el pueblo con satisfaccion, y las apoyaba Chú con victorias continuadas: medio el mas seguro para hacer que se crean aun los mayores absurdos. Toda la estimacion de la familia reinante se iba perdiendo al paso que se arruinaban con las derrotas los medios de resistencia.

Tuhán-Temur, viendo á su contrario cerca de su capital, mandó enfardar sus efectos y preparar carruaje para su familia: y se despidió de sus vasallos como que iba á hacer un viage. Entró en la Tartaria, y se estableció en una ciudad, á la cual hizo su nueva capital. No le persiguió Chú, ni el sentimiento de los chinos turbó su serenidad en la fuga. Todavía vivió dos años, y murió á los cincuenta y uno, habiendo reinado treinta y cinco en la China y la Tartaria. A falta de alguna bella accion de este príncipe, concluiremos con una muy sensata de un ministro suyo llamado Tayping. Se había este desgraciado, y le aconsejaba un amigo

Años
de J. C.
1368.

que se matase, sin duda porque miraba la desgracia como ignominia, ó como un mal insoportable; pero Tayping le respondió: "Yo no he cometido culpa; y quitarme la vida seria confesar que era culpado. Dejemos obrar al cielo."

Años
de J. C.
1370.

Ayyeushilitata, hijo de Tuhán-Temur, que entre los chinos no se hizo mas honor que su padre, le sucedió en Tartaria; y él y sus sucesores tuvieron que sostener grandes guerras contra los chinos, á los cuales, no obstante la grande muralla que los separaba, todavía les parecia que los tártaros estaban demasiado vecinos; y los tártaros por su parte no podian ver sin grande sentimiento el hermoso reino de donde los habian echado: motivos perpetuos de querellas entre estos dos pueblos, que nunca han cesado de perseguirse y atormentarse; pero casi por trescientos años no tenemos noticias circunstanciadas de sus hostilidades recíprocas que han sido muy perjudiciales á las dos naciones. En cuanto á la suerte de los mismos mogoles en Tartaria se sabe ha variado mucho, pues han llegado á ser vasallos de los tártaros manqueos, que tambien á su tiempo invadieron la China. Inútilmente han pretendido los mogoles sacudir el yugo, pues ya los tienen subyugados.

KALKAS Ó KALMUKOS.

La tercera tribu de tártaros, llamados kalkas, y por corrupcion kalmukos, ha permanecido independiente. Por largo tiempo formó un imperio; pero la ambicion de un hombre que se valió de la religion para apoyar sus pretensiones ha sido causa de su disipacion. Los kalkas obedecian en lo espiritual

al gran lama, que desde el Tibet, en donde reposa su divinidad en un palacio de delicias, ve con mucha satisfaccion respetadas sus leyes en vastos imperios. El de los kalkas era una de las mas hermosas joyas de esta corona, porque tenia entre ellos un representante ó Kutuktu que se cansó de ser un dios segundo, y de no juntar á su dignidad la autoridad temporal, y así escitó y sostuvo á un hermano suyo por gefe temporal contra el kan. Este reclamó la soberanía del gran lama, y el supremo sacerdote envió cierta especie de legados, á quienes Kutuktu disputó la preeminencia. Causó este cisma muchos desórdenes, porque los chinos fueron llamados por los partidarios de Kutuktu; y los elutos, que era otra rama de tártaros, sostuvieron la superioridad en 1696. Kang-Hi, emperador de la China, tenia en Tartaria tres egércitos. Estos dispersaron á los kalkas que se habian rebelado contra sus defensores, y los redujeron á no formar ya cuerpo de nacion.

ELUTOS.

Los elutos se separaron sin saberse cómo, del imperio mogol. Se nos presentan desde el principio del siglo xv con un kan ó soberano de su nacion que no descendia de Ghenguis-Kan, cuya familia dominaba en todas las otras tribus de tártaros. Uno de sus kanes, llamado Onchon, estando en guerra con los Taykis, vecinos de la Siberia, fue acometido de las viruelas en su campamento: todo el egército levantó el campo, como lo solian hacer los tártaros cuando veian esta enfermedad, dejando al kan solo en su tienda. Le hallaron los enemigos así abando-

nado, y le cuidaron tanto que se restableció. Vivió con ellos tres años sin darse á conocer, y huyendo de sus manos llegó á la frontera de su reino, y desde allí dió noticia de su aventura á su hermano Sengha, el cual no solamente habia ocupado su trono, sino que se habia casado con su muger. Sengha sintió mucho una novedad que le quitaba la corona y al mismo tiempo una esposa muy querida, y así la consultó sobre lo que debia hacer en ocasion tan crítica. Ella le respondió: "Que pues vivia su primer marido, no podia menos de volver con él." Esto fue la sentencia de muerte para el infeliz Onchon; pues en lugar de embajadores que le introdujesen en su reino, le envió Sengha asesinos que le deshicieron de él.

No quedó este delito sin castigo, porque un hermano de Onchon, llamado Kaldan, vengó su muerte, y se hizo elegir kan de los elutos. Se juntó con los mogoles, pero se rindió con ellos en la guerra en que los chinos, gobernados por Kang-Hi, triunfaron completamente de los mogoles. Fue tan grande la destruccion de los elutos, que en todos aquellos vastos paises solamente quedaron diez ó doce familias, y de este modo estendió Kang-Hi su dominacion hasta los grandes desiertos y selvas que constituyen la frontera de la Rusia. Unos dicen que Kaldan murió en una batalla, otros que viendo sus cosas tan desesperadas se mató con veneno. Hubo no obstante un nieto suyo llamado Raptan, que no se desdeñó de congregar las reliquias de tan dilatado imperio, y aun consiguió, animando la agricultura, que refloreciese su nacion, y que fuesen respetadas sus armas en el Tibet, adonde hizo una invasion feliz. Desde este tiempo se dispersaron los



Asesinato de Onchôn.

Aterrados los tártaros al ver á Onchôn acometido de viruelas, huyeron, dexándole abandonado en su tienda. Le recogieron y cuidaron con esmero sus enemigos; pero noticioso de su regreso su hermano Sengha, y temiendo perder la esposa y trono que le habia usurpado; hizo le asesinasen en el camino.; Infeliz Onchôn! ;Debes la vida á la generosa piedad de tus enemigos, y te priva de ella un vilísimo hermano!

elutos, y algunas tribus perseguidas por los chinos invocaron la proteccion de la Rusia; y se ve que en 1720 se sujetaron algunos á la dominacion de esta potencia. Actualmente no se sabe mas de aquellos vastos paises que lo que se conoce del curso de algunos rios grandes, que antes de perderse en el Océano se convierten en arroyuelos.

KIPIACOS.

Los sultanes de los kipiacos reinaron en muy vastos paises, y su tronco todavía arroja ramas que algunas veces reverdecen. Ghenguis-Kan, satisfecho de la buena conducta de su hijo Tushi en la guerra de Karasan, le dió las grandes llanuras que se dilatan desde el mar Caspio hasta las fronteras de Rusia. Ademas de los reinos de Astrakan y Kasan incorporó Tushi en sus estados la pequeña Tartaria y algunas provincias de Europa, formando un grande imperio, que sus sucesores vieron estenderse ó estrecharse, segun les era favorable ó contraria la suerte de las armas. Unos cuentan diez y siete, y otros cuarenta príncipes, cuya historia presenta suficientes hazañas para inferir que fueron generalmente belicosos. Batú, que fue el segundo, sujetó á mediados del siglo XIII á los moscovitas y vülgaros: atravesó la Rusia, asoló la Polonia, la Moravia, la Dalmacia; y cuando ya marchaba hácia la Hungría á sitiar á Constantinopla, puso la muerte fin á sus vastos proyectos. Burgha, que fue el tercero, abrazó la religion mahometana, y la propagó en sus estados á fines del siglo XIII en lugar del puro deismo, que era la religion Ghenguis-Kan.

Años
de J. C.
1210.

USBEKES.

Años
de J. C.
1318.

Usbek, sétimo sultan , se concilió de tal modo el afecto de sus vasallos , que para darle una pública demostracion tomaron su nombre ; y el octavo sultan , llamado Jani-Bek entró por la Persia , y sacó cuatrocientas cargas de camellos en oro y joyas , sin contar otros efectos preciosos que distribuyó á sus soldados. El décimo sultan Usbek , á fines del siglo XIV , tuvo primero alianzas , despues guerras , y nuevas alianzas con sus vecinos ; esto es , disensiones y composiciones. Estos usbekes son distintos de los que estan vecinos á la Rusia.

CRIMEA.

Años
de J. C.
1553.

Las guerras son los pleitos de los soberanos , y así como los particulares se arruinan , aun cuando los ganan , así los príncipes se empobrecen con sus mismas victorias. Los sultanes kiacos y usbekes , siempre en guerra con las naciones que tenian al rededor , se hallaron insensiblemente echados por los rusos de sus antiguas posesiones hácia el mar Caspio , y reducidos á la península de Crimea , llamada tambien la pequeña Tartaria. La rama que en ella se estableció y se perpetuó tenia el nombre de Keray , y le conserva todavía. Desde el año 1553 hasta 1708 se cuentan en Crimea cuarenta sultanes de este nombre , que ya eran soberanos y ya vasallos de los turcos ó de los genoveses que poseyeron esta península ; y últimamente lo son de los rusos ; y los que los subyugaban tomaban el titulo de protectores. En Jambal , puerto de Crimea , ha-

bia una especie de depósito de príncipes de donde la Puerta Otomana tomaba los kanes que queria substituir en lugar de los que no la gustaban, y donde tambien hoy los halla la Rusia, en caso de necesidad para reemplazar á los que destituye. De este modo en nuestros dias han sido y continuan en ser estos príncipes y precarios soberanos el juguete de la política de estos dos grandes imperios.

Ya hemos visto á los tártaros bajar con diferentes nombres desde su grande y alta llanura á la China y á los paises meridionales de la Moscovia, llegando hasta la Crimea por detras del mar Caspio. Ahora los veremos estenderse al rededor de este mar por la antigua Persia, subyugar á los de Bukaria y á los de Irak, formar la nueva Persia, y desplegar sus banderas en los paises que riegan el Ganges y el Indo.

BUKARIA.

La Bukaria es la Bactriana y la Sogdiana de los antiguos, con sus dependencias. Nada ha negado la naturaleza á este país para hacer su habitacion agradable, porque los montes abundan en leña y minas: los valles en frutas y legumbres: allí crece la yerba hasta la altura de un hombre: los rios hormiguan en pescados, y el terreno es el mas rico de toda la Asia septentrional. Se divide en dos partes, la grande y la pequeña: la grande se subdivide en tres, que son la Bukaria propiamente tal, la provincia de Samarkanda y la de Balk. Cada una tiene su kan particular; pero algunas veces uno solo posee las dos, y casi nunca las tres. Bukar en mogol significa sabio, y la Bukaria país de

los sabios, porque hubo tiempo en que florecian en él las ciencias, y los mogoles iban allá, y enviaban á sus hijos para instruirse.

La Bukaria propiamente tal tiene mas ciudades que las otras provincias, y es cosa digna de admiracion que se haya conservado Bukaria su capital, situada á la orilla de un rio, cuya agua es tan mal sana que engendra en las piernas unos gusanillos, que es preciso rodear todo los dias en un palito hasta estraerlos enteramente; porque si los revientan, y queda alguna parte en la pierna, muere el enfermo infaliblemente. Con todo eso no se les permite beber otro licor que agua y leche de yegua: cualquiera que fuese sorprendido con vino ó aguardiente en su casa, ó que se conociese por el aliento que le ha bebido, seria castigado con cierto número de palos. Este rigor viene del gefe de la religion mahometana, que allí es mas respetado que el mismo kan, pues le depone cuando quiere.

La lengua de los bukarianos es la de los persas, á quienes estuvieron sujetos por largo tiempo; pero al presente son sus enemigos irreconciliables, porque estos abominables hereges, como ellos dicen, no se raen tan bien el vigote como lo egecutaban todos los demas tártaros. Aunque tienen monedas de cobre y plata corrientes, las grandes pagas se hacen en oro y plata que se corta y se pesa. El comercio debiera ser inmenso y floreciente en este hermoso pais, por ser naturalmente un depósito entre la China, la India, la Persia y la Rusia; pero tiene en las ciudades muchas trabas por la tiranía de los kanes y sus oficiales. No hacen escrúpulo, cuando deben por una parte, de tomar prestado por otra, y con esta circulacion

de empréstitos se hallan al fin los mercaderes reducidos á nada. Los robos de los tártaros errantes que se hacen en el pais llano son todavía mas perjudiciales al comercio, que á pesar de estos inconvenientes, se sostiene por la feliz situacion y fertilidad del pais. La corte de Bukaria provee á los estados del Gran Mogol y á la Persia de toda especie de frutas secas de un gusto esquisito.

Casi todas las ciudades de la provincia de Samarkanda, que en otro tiempo fue tan floreciente, se hallan arruinadas ó en grande decadencia. La capital, aunque ha decaido mucho de su esplendor antiguo, todavía es famosa por una academia la mas célebre y frecuentada de todos los paises mahometanos. La provincia de Bulk, mas bien cultivada que las otras, produce al kan una excelente renta. Este vigila con mucha atencion sobre la libertad y prosperidad del comercio. Sus vasallos tienen en su propio pais minas de rubíes, de oro y plata, y las disfrutan. Algunas veces no les cuesta mas trabajo que recoger estos dos metales preciosos en los rios que los llevan en sus corrientes.

En la gran Bukaria se distinguen tres naciones diferentes: los búkaros, que son los antiguos habitantes: los jagatayos ó mogoles que se establecieron allí en tiempo de Jagatay, hijo segundo de Ghenguis-Kan; y los tártaros usbeques, que son los que la poseen en el dia. Los búkaros viven en las ciudades, y por esto los tártaros los llaman tagikes, que quiere decir ciudadanos: son bien formados y bastante blancos para el clima en que estan. La mayor parte tienen ojos grandes, negros y vivos. La nariz aguileña, buen rostro, pelo negro y her-

noso, y la barba espesa; en una palabra, nada tienen de la fealdad de los tártaros entre quienes habitan. Sus mugeres generalmente son altas y bien formadas, de facciones y tez admirable. En poco se diferencian los trages de los dos sexos, pues uno y otro le usan largo; bien que el de las mugeres es mas adornado. Su religion es la mahometana; su subsistencia el comercio y los oficios. Nunca se mezclan en la guerra ni en el gobierno, porque dejando este cuidado á los usbeques y á los kalmukos, se contentan con pagar exactamente los impuestos. Por esta razon los desprecian los tártaros, y los tratan de gente cobarde y simple. Se ignora su origen; pero dicen ellos que vinieron de un pais muy distante. Algunos conjeturan que descenden de las diez tribus que Salmanasar, rey de Siria, hizo transportar al pais de los medos, creyendo que se halla en ellos alguna semejanza con la fisonomía de los judíos, y que se parecen en algo en su ceremonial de sociedad.

Los tártaros jagatayos y los usbeques son el mismo pueblo con dos denominaciones, y pasan generalmente por los mas civilizados de los tártaros mahometanos, bien que no son menos ladrones que los otros. Su modo de vestir es corto, propio para el ejercicio, y el de las mugeres no se diferencia del de los hombres. Los manjares mas esquisitos son arroz cocido y carne de caballo. La bebida ordinaria son dos licores que sacan de la leche de la yegua: su idioma es una mezcla del turco, mogol y persiano; pero mas se acerca á este último. Hace poco tiempo que empezaron á usar armas de fuego; pero el dardo, la flecha, y sobre todo la lanza, son muy temibles en sus manos: usan tambien cotas de malla, y escudos contra la cuchillada. Los tártaros de la Bukaria son

los mas robustos y valientes de todos: á estos los acompañan en la guerra sus mugeres, y no temen mezclarse con los combatientes: algunas son muy bien formadas, bastante bonitas y aun hermosas.

Los caballos de los usbekes no tienen grupa ni pretal: son de cuello largo y derecho como un baston, de pata muy alta, y casi no tienen vientre. Casi todos son muy flacos; pero en extremo vivos, y casi infatigables. En casos urgentes les basta la yerba mas comun. Casi siempre estan estos pueblos en guerra con los persas, vecinos suyos, en unas llanuras que favorecen á sus correrías; pero no entran tan fácilmente por los estados del gran Mogol, porque los separan elevados montes. Los que entre ellos sacan su subsistencia de los ganados, viven en tiendas como los kalmukos, y sientan el campo ya en una parte, ya en otra, segun hallan mejor comodidad. Los que cultivan las tierras tienen aldeas y lugares.

La pequeña Bukaria no se llama así porque sea menos grande que la otra, sino por menos fértil y menos poblada, como que se compone de una muy larga cadena de montañas, que elevandose en los desiertos arenosos desde los kalmukos hasta el Nord-Oueste de la China, á lo largo de los mogoles y del Tibet, parece un mar sembrado de islas y de rocas. Ya se advierte que para ir de un lugar habitado á otro habrá dificultades, y que se esponen á riesgos, porque sin cesar los acchan los tártaros, que andan en aquellas llanuras, como los piratas que infestan las costas. Este pais da mucho oro en polvo y piedras preciosas, sin esceptuar los diamantes; pero sus habitantes no saben cortarlos ni pulirlos. Los rios que acarrean oro y plata se pierden en las are-

nas. En este desierto hay parages que ni tienen yerba ni agua; pero otros se ven atravesados de algunas lenguas de tierra bastante buenas, muy bien conocidas por los viajantes del pais, aunque no tanto como por sus camellos que la huelen desde lejos, y se dan prisa por llegar allí á refrescarse.

Aunque los habitantes de la pequeña Bukaria son parecidos á los de la grande, se observa entre ellos la diferencia de ciertas medias tintas que deben notarse aquí. Son mas morenos sin duda por el reflejo de las arenas del desierto, gustan mas del comercio, y son en él mas que hábiles. Tambien se diferencian en el vestido, que es mas largo. Sus mugeres van mas adornadas, y se tiñen las uñas de encarnado: sus muebles lo menos que tienen es el fausto, y consisten en cofres guarnecidos de hierro, arrimados á la pared, en los cuales guardan de dia los colchones que les sirven de noche. Se acuestan desnudos, no gastan mesas, sillas, cuchillos ni tenedores. Ponen los manjares en un mantel que les sirve de servilleta. Inventaron antes que nosotros una especie de pastillas compuestas de carne picada, que se guardan, y les sirven en los viages para hacer muy buena sopa. Conocen el pan, y preparan el te con leche, manteca y sal.

Compran como los de Bukaria las mugeres, y entre ellos son las hijas una verdadera riqueza. Prohíbe la ley á los esposos de futuro hablarse ó verse desde el contrato hasta la celebracion; pero no se dice si el intervalo es corto ó largo. Otra ley manda que los esposos no se vean durante la ceremonia del matrimonio. Y el casado no puede hablar con su muger hasta despues de comer, y con mucha brevedad. La deja, vuelve al anochecer, la halla

en la cama, se echa vestido á su lado en presencia de otras mugeres. Se renueva esta farsa por tres dias, y hasta el cuarto no usa de su derecho. La muger que ha parido se tiene por tan impura en los cuarenta dias siguientes, que no se la permite ni aun decir sus oraciones. Tienen la poligamia por pecado; pero la mayor parte gustan de cometerle, y así hay hombres que mantienen hasta seis mugeres y mas.

Un médico en este país no es otra cosa que un hombre que está leyendo al enfermo un pasage de algunos libros: le sopla muchas veces, y da vueltas por las megillas con una navaja muy afilada para cortar la raiz del mal. Si el enfermo muere, le ponen sobre el pecho el Alcoran: práctica en que se conoce que el mahometismo es la religion dominante: pero los kalmukos, sepultados en una grosera idolatría, á ninguno creen se debe violentar en cuanto á la religion. La estravagancia de los de Bukaria consiste en decir que Dios comunicó el Alcoran á los hombres primero por Moises y los profetas, y que despues fue Mahoma el que dió la explicacion. Veneran mucho á Jesucristo, y le tienen por un gran profeta. Dicen, como Mahoma en su Alcoran, que nació Jesus de la Virgen María, sin obra de varon; pero mezclan el nacimiento y la infancia de la señora y su divino hijo con infinidad de fábulas; y así creen que cuando la Virgen participó á sus parientes la noticia del recién nacido, la dieron muchas reprensiones: que suplicó á su hijo que la justificase: y que él abogó victoriosamente en defensa de su madre. Segun la doctrina de estos fue Jesus perseguido por los asesinos; pero Dios le hizo desaparecer, y castigó á los malvados sucesi-

vamente dándoles la figura del profeta; y los enemigos que le perseguian, engañados con la semejanza, se arrojaron sobre ellos y los mataron.

Los bukarianos creen la resurreccion y otra vida; pero no el artículo de que Dios condena al hombre á penas eternas; y suponen que siendo el diablo el autor del pecado, solo sobre él caerá el castigo. Si discurrieran mas razonablemente, debieran decir que tambien los culpados recibirán su pena, con lo cual á lo menos se intimidarian en este mundo. Confiesan diferentes grados en el paraíso y el infierno; y contradiciendose en su doctrina precipitan en lo mas profundo del lago á los embusteros, iracundos y sembradores de discordias. Dicen que entre cien hombres hay un escogido, y entre las mugeres una por mil. Tienen por pecado decir que Dios está en el cielo, dando por razon que está en todas partes. Cinco horas señalan para la oracion, y un mes de ayuno, el que durante el dia es muy rigoroso, pero permiten desquitarse durante la noche.

En la gran Bukaria han reinado veinte y cinco príncipes descendientes de Ghenguis-Kan y de la rama de Jagatay, su hijo mayor. Subsistió su imperio por ciento setenta años, y se acabó el segundo año del siglo xv por la discordia entre parientes que unos á otros se arrojaban del trono. El último no era mas que un príncipe titular que acompañaba á Tamorlan, y mandaba algun cuerpo del ejército de este conquistador. Por el mismo Jagatay descendian tambien de Ghenguis-Kan los kanes de la pequeña Bukaria, pero entre estos no duró tanto la línea recta, porque fue interrumpida; y al principio del décimocuarto siglo se halla haberse casi

enteramente estinguido , aunque se vuelve á presentarse por intervalos hasta el quinto año del décimo-séptimo: tal vez existirá todavia , pero se la ha perdido de vista. En la vocacion de Togalak , que fue el primero de estos príncipes que abrazó el mahometismo , se ven circunstancias singulares. Cazando encontró con un mercader mahometano , á quien trató brutalmente ; pero movido de la paciencia del buen musulman , prometió abrazar una religion que inspiraba tanta paciencia. Se olvidó de su resolucion sin embargo; y en vano pretendió el apóstol musulman que se acordase de su palabra , porque no pudo hallar entrada con el príncipe , como tampoco su hijo , á quien al morir dejó encargada esta buena obra. Este , despedido siempre del palacio del kan , pensó en una mañana hacer su oracion sobre un cerro poco distante : con tan alta voz la hizo que despertó á Togalak. Hacer llamar al devoto , preguntarle por qué gritaba así , traerle á la memoria su promesa , y convertirse , todo fue en un instante. Le imitaron sus cortesanos , menos uno , y este prometió convertirse con cierta condicion , diciendo: "Aquí hay mogol de estraordinaria fuerza ; si el mahometano quiere luchar con él y le derriba , yo abrazaré su religion ; pero no de otro modo." Aceptó el misionero , y sin duda tenía tanta fuerza en la mano como en el pecho , porque de un revés tiró al mogol á tierra , en donde por algun tiempo quedó tendido sin sentido ni conocimiento. La eficacia de esta instruccion convirtió inmediatamente al tártaro y á su campeon.

T A B L A

DE LAS MATERIAS DEL TOMO CUARTO.

R OMA Y CONSTANTINOPLA.	3
<i>Constantino.</i>	4
<i>Constancio.</i>	id.
<i>Constante.</i>	id.
<i>Constancio.</i>	5
<i>Joviano.</i>	25
<i>Valentiniano I.</i>	26
<i>Valente.</i>	27
<i>Graciano.</i>	35
<i>Valentiniano II.</i>	id.
<i>Teodosio I.</i>	36
<i>Solitarios.</i>	37
<i>Arcadio.</i>	46
<i>Honorio.</i>	id.
<i>Alarico.</i>	53
<i>Toma de Roma.</i>	id.
<i>Teodosio II.</i>	58
<i>Valentiniano III.</i>	id.
<i>Atila.</i>	64
<i>Pulqueria.</i>	65
<i>Marciano.</i>	id.
<i>Leon.</i>	69
<i>Mayoriano.</i>	id.
<i>Severo.</i>	70
<i>Antemio.</i>	id.
<i>Fin del imperio de Occidente.</i>	72
IMPERIO GRIEGO.	73
<i>Anastasio.</i>	75
<i>Justino.</i>	76
<i>Justiniano.</i>	77

<i>Justino, Tiberio.</i>	79
<i>Focas.</i>	81
<i>Heraclio.</i>	82
<i>Constante II.</i>	83
<i>Constantino Pogonato, Justiniano II.</i>	84
<i>Filípico, Anastasio.</i>	86
<i>Teodosio, Leon.</i>	87
<i>Constantino Coprónimo.</i>	88
<i>Leon III.</i>	id.
<i>Constantino Porfirogénito.</i>	id.
<i>Irene.</i>	id.
<i>Nicéforo.</i>	90
<i>Miguel I, Leon.</i>	91
<i>Miguel II.</i>	92
<i>Teófilo.</i>	id.
<i>Miguel III.</i>	93
<i>Basilio.</i>	95
<i>Leon.</i>	96
<i>Alejandro.</i>	id.
<i>Constantino VIII.</i>	97
<i>Romano I, el jóven.</i>	98
<i>Nicéforo Focas.</i>	id.
<i>Juan Zimisce.</i>	100
<i>Basilio.</i>	101
<i>Constantino IX.</i>	102
<i>Romano II.</i>	103
<i>Miguel Paflagonio.</i>	id.
<i>Miguel Calafate, Zoe.</i>	104
<i>Constantino Monómaco, Teodora.</i>	105
<i>Miguel Estratiótico.</i>	id.
<i>Isaac Comneno.</i>	106
<i>Constantino Ducas.</i>	107
<i>Romano Diógenes.</i>	id.
<i>Miguel Ducas.</i>	109

<i>Nicéforo Botoniate.</i>	109
<i>Alejo Comneno.</i>	112
<i>Juan Comneno.</i>	114
<i>Manuel Comneno.</i>	115
<i>Alejo Comneno II.</i>	116
<i>Isaac Angelo.</i>	117
<i>Alejo.</i>	119
<i>Juan Ducas Murtzulfo.</i>	id.
CONSTANTINOPLA LATINA.	121
<i>Balduino I.</i>	id.
<i>Henrique. Pedro.</i>	122
<i>Roberto. Balduino II.</i>	id.
IMPERIO GRIEGO.	123
<i>Miguel Paleólogo.</i>	id.
<i>Andrónico Paleólogo.</i>	124
<i>Andrónico el jóven. Juan Paleólogo.</i>	126
<i>Cantacuceno.</i>	id.
<i>Manuel.</i>	129
<i>Juan.</i>	130
<i>Juan Paleólogo.</i>	id.
<i>Constantino.</i>	id.
CARTAGO EN AFRICA. <i>Entre el rio de Tusca,</i> <i>el Mediterráneo, los Garamantas, y la</i>	
<i>Libia interior.</i>	132
<i>Cartagineses.</i>	id.
<i>Descripcion.</i>	133
<i>Gobierno.</i>	134
<i>Religion.</i>	135
<i>Lengua.</i>	136
<i>Costumbres y carácter.</i>	id.
<i>Egército.</i>	137
<i>Marina. Comercio.</i>	138
<i>Dido.</i>	139
<i>Maqueo.</i>	141

<i>Primera guerra púnica.</i>	150
<i>Guerra de Libia.</i>	153
<i>Segunda guerra púnica.</i>	156
<i>Tercera guerra púnica.</i>	161
NUMIDIA. <i>Entre el mar Mediterráneo, la Getulia, los rios de Mulucha y de Tusca.</i>	164
<i>Numidas.</i>	id.
<i>Masinisa.</i>	166
<i>Yugurta.</i>	168
MAURITANIA. <i>Entre el rio Mulucha, la Getulia, el Océano Atlántico y el Mediterráneo.</i>	171
GETULIA. <i>Entre la Mauritania, la Numidia y los desiertos.</i>	174
<i>Gétulos, Melanogétulos, Nigrítas y Garamantas.</i>	id.
LIBIA MARMARICA, CIRENAICA Y SIRTICA. <i>Entre el Egipto, la Mauritania, el Mediterráneo y el desierto de Barco.</i>	175
ETIOPIA. <i>Entre el Egipto, el mar Rojo y los desiertos.</i>	176
ARABIA. <i>Entre el mar Rojo, la Palestina, el golfo Pérsico, el Mediterráneo y el Eufrates.</i>	183
<i>Arabes.</i>	id.
<i>Tártaros, Turcos, Mogoles, &c.</i>	191
LA INDIA. <i>Entre la Persia, el mar de las Indias, la Tartaria China y la gran Tartaria.</i>	194
LA CHINA. <i>Entre Siam, la Tartaria, el mar Caspio y el Japon.</i>	198
ESPAÑA. <i>Entre el Océano, el Mediterráneo y las Gaulas.</i>	205
LA GAULA. <i>Entre el Océano, el Mediterráneo y el Rhin.</i>	208

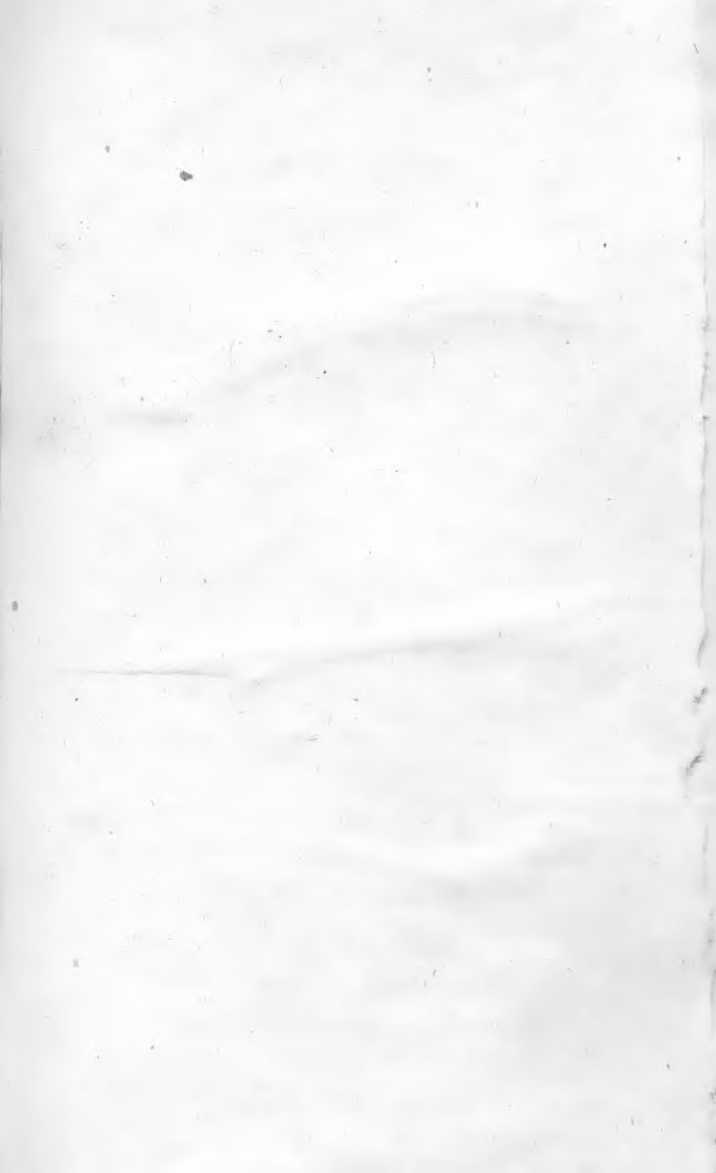
GERMANIA. <i>Entre el mar, el Danubio, el Rhin y el bosque de Hercinia.</i>	221
GRAN BRETAÑA. <i>Isla enfrente de los Gaulas, la Germania y la Irlanda.</i>	226
HUNNOS.	235
<i>Atila.</i>	238
GODOS.	245
<i>Alarico.</i>	248
VANDALOS.	251
<i>Genserico.</i>	id.
SUEVOS.	253
FRANCOS.	254
<i>Clodoveo.</i>	257
BORGOÑONES.	263
ALEMANES.	266
GEPIDAS.	267
HERULOS.	id.
MARCOMANOS.	278
CUADOS.	id.
SARMATAS.	269
DACES.	270
VULGAROS.	271
OSTROGODOS.	275
<i>Boecio.</i>	277
<i>Amalasunta.</i>	278
<i>Totila.</i>	281
LONGOBARDOS Ó LOMBARDOS.	287
<i>Albuino.</i>	288
<i>Autariso.</i>	291
<i>Teodelinda.</i>	293
<i>Adalvaldo. Gundeberga.</i>	294
<i>Rotariso.</i>	295
<i>Partarito.</i>	296
<i>Luitprando.</i>	300

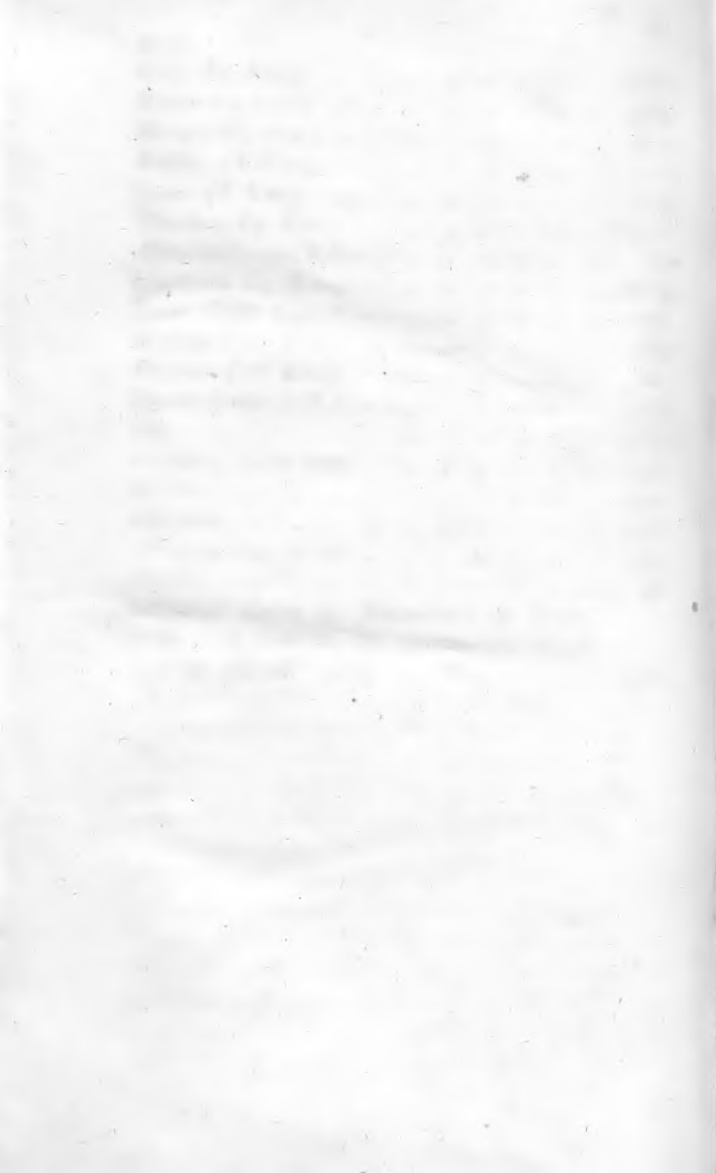
	509
<i>Astolfo</i>	303
ARABES,	307
<i>Mahoma</i> ,	id.
<i>Abu-Becker</i> (<i>primer Califa</i>).	325
<i>Alcoran</i> ,	329
<i>Omar I</i> (<i>2 Califa</i>).	331
<i>Othman</i> (<i>3 Califa</i>).	339
<i>Ali</i> (<i>4 Califa</i>).	341
<i>Hasan</i> (<i>5 Califa</i>).	345
<i>Moavia I</i> (<i>6 Califa</i>).	346
<i>Yecid I</i> (<i>7 Califa</i>).	349
<i>Moavia II</i> (<i>8 Califa</i>).	354
<i>Abdalla</i> (<i>9 Califa</i>).	355
<i>Mervan I</i> (<i>10 Califa</i>).	id.
<i>Abdalmalec</i> (<i>11 Califa</i>),	357
<i>Walid I</i> (<i>12 Califa</i>).	361
<i>Soliman</i> (<i>13 Califa</i>).	365
<i>Omar II</i> (<i>14 Califa</i>).	366
<i>Yecid II</i> (<i>15 Califa</i>).	367
<i>Heshan</i> (<i>16 Califa</i>),	368
<i>Walid II</i> ó <i>Abud-Abbas</i> (<i>17 Califa</i>).	369
<i>Yecid III</i> (<i>18 Califa</i>).	370
<i>Ibrahim</i> (<i>19 Califa</i>).	id.
<i>Mervan II</i> (<i>20 Califa</i>).	id.
<i>Abul-Abas</i> (<i>21 Califa</i>).	372
<i>Almanzor</i> (<i>22 Califa</i>).	id.
<i>Mahadi</i> (<i>23 Califa</i>).	373
<i>Muza</i> (<i>24 Califa</i>).	377
<i>Haraun-Al-Rashid</i> (<i>25 Califa</i>).	378
<i>Barmecidas</i> ,	380
<i>Amin</i> (<i>26 Califa</i>).	384
<i>Mamun</i> (<i>27 Califa</i>).	385
<i>Motasen</i> (<i>28 Califa</i>).	387
<i>Wathek</i> (<i>29 Califa</i>).	id.

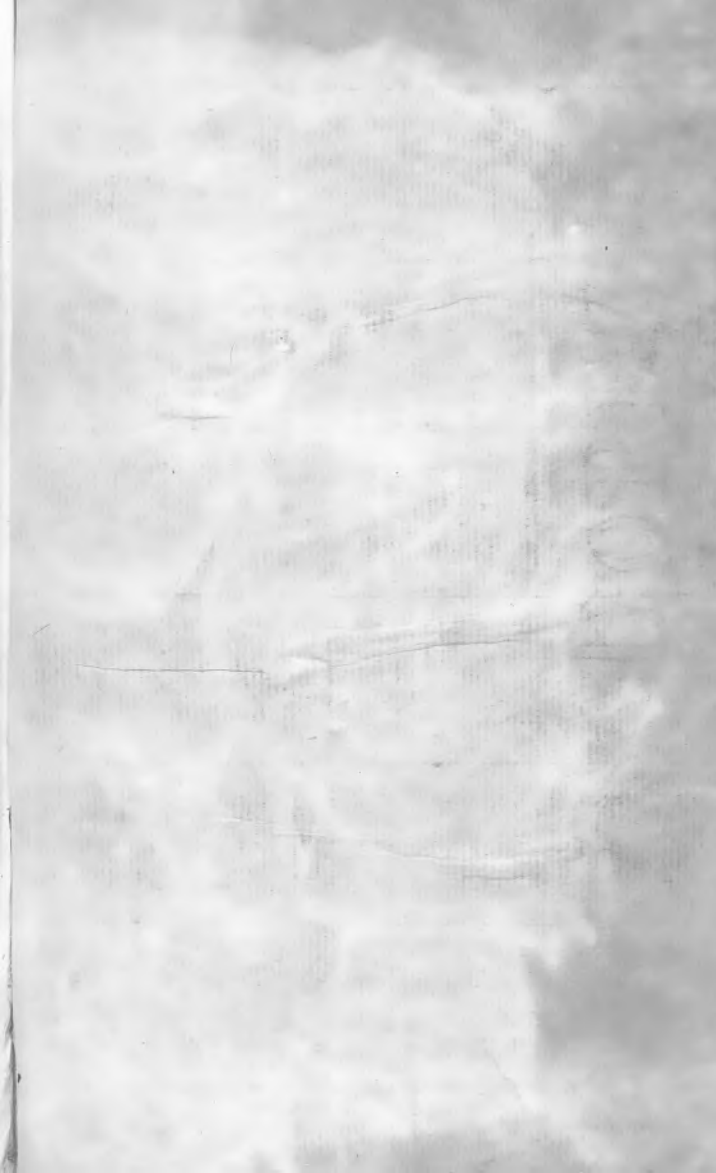
<i>Motawakel</i> (30 Califa).	388
<i>Montaser</i> (31 Califa).	392
<i>Mostain</i> (32 Califa).	393
<i>Motaz</i> (33 Califa).	394
<i>Motadi</i> (34 Califa).	395
<i>Motamed</i> (35 Califa).	id.
<i>Motaded</i> (36 Califa).	396
<i>Moctasi</i> (37 Califa).	398
<i>Moctader</i> (38 Califa).	399
<i>Kaher</i> (39 Califa).	401
<i>Radi</i> (40 Califa).	403
<i>Mottaki</i> (41 Califa).	406
<i>Mostacfi</i> (42 Califa).	408
<i>Moti</i> (43 Califa).	409
<i>Tay</i> (44 Califa).	id.
<i>Kader</i> (45 Califa).	410
<i>Hayen</i> (46 Califa).	414
<i>Moktadi</i> (47 Califa).	415
<i>Mostader</i> (48 Califa).	416
<i>Mostarhed</i> (49 Califa).	417
<i>Rashed</i> (50 Califa).	id.
<i>Mostasi</i> (51 Califa).	418
<i>Mostaujed</i> (52 Califa).	id.
<i>Mostadi</i> (53 Califa).	419
<i>Naser</i> (54 Califa).	420
<i>D-Haher</i> (55 Califa).	421
<i>Mostanser</i> (56 Califa).	id.
<i>Mostasem</i> (57 Califa).	422
<i>TURCOS. Entre los Kalmukos, la gran Bukaria y el mar Caspio.</i>	425
<i>TURCOS. Seljucidas.</i>	426
<i>Togrol-Bek</i> (primer Sultan).	427
<i>Alp-Arslan</i> (2 Sultan).	id.
<i>Malek-Shah</i> (3 Sultan).	429

<i>Barkiarok</i> (4 Sultan).	431
<i>Mahomed</i> (5 Sultan).	id.
<i>Sanjar</i> (6 Sultan).	id.
<i>Mahamud</i> (7 Sultan).	432
<i>Togrol</i> (8 Sultan).	id.
<i>Massud</i> (9 Sultan).	id.
<i>Seljudas de Kerman</i>	433
<i>Seljudas de Rum</i>	434
<i>Soliman I</i> (primer Sultan).	id.
<i>Kili-Arslan I</i> (2 Sultan). (1093).	435
SULTANES DE ICONIO.	id.
<i>Saysan</i> (3 Sultan) (1106).	id.
<i>Masud I</i> (4 Sultan) (1116).	id.
<i>Kili-Arslan II</i> (5 Sultan) (1152).	id.
<i>Kosrou I</i> (6 Sultan) (1192).	436
<i>Soliman II</i> (7 Sultan) (1198).	id.
<i>Kili-Arslan III</i> (8 Sultan) <i>de quien no se</i> <i>habla en particular</i> (1204).	id.
<i>Kaykaws</i> (9 Sultan) (1211).	id.
<i>Kaykobab I</i> (10 Sultan) (1215).	id.
<i>Kosrou II</i> (11 Sultan) (1236).	437
<i>Azzod-Din</i> (12 Sultan) (1244) <i>Kosrou III</i> (13 Sultan) <i>de quienes no se habla en</i> <i>particular</i> (1265).	id.
<i>Interregno de diez y nueve años</i>	id.
<i>Massud II</i> (14 Sultan) <i>de quien no se habla</i> <i>en particular</i> (1285).	id.
<i>Kaykobad II</i> (15 Sultan) (1300).	id.
TARTARIA. <i>Entre la India, la Persia, el</i> <i>mar Caspio, el mar del Japon y la China</i>	438
<i>Tártaros</i>	id.
<i>Mogoles</i>	444
<i>Ghenguis</i> (primer Kan).	id.
<i>La gran caza</i>	454

<i>Octay (2 Kan).</i>	461
<i>Kayuk (3 Kan).</i>	467
<i>Mengko (4 Kan).</i>	469
<i>Kublay (5 Kan).</i>	472
<i>Timur (6 Kan).</i>	479
<i>Hayshan (7 Kan).</i>	480
<i>Ayyulipalipata (8 Kan).</i>	id.
<i>Chotepala (9 Kan).</i>	481
<i>Yesun Temur (10 Kan).</i>	482
<i>Hoshila (11 Kan).</i>	484
<i>Tutemur (12 Kan).</i>	id.
<i>Thuan-Temur (13 Kan).</i>	485
<i>Chú.</i>	487
KALKAS Ó KALMUKOS.	490
ELUTOS.	491
KIPIACOS.	493
USBEKES.	494
CRIMEA.	id.
BUKARIA. Entre los Kalmukos, la Rusia, el gran desierto, los estados del Mogol y la Persia.	495













ANQUETIL
HIST. UNIVERSAL:



AH 1499